



**CLIVE
CUSSLER**

**Pánico en la
CASA BLANCA**

Lectulandia

Dirk Pitt se enfrenta a una siniestra y sofisticada conspiración soviética: ejercer el control mental del presidente de Estados Unidos. El misterio de un barco que al hundirse provoca una mortífera corriente venenosa, el secuestro del presidente norteamericano a bordo de su propio yate y la desaparición de los principales miembros de su gobierno, son algunos de los elementos que Clive Cussler utiliza para transportar al lector desde las profundidades marinas hasta las cumbres secretas del poder en Washington y Moscú.

Lectulandia

Clive Cussler

Pánico en la Casa Blanca

(Dirk Pitt - 07)

ePUB v1.0

Nordal 08.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Deep six*
Clive Cussler, 1984
Traducción: Julio Izquierdo
Diseño/retoque portada: Nordal

Editor original: Nordal (v1.0)
ePub base v2.0

*Al Bar y Parrilla de Tubby en Alhambra, al Rodeo de Rand, en Wilshire
Boulevard,
al Caballero Negro, en Costa Mesa, y al Bar de Shanners, en Denver.*

IDOS PERO NO OLVIDADOS

INTRODUCCIÓN

El San Marino

15 de julio de 1966, en el Océano Pacífico

La muchacha protegió sus ojos del sol y se dedicó a observar la gaviota que volaba por encima del carguero, a popa. Admiró, durante unos minutos, la gracia con que remontaba el vuelo. Después, aburrida, se incorporó hasta quedar sentada, dejando al descubierto unas rayas rojas, simétricamente espaciadas en su espalda tostada, que le había dejado marcadas el respaldo de una vieja silla del barco.

Miró a su alrededor, buscando señales de la tripulación de cubierta, pero no había nadie a la vista, por lo que, tímidamente, se ajustó el sujetador del bikini.

Volvió a recostarse en la silla, tranquila y relajada. Los latidos de los viejos motores del carguero y el pesado calor del sol la sumieron en un estado de somnolencia.

Ya había superado el temor que había sentido al subir a bordo. No permanecía despierta oyendo los latidos de su corazón, ni buscaba en las caras de la tripulación expresiones de sospecha, ni esperaba el desagradable informe del capitán diciéndole que se hallaba en el barco bajo arresto. Poco a poco cerraba su mente a la idea del delito que había cometido y empezaba a pensar en el futuro. Le aliviaba descubrir que, después de todo, esa culpa era una emoción que iba desapareciendo.

Por el rabillo del ojo vio la chaqueta del camarero del comedor cuando bajaba por la escalera del camarote. El muchacho se le acercó aprensivamente, mirando el suelo de la cubierta como cohibido ante esa figura casi desnuda.

—Perdóneme, señorita Wallace —le dijo—. El capitán Masters le solicita respetuosamente que cene con él y sus oficiales esta noche... si es que usted se siente mejor.

Estelle Wallace agradeció que su intenso bronceado disimulara su rubor. Desde que se embarcara en San Francisco había fingido hallarse enferma y tomado sola todas sus comidas en su camarote para evitar cualquier conversación con los oficiales del barco. Decidió que no podía mantenerse recluida para siempre. Había llegado el momento de poner en práctica su mentira.

—Dígale al capitán Masters que me siento mucho mejor. Me encantará cenar con él.

—Le alegrará saberlo —dijo el camarero con una amplia sonrisa que dejó al descubierto una gran brecha en la mitad de sus dientes superiores—. Le pediré al cocinero que le prepare algo especial.

Dio media vuelta y se fue, arrastrando los pies, con un porte que a Estelle le pareció demasiado servil, inclusive para un asiático.

Segura de su decisión, se dedicó a contemplar la superestructura del *San Marino*, donde se levantaban las tres cubiertas. Un cielo intensamente azul servía de fondo al negro humo que se elevaba describiendo círculos desde la única chimenea, contrastando con las escamas de blanca pintura de las mamparas.

«Un barco sólido», le había dicho, alardeando, el capitán, cuando la condujo a su camarote. Para tranquilizarla, le relató la historia y las estadísticas del barco, como si Estelle fuera una asustada pasajera en su primer viaje en canoa por los rápidos.

Construido en 1943, según el modelo estándar Liberty, el *San Marino* había transportado abastecimientos militares a través del Atlántico, hasta Inglaterra, haciendo dieciséis veces el viaje de ida y vuelta. En una ocasión, al separarse del convoy, fue alcanzado por un torpedo. Pero se negó a hundirse y llegó a Liverpool por sus propias fuerzas.

Después de la guerra había recorrido los océanos navegando bajo pabellón panameño. Era uno de los treinta barcos que poseía la Manx Steamship Company de Nueva York. Su eslora total, desde su esbelta proa a su popa de crucero, era de 135 metros, y su velocidad máxima de 11 nudos. Sólo le quedaban unos pocos años de vida, y terminaría como chatarra.

Manchas de herrumbre veteaban su piel de acero. Tenía un aspecto sórdido como una prostituta de la calle Bowery, en Nueva York. Pero a los ojos de Estelle era virginal y bello.

El pasado de Estelle se hacía cada vez más borroso y confuso. A cada revolución que daban los gastados motores se ampliaba la brecha entre su vida disipada y turbia, de autonegación, y su ávida búsqueda de fantasías.

El primer paso que decidió la metamorfosis de Arta Casilighio en Estelle Wallace se dio el día que descubrió un pasaporte perdido, encajado en el asiento de un autobús que recorría el Wilshire Boulevard de Los Ángeles en la hora de mayor concentración del tránsito. Sin saber por qué, se lo metió en la cartera y se lo llevó a su casa.

Días después, aún seguía sin devolver el documento al chófer del autobús ni enviarlo por correo a su legítima dueña. Observó sus páginas con sellos extranjeros durante horas. La intrigó la cara de la fotografía. Aunque estaba maquillada con mucho arte, tenía un sorprendente parecido con la suya. Ambas eran casi de la misma edad, tal vez con una diferencia de sólo unos pocos meses. El brillo parduzco de los ojos se asemejaba en las dos y, salvo por la diferencia en el peinado y cierto matiz en el color de la piel, podrían haber pasado por hermanas.

Empezó a maquillarse para parecerse a Estelle Wallace. Su otro yo recorría, al menos mentalmente, los exóticos lugares del mundo que le habían sido negados a la tímida e insignificante Arta Casilighio.

Una tarde, después de que cerrara el banco donde trabajaba, su vista quedó clavada en los fajos de billetes que ese día había entregado el Banco de la Reserva

Federal en el centro de Los Ángeles. Se había acostumbrado tanto a manejar grandes sumas de dinero durante las cuatro horas que trabajaba, que era totalmente inmune a la presencia de esas cantidades, algo que les suele ocurrir a los cajeros, tarde o temprano. Sin embargo, y de manera inexplicable, esta vez las pilas de billetes verdes la sedujeron. Subconscientemente empezó a imaginarse que le pertenecían.

Ese fin de semana regresó a su casa y se encerró en su apartamento para consolidar su decisión y planear el delito que pensaba cometer, practicando cada gesto, cada movimiento, hasta adaptarse poco a poco y sin vacilaciones a su nueva situación. Toda la noche del domingo, hasta que sonó el despertador, la pasó insomne, bañada en un sudor frío pero decidida a proceder.

El dinero en efectivo llegaba todos los lunes en un camión blindado y, por lo general, totalizaba entre seiscientos y ochocientos mil dólares. Después de contarlo, lo guardaban hasta que se distribuía el miércoles a las sucursales del banco en toda la región de Los Ángeles. Decidió que el momento de entrar en acción sería el lunes por la tarde, cuando estuvieran colocando el dinero en su cajón en la cámara acorazada.

Por la mañana, después de haberse duchado y maquillado, se puso unas medias panty, y se enroscó dos cintas adhesivas en las piernas, desde la mitad de la pantorrilla hasta la parte superior de los muslos. Las dos cintas tenían material adhesivo en ambos lados, de modo que la parte exterior también era adherente. Sobre ellas puso una cinta protectora. Cubrió este curioso dispositivo con una falda larga que le llegaba casi a los tobillos.

Después metió en su cartera unos paquetes cuidadosamente atados y la deslizó en el interior de otra más grande, que parecía un bolso. En cada uno de esos fajos había, a la vista, de un lado y otro, un billete nuevo de cinco dólares, precintado con genuinas envolturas azules y blancas del Banco de la Reserva Federal. Para cualquiera que los mirara parecerían auténticos.

Se contemplaba en un espejo de cuerpo entero, sin dejar de repetirse: «Arta Casilighio ya no existe. Ahora eres Estelle Wallace». El engaño pareció funcionar. Sintió que se le distendían los músculos y que su respiración adquiría un ritmo más lento y suave. Después aspiró profundamente, echó atrás los hombros y se fue a su trabajo.

En su ansiedad por parecer normal llegó al banco, sin darse cuenta, diez minutos antes, algo sorprendente para todos los que la conocían bien. Pero era la mañana de un lunes y nadie lo notó. Una vez que se instaló en su caja, los minutos le resultaron horas y cada hora toda una vida. Se sintió extrañamente ajena a su ambiente familiar. Sin embargo, cualquier idea de olvidar ese plan arriesgado fue sofocada de inmediato. Por suerte, el miedo y el pánico quedaron aletargados.

Cuando finalmente llegaron las seis y uno de los vicepresidentes cerró herméticamente las macizas puertas frontales, Arta hizo rápidamente el balance de su

caja y se metió silenciosamente en el lavabo de señoras, donde en la intimidad de un retrete, desenrolló la cinta protectora exterior de sus piernas y la arrojó al inodoro. Luego sacó los fajos de dinero falso y los adhirió a las cintas, saltando sobre sus pies para asegurarse que no cayera ninguno mientras caminaba.

Satisfecha al comprobar que todo estaba listo, salió del baño y esperó en el vestíbulo hasta que los otros cajeros hubieran colocado el dinero de sus cajones en la cámara acorazada y se fueran. Todo lo que necesitaba eran dos minutos para estar sola en ese gran cubículo de acero. Y sólo dos minutos tenía a su favor.

Rápidamente se levantó la falda y, con movimientos precisos, cambió los fajos de billetes falsos por otros auténticos. Cuando salió de la cámara y sonrió con un «buenas noches» al vicepresidente mientras éste la hacía pasar por una puerta lateral, Arta no pudo creer que la operación hubiera terminado con tanto éxito.

Segundos después de haber entrado en su apartamento se quitó la falda, retiró los fajos de dinero de sus piernas y lo contó. En total sumaba 51.000 dólares.

No era mucho.

La desilusión la quemaba por dentro. Por lo menos necesitaba el doble de esa cantidad para huir del país y disponer de un mínimo para sobrevivir mientras destinaba la mayor parte a inversiones.

La facilidad de la operación la hizo temeraria. Se preguntó si se atrevería a cometer otro saqueo en la cámara. El dinero del Banco de la Reserva Federal ya estaba contado y no se distribuiría a las sucursales hasta el miércoles. El día siguiente era martes. Aún le quedaba otra oportunidad de dar un nuevo golpe antes que se descubriera la pérdida.

¿Por qué no?

La idea de robar el mismo banco dos veces en dos días la excitaba. Quizás Arta Casilighio no tuviera agallas para hacerlo, pero Estelle Wallace no necesitaba que la convencieran.

Esa tarde compró una maleta grande y pasada de moda en una tienda de segunda mano y le hizo un fondo falso. Empaquetó el dinero con sus ropas y cogió un taxi hasta el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, donde guardó la maleta en la consigna y compró un billete para San Francisco en un vuelo que salía en las primeras horas de la noche del martes. Envolvió en un diario su billete sin usar del lunes por la noche y lo tiró en una papelera. Sin tener otra cosa que hacer, regresó a su casa y durmió como un tronco.

El segundo robo fue tan fácil como el primero. Tres horas después de haber salido por última vez del Banco de Beverly-Wilshire, se hallaba contando el dinero en un hotel de San Francisco. El total del dinero robado sumaba 128.000 dólares. No era mucho, teniendo en cuenta el nivel de inflación, pero más de lo que necesitaba para cubrir sus necesidades.

El paso siguiente fue relativamente sencillo. Buscó en los diarios la partida de los barcos y encontró el *San Marino*, un carguero con destino a Auckland, Nueva Zelanda, que zarpaba a las seis y media de la mañana siguiente.

Una hora antes de la partida subió por la pasarela. El capitán le explicó que raras veces aceptaba pasajeros, pero amablemente consintió en admitirla a bordo por una tarifa convenida de mutuo acuerdo. Estelle sospechó que ese dinero iba directamente al bolsillo del capitán en lugar de ir a las cajas de la compañía marítima.

Estelle cruzó el umbral del comedor de oficiales y por un momento permaneció indecisa frente a las miradas de hombres sentados.

Los cabellos, de un tinte cobrizo, le caían por debajo de los hombros y hacían juego con el tostado de su piel. Llevaba una larga y elegante blusa color rosa que le ceñía el cuerpo en los lugares apropiados. Una pulsera de hueso blanco era su único adorno. Para los oficiales, que se pusieron de pie, la simple elegancia de su aspecto era toda una sensación.

El capitán Irwin Masters, un hombre alto y de pelo grisáceo, se acercó a ella y le ofreció el brazo.

—Señorita Wallace —dijo, sonriéndole cordialmente—, me alegro de verla restablecida.

—Creo que ya ha pasado lo peor.

—Debo admitir que estaba empezando a preocuparme. No salió de su camarote durante cinco días y eso me hizo temer lo peor. Sin médico a bordo, nos hubiéramos visto en un aprieto en el caso de necesitar usted un tratamiento.

—Gracias —le dijo ella, amablemente.

El capitán la miró, un tanto sorprendido.

—¿Gracias... por qué?

—Por su preocupación —y le dio un suave pellizco en el brazo—. Hace mucho tiempo que nadie se preocupa por mí.

El capitán asintió y le guiñó un ojo.

—Para eso están los capitanes de los barcos. —Y se volvió hacia los otros oficiales—. Señores, permítanme presentarles a la señorita Estelle Wallace, de cuya encantadora presencia disfrutaremos hasta que amarremos en Auckland.

Se hicieron las presentaciones. A Estelle le causó gracia que la mayoría de los hombres tuviera un número. El primer oficial, el segundo oficial... inclusive había un cuarto. Todos le estrecharon la mano como si fuera de delicada porcelana. Todos, excepto el oficial de máquinas, un hombre bajo con hombros de buey y acento eslavo. Se inclinó rápidamente y le besó la punta de los dedos.

El primer oficial llamó al camarero, que estaba detrás de un pequeño bar de caoba.

—¿Qué quiere tomar, señorita Wallace?

—¿Sería posible un daiquiri? Me apetece algo dulce.

—Por supuesto —le respondió el primer oficial—. Quizás el *San Marino* no sea un transatlántico de lujo, pero tenemos el mejor bar en esta latitud del Pacífico.

—Sea honesto —lo reprendió con buen humor el capitán—. Lo que quiere decir es que quizá seamos el único barco en esta latitud.

—Un pequeño detalle —el primer oficial se encogió de hombros—. Lee, prepara un daiquiri para la señorita.

Estelle observó interesada cómo el camarero exprimía con arte la lima y mezclaba los ingredientes. Cada movimiento tenía su ritual. La bebida sabía bien y ella tuvo que vencer el deseo de apurarla de un trago.

—Lee —dijo—, eres una maravilla.

—Lo es —agregó el capitán—. Tuvimos suerte al encontrarlo.

Estelle tomó otro sorbo y comentó:

—Parece que usted tiene muchos orientales en su tripulación.

—Reemplazos —le explicó Masters—. Diez tripulantes abandonaron el barco cuando amarramos en San Francisco. Por suerte, Lee y diez compañeros suyos coreanos llegaron de la compañía marítima de empleo antes de la hora de zarpar.

—Todo eso fue muy raro, en mi opinión —gruñó el segundo oficial.

Masters se encogió de hombros.

—Que algunos tripulantes abandonen un barco al llegar a un puerto es algo que ocurre desde que el hombre de Cromagnon construyó la primera balsa. No hay nada de raro en eso.

El segundo oficial meneó la cabeza, dudando.

—Tal vez uno o dos... ¡pero no diez! El *San Marino* es un barco seguro y el capitán un hombre justo. No había motivos para un éxodo en masa.

—Así son las cosas en el mar. —Masters suspiró—. Los coreanos son marinos limpios y trabajadores. No los cambiaría por la mitad del cargamento de nuestras bodegas.

—Ése es un precio bastante alto —susurró el oficial de los maquinistas.

—¿Sería una impertinencia preguntar qué cargamento llevan? —se aventuró a decir Estelle.

—De ninguna manera —se ofreció a responderle, ansioso, el cuarto oficial, un hombre muy joven—. En San Francisco cargamos nuestras bodegas con...

—Lingotes de titanio —lo interrumpió el capitán Masters.

—Por un valor de ocho millones de dólares —agregó el primer oficial, mirando severamente al cuarto oficial.

—Otro más, por favor —dijo Estelle, pasándole su vaso vacío al camarero y volviéndose luego hacia Masters—. He oído hablar del titanio pero no tengo la menor idea de para qué sirve.

—Cuando está procesado debidamente en su forma pura, se convierte en un material más fuerte y ligero que el acero, un producto que solicitan mucho los fabricantes de motores de aviones a reacción. También se usa mucho en fabricación de pinturas, rayón y plásticos. Sospecho que hasta usted ha de tener vestigios de titanio en sus cosméticos.

El cocinero, un oriental con aspecto de anémico y resplandeciente delantal blanco, se asomó por una puerta lateral y le hizo una seña con la cabeza a Lee, quien a su vez golpeó una copa con la cucharilla de mezclar bebidas.

—La cena está lista —dijo con su inglés marcado por un fuerte acento, mientras sonreía mostrando la abertura entre sus dientes.

Fue una comida fabulosa, algo que Estelle se prometió que jamás olvidaría. Verse rodeada por seis hombres guapos, uniformados y atentos, era todo lo que su vanidad femenina podía soportar en una sola noche.

Después de tomar una taza de café, el capitán Masters se excusó y se dirigió al puente. Uno a uno los otros oficiales marcharon a cumplir con sus tareas y Estelle dio un paseo por la cubierta con el oficial de máquinas, quien la entretuvo contándole relatos acerca de las supersticiones en el mar o de los fantásticos monstruos que pueblan los abismos, y divertidos chismes y rumores sobre la tripulación, que la hicieron reír.

Cuando llegaron a la puerta de su camarote, el oficial, con mucha galantería, volvió a besarle la mano. Estelle le aceptó la invitación para desayunar juntos a la mañana siguiente.

Entró en su pequeño camarote, cerró la puerta con llave y encendió la luz. Después corrió la cortina de su ojo de buey, sacó la maleta de debajo de la cama y la abrió.

La bandeja de arriba contenía productos de cosmética y otros objetos cuidadosamente ordenados. Sacó después varias blusas y faldas minuciosamente dobladas, que puso a un lado para quitarles las arrugas con el vapor de la ducha. Introdujo luego una lima de uñas por los bordes del fondo falso y la levantó con fuerza, como si fuera una palanca. Luego se sentó y suspiró aliviada. El dinero aún seguía ahí, apilado y atado en las envolturas del Banco de la Reserva Federal. Apenas si había gastado algo.

Se incorporó y se quitó el vestido, deslizándolo por la cabeza —se había atrevido a salir sin nada debajo— y se desplomó en la cama, con las manos detrás de la cabeza.

Cerró los ojos y procuró imaginarse las expresiones de sorpresa de sus supervisores cuando descubrieran que tanto el dinero como la pequeña Arta Casilighio, en la que habían depositado toda su confianza, habían desaparecido. Los había engañado a todos.

Sintió una extraña emoción, casi una excitación sexual, al saber que el FBI la incluiría en su lista de los delincuentes más buscados. Los investigadores interrogarían a todas sus amigas y vecinos, revisarían todos los lugares que frecuentaba, controlarían los mil y un bancos tratando de localizar dónde podrían estar depositados los billetes numerados consecutivamente... pero no llegarían a nada. Arta, alias Estelle, no estaba donde ellos esperaban que estuviera.

Abrió los ojos y contempló las paredes de su camarote, ya familiares para ella. De manera curiosa el cuarto empezó a alejarse. Veía los objetos enfocados o desenfocados. Tenía ganas de ir al lavabo, pero el cuerpo se negaba a obedecer cualquier orden. Parecía tener rígidos todos los músculos. Entonces se abrió la puerta y Lee, el camarero del comedor, entró con otro tripulante oriental.

Lee no sonreía.

«No puede estar ocurriendo esto», se dijo Estelle. El camarero no se atrevía a entrar en su intimidad mientras ella yacía desnuda sobre la cama. Debería tratarse de una pesadilla provocada por la abundante comida y bebida, avivada por los fuegos de una indigestión.

Sintió como si se desprendiera de su cuerpo, como si estuviera observando la fantasmagórica escena desde un rincón del camarote. Lee la llevó suavemente, haciéndola pasar por la puerta y conduciéndola por el pasillo hasta la cubierta.

Ahí se hallaban varios de los tripulantes coreanos, con sus caras ovaladas iluminadas por las luces encima de ellos. Levantaban grandes bultos y los arrojaban por la barandilla del barco. De pronto, uno de esos bultos la miró fijamente: era la cara cenicienta del muchacho que le habían presentado como el cuarto oficial, con los ojos abiertos en una mezcla de incredulidad y terror. Después, también él desapareció por el otro lado.

Lee estaba inclinado encima de ella, haciéndole algo en los pies. Estelle no sentía nada. Sólo un letárgico entumecimiento. El mozo parecía estar atándole una herrumbrosa cadena a los tobillos.

«¿Por qué le haría eso?», se preguntó Estelle, vagamente. Miraba con indiferencia, mientras la levantaban en el aire. Después la soltaron y quedó flotando en la oscuridad.

Algo le asestó un fuerte golpe, sacándole el aire de los pulmones. Una fuerza fría la obligó a cerrar los ojos. Una presión implacable envolvió su cuerpo y la arrastró hacia abajo, apretando sus órganos internos como una tenaza gigantesca.

Le estallaron los tímpanos y, en ese instante de dolor lacerante, una total claridad inundó su mente: sabía que no era un sueño. Su boca se abrió para emitir un grito histérico.

No salió ningún sonido. La presión cada vez mayor del agua pronto le aplastó la caja torácica. Su cuerpo inánime fue a la deriva hacia los brazos que la aguardaban en

ese abismo a diez mil pies de profundidad.

PRIMERA PARTE

El Pilottown

25 de julio de 1989 - Cook Inlet, Alaska

Nubes negras cubrían amenazadoramente el mar desde la isla Kodiak, convirtiendo la superficie de un profundo verde-azulado en plomo. El resplandor anaranjado del sol se extinguía como la llama de una vela. A diferencia de la mayoría de las tormentas que provenían del golfo de Alaska, que originaban vientos de cincuenta a cien millas por hora, ésta produjo sólo una suave brisa. Empezó a llover, poco al principio, pero después se desencadenó un diluvio que azotó las blancas aguas.

En el puente de mando del guardacostas *Catawba*, el capitán de corbeta Amos Dover miraba a través de unos binoculares, esforzando la vista para penetrar en ese diluvio. Era como querer ver a través de un telón de teatro. La visibilidad terminaba a los cuatrocientos metros. La fría lluvia le caía en la cara y le resultaba más fría aun cuando se le filtraba por el cuello levantado de su chaqueta impermeable y le corría por la nuca. Terminó escupiendo un cigarrillo empapado por encima de la barandilla y entró en el puente de mando cálido y seco.

—¡Radar! —exclamó, enfurruñado.

—Contacto a seiscientos cincuenta metros al frente y acercándose —le respondió el operador del radar sin levantar la vista de las minúsculas imágenes del aparato.

Dover se desabotonó la chaqueta y se secó la humedad del cuello con un pañuelo. Que se produjeran inconvenientes era lo último que esperaba en un tiempo moderado.

Raras veces se perdía en pleno verano un barco pesquero o una embarcación privada de placer. El invierno era la estación en la que el golfo se ponía peligroso y no perdonaba nada. El aire frío del Ártico, al mezclarse con el aire más caliente que provenía de la corriente de Alaska, desencadenaba increíbles vientos y formaba olas encrespadas que hacían pedazos los cascos y helaban las estructuras de las cubiertas hasta que el barco, demasiado pesado, rodaba y se hundía como un ladrillo.

Habían recibido una llamada de auxilio de un barco que decía llamarse *Amie Marie*, a la que siguió un rápido SOS, determinando su posición y las palabras... «creemos están muriendo todos».

Se enviaron repetidas llamadas solicitando mayor información, pero la radio del *Amie Marie* permaneció silenciosa.

Una búsqueda por aire no se podía ni plantear hasta que aclarara el tiempo. Todos los barcos comprendidos en el espacio de cien millas cambiaron de rumbo y se dirigieron a toda velocidad respondiendo a las señales de emergencia. A causa de su mayor potencia, Dover calculó que el *Catawba* sería el primero en llegar al barco en apuros. Sus grandes motores diesel habían adelantado ya a un carguero costero y a una lancha pesquera del golfo, dejándolos meciéndose en su estela.

Dover era un viejo lobo de mar con gran experiencia en rescates marinos. Había pasado doce años en aguas nórdicas enfrentándose testarudamente a cualquier capricho sádico que el Ártico le arrojara. Era un hombre recio, gastado por los vientos, de movimientos lentos y andar pausado. Pero tenía la mente de una calculadora, y nunca dejaba de imponer un terror reverencial a su tripulación. En menos tiempo del que se necesitaba para programar las computadoras del barco, calculó la manera de llegar a la posición de la nave siniestrada; la misma nave o cualquier sobreviviente serían fáciles de encontrar. Y hacia allí se dirigió a toda marcha.

El zumbido de los motores debajo de sus pies parecía haber alcanzado su punto más febril. Como un sabueso desatado, el *Catawba* daba la impresión de haber olido su presa. La anticipación apretaba las gargantas de todos los marineros. Haciendo caso omiso de la lluvia se alinearon en las cubiertas y en el puente de mando.

—Cuatrocientos metros —cantó el operador del radar.

Entonces un marinero, aferrándose al palo de popa, empezó a señalar vigorosamente en medio de la lluvia.

Dover se asomó por la puerta del puente de mando y gritó a través de un megáfono:

—¿Está a flote?

—Boyante como un pato de goma en una bañera —le respondió a gritos el marinero, haciendo bocina con las manos.

Dover le hizo una señal con la cabeza al teniente de guardia:

—Ralentice los motores.

—Motores a un tercio —ordenó el teniente mientras accionaba una serie de palancas en la consola automática.

El *Amie Marie* emergió lentamente de la lluvia. Todos esperaban encontrarlo medio inundado y próximo a hundirse. Pero se mantenía orgulloso en el agua, marchando a la deriva entre olas suaves, sin la menor señal de preocupación. En torno a él se produjo un silencio que resultó fuera de lo natural, casi fantasmal. Todas sus cubiertas estaban desiertas y el saludo de Dover a través del megáfono quedó sin respuesta.

—Por el aspecto, parece un bote para pescar cangrejos —susurró Dover, a nadie en particular—. Casco de acero, de unos cuarenta metros. Quizá salido de un astillero de Nueva Orleans.

El operador de radio salió de la sala de comunicaciones y se dirigió hacia donde estaba Dover.

—Según el Registro, señor, el dueño y capitán del *Amie Marie* es Cari Keating. El puerto de origen es Kodiak.

Por segunda vez Dover saludó a ese bote cangrejero extrañamente silencioso,

llamando a Keating por su nombre. Tampoco obtuvo respuesta.

El *Catawba* aminoró la marcha y se detuvo a unos cien metros; después paró los motores y permaneció a su lado.

Las jaulas de acero para los cangrejos estaban cuidadosamente apiladas en la desierta cubierta y de la chimenea salía una columna de humo sugiriendo que sus motores diesel se hallaban en punto muerto. No se descubría ningún movimiento humano a través de las troneras ni de las ventanas del puente de mando.

El grupo de abordaje lo formaron dos oficiales, el alférez Part Murphy y el teniente Marty Lawrence. Sin las conversaciones habituales en esos casos, se vistieron los trajes de agua. Ya habían perdido la cuenta de la cantidad de veces que habían inspeccionado rutinariamente barcos pesqueros extranjeros que se aventuraban a pasar el límite de doscientas millas en Alaska. Sin embargo, en esta investigación no había nada de rutinario. En las barandillas no había un solo ser de carne y hueso perteneciente a la tripulación para saludarlos. Los dos oficiales se metieron en un pequeño bote de goma impulsado por un motor fuera borda y zarparon.

Faltaban pocas horas para la noche. La lluvia había amainado hasta convertirse en una llovizna, pero el viento había aumentado y el mar se encrespaba. Una calma fantasmal reinaba en el *Catawba*. Era como si todos tuvieran miedo; al menos hasta que se quebrara ese hechizo producido por lo desconocido.

Pasaron varios minutos. De tanto en tanto uno de los enviados a investigar aparecía en cubierta para desaparecer por una escotilla. El único ruido en el puente de mando del *Catawba* era el del zumbido del altavoz de la emisora de radio, que estaba a máximo volumen y sintonizado en la frecuencia de emergencias.

De pronto, de un modo tan abrupto que tomó por sorpresa hasta al propio Dover, la estridente voz de Murphy reverberó en el puente de mando.

—*Catawba*, aquí, *Amie Marie*.

—Adelante, *Amie Marie* —respondió Dover por el micrófono.

—Están todos muertos.

Estas palabras fueron pronunciadas de un modo tan frío y conciso que, al principio, nadie se dio cuenta de su significado.

—No hay la menor señal de vida en ninguno de ellos. Hasta el gato está muerto.

Lo que encontraron los dos al subir a bordo fue un barco de muertos. El cadáver del capitán Keating descansaba en cubierta, con la cabeza apoyada en la mampara, debajo de la radio. Dispersos por todo el barco, en la cocina, en el comedor y en los dormitorios, estaban los cadáveres de los tripulantes del *Amie Marie*. En sus caras habían quedado impresas las expresiones de una torturante agonía y sus miembros estaban contorsionados en posiciones grotescas, como si les hubieran arrancado violentamente sus últimos momentos de vida. Su piel había adquirido un extraño

color negro y se habían desangrado por todos los orificios. El gato siamés yacía junto a una gruesa manta de lana que había desgarrado en sus estertores mortales.

La cara de Dover reflejaba perplejidad más que sobresalto ante la descripción de Murphy.

—¿Puedes determinar alguna cosa? —le preguntó.

—Ni siquiera una buena sospecha. No hay la menor señal de lucha. No hay marcas en los cuerpos. Sin embargo, todos ellos sangraban como cerdos en un matadero. Parece como si lo que sea que los mató, los hubiera atacado a todos al mismo tiempo.

—Espera un momento.

Dover se volvió y miró las caras que lo rodeaban hasta que localizó al cirujano del barco, el capitán de corbeta Isaac Thayer, el hombre más popular a bordo.

Veterano en el servicio de guardacostas, el doctor Thayer hacía tiempo que había abandonado las lujosas oficinas y el esplendor de la medicina en la costa por los rigores de los salvamentos en alta mar.

—¿Qué deduce de todo esto, doctor? —le preguntó Dover. Thayer se encogió de hombros y sonrió.

—Me parece que lo mejor será que suba a investigar.

Dover recorrió el puente, impaciente, mientras el doctor Thayer maniobraba para que el barco pasara por la brecha que dividía las dos embarcaciones. Dover le ordenó al timonel que colocara el *Catawba* en posición de remolcar al barco cangrejero. Estaba concentrado en la operación y no vio al radiotelegrafista de pie a su lado.

—Hay una señal, señor, de un piloto que vuela a baja altura llevando provisiones a un grupo de científicos en la isla Augustine.

—Ahora no —le respondió, bruscamente.

—Es urgente, capitán —insistió el radiotelegrafista.

—Muy bien, lea lo esencial.

—«Equipo científicos todos muertos». Después, algo ininteligible y que suena como a algo parecido a «Sálvenme».

Dover lo miró inexpresivamente.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor. Traté de captarlo otra vez pero no hubo respuesta.

Dover no necesitaba estudiar el mapa para saber que la Augustine era una isla volcánica deshabitada a sólo treinta millas al nordeste de su posición actual. De pronto, un mal presentimiento le hizo agarrar el micrófono y gritó por la bocina:

—¡Murphy! ¿Está ahí?

Nada.

—Murphy... Lawrence... ¿me oyen?

Ninguna respuesta.

Miró por la ventana del puente y vio al doctor Thayer trepar por la barandilla del *Amie Marie*. Dover era un hombre ágil pese a su corpulencia. Cogió el megáfono y salió corriendo.

—¡Doctor! ¡Vuelva! ¡Salga de ese barco! —Su voz amplificadora sonó por encima del agua.

Lo hizo demasiado tarde. El doctor Thayer ya había pasado por una escotilla y desaparecido.

Los hombres en el puente miraron a su capitán. En sus ojos se reflejaba el más absoluto desconcierto. Los músculos faciales de Dover estaban tensos y tenía una mirada de desesperación mientras se precipitaba hacia el puente de mando y agarraba el micrófono.

—Doctor, habla Dover... ¿me oye?

Pasaron dos minutos. Dos minutos interminables mientras Dover intentaba hacerse oír por sus hombres en el *Amie Mane*. Hasta la estridente sirena del *Catawba* fracasó en su intento de obtener una respuesta.

Por último oyó, desde el puente, la voz de Thayer, con una extraña y fría calma.

—Lamento informar de que el alférez Murphy y el teniente Lawrence están muertos. No encuentro señales de vida. Cualquiera que sea la causa me afectará antes de poder huir. Tiene que poner en cuarentena este barco. ¿Me entiende, Amos?

A Dover le resultó imposible asimilar que, de pronto, iba a perder a su amigo.

—No entiendo, pero procederé.

—Bien. Le describiré los síntomas tal como los percibo. Por lo pronto, empiezo a sentirme mareado. El pulso aumenta a ciento cincuenta. Quizás haya contraído la causa por absorción de la piel. Pulso ciento setenta. —Hizo una pausa. Las siguientes palabras le salieron a toda prisa—. Aumentan las náuseas. Las piernas... ya no me sostienen... Tengo la sensación de que me estoy quemando por dentro... en el pecho... Parece como si me fueran a estallar los órganos internos.

Como un solo hombre, todos en el puente del *Catawba* se acercaron al altavoz. No podían entender que alguien, a quien conocían y respetaban, estuviera agonizando a poca distancia.

—Pulso... más de doscientos. El dolor... espantoso. La oscuridad me impide ver. —Se oyó un gemido—. Dígale... dígale a mi mujer...

Se hizo el silencio.

El espanto casi se podía oler. Estaba reflejado en los ojos abiertos de la tripulación, paralizada de terror.

Dover contempló entumecido esa tumba llamada *Amie Marie*, con las manos apretadas por la impotencia y la desesperación.

—¿Qué pasa? —susurró, con voz apagada—. En nombre de Dios, ¿qué es lo que los está matando a todos?

2

—¡Digo que ahorquen a ese canalla!

—Óscar, no hables así delante de las niñas.

—Han oído cosas peores. Es una locura. Un canalla asesina a cuatro criaturas y el cretino juez suspende la sesión porque el defensor estaba demasiado drogado para entender sus derechos. ¡Dios mío! ¿Puedes creerlo?

Carolyn Lucas sirvió a su marido la primera taza de café del día y llevó rápidamente a sus dos hijas hasta la parada del autobús. El hombre hizo un ademán amenazador a la televisión como si el locutor tuviera la culpa de que el asesino siguiera en libertad.

Óscar Lucas tenía un modo de hablar con las manos que se parecía muy poco al lenguaje con signos de los sordos. Estaba sentado a la mesa para desayunar, con los hombros caídos, una posición que disimulaba su larguirucho cuerpo de uno ochenta. Tenía la cabeza pelada como un huevo, salvo algunos mechones grisáceos en las sienes, y sus tupidas cejas resaltaban encima de unos ojos castaños como el roble. A diferencia de los burócratas de Washington, siempre vestidos con trajes azules a rayas, él usaba pantalón y chaqueta deportivos.

Con sus cuarenta y pocos años, podría haber pasado por un dentista o un contable en lugar de ser un agente especial de la división del Servicio Secreto que protegía al Presidente. Durante sus veinte años como agente había engañado a muchos con su aspecto de buen vecino, desde los presidentes cuyas vidas custodiaba hasta los potenciales asesinos a los que había acorralado antes de darles oportunidad de actuar. En su trabajo se mostraba agresivo y solemne pero en su hogar, por lo general, estaba lleno de picardía y humor... salvo, desde luego, cuando se hallaba bajo la influencia del informativo de las ocho de la mañana.

Tomó el último sorbo de café y se levantó de la mesa. Abrió la chaqueta —era zurdo— y se acomodó la cartuchera que le llegaba a la cadera donde tenía un revólver 357 Magnum Smith & Wesson, Modelo 19, con un cañón de dos pulgadas y media. El arma estándar se la proporcionó el Servicio una vez que terminó el entrenamiento y empezó como agente en la oficina de investigaciones de Denver dedicada a seguir los pasos a los falsificadores. En su trabajo lo había desenfundado dos veces, pero había apretado el gatillo cuando ya nadie estaba a su alcance.

Carolyn estaba vaciando el lavavajillas cuando él se le puso detrás, apartó la cascada de cabellos rubios y le dio un beso en el cuello.

—Me voy —le dijo.

—No olvides que esta noche es la partida de billar en casa de los Hardings.

—Estaré en casa a tiempo. No está programado que el jefe salga hoy de la Casa Blanca.

Carolyn levantó la vista y le sonrió.

—Procura que no salga.

—Lo primero que haré será informar al Presidente que mi mujer me pone mala cara por trabajar hasta tarde.

Carolyn se rió y apoyó la cabeza en su hombro.

—A las seis.

—Tú ganas —le respondió, fingiéndose cansado, y salió por la puerta trasera.

Dio marcha atrás a su coche oficial, un lujoso Buick sedán, y se dirigió al centro. Antes de llegar al final de la calle llamó por radio a la oficina donde estaba la central de operaciones del Servicio Secreto.

—Crown, habla Lucas. Voy a la Casa Blanca.

—Que tengas buen viaje —le respondió una voz metálica.

Ya estaba empezando a sudar. Encendió el aire acondicionado. El calor del verano en la capital de la nación no parecía disminuir. Había una humedad del noventa por ciento y las banderas de Embassy Road, en Massachusetts Avenue, colgaban flácidas e inertes en medio de ese aire sofocante.

Disminuyó la marcha y se detuvo en el puesto de control de la West Executive Avenue durante unos momentos, hasta que un guardia uniformado del Servicio Secreto asintió con la cabeza y lo dejó pasar. Estacionó el coche e ingresó por la entrada occidental de los ejecutivos en el nivel inferior de la Casa Blanca.

Al llegar al puesto de mando del Servicio Secreto, con el nombre en código de W-16, se detuvo para charlar con los hombres que monitorizaban una serie de equipos de comunicaciones electrónicas. Después subió la escalera que conducía a su oficina en el segundo piso del Ala Este.

Lo primero que hacía todas las mañanas después de sentarse detrás de su escritorio era revisar el itinerario del Presidente, junto con los informes recibidos de antemano por los agentes a cargo de la seguridad.

Estudió la carpeta de futuros «movimientos» del Presidente por segunda vez. La consternación aumentaba en su rostro. Había habido un cambio inesperado... y bastante importante. Dejó irritado la carpeta, hizo girar la silla y contempló la pared.

La mayoría de los presidentes se atenían a sus hábitos, se ajustaban a sus horarios y los cumplían rígidamente. Podían ponerse en hora los relojes cada vez que Nixon entraba y salía. Reagan y Cárter raras veces se desviaban de los planes establecidos. Pero no ocurría lo mismo con el hombre que ocupaba ahora la Oficina Oval. Miraba como una molestia al Servicio Secreto y, lo que era peor, era tan impredecible como un demonio.

Para Lucas y sus delegados en el Servicio era un juego que duraba las veinticuatro horas tratar de estar un paso por delante del «Hombre», procurando adivinar adonde se le ocurriría ir de pronto y cuándo, y a qué visitantes podría invitar

sin dar tiempo para tomar las apropiadas medidas de seguridad. Un juego en el que, a menudo, Lucas perdía.

En menos de un minuto bajó la escalera y entró en al Ala Occidental para entrevistarse con el segundo hombre más poderoso de la rama ejecutiva, el jefe del estado mayor, Daniel Fawcett.

—Buenos días, Óscar —le dijo Fawcett, sonriéndole benignamente—. Ya sabía que en cualquier momento entrarías a la carga.

—Eso parece ser una nueva excursión en el itinerario —le respondió Lucas, con un tono práctico y eficiente.

—Lo siento. Pero va a tener lugar una importante votación sobre la ayuda al bloque de países orientales y el Presidente quiere ejercer sus encantos sobre el senador Larimer y el presidente de la Cámara de Diputados para que apoyen su programa.

—Y por eso los lleva a un paseo en barco.

—¿Por qué no? Todos los presidentes, desde Herbert Hoover, han utilizado el yate presidencial para conferencias de alto nivel.

—No discuto la razón —le replicó Lucas, con firmeza—. Protesto por el momento que han elegido.

Fawcett le dirigió una mirada inocente.

¿Qué pasa con la noche del viernes?

—Sabes muy bien qué pasa. Faltan sólo dos días.

—¿Y?

—Para un crucero por el Potomac con una noche de parada en Mount Vernon, mi equipo necesita cinco días para planificar la seguridad. Hay que instalar en el terreno un sistema completo de comunicaciones y alarmas. Hay que registrar el yate en busca de explosivos y micrófonos, revisar las costas... y el servicio de guardacostas necesita tiempo para proporcionar un barco que escolte el río. No podemos realizar un trabajo decente en dos días.

Fawcett era un individuo impaciente como un perrito, de nariz afilada, cara cuadrada y ojos intensos. Siempre parecía un experto en demoliciones contemplando un edificio abandonado.

—¿No te parece, Óscar, que estás exagerando un poco? Los asesinatos ocurren en calles congestionadas o en los teatros. ¿Quién ha oído hablar de un jefe de Estado asesinado en un yate?

—Puede ocurrir en cualquier parte y en cualquier momento —le respondió Lucas, con mirada inflexible—. ¿Te has olvidado del tipo que detuvimos y que pensaba secuestrar un avión para estrellarlo contra la *Fuerza Aérea Uno*? El hecho es que la mayoría de los intentos de asesinato tienen lugar cuando el Presidente se halla lejos de sus lugares acostumbrados.

—El Presidente insiste en la fecha —le replicó Fawcett—. Mientras trabajes para él harás lo que se te ordene, lo mismo que yo. Si tiene ganas de remar solo en un chinchorro hasta Miami es su problema.

Fawcett había dado en el nervio equivocado. La cara de Lucas se puso rígida y se acercó hasta tocarle casi los pies al jefe del estado mayor de la Casa Blanca.

—En primer lugar, por orden del Congreso, yo no trabajo para el Presidente. Trabajo para el Departamento del Tesoro. Por lo tanto, el Presidente no puede sacarme de ahí y obligarme a hacer lo que él quiera. Mi deber es proporcionarle la mayor seguridad con las menores molestias en su vida privada. Cuando sube al ascensor para ir a sus habitaciones, mis hombres y yo permanecemos abajo. Pero desde el momento que sale del primer piso hasta que regresa, pertenece al Servicio Secreto.

Fawcett conocía bien la personalidad de los hombres que trabajaban en torno al Presidente y comprendió que se había excedido con Lucas. Tuvo la suficiente prudencia como para acabar con esa guerra. Sabía que Lucas estaba consagrado a su trabajo y que no podía ponerse en duda su lealtad al hombre de la Oficina Oval. Pero no había forma de que pudieran llegar a ser íntimos amigos. Socios profesionales... quizá. Reservados pero atentos el uno al otro. Dado que no eran rivales en poder, jamás serían enemigos.

—No hay por qué alterarse, Óscar. Sigo sermoneando. Informaré al Presidente acerca de tus preocupaciones. Pero dudo que cambie de idea.

Lucas suspiró.

—Lo haremos lo mejor que podamos durante el tiempo que nos queda. Pero *hay* que hacerle entender que, para él, resulta imperativo que colabore con la gente de seguridad.

—¿Qué puedo decir? Sabes mejor que yo que todos los políticos se creen inmortales. Para ellos, el poder es algo más que un afrodisíaco... es como la combinación de una fuerte droga y la confusión provocada por el alcohol. Nada los excita tanto o los llena de vanidad como una multitud vitoreándolos para estrecharles la mano. Por eso son vulnerables a cualquier asesino que sepa estar en el lugar adecuado y en el momento preciso.

—Dímelo a mí... he cuidado a cuatro presidentes.

—Y no has perdido a uno solo.

—Estuve cerca dos veces con Ford y una con Reagan.

—No puedes predecir con certeza la forma de sus comportamientos.

—Tal vez no. Pero, después de todos estos años pasados en el negocio de la protección, uno adquiere una reacción instintiva. Por ello me siento tan incómodo con este viaje en yate.

Fawcett se puso rígido.

—¿Crees que alguien va a *matarlo*?

—*Siempre* hay alguien dispuesto a matarlo. Investigamos veinte locos por día y contamos con información sobre unas dos mil personas a las que consideramos peligrosas o capaces de cometer un asesinato.

Fawcett le puso la mano en el hombro.

—No te preocupes, Óscar. La excursión del viernes sólo se dirá a la prensa en el último momento. Es todo lo que te puedo prometer.

—Te lo agradezco, Dan.

—Además, ¿qué puede suceder en el Potomac?

—Tal vez nada. Quizá lo inesperado —le respondió Lucas, con voz extraña—. Es lo inesperado lo que me produce pesadillas.

Megan Blair, la secretaria del Presidente, vio a Dan Fawcett de pie en el umbral de su minúscula oficina y le hizo una señal con la cabeza por encima de su máquina de escribir.

—Hola, Dan. No te había visto.

—¿Cómo está el jefe esta mañana? —le preguntó él, siguiendo el ritual diario de enterarse de cómo estaba el ambiente antes de entrar en la Oficina Oval.

—Cansado. La recepción de honor de la industria cinematográfica duró hasta más de la una de la mañana.

Megan era una mujer guapa, de poco más de cuarenta años, con una cordialidad pueblerina. Tenía el pelo negro y lo llevaba corto; era una especie de dinamo encantada con su trabajo y su jefe y no quería nada más en la vida. Llegaba temprano, se iba tarde y trabajaba los fines de semana. Soltera, con sólo dos aventuras en su pasado, gozaba de su vida independiente. Fawcett se quedaba siempre sorprendido de que pudiera hablar y escribir a máquina al mismo tiempo.

—Iré con tiento y reduciré al mínimo sus compromisos para que pueda tomarlo con calma.

—Llegas demasiado tarde. Ya está en conferencia con el almirante Sandecker.

—¿Quién?

—El almirante James Sandecker. Director de la Agencia Marítima y Submarina Nacional.

Una expresión de fastidio asomó a la cara de Fawcett. Asumía su papel como guardián del tiempo del Presidente con toda seriedad y experimentaba un profundo resentimiento ante cualquiera que se entrometiera en su territorio. Cualquier penetración dentro de su círculo protector era una amenaza a la base de su poder. ¿Cómo diablos se le había infiltrado Sandecker?, se preguntó.

Megan leyó sus pensamientos.

—El Presidente mandó llamar al almirante —le explicó—. Creo que te está esperando para que asistas a la entrevista.

Pacificado en cierto sentido, Fawcett asintió y entró en la Oficina Oval. El Presidente estaba sentado en un sofá, estudiando varios papeles diseminados sobre una gran mesa de café.

Un hombre bajo, flaco, pelirrojo y con una barba a lo Van dycke que hacía juego con su cabello, se hallaba sentado frente a él.

El Presidente levantó la vista.

—Dan, me alegro de que estés aquí. ¿Conoces al almirante Sandecker?

—Sí.

Sandecker se levantó y le estrechó la mano. El apretón del almirante fue firme y breve. Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza hacia Fawcett, sin pronunciar una sola palabra, como para darse por enterado de su presencia. No era por grosería que había hecho eso. Tenía fama de ser un hombre hecho y derecho, encerrado en un caparazón frío e inflexible, que no se inclinaba ante nadie. En Washington lo odiaban y envidiaban; pero, en general, lo respetaban porque jamás se ponía de parte de nadie y siempre daba lo que se le pedía.

El Presidente hizo que Fawcett se acercara al sofá, acomodando un almohadón a su lado.

—Siéntate, Dan. Le pedí al almirante que me informara acerca de un grave problema que se nos ha presentado en aguas de Alaska.

—No me he enterado.

—No me sorprende —dijo el Presidente—. El informe sólo me llegó hace una hora —hizo una pausa y con la punta del lápiz señaló una zona rodeada con un círculo rojo en un gran mapa náutico—. Aquí, a ciento ochenta millas al sudoeste de Anchorage, en la región del Cook Inlet, un veneno poderosísimo está matando cuanto hay en el mar.

—Suenan como si usted estuviera hablando de petróleo derramado ¿no?

—Mucho peor —le replicó Sandecker, recostándose en el sofá—. Lo que tenemos aquí es un agente desconocido que provoca la muerte de seres humanos y marinos en menos de un minuto después de haber entrado en contacto.

—¿Cómo es posible eso?

—La mayoría de los componentes venenosos se introducen en el cuerpo por ingestión o inhalación —le explicó Sandecker—. La sustancia con la que estamos tratando mata a través de la piel, por absorción.

—Debe estar sumamente concentrada en una pequeña área para ser tan poderosa.

—Si es que usted llama *pequeña* a una zona de mil millas cuadradas en mar abierto.

El Presidente estaba perplejo y dijo:

—No puedo imaginarme una sustancia de tan terrible poder.

—¿De qué datos disponemos? —preguntó Fawcett al almirante.

—Un guardacostas encontró una lancha pesquera de Kodiak a la deriva, con toda su tripulación muerta. Enviaron a bordo a dos investigadores y un médico y también murieron. Un equipo de geofísicos, en una isla a treinta millas, fue encontrado muerto por el piloto de un avión que les llevaba provisiones. *Murió* mientras enviaba señales de auxilio. Horas después, un barco pesquero japonés comunicó haber visto casi un centenar de ballenas grises muertas, panza arriba. El pesquero desapareció y no se hallaron huellas. Lechos de cangrejos, colonias de focas... todo ha desaparecido. Eso es sólo el comienzo. Ha de haber muchas más bajas de las que no tenemos noticias.

—Si esa contaminación continúa sin ser controlada, ¿qué es lo peor que podemos esperar?

—La virtual extinción de toda la vida marina en el golfo de Alaska. Y si entra en la Corriente de Japón y es llevada al sur, podría envenenar a todos los hombres, peces, animales y pájaros que tomen contacto con ella a lo largo de la Costa Occidental, hasta el sur de México. La cantidad de seres humanos muertos podría llegar a centenares de miles. Pescadores, nadadores, cualquiera que camine por una costa contaminada, cualquiera que coma pescado... es como una reacción en cadena. Ni siquiera quiero *pensar* qué ocurriría si se evaporara en la atmósfera y cayera con la lluvia.

A Fawcett le resultaba casi imposible asimilar la enormidad de todo eso.

—¡Por Dios! ¿De qué diablos se trata?

—Demasiado pronto para decirlo —le respondió Sandecker—. La Agencia de Protección del Medio Ambiente posee un montón de datos computados e informaciones detalladas sobre doscientas características relevantes de unos mil cien componentes químicos. En pocos segundos pueden determinar los efectos que puede tener una sustancia peligrosa vertida accidentalmente; su nombre de fábrica, fórmula, principales productores, modo de transporte y amenaza al medio ambiente. La contaminación en Alaska no se ajusta a ninguno de esos datos que tienen almacenados en los archivos de las computadoras.

—Pero seguramente han de tener *alguna* idea, ¿no?

—No señor. No la tienen. Hay sólo una *leve* posibilidad... pero sin informes sobre las autopsias no es más que una conjetura.

—Me encantaría saberla —dijo el Presidente.

Sandecker aspiró profundamente.

—Las tres peores sustancias venenosas conocidas por el hombre son el plutonio, la dioxina y el sistema de guerra química. Los dos primeros no encajan en el molde. El tercero, al menos para mí, es el primer sospechoso.

El Presidente miró fijamente a Sandecker. En su cara se reflejaban la comprensión de la idea y el espanto.

—¿El Agente Nervioso S? —preguntó, lentamente.

Sandecker asintió en silencio.

—Por eso la APMA (Agencia de Protección del Medio Ambiente) no tenía información sobre ese asunto —susurró el Presidente—. La fórmula es ultrasecreta.

Fawcett se volvió hacia el Presidente.

—Me temo no estar familiarizado con...

—El Agente Nervioso S es un arma química que los científicos del Arsenal de las Montañas Rocosas desarrollaron hace unos veinte años —le explicó el Presidente—. He leído los informes de las pruebas. Mata en pocos segundos, apenas toca la piel. Parecía ser la respuesta ideal ante un enemigo, que usara máscaras de gas o equipos protectores. Se adhiere a todo lo que toca. Pero sus propiedades eran demasiado inestables... tan peligrosas para las tropas en dispersión como para quienes las reciben en el otro extremo. El ejército lo abandonó y lo enterró en el desierto de Nevada.

—No alcanzo a ver la conexión entre Nevada y Alaska —dijo Fawcett.

—Durante el embarque por ferrocarril desde el arsenal en las afueras de Denver —explicó Sandecker— desapareció un vagón con casi cuatro mil litros del Agente Nervioso S. Aún sigue faltando y no se sabe nada de él.

—Si la contaminación se debe, en realidad, a ese agente, una vez hallado ¿cuál es el proceso para eliminarlo?

Sandecker se encogió de hombros.

—Desgraciadamente, el estado actual de la tecnología y las características físico-químicas del Agente Nervioso S hacen que, una vez que entra en el agua, muy poco puede hacerse para disminuir la penetración. Nuestra única esperanza es aislar la fuente antes de que suelte suficiente veneno como para convertir el océano en un pozo negro desprovisto de toda vida.

—¿Alguna pista acerca de donde se origina? —preguntó el Presidente.

—Con toda probabilidad, un barco hundido entre la isla Kodiak y el continente de Alaska —le respondió Sandecker—. Nuestro próximo paso es rastrear las corrientes y trazar un mapa cuadrículado para realizar la investigación.

El Presidente se inclinó sobre la mesa y estudió un círculo rojo marcado en el mapa. Después dirigió a Sandecker una mirada de agradecimiento.

—Como director de la Agencia Marítima y Submarina Nacional, almirante, tiene usted la difícil misión de neutralizar ese agente. Tiene mi autoridad para golpear ante cualquier agencia o departamento del gobierno con la necesaria pericia: el Consejo Científico Nacional, el ejército y los guardacostas, la APMA... a quien quiera usted entrevistar. —Se quedó un momento pensativo y luego preguntó—: Exactamente, ¿qué poder tiene el Agente Nervioso S en aguas marinas?

Sandecker parecía cansado, con la cara tensa.

—Una cucharadita de té podría matar a todo organismo viviente en quince

millones de litros de agua de mar.

—Entonces será mejor que lo *encontremos* —dijo el Presidente, con un tono de desesperación—. ¡Y enseguida!

3

En las profundidades del río James, junto a la costa de Newport News, Virginia, dos buzos luchaban contra la corriente abriéndose camino entre el fango acumulado en el casco podrido de un barco naufragado.

En esa negra y enorme masa líquida no había medio de orientarse. La visibilidad era apenas de unos centímetros cuando los dos se aferraban a la tubería de aire que extraía el pesado fango y lo arrojaba a una barcaza a veinticinco metros, allá arriba, bajo la luz del sol. Trabajaban casi con el sistema Braille. La única iluminación provenía de un débil destello de luces submarinas montadas al borde del cráter que habían excavado pacientemente en los últimos días. Lo único que veían con claridad eran partículas suspendidas en el agua, que marchaban a la deriva ante sus máscaras, como barridas por el viento.

Les resultaba difícil creer que por encima de ellos había un mundo, un cielo, nubes y árboles meciéndose en la brisa. En la pesadilla de ese lodo agitado y esa perpetua oscuridad, parecía imposible que, a quinientos metros, hubiera gente y coches moviéndose por las aceras y las calles de la pequeña ciudad.

Hay quien afirma que no se puede sudar bajo el agua. Pero *se puede*. Los buzos sentían cómo el sudor hacía esfuerzos por pasar a través de los poros de su piel, venciendo el efecto constrictor de sus trajes impermeables. Empezaban a experimentar una fatiga cada vez más fuerte, aunque hacía sólo ocho minutos que se hallaban en el fondo.

Se abrieron camino, centímetro a centímetro, hasta penetrar por el boquete en la amura de estribor del casco. Las planchas que enmarcaban esa abertura cavernosa estaban retorcidas como si un gigantesco puño hubiera asestado un golpe al barco. Empezaron a encontrar objetos; un zapato, el gozne de un viejo cofre, calibradores de bronce, herramientas, hasta un pedazo de tela. Era algo fantasmagórico tocar objetos fabricados por el hombre y olvidados durante ciento veintisiete años.

Uno de los buzos hizo una pausa para controlar las bombonas de aire. Calculó que podrían trabajar otros diez minutos. Y aún les quedarían reservas para llegar a la superficie.

Cerraron la válvula de la tubería, interrumpiendo la succión, mientras esperaban que la corriente del río transportara la nube de barro en suspensión. Excepto por el ruido de sus reguladores de respiración, todo estaba en silencio. El pecio se hizo un poco más visible. Las maderas de la cubierta estaban aplastadas y rotas hacia dentro. Bobinas de cables se arrastraban por el fango como serpientes cubiertas de barro. El interior del casco tenía un aspecto siniestro y repulsivo. Casi podían sentir la inquieta presencia de los fantasmas de los hombres hundidos con el barco.

De pronto oyeron un extraño zumbido. No el rumor de un motor fuera borda, sino

un ruido más pesado, como el distante ronroneo de un avión. No había medio para precisar su dirección. Escucharon un rato hasta que se hizo más fuerte, amplificado por la densidad del agua. Era un ruido en la superficie y no les concernía, por lo que volvieron a activar la tubería y regresaron a su trabajo.

No había pasado un minuto cuando el extremo de la succionadora golpeó con algo duro. Rápidamente cerraron otra vez la válvula de aire y apartaron el fango con las manos. Pronto se dieron cuenta de que no estaban tocando madera sino un objeto más duro, mucho más resistente y cubierto de herrumbre.

Para el equipo de apoyo en la barcaza, en el lugar del naufragio, el tiempo parecía haber retrocedido. Todo el mundo se quedó fascinado cuando un viejo avión PBY Catalina realizó un descenso, viniendo desde el oeste, y rozó el agua del río con la torpeza de un ganso borracho. El sol brillaba en la pintura de color aguamarina en el casco de aluminio y las letras NUMA^[1] aumentaron de tamaño a medida que el avión se acercaba a la barcaza. Los motores quedaron en silencio, el copiloto salió por una escotilla lateral y arrojó una cuerda de amarre a uno de los hombres.

Entonces apareció una mujer y saltó rápidamente a la rota cubierta de madera. Era delgada y elegante: vestía una blusa estrecha, larga y suelta, sujeta debajo de las caderas por una delgada faja, sobre unos ceñidos pantalones de algodón verde. Llevaba mocasines, tendría unos cuarenta y cinco años, una altura aproximada al metro sesenta, cabellos con reflejos dorados y la piel tostada, de un color cobrizo. Hermosa de rostro, con los pómulos prominentes. Una cara singular.

Se abrió camino entre un laberinto de cables y equipos de salvamento, rodeada por una galería de miradas masculinas en las que la especulación se mezclaba con una nada disimulada fascinación. Se quitó las gafas de sol, dejando a la vista sus ojos castaños.

—¿Quién de ustedes es Dirk Pitt? —preguntó, sin preámbulos.

Un individuo tosco, más bajo que ella, pero con hombros dos veces más anchos que su cintura, dio un paso adelante y señaló el río.

—Está ahí abajo.

La mujer dio media vuelta y siguió con la mirada la dirección que señalaba el dedo extendido. Una gran boya anaranjada se mecía en la corriente encrespada, con el cable sumergido en las sucias y verdes aguas. Diez metros más allá, alcanzó a ver las burbujas del buzo aflorando a la superficie.

—¿Cuánto falta para que suba?

—Cinco minutos.

—Ya —dijo, pensando un instante. Después preguntó—: ¿Está con él Albert Giordino?

—Soy yo.

Vestido sólo con unas zapatillas gastadas, tejanos recortados y una camiseta

desgarrada, el atuendo de Giordino hacía juego con su pelo negro y encrespado por el viento y una barba de dos semanas. Definitivamente, no encajaba en la imagen que tenía ella del subdirector de proyectos especiales de la NUMA.

Le resultó más divertido que sorprendente.

—Mi nombre es Julie Mendoza, de la Agencia de Protección del Medio Ambiente. Tengo un asunto urgente que hablar con ustedes dos, aunque será mejor que espere hasta que el señor Pitt salga a la superficie.

Giordino se encogió de hombros.

—Como quiera —y sonrió amistosamente—. No tenemos muchas comodidades, pero podemos ofrecerle cerveza fría.

—Pues la verdad es que me apetece, gracias.

Giordino sacó una lata de Coors de un cubo de hielo y se la ofreció.

—¿Qué hace un... una mujer de la APMA volando en un avión de la NUMA?

—Fue una sugerencia del almirante Sandecker.

La mujer no explicó nada más, por lo que Giordino no siguió presionándola.

—¿Qué es este proyecto? —preguntó Julie Mendoza.

—El *Cumberland*.

—Un barco de la Guerra Civil, ¿no?

—Sí. Tiene mucho significado histórico. Era una fragata de la Unión hundida en 1862 por el acorazado *Merrimack*... o el *Virginia*, como se lo conocía en el Sur, de la Confederación.

—Si no me equivoco, se fue a pique antes de que el *Merrimack* se enfrentara al *Monitor*, por lo que fue el primer barco destruido por un buque blindado.

—Conoce bien la historia —le dijo Giordino, sumamente impresionado.

—¿Y la NUMA lo está sacando del agua?

Giordino negó con la cabeza.

—Demasiado caro. Sólo buscamos el espolón.

—¿El espolón?

—La batalla fue encarnizada —explicó Giordino—. La tripulación del *Cumberland* luchó hasta que el agua entró en los cañones. Al final, el *Merrimack* atacó al *Cumberland*, enviándolo al fondo, con la bandera aún ondulando. Pero cuando el *Merrimack* retrocedía, su espolón en forma de cuña entró en la fragata y se rompió. Estamos buscando ese espolón.

—¿Qué valor puede tener un viejo pedazo de hierro?

—Quizá no valga dinero a los ojos de los buscadores de tesoros, pero históricamente es inapreciable, un trozo de la herencia naval norteamericana.

Julie Mendoza estuvo a punto de hacer otra pregunta, pero su atención fue desviada por dos cabezas hundidas en goma negra que emergieron del agua junto a la barcaza. Los buzos nadaron, subieron por la herrumbrosa escalerilla y se

despojaron de sus pesados equipos. El agua les chorreaba de los trajes, brillando a la luz del sol.

El más alto de los dos se quitó la capucha y se pasó las manos por su abundante melena, negra como el azabache. Tenía la cara muy tostada por el sol y los ojos eran los más intensamente verdes que había visto Julie. Tenía el aspecto de un hombre que sonríe con facilidad y a menudo, que desafía a la vida y acepta las ganancias y las pérdidas con la misma indiferencia. Cuando se irguió en toda su altura, casi un metro noventa, su delgado y resistente cuerpo hizo crujir las costuras del traje de buzo. Sin preguntarlo, Julie Mendoza supo que era Dirk Pitt.

Saludó a la tripulación de la barcaza y se le acercó.

—La encontramos —dijo, con una ancha sonrisa.

Giordino lo palmeó en la espalda, encantado.

—Fantástico, amigo.

Todos empezaron a formular montones de preguntas a los buzos, que contestaron entre trago y trago de cerveza. Por último Giordino se acordó de Julie Mendoza y le hizo una señal para que se acercara.

—Ésta es Julie Mendoza, de la APMA. Quiere hablar con nosotros.

Dirk Pitt le tendió la mano, mirándola apreciativamente.

—Julie.

—Señor Pitt.

—Si me da un minuto para cambiarme y secarme...

—Me temo que se nos hace tarde —lo interrumpió ella—. Podemos hablar en el aire. El almirante Sandecker pensó que el avión sería más rápido que un helicóptero.

—Me doy por vencido. No entiendo.

—No tengo tiempo para explicárselo. Debemos marcharnos inmediatamente. Lo único que puedo decirles es que se les ordena participar en un nuevo proyecto.

Había un tono velado en su voz que intrigó a Pitt. No es que fuera exactamente masculina. Más bien parecía una voz propia de una novela de Harold Robbins.

—¿Por qué tanta prisa? —le preguntó él.

—No es éste el lugar ni el momento —le respondió ella, indicando con la mirada la tripulación de salvamento, que escuchaba la conversación.

Pitt se volvió hacia Giordino.

—¿Qué piensas, Al?

Giordino fingió una mirada divertida.

—Es difícil decirlo. La mujer parece bastante decidida. Por otra parte, he encontrado un hogar aquí, en la barcaza. Detesto irme.

Julie Mendoza se puso roja de rabia, comprendiendo que los hombres estaban riéndose de ella.

—Por favor, los minutos cuentan.

—¿Le importaría decirnos adonde vamos?

—A la Base de la Fuerza Aérea de Langley, donde un jet militar nos espera para llevarnos a Kodiak, en Alaska.

Lo mismo podría haberles dicho que irían a la luna. Pitt la miró a los ojos, buscando algo que no estaba seguro de encontrar. Lo único que vio fue una expresión de la más absoluta seguridad.

—Creo que sería mejor que me pusiera en contacto con el almirante para que me confirmara lo que acaba de decirme.

—Puede hacerlo en el viaje a Langley —le respondió, sin ceder un ápice—. Ya me he ocupado de sus cosas personales. Tienen a bordo su ropa y todo lo que pudieran necesitar para una operación de dos semanas. —Hizo una pausa y lo miró fijamente a los ojos—. Y con esto basta de conversaciones, señor Pitt. Mientras estamos aquí, hay gente muriendo. Usted no lo podía saber. Pero le doy mi palabra. Si es la mitad de hombre de lo que se dice, dejaría de estar perdiendo tiempo y subiría al avión... ¡ya!

—Realmente, es usted decidida, ¿no?

—Tengo que serlo.

Hubo un silencio de hielo. Pitt aspiró profundamente y después soltó el aire. Miró a Giordino.

—Tengo entendido que Alaska es hermoso en esta época del año.

Giordino se las ingenió para poner una mirada distante.

—Hay unas tabernas en Sakgway a las que no me molestaría volver.

Pitt le hizo una señal al otro buzo, que se estaba quitando el traje.

—Es todo tuyo, Charlie. Adelante y trae el espolón del *Merrimack*. Llévalo al laboratorio de conservación.

—Me ocuparé de eso.

Pitt asintió y después se dirigió al Catalina, conversando con Giordino como si Julie Mendoza no existiera.

—Espero que haya llevado mi equipo de pesca —dijo Giordino, con voz firme—. Debe de haber muchos salmones, por allí.

—Pienso montar en un reno —prosiguió Pitt—. Dicen que son más veloces que los perros de los trineos.

Mientras Julie los seguía, las palabras del almirante Sandecker volvieron a su mente como un hechizo: «No la envidio teniendo que manejar a esos dos. Especialmente a Pitt. Es capaz de convertir a un tiburón en vegetariano. De modo que no le aparte los ojos de encima y mantenga cruzadas las piernas».

James Sandecker estaba considerado un buen partido entre las mujeres de la buena sociedad de Washington. Soltero consagrado a sus tareas, había hecho del trabajo su única amante. Raras veces establecía relaciones con el sexo opuesto que duraran más de unas pocas semanas. El sentimentalismo y el romanticismo, cualidades que tanto éxito tenían en las mujeres, estaban más allá de él. En otra vida podría haber sido un ermitaño o, como sugirió alguien, Ebenezer Scroog^[2].

Cercano ya a los sesenta años y adicto al ejercicio, se conservaba en plena forma. Era bajo y musculoso, de pelo y barba rojos con alguna cana. Poseía una personalidad retraída y tosca que atraía a las mujeres. Muchas le habían echado el anzuelo, pero ninguna había conseguido engancharlo.

Bonnie Cowman, abogada de uno de los más respetados bufetes de la ciudad, se consideraba afortunada por haber concertado una cita para cenar con él.

—Estás muy pensativo esta noche, Jim —le dijo.

Sandecker no la miró. Estaba observando los otros comensales sentados en ese tranquilo decorado del restaurante Company Inkwell.

—Me estaba preguntando cuánta gente saldría a cenar si no existiera el marisco.

Bonnie Cowman lo miró, perpleja, y luego se rió.

—Después de estar todo el día con abogados aburridos, te confesaré que es como respirar aire puro de la montaña estar con alguien capaz de observaciones como ésta.

La mirada de él pasó de la vela de la mesa a los ojos de ella. Bonnie Cowman tenía treinta y cinco años y un insólito atractivo. La mujer sabía, desde hacía tiempo, que la belleza era un bien en su carrera y jamás intentó ocultarla. Tenía el cabello fino y lacio, que le caía por debajo de los hombros. Pechos pequeños, pero bien proporcionados, igual que las piernas que exhibía generosamente bajo una falda corta. Era muy inteligente y sabía actuar ante cualquier tribunal. Sandecker se sentía incómodo por la poca atención que le estaba prestando.

—Llevas un vestido precioso —le dijo, en un débil intento por parecer atento.

—Sí, creo que el color rojo va bien con mi pelo rubio.

—Una afortunada combinación —le respondió, vagamente.

—No tienes cura, Jim Sandecker —agregó ella, meneando la cabeza—. Dirías lo mismo si estuviera desnuda.

—¿Cómo?

—Para tu información, el vestido es marrón, y mi pelo, castaño.

Sandecker sacudió la cabeza como si se estuviera quitando telarañas.

—Lo siento; pero ya te advertí que, como compañía, soy un desastre.

—Tienes la cabeza a mil kilómetros de aquí.

Con cierta timidez estiró el brazo por encima de la mesa y le tomó una mano.

—Durante el resto de la noche concentraré mis pensamientos totalmente en ti. Te lo prometo.

—Las mujeres se sienten maternales con los niños que necesitan cuidados. Y tú eres el niño más desvalido que he visto en mi vida.

—Cuidado con lo que dices, mujer. A los almirantes no les gusta que los traten como niños desvalidos.

—Muy bien, John Paul Jones. Entonces, ¿qué te parece un bocado para una tripulación muerta de hambre?

—Cualquier cosa con tal de impedir un motín —le respondió, sonriéndole por primera vez esa noche.

Pidió champaña y las más costosas exquisiteces marinas, como si fuera su última oportunidad. Le preguntó a Bonnie sobre los casos en que estaba trabajando y disimuló su falta de interés mientras ella contaba los últimos chismes de la Suprema Corte y las maniobras del Congreso. Terminado el segundo plato, estaban atacando las peras escalfadas en vino tinto cuando un hombre, con cuerpo de jugador de rugby, entró en el vestíbulo, miró a su alrededor y, al reconocer a Sandecker se acercó a la mesa.

Sonrió a Bonnie y le dijo:

—Mis disculpas, señora, por la interrupción. —Después habló al oído a Sandecker en voz baja.

El almirante asintió y miró, con tristeza, al otro extremo de la mesa.

—Perdóname, pero tengo que irme.

—¿Asuntos de Estado?

Asintió silenciosamente.

—Está bien —le dijo ella resignada—. Por lo menos te tuve para mí sola hasta el postre.

Se acercó a ella y le dio un fraternal beso en la mejilla.

—Lo volveremos a repetir.

Después pagó la cuenta, pidió al *maitre* que llamara un taxi para Bonnie y salió del restaurante.

El coche del almirante se detuvo en la entrada especial del Kennedy Center. Abrió la portezuela un hombre de cara seria, con un formal traje negro.

—Si quiere acompañarme, señor.

—¿Servicio secreto?

—Sí, señor.

Sandecker no le hizo más preguntas. Bajó el coche y siguió al agente por un pasillo alfombrado hasta un ascensor. Cuando las puertas se abrieron, el hombre lo condujo por detrás de la fila de palcos del teatro de ópera, hasta una pequeña sala de reuniones.

Daniel Fawcett, tan expresivo como un bloque de mármol, se limitó a hacerle un saludo con la mano.

—Lamento haber interrumpido su cita, almirante.

—El mensaje decía «urgente».

—Acabo de recibir otro informe desde Kodiak. La situación ha empeorado.

—¿Lo sabe el Presidente?

—Todavía no. Será mejor esperar hasta el intervalo. Si sale de golpe de su palco en el segundo acto de *Rigoletto*, daría pie a muchas suspicacias.

Entró en la sala un miembro del personal del Kennedy Center, con una bandeja de café. Sandecker se sirvió mientras Fawcett caminaba ociosamente. El almirante venció el abrumador deseo de encender un puro.

Tras una espera de ocho minutos apareció el Presidente. En el breve intervalo entre abrir y cerrar la puerta se oyeron los aplausos del público al finalizar el acto. El Presidente llevaba un traje negro con un pañuelo azul que asomaba del bolsillo de la chaqueta.

—Ojalá pudiera decirle que me alegro de verle otra vez, almirante. Pero cada vez que lo veo estamos metidos en algún problema.

—Así parece —le respondió Sandecker.

El Presidente se volvió hacia Fawcett.

—¿Cuál es la mala noticia, Dan?

—El capitán de un ferry no hizo caso a las órdenes del guardacostas y llevó su barco desde Seward hasta Kodiak. Hace pocas horas encontramos el ferry en la Isla Marmot. Todos los pasajeros y la tripulación estaban muertos.

—¡Por Dios! —exclamó el Presidente—. ¿Cuántos eran?

—Trescientos doce.

—Eso es terrible —dijo Sandecker—. El lío que se va a armar cuando los medios de difusión huelan la noticia.

—No podemos hacer nada —manifestó Fawcett, impotente—. La noticia ya circula por los servicios telegráficos.

El Presidente se hundió en un sillón. En la televisión parecía un hombre alto y se comportaba como si lo fuera, aunque sólo le llevaba cinco centímetros a Sandecker. Su cabello empezaba a enrarecerse y a encanecer. Su cara angulosa mostraba una expresión solemne, que pocas veces exhibía ante el público. Gozaba de enorme popularidad, debida, en buena parte, a una cálida personalidad y una contagiosa sonrisa capaz de vencer las reticencias de la audiencia más hostil. Sus fructíferas negociaciones para convertir a Canadá y a los Estados Unidos en una sola nación habían servido para establecer una imagen inmune a la crítica partidista.

—No podemos tardar ni un minuto más —dijo—. Hay que poner en cuarentena a todo el Golfo de Alaska y evacuar a todos los habitantes hasta una distancia de veinte

kilómetros de la costa.

—No estoy de acuerdo —dijo Sandecker, con tranquilidad.

—Me gustaría saber por qué.

—Por lo que sabemos, la contaminación se mantiene en aguas abiertas. No hay la menor señal de ella en el continente. Evacuar la población requiere mucho tiempo y es una operación compleja. Los habitantes de Alaska son duros, especialmente los pescadores que viven en la región. Dudo que quieran abandonar la zona voluntariamente bajo ninguna circunstancia. Y mucho menos si se lo ordena el gobierno federal.

—Son un hatajo de tozudos.

—Sí, pero no de *estúpidos*. Las asociaciones de pescadores están de acuerdo en restringir el viaje de sus barcos al puerto, y las envasadoras han empezado a enterrar todo lo que han producido en los últimos diez días.

—Necesitarán ayuda económica.

—Espero que se les conceda.

—¿Qué recomienda?

—Al servicio de guardacostas le faltan hombres y barcos para patrullar todo el golfo. La Armada tendrá que apoyarlos.

—Eso —susurró el Presidente— implica un riesgo. Llevar más hombres y barcos a esa zona aumentará la amenaza de más muertes.

—No necesariamente —dijo Sandecker—. La tripulación del guardacostas que hizo el primer descubrimiento de la contaminación no recibió efectos malignos porque el barco pesquero, que iba a la deriva, se había alejado de la zona letal.

—¿Y qué le pasó a la tripulación que subió a bordo y al médico? Murieron.

—La contaminación ya había llegado a las cubiertas, las barandas, casi todo lo que tocaron en el exterior del barco. En el caso del ferry, toda su sección central estaba abierta para poder transportar coches. Los pasajeros y la tripulación no tuvieron protección. Los barcos modernos están cubiertos de arriba abajo para prevenir la radiactividad en caso de un ataque nuclear. Pueden patrullar las corrientes contaminadas con un riesgo limitado.

El Presidente asintió.

—Muy bien. Daré órdenes para que el Departamento Naval preste ayuda, pero no cedo en lo que se refiere al plan de evacuación. Por testarudos que sean los de Alaska, hay que tener en cuenta a las mujeres y a los niños.

—Mi otra sugerencia, señor Presidente, es un plazo de cuarenta y ocho horas antes de iniciar la operación. Eso dará tiempo al equipo de investigación para encontrar la fuente.

El Presidente permaneció callado. Miró a Sandecker con profundo interés.

—¿Quién se encarga de la investigación?

—La coordinadora del Equipo de Emergencia es la doctora Julie Mendoza, principal ingeniera bioquímica de la APMA.

—No me suena su nombre.

—Está reconocida como la mejor del país en asesoramiento y control de contaminaciones peligrosas en el agua —le dijo Sandecker, sin vacilar—. La búsqueda del barco naufragado que, en nuestra opinión, contiene el agente tóxico será presidida por mi director de proyectos especiales, Dirk Pitt.

Los ojos del Presidente se abrieron.

—Conozco al señor Pitt. Demostró ser de la mayor ayuda en el asunto canadiense, hace unos meses.

«Quieres decir que te salvó el pellejo», pensó Sandecker, antes de continuar.

—Contamos también con otros casi doscientos expertos en contaminaciones, que han sido llamados para colaborar. Se ha convocado a todos los expertos de la industria privada para que proporcionen su experiencia y tecnología a fin de lograr una limpieza con éxito.

El Presidente consultó su reloj.

—Tengo que regresar al palco —dijo—. No van a comenzar el tercer acto sin mí. De cualquier manera dispone de cuarenta y ocho horas, almirante. Después ordenaré la evacuación y declararé el área zona de desastre nacional.

—¿Desea cancelar su crucero con Moran y Larimer?

El Presidente meneó imperceptiblemente la cabeza.

—No. El paquete de medidas de recuperación económica para los países satélites soviéticos tiene máxima prioridad sobre cualquier otro asunto, por muy importante que fuere.

—Con todos mis respetos, me opongo. Va a librar usted una batalla desesperada por una causa perdida.

—Me lo ha dicho por lo menos cinco veces durante la semana. —El Presidente se tapó la boca con el programa para disimular un bostezo—. ¿Cómo van los votos?

—Está aumentando una ola de conservadurismo y no participación contra usted. Necesitaremos quince votos en Diputados y cinco, quizá seis, para que las medidas sean aprobadas en el Senado.

—Hemos hecho frente a circunstancias más graves.

—Sí —susurró Fawcett, con tristeza—. Pero si somos derrotados esta vez, su administración jamás verá un segundo período.

Despuntaba el alba cuando una línea baja y oscura empezaba a surgir por encima del horizonte. A través de las ventanillas del helicóptero, la negra mancha tomó la forma de un cono y pronto se convirtió en el pico de una montaña, rodeada por el mar. Detrás había luna en creciente. La luz pasó del marfil a un azul índigo y luego a un radiante anaranjado a medida que el sol se levantaba. Las laderas estaban cubiertas de nieve.

Pitt miró a Giordino. Dormía: era un estado en el que podía entrar y salir con la misma facilidad con que se ponía y quitaba un jersey. Dormía desde el momento que salieron de Anchorage. Cinco minutos después de haber entrado en el helicóptero volvió a dormirse.

Pitt se volvió hacia Julie Mendoza, sentada detrás del piloto. La expresión de su cara era la de una niña maravillada por un desfile. Tenía la vista clavada en la montaña. A Pitt le pareció que, con las primeras luces del día, su cara se había suavizado. Ya no era la expresión de una mujer práctica y eficiente. Las líneas de su boca mostraban una ternura que no había mostrado antes.

—El volcán Augustine —dijo ella, sin darse cuenta de que la atención de Pitt estaba concentrada en ella y no en lo que había fuera de la ventanilla—. Llamado así por el capitán Cook en 1778. Aunque no lo parezca es el volcán más activo de Alaska. Durante el siglo pasado estuvo en erupción seis veces.

Con mucho pesar Pitt apartó la vista de ella y miró hacia abajo. La isla parecía deshabitada. Por las laderas de la montaña fluía una lava rocosa que terminaba hundiéndose en el mar. Una pequeña nube flotaba junto a la cima.

—Muy pintoresco —dijo él, bostezando—. Podría ser una estación de esquí.

—No apueste por eso —agregó ella, riéndose—. Esa nube que usted ve ahí arriba es vapor. El Augustine está siempre en actividad. La última erupción, en 1987, sobrepasó a la del Mount St. Helens, en Washington. La caída de cenizas y piedra pómez llegó hasta Atenas.

—¿Y cuál es su estado actual?

—Los datos confirman que aumenta el calor en torno a la cima, probable anuncio de una inminente erupción.

—Por supuesto, no se puede decir cuándo.

—Por supuesto —Julie Mendoza se encogió de hombros—. Los volcanes son impredecibles. A veces se enfurecen sin la menor advertencia; a veces durante meses parecen estar preparando una erupción que no llega nunca. Chisporrotean, retumban un poco y después se duermen. Esos científicos que le dije que murieron por el agente tóxico se encontraban en la isla estudiando la inminente actividad del volcán.

—¿Dónde nos vamos a instalar?

—A unas diez millas de la costa. En el guardacostas *Catawba*.

—El *Catawba*... —repitió él, como recordando algo.

—Sí; ¿lo conoce?

—Hace unos años aterricé en helicóptero en su plataforma de vuelo.

—¿Dónde fue?

—En el Atlántico Norte, cerca de Islandia —en ese momento estaba mirando más allá de la isla. Suspiró y se frotó las sienes—. Un amigo y yo estábamos buscando un barco que había chocado con un iceberg.

—¿Lo encontraron?

Pitt asintió.

—Con el casco incendiado. Nos adelantamos a los rusos. Después nos estrellamos en el oleaje de la costa de Islandia. Mi amigo se mató.

Julie notó que Pitt revivía mentalmente esos hechos. La expresión de su cara revelaba una profunda tristeza. Cambió de tema.

—Tendremos que despedirnos... temporalmente. Quiero decir, cuando lleguemos a tierra.

Pitt borró el pasado de su mente y miró a Julie.

—¿Se marcha?

—Usted y Al se quedarán en el *Catawba* tratando de localizar el agente tóxico. Yo voy a la isla, donde el equipo local ha instalado una base de datos.

—Y parte de mi trabajo consiste en enviar muestras de agua desde el barco al laboratorio, ¿no?

—Sí. Midiendo los niveles de contaminación podemos dirigirlo a usted en la superficie.

—Será como seguir las miguitas de pan.

—Es una manera de decirlo.

—¿Y cuando lo encontremos, qué?

—Una vez que el equipo de salvamento traiga los bidones con el producto tóxico, el ejército los enterrará en un pozo profundo en una isla cerca del Círculo Ártico.

—¿Qué profundidad tiene el pozo?

—Mil quinientos metros.

—Todo muy limpio y pulcro.

La mirada de alerta volvió a los ojos de Julie.

—Es el método más eficiente de que disponemos.

—Es usted optimista.

Julie lo miró interrogativamente.

—¿Qué quiere decir?

—El rescate. Podría llevar meses.

—No disponen ustedes siquiera de semanas —le respondió con vehemencia.

—Ahora es usted la que está invadiendo mi territorio —le dijo él, como dándole una lección—. Los buzos no pueden correr el riesgo de trabajar en un agua donde una sola gota podría matarlos. El único medio seguro y razonable es utilizar submarinos especiales; un proceso terriblemente lento y tedioso. Y los submarinos requieren tripulaciones sumamente entrenadas, con barcos construidos especialmente como plataformas de trabajo.

—Ya se lo he explicado —le dijo ella, impaciente—. El Presidente da carta blanca para cualquier equipo que necesitemos.

—Ésa es la parte fácil. Pese a sus muestras de agua, encontrar un naufragio es como buscar una moneda en un campo de fútbol en plena noche con una vela. Después, si tenemos suerte y establecemos contacto, podríamos encontrar en pedazos el casco y el cargamento disperso, o los bidones pueden estar demasiado corroídos para trasladarlos. La ley de Murphy puede atacarnos desde cada ángulo. Ninguna operación de rescate en aguas profundas se puede planear de antemano.

Julie se sonrojó.

—Quisiera señalar...

—No se moleste —la interrumpió él—. No soy hombre de discursos solemnes. Ya los he oído antes. No va a conseguir de mí un coro que cante un himno de batalla. Y no hace falta que me hable de las «incontables vidas que penden en la balanza». Ya lo sé. No necesito que me lo recuerden cada cinco minutos.

Julie lo miró, molesta por su arrogancia, sintiendo que, de alguna manera, él la estaba poniendo a prueba.

—¿Ha visto alguna vez a alguien que estuviera en contacto con el Agente Nervioso S?

—No.

—No es agradable de ver. Literalmente, se desangran cuando estallan sus órganos internos. Todos los orificios del cuerpo sangran como ríos. Después el cadáver se ennegrece.

—Es usted muy descriptiva.

—Para usted todo es un juego —le espetó—. Para mí no.

Pitt no le contestó. Se limitó a inclinar la cabeza hacia el *Catawba* mirando por el parabrisas del piloto.

—Estamos aterrizando.

El piloto observó que el barco estaba con la proa hacia el viento, por el temblor de las drizas. Colocó el helicóptero sobre la popa, revoloteó unos momentos y descendió sobre la plataforma. No se habían detenido aún las paletas de los rotores cuando se acercaron dos figuras vestidas de la cabeza a los pies con unos trajes como de astronautas, que desenrollaron un tubo de plástico de aproximadamente un metro y medio de diámetro que parecía un enorme cordón umbilical. Lo aseguraron a la

portezuela de salida y dieron tres golpes. Pitt aflojó los cerrojos y abrió la portezuela hacia adentro. Los hombres de afuera le pasaron unas capuchas de tela con lentes y guantes.

—Será mejor que se los pongan —le ordenó una voz en sordina.

Pitt le dio unos golpecitos a Giordino para despertarlo y le entregó una capucha y un par de guantes.

—¿Qué diablos es todo esto? —farfulló Giordino, saliendo de sus telarañas.

—Regalos de bienvenida del departamento de sanidad.

Aparecieron otros dos tripulantes en el túnel de plástico y se enfundaron los equipos. Giordino, aún medio dormido, bajó dando tumbos del helicóptero. Pitt vaciló y clavó la mirada en Julie.

—¿Cuál es mi recompensa si encuentro el maldito veneno antes de cuarenta y ocho horas?

—¿Cuál quiere que sea?

—¿Es usted tan dura como pretende?

—Mucho más, señor Pitt. Mucho más.

—Entonces es usted quien decide.

Pitt le mostró una sonrisa lasciva y se fue.

6

Los coches que formaban la comitiva del Presidente estaban aparcados en fila junto a la puerta sur de la Casa Blanca. Apenas se hubo desplegado el destacamento del Servicio Secreto, Oscar Lucas habló por un pequeño micrófono cuyo cable estaba enroscado en su reloj de pulsera y subía por la manga de la chaqueta.

—Dile al jefe que estamos listos.

Tres minutos después el Presidente, acompañado por Fawcett, bajaba animadamente los escalones y entraba en el automóvil presidencial. Lucas se unió a ellos y los coches salieron por el portón del sudoeste.

El Presidente descansaba en el asiento trasero y miraba pasar vagamente los edificios por la ventanilla. Fawcett estaba sentado con un portafolios abierto sobre las rodillas y tomaba notas en el interior de la tapa de una carpeta. Tras unos minutos de silencio suspiró, cerró de golpe el portafolios y lo dejó en el suelo.

—Aquí está: discusiones a ambos lados del telón, estadísticas, planes de la CÍA y los últimos informes de su consejo económico sobre las deudas del bloque comunista. Todo lo que usted necesita para convencer a Larimer y a Moran.

—El público norteamericano no cree mucho en mi plan ¿verdad? —preguntó tranquilamente el Presidente.

—A decir verdad, no, señor —explicó Fawcett—. La voluntad de la mayoría es dejar que los comunistas se las arreglen solos. La mayor parte de los norteamericanos celebran que los soviéticos y sus satélites estén acercándose a la muerte por hambre y a la ruina financiera. Consideran esto como la prueba positiva de que el sistema marxista es un chiste cruel.

—No será un chiste si los líderes del Kremlin, con las espaldas contra un muro económico, actúan por desesperación e invaden Europa.

—La oposición presente que este riesgo queda compensado por la verdadera amenaza del hambre, que minaría la capacidad de Rusia para mantener su máquina militar. Y están los que confían en que la moral del pueblo ruso se desgaste hasta cristalizar en una resistencia activa hacia el partido gobernante.

El Presidente meneó la cabeza.

—El Kremlin está demasiado orgulloso de su maquinaria bélica. No cejará nunca, pese a sus dificultades económicas. Y el pueblo jamás se levantará ni hará manifestaciones ni nada. El collar del partido está demasiado apretado.

—El asunto básico —le dijo Fawcett— es que ni Larimer ni Moran quieren prestar ayuda a Moscú.

La cara del Presidente se distorsionó en una mueca de asco.

—Larimer es un borracho y Moran es un corrompido.

—Con todo, tendrá usted que convencerlos.

—Cada cual tiene su opinión —admitió el Presidente—. Pero estoy convencido de que si los Estados Unidos salvan al bloque de naciones orientales de la casi total desintegración, se alejarán de la Unión Soviética y se pasarán a Occidente.

—Hay muchos para quienes eso no es más que una manifestación de deseos, señor Presidente.

—Los franceses y los alemanes lo ven como yo.

—Por supuesto. ¿Y por qué no? Juegan con dos barajas, confiando en nuestras fuerzas de la OTAN para la seguridad mientras extienden sus lazos económicos con el Este.

—Te estás olvidando de los numerosos votantes de origen rural en los Estados Unidos que apoyan mi plan de ayuda —le respondió el Presidente, adelantando la barbilla mientras pronunciaba estas palabras—. Hasta ellos se dan cuenta de su poder para aplicar la amenaza de un holocausto nuclear y derribar para siempre el Telón de Acero.

Fawcett sabía que no tenía sentido tratar de disuadir al Presidente cuando estaba convencido, apasionadamente, de que tenía razón. Había una suerte de virtud en matar a los enemigos con bondad, una táctica verdaderamente civilizada que podría influir en la conciencia de la gente razonable; pero él seguía siendo pesimista. Se recogió en sus pensamientos y permaneció callado mientras el coche presidencial salía a la calle M, entraba en el Astillero Naval de Washington y se detenía en uno de los largos muelles.

Un hombre de tez oscura, con los pétreos rasgos faciales de un indio norteamericano, se acercó a Lucas cuando éste bajó del coche.

—Hola, George.

—Hola, Óscar. ¿Qué tal el golf?

—Estoy en baja forma —le respondió Lucas—. Hace dos semanas que no juego.

Mientras hablaba, fijó la mirada en los penetrantes ojos oscuros de George Blackowl, agente encargado de preparar el terreno antes de la llegada del Presidente. Tenía casi la misma altura que Lucas, era cinco años más joven y con cinco kilos de más en su peso. Adicto a la goma de mascar —sus mandíbulas trabajaban constantemente—, era medio sioux y siempre bromeaba con el papel desempeñado por sus antepasados en Little Big Horn.

—¿Todo bien a bordo? —preguntó Lucas.

—El barco ha sido registrado en busca de explosivos o micrófonos. Los hombres rana terminaron de revisar el casco hace diez minutos y la lancha fuera borda está tripulada y lista para seguir al yate.

Lucas asintió.

—Un guardacostas de treinta y cinco metros de eslora estará esperando cuando llegues a Mount Vernon.

—Entonces supongo que ya estamos listos.

Lucas hizo una pausa de casi un minuto mientras exploraba la zona que rodeaba el muelle. Al no descubrir nada sospechoso, abrió la portezuela para el Presidente. Entonces los agentes formaron un rombo de seguridad en torno a él. Blackowl iba en el vértice delantero directamente frente al Presidente. Como Lucas era zurdo y necesitaba facilidad de movimientos en el caso de tener que desenfundar el revólver, caminaba en el extremo izquierdo y un poco al fondo. Fawcett lo seguía detrás y aparte, a varios metros.

Al llegar a la pasarela, Lucas y Blackowl se hicieron a un lado para dejar pasar a los otros.

—Muy bien, George, es todo tuyo.

—Estás de suerte —dijo Blackowl, sonriéndole—. Tendrás libre el fin de semana.

—Por primera vez en este mes.

—¿Te vas a casa?

—Todavía no. Primero tengo que pasar por la oficina y repasar unos papeles. Hubo algunos obstáculos en el último viaje a Los Ángeles y quiero revisar la planificación.

Ambos se volvieron al mismo tiempo cuando otro automóvil se detuvo en el muelle. Se apeó el senador Marcus Larimer y se dirigió al yate presidencial, seguido por un ayudante que, obedientemente, llevaba una maleta con la ropa necesaria para pasar una noche.

Larimer llevaba un traje marrón. Siempre llevaba un traje marrón. Uno de sus colegas legisladores sugirió que había nacido con un traje marrón. Tenía el pelo color arena y cortado con elegancia. Era un hombre fornido y de aspecto tosco, como un agricultor.

Se limitó a asentir con la cabeza a Blackowl y dirigió a Lucas el estereotipado saludo de un político:

—Encantado de verte, Óscar.

—Se le ve en forma, senador.

—Nada que no pueda curar una botella de whisky escocés —le replicó Larimer, con una sonrisa radiante. Después subió por la pasarela y desapareció en el salón principal.

—Que te diviertas —le dijo Lucas a Blackowl, sarcásticamente—. No te envidio este viaje.

Minutos después, mientras su coche cruzaba el portón del astillero naval a la calle M, Lucas vio un Chevrolet que llevaba al diputado Alan Moran en dirección opuesta. A él no le gustaba el Presidente de la Cámara de Diputados. No tan brillante como su predecesor, Moran era del tipo de Horatio Alger, que había tenido éxito tanto por su inteligencia o su percepción como por haberse introducido en los círculos de poder

del Parlamento haciendo más favores que solicitándolos. En una ocasión fue acusado de manipular un plan para la concesión de petróleo en tierras del gobierno y pudo impedir el escándalo recordando sus favores políticos.

Mientras iba en coche no miraba ni a la derecha ni a la izquierda. Su mente, dedujo Lucas, estaría fabricando algo para llegar al influyente bolsillo del Presidente.

Poco más de una hora más tarde, mientras la tripulación del yate se aprestaba a zarpar, llegó el Vicepresidente Margolin. Vaciló un instante y luego buscó con la mirada al Presidente, sentado en una tumbona a popa, viendo cómo el sol se ponía en la ciudad. Apareció un camarero y se hizo cargo de su equipaje.

El Presidente levantó la vista y lo miró como si no lo reconociera del todo.

—¿Vince?

—Perdón por llegar tarde —se disculpó Margolin—. Pero uno de mis ayudantes se olvidó de darme la invitación y la descubrí hace sólo una hora.

—No estaba seguro de que pudieras venir —susurró el Presidente, sombrío.

—La ocasión era ideal. Beth está visitando a nuestro hijo en Stanford y no volverá hasta el martes. Y no tenía ningún compromiso que no pudiera aplazar.

El Presidente se levantó, obligándose a hacer una sonrisa amistosa.

—El senador Larimer y el diputado Moran están a bordo también. Se encuentran en el comedor —inclinó la cabeza en esa dirección—. ¿Por qué no los saludas y te tomas un trago?

—Un trago me vendría bien.

Margolin se cruzó con Fawcett en el vano de la puerta y se intercambiaron unas palabras.

La cara del Presidente era la viva expresión de la ira. Por más que se diferenciara de Margolin en estilo y apariencia —el Vicepresidente era alto y bien proporcionado, sin una pizca de grasa en el cuerpo, tenía un hermoso rostro, brillantes ojos azules y una personalidad sociable y extrovertida—, se diferenciaban mucho más en sus políticas.

El Presidente mantenía un elevado nivel de popularidad personal por sus inspirados discursos. Idealista y visionario, estaba casi totalmente ocupado diseñando planes cuyos beneficios se apreciarían entre diez y cincuenta años más adelante.

Desgraciadamente, en su mayor parte eran programas que no encajaban en las egoístas realidades de la política nacional.

Margolin, por su parte, gozaba de escasa popularidad entre el público y los medios de difusión. Apuntaba sus energías más hacia los asuntos domésticos. Su posición respecto al plan del Presidente de ayuda al bloque comunista era que el dinero podía ser mejor gastado en casa.

El Vicepresidente era un político nato. Llevaba la Constitución en la sangre. Se había abierto camino por su propio esfuerzo, a todos los niveles, con la legislatura de

su Estado, luego la gobernación y después el Senado. Una vez atrincherado en su despacho de Russell Building, se rodeó de un poderoso equipo de consejeros que poseían un olfato especial para las concepciones políticas de compromiso e innovadoras. Mientras que era el Presidente quien proponía la legislación, era Margolin quien orquestaba su paso a través del laberinto de comités hasta convertirla en leyes aprobadas. Sin embargo, demasiado a menudo, hacía aparecer al personal de la Casa Blanca como chapuceros aficionados, situación que no gustaba al Presidente y que provocaba demasiadas luchas intestinas.

Margolin podía haber sido el candidato del pueblo para la Presidencia, pero no el del partido. En éste, su integridad y su imagen de agente activo obraban en su contra. Con frecuencia se negaba a aceptar las líneas del partido si creía que existía un camino mejor. Era un rebelde que seguía su propia conciencia.

El Presidente vio a Margolin desaparecer en el salón principal. La irritación y los celos lo quemaban por dentro.

—¿Qué está haciendo Vince aquí? —le preguntó Fawcett, nervioso.

—Y yo qué sé —le espetó el Presidente—. Dijo que estaba invitado.

Fawcett se quedó sorprendido.

—¡Por Dios! Alguien debe haberse equivocado.

—Ahora es demasiado tarde. No le puedo decir que no lo necesitamos y que haga el favor de irse. Fawcett seguía confuso.

—No lo entiendo.

—Tampoco yo. Pero aquí lo tenemos.

—Podría echar a perder todo el asunto.

—No lo creo. Sin tener en cuenta lo que pensemos de él, jamás ha pronunciado una frase que empañe mi imagen. Lo cual es más de lo que muchos presidentes podrían decir de sus vices. Fawcett se resignó a la situación.

—No hay suficientes camarotes en este barco. Cederé el mío y regresaré a tierra en cuanto pueda.

—Te lo agradezco, Dan.

—Puedo quedarme en el yate hasta esta noche y dormir después en un motel cercano.

—Tal vez, dadas las circunstancias —agregó el Presidente lentamente—, lo mejor sería que te quedaras detrás. Con Vince a bordo, no quiero que nuestros invitados crean que los estamos atacando todos a la vez.

—Le dejaré los documentos en su camarote, señor Presidente.

—Gracias. Los estudiaré antes de cenar —hizo una pausa—. A propósito, ¿hay alguna novedad sobre la situación en Alaska?

—Sólo que se prosigue la búsqueda del agente tóxico.

Los ojos del Presidente reflejaron una mirada de preocupación. Asintió con la

cabeza y estrechó la mano a Fawcett.

—Te veré mañana.

Minutos más tarde, Fawcett paseaba por el muelle, entre los irritados agentes del Servicio Secreto asignados al Vicepresidente. Mientras veía internarse por el río Anacostia el viejo yate blanco, antes de doblar al sur hacia el Potomac, se le formó un nudo en la boca del estómago.

¡No había habido invitaciones por escrito!

Nada de eso tenía sentido.

Lucas se estaba poniendo la chaqueta para ir a su oficina, cuando sonó el teléfono que lo unía con el puesto de mando.

—Lucas.

—Aquí el «Barco del Amor» —le contestó George Blackowl, hablando en clave.

La llamada era inesperada e, igual que un padre cuya hija ha acudido a su primera cita, Lucas inmediatamente temió lo peor.

—Adelante —le dijo, tenso.

—Hay un problema. No es una emergencia. Te repito, no es una emergencia. Pero ha ocurrido algo que no estaba previsto.

Lucas exhaló un suspiro de alivio.

—Te escucho.

—Shakespeare está en el barco —le dijo Blackowl, dándole el nombre en clave del Vicepresidente.

—¿Qué está *dónde*? —exclamó Lucas jadeando.

—Margolin apareció no se sabe de dónde y subió a bordo cuando estábamos por zarpar. Dan Fawcett le cedió su camarote y se fue a tierra. Cuando le pregunté al Presidente acerca de ese cambio de último momento en los pasajeros, me dijo que no me preocupara. Huelo que algo anda mal.

—¿Dónde está Rhinemann?

—Aquí mismo, conmigo, en el yate.

—Pásamelo.

Hubo una pausa y después se oyó la voz de Hank Rhinemann, el supervisor a cargo de la seguridad del Vicepresidente.

—Óscar, ha ocurrido algo que no estaba en el programa.

—Entendido. ¿Cómo ocurrió?

—Salió improvisadamente de su despacho y dijo que debía asistir a una entrevista urgente con el Presidente en el yate. No me dijo que se trataba de un asunto que había surgido de la noche a la mañana.

—¿No te lo contó?

—Shakespeare tiene la boca cerrada como un demonio. Debí darme cuenta cuando le vi el equipaje. Lo siento mucho, Óscar.

Una ola de frustración asoló a Lucas. «¡Dios mío! —pensó—. Los líderes de las superpotencias del mundo eran como niños cuando se trataba de su seguridad.»

—Ya está hecho —le dijo Lucas lacónicamente—. De modo que tendremos que arreglarlo lo mejor que se pueda. ¿Dónde está tu destacamento?

—En el muelle —le respondió Rhinemann.

—Mándalo a Mount Vernon y apoya a la gente de Blackowl. Quiero que ese barco quede más acordonado que un tambor mayor.

—Lo haremos.

—A la menor señal de lío, llámame. Pasaré la noche en el puesto de mando.

—¿Tienes alguna idea? —le preguntó Rhinemann.

—Nada concreto —le respondió Lucas, con una voz tan vacía que parecía provenir de muy lejos—. Pero saber que el Presidente y los tres hombres que le siguen en orden de jerarquía están todos en el mismo lugar me pone la piel de gallina.

—Doblamos contra la corriente.

Pitt hablaba con voz tranquila, casi casual, mientras miraba la pantalla del sonar.

—Aumente la velocidad unos dos nudos —agregó.

Vestido con unos Levis desteñidos, jersey de cuello alto y zapatillas de tenis marrones, su pelo cepillado le caía por debajo de una gorra de béisbol de la NUMA. Parecía sereno y cómodo, con un aire aburrido e indiferente.

El timón se movió lentamente, a impulsos de las manos del timonel. El *Catawba* marchaba de costado a medida que el oleaje lo mecía como una cortadora de césped en el mar. Detrás de él, a unos metros de la popa, como una lata atada a la cola de un perro, el sensor del sonar exploraba las profundidades, enviando una señal a la pantalla, que la traducía en una imagen detallada del fondo.

Se entregaron a la búsqueda de la fuente productora del agente tóxico en el extremo sur del Cook Inlet y descubrieron que la presencia de residuos aumentaba a medida que se dirigían al oeste, hacia Kamishak Bay. Las muestras de agua se tomaban cada media hora y se llevaban en helicóptero hasta el laboratorio químico de la Isla Augustine. Filosóficamente, Amos Dover comparaba el proyecto con un juego infantil de encontrar un caramelo escondido mientras los niños reciben las indicaciones de «caliente» o «frío».

A medida que transcurría el día, la tensión nerviosa en el *Catawba* se hizo insoportable. La tripulación no podía subir a cubierta a respirar aire. Sólo a los químicos de la APMA se les permitía ir a la cubierta, protegidos con trajes herméticos.

—¿Nada todavía? —preguntó Dover, mirando la pantalla por encima del hombro de Pitt.

—Nada que no sea natural —le respondió Pitt—. El terreno del fondo está compuesto en gran parte por una lava rocosa, escarpada y rota.

—La imagen es buena y clara.

Pitt asintió.

—Sí; el detalle es nítido.

—¿Qué es esa mancha oscura?

—Un banco de peces. O quizás una manada de focas.

Dover se volvió y miró por las ventanas del puente hacia la cima volcánica de la Isla Augustine, en ese momento a pocas millas de distancia.

—Será mejor que encontremos algo pronto. Nos estamos acercando a la costa.

—Laboratorio al barco.

La voz de Julie Mendoza acalló a la que hablaba en el puente. Dover cogió el teléfono de comunicaciones.

—Adelante, laboratorio.

—Sigam rumbo cero-siete-cero. Parece que en esa dirección hay señales de concentraciones más elevadas.

Dover dirigió una mirada aprensiva a la isla cercana.

—Si seguimos ese rumbo atracaremos en el umbral de su casa para cenar.

—Acérquese lo más que pueda y extraiga muestras —le respondió Julie—. Mis indicaciones señalan que ustedes están prácticamente encima del lugar.

Dover colgó sin discutir y gritó:

—¿Cuál es la profundidad?

El oficial de guardia golpeó la esfera en la consola de los instrumentos.

—Ciento cuarenta pies, aumentando.

—¿Hasta dónde puede ver con ese aparato? —le preguntó Dover a Pitt.

—Unos seiscientos metros a cada lado del casco.

—Entonces estamos pasando por una brecha de unos dos tercios de milla de ancho.

—Así es, aproximadamente.

—Entonces ya tendríamos que haber detectado el barco —le respondió Dover, irritado—. Quizá lo hemos perdido.

—No hay por qué ponerse tan furioso —le dijo Pitt. Hizo una pausa, se inclinó sobre el teclado del ordenador y sintonizó la imagen—. No hay nada más escurridizo en este mundo que un naufragio que no se puede encontrar. Descubrir quién es el asesino en una novela de Agatha Christie es un juego de niños comparado con encontrar un barco abandonado bajo millones de metros cúbicos de agua. A veces se tiene suerte desde el principio. Pero la mayoría de las veces no.

—Muy poético —le respondió Dover, secamente.

Pitt miró por encima de la borda un largo rato, considerando la situación.

—¿Cuál es la visibilidad debajo de la superficie del agua?

—El agua es totalmente cristalina a partir de unos cincuenta metros de la costa. Durante la pleamar he visto a un centenar de pies o más.

—Me gustaría pedirle prestado su helicóptero y sacar fotos aéreas de esta zona.

—¿Para qué molestarse? —le dijo Dover, fríamente—. «*Semper Paratas*». «Siempre listo» no es en vano el lema de los guardacostas. —Se encaminó hacia la puerta—. Tenemos mapas que muestran tres mil millas de la costa de Alaska en color y con detalles increíbles, gracias a los satélites de reconocimiento.

Pitt le hizo una señal con la cabeza a Giordino para que ocupara su lugar ante la pantalla mientras se levantaba para seguir al capitán del *Catawba* hasta un pequeño compartimiento atestado de archivos con cartas náuticas. Dover revisó las fichas, abrió un cajón y revolvió dentro. Por último extrajo un gran mapa con la inscripción «Reconocimiento del Satélite Número 2430 A, Costa Sur de la Isla Augustine», lo

colocó sobre una mesa y lo desplegó.

—¿Es en esto en lo que está usted pensando?

Pitt se inclinó y estudió el mar visto a ojo de pájaro, frente a la costa de la isla volcánica.

—Perfecto. ¿Tiene una lupa?

—En el cajón de la mesa.

Pitt encontró la lente y escudriñó las minúsculas sombras en la foto de reconocimiento. Dover salió y regresó poco después con tazas de café.

—No creo que tenga ninguna posibilidad de localizar una anomalía en ese caos geológico del lecho marino. Un barco podría quedar perdido ahí para siempre.

—No estoy mirando el lecho marino.

Dover oyó esas palabras pero no captó su sentido.

Una vaga curiosidad se reflejaba en su mirada. Pero antes de que pudiera formular ninguna pregunta, la puerta se abrió.

—Capitán, tenemos rompientes a proa. —La voz del oficial de guardia era tensa—. La sonda indica que hay treinta pies de agua bajo el casco... y la profundidad disminuye a una velocidad increíble.

—¡Paren todo! —ordenó Dover. Después de una pausa agregó—: No, ponga marcha atrás hasta que se detenga el barco.

—Dígale que pare el sensor del sonar antes que llegue al fondo —le dijo Pitt al pasar—. Después echaremos el ancla.

Dover le dirigió una mirada de extrañeza pero dio la orden. La cubierta temblaba debido a la inversión del giro de las hélices. Pasados unos instantes cesó la vibración.

—Velocidad cero —notificó el oficial de guardia desde el puente—. Arrojen ancla.

Dover asintió, se sentó en un taburete, tomando la taza de café con ambas manos, y miró directamente a Pitt.

—Muy bien. ¿Qué ve?

—Tengo el barco que estamos buscando —le respondió, lenta y claramente—. No hay posibilidad de error. Usted estaba equivocado en un aspecto, Dover, pero acertó en otro. La Naturaleza raras veces construye formaciones rocosas que vayan en perfecta línea recta durante varios centenares de metros. En consecuencia, se *puede* detectar el perfil de un barco contra un fondo irregular. Aunque también tenía razón usted al decir que nuestras oportunidades de encontrarlo en el fondo del mar eran mínimas.

—Vaya al grano —le dijo Dover, impaciente.

—Nuestro objetivo está en la playa.

—¿Quiere decir embarrancado en los bajos fondos?

—Me refiero a la costa, fuera del agua.

—No estará hablando en serio, ¿no? Pitt pasó por alto esa observación y le dio la lupa.

—Véalo usted mismo.

Cogió un lápiz y trazó un círculo en una sección de acantilados por encima de la línea de la marea. Dover se agachó y miró a través de la lupa.

—Lo único que veo son rocas.

—Mire más de cerca. La proyección de la parte inferior del acantilado en el mar. La cara de Dover mostró una expresión de incredulidad.

—¡Dios Santo! ¡Es la popa de un barco!

—Se distingue perfectamente el timón.

—Sí, sí, y un pedazo del puente de popa —la frustración de Dover desapareció de pronto ante el entusiasmo de ese descubrimiento—. Increíble. Está sepultado de proa en la costa, como si lo hubiera cubierto un alud. A juzgar por la popa del crucero y el timón equilibrado, diría que se trata de un viejo Liberty. —Levantó la vista, profundamente interesado—. ¿Será el *Pilottown*?

—El nombre me resulta vagamente familiar.

—Fue uno de los más increíbles misterios en los mares del norte. El *Pilottown* hacía la ruta entre Tokio y la Costa Occidental hasta hace diez años, cuando su tripulación comunicó su hundimiento durante una tormenta. Se organizó su búsqueda pero no se hallaron señales del barco. Dos años después, un esquimal dio con el *Pilottown* atrapado en el hielo a unas noventa millas de Nome. Subió a bordo pero lo encontró desierto, sin ninguna señal de la tripulación o del cargamento. Un mes después, cuando el esquimal regresó con su tribu para llevarse todo lo que encontraran de valor, el barco había desaparecido otra vez. Pasaron casi dos años y se informó que iba a la deriva al sur del estrecho de Bering. Se envió un guardacostas pero no pudo localizarlo. Durante ocho meses no se lo vio más. Lo abordó la tripulación de un barco pesquero y lo encontraron en bastante buen estado.

—Me parece recordar haber leído algo... —Pitt se detuvo—. ¡Ah, sí! «El Barco Mágico».

—Así es como lo llamaron los medios de comunicación —confirmó Dover—. Según contaron, aparecía y desaparecía sin ninguna explicación razonable.

—Van a tener un día muy atareado cuando se corra la noticia de que ha estado a la deriva durante años con un cargamento del agente tóxico.

—No quiero ni imaginarme lo que habría ocurrido si el casco se hubiera estrellado en el hielo o hecho pedazos en una costa rocosa —agregó Dover.

—Tenemos que llegar a las bodegas de carga —manifestó Pitt—. Póngase en contacto con Julie Mendoza, déle la posición del naufragio y dígame que lleve por aire un equipo de químicos a ese lugar. Nosotros nos acercaremos por agua.

Dover asintió.

—Me ocuparé del desembarco.

—Lleve un equipo de acetileno por si tenemos que abrirnos camino por dentro.

Dover se inclinó sobre el mapa y miró solemnemente el punto encerrado en el círculo.

—Jamás se me ocurrió pensar, ni por un minuto, que estaríamos sobre la cubierta de El Barco Mágico.

—Si usted tiene razón —le dijo Pitt, contemplando su taza de café—, el *Pilottown* está por dar su última representación.

El mar había permanecido en calma, pero cuando la chalupa del *Catawba* se hallaba a un cuarto de milla de la solitaria y amenazante costa, un viento de veinte nudos azotó las aguas. El agua, teñida por el líquido tóxico, golpeaba las ventanas del camarote con la misma furia como si hubieran arrojado puñados de arena. Sin embargo, donde el barco se encontraba varado el agua parecía razonablemente pacífica, como protegida por dentados pináculos de roca que se elevaban a unos cien metros de la costa como chimeneas solitarias de casas incendiadas.

Por encima de las turbulentas aguas, el volcán Augustine parecía calmo y sereno a las últimas luces del sol. Era una de las montañas más bellamente esculpidas del Pacífico, rivalizando con el clásico perfil del Fuji Yama.

La poderosa chalupa se meció un instante sobre una ola coronada de blanco. Pitt clavó los pies en el suelo y se aferró a la baranda mientras sus ojos estudiaban la costa.

El barco naufragado se hallaba inclinado en un ángulo de veinte grados y la parte de la popa estaba cubierta por una capa de herrumbre pardusca. El timón estaba ladeado hacia estribor. Dos paletas de la hélice, incrustadas de moluscos, sobresalían de la negra arena. Las letras del nombre y el puerto de origen eran prácticamente ilegibles.

Pitt, Giordino, Dover, los dos científicos de la APMA y uno de los jóvenes oficiales del *Catawba* se hallaban vestidos con trajes blancos herméticos para protegerse de la espuma. Se comunicaban mediante minúsculos transmisores colocados en el interior de la escafandra protectora. Unidos a los cinturones había unos intrincados sistemas de filtros depuradores destinados a proporcionarles aire limpio y respirable.

En torno a ellos el mar estaba alfombrado con peces muertos de todas las especies. Un par de ballenas se mecían inertes con la marea, tan putrefactas como las marsopas, leones marinos y focas manchadas. Millares de pájaros flotaban entre esos mórbidos restos. Nada en esa zona había podido escapar a la muerte.

Con mucha pericia Dover consiguió que la chalupa cruzara la amenazante barrera de rocas frente a la playa, resto de un antiguo acantilado. Disminuyó la velocidad, aguardando un momento de calma en el oleaje y esperando la oportunidad, mientras observaba con mucho cuidado la profundidad. Después, cuando la ola rompió contra la playa, apuntó la proa hacia un pequeño banco de arena acumulado en la base del barco naufragado y aceleró. La chalupa se levantó por encima de la cresta de la ola y atravesó la arremolinada espuma hasta que la quilla cayó y raspó el banco de arena.

—Una maniobra perfecta —le dijo Pitt como un cumplido.

—Cada cosa a su tiempo —le respondió Dover, con una sonrisa irónica detrás de

la escafandra—. Por supuesto, todo es más fácil con marea baja.

Echaron las cabezas hacia atrás y miraron el barco que se levantaba como una torre por encima de ellos. Ahora se podía descifrar el nombre borroso en la popa. Era el *Pilottown*.

—Es casi una lástima —manifestó Dover, con un tono reverente— escribir la palabra *FIN* en un enigma.

—Cuanto antes, mejor —respondió Pitt con voz sombría pensando en la muerte acumulada en el barco.

Cinco minutos después de haber descargado el equipo, la chalupa lanzó un cable al timón de *Pilottown* y los hombres treparon trabajosamente la empinada pendiente del lado de babor de la popa. Pitt tomó la iniciativa, seguido por Giordino y los demás, mientras Dover cerraba la marcha.

La pendiente no estaba formada por roca sólida, si no más bien por una combinación de cenizas y fango con la consistencia de grava suelta. Hacían esfuerzos por afirmar las botas en el suelo, pero la mayoría de las veces retrocedían dos pasos por cada tres que daban. La ceniza se levantaba y se les pegaba a la ropa, cubriéndolos con una capa gris oscuro. Pronto estuvieron cubiertos de sudor y el jadeo resultaba cada vez más audible en los audífonos de sus cascos.

Pitt solicitó un alto al llegar a un estrecho saliente, de no más de un metro de ancho y lo suficientemente largo como para alojarlos a los seis. Fatigado, Giordino se sentó y volvió a ajustar las correas que sujetaban el tanque de acetileno a su espalda. Cuando pudo articular una frase coherente, dijo:

—¿Cómo diablos pudo meterse aquí este montón de chatarra?

—Probablemente, yendo a la deriva se introdujo en lo que fue un estuario antes de 1987 —le respondió Pitt—. Según la señorita Mendoza, ése fue el año en que el volcán entró en erupción. Los gases de la explosión deben de haber derretido el hielo, formando millones de litros de agua. El flujo de lodo, junto con la nube de cenizas, cayó por la montaña hasta el mar y sepultó el barco.

—Es extraño que la popa no se haya visto hasta ahora...

—No es tan raro —le respondió Pitt—. Se ve tan poco que era casi imposible descubrirla desde el aire. Y más allá de una milla de la costa se confunde con el perfil de las rocas, por lo que resulta casi invisible. La erosión provocada por las últimas tormentas es la única razón de que ahora haya quedado a la vista.

Dover se incorporó, apoyando todo su peso en el empinado malecón para mantener el equilibrio. Desenrolló una delgada cuerda de nailon con nudos que llevaba en la cintura y abrió el gancho que iba atado en la punta. Mirando desde arriba a Pitt, le dijo:

—Si me sostiene las piernas, creo que puedo lanzar el gancho por encima de la baranda del barco.

Pitt le agarró la pierna izquierda, mientras Giordino se acercó para sostenerle la derecha. El corpulento guardacostas se inclinó hacia atrás sobre el borde del saliente, describió con el gancho un amplio círculo y lo lanzó.

Cayó sobre la barandilla de popa y quedó enganchado. El resto de la ascensión llevó pocos minutos. Empujándose hacia arriba y dándose la mano, pronto alcanzaron la cubierta. Gruesas capas de herrumbre se mezclaban con la ceniza debajo de sus pies. Lo poco que pudieron ver del *Pilottown* parecía envuelto en la suciedad y el desorden más completos.

—No hay señales de Julie Mendoza —dijo Dover.

—El llano más cercano para que aterrice un helicóptero se halla a unos mil metros —le respondió Pitt—. Ella y su equipo tendrán que hacer ese trecho a pie.

Giordino pasó por la barandilla junto al mástil de popa y miró el agua, allá abajo.

—El veneno debe de haberse filtrado a través del casco durante la pleamar.

—Probablemente quedó almacenado en la bodega de popa. —Las escotillas de la bodega están sepultadas bajo toneladas de esta porquería de lava —agregó Giordino con asco—. Vamos a necesitar una flota de bulldozers para poder pasar.

—¿Conoce usted los barcos Liberty? —le preguntó Pitt a Dover.

—Más o menos. He inspeccionado bastantes de ellos durante años, buscando cargamento ilegal —se arrodilló y empezó a dibujar el perfil del barco en la herrumbre—. Dentro de la caseta de popa deberemos encontrar una escotilla con una mampara de escape que conduce al túnel que sostiene el eje de la hélice. En el fondo hay un pequeño nicho. Podríamos abrirnos camino hacia la bodega desde ahí.

Todos permanecieron callados cuando Dover terminó. Tendrían que haberse sentido satisfechos por haber encontrado el origen del agente tóxico. En cambio, no era así. Reacción que, supuso Pitt, provenía de una frustración tras la alegría del hallazgo. Y había, además, un temor oculto por lo que pudieran encontrar dentro del casco de acero del *Pilottown*.

—Quizá... quizá sería mejor esperar a la gente del laboratorio —tartamudeó uno de los químicos.

—Ellos pueden ponernos al día —manifestó Pitt en tono de broma, pero con mirada fría.

Silenciosamente, Giordino sacó una palanca de su bolsa de herramientas y atacó la puerta de acero de la caseta de proa. Para su sorpresa, crujió y se movió. Aplicó sus músculos y los chirriantes goznes se rindieron, quedando abierta la puerta. El interior estaba completamente vacío: no había muebles, no había equipos, ni siquiera basuras.

—Da la impresión de que se nos ha adelantado una empresa de mudanzas —observó Pitt.

—Es raro que nunca se utilizara este compartimiento.

—¿Dónde está la mampara de escape?

—Por aquí —los condujo a otro compartimiento que también estaba vacío. Se detuvo ante una escotilla redonda en el centro de la cubierta. Giordino dio un paso adelante, levantó la tapa y retrocedió. Dover apuntó con una linterna a ese túnel abierto como un bostezo. El rayo de luz mató la oscuridad.

—Por ahora hemos llegado al final —dijo, afligido—. El nicho del túnel está bloqueado por ruinas.

—¿Qué hay en la cubierta de abajo?

—El puente de mando —Dover se calló, pensando. Después lo hizo en voz alta—. Justo delante del puente de mando hay un compartimiento, a popa. Un remanente de los años de la guerra. Es posible, sólo ligeramente posible, que haya una escotilla de acceso a la bodega.

Se fueron a popa y regresaron al primer compartimiento. Les resultaba extraño caminar por las cubiertas de un barco fantasma, preguntándose qué le habría pasado a la tripulación que lo abandonó. Encontraron la escotilla y bajaron por la escalera hasta el puente de mando y dieron una vuelta por la vieja y aún bien engrasada maquinaria. Dover exploró las láminas de acero con la linterna. De pronto el rayo oscilante se detuvo.

—¡Mierda! —refunfuñó—. La escotilla está aquí, pero la han soldado.

—¿Está seguro de que nos encontramos en el lugar apropiado? —preguntó Pitt.

—Absolutamente —le contestó, y su puño enguantado se restregó contra la mampara—. Al otro lado está la bodega de carga número cinco... donde probablemente se halla almacenado el veneno.

—¿Y qué pasa con las otras bodegas? —preguntó uno de los hombres de la APMA.

—Están demasiado hacia proa como para que por ellas se filtrara el mar.

—Muy bien; entonces, adelante —dijo Pitt, impaciente.

Rápidamente armaron el soplete y conectaron las botellas de oxígeno y acetileno. La llama silbaba cuando Giordino reguló la mezcla de gas. Surgió una luz azul, que atacó la lámina de acero, hasta volverla incandescente, y después una llama de un color blanco anaranjado brillante. Apareció una pequeña brecha, que se ensanchó crujiendo y fundiéndose bajo el intenso calor.

Mientras Giordino cortaba una abertura lo suficientemente grande como para poder pasar, aparecieron Julie Mendoza y la gente del laboratorio con un cargamento de casi trescientos kilos de instrumentos para el análisis químico.

—Lo encontraron —dijo ella, hablando por encima del hombro.

—Todavía no podemos estar seguros —la previno Pitt.

—Pero nuestros análisis de las muestras dicen que el agua de por aquí tiene emanaciones del Agente Nervioso S —protestó ella.

—Las decepciones llegan con facilidad —le dijo Pitt—. Acuérdesse del cuento de

la lechera.

Las conversaciones se interrumpieron cuando Giordino retrocedió y apagó el soplete. Se lo pasó a Dover y volvió a confiar en su palanca.

—Retroceda —le ordenó—. Esto está al rojo vivo y es demasiado pesado.

Introdujo un extremo de la barra en la brillante abertura y empujó. Refunfuñando, la lámina de acero se retorció fuera de la mampara y se estrelló en la cubierta con un ruido pesado, desprendiendo gotas de metal derretido.

Un silencio cayó sobre el oscuro compartimiento cuando Pitt tomó una linterna y dirigió la luz a través de la abertura, con mucho cuidado, manteniéndose alejado de los bordes recalentados. El rayo de luz recorrió el interior de la oscura bodega, describiendo un arco de ciento ochenta grados.

Pareció transcurrir una eternidad antes de que Pitt se enderezara y mirara las extrañas figuras vestidas y sin rostro que se apretujaban contra él.

—¿Y bien? —le preguntó, ansiosa, Julie Mendoza.

Pitt le respondió con una sola palabra:

—¡Eureka!

A seis mil kilómetros de distancia y a cinco horas de diferencia horaria, el representante soviético en la Asamblea Mundial de la Salud se había quedado trabajando hasta tarde. No había nada sofisticado en su oficina del edificio de las Naciones Unidas. Los muebles eran baratos y espartanos. En lugar de las acostumbradas fotografías de los líderes rusos, vivos o muertos, el único objeto decorativo en la pared era una acuarela, obra de aficionado, de su casa en el campo.

Oyó sonar el timbre de su teléfono privado. Miró sospechosamente el aparato un largo rato antes de levantar el auricular.

—Aquí Lugovoy.

—¿Quién?

—Alekséi Lugovoy.

—¿Está Willie ahí? —preguntó una voz, con fuerte acento neoyorquino que resultó chocante a los oídos de Lugovoy.

—Aquí no hay ningún Willie —respondió, bruscamente—. Se ha equivocado de número —y colgó.

La cara de Lugovoy era inexpresiva; pero ahora tenía una ligera palidez que no existía antes. Flexionó los puños, inhaló profundamente y miró el teléfono, esperando. La luz pestañeó y el teléfono volvió a sonar.

—Lugovoy.

—¿Está seguro de que Willie no está ahí?

—¡Aquí no hay ningún Willie! —le replicó, imitando el acento del que hablaba. Colgó dándole un golpe al teléfono.

Se quedó inmóvil durante casi treinta segundos, la cabeza gacha y la vista perdida en el espacio. Nervioso, se pasó la mano por la calva y se acomodó los lentes en la nariz. Siempre perdido en sus pensamientos, se levantó, apagó las luces y salió de la oficina.

Bajó en el ascensor hasta el vestíbulo principal y pasó frente a un vitral de Marc Chagall que simbolizaba la lucha del hombre por la paz. Hizo caso omiso de ese panel, como siempre. No había taxis en la parada frente al edificio, por lo que le hizo una señal a uno que circulaba por la Primera Avenida. Le dio la dirección al chófer y se sentó muy tieso en el asiento trasero, demasiado tenso como para descansar.

No le preocupaba que pudieran seguirlo. Era un psicólogo respetado, admirado por su trabajo en asuntos de salud mental entre los países subdesarrollados. Sus escritos sobre los procesos del pensamiento y las respuestas de la mente eran conocidos en todo el mundo. Durante sus seis meses en las Naciones Unidas se había mantenido al margen de intromisiones. No aceptó trabajos de espionaje ni relaciones con los agentes secretos de la KGB. Un amigo de la embajada en Washington le había

informado discretamente que el FBI le concedía un papel de poca importancia y sólo ejercía sobre él una observación ocasional y casi rutinaria.

Lugovoy no estaba en los Estados Unidos para robar secretos. Sus propósitos iban mucho más allá de lo que pudiera imaginarse cualquier investigador del contraespionaje norteamericano. La llamada telefónica que acababa de recibir significaba que el plan concebido siete años antes entraba en acción.

El taxi se detuvo en la esquina de las calles West y Liberty, frente al Hotel Vista Internacional. Pagó al chófer y cruzó el vestíbulo hasta el patio exterior. Hizo una pausa para mirar las impresionantes torres del World Trade Center.

A menudo se preguntaba qué estaba haciendo él ahí, en esa tierra de edificios de vidrio, incontables automóviles, gente siempre apresurada, restaurantes y grandes almacenes. No era su mundo.

Exhibió su identificación a un guardia junto al ascensor privado de la torre sur. Subió hasta el piso cien. Las puertas se abrieron y entró en el vestíbulo de las Líneas Marítimas Bougainville, S. A., cuyas oficinas ocupaban todo el piso. Sus zapatos se hundieron en una gruesa alfombra blanca. Las paredes estaban recubiertas de brillante madera de palo de rosa, lustrada a mano, y el salón se hallaba exquisitamente decorado con antigüedades orientales. Había vitrinas con refinadas figuras de caballos de cerámica en los rincones y raros ejemplares de telas diseñadas por japoneses colgaban del cielo raso.

Una atractiva mujer de grandes ojos oscuros y delicados rasgos asiáticos, cara ovalada y un suave cutis ambarino le sonrió al verle acercarse.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor?

—Mi nombre es Lugovoy.

—Sí, señor Lugovoy —le respondió, pronunciando su apellido correctamente—. Madame Bougainville le está esperando. Habló en voz baja por un intercomunicador. En el vano de la puerta apareció una mujer alta de pelo negro.

—Por favor, acompañeme, señor Lugovoy.

Se quedó impresionado. Como muchos rusos, desconocía los métodos occidentales en asuntos de negocio y erróneamente supuso que los empleados de la oficina se habían quedado hasta tarde en su honor. Siguió a la mujer por un largo corredor en el que colgaban cuadros de barcos de carga, con la bandera de la Compañía Bougainville, navegando por mares de color turquesa. La guía golpeó ligeramente una puerta, la abrió y se quedó afuera.

Lugovoy cruzó el umbral y se quedó rígido de asombro. El salón era inmenso. El suelo era de mosaicos con dibujos florales en azul y oro y había una maciza mesa de conferencias sostenida por diez dragones tallados que parecía extenderse hasta el infinito. Pero fueron los guerreros de terracota, de tamaño natural, con armaduras y caballos en actitud corcoveante, en medio de un silencioso esplendor, bajo suaves

focos de luz, los que lo dejaron paralizado de terror y respeto.

Inmediatamente los reconoció como los guardianes de la tumba de Chin Shih Huang Ti, uno de los primeros emperadores chinos. El efecto fue deslumbrante. Se quedó admirado al ver que esos caballos habían sido escamoteados al gobierno chino, para pasar a manos privadas.

—Por favor, acérquese y tome asiento, señor Lugovoy. Estaba tan sorprendido por la magnificencia del salón que no había visto a una frágil oriental sentada en una silla de ruedas. Frente a ella había un sillón con almohadones forrados con seda dorada y una mesita con una tetera y tazas.

—Madame Bougainville —le dijo— por fin nos conocemos. La matriarca de la dinastía naviera Bougainville tenía ochenta y nueve años y no pesaba más de cincuenta kilos. Llevaba su pelo gris y brillante echado atrás desde las sienes y recogido en un moño. De manera curiosa su cara no tenía arrugas, pero su cuerpo revelaba su vejez y fragilidad. Lo que más atrajo la atención de Lugovoy fueron sus ojos. Eran de un negro intenso y brillaban con tal ferocidad que lo hicieron sentirse incómodo.

—Es usted puntual —se limitó a decirle ella. Su voz era suave y clara, sin la vacilación propia de la edad avanzada.

—Vine apenas recibí la llamada telefónica en clave.

—¿Está preparado para llevar a cabo su proyecto de lavado de cerebro?

—Lavado de cerebro es una expresión desagradable. Prefiero intervención en la mente.

—La terminología académica no tiene importancia —respondió, indiferente.

—Mi personal ha estado reunido durante meses. Con los medios necesarios podemos empezar dentro de dos días.

—Empezará mañana por la mañana.

—¿Tan pronto?

—Mi nieto me ha informado que las condiciones ideales están a nuestro favor. La transferencia tendrá lugar esta noche.

Instintivamente, Lugovoy miró su reloj.

—No me da usted mucho tiempo.

—Hay que aprovechar las oportunidades cuando se presentan —respondió ella, con firmeza—. He hecho un trato con su gobierno y voy a cumplir con la primera mitad del mismo. Todo depende de la velocidad. Usted y su equipo tienen diez días para terminar con su parte del proyecto...

—¡Diez días! —exclamó Lugovoy, jadeando.

—Diez días —repitió ella—. Ese es el tiempo de que dispone. Pasado ese plazo finalizará mi ayuda.

A Lugovoy le corrió un temblor por toda la columna vertebral. No necesitaba una

descripción detallada. Resultaba claro que si fallaba algo, él y su gente desaparecerían convenientemente... tal vez en el océano.

Un silencio se apoderó del vasto recinto. Entonces Madame Bougainville se inclinó hacia adelante en su silla de ruedas.

—¿Le apetece una taza de té?

Lugovoy detestaba el té pero asintió.

—Sí, gracias.

—La mejor mezcla de hierbas chinas. Cuesta más de cien dólares el kilo en el mercado.

Aceptó la taza que le ofrecían y tomó un sorbo, por mera cortesía, antes de dejarla en la mesa.

—Supongo que ya le han informado, respecto a mis trabajos, que aún se encuentran en etapa de investigación. Mis experimentos han tenido éxito once de cada quince veces. No puedo garantizar resultados perfectos con un tiempo limitado.

—Mentes más perspicaces que la suya han calculado cuánto tiempo pueden esquivar a los medios de difusión los consejeros de la Casa Blanca.

Lugovoy arqueó las cejas.

—Según tengo entendido, mi objetivo era un diputado norteamericano de menor importancia cuya desaparición temporal pasaría inadvertida.

—Le informaron mal —le explicó, como sin querer—. Su Secretario General y Presidente consideró que sería mejor que usted ignorara la identidad del sujeto hasta que nosotros estuviéramos listos.

—Si me hubieran dado tiempo para estudiar los rasgos de su personalidad, podría haber estado mejor preparado.

—No tendría que aleccionar yo a un ruso sobre asuntos de seguridad —le respondió, lanzándole una mirada abrasadora—. ¿Por qué cree que no establecimos contacto hasta esta noche?

Sin saber qué contestar, Lugovoy tomó un largo trago de té. Para su gusto de campesino era como beber agua perfumada.

—No necesito saber de quién se trata —le dijo, al final, armándose de valor y devolviéndole la mirada.

La respuesta estalló como una bomba en ese salón cavernoso, reverberando en la cabeza de Lugovoy y dejándolo pasmado. Se sintió como si lo hubieran arrojado a un pozo sin fondo, sin ninguna esperanza de huir.

Tras años de soportar tormentas marinas, los bidones que contenían el agente tóxico habían roto las cadenas que los sujetaban a los soportes de madera y se habían desparramado por la bodega. Los recipientes, de una capacidad de una tonelada, tenían extremos cóncavos y eran de color plateado. Nítidamente impresas en los costados, con pintura verde, figuraban las letras en código «SG» del ejército.

—He contado veinte bidones —dijo Pitt.

—Coincide con el inventario del barco desaparecido —apostilló Julie Mendoza. El alivio con que dijo estas palabras resultó claramente perceptible.

Se hallaban en las profundidades de la bodega, iluminada ahora brillantemente por reflectores conectados a un generador portátil del *Catawba*. Casi un palmo de agua cubría la cubierta. El ruido que hacían al chapotear entre los recipientes mortales resonaba en los herrumbrados costados de la bodega.

Un químico de la APMA hizo un violento ademán con su mano enguantada.

—¡Aquí está el bidón responsable de la pérdida! —dijo agitado—. La válvula está rota.

—¿Satisfecha, Mendoza? —le preguntó Pitt.

—¡Y que lo diga! —exclamó ella, feliz y contenta. Pitt se le acercó. Las láminas de sus escafandras casi se tocaban.

—¿Ha pensado en mi recompensa?

—¿Recompensa ?

—Nuestro trato —le respondió, procurando mostrarse serio—. He encontrado el agente tóxico treinta y seis horas antes de lo previsto.

—¿No me estará haciendo una proposición, verdad?

—Sería un tonto si no lo hiciera.

Julie estaba encantada de poder ocultar su cara ruborizada bajo el casco.

Se hallaban en una frecuencia de radio abierta y todos podían oír lo que decían.

—Elige lugares extraños para concertar una cita.

—En lo que estaba pensando —agregó Pitt— era en una cena en Anchorage. Cócteles helados, salmón ahumado, alce de Remington, asado al horno de Alaska. Después...

—Con eso basta —lo interrumpió, cada vez más cohibida.

—¿Es usted amante de las fiestas?

—Sólo cuando la ocasión lo requiere —le respondió, volviendo a su tono frío—. Y ésta, definitivamente, no es la ocasión.

Pitt abrió los brazos y los dejó caer, abatido.

—Un día triste para Pitt y afortunado para la NUMA.

—¿Por qué la NUMA?

—La contaminación está en tierra firme. No se necesita un trabajo de salvamento submarino. Mi tripulación y yo nos volvemos a casa.

El casco de Julie asintió imperceptiblemente.

—Así que escurre el bulto, señor Pitt. Y deja el problema en manos del ejército.

—¿Pero el ejército lo sabe? —preguntó, serio.

—Se alertó al Comando de Alaska segundos después que informáramos que habíamos descubierto el *Pilottown*. Un equipo experto en la guerra química está en viaje desde el continente para eliminar el agente tóxico.

—El mundo aplaudirá su eficiencia.

—Y eso a usted no le importa ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Pero mi tarea ha terminado. Y, a menos que haya más muertos, me voy a casa.

—Habla usted como un cínico.

—Diga «sí».

Estocada, defensa y arremetida. Pitt le dio en el flanco expuesto. Se sintió acorralada y se enojó consigo misma por disfrutar con ello. Le respondió antes de ocurrírsele una negativa.

—Sí.

Los hombres en la bodega interrumpieron su trabajo en medio de un veneno suficiente como para matar a la mitad de la población mundial y aplaudieron en sordina con sus guantes, vitoreando y silbando a través de sus transmisores. De pronto, Julie comprendió que sus acciones habían subido en el índice Dow Jones. Los hombres admiraban a una mujer que podía realizar un trabajo sucio y mantener la dignidad.

Más tarde, Dover encontró a Pitt, pensativo, estudiando una pequeña escotilla abierta, iluminando su interior con una linterna. El brillo disminuía en esa oscuridad, reflejándose en mortecinos centelleos sobre el agua cubierta de petróleo que corría en pequeñas olas desde la bodega.

—¿Se te ocurre algo? —le preguntó Dover.

—Estaba pensando realizar una pequeña exploración —le respondió Pitt.

—No vas a llegar muy lejos por ahí.

—¿Adonde conduce?

—Al túnel del eje; pero está inundado casi hasta el techo. Vas a necesitar bombonas de aire para poder pasar.

Pitt dirigió la luz hacia arriba hasta que localizó una pequeña escotilla en lo alto de la escalera.

—¿Y ésa?

—Tendría que abrirse en la bodega número cuatro.

Pitt se limitó a asentir y empezó a subir los escalones herrumbrados, seguido muy

de cerca por Dover. Empujó las grapas que aseguraban la escotilla, la abrió y pasó a la bodega contigua, seguido también por Dover. Un recorrido con la luz les indicó que estaba vacía.

—El barco debe haber viajado con lastre —especuló Pitt, en voz alta.

—Así parece.

—Y ahora, ¿adonde vamos?

—A otra escalera, que conduce a un pasadizo entre los tanques de agua dulce y los depósitos del barco.

Lentamente se abrieron camino entre las entrañas del *Pilottown*, como cavadores de tumbas en un cementerio, a medianoche. En cada rincón esperaban encontrar los esqueletos de la tripulación. Pero no había esqueletos. Los cuartos que habitaban tendrían que parecerse a las rebajas de unos grandes almacenes: ropas, pertenencias personales, todo debería estar revuelto cuando la tripulación se aprestó a abandonar el barco. En cambio, el interior oscuro como boca de lobo, se parecía a una caverna. Lo único que faltaba era los murciélagos.

Las despensas estaban vacías. No había platos ni tazas alineados en los estantes del comedor de la tripulación. Hasta en los retretes faltaba papel. Extintores de incendios, cerrojos de las puertas, muebles, todo lo que tuviera el más mínimo valor había desaparecido.

—Demasiado raro —susurró Dover.

—Pienso lo mismo. El barco ha sido sistemáticamente despojado.

—Los que hicieron la limpieza deben haber subido a bordo y se llevaron todo lo que tuvo en los años que marchó a la deriva.

—Los barrenderos dejan rastros —objetó Pitt—. Quien fuera que realizara esta faena, debió tener la manía de la limpieza.

Fue un viaje fantasmagórico. Sus sombras revoloteaban en las oscuras paredes de los pasillos y seguían por la silenciosa y abandonada maquinaria. Pitt sintió el profundo anhelo de ver el cielo otra vez.

—Increíble —susurró Dover, asustado aún por lo que no habían encontrado o, mejor dicho, por lo que habían encontrado—. Hasta se han llevado las válvulas y los manómetros.

—Si yo fuera jugador —reflexionó Pitt— apostarí que estamos ante una estafa para la compañía de seguros.

—No sería el primer barco que figurara como perdido en la lista del Lloyd de Londres —le dijo Dover.

—Me dijiste que la tripulación manifestó que habían abandonado el *Pilottown* durante una tormenta. Está bien; lo abandonaron, pero no dejaron nada más que una cáscara desnuda y sin valor.

—Con eso basta para irse. Hay dos maneras de echar a pique un barco. Abrir los

grifos de inundación o volar el fondo con cargas de explosivos.

—¿Cómo lo harías tú?

—Inundarlo abriendo los grifos llevaría veinticuatro horas o más. El tiempo suficiente como para que investigara cualquier barco que pasara. Mejor las cargas. Rápido y seguro. En cuestión de minutos el barco está en el fondo del mar.

—Algo debe haber impedido que detonaran los explosivos.

—Eso no es más que una teoría.

—Otra pregunta —insistió Pitt—. ¿Dónde los pondrías?

—En la bodega, en la sala de máquinas, en cualquier lugar del casco que esté por debajo de la línea de flotación.

—No hay señales de explosivos en las bodegas de popa —le dijo Pitt—. Lo cual deja como posibilidad la sala de máquinas y las bodegas de proa.

—Ya que hemos llegado hasta aquí, podríamos terminar el trabajo.

—Será más rápido si nos dividimos. Yo revisaré la sala de máquinas. Tú conoces el barco mejor que yo...

—La bodega de carga de proa es ésta —le dijo Dover, anticipándosele.

El gigantesco guardacostas empezó a subir por la pasarela, silbando la canción de la batalla de Notre Dame. Con su andar de oso y su corpulencia, recortada por la oscilante linterna de mano, fue alejándose hasta desaparecer.

Pitt empezó a investigar en torno al laberinto de tuberías de vapor que salían de las viejas calderas; las pasarelas enrejadas encima de la maquinaria estaban casi corroídas por la herrumbre y caminó con mucho cuidado. El cuarto de máquinas parecía renacer en su imaginación: crujidos, quejidos y murmullos surgieron de los ventiladores, ruidos susurrantes...

Encontró un par de grifos de inundación. Las manivelas estaban fijas en posición cerrada.

«Esto acaba con la teoría de los grifos», pensó.

Un escalofrío le corrió por la nuca y se le extendió por todo el cuerpo. Comprendió que las pilas que hacían funcionar el calentador de su traje estaban casi agotadas. Apagó la luz un momento. La absoluta oscuridad casi lo abrumó. Sólo que no había espectros. Nada más que las húmedas paredes de metal y la gastada maquinaria. Juraría haber oído un crujido, como si los motores hubieran empezado a funcionar.

Sacudió la cabeza para librarse de los fantasmas de su mente y metódicamente empezó a revisar los costados del casco, arrastrándose entre bombas y tubos recubiertos de amianto que penetraban en la oscuridad y que no iban a ninguna parte. Cayó por una escalera en medio metro de agua grasienta. Luchó por levantarse, por salir de esas aparentes garras de los muertos y de esa sentina maligna y horrible. Ahora tenía el traje negro de petróleo. Sin aliento, permaneció así un minuto,

intentando tranquilizarse.

Fue entonces cuando divisó un objeto apenas perceptible en el extremo más alejado de su rayo de luz: una lata de acero corroído, como para veinticinco litros de gasolina, estaba atada con alambres a una viga soldada en las láminas interiores del casco. Como él había colocado explosivos en varias operaciones de rescate, reconoció enseguida el detonador unido al fondo de la lata. Un cable eléctrico subía por la pasarela enrejada hasta la cubierta superior.

El sudor le corría por el cuerpo, pero estaba temblando de frío. Dejó la carga explosiva donde la encontró y volvió a subir por la escalera. Después empezó a inspeccionar los motores y las calderas.

No había señales en ninguna parte, ningún nombre de fábrica, ninguna fecha estampada por un inspector. Donde pudo haber alguna tarjeta de identificación, la habían quitado. Donde pudo haber letras o números estampados en el metal, habían sido limados. Tras inspeccionar hendeduras y rincones en torno a la maquinaria tuvo suerte al palpar una pequeña prominencia con su mano enguantada. Era una pequeña lámina de metal, parcialmente cubierta de grasa bajo una de las calderas. Le quitó la suciedad y la iluminó con su linterna. Leyó:

PRESIÓN: 2,2 atmósferas

TEMPERATURA: 250° C

SUPERFICIE DE CALEFACCIÓN: 550 m²

FABRICADO POR LA COMPAÑÍA DE HIERRO Y CALDERAS

ALHAMBRA, CHARLESTON, CAROLINA DEL SUR. Serie N.º 38874

Pitt memorizó el número de serie y después regresó a donde había empezado. Fatigado, se echó en cubierta y procuró descansar mientras seguía padeciendo el frío.

Dover volvió poco antes de una hora, llevando una lata de explosivos bajo el brazo con tanta indiferencia como si fuera un bote de melocotón en almíbar. Maldiciendo abundante y reiteradamente, patinó sobre la cubierta aceitosa, se detuvo y se sentó pesadamente junto a Pitt.

—Hay cuatro más entre este lugar y el compartimiento de proa —le dijo rendido.

—Encontré otra a unos cuarenta pies de popa —le comentó Pitt.

—No me explico cómo no estallaron.

—El temporizador se debe haber estropeado.

—¿El temporizador?

—La tripulación debió saltar del barco antes de que estallara el fondo. Sigue el trazado de los cables que salen de las latas y encontrarás que todos se encuentran en un temporizador oculto en algún lugar de la cubierta superior. Cuando la tripulación se dio cuenta de que algo andaba mal, debió de ser demasiado tarde para volver a abordar el barco...

—...O estaba demasiado asustada de que fuera a estallarle en la cara.

—Puede ser —reconoció Pitt.

—Y así fue como el viejo *Pilottown* empezó su legendario viaje a la deriva. Un barco abandonado en un mar vacío.

—¿Cómo se identifica oficialmente un barco?

—¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad.

Dover aceptó la explicación y contemplo las sombras de las máquinas.

—Pues bien; la identificación se puede encontrar casi en cualquier parte... como salvavidas, botes salvavidas... El nombre está soldado, a menudo, en la proa y en la popa, recortando las letras pintadas. Después están las placas de los constructores, una en el exterior de la superestructura y otra en el cuarto de máquinas. ¡Ah sí! El número oficial del barco está grabado a fuego en una viga en la base exterior de las tapas de las escotillas.

—Te apuesto un mes de sueldo que si puedes cavar la montaña debajo del barco encontrarás que el número de la escotilla ha sido borrado, y que ha desaparecido la placa del constructor.

—Hay otra placa en el cuarto de máquinas.

—También falta. Ya lo comprobé, y también han desaparecido todas las otras marcas del fabricante.

—Me suena raro —le dijo Dover, tranquilamente.

—Tienes razón —le replicó Pitt, abruptamente—. Lo del *Pilottown* es mucho más que una simple estafa a una compañía de seguros.

—No tengo ganas de resolver misterios —le respondió, poniéndose torpemente de pie—. Me estoy helando, me muero de hambre y estoy cansado como el demonio. Propongo que regresemos.

Pitt miró y vio que Dover aún tenía aferrada la lata de explosivos.

—¿Te llevas eso?

—Es una prueba.

—No la dejes caer —le dijo con cierto sarcasmo.

Salieron del cuarto de máquinas y pasaron a toda prisa por las despensas del barco, ansiosos de huir de esa húmeda oscuridad y llegar pronto a la luz del día. De pronto, Pitt se detuvo. Dover, que caminaba con la cabeza gacha, chocó contra él.

—¿Por qué te detienes?

—¿Lo oyes?

Antes que Dover pudiera contestarle, la cubierta en la que estaban tembló y las amuras crujieron ominosamente. Lo que parecía el rugido sofocado de una explosión distante se fue acercando cada vez más, seguido por una violenta ola de choque. El *Pilottown* se estremeció por el impacto y sus juntas soldadas crujieron al partirse

bajo la enorme presión. El golpe arrolló violentamente a los dos contra la borda de acero. Pitt se las ingenió para ponerse de pie; pero Dover, perdido el equilibrio por su pesada carga, se estrelló como un árbol contra la cubierta, abrazando la lata y amortiguando la caída con el cuerpo. Un gruñido de dolor salió de sus labios al dislocarse un hombro y torcerse una rodilla. Aturdido, luchó por sentarse y levantó la vista hacia Pitt.

—En nombre de Dios, ¿qué ha sido eso?

—El volcán Augustine —le respondió Pitt, casi como enunciando un diagnóstico—. Debe de estar en erupción.

—¡Jesús! ¿Qué más nos va a ocurrir?

Pitt ayudó al hombretón a ponerse de pie. Sentía tenso su brazo a través del pesado traje.

—¿Te duele?

—Una pequeña torcedura. Pero no creo que haya ningún hueso roto.

—¿Puedes correr?

—Estoy muy bien —le mintió, hablando con los dientes apretados.

—¿Qué hacemos con tu prueba?

—Olvídala —le contestó, apremiado por la urgencia—. Tenemos que salir inmediatamente de aquí.

Sin decir una palabra más pasaron de la bodega al estrecho pasadizo entre los tanques de agua dulce. Pitt le puso un brazo por la cintura y lo llevó medio a rastras, medio a cuestas, a través de las tinieblas.

Pitt creyó que el pasadizo no terminaría nunca. Empezaba a jadear y el corazón le saltaba contra las costillas. Luchó por mantenerse de pie mientras el *Pilottown* se estremecía y oscilaba por los temblores de tierra. Llegaron a la bodega número cuatro y treparon por la escalera. Dover se le escapó de la mano y cayó en cubierta. Los preciosos segundos perdidos en conducir a Dover a la escalera opuesta parecieron años.

Apenas Pitt hubo puesto pie en los escalones, se produjo un ruido como un trueno. Algo pasó junto a él y se estrelló en la cubierta. Levantó el haz de luz. En ese instante se desintegró la tapa de la escotilla y toneladas de rocas y restos cayeron como una cascada en la bodega.

—¡Sube, maldición, sube! —le gritó a Dover. Tenía el pecho hinchado y la sangre le rugía en los oídos. Sacando fuerzas, empujó los más de cien kilos de Dover por la escalera.

De pronto alguien gritó. La luz dejó ver una figura apoyada en la escotilla superior. Izó a Dover y lo hizo pasar a la bodega de popa. Instintivamente, Pitt supo que era Giordino. El corpulento italiano tenía el don de llegar al lugar preciso en el momento oportuno.

Después Pitt estuvo en lo alto y se arrastraba por la bodega con el agente tóxico. La tapa de la escotilla estaba aún intacta porque la pendiente de arriba no era tan pronunciada como en la popa. Cuando llegó al pie de la escalera, manos voluntariosas ayudaron a Dover a llegar a la caseta de popa, donde se hallaría a salvo. Giordino tomó a Pitt del brazo.

—Ha habido bajas durante el terremoto —le dijo con expresión sombría.

—¿Cuántas?

—Cuatro heridos, la mayoría con los huesos rotos, y un muerto.

Giordino vaciló y Pitt comprendió.

—¿Julie Mendoza?

—Uno de los bidones le aplastó las piernas —le explicó, con la voz más solemne que Pitt hubiera escuchado jamás—. Era una fractura complicada. La astilla de un hueso le perforó el traje —no dijo más.

—El agente tóxico penetró en su piel —terminó diciendo Pitt. Una sensación de impotencia y horror le recorrió el cuerpo.

Giordino asintió.

—La hemos llevado afuera.

Pitt encontró a Julie Mendoza tendida en la cubierta de popa del *Pilottown*. Arriba, una enorme nube de cenizas volcánicas se elevaba en el cielo azul y flotaba a la deriva hacia el norte, lejos del barco.

Estaba sola, a un lado. Los que no resultaron heridos atendían a los vivos. Sólo el joven oficial del *Catawba* se hallaba junto a ella. Todo su cuerpo era un arco sacudido por convulsiones mientras vomitaba violentamente en su filtro de aire.

Alguien le había quitado el casco. Sus cabellos brillaban en el crepúsculo, sobre la herrumbrada cubierta, con un fulgor anaranjado. Tenía los ojos abiertos, mirando a la nada, con las mandíbulas apretadas y rígidas en lo que debió ser una indescriptible agonía. La sangre se endurecía al secarse en unos ríos cobrizos, teñidos por el sol; sangre que le había manado de la boca, nariz y oídos y le había corrido por las comisuras de los ojos. Lo poco que le quedaba de piel en la cara ya se estaba convirtiendo en negro azulado.

La única emoción de Pitt fue la de una fría rabia. Sintió como crecía en su cuerpo cuando se arrodilló junto a ella y golpeó la cubierta repetidamente con los puños.

—¡Esto no va a quedar así! —exclamó con amargura—. ¡No voy a permitir que esto termine aquí!

Óscar Lucas miró de mal humor la superficie de su mesa. Todo le deprimía: el café ácido en una taza fría; su oficina del gobierno, con muebles baratos, las largas horas que pasaba en su trabajo. Por primera vez, desde que trabajaba como agente especial a cargo del destacamento presidencial, deseó retirarse, esquiar en Colorado, construir con sus propias manos un refugio en la montaña.

Subió la cabeza para borrar esas fantasías, bebió un sorbo de una bebida dietética y analizó los planos del yate presidencial, casi por décima vez.

Construido en 1919 por un rico hombre de negocios de Filadelfia, el *Eagle* fue comprado por el Departamento de Comercio en 1921 para uso presidencial. Desde esa fecha, trece presidentes habían recorrido sus cubiertas.

Diseñado con una popa recta, el yate, adornado con caoba, desplazaba cien toneladas y medía treinta y cinco metros de eslora con una manga de seis. Tenía un calado de un metro y medio y podía surcar las aguas a catorce nudos.

El *Eagle* fue construido originalmente con cinco camarotes principales, cuatro baños y una gran caseta sobre cubierta con paredes acristaladas. Durante las travesías, llevaba una tripulación de trece guardacostas. Sus dependencias y la cocina se hallaban a proa.

Lucas pasó revista a la tripulación, controlando otra vez sus antecedentes personales, historias familiares, rasgos individuales, resultados de entrevistas con psicólogos. No encontró nada que pudiera ser sospechoso.

Se recostó en el asiento y bostezó. En su reloj eran las veintiuna y veinte. El *Eagle* había estado amarrado en Mount Vernon tres horas. El Presidente era un ave nocturna y se levantaba tarde. Lucas estaba seguro de que había tenido levantados a sus invitados en la caseta de cubierta, discutiendo a fondo asuntos oficiales y sin importarle que los demás quisieran acostarse.

Giró hacia un costado y miró por la ventana. La caída de la neblina era algo bienvenido. La reducida visibilidad eliminaba las posibilidades de un francotirador, el mayor peligro para la vida de un presidente. Lucas estaba convencido de que perseguía fantasmas. Cada detalle digno de ello había sido estudiado.

Si existía una amenaza, su origen y métodos estaban fuera de su alcance.

La neblina no había llegado aún a Mount Vernon. La noche estival brillaba de estrellas y las luces de las calles y granjas cercanas reverberaban en el agua. El río y su bordada se ensanchaban hasta casi más de una milla, con árboles y arbustos alineados en las barrancas. A unas cien millas de la costa estaba anclado un guardacostas, con la proa enfocada río arriba y la antena del radar en constante rotación.

El Presidente estaba sentado en una silla ancha y cómoda en la cubierta de proa,

defendiendo su programa de ayuda a la Europa Oriental ante Marcus Larimer y Alan Moran. De pronto se puso de pie y caminó hasta la baranda, con la cabeza inclinada, escuchando. Un pequeño rebaño de vacas mugía en un campo cercano. Por un momento se quedó absorto: los problemas de la nación se disiparon y apareció en la superficie su alma de campesino. Pasados unos segundos, el Presidente regresó y se volvió a sentar.

—Perdonen la interrupción —les dijo, con un amplia sonrisa—. Por un minuto sentí la tentación de buscar un cubo y ordeñar leche fresca para el desayuno.

—Los medios de comunicación enloquecerían con una fotografía suya ordeñando una vaca en plena noche —le dijo Larimer, riéndose.

—Mejor aún —agregó Moran, sarcásticamente—, podría usted vender la leche a los rusos con sustanciosas ganancias.

—La idea no es tan absurda como parece —intervino Margolin, sentado a un costado—. La leche y la mantequilla han desaparecido de las tiendas de Moscú.

—Es la verdad, señor Presidente —dijo Larimer, completamente en serio—. Los rusos están sometidos a una dieta de hambre. Los polacos y los húngaros están aun peor. ¡Por Dios! ¡Si nuestros cerdos comen mejor que ellos!

—Eso es exactamente lo que yo sostengo —dijo el Presidente, enfervorizado—. No podemos darle la espalda a mujeres y niños que se mueren de hambre sólo porque viven bajo el dominio comunista. Sus necesidades hacen más importante mi plan de ayuda, que revela la humanitaria generosidad del pueblo norteamericano. Piensen en los beneficios que ese programa producirá en la buena voluntad de los países del Tercer Mundo. Piensen de qué manera un acto así podría inspirar a las futuras generaciones. Las recompensas potenciales son incalculables.

—Me permito disentir —dijo Moran, fríamente—. Para mí, lo que usted propone es una tontería, una ingenuidad. Los miles de millones de dólares que gastan anualmente para ayudar a sus países satélites casi agotan sus recursos económicos. Apostaría a que el dinero ahorrado con su plan de auxilio iría a parar directamente al presupuesto militar.

—Quizá; pero si siguen sin resolver sus problemas, los soviéticos serán más peligrosos para los Estados Unidos —rebatía el Presidente—. Históricamente, las naciones con problemas económicos se han lanzado a aventuras de conquista.

—Como hacerse con el control del petróleo en el Golfo Pérsico, ¿no? —le dijo Larimer.

—Apoderarse del golfo es con lo que siempre amenazan. Pero saben muy bien que las naciones de Occidente intervendrían para defender sus economías. No, Marcus, sus miras apuntan a un blanco mucho más fácil. Al que les abriría el completo dominio del Mediterráneo.

Larimer arqueó las cejas.

—¿Turquía?

—Exacto —respondió el Presidente, tajantemente.

—Pero Turquía es miembro de la OTAN —arguyó Moran.

—Sí, ¿pero iría Francia a una guerra por Turquía? ¿Lo harían Inglaterra y Alemania? Mejor aun, pregúntense ustedes si mandarían a morir ahí a soldados norteamericanos. La verdad es que Turquía tiene pocos recursos naturales por los que valga la pena luchar. Los tanques soviéticos podrían arrasarse el país hasta el Bósforo en pocas semanas y Occidente se limitaría a protestar.

—Está hablando de posibilidades remotas, no de hechos inminentes —dijo Moran.

—Estoy de acuerdo —intervino Larimer—. En mi opinión, el futuro expansionismo soviético, dada su vacilante economía, es extremadamente remoto.

El Presidente levantó una mano para protestar.

—Pero es muy distinto, Marcus. Cualquier rebelión interna en Rusia seguramente llegará a sus fronteras, especialmente en Europa Occidental.

—No soy aislacionista, señor Presidente. Dios sabe que mis antecedentes en el Senado demuestran todo lo contrario. Pero, por una vez, ya estoy cansado de que Estados Unidos se vea forzado a seguir los caprichos de los europeos. Ya dejamos nuestra cuota de muertos en las dos guerras. Digo que si los rusos quieren devorar el resto de Europa, pues dejémoslos que lo hagan y que les aproveche.

Larimer se recostó en el asiento, satisfecho. Por fin se había sacado de dentro palabras que no se atrevía a pronunciar en público. Por más que el Presidente estaba totalmente en contra, no pudo menos que preguntarse cuántos campesinos norteamericanos compartían las mismas ideas.

—Seamos realistas —dijo, tranquilamente—. Ustedes saben, igual que yo, que no podemos abandonar a nuestros aliados.

—Entonces, ¿qué les decimos a nuestros votantes? —saltó Moran—. ¿Qué les va a decir cuando tenga que subir impuestos, en un presupuesto ya sobrecargado con déficit, y los utilice para dar de comer y apoyar a nuestros enemigos?

—Diré que se trata de lo que humanitariamente hay que hacerle replicó el presidente cansado. Sabía que estaba librando una batalla perdida.

—Lo siento, señor Presidente —le dijo Larimer, poniéndose de pie— pero no puedo, en conciencia, apoyar su plan de ayuda al bloque oriental. Ahora, si me permite, me voy a acostar.

—También yo —agregó Moran, bostezando—. Me estoy cayendo de sueño.

—¿Están bien alojados? —les preguntó el Presidente.

—Sí, gracias —le respondió Moran.

—Si no estuviera mareado —agregó Larimer, con una sonrisa medio sarcástica— podría continuar hasta mañana.

Se despidieron y desaparecieron juntos por la escalera que conducía a los camarotes. Apenas estuvieron fuera del alcance de sus voces, el Presidente se volvió hacia Margolin.

—¿Qué piensas tú, Vince?

—Para ser absolutamente franco, creo que está usted en un error.

—¿Quieres decir que la situación no tiene esperanzas?

—Veamos el asunto desde otro lado. Su plan consiste en comprar los excedentes de grano y otros productos agrícolas para darlos al mundo comunista a precios más bajos de los que pueden recibir nuestros granjeros en el mercado de exportación. Sin embargo, gracias a las malas condiciones meteorológicas durante los dos últimos años y la espiral inflacionaria en los costes de los combustibles, las granjas están yendo irremediablemente a la bancarrota. Si usted insiste en ofrecer ayuda, sugiero, respetuosamente, que lo haga aquí... y no en Rusia.

—La caridad empieza por uno mismo. ¿Es eso?

—Claro. Además, debe usted considerar el hecho de que está perdiendo rápidamente el apoyo de su partido... y se acercan las elecciones.

El Presidente meneó la cabeza.

—No puedo permanecer impasible mientras millones de hombres, mujeres y niños mueren de hambre.

—Noble posición, pero escasamente práctica.

Los rasgos del Presidente quedaron impregnados de tristeza.

—¿No ves —le dijo, mirando por encima de las oscuras aguas del río— que si demostramos el fracaso del marxismo, ningún movimiento guerrillero en el mundo podrá utilizarlo como grito de batalla para hacer una revolución?

—Lo que nos lleva al argumento final —respondió Margolin—. Los rusos no *quieren* nuestra ayuda. Como usted sabe, me encontré con el Ministro de Asuntos Exteriores, Gromyko. Me dijo, con toda claridad, que si el Congreso aprobaba su programa, cualquier barco con alimentos será detenido en sus fronteras.

—Con todo, debemos intentarlo.

Margolin suspiró suavemente. Toda discusión era una pérdida de tiempo. El Presidente seguía en sus trece.

—Si estás cansado —le dijo el Presidente— por favor no dudes en irte a dormir. No tienes por qué seguir despierto para hacerme compañía.

—La verdad es que no tengo sueño.

—Entonces, ¿qué te parece otro coñac?

—Excelente idea.

El Presidente apretó un botón junto a su silla y apareció en cubierta la figura blanca de un camarero.

—¿Sí, señor Presidente? ¿Qué desea?

—Por favor, tráenos al Vicepresidente y a mí otro coñac.

—Sí, señor.

El camarero se alejaba ya para ir a buscar las copas cuando el Presidente levantó una mano.

—Un momento.

—¿Señor?

—Tú no eres Jack Klosner, nuestro camarero habitual.

—No, señor Presidente. Soy el marinero de primera clase Lee Tong. El marinero Klosner fue relevado a las diez. Estoy de guardia hasta por la mañana.

El Presidente era de uno de los pocos políticos que disfrutaba con el contacto de la gente. Hablaba con la misma amabilidad a un chico de ocho años que a una vieja de ochenta. Le encantaba sorprender a los extraños llamándolos por su nombre de pila como si los conociera desde siempre.

—¿Tu familia es china?

—No, señor. Coreana. Llegaron a los Estados Unidos en 1952.

—¿Por qué te alistaste en el servicio de guardacostas?

—Supongo que por amor al mar.

—¿Te gusta servir a los viejos burócratas como yo?

El marinero Tong vaciló, evidentemente incómodo.

—Bueno... si tuviera que elegir preferiría servir en un rompehielos.

—No me gusta demasiado la idea de que prefieras un rompehielos a mí. —El Presidente se rió, de buen humor—. Recuérdame por la mañana que hable con el comandante Collins para que te trasladen. Somos viejos amigos.

—Gracias, señor Presidente —le respondió, lleno de alegría—. Le traeré los coñacs enseguida.

Justo antes de volverse, Tong mostró una ancha sonrisa que dejó al descubierto una brecha en la mitad de sus dientes superiores.

Una espesa niebla cubrió el *Eagle*, impregnando su casco con una húmeda y casi fantástica persistencia. Poco a poco la luz roja de una antena en la orilla opuesta se fue empañando hasta desaparecer. En algún lugar, por encima de ellos, chilló una gaviota. Pero fue un sonido apagado y fantasmal. Imposible decir de dónde venía. Las cubiertas de madera de teca pronto quedaron cubiertas por la humedad y adquirieron una pátina opaca bajo los faros envueltos por la neblina.

Un pequeño ejército de agentes del Servicio Secreto, estacionado en lugares estratégicos en la ladera, que se elevaba suavemente hacia la elegante mansión colonial de George Washington, custodiaba el casi invisible yate. El contacto se mantenía mediante radios de onda corta, de un tamaño minúsculo. Para tener libres las dos manos en todo momento, los agentes usaban auriculares con pilas en los cinturones y diminutos micrófonos en las muñecas.

Cambiaban de puesto a cada hora, dirigiéndose cada uno de ellos a la siguiente área de seguridad, mientras el jefe de los turnos iba de un lado a otro controlando la eficacia de esa red de vigilancia.

En una caravana estacionada en el camino junto a la vieja mansión, el agente Blackowl estaba sentado mirando una serie de monitores de televisión. Otro agente se ocupaba del equipo de comunicaciones, mientras un tercero vigilaba una serie de luces conectadas con un intrincado sistema de alarmas colocadas en torno del yate.

—¿Crees que el Servicio Meteorológico Nacional es capaz de dar un informe preciso a sólo diez millas de su oficina central? —refunfuñó Blackowl mientras apuraba su cuarta taza de café de la noche—. Anunciaron «niebla ligera». Si esto es una niebla ligera me gustaría saber cómo llaman a una niebla tan espesa como para cortarla con cuchillo.

El agente encargado de las comunicaciones de radio se volvió y se quitó los auriculares.

—Los de la lancha de seguimiento dicen que no pueden ver más allá de la proa. Piden permiso para ir a la costa y amarrarla.

—No es culpa suya —le dijo Blackowl—. Diles que sí. —Se levantó y se masajeó la nuca. Después le dio unas palmadas en el hombro al agente de comunicaciones—. Me haré cargo de la radio. Vete a dormir.

—Tú eres más viejo, tú tendrías que acostarte.

—No estoy cansado. Además, no veo nada en mi monitor, de cualquier manera.

El agente miró un enorme reloj digital en la pared.

—La una y cincuenta minutos. Faltan diez minutos para el próximo relevo.

Blackowl asintió y se acomodó en el sillón vacío. Acababa de colocarse los auriculares cuando recibió una llamada del guardacostas anclado cerca del yate.

—Control, habla el Servicio del Río.

—Aquí, Control —respondió Blackowl, reconociendo la voz del comandante.

—Tenemos un problema con nuestro equipo de exploración.

—¿Qué problema?

—Una señal de alta energía, en la misma frecuencia que nuestro radar, dificulta la recepción.

Una mirada de preocupación asomó en la cara de Blackowl.

—¿Cree que se trata de una interferencia intencionada?

—No. Parece un cruce. La señal viene y se va como si alguien estuviera transmitiendo un mensaje. Sospecho que algún gracioso con una radio en la vecindad ha sintonizado nuestra frecuencia por casualidad.

—¿Puede determinar algunos contactos?

—El tránsito de barcos es nulo a estas horas de la noche —le respondió el comandante—. La única señal detectable que hemos visto en el osciloscopio provenía de un remolcador de la oficina de sanidad de la ciudad, que ayudaba a salir del mar a unas barcasas con desechos.

—¿A qué hora pasó?

—No pasó. La señal se fusionó con la orilla del río a pocos centenares de metros río arriba. El capitán del remolcador debe haberlo amarrado hasta que pase la niebla.

—Muy bien, manténgame informado sobre el problema de su radar.

—Lo haré, Control. Cambio y corto.

Blackowl se recostó y mentalmente calculó los posibles peligros. Con el tránsito en el río en punto muerto, había poco peligro de que otro barco chocara con el *Eagle*. El radar del guardacostas, aunque operaba en forma intermitente, *estaba* operando. Y cualquier ataque del lado del río quedaba invalidado pues la ausencia de visibilidad hacía imposible acercarse al yate. La niebla, según cómo, era una bendición disfrazada.

Blackowl echó un vistazo al reloj de la pared. Faltaba un minuto para el relevo. Rápidamente releyó el plan de seguridad donde figuraban los nombres de los agentes, las áreas donde debían patrullar y las horas. Observó que el agente Lyle Brock debía prestar servicio en el puesto número siete, en el mismo yate, mientras que el agente Karl Polaski tenía asignado el puesto número seis, en el muelle.

Apretó el botón transmisor y habló por el minúsculo micrófono conectado con su equipo.

—Atención a todas las estaciones. Dos horas cero minutos. Diríjense a los próximos puestos. Repito, diríjense a los próximos puestos. —Después cambió las frecuencias y pronunció el nombre en código del jefe de turnos—. Cutty Sark, habla Control.

El agente Ed McGrath, un veterano con más de quince años de servicio,

respondió casi inmediatamente.

—Aquí Cutty Sark.

—Diga a los puestos número seis y siete que mantengan estricta vigilancia en el río.

—No verán mucho con esta maldita niebla.

—¿Cómo está la zona del muelle?

—Tendría que habernos dado bastones blancos, como a los ciegos.

—Hagan lo que puedan —le respondió Blackowl.

Una luz pestañeó y Blackowl cortó la transmisión con McGrath para contestar la llamada siguiente.

—Control.

—Aquí el Servicio del Río. Quien sea el que está embrollando nuestro radar parece estar transmitiendo ahora continuamente.

—¿No lee nada?

—La pantalla geográfica en el osciloscopio está oscurecida casi en un cuarenta por ciento. En lugar de señales detectables recibimos una forma de cuña, grande.

—Muy bien, permítame que le pase la palabra al agente encargado de esto. Quizás él pueda rastrear la interferencia y parar cualquier transmisión ulterior.

Antes de dar parte del problema del radar a Óscar Lucas en la Casa Blanca, Blackowl se volvió y miró, con curiosidad, los monitores de la televisión. No reflejaban ninguna imagen discernible. Sólo vagas sombras que fluctuaban describiendo ondulaciones como fantasmas.

El agente Karl Polaski ajustó el enmohecido enchufe del auricular de su radio receptor, un Motorola HT-220, y se quitó la humedad de un poblado bigote de húsar. Después de cuarenta minutos de guardia en el muelle, estaba completamente mojado y se sentía miserable. Se limpió la humedad de la cara y le resultó raro encontrarla aceitosa.

Sus ojos se dirigieron a las luces de arriba. Tenían un débil halo amarillento. Pero en los bordes presentaban un efecto como de prisma e irradiaban los colores del arco iris. Desde donde estaba, en el centro del muelle de diez metros de largo, el *Eagle* quedaba completamente oculto por la niebla. No se veían ni la cubierta ni las luces del mástil.

Caminó por los gastados tablones, deteniéndose de vez en cuando para escuchar. Pero lo único que oyó fue el rítmico golpeteo del agua contra los pilares y el suave ronroneo de los generadores del yate. Se hallaba a pocos pasos del extremo del muelle cuando el *Eagle*, finalmente, se materializó entre los grises tentáculos de la niebla.

Llamó al agente Lyle Brock, que se encontraba de guardia en el puesto número siete, en el yate.

—Hola, Lyle, ¿me oyes?

Una voz, algo más que un susurro, le contestó:

—¿Qué quieres?

—¿No podrías traerme una taza de café de la cocina?

—El próximo relevo es dentro de veinte minutos. Podrás tomar una taza de café cuando vengas a bordo y ocupes mi lugar.

—No puedo esperar veinte minutos —protestó Polaski, mansamente—. Estoy empapado hasta los huesos.

—Resiste. Tendrás que sufrir.

Polaski sabía que Brock no podía abandonar el muelle bajo ninguna circunstancia, pero le estuvo pinchando con buen humor.

—Espera a que me pidas un favor.

—Hablando de favores, he olvidado dónde tengo que ir desde aquí.

Polaski miró inquisitivamente la figura oculta por las sombras del *Eagle*.

—Fíjate en tu diagrama, animal.

—Está empapado y no lo puedo leer.

—El puesto ocho está a cincuenta metros, siguiendo la orilla.

—Gracias.

—Si quieres saber dónde está el puesto nueve te costará una taza de café —le dijo, con una sonrisa entre dientes.

—Vete al infierno. Me acordaré de ésta.

Más tarde, durante el siguiente relevo, los agentes se limitaron a saludarse con la mano cuando pasaron uno al lado del otro. Eran dos formas indistinguibles en la niebla.

Ed McGrath no recordaba haber visto una niebla tan espesa como ésta. Olió el aire, tratando de identificar el extraño aroma que percibía en todas partes hasta que finalmente lo identificó como el olor del petróleo. En algún lugar, entre la neblina, oyó ladrar a un perro. Se detuvo, aguzando el oído. No era el ladrido de un mastín en busca de caza ni los asustados aullidos de un perro callejero, sino el agudo gañido de un perro ante una presencia desconocida. No estaba demasiado lejos, a juzgar por el volumen. Quizás a setenta y cinco o cien metros, más allá del perímetro de seguridad, calculó.

Un asesino potencial tendría que estar enfermo o mal de la cabeza, o las dos cosas, pensó, para andar tropezando a ciegas por una comarca extraña en un tiempo así. Él mismo ya había tropezado y caído, al dar con una rama invisible de un árbol, y se hizo un rasguño en la mejilla. Se perdió tres veces y casi le pegan un tiro cuando, por casualidad, se topó con un guardia antes de poder anunciar por radio que se acercaba.

Los ladridos se interrumpieron abruptamente y pensó que un gato o un animal

salvaje había hecho huir al perro. Llegó hasta una bifurcación en el sendero de grava, que le resultó familiar, y se dirigió a la orilla, donde estaba el yate. Habló a través de su micrófono de solapa.

—Puesto ocho, llamando.

No hubo respuesta.

McGrath se detuvo.

—Brock, habla McGrath. Me estoy acercando.

Nada.

—Brock, ¿me oye?

El puesto número ocho estaba extrañamente silencioso y McGrath empezó a sentirse incómodo. Caminando muy lentamente, paso a paso, se acercó con cautela a la zona de guardia. Llamó débilmente a través de la niebla. Su voz amplificadas por la espesa humedad, sonaba casi fantasmal. El silencio fue la única respuesta.

—Control, habla Cutty Sark.

—Adelante, Cutty Sark —respondió la cansada voz de Blackowl.

—Falta un hombre en el puesto ocho.

La voz de Blackowl denotó alarma.

—¿No hay señales de él?

—Ninguna.

—Controle el barco —le respondió Blackowl, sin vacilar—. Me dirigiré hacia ahí cuando haya informado al cuartel general.

McGrath apagó la señal y corrió por la orilla hasta el muelle.

—Puesto seis, llamando.

—Aiken, puesto seis, adelante.

McGrath anduvo a tientas por el muelle y encontró la corpulenta figura del agente John Aiken bajo la luz del foco.

—¿Has visto a Brock?

—¿Estás bromeando? —le respondió Aiken—. No he visto nada desde que empezó esta niebla.

McGrath trotó lentamente por el muelle, repitiendo sus llamadas. Cuando llegó al *Eagle*, Polaski salía de la cubierta para encontrarse con él.

—He perdido a Brock —le dijo, sin preámbulos.

Polaski se encogió de hombros.

—La última vez que lo vi fue hace media hora, cuando nos relevamos.

—Muy bien, quédate aquí, junto al muelle. Voy a echar un vistazo a las cubiertas de abajo. Y mantente alerta, que llega Blackowl. Viene desde Control.

Cuando Blackowl salió a la húmeda mañana, la niebla estaba disminuyendo y alcanzó a ver el débil resplandor de las estrellas en el cielo encapotado. Pasó de un puesto a otro, acelerando su paso al tomar el sendero que llevaba al muelle y a

medida que mejoraba la visibilidad. El miedo le ardía en el estómago. Sentía el terror de que algo hubiera salido espantosamente mal. Los agentes no desertan de sus puestos sin previo aviso ni razón suficiente.

Cuando, por fin, saltó a bordo del yate, la niebla había desaparecido como por arte de magia. Las luces rojas de las antenas de radio, al otro lado del río, brillaban en el aire, que ahora era terso y transparente. Pasó junto a Polaski y encontró a McGrath sentado solo en la caseta de cubierta, contemplando la nada, como en trance.

Blackowl se quedó paralizado.

La cara de McGrath estaba tan pálida como una mascarilla de yeso. Había tal expresión de horror en sus ojos que Blackowl en seguida temió lo peor.

—¿El Presidente? —preguntó.

McGrath lo miró estúpidamente. Movía la boca pero no le salían las palabras.

—¡Por el amor de Dios! ¿Está a salvo el Presidente?

—Se ha ido —susurró finalmente McGrath.

—¿De qué estás hablando?

—El Presidente, el Vicepresidente, la tripulación, todos se han ido.

—¡Te has vuelto loco! —le espetó Blackowl.

—La verdad... es la verdad —le dijo McGrath, exánime—. Compruébalo tú mismo.

Bajó corriendo la escalera más cercana y se dirigió al camarote del Presidente. Abrió la puerta sin golpear. Estaba vacío. La cama estaba intacta y no había ropas en el armario ni artículos de tocador en el lavabo. Sintió como si tuviera el corazón entre dos bloques de hielo.

Como en una pesadilla fue corriendo de un camarote a otro. En todas partes vio lo mismo. Hasta las dependencias de la tripulación estaban completamente vacías, sin la menor señal de vida.

Todo el mundo en el yate había desaparecido como si jamás hubiera existido.

SEGUNDA PARTE

El Eagle

29 de julio de 1989 - Washington, D.C.

A diferencia de los actores de cine, que siempre se despiertan y atienden las llamadas telefónicas desde la cama, Ben Greenwald, Director del Servicio Secreto, estaba alerta al instante y levantaba el auricular antes del segundo timbrado.

—Greenwald.

—Saludos —dijo la voz familiar de Óscar Lucas—. Lamento despertarlo, pero sabía que tenía usted interés por conocer el resultado del partido de fútbol.

Greenwald se puso tenso. Cualquier comunicación del Servicio Secreto que comenzara con la palabra «Saludos» significaba un informe urgente y ultra secreto respecto a una situación crítica. La frase siguiente carecía de sentido. Una precaución en caso que la línea telefónica no fuera segura... lo que era probable, dado que el Departamento de Estado de Kissinger había permitido a los rusos construir su nueva embajada sobre una colina de la ciudad, aumentando de esa manera su capacidad para actos de espionaje telefónico.

—Muy bien —le dijo Greenwald, tratando de mantener un tono coloquial—. ¿Quién ganó?

—Ha perdido usted la apuesta.

«Apuesta» era otra palabra en clave. Indicaba que la frase siguiente se diría en un código de palabras ambiguas.

—Jasper College, uno —siguió diciendo Lucas—; Drinkwater Tech, cero. Tres de los jugadores del Jasper tuvieron que abandonar el terreno de juego por lesiones.

La noticia explotó en los oídos de Greenwald. Jasper College era el código para un secuestro del Presidente. La referencia a los jugadores lesionados significaba que los tres hombres que seguían en orden de sucesión habían sido secuestrados también. Un código que, aun en sus sueños más disparatados, Greenwald jamás había creído que llegaría a escuchar.

—¿No hay ningún error? —preguntó, temiendo la respuesta.

—Ninguno —le contestó Lucas, con una voz tan cortante como el borde de un vidrio roto.

—¿Quién más de la oficina conoce los resultados?

—Sólo Blackowl, McGrath y yo.

—Que siga así.

—Para estar más seguro —añadió Lucas—, he empezado a fijarme en los jugadores de segunda división y en las promesas.

Al instante Greenwald pescó el significado. Había que localizar y proteger a las esposas e hijos de los secuestrados, así como a los hombres que seguían en orden de

sucesión a la presidencia.

Aspiró profundamente y enseguida ordenó sus pensamientos. La velocidad era lo primordial. Sin embargo, si los soviéticos estaban detrás del secuestro del Presidente para disponer de ventaja en un ataque nuclear, ya era demasiado tarde. Por otra parte, eliminados de manera efectiva los cuatro hombres principales del gobierno norteamericano, podía tratarse de un derrocamiento del gobierno.

No quedaba tiempo para mucho más, respecto a las medidas de seguridad.

—Amén —dijo Greenwald, para dar a entender a Lucas que dejara de hablar en clave.

—Entendido.

Una súbita y terrible idea se le ocurrió a Greenwald.

—¿Y el hombre de la maleta? —le preguntó, nervioso.

—Desapareció con el resto.

¡Oh, Dios!, se dijo Greenwald al borde de la agonía. Un desastre tras otro. «El hombre de la maleta» era el irreverente apodo con el que era conocido el oficial superior que estaba día y noche junto al Presidente y que llevaba el portafolios con los códigos para el lanzamiento de diez mil proyectiles nucleares hacia la Unión Soviética. Las consecuencias de que esos códigos ultra secretos cayeran en manos extrañas eran de un horror más allá de lo concebible.

—Alerta al Jefe del Estado Mayor —ordenó—. Después envía un destacamento a recoger a los Secretarios de Estado y de Defensa, además del Consejero de Seguridad Nacional, y que los lleven enseguida a la Sala de Situaciones de la Casa Blanca.

—¿Alguien del equipo presidencial?

—Muy bien. Que venga Dan Fawcett. Pero que por ahora todo quede en secreto. Cuantos menos sepan que ha desaparecido el «Hombre», tanto mejor, hasta que podamos aclarar las cosas.

—En ese caso —le dijo Lucas—, sería más prudente que la reunión se hiciera en otro lugar y no en la Sala de Situaciones. La prensa está siempre vigilando la Casa Blanca. Se nos echarán encima como langostas si los prohombres del Estado se reúnen ahí a esta hora de la mañana.

—Suenan razonable —reconoció Greenwald. Se calló un momento y luego agregó—: Que sea en el Observatorio.

—¿En la residencia del Vicepresidente?

—Los coches de la prensa nunca aparecen por ahí.

—Reuniré a todo el mundo lo antes posible.

—¿Oscar?

—Sí.

—En pocas palabras, ¿qué ocurrió?

Tras una breve vacilación, Lucas contestó:

—Desaparecieron todos del yate presidencial.

—Comprendo —dijo Greenwald, lentamente, aunque estaba claro que no era cierto.

No perdió más tiempo en charlas. Colgó y se vistió rápidamente. De camino hacia el Observatorio, sintió que el estómago se le hacía un nudo, reacción postergada ante las noticias catastróficas. Se le empañó la visión y luchó contra unas ganas abrumadoras de vomitar.

Condujo en medio de una confusión mental por las desiertas calles de la capital. Salvo por un ocasional camión de reparto, el tránsito era casi inexistente y la mayoría de los semáforos se limitaban a hacer pestañear las luces ámbar de atención.

Demasiado tarde, vio cómo un camión de la limpieza urbana, que corría pegado al bordillo a su derecha hacía una súbita vuelta en U. De pronto el parabrisas quedó ocupado con la figura del enorme camión pintado de blanco.

El chófer saltó a un lado entre el chirrido de los neumáticos, con los ojos abiertos por el resplandor de los faros de Greenwald.

Hubo un ruido de metales aplastados y un rocío de cristales por el aire. El capó se dobló en dos, voló hacia arriba, y el volante se incrustó en el pecho de Greenwald, aplastándole la caja torácica.

Quedó inmóvil en el asiento mientras el agua del radiador destrozado silbaba y echaba vapor sobre el motor. Tenía los ojos abiertos, como mirando con indiferencia las grietas, como un dibujo abstracto, en el parabrisas astillado.

Óscar Lucas estaba de pie frente a la chimenea en el salón de la residencia del Vicepresidente, describiendo el secuestro del Presidente. A cada segundo echaba un vistazo nervioso a su reloj, preguntándose qué le habría pasado a Greenwald. Los cinco hombres sentados lo escuchaban con un asombro que no se preocupaban por disimular.

Jesse Simmons, el Secretario de Defensa, apretaba los dientes en la boquilla de su pipa de espuma de mar, que seguía apagada. Iba vestido informalmente, con ropa de verano, chaqueta y pantalones de deporte, igual que Dan Fawcett y Alan Mercier, el Consejero de Seguridad Nacional. El general Clayton Metcalf iba de uniforme, mientras Douglas Oates, el Secretario de Estado, era el de atuendo más formal, con traje oscuro y corbata.

Lucas llegó al final de su informe y esperó la avalancha de preguntas que seguramente le iban a lanzar. En cambio, se produjo una prolongada calma. Todos se quedaron sentados, mudos e inmóviles.

Oates fue el primero en romper el silencio.

—¡Por Dios! —exclamó, con voz que reflejaba la ansiedad—: ¿Cómo pudo ocurrir una cosa así? ¿Cómo pudo evaporarse toda la gente del yate?

—No lo sabemos —le contestó Lucas, impotente para aportar explicación alguna

—. Aún no he dado la orden de que se forme un equipo de investigación en el lugar de los hechos por obvias razones de seguridad. Ben Greenwald decidió mantener el asunto en secreto hasta que ustedes estuvieran informados. Fuera de esta habitación, sólo tres personas del Servicio Secreto, incluyendo a Greenwald, están enteradas de los hechos.

—Tiene que haber alguna explicación lógica —dijo Mercier. El consejero presidencial en cuestiones de seguridad nacional se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación—. Veinte personas no pueden ser secuestradas por poderes sobrenaturales o extraterrestres. *Si*, y observen que uso el condicional, el Presidente y los demás realmente faltan del *Eagle*, tiene que tratarse de una conspiración organizada.

—Le aseguro, señor —intervino Lucas, mirándolo directamente a los ojos—, que el agente encontró el barco totalmente desierto.

—Dice usted que la niebla era espesa —prosiguió Mercier.

—Eso dijo el agente Blackowl.

—¿Podrían ellos haber penetrado, de alguna manera, en su red de seguridad y haberse ido?

Lucas sacudió la cabeza.

—Aunque se las ingeniaran para eludir mi cuerpo de seguridad en la niebla, sus movimientos habrían sido captados por los sofisticados sistemas de alarma que habíamos instalado en torno al yate.

—Entonces queda el río —observó Jesse Simmons.

El Secretario de Defensa era un hombre taciturno, dado a las frases telegráficas.

Su rostro curtido y tostado era una prueba de que pasaba los fines de semana fuera de la ciudad y practicaba apasionadamente el esquí acuático.

—Supongamos —agregó— que abordaron al *Eagle* desde el agua. Supongamos que los obligaron a trasladarse a otro barco.

Oates le dirigió a Simmons una mirada cargada de dudas.

—Según esta versión, el responsable sería el Pirata Barba-negra.

—Los agentes patrullaban el muelle y la orilla —explicó Lucas—. Es imposible que los pasajeros y la tripulación fueran reducidos y sacados del yate sin que se oyera ningún ruido.

—A lo mejor estaban drogados —sugirió Dan Fawcett.

—Es una posibilidad —admitió Lucas.

—Estudiemos las cosas con calma —dijo Oates—. Más que especular en cómo ocurrió el secuestro, creo que debemos concentrarnos en buscar el motivo y en descubrir quién puede haber sido antes de planear una respuesta.

—De acuerdo —manifestó Simmons, y miró a Metcalf—. General, ¿hay alguna evidencia de que los rusos estén detrás de esto, como medio de disimular un primer

ataque?

—Si ése fuera el caso —le respondió— sus misiles estratégicos nos habrían atacado hace una hora.

—Aún están a tiempo de hacerlo.

Metcalf inclinó ligeramente la cabeza para dar una respuesta negativa.

—Nada indica que estén en estado de alerta. Nuestras fuentes en el servicio de inteligencia de Moscú informan que no hay señales de que haya aumentado la actividad en los ochenta puestos de mando subterráneos de Moscú. Y nuestros satélites de vigilancia no muestran movimientos de tropas a lo largo de la frontera en el bloque oriental. Además, el presidente Antonov se halla en París, en visita oficial.

—O sea que, por lo menos, no se trata de la Tercera Guerra Mundial —dijo Mercier con una mirada de alivio.

—Todavía no podemos cantar victoria —intervino Fawcett—. El oficial con los códigos donde se consignan los lugares de un ataque nuclear también ha desaparecido.

—Por eso no hay que preocuparse —dijo Metcalf, sonriendo por primera vez—. Apenas Lucas me alertó sobre la situación, ordené que se cambiaran las palabras alfabéticas del código.

—¿Puede esto impedir, a quien las tenga, utilizar las viejas palabras del código para descifrar las nuevas?

—¿Con qué propósito?

—Chantaje, o quizás un loco intento para atacar primero a los rusos.

—Es imposible —le replicó Metcalf, sencillamente—. Hay demasiados dispositivos de seguridad implicados. Ni siquiera el propio Presidente podría lanzar nuestro arsenal nuclear por su cuenta, en un hipotético ataque de locura. La orden para iniciar una guerra debe ser transmitida por el Secretario de Defensa Simmons y la Junta de Comandantes. Si cualquiera de nosotros estuviera seguro de que la orden había sido invalidada, podríamos revocarla.

—Muy bien —dijo Simmons—. Por ahora desechamos una conspiración soviética o un acto de guerra. ¿Qué nos queda?

—Muy poco —refunfuñó Mercier.

Metcalf miró directamente a Oates.

—Tal cual están las cosas, señor secretario, usted es el sucesor designado por la Constitución.

—Tiene razón —dijo Simmons—. Hasta que no encontremos con vida al Presidente, a Margolin, a Larimer y a Moran, usted es el Presidente en ejercicio.

Durante unos segundos no se oyó un solo ruido en la habitación. La cara radiante y poderosa de Oates se arrugó un poco. Pareció haber envejecido de pronto cinco años. Luego, y con la misma rapidez, recuperó el control y sus ojos adquirieron una

expresión fría y visceral.

—Lo primero que debemos hacer —manifestó en tono monocorde— es actuar como si no hubiera pasado nada.

Mercier echó la cabeza atrás y dejó vagar la mirada por el techo.

—Está claro que no podemos dar una conferencia de prensa y anunciar al mundo que se nos han perdido los cuatro líderes principales de la nación. Y no estoy pensando en las repercusiones cuando el mundo se entere. Pero no podremos ocultar los hechos a la prensa más que unas pocas horas.

—Y además debemos considerar la posibilidad que los responsables del secuestro nos den un ultimátum o nos exijan un rescate a través de los medios de comunicación —agregó Simmons.

Metcalf expresó sus dudas.

—Mi sospecha es que, cuando se establezca el contacto, no lo harán dirigiéndose públicamente al Secretario de Estado Oates. Sus exigencias consistirán en algo más que dinero.

—Estoy de acuerdo con su manera de pensar, general —dijo Oates—. Pero nuestra máxima prioridad es seguir ocultando los hechos y dar largas al asunto todo el tiempo que se necesite hasta encontrar al Presidente.

Mercier parecía un ateo aguantando el sermón de un Haré Krishna en un aeropuerto.

—Lincoln dijo: «no se puede engañar todo el tiempo a toda la gente». No será fácil mantener al Presidente y al Vicepresidente fuera de la vista del público por más de un día, como máximo, sin que parezca extraño. Y tampoco pueden desaparecer, sin más, Larimer y Moran. También a ellos se los ve mucho en Washington. Además, hay que tener en cuenta a la tripulación del *Eagle*. ¿Qué les vamos a decir a sus familias?

—¡Jack Sutton! —exclamó Fawcett, como si hubiera tenido una revelación.

—¿Quién? —preguntó Simmons.

—El actor que imita al Presidente en los anuncios de la televisión y en las comedias.

Oates se incorporó.

—Ya veo su intención. El parecido es notable, pero no nos va a servir de nada en un encuentro cara a cara. La voz de Sutton está lejos de ser una imitación perfecta. Y cualquiera que esté en contacto diario con el Presidente notará el engaño.

—Sí, pero a una distancia de diez metros ni siquiera su esposa notaría la diferencia.

—¿Y eso para qué nos sirve? —preguntó Metcalf a Fawcett.

El Jefe de Personal de la Casa Blanca tomó la palabra.

—El Secretario de Prensa Thompson puede dar la noticia de que el Presidente

está de vacaciones en su rancho de Nuevo México, donde analizará la reacción del Congreso a su programa de ayuda al Este. El grupo de periodistas habituales de la Casa Blanca será mantenido lejos... situación que no tiene nada de particular cuando el Presidente no tiene ganas de contestar preguntas. Lo único que verán, desde cierta distancia, será al Presidente —en este caso al actor Sutton— entrando en el helicóptero que lo llevará a la Base de la Fuerza Aérea de Andrews para partir desde allí en el avión presidencial. Podrían seguirlo en un avión posterior, desde luego, pero les sería negada la entrada al rancho.

—¿Por qué no llevamos también a un Vicepresidente falso con Sutton? —sugirió Mercier.

—Los dos no pueden volar en el mismo avión —le recordó Lucas.

—De acuerdo, hagámoslo viajar en un avión que salga de noche —insistió Mercier.

—La prensa no le presta mucha atención a los movimientos de Margolin. Nadie notaría que se trata de un sustituto.

—Nadie se fija en él —agregó Oates, aludiendo a la indiferencia del público por los vicepresidentes.

—Puedo manejar todos los detalles desde la Casa Blanca —ofreció Fawcett.

—Dos menos —dijo Simmons—. Y ahora ¿qué hacemos con Larimer y Moran?

—Estamos en un año impar —agregó Mercier, iniciando la explicación de su plan—. El Congreso cierra todo el mes de agosto... Faltan dos días. Hemos tenido un poco de suerte. ¿Por qué no inventar una expedición de pesca o una excursión a algún balneario apartado?

Simmons meneó la cabeza.

—Tache lo de la pesca.

—¿Por qué?

Simmons le dirigió una sonrisa tensa.

—Porque se sabe muy bien en todo el Capitolio que Moran y Larimer se llevan tan bien como el perro y el gato.

—No importa. Una conferencia en un lugar de pesca para discutir sobre las relaciones exteriores suena lógico —dijo Oates—. Escribiré el memorándum para el Departamento de Estado.

—¿Qué le va a decir a su personal?

—Hoy es sábado. Tenemos dos días de tiempo para allanar las dificultades que tengamos con los micrófonos.

Simmons empezó a hacer anotaciones en un cuaderno.

—Cuatro menos. Todavía nos queda la tripulación del *Eagle*.

—Creo que puedo proporcionar una cobertura conveniente —ofreció Metcalf—. Hablaré con el comandante del servicio de guardacostas. Diremos a las familias de la

tripulación que el yate ha partido para un crucero no programado a fin de realizar una reunión sobre temas militares ultra secretos. No será necesario dar más detalles.

Oates echó un vistazo a la habitación y a sus compañeros.

—Si no hay más preguntas...

—¿A quién más vamos a permitir que participe de este fraude? —preguntó Fawcett.

—Una palabra poco afortunada, Dan —le dijo Oates—. Es mejor que lo llamemos «distracción».

—De más está decir —añadió Metcalf— que Emmett, del FBI, tendrá que ocuparse de la investigación en el interior del país. Y, por supuesto, Brogan, de la CÍA, deberá ser llamado para que investigue los aspectos internacionales de la conspiración.

—Ha tocado usted el punto clave, general —dijo Simmons.

—¿A qué se refiere?

—¿Y si el Presidente y los demás ya no están en el país?

La suposición de Simmons no obtuvo respuesta inmediata. Era una siniestra posibilidad que ninguno se había atrevido a considerar. Con el Presidente fuera del alcance de los recursos internos, la efectividad de su investigación quedaba reducida en un ochenta por ciento.

—También podrían estar muertos —sugirió Oates, intentando controlar el temblor de su voz—. Pero vamos a trabajar sobre la hipótesis de que están vivos y en algún lugar de los Estados Unidos.

—Lucas y yo informaremos a Emmett y Brogan —se ofreció Fawcett, voluntariamente.

Se oyó un golpe en la puerta. Entró un agente del Servicio Secreto, se acercó a Lucas y le habló en voz baja al oído. Las cejas de Lucas se arquearon y su cara palideció.

Cuando el agente se hubo retirado y cerrado la puerta, Oates miró a Lucas y le preguntó:

—¿Algo nuevo, Óscar?

—Ben Greenwald —respondió, sin ninguna expresión en su rostro—. Se ha matado, hace media hora. Un choque con un vehículo de limpieza de la ciudad.

Oates no perdió tiempo en palabras de condolencia.

—Con los poderes que temporalmente me han sido dados, te nombro nuevo Director del Servicio Secreto.

Lucas se encogió, visiblemente sobresaltado.

—No, por favor, no creo que pueda...

—No tiene sentido buscar otra solución —lo interrumpió Oates—. Te guste o no, Óscar, eres la única persona que puede desempeñar este trabajo.

—De cualquier manera, no me parece bien que me asciendan después de haber perdido a los hombres a quienes había jurado proteger —manifestó Lucas, afligido.

—La culpa es mía —dijo Fawcett—. Tu gente no había tenido tiempo para prepararse.

—No hay tiempo para lamentaciones —cortó Oates—. Cada uno tiene su propia misión que cumplir. Sugiero que empecemos a trabajar.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó Simmons.

Oates consultó su reloj.

—Dentro de cuatro horas. En el Salón de Situaciones de la Casa Blanca.

—Corremos un riesgo innecesario si salimos todos al mismo tiempo —comentó Fawcett.

—Hay un túnel subterráneo que va desde el sótano del edificio del Tesoro, por debajo de la calle, hasta la Casa Blanca —explicó Lucas—. Quizás algunos de ustedes puedan entrar sin ser vistos desde allí.

—Buena idea —dijo Metcalf—. Podemos llegar a la oficina del Tesoro con coches oficiales sin identificación, cruzar bajo la calle por el túnel y coger el ascensor hasta la Sala de Situaciones.

—Entonces ya está arreglado —dijo Oates, levantándose del sillón—. Si alguno de ustedes había tenido alguna vez la idea de dedicarse al teatro, aquí tiene la oportunidad. Y no necesito decirles que si la obra es un fracaso, podemos bajar todo el país junto con el telón.

Tras el frío de Alaska, la atmósfera caliente y húmeda de Carolina del Sur lo hizo sentirse como en una sauna. Pitt hizo una llamada telefónica y alquiló un coche en el aeropuerto de Charleston. Se dirigió hacia el sur, por la nacional 52, en dirección a la ciudad y se desvió por la carretera que conducía a la base naval. Una milla después dobló a la derecha, por la Spruill Avenue, y llegó a un antiguo edificio de ladrillo rojo, en el que un herrumbrado rótulo sobre el tejado anunciaba la Compañía Alhambra de Hierro y Calderas.

Aparcó el coche y caminó bajo una alta arcada de hierro con la fecha 1861 suspendida en un panel. La zona de recepción lo sorprendió. Los muebles eran ultramodernos, todos cromados. Se sintió como si entrara en una foto del *Architectural Digest*.

Una joven de aspecto muy dulce levantó la vista, frunció un poco los labios y sonriéndole le preguntó:

—¿En qué le puedo servir, señor?

Pitt clavó la mirada en esos ojos verdes, como el musgo, y se la imaginó como una ex reina que regresaba a su patria.

—Llamé desde el aeropuerto y concerté una cita con el señor Hunley. Mi nombre es Pitt.

El reconocimiento fue automático y la sonrisa no varió un milímetro.

—Sí; lo está esperando. Por aquí, por favor.

Lo hizo pasar a una oficina decorada totalmente en tonos ocres. Pitt sintió, de pronto, la abrumadora impresión de estar nadando en copos de avena. Un hombrecito rotundo y sonriente se levantó de detrás de una enorme mesa en forma de riñón y le tendió la mano.

—Señor Pitt. Soy Charlie Hunley.

—Señor Hunley —le dijo él estrechándole la mano—. Gracias por recibirme.

—No hay de qué. Su llamada telefónica despertó mi curiosidad. Usted es la primera persona, desde hace por lo menos cuarenta años, que pregunta por nuestra capacidad de producción de calderas.

—¿Han abandonado el negocio?

—Sí, por Dios. Lo dejamos en el verano del 51. El fin de una era, podría decirse. Mi tatarabuelo laminaba planchas blindadas para la flota de acorazados de la Confederación. Después de la Segunda Guerra Mundial, mi padre decidió que había llegado el momento de hacer un cambio. Reequipó la planta y empezó a fabricar muebles de metal. Tal cual salieron las cosas, fue una sabia decisión.

—Por casualidad, ¿conserva usted datos de la producción de aquella época?

—A diferencia de ustedes, los yanquis, que lo tiran todo —le respondió, con una

sonrisa socarrona—, nosotros, los sureños, lo guardamos todo, incluidas nuestras mujeres.

Pitt se rió cortésmente y no se molestó en preguntarle por qué lo llamaba yanqui si se había educado en California.

—Después de que usted llamó —prosiguió Hunley— me dediqué a investigar en nuestros archivos. Usted no me dio ninguna fecha; pero como nosotros sólo suministramos cuarenta calderas con tuberías de agua, de las características que me dio, para barcos Liberty, en quince minutos encontré las facturas con el número de serie en cuestión. Desgraciadamente, no puedo decirle nada nuevo.

—¿Fue entregada la caldera a la compañía que proveyó las máquinas o se envió directamente el astillero para su instalación?

Hunley tomó el amarillento papel de su escritorio y lo estudió un momento.

—Aquí dice que la entregamos a la Georgia Shipbuilding Corporation en Savannah, el 4 de junio de 1943 —recogió otro papel—. Aquí hay un informe de uno de nuestros hombres que inspeccionó las calderas después de instaladas en el barco y revisó los motores. Lo único que menciona digno de interés es el nombre del barco.

—Sí, ya lo sé. Era el *Pilottown*.

Una extraña expresión de perplejidad asomó a la cara de Hunley mientras volvía a leer el informe.

—Me parece que hemos estado hablando de dos barcos distintos.

Pitt lo miró.

—¿No podría tratarse de un error?

—No, a menos que usted se equivocara al anotar el número de serie.

—Lo hice con todo cuidado —le replicó Pitt con firmeza.

—Entonces no sé qué decirle —le dijo Hunley, pasándole el papel por encima de la mesa—. Pero, de acuerdo con el informe de la inspección, la caldera número 38874 fue a un barco Liberty llamado *San Marino*.

La congresista Loren Smith estaba esperando en el Aeropuerto Nacional de Washington la llegada de Pitt desde Charleston. Cuando le vio, le hizo una señal para atraer su atención y él le sonrió. El ademán fue innecesario. Era una mujer fácil de localizar.

Se puso de pie. Medía un poco más de un metro setenta. Su pelo, largo y de color canela, enmarcaba su cara, acentuando así sus prominentes pómulos y unos ojos de un violeta intenso. Llevaba un vestido de algodón que parecía una túnica, de cuello amplio y mangas largas enrolladas. Como detalle de distinción, una faja con dibujos chinescos.

Tenía un aire sofisticado. Sin embargo, debajo de ese aspecto se advertía una fuerte personalidad. Representante elegida por el Estado de Colorado, desempeñaba en esos momentos el segundo período de su mandato. Le encantaba su trabajo. Era su vida. Femenina y suave, podía ser como un tigre en el Congreso cuando se apasionaba por un asunto. Sus colegas la respetaban tanto por su astucia como por su belleza. Le gustaba la vida tranquila, y evitaba las fiestas y las cenas, a menos que fueran políticamente necesarias. Su única actividad social conocida era su intermitente relación sentimental con Pitt.

Loren se le acercó y lo besó ligeramente en la boca.

—Bienvenido al hogar, viajero.

Pitt la rodeó con el brazo y se fueron a buscar el equipaje.

—Gracias por venir a buscarme.

—Me llevé prestado uno de tus coches. Espero que no te importe.

—Depende —contestó él—. ¿Cuál?

—Mi preferido, el Talbot-Lago azul.

—¿El coupé con carrocería Saoutchik? Tienes gustos caros. Es un coche de 200.000 dólares.

—¡Dios mío, espero que no me lo hayan aplastado en el parking!

Pitt la miró, solemne.

—Si le ha pasado algo a mi coche, el estado soberano de Colorado tendrá que buscarse un nuevo representante en el Congreso.

Loren se colgó de su brazo y se rió.

—Te cuidas más de tus coches que de tus mujeres.

—Los coches ni regañan ni se quejan.

—Se me ocurren un montón de otras cosas que tampoco hacen —replicó ella, coqueta.

Se abrieron camino por la congestionada terminal y esperaron en la sala de los equipajes. Al fin empezó a zumbear la cinta transportadora y Pitt pudo retirar sus

maletas. Salieron a una mañana gris y pegajosa y se instalaron en el coche.

—¿Llamaste a Perlmutter? —le preguntó Pitt.

—Una hora antes de que llegaras —le respondió ella—. Estuvo muy amable, a pesar de que lo había despertado. Me dijo que revisaría su biblioteca por lo de los datos que le pediste.

—Si alguien sabe de barcos, ése es St. Julien Perlmutter.

—Por teléfono parecía todo un personaje.

—La palabra es exageradamente modesta. Espera a conocerlo.

Pitt se quedó mirando un momento el paisaje mientras Loren se dirigía al norte, por la George Washington Memorial Parkway, y doblaba luego por el puente Scott Key, en dirección a Georgetown.

Loren condujo el Talbot por la Calle N.

Se metió en un espacio vacío para estacionar y paró el motor. Cerraron el coche y caminaron entre dos casas cubiertas de hiedra hasta una antigua caballeriza, al fondo. Antes de que él pudiera levantar el picaporte de bronce en forma de ancla, un enorme monstruo de hombre abrió la puerta de golpe. Debía pesar, por lo menos, doscientos kilos. Le brillaban los ojos, de color azul, y la roja cara estaba casi oculta por una espesa selva de pelos y barba grises. Salvo por su pequeña nariz, en forma de tulipán, parecía un Papá Noel jubilado.

—Dirk —dijo con voz resonante—. ¿Dónde te habías escondido?

St. Julien Perlmutter iba vestido con un pijama de seda violeta, bajo una bata de algodón, con un vistoso estampado en rojo y dorado. Rodeó a Pitt con sus brazos enormes y lo levantó del umbral. Fue como el abrazo de un oso, sin la menor señal de costarle un esfuerzo. Loren abrió los ojos, pasmada. Nunca había conocido personalmente a Perlmutter y no estaba preparada.

—Me llegas a dar un beso y te doy una patada en la entrepierna —le dijo Pitt muy en serio.

Perlmutter lanzó una carcajada que le hizo temblar el estómago. Soltó los noventa kilos de Pitt.

—Entrad, por favor. Ya he preparado el desayuno. Debes de estar muerto de hambre después de tantos viajes.

Pitt le presentó a Loren. Perlmutter le besó en la mano con galantería versallesca y los hizo pasar a una enorme habitación, mezcla de salón, dormitorio y estudio. Estantes que soportaban el peso de miles de libros ocupaban todas las paredes, desde el suelo hasta el techo. Había libros sobre las mesas y las sillas. Hasta había libros encima de la enorme cama de agua.

Perlmutter poseía lo que, a juicio de todos los expertos, era la mejor colección de literatura histórica sobre barcos que se hubiera reunido alguna vez. Por lo menos veinte museos marítimos estaban intentando conseguirla para sus bibliotecas después

de que una vida con exceso de calorías mandara a Perlmutter al cementerio.

Condujo a Pitt y a Loren hasta una mesa hecha con la tapa de una escotilla y donde había un elegante servicio de plata y porcelana con el emblema de una compañía de transatlánticos francesa.

—Todo esto es encantador —dijo Loren, admirada.

—Del famoso transatlántico francés *Normandie* —le explicó Perlmutter—. Lo encontré en un almacén donde lo tenían guardado desde que el buque se incendió en el puerto de Nueva York.

Les sirvió un desayuno alemán: un *schnapps* para empezar, jamón de Westfalia y pan de centeno. Como guarnición, pastelitos de patata con un relleno de mantequilla y ciruelas.

—Es exquisito —dijo Loren—. Me encanta comer algo que no sea huevos y bacon, para variar.

—Soy un entusiasta de la cocina alemana. —Perlmutter se rió, palmeándose el prominente estómago—. Mucho más sustanciosa que los refinamientos franceses, que no son más que una manera exótica de cocinar basura.

—¿Encontraste alguna información sobre el *San Marino* y el *Pilottown*? —le preguntó Pitt, cambiando la conversación hacia el objeto que tenía en mente.

—Sí, claro que la encontré —Perlmutter levantó su mole de la mesa y pronto regresó con un enorme y polvoriento volumen sobre los barcos Liberty. Se caló las gafas para leer y lo abrió en una página señalada. —Aquí la tenemos. El *San Marino*, botado por la Georgia Shipbuilding Corporation, julio de 1943. Número de casco 2356, clasificado como carguero. Participó en convoyes en el Atlántico hasta el final de la guerra. Averiado por un torpedo del submarino U-573. Llegó a Liverpool por sus propias fuerzas y fue reparado. Vendido después de la guerra a la Bristol Steamship Company de Nueva York, con bandera panameña. Desaparecido con toda su tripulación en el Pacífico Norte, 1966.

—De modo que ése fue su fin.

—Tal vez. O tal vez no. Hay un añadido. Encontré un informe en otra fuente de referencias. Unos tres años después fue anotado en una lista de barcos desaparecidos. Un tal Rodney Dewhurst, delegado de la compañía aseguradora marítima de la oficina Lloyd en Singapur, vio un barco amarrado en el puerto que le resultó vagamente familiar. La forma del botalón, insólita para un carguero, sólo la había visto en los barcos del tipo Liberty. Se las ingenió para subir a bordo y tras algunas pesquisas sospechó algo. Desgraciadamente era un día festivo y le llevó varias horas llegar a las autoridades del puerto y convencerlas para que detuvieran el barco y lo sometieran a una investigación. Cuando llegaron al muelle, el barco se había ido y estaría ya en alta mar. Al comprobar los registros de la aduana, descubrieron que se trataba del *Belle Chasse*, que navegaba bajo pabellón coreano, perteneciente a la

Sosan Trading Company de Inchon, Corea. Su próximo destino era Seattle. Dewhurst envió un cable para alertar a la Policía Portuaria de Seattle, pero el *Belle Chasse* nunca llegó.

—¿Por qué sospechó Dewhurst del barco? —preguntó Pitt.

—Había inspeccionado el *San Marino* antes de suscribirle un seguro y estaba absolutamente convencido de que el *San Marino* y el *Belle Chasse* eran el mismo.

—Pero el *Belle Chasse* debió aparecer en otro puerto, ¿no? —le preguntó Loren.

Perlmutter negó con la cabeza.

—Desapareció de los registros hasta dos años después cuando, según los informes, fue desguazado en Pusán, Corea. —Hizo una pausa y los miró a través de la mesa—. ¿Os sirve esto de algo?

Pitt tomó otro sorbo de *schnapps*.

—Ese es el problema. No lo sé. —Pasó a describirle sucintamente el descubrimiento del *Pilottown*, pero omitió cualquier referencia a que llevaba un cargamento de gas tóxico. Describió el hallazgo que había hecho del número serie de la caldera y su investigación en Charleston.

—De modo que, al final, se le pudo seguir la huella al *Pilottown* —Perlmutter suspiró, en un gesto de añoranza—. Ya no navega por los mares.

—Pero su descubrimiento abrió una nueva caja de sorpresas —le dijo Pitt—. ¿Por qué llevaba una caldera que el fabricante registró como instalada en el *San Marino*? No tiene sentido. Ambos barcos fueron construidos, probablemente, en astilleros vecinos y botados casi al mismo tiempo. El inspector debe haberse confundido. Sencillamente debió de inscribir la caldera como colocada en el casco equivocado.

—Lamento estropear tus negros pensamientos —le dijo Perlmutter— pero podrías estar equivocado.

—¿No hay relación entre los dos barcos?

Perlmutter lo observó, por encima de sus anteojos, con una mirada de erudito.

—Sí, pero no la que tú crees —se volvió otra vez hacia el libro y empezó a leer en voz alta—. «El barco *Liberty Bart Pulver*, después llamado *Rosthena* y *Pilottown*, botado por la Astoria Iron and Steel Company, Portland, Oregon, en noviembre de 1942...»

—¿Fue construido en la Costa Oeste? —lo interrumpió Pitt sorprendido.

—A casi cuatro mil kilómetros de Savannah en línea recta —le contestó Perlmutter— y nueve meses antes que el *San Marino* —se volvió hacia Loren—. ¿Quieres una taza de café?

Loren se puso de pie.

—Vosotros seguid hablando. Yo lo prepararé.

—Es *expresso*.

—Sé manejar la máquina.

Perlmutter miró a Pitt y acompañó su comentario con un guiño de ojos.

—Buena chica.

Pitt asintió y continuó:

—No tiene lógica que un fabricante de calderas de Charleston cruzara el país hasta Oregon teniendo un astillero en Savannah, a sólo noventa kilómetros.

—Ninguna lógica —asintió Perlmutter.

—¿Qué más tienes sobre el *Pilottown*?

Perlmutter leyó:

—«Casco número 793, clasificado también como carguero. Vendido después de la guerra a la *Kassandra Phosphate Company Limited* de Atenas. Navegó bajo pabellón griego. Encallado con un cargamento de fosfatos frente a Jamaica, junio de 1954. Rebotado cuatro meses después. Vendido en 1962 a la *Sosan Trading Company*...»

—Inchon, Corea —completó Pitt—. Nuestra primera conexión.

Loren regresó con una bandeja con tazas y les sirvió el *expresso*.

—Realmente esto es un lujo —dijo Perlmutter, con galantería—. Jamás en la vida me había servido café un diputado del Congreso.

—Espero no haberlo hecho demasiado cargado —le contestó, probando la bebida y haciendo una mueca.

—Un poco de café cargado agudiza una mente confusa —la tranquilizó Perlmutter filosóficamente.

—Volviendo al *Pilottown* —prosiguió Pitt—, ¿qué le ocurrió después de 1962?

—No hay datos hasta 1979, cuando figura como hundido durante una tormenta en el Pacífico Norte con toda la tripulación. Después se convirtió en una especie de *cause célèbre* al reaparecer en numerosas ocasiones a lo largo de la costa de Alaska.

—Entonces desapareció en la misma zona marítima que el *San Marino* —agregó Pitt reflexivamente—. Otra posible conexión.

—Te estás aferrando a una burbuja de jabón —le dijo Loren—. No sé adonde te lleva todo esto.

—Estoy de acuerdo con ella —manifestó Perlmutter, asintiendo—. No hay nada concreto en todo esto.

—Creo que sí —le dijo Pitt, confiado—. Lo que comenzó como un vulgar fraude a una compañía de seguros, se ha convertido en una estafa de vastas proporciones.

—¿Por qué estás interesado en esto? —le preguntó Perlmutter mirándolo a los ojos.

Pitt tenía la mirada distante.

—No te lo puedo decir.

—¿Se trata de una investigación oficial secreta?

—Me ocupo de esto por curiosidad personal, pero está relacionado con un

proyecto de «máximo secreto».

Perlmutter lo miró bonachonamente.

—Muy bien, viejo. No más preguntas curiosas —se sirvió otro pastelito—. Si sospechas que el barco sepultado bajo el volcán es el *San Marino* y no el *Pilottown*, ¿adonde vas a ir desde aquí?

—A Inchon, Corea. Tal vez la Sosan Trading Company tenga la clave.

—No pierdas el tiempo. Seguramente esa compañía no es más que una cobertura, un nombre registrado en un certificado. Como ocurre con casi la mayoría de las compañías marítimas. Cualquier rastro sobre su posesión termina en un oscuro apartado de correos. Yo, de ti, abandonaría esta causa.

—Jamás serías un buen entrenador de fútbol —le dijo Pitt, riéndose—. Tu discurso en el vestuario, en el descanso, desalentaría a tu equipo.

—Sírreme otra copa de *schnapps*, por favor —le dijo refunfuñando, y Pitt, al ver que le tendía la copa, se la llenó—. Te diré qué haré. Dos de mis amigos con los que me carteo sobre investigaciones náuticas son coreanos. Les pediré información sobre la Sosan Trading para ti.

—Y sobre los astilleros de Pusán, por cualquier antecedente que tengan sobre el desguace del *Belle Chasse*.

—Muy bien, también les pediré eso.

—Te quedo agradecido por tu ayuda.

—No te doy ninguna garantía de éxito.

—No espero ninguna.

—¿Cuál será tu próxima jugada?

—Enviar la noticia a la prensa.

Loren levantó la mirada, perpleja.

—¿Enviar qué?

—Informes a la prensa —le respondió Pitt, como al pasar—, para anunciar el descubrimiento del *San Marino* y el *Pilottown* y describir los planes de la NUMA para inspeccionar los naufragios.

—¿Cuándo se te ocurrió semejante idiotez?

—Hace diez segundos.

Perlmutter lo miró como un psiquiatra que tuviera que atender un caso de perturbación mental incurable.

—No le veo el sentido.

—No hay nadie en este mundo inmune a la curiosidad —exclamó Pitt, con un destello tortuoso en sus verdes ojos—. Alguien vinculado con la compañía propietaria de esos barcos saldrá del anonimato para verificar la historia. Y cuando lo haga, lo agarraré del cuello.

Cuando Oates entró en la Sala de Situaciones de la Casa Blanca, los hombres sentados alrededor de la mesa de conferencias se pusieron de pie. Fue una señal de respeto al hombre que, a partir de ese momento, cargaba sobre sus hombros el incierto futuro de la Nación. La responsabilidad de tomar las decisiones importantes en los próximos días, y quizá durante más tiempo, sería exclusivamente suya. En esa sala había quienes desconfiaban de su fría altanería y de su cultivo de la imagen. Desde ahora deberían olvidar las diferencias personales y unirse a él.

Oates tomó asiento a un extremo de la mesa. Hizo una señal a los demás para que también se sentaran y se volvió hacia Sam Emmett, el ceñudo jefe del FBI, y hacia Martin Brogan, el cortés e intelectual director de la CÍA.

—¿Han sido ya informados, señores?

Emmett señaló con la cabeza a Fawcett, sentado en el otro extremo de la mesa.

—Dan nos ha relatado los hechos.

—¿Alguien tiene algo que decir?

Brogan meneó lentamente la cabeza.

—Por más que lo intente, no recuerdo haber oído ninguna indicación ni rumor de nuestras fuentes de inteligencia respecto a una operación de esta magnitud. Lo cual no significa que exista algo que hayamos interpretado mal.

—Estoy en la misma situación que Martin —dijo Emmett—. Para mí es absolutamente incomprensible que un secuestro presidencial ocurriera ante las narices del FBI sin que tuviéramos la más vaga pista.

La siguiente pregunta de Oates fue para Brogan:

—¿Tenemos algún informe del servicio de espionaje que nos lleve a sospechar de los rusos?

—El Presidente Antonov no considera a nuestro Presidente ni la mitad de peligroso de lo que fue Reagan para los soviéticos. Correría el riesgo de una confrontación masiva si al público norteamericano le llegara la noticia de que su gobierno está involucrado en la operación. Sería algo parecido a alborotar un avispero con un palo. No veo qué pueden ganar los rusos, si es que salen ganando algo con este secuestro.

—¿Cuál es tu primera opinión, Sam? —le preguntó Oates a Emmett—. ¿Podría haber sido realizada esta operación por grupos terroristas?

—Demasiado complicada. Esta operación ha requerido muchísimo dinero y planificación. El ingenio de la misma es increíble. Va más allá de la capacidad de cualquier organización terrorista.

—¿Alguien tiene alguna teoría? —preguntó Oates, dirigiéndose a toda la mesa.

—Pienso en por lo menos cuatro líderes árabes que tendrían motivos para

extorsionar a los Estados Unidos —respondió el general Metcalf—. Y el coronel Gaddafi encabeza la lista.

—Ciertamente, cuentan con recursos financieros —dijo el Secretario de Defensa, Simmons.

—Pero no podrían abordar la complicada organización —agregó Brogan.

Alan Mercier, el Consejero de Seguridad Nacional, movió una mano para hablar.

—Según mis cálculos, la conspiración tiene más bien su origen en el país que en el extranjero.

—¿En qué te basas? —preguntó Oates.

—Nuestro sistema de escucha en tierra y en el espacio controla todas las transmisiones telefónicas y de radio del mundo. Y no es un secreto para ninguno de los presentes que nuestra décima generación de computadoras puede descifrar cualquier código urdido por los rusos o nuestros aliados. Resulta lógico pensar, por lo tanto, que una intrincada operación de esta magnitud requeriría un flujo de mensajes internacionales destinados a iniciar la acción y un informe sobre el éxito posterior. —Mercier hizo una pausa para exponer su punto de vista—. Nuestros analistas no han interceptado ninguna comunicación extranjera que sugiera la menor conexión con la desaparición.

Simmons chupó ruidosamente su pipa.

—Creo que lo dicho por Alan aclara la cuestión.

—Perfectamente —dijo Oates—. Descartada, por ahora, la participación extranjera. ¿Qué tenemos, entonces, por el lado nacional?

Dan Fawcett, que había estado callado, tomó la palabra:

—Podrá resultar demasiado rebuscado, pero no podemos descartar una conspiración organizada para derrocar al gobierno.

Oates se reclinó en la silla y enderezó los hombros.

—Tal vez no sea una idea tan rebuscada como creemos. El Presidente actuó con dureza contra las instituciones y las multinacionales. Su programa de impuestos les recortó de manera importante los beneficios. Están inyectando dinero en los cofres de los partidos de la oposición para su campaña con tanta velocidad que los bancos no tienen tiempo de imprimir cheques.

—Yo le señalé los peligros de su idea de ayudar a los pobres aplicando impuestos a los ricos —dijo Fawcett—. Pero se negó a escucharme. Se enemistó con los hombres de negocios de la nación lo mismo que con los trabajadores de clase media. Al parecer, los políticos no pueden meterse en la cabeza que un gran número de familias norteamericanas, con una esposa que trabaja, representan el cincuenta por ciento en la recaudación de impuestos.

—El presidente tiene enemigos poderosos —concedió Mercier—. Sin embargo, me resulta inconcebible que se pueda secuestrar al Presidente y a los líderes del

Congreso sin que nos llegue ningún indicio.

—Estoy de acuerdo —dijo Emmett—. En esa operación ha de estar metida demasiada gente. Alguien pudo haber tenido miedo y echar a perder el plan.

—Me parece que lo mejor será parar todas esas especulaciones —manifestó Oates—. Volvamos atrás. El primer paso es iniciar una investigación masiva mientras mantenemos una fachada como si nada hubiera ocurrido. Utilicen cualquier excusa que les parezca plausible. Y, si es posible, no permitan que intervenga ninguno de los hombres clave de sus organizaciones.

—¿Qué les parece la idea de establecer un puesto de mando durante la investigación? —preguntó Emmett.

—Seguiremos reuniéndonos aquí cada ocho horas para evaluar los descubrimientos que efectuemos y coordinar los esfuerzos entre las respectivas investigaciones.

Simmons empujó su silla hacia adelante.

—Tengo un problema. Debo volar a El Cairo esta tarde para conferenciar con el ministro de Defensa egipcio.

—Vaya, no deje de hacerlo —le contestó Oates—. Mantenga la apariencia de normalidad. El general Metcalf puede cubrirlo en el Pentágono.

Emmett se movió en su asiento.

—Tengo que pronunciar una conferencia en la Facultad de Derecho de Princeton mañana por la mañana.

—Diga que está resfriado y no puede hacerlo. —Se volvió hacia Lucas—. Óscar, si me perdonas, tú eres el más disponible. Sustituye a Sam. Seguramente nadie sospecharía que han secuestrado al Presidente si el nuevo Director del Servicio Secreto se entretiene pronunciando conferencias.

—Iré.

—Bien. —Oates miró en torno de la mesa—. Que todos organicen sus planes y estén aquí a las dos. Quizá para entonces sepamos algo.

—Envié un equipo de laboratorio de primera al yate —dijo Emmett—. Con un poco de suerte tal vez vuelvan con alguna pista sólida.

—Recemos porque sea así. —Oates encogió los hombros y pareció clavar la vista en la mesa—. ¡Dios mío! —susurró, en voz baja—. ¿Es ésta la manera de dirigir un gobierno?

Blackowl estaba en el muelle, observando cómo un equipo del FBI subía a bordo del *Eagle* como un enjambre. Cada nombre era un especialista en un campo particular de la detección científica. Empezaron la labor de realizar un escrutinio del barco desde la sentina hasta el mástil sin apenas cruzar palabra.

Un incesante desfile de esos hombres cruzó el muelle hasta los camiones de mudanza estacionados a lo largo de la costa, llevando muebles, alfombras y todo cuanto no estuviera clavado a la cubierta y gran cantidad de lo que lo estaba. Cada artículo era cuidadosamente envuelto en fundas de plástico e inventariado.

Llegaron más agentes, ampliando la investigación a un kilómetro en torno de la mansión del Presidente, examinando cada centímetro del terreno, los árboles y los arbustos. En el agua alrededor del yate, los buzos registraron el lecho fangoso.

El agente que dirigía la operación vio a Blackowl estirando el cuello para curiosear junto a la rampa de carga y se le acercó.

—¿Tiene permiso para estar en este área? —le preguntó.

Blackowl le mostró su identificación, sin contestarle.

—¿Qué es lo que trae a Mount Vernon al Servicio Secreto en un fin de semana?

—Cumplir con una misión —le respondió Blackowl, a modo de conversación—.

¿Y qué hace el FBI?

—Lo mismo. El Director habrá pensado que nos estábamos aburriendo y organizó un ejercicio de absoluta prioridad.

—¿Buscan algo en especial? —le preguntó, fingiendo un interés indiferente.

—Cualquier cosa que podamos determinar sobre los últimos que estuvieron a bordo... huellas digitales, de dónde venían... ya sabe.

Antes de que Blackowl pudiera contestarle, Ed McGrath subió al muelle desde el sendero de grava. Le brillaba la frente de sudor y tenía la cara sofocada. Blackowl sospechó que había llegado corriendo.

—Perdóname, George —le dijo, jadeando, entre una aspiración de aire y otra—. ¿Tienes un minuto?

—Por supuesto —le contestó Blackowl, haciéndole un ademán al agente del FBI—. Encantado de conocerle.

—Lo mismo digo.

Apenas estuvieron fuera del alcance del oído del otro, Blackowl preguntó, en voz baja:

—¿Qué pasa por ahí abajo, Ed?

—Los muchachos del FBI encontraron algo que deberías ver.

—¿Dónde?

—A unos ciento cincuenta metros río arriba, oculto entre los árboles. Te lo

mostraré.

McGrath lo condujo por un sendero al borde del río. Cuando dobló hacia los edificios de servicio de la mansión, cruzaron en línea recta un césped bien cuidado. Después pasaron por una valla a una maleza descuidada, al otro lado. Abriéndose camino entre la espesura, se encontraron de pronto con dos investigadores del FBI que estaban acurrucados estudiando dos grandes tanques conectados con lo que parecían ser generadores de electricidad.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó Blackowl, sin saludarlos.

Uno de los hombres levantó la vista.

—Aparatos que producen niebla.

Blackowl le clavó la mirada, perplejo. Después se le abrieron desmesuradamente los ojos.

—¡Generadores de niebla! —exclamó—. ¡Máquinas que fabrican niebla!

—Sí, así es. Generadores de niebla. La Armada los usó en sus destructores durante la Segunda Guerra Mundial para fabricar pantallas de humo.

—¡Por Dios! —jadeó Blackowl—. ¡Así fue como lo hicieron!

En los fines de semana, el Washington oficial se convierte en una ciudad fantasma. La maquinaria del gobierno para a las cinco de la tarde de los viernes y permanece en hibernación hasta el lunes por la mañana, cuando recobra vida con la obstinación de un motor frío. Una vez que se van los equipos de limpieza, los enormes edificios están tan muertos como mausoleos. Y, lo que es más sorprendente, se cierran los sistemas telefónicos.

Sólo los turistas recorren la ciudad, por el Malí, lanzando *frisbees* y hormigueando en torno del Capitolio, subiendo sus interminables escaleras y contemplando con la boca abierta lo que hay debajo de la cúpula.

Algunos estaban curioseando a través de la verja de hierro que rodea la Casa Blanca, a eso del mediodía, cuando el Presidente salió, cruzó rápidamente el césped y saludó cortésmente al entrar en el helicóptero. Muy pocos de la *élite* de la prensa se hallaban presentes. La mayoría estaban en su casa viendo un partido de béisbol por televisión o vagabundeando por un campo de golf.

Fawcett y Lucas estaban en el Pórtico sur, mirando hasta que el torpe aparato se elevó sobre la Calle E y se convirtió en una pequeña mancha al alejarse en dirección a la Base de la Fuerza Aérea de Andrews.

—Fue un trabajo rápido —dijo Fawcett, tranquilamente—. Hiciste el cambio en menos de cinco horas.

—Mi oficina de Los Angeles localizó a Sutton y lo puso en la cabina de un caza F-20 de la Armada cuarenta minutos después de haber sido advertidos.

—¿Qué pasa con Margolin?

—Uno de mis agentes es una copia más que razonable. Estará a bordo de un jet en viaje a Nuevo México, tan pronto como oscurezca.

—¿Se puede confiar en que tu gente no descubra toda esta ficción ?

Lucas le arrojó una mirada penetrante.

—Están entrenados para callar. Si se produce una filtración será por el lado del personal de la presidencia.

Fawcett sonrió débilmente. Sabía que pisaba arenas movedizas. La libertad de que gozaba el personal de la Casa Blanca era campo abonado para las investigaciones de los periodistas.

—No pueden contar lo que no saben. Sólo ahora deben estar advirtiéndolo que el hombre que está con ellos en el helicóptero no es el Presidente.

—Estarán bien custodiados en el rancho —le respondió Lucas—. Cuando lleguen, no podrán salir de la propiedad. Me he ocupado de que se intervengan todas las comunicaciones.

—Si un corresponsal se da cuenta del juego, Watergate parecerá un juego de

niños.

—¿Cómo lo han tomado sus esposas?

—Cooperan en un ciento por ciento —le contestó Fawcett—. La primera dama y la señora Margolin se han ofrecido a permanecer encerradas en sus dormitorios, alegando tener gripe.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Lucas—. ¿Qué más podemos hacer?

—Esperar —le contestó, con una voz inexpresiva—. Aguantaremos hasta que encontremos al Presidente.

—Me parece que estás sobrecargando los circuitos —dijo Don Miller, el segundo de Emmett en el FBI, quien no levantó la vista ante esa observación negativa de Miller.

Minutos después de haber regresado al cuartel general del FBI, en la esquina de la Pennsylvania Avenue y la Calle 10, Emmett decretó una alarma general, a lo que siguió una orden de emergencia, de Máxima Prioridad, para entrar en acción, dirigida a todas las oficinas de los cincuenta estados y a todos los agentes de ultramar. Después ordenó que se consiguieran los antecedentes y descripciones de cuanto criminal o terrorista se especializara en secuestros.

La cobertura que utilizó para los seis mil agentes del FBI fue que el Servicio Secreto tenía una pista respecto a un intento de secuestro del que iban a ser víctimas el Secretario de Estado Oates y otros funcionarios de identidad desconocida, en los altos niveles del gobierno.

—Ha de ser una conspiración importante —dijo Emmett, al final, con una voz vaga—. No podemos correr el albur de que el Servicio Secreto se haya equivocado.

—Se ha equivocado otras veces —le dijo Miller.

—Pero no esta vez.

Miller lo miró con curiosidad.

—Nos has dado muy poca información para trabajar. ¿Por qué tanto secreto?

Emmett no le contestó, por lo que Miller abandonó el tema. Le pasó tres carpetas por encima de la mesa.

—Aquí tienes los últimos datos sobre las operaciones de secuestro de la OLP, las actividades sobre rehenes de la Brigada Zapata Mexicana y una que me tiene perplejo.

Emmett lo miró con frialdad.

—¿Puedes ser más explícito?

—Dudo que haya una conexión. Pero, dado su extraño comportamiento...

—¿De quién estás hablando? —le preguntó Emmett, recogiendo la carpeta y abriéndola.

—De un representante soviético en las Naciones Unidas, llamado Aleksei Lugovoy...

—Un importante psicólogo —observó Emmett, leyendo.

—Sí; él y varios miembros de su equipo en la Asamblea Mundial de la Salud han desaparecido.

Emmett levantó la vista.

—¿Los hemos perdido de vista?

Miller asintió con la cabeza.

—Nuestros agentes de vigilancia en las Naciones Unidas informaron que los rusos abandonaron el edificio el viernes por la noche...

—Pero si estamos a sábado por la mañana —lo interrumpió Emmett—. Estás hablando de algo que ocurrió hace pocas horas. ¿Qué tiene eso de sospechoso?

—Pues que recorrieron una gran distancia para eludir a nuestros agentes encargados de su seguimiento. En la oficina de Nueva York han comprobado que ninguno de los rusos volvió a su domicilio u hotel. Desaparecieron de la vista, todos a la vez.

—¿Hay algo sobre Lugovoy?

—Todas las indicaciones lo señalan como un hombre honesto. Parece mantenerse alejado de los agentes de la KGB en la legación soviética.

—¿Y su personal?

—Tampoco a ninguno de ellos se le conocen implicaciones en actividades de espionaje.

Emmett se quedó pensativo unos momentos. Por lo general, hubiera puesto a un lado el informe o, como máximo, ordenado una investigación de rutina. Pero ahora tenía una duda que lo carcomía. La desaparición del Presidente y de Lugovoy la misma noche podría no ser una mera coincidencia.

—Me gustaría saber tu opinión, Don —le dijo, al final.

—Esta vez es difícil encontrar una explicación. Tal vez todos ellos aparezcan el lunes en las Naciones Unidas como si no hubiera ocurrido nada. Por otra parte, me permito sugerir que esa imagen tan abrumadoramente limpia de Lugovoy y su equipo quizá sea una pantalla.

—¿Con qué propósito?

Miller se encogió de hombros.

—No tengo una sola pista.

Emmett cerró la carpeta.

—Que los agentes de Nueva York sigan ocupándose de esto. Quiero información al día, en cualquier lugar donde sea posible conseguirla.

—Cuanto más pienso en esto —dijo Miller— más me intriga.

—¿Por qué?

—¿Qué secretos vitales puede querer robar un grupo de psicólogos soviéticos?

Los grandes magnates de las compañías marítimas viajan por las brillantes aguas de la *jet set* internacional con absoluta arrogancia. Desde exóticos yates hasta aviones particulares, de magníficas residencias a resplandecientes *suites* de hoteles, vagan por el mundo en una incesante persecución de poder y riquezas.

Min Koryo Bougainville no aspiraba para nada a vivir una vida de bohemia y sin responsabilidades. Pasaba las horas de vigilia en su oficina y las noches en sus pequeñas pero elegantes dependencias en el piso de arriba. Frugal en casi todo, su única debilidad era su afición por las antigüedades chinas.

A los doce años, su padre la había vendido a un francés que dirigía una pequeña compañía marítima propietaria de tres cargueros que hacían la línea entre Pusán y Hong Kong. La compañía prosperó y Min Koryo le dio tres hijos a Rene Bougainville. Llegó la guerra y los japoneses invadieron China y Corea. Rene murió en un bombardeo y los tres hijos se perdieron en algún lugar del Pacífico Sur, después de haber sido obligados a entrar en el Ejército Imperial de Japón. Sobrevivieron Min Koryo y un nieto, Lee Tong.

Tras la rendición del Japón, Min Koryo reflató y reparó uno de los barcos de su marido, hundido en el puerto de Pusán. Poco a poco construyó la flota Bougainville, comprando viejos cargueros sin pagar nunca más del valor del desguace. Los beneficios fueron pocos, entre tanto, pero ella se mantuvo firme hasta que Lee Tong terminó sus estudios, obtuvo un Master en la Escuela Comercial Wharton de la Universidad de Pennsylvania y pudo dedicarse a la administración de la compañía. Entonces, como por arte de magia, la Compañía Marítima Bougainville se convirtió en una de las más grandes del mundo. Cuando la flota totalizó ciento treinta y ocho cargueros y buques cisterna, Lee Tong trasladó las oficinas principales a Nueva York. Siguiendo un ritual que se remontaba a treinta años atrás, Lee Tong se sentaba todas las noches a la cabecera de la cama de Min Koryo para tratar los asuntos corrientes de su vasto imperio financiero.

Lee Tong tenía el engañoso aspecto de un alegre campesino oriental. Su rostro redondo y tostado se partía en dos con una perenne sonrisa que parecía tallada en marfil. Si el Departamento de Justicia y la mitad de las agencias federales encargadas de hacer cumplir la ley hubieran querido resolver de una vez un montón de antiguos delitos marítimos, lo habrían ahorcado en el farol más cercano. Pero, por curioso que pudiera parecer, ninguna tenía el más mínimo expediente en su contra. Él se refugiaba a la sombra de su abuela. Ni siquiera figuraba como director o empleado de la Compañía Bougainville. Con todo, era él, el miembro anónimo de la familia, quien manejaba el departamento de asuntos turbios y construyó los cimientos de la compañía.

Demasiado sistemático para confiar en manos alquiladas, prefería dirigir las operaciones ilícitas, sumamente provechosas, desde primera línea. Sus actos, a menudo, hacían correr sangre. Le importaba muy poco un asesinato con tal de lograr un beneficio. Se sentía igualmente cómodo tanto en un almuerzo de negocios en el Club «21» como degollando en la zona portuaria.

Se sentó a una respetuosa distancia de la cabecera de la cama donde estaba Min Koryo, con una larga boquilla de plata entre sus dientes irregulares. A ella le disgustaba ese hábito de fumar, pero él persistía, no tanto por placer como para demostrar así, aunque fuera a pequeña escala, su independencia.

—Mañana el FBI sabrá cómo desapareció el Presidente —dijo Min Koryo.

—Lo dudo —respondió Lee Tong, confiado—. El equipo de análisis químicos es bueno, pero no tanto. Yo diría que tardarán unos tres días. Y una semana más para encontrar el barco.

—¿El tiempo suficiente como para que borremos las huellas que conducen a nosotros?

—El tiempo suficiente, *aunumi* —le respondió, llamándola con la palabra coreana que significaba madre—. Puedes estar tranquila. Todas las huellas conducen a la tumba.

Min Koryo asintió. La alusión era clara como el cristal. Los siete hombres que habían ayudado a Lee Tong en el secuestro habían sido asesinados por sus propias manos.

—¿Aún no hay ninguna noticia de Washington? —le preguntó ella.

—Ni una palabra. La Casa Blanca está actuando como si no hubiera ocurrido nada. En realidad, están utilizando un doble del Presidente.

Min Koryo lo miró.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por el noticiario de las seis. Las cámaras de televisión mostraban al Presidente subiendo al avión presidencial para dirigirse a su rancho de Nuevo México.

—¿Y los demás?

—También parecen tener dobles.

Min Koryo sorbió un trago de té.

—Parece raro que debamos depender del Secretario de Estado Oates y del gabinete del Presidente para construir una ficción que nos dé tiempo hasta que Lugovoy esté listo.

—Es la única posibilidad que tienen. No se atreverán a hacer ningún anuncio hasta saber qué le ha ocurrido al Presidente.

Min Koryo miró las hojas de té en el fondo de su taza.

—Con todo, creo que hemos arriesgado demasiado.

Lee Tong asintió, comprendiendo sus pensamientos.

—Ya lo sé, *aunumi*. Pero los miembros del Congreso quedaron atrapados en la misma red.

—Pero no Margolin. Fue idea tuya llevarlo engañado al yate.

—Cierto; pero Aleksei Lugovoy dijo que sus experimentos tienen éxito once de cada quince veces. Por tanto, hay posibilidad de fallo. Si fracasa con el Presidente, tiene otro conejillo de Indias para conseguir el resultado requerido.

—Querrás decir *tres* conejillos de Indias.

—Si incluyes a Larimer y Moran en la línea de sucesión, sí.

—¿Y si Lugovoy triunfa en todos los casos?

—Tanto mejor. Nuestra influencia sería mayor que la que esperamos. Pero a veces me pregunto, *aunumi*, si el beneficio económico que obtendremos justifica el riesgo de ir a la cárcel y perder nuestros negocios.

—No olvides, hijo mío, que los norteamericanos mataron a mi marido, a tu padre, y a sus dos hermanos durante la guerra.

—La venganza es mala consejera.

—Mayor razón para proteger nuestros intereses y precavernos contra el doble juego de los rusos. El Presidente Antonov hará cualquier cosa que esté en sus manos para no pagar nuestros honorarios.

—Si son tan estúpidos como para traicionarnos en esta etapa crucial, echarán a perder todo el proyecto.

—No lo piensan así —le dijo Min Koryo, seriamente—. La mente comunista está habituada a la desconfianza. Están obligados a tomar el camino tortuoso. Y ése es su talón de Aquiles.

—¿En qué estás pensando?

—Seguiremos representando para ellos el papel de socios honestos, pero ingenuos. —Se calló y se quedó pensando.

—¿Y cuando Lugovoy haya acabado su trabajo? —la urgió Lee Tong.

La mujer levantó la vista y una sonrisa taimada asomó a su envejecida cara. Sus ojos brillaron de astucia.

—Entonces tiraremos de la alfombra sobre la que caminan.

Los hombres de la Bougainville despojaron a los rusos de sus documentos de identificación y de sus relojes cuando sacaron el ferry de Staten Island, en mitad del canal. Les vendaron los ojos y les pusieron unos auriculares que transmitían suave música de cámara. Minutos después fueron transportados por aire, desde las oscuras aguas del puerto, en un hidroavión.

El vuelo fue largo y cansado y culminó en un lugar que, dado el suave aterrizaje, Lugovoy pensó que debía ser un lago. Después de un viaje de minutos en coche, los desorientados rusos pasaron por una pasarela de metal a un ascensor. Sólo cuando salieron de él y cruzaron un corredor alfombrado hasta sus dormitorios, les quitaron las vendas y los auriculares.

Lugovoy se quedó profundamente impresionado por el equipamiento que le había proporcionado Bougainville. Los equipos electrónicos y de laboratorio superaban en mucho a los que había visto en la Unión Soviética. Todos los instrumentos que habían pedido, varios centenares en total, estaban perfectamente instalados. Y tampoco habían pasado por alto las comodidades para los miembros de su personal. Les habían asignado dormitorios individuales con baños privados y, al final del corredor central, había un elegante comedor servido por un excelente *chef* coreano y dos camareros.

El mobiliario, incluyendo congeladores y hornos, artículos de oficina y la sala de control de datos, armonizaba con gusto en el color. Las paredes y las alfombras eran de tonos fríos azules y verdes. El diseño y la ejecución de cada detalle era tan exótico como complejo.

Y sin embargo, las habitaciones servían, además, de prisión de lujo. Al personal de Lugovoy no se le permitía entrar ni salir. Las puertas de los ascensores estaban cerradas todo el tiempo y no había controles exteriores. Hizo un recorrido habitación por habitación, pero no descubrió ninguna ventana ni ninguna abertura visible que diera al exterior. Ningún ruido se filtraba desde fuera.

La investigación fue interrumpida por la llegada de sus pacientes. Se hallaban en un estado semiconsciente por los efectos de los sedantes e ignoraban por completo todo cuanto les rodeaba. Los cuatro habían sido preparados y estaban dentro de unos cubículos separados que recibían el nombre de capullos. Las partes interiores estaban acolchadas, sin costuras, con cantos redondos, que no ofrecían ningún punto en el que fijar la vista. La pálida iluminación provenía del reflejo de una luz indirecta, dándole al capullo un tono gris y monocromático. Las paredes, especialmente construidas, servían de escudo a cualquier ruido o corriente eléctrica que pudiera interferir o intensificar la actividad cerebral.

Lugovoy se sentó ante un tablero de mandos con dos de sus ayudantes y estudió la hilera de monitores de video en color que permitían ver a las personas que estaban

en los capullos. Tres de ellos se hallaban en estado de trance, como en un limbo. Sin embargo, uno había alcanzado casi el nivel de consciencia, vulnerable a la sugestión y mentalmente desorientado. Se le habían inyectado drogas que le entumecían los músculos, paralizando de esa manera cualquier movimiento corporal. Tenía la cabeza cubierta con un casco de plástico.

Con todo, a Lugovoy le resultaba difícil ejercer el poder que tenía. Temblaba por dentro, consciente de que se hallaba embarcado en uno de los más grandes experimentos del siglo. Lo que hiciera en los días siguientes afectaría al mundo de un modo tan radical como el desarrollo de la energía atómica.

—¿Doctor Lugovoy?

La concentración de Lugovoy fue interrumpida por esa voz extraña. Se volvió, sorprendido, y vio a un hombre robusto, de rústicos rasgos eslavos y desaliñado pelo negro, que parecía salir de la pared.

—¿Quién es usted? —exclamó.

El extraño habló con voz muy suave, como si no quisiera que lo oyeran:

—Suvorov. Paul Suvorov, del servicio de seguridad extranjero.

—¡Dios mío! ¿Usted es de la KGB? ¿Cómo ha llegado aquí?

—Pura suerte —le susurró, sarcásticamente—. Usted quedó asignado a mi sección de seguridad para que lo observáramos desde el día que puso el pie en Nueva York. Después de sus sospechosas visitas a las oficinas de la compañía marítima Bougainville, yo me ocupé personalmente de vigilarlo. Estaba en el ferry cuando se pusieron en contacto con usted los hombres que lo trajeron aquí. A causa de la oscuridad no tuve ninguna dificultad en mezclarme con su equipo y hacerme incluir en el viaje a cualquiera que sea el lugar donde estamos. Desde que llegamos me he quedado en mi cuarto.

—¿Tiene alguna idea de dónde ha metido la nariz? —le preguntó Lugovoy, rojo de rabia.

—Todavía no —le respondió Suvorov, imperturbable—. Pero mi trabajo es averiguarlo.

—Esta operación tiene su origen en el más alto nivel. La KGB no tiene la menor incumbencia.

—Eso lo decidiré yo...

—Usted será muy pronto una basura en el hielo de Siberia —interrumpió Lugovoy. Las palabras le salieron sibilantes— si interfiere en mi trabajo.

A Suvorov pareció divertirle el tono irritado de Lugovoy. Empezó a sospechar que, quizás, estaba trasgrediendo los límites de su autoridad.

—Tal vez podría serle útil.

—¿Cómo?

—Quizá necesite mis habilidades especiales.

—No quiero para nada los servicios de un asesino.

—Yo estaba pensando, más bien, en algún medio para escapar.

—No hay razón alguna para que escape.

Suvorov se estaba impacientando.

—Debe entender mi posición.

Ahora era Lugovoy quien controlaba la situación.

—Tengo problemas más importantes en qué ocuparme que su interferencia burocrática.

—¿Cómo puede ser? —Suvorov hizo un ademán que abarcaba toda la habitación

—. ¿Qué es lo que está pasando aquí?

Lugovoy lo miró largo rato antes de ceder a su vanidad.

—Un proyecto para intervenir en la mente.

Suvorov arqueó las cejas.

—¿Intervención en la mente?

—Control del cerebro, si prefiere.

Suvorov observó el monitor del video y asintió ante la imagen.

—¿Ésa es la razón del pequeño casco?

—¿En la cabeza del paciente?

—Sí.

—Un módulo, un circuito microelectrónico integrado por ciento diez sondas que miden las funciones internas del cuerpo, desde el pulso común hasta la secreción hormonal. Además, intercepta los datos que fluyen por el cerebro del individuo y los transmite a los ordenadores. El lenguaje del cerebro, por así decirlo, es traducido luego a un lenguaje comprensible.

—No veo terminales de electrodos.

—Eso ya no se usa. Todo lo que deseamos registrar puede telemetrizarse a través de la atmósfera. Ya no necesitamos tantos cables y terminales.

—¿Así que usted puede entender lo que el sujeto está pensando? —pregunto Suvorov, incrédulo.

Lugovoy asintió.

—El cerebro habla con un lenguaje propio y lo que dice revela los pensamientos interiores de su propietario. Noche y día el cerebro habla incesantemente, proporcionándonos una vivida imagen de la mente pensante, de cómo y por qué piensa un hombre. Las impresiones son subliminales, tan veloces que sólo un ordenador diseñado para operar en mínimas fracciones de segundo puede memorizarlas y descifrarlas.

—No tenía la menor idea de que la ciencia del cerebro hubiera evolucionado tanto.

—Una vez hemos trazado un mapa de sus ritmos cerebrales, podemos pronosticar

sus intenciones y sus movimientos físicos. Podemos decir cuándo está por decir o hacer algo erróneo. Y, lo más importante, podemos intervenir a tiempo para detenerlo. En un abrir y cerrar de ojos el ordenador es capaz de borrar su intento erróneo y volver a coordinar sus pensamientos.

Suvorov estaba atónito.

—Un religioso capitalista lo acusaría de violar el alma humana.

—Como usted, soy un miembro leal del Partido Comunista, camarada Suvorov. No creo en la salvación de las almas. Sin embargo, en este caso, no nos interesa una conversión drástica. No habrá interrupción alguna de sus procesos fundamentales en su modo de pensar. No se producirá ningún cambio en los esquemas de su forma de hablar ni en sus características personales.

—Una forma controlada de lavado de cerebro.

—Esto no es un vulgar lavado de cerebro —replicó Lugovoy, indignado—. Nuestro complejo sistema va más allá de todo cuanto han inventado los chinos. Ellos aún siguen creyendo en destruir la personalidad del individuo a fin de reeducarlo. Sus experimentos con drogas e hipnosis han tenido poco éxito. La hipnosis es demasiado vaga, demasiado resbaladiza para tener un valor duradero. Y las drogas han demostrado ser un peligro al producir, accidentalmente, un súbito cambio en la personalidad y la conducta. Cuando termine con este individuo que está aquí, volverá a la realidad y retornará a su personal estilo de vida como si nunca hubiera salido de él. Lo único que intento hacer es modificar sus ideas políticas.

—¿Quién es?

—¿No lo sabe? ¿No le conoce?

Suvorov estudió la imagen en el video. Poco a poco sus ojos se fueron abriendo y dio dos pasos en dirección a la pantalla, con la cara tensa. Su voz se convirtió en un susurro de incredulidad.

—¿El Presidente? ¿Es el Presidente de los Estados Unidos?

—En carne y hueso.

—¿Cómo... dónde...?

—Un regalo de nuestros anfitriones —le explicó, sin más precisiones, Lugovoy.

—¿No sufrirá efectos secundarios?

—Ninguno.

—¿Recordará algo de todo esto?

—Sólo recordará haber ido a la cama, cuando se despierte dentro de diez días.

—¿Realmente... realmente puede usted hacer esto? —Suvorov seguía preguntando, con la insistencia propia de un hombre del Servicio Secreto.

—Sí —le respondió Lugovoy, con un brillo de confianza en los ojos—. Y mucho más.

Un frenético aleteo rompió la calma de las primeras horas de la mañana, al levantar el vuelo dos faisanes. El Presidente soviético Georgi Antonov se afirmó la escopeta Purdey al hombro y apretó los dos gatillos en rápida sucesión. Los dos estallidos resonaron como un eco en el bosque envuelto en la niebla. Una de las aves dejó súbitamente de volar y cayó al suelo.

Vladimir Polevoi, jefe del Comité para la Seguridad del Estado, esperó un instante hasta asegurarse de que Antonov había errado el segundo faisán antes de derribarlo él de un tiro.

Antonov clavó la mirada en el director de la KGB.

—¿Otra vez intentando superar a tu jefe, Vladimir?

Polevoi se dio cuenta perfectamente de que la ira de Antonov era fingida.

—Su tiro fue difícil, camarada Presidente. El mío mucho más fácil.

—Tendrías que haberte alistado en el Ministerio de Asuntos Exteriores en lugar de la Policía Secreta —le respondió riéndose—. Tu diplomacia es tan grande como la de Gromyko. —Hizo una pausa y miró en torno del bosque—. ¿Dónde está nuestro anfitrión francés?

—El Presidente L'Estrange está a setenta metros, a su izquierda. —La frase de Polevoi fue ratificada por una ráfaga en la maleza, en algún lugar fuera del alcance de la vista.

—Bien —gruñó Antonov—. Podemos disponer de unos minutos de conversación. —Le pasó la Purdey a Polevoi, que reemplazó los cartuchos vacíos y le puso el seguro.

Se acercó a Antonov y le habló en voz baja:

—Debemos hablar con cautela. El servicio de inteligencia francés debe de tener aparatos de escucha en todas partes.

—Los secretos no duran mucho hoy en día —le respondió, suspirando.

Polevoi mostró una sonrisa de comprensión.

—Sí, nuestros agentes registraron la entrevista de anoche de L'Estrange con su Ministro de Finanzas.

—¿Descubrieron algo que yo deba saber?

—Nada importante. La mayor parte de la conversación se centró en convencerlo a usted para que acepte el programa de ayuda financiera del Presidente norteamericano.

—Si son tan estúpidos como para creer que no me voy a aprovechar de la candorosa generosidad del Presidente, también son lo bastante estúpidos para creer que he aceptado viajar hasta aquí para tratar este asunto.

—Quédese tranquilo. Los franceses ignoran por completo la verdadera razón de su visita.

—¿Alguna noticia de Nueva York?

—Sólo que Huckleberry Finn ha superado nuestras previsiones—. La lengua rusa de Polevoi pronunció Huckleberry como Gukleberry.

—¿Y todo marcha bien?

—El viaje marcha.

—De modo que la vieja zorra cumplió con lo que nosotros consideramos imposible.

—El misterio es cómo se las ingenió.

Antonov lo miró fijamente.

—¿No lo sabemos?

—No, señor. Se negó a contárnoslo. Su hijo ocultó los detalles de la operación como si fueran las murallas del Kremlin... Hasta ahora no hemos podido vulnerar su seguridad.

—La puta china —dijo Antonov, sarcásticamente—. ¿Con quién cree que está tratando? ¿Con escolares de cabecita hueca?

—Creo que sus antepasados son coreanos —dijo Polevoi.

—No tiene importancia. —Antonov se detuvo y se sentó pesadamente en un tronco caído—. ¿Dónde tiene lugar el experimento?

Polevoi sacudió la cabeza.

—Tampoco lo sabemos.

—¿No ha tenido ninguna comunicación con el camarada Lugovoy?

—El y su equipo salieron de Manhattan, en el ferry de Staten Island, el viernes pasado. Nunca llegaron a tierra. Perdimos todo contacto.

—Quiero saber dónde están —dijo tranquilamente Antonov—. Quiero saber el lugar exacto del experimento.

—Tengo a nuestros mejores agentes trabajando en eso.

—No podemos permitirle a esa mujer que nos tenga andando a tientas en la oscuridad, sobre todo cuando están en juego mil millones de dólares de nuestras reservas de oro.

Polevoi le dirigió al Presidente del Partido Comunista una mirada taimada.

—¿Piensa pagarle sus honorarios?

—¿Se derrite el Volga en enero? —le respondió, con una sonrisa irónica.

—No va a ser fácil superar sus argucias.

El ruido de pies hollando la maleza llegó a ellos. Los ojos de Antonov parpadearon al ver que los guardabosques se acercaban con los faisanes y luego miró a Polevoi.

—Encuentre a Lugovoy —le dijo, en voz baja— y el resto se arreglará solo.

A seis kilómetros de distancia, en un camión provisto de aparatos de sonido, dos hombres estaban sentados frente a un complejo equipo receptor de microondas. Junto

a ellos, dos consolas con cintas grabadoras registraban la conversación en el bosque entre Antonov y Polevoi.

Los hombres eran especialistas en vigilancia electrónica del SDECE, el servicio de inteligencia francés. Entendían por lo menos seis idiomas, incluido el ruso. Al unísono se quitaron los auriculares e intercambiaron miradas de curiosidad.

—¿Qué diablos supones que es todo esto? —preguntó uno.

El segundo se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Tal vez se trate de una conversación de doble sentido.

—Me pregunto si los analistas podrán sacar algo interesante de ello.

—Interesante o no, nunca lo sabremos.

El primero hizo una pausa, se aplicó el auricular al oído un momento y después se lo volvió a quitar.

—Ahora están hablando con el Presidente L'Étrange. Eso es todo lo que vamos a recibir.

—Muy bien. Cerremos el negocio y llevemos las grabaciones a París. Tengo una cita a las seis.

Hacia dos horas que había amanecido cuando Sandecker pasó con el auto por el portón trasero del Aeropuerto Nacional de Washington. Estacionó junto a lo que parecía ser un hangar desocupado, en una parte del terreno cubierta de maleza, más allá de la zona de mantenimiento de las compañías aéreas. Caminó hasta una puerta lateral, cuya desgastada madera hacía tiempo que había perdido la pintura y apretó un pequeño botón, frente a un gran candado herrumbrado. Segundos después, la puerta se abrió silenciosamente.

El cavernoso interior estaba pintado de un blanco brillante, que reflejaba los rayos del sol a través de unas enormes claraboyas en el techo, y parecía un museo del automóvil. Había cuatro hileras largas y ordenadas de coches antiguos y clásicos. La mayoría relucía como el día en que sus fabricantes les dieron los últimos toques. Algunos se hallaban en diversas etapas de restauración. Sandecker se entretuvo junto a un Rolls-Royce Silver Ghost, de 1921, con carrocería de Park-Ward, y un macizo Isotta-Fraschini rojo, de 1925, en forma de torpedo, construido por Sala.

Las dos piezas centrales eran un viejo trimotor Ford, conocido entre los entusiastas de la aviación como el «ganso de lata» y un coche Pullman, de principios del siglo xx, con las palabras manhattan limited pintadas en letras doradas en sus costados de acero.

Subió por una escalera circular de hierro hasta un departamento de paredes de cristal que ocupaba el nivel superior, en un extremo del hangar. El living estaba decorado con antigüedades marítimas. En una pared había estantes con delicadas reproducciones de barcos, en cajas de cristal.

Encontró a Pitt de pie frente a la cocina, contemplando una extraña mezcla en una sartén. Pitt llevaba unos pantalones cortos color caqui, unas gastadas zapatillas de tenis y una camiseta con las palabras salvad el lusitania estampadas.

—Llega a tiempo para desayunar, almirante.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó Sandecker, mirando sospechosamente el menjunje.

—Nada estrafalario. Una tortilla mexicana con especias.

—Prefiero una taza de café y medio pomelo.

Se sentaron a la mesa de la cocina y Pitt sirvió el café.

Sandecker arrugó el ceño y agitó un diario en el aire.

—Figuras en la página dos.

—Espero estar también en los otros diarios.

—¿Qué esperas probar? Das una conferencia de prensa y declaras haber encontrado el *San Marino*, cosa que no hiciste, y el *Pilottown*, que se supone que es máximo secreto. ¿Has perdido el cerebro?

Pitt hizo una pausa entre un bocado de tortilla y otro.

—No he hablado del agente tóxico.

—Por suerte el Ejército lo sepultó ayer, en secreto.

—No se ha producido ningún daño. Ahora que el *Pilottown* está vacío, ha quedado sólo un barco lleno de herrumbre.

—El Presidente no lo entenderá así. Si no estuviera en Nuevo México, a nosotros dos nos estarían echando a patadas de la Casa Blanca.

Un zumbido interrumpió a Sandecker. Pitt se levantó de la mesa y apretó un conmutador en un pequeño panel.

—¿Hay alguien en la puerta? —preguntó Sandecker.

Pitt asintió.

—Es un pomelo de Florida —refunfuñó Sandecker, escupiendo una semilla.

—Sí.

—Prefiero los de Texas.

—Tomaré nota —le respondió Pitt, sonriendo cínicamente.

—Volviendo a nuestro asunto —agregó Sandecker, exprimiendo las últimas gotas del zumo con una cuchara—, me gustaría saber qué pretendes.

Pitt se lo dijo.

—¿Por qué no dejar que maneje el asunto el Departamento de Justicia? Para eso les pagan —manifestó Sandecker.

Los ojos de Pitt se endurecieron y le apuntó amenazadoramente con el tenedor.

—Porque nunca se llamará a investigar a la gente del Departamento de Justicia. El gobierno no va a admitir que un agente tóxico robado, que se supone que no existe, causó más de trescientas muertes. Los pleitos y la publicidad durarían años. Quieren mandar todo el asunto al olvido. La erupción del volcán Augustine fue muy oportuna. Hoy, más tarde, el Secretario de Prensa del Presidente dará una falsa explicación echando la culpa de las muertes a nubes de gas sulfúrico.

Sandecker lo miró seriamente un momento. Luego le preguntó:

—¿Quién te ha dicho eso?

—Yo —respondió una voz femenina, desde el umbral de la puerta.

La cara de Loren exhibía una sonrisa cautivadora. Había estado practicando *jogging* y llevaba puestos unos pantalones cortos de raso rojo, con una camiseta y una cinta para el pelo que hacían juego.

Pitt hizo las presentaciones:

—El almirante James Sandecker, la diputada Loren Smith.

—Nos conocimos en las reuniones del Comité Marítimo —le dijo Loren, tendiéndole la mano.

Sandecker no necesitó ser demasiado perspicaz para darse cuenta de la relación que existía entre Pitt y Loren.

—Ahora comprendo por qué estaba usted siempre tan bien predispuesta cuando discutíamos el presupuesto de la NUMA.

Si Loren se sintió un poco cohibida por esa insinuación, no lo demostró.

—Dirk es un intrigante muy persuasivo —le dijo, amablemente.

—¿Quieres café? —le preguntó Pitt.

—No, gracias. Tengo demasiada sed para tomar café. —Fue hasta la nevera y se sirvió un vaso de leche.

—¿Usted sabe cuál es el tema de la conferencia que dará el Secretario de Prensa Thompson? —le preguntó Sandecker.

Loren asintió.

—Mi ayudante de prensa y su mujer son muy amigos de Thompson. Cenaron juntos anoche. Thompson mencionó que la Casa Blanca quiere que se olvide la tragedia de Alaska. Pero eso fue todo. No dejó escapar ni un detalle.

Sandecker se volvió hacia Pitt.

—Si insistes en esta *vendetta*, vas a ofender a mucha gente.

—No voy a ceder —le contestó Pitt, muy serio.

Sandecker miró a Loren.

—¿Y usted, diputada Smith?

—Llámeme Loren.

—Bien, Loren, ¿puedo preguntarle qué interés tiene en esto?

Vaciló una fracción de segundo y le respondió.

—Digamos que se trata de la normal curiosidad de una diputada por un posible escándalo gubernamental.

—¿No le has hablado del verdadero propósito de tu excursión de pesca en Alaska? —le preguntó Sandecker a Pitt.

—No.

—Creo que deberías decírselo.

—¿Tengo su permiso oficial?

El almirante asintió.

—Una amiga en el Congreso te puede ser útil antes de que termine tu cacería.

—¿Y usted almirante, de qué lado está? —le preguntó Pitt.

Sandecker lo miró a través de la mesa, examinando los rasgos de su curtido rostro. Sólo leyó en esa cara una feroz determinación. Era una expresión que le había visto muchas veces en los años que le conocía.

—Te respaldaré hasta que el Presidente ordene que te detengas —le dijo, al final—. Después quedas librado a tus propios medios.

Pitt contuvo un audible suspiro de alivio. Todo iba a marchar bien. Mejor, aún.

Min Koryo miró el periódico que tenía encima de su mesa.

—¿Qué deduces de esto?

Lee Tong se inclinó sobre su hombro y leyó en voz alta las primeras frases del artículo.

«Dirk Pitt, el Director de Proyectos Especiales de la NUMA, anunció ayer que se habían encontrado dos barcos desaparecidos hace veinte años. El *San Marino* y el *Pilottown*, dos barcos del tipo Liberty, construidos durante la Segunda Guerra Mundial, fueron descubiertos en la plataforma marítima del Pacífico Norte, frente a Alaska.»

—¡Es un farol! —espetó Min Koryo—. Alguien en Washington, probablemente del Departamento de Justicia, no tenía nada mejor que hacer, y lanzó ese globo sonda. Están dando palos de ciego, nada más.

—Creo que sólo tienes razón a medias, *aunumi* —le dijo Lee Tong, pensativo—. Sospecho que mientras la NUMA estaba investigando la causa de las muertes en aguas de Alaska, encontró el barco que contenía el agente tóxico.

—Y esa noticia periodística es un plan para averiguar quiénes son los verdaderos dueños del barco —agregó Min Koryo.

Lee Tong asintió.

—El gobierno está especulando con que nosotros iniciemos una investigación que ellos puedan seguir.

Min Koryo suspiró.

—Lástima que el barco no se haya hundido como estaba planeado.

Lee Tong se volvió y se sentó en un sillón.

—Mala suerte —dijo, recapacitando—. Después de que los explosivos fallaron, estalló la tormenta y no pude volver a abordar el barco.

—No puedes echarle la culpa por los caprichos de la Naturaleza —le dijo ella impasible—. La verdadera culpa la tienen los rusos. Si no se hubieran echado atrás en el trato para comprar el Agente Nervioso S, no hubiera sido necesario mandar a pique el barco.

—Tenían miedo de que el Agente fuera demasiado inestable para transportarlo por Siberia hasta su arsenal de guerra química en los Urales.

—Lo enigmático del asunto es cómo pudo relacionar la NUMA los dos barcos.

—No lo se, *aunumi*. Tuvimos cuidado en eliminar todas las piezas de identificación.

—No importa. El hecho sigue siendo el mismo, que el artículo del diario es un truco. Tenemos que quedarnos callados y no hacer nada que comprometa nuestro anonimato.

—¿Y qué hay con el hombre que hizo el anuncio? —le preguntó Lee Tong—
¿Ese Dirk Pitt?

Una mirada fría y calculadora asomó a la estrecha cara de Min Koryo.

—Investiga sus motivos y observa sus movimientos. Descubre de qué manera

encaja en el cuadro. Si resulta ser un peligro para nosotros, organízale un funeral.

El gris del crepúsculo suavizó los ásperos perfiles de Los Ángeles y se encendieron las luces, adornando los edificios. El ruido del tráfico se intensificó, filtrándose por el marco de la anticuada ventana. Los rieles estaban curvados y sepultados bajo una docena de capas de pintura. Nadie la había abierto en treinta años. Afuera, un aparato de aire acondicionado traqueteaba sobre sus soportes.

El hombre estaba sentado en una vieja silla giratoria de madera y tenía la vista fija, sin ver nada, en la capa de mugre que cubría el cristal. Sus ojos habían visto lo peor que la ciudad podía dar. Eran ojos duros y severos, pero claros y todavía brillantes después de sesenta años. Iba en mangas de camisa, con una cartuchera de cuero gastado en el hombro izquierdo. La culata de una 45 automática asomaba por ella. Era de huesos largos y robustos. Los músculos se habían ablandado con los años, pero todavía podía levantar del suelo a un hombre de cien kilos y empotrarlo en una pared de ladrillos.

La silla crujió cuando se volvió para inclinarse sobre una mesa con cicatrices de incontables quemaduras de cigarrillo. Recogió un periódico doblado y leyó el artículo sobre el descubrimiento de los barcos, quizá por décima vez. Abrió un cajón, sacó una manoseada carpeta y durante largo rato contempló la cubierta. Junto con el diario, la deslizó en un maletín de cuero gastado.

Se levantó, fue hasta un lavamanos colocado en un rincón de la habitación y se lavó la cara con agua fría. Después se puso una chaqueta y un envejecido sombrero, apagó la luz y salió de la oficina.

Mientras estaba en el pasillo esperando el ascensor, se sintió rodeado por los olores de ese viejo edificio. El moho y la podredumbre parecían más fuertes cada día que pasaba. Treinta y cinco años en el mismo lugar era un tiempo bastante largo, musitó, demasiado largo.

El ruido de las puertas del ascensor interrumpió sus pensamientos. El ascensorista, que parecía tener setenta años, le dedicó una sonrisa falsa que dejó al descubierto sus dientes amarillentos.

—¿Se acabó el trabajo por esta noche? —preguntó.

—No; voy a tomar el vuelo nocturno a Washington.

—¿Un nuevo caso?

—Uno viejo.

No hubo más preguntas y los dos hicieron el resto del viaje en silencio.

Cuando el hombre salió al vestíbulo, saludó al ascensorista con un movimiento de cabeza.

—Hasta dentro de dos días, Joe.

Después cruzó la puerta principal y se perdió en la noche.

Para la mayoría, su nombre era Hira Yaeger. Pero una minoría selecta lo conocía como Pinocho porque podía meter la nariz en un vasto número de redes informáticas y examinar sus *softwares*. Su patio de juego era la red de comunicaciones e informaciones de la NUMA, en el décimo piso.

Sandecker lo había contratado para recoger y almacenar cualquier dato, científico e histórico, real o teórico, que se hubiera escrito sobre los océanos. Yaeger atacó el trabajo con impetuosa dedicación y, en el plazo de cinco años, había reunido una enorme biblioteca de conocimientos marinos.

Trabajaba sin horario fijo. A veces llegaba con el sol de la mañana y continuaba hasta el alba siguiente. Raras veces aparecía en las reuniones del departamento. Sandecker lo dejaba solo porque no había nadie mejor y porque tenía una fantástica habilidad para descifrar códigos de acceso secreto en todas las redes informáticas del mundo.

Vestido siempre con chaqueta y pantalones tejanos, llevaba su largo pelo rubio recogido en una cola. Una rala barba, combinada con sus ojos inquisitivos, le daba el aspecto de un explorador del desierto buscando desde una colina la dirección hacia El Dorado.

Estaba sentado ante un terminal de ordenador, ubicado en un lejano rincón del laberinto electrónico de la NUMA. Pitt se hallaba a su lado, observando con interés las letras mayúsculas verdes en la leyenda de una pantalla.

—Eso es todo lo que sacamos del sistema de almacenamiento masivo de la Administración Marítima.

—Por ahí no hay nada nuevo —Pitt estuvo de acuerdo.

—¿Y ahora qué?

—¿Puede llegar al archivo del cuartel general del servicio de guardacostas?

Yaeger le dirigió una astuta sonrisa.

—¿Puede hacer pasteles la tía Jemina?

Durante un minuto consultó un grueso bloc negro, encontró la anotación que buscaba y marcó el número en un teléfono que funcionaba apretando un botón conectado con un módem. El sistema informático del servicio de guardacostas contestó y aceptó el código de acceso de Yaeger. En la leyenda apareció, en letras mayúsculas verdes lo siguiente: «Por favor, haga su petición».

Yaeger dirigió a Pitt una mirada interrogativa.

—Pídale información en general sobre el *Pilottown* —le ordenó Pitt.

Yaeger asintió y envió la solicitud al terminal. Volvió la respuesta y Pitt la estudió atentamente, anotando todas las transacciones del barco desde el momento en que había sido construido, a quién perteneció mientras estuvo registrado con bandera

norteamericana y las hipotecas a que estuvo sujeto. La investigación resultó redundante. El *Pilottown* quedó eliminado de la documentación cuando fue vendido a otra compañía, en este caso la *Kassandra Phosphate*, de Atenas, Grecia.

—¿Algo interesante? —le preguntó Yaeger.

—Otro pozo seco —le respondió Pitt.

—¿Y que pasa con *Lloyd's* de Londres? Lo tendrán en sus registros.

—Muy bien. Inténtelo.

Yaeger desconectó el sistema con el servicio de guardacostas, volvió a consultar su bloc y conectó el terminal con el banco de datos de la gran compañía marítima aseguradora. Los datos se imprimieron a cuatrocientos caracteres por segundo. Esta vez apareció con mayores detalles la historia del *Pilottown*. Con todo, muy poco resultó útil. Pero un dato, al pie de la pantalla, llamó la atención de Pitt.

—Creo que podríamos tener algo.

—A mí me parece lo mismo —le dijo Yaeger.

—La línea siguiente a la de la *Sosan Trading*.

—¿Dónde están registrados como agentes? ¿Y qué hay de nuevo? Ya apareció antes.

—Como propietarios, no como agentes. Hay una diferencia.

—¿Y eso qué prueba?

Pitt se enderezó. Sus ojos adquirieron una mirada reflexiva.

—La razón por la que los dueños registran sus barcos en lo que se llama «un país de conveniencia» es ahorrar costosas licencias, impuestos y reglamentos restrictivos para sus operaciones. Otra razón es que desaparecen si se quiere realizar cualquier investigación. De esa manera establecen una fachada falsa y ponen como dirección de su cuartel general un apartado de correos, en este caso *Inchon*, Corea. Ahora bien; si contratan con un agente el cargamento y la tripulación, necesariamente ha de producirse una transferencia de dinero de uno a otro. Tienen que hacerlo a través de operaciones bancarias. Y los bancos llevan registros.

—Muy bien. Pero supongamos que yo soy «el padre de la criatura». ¿Por qué iba a permitir que mi dudosa compañía naviera fuera administrada por terceros, si así dejo huellas que pueden rastrearse en las lista de los bancos?

—Una estafa para el seguro —le respondió Pitt—. El agente hace todo el trabajo sucio mientras los dueños recogen el dinero. Por ejemplo, tome el caso de un barco cisterna griego de hace varios años. Un carguero llamado *Trikeri*. Zarpó de *Surabaja*, Indonesia, con los tanques de petróleo llenos hasta el borde. Tras llegar a *Ciudad del Cabo*, en *Sudáfrica*, lo descargó en unos depósitos, salvo unos miles de litros. Una semana después se hundió misteriosamente frente a *África Occidental*. Se hizo el reclamo del barco y de toda su carga de petróleo. Los investigadores estaban absolutamente convencidos de que el hecho había sido intencionado, pero no

podieron demostrarlo. El agente del *Trikeri* desapareció y abandonó el negocio. Los propietarios registrales recogieron la paga del seguro y la hicieron llegar a quien correspondía a través de un laberinto de transferencias.

—¿Eso ocurre a menudo?

—Más de lo que parece.

—¿Quiere investigar en la cuenta bancaria de la Sosan Trading Company?

Pitt no necesitaba pedirle a Yaeger que lo hiciera. Se limitó a contestarle «Sí».

Yaeger se desconectó de la red de la Lloyd's y se dirigió al archivo. Volvió con un enorme libro mayor de contabilidad.

—Códigos de seguridad bancarios —le explicó sin más comentarios.

Se puso a trabajar y a los dos minutos ya estaban en comunicación con el banco de la Sosan Trading.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Una oscura sucursal en Inchon de un banco con sede en Seúl. La cuenta se cerró hace seis años.

—¿Están todavía archivadas las operaciones?

Sin responderle, Yaeger pulsó las teclas del terminal y después se recostó en el asiento, con los brazos cruzados, mirando las impresiones en la pantalla. Los datos «pestañearon» y aparecieron el número de la cuenta y los movimientos mensuales deseados. Levantó la vista hacia Pitt, esperando.

—Desde marzo hasta septiembre de 1976— dijo Pitt.

La computadora del banco de Corea proporcionó el dato.

—Es de lo más curioso —dijo Yaeger, al tiempo que leía los datos—. Sólo doce transacciones en un lapso de siete años. La Sosan Trading debe pagar tanto los gastos generales como los sueldos en efectivo.

—¿De dónde proceden los depósitos? —le preguntó Pitt.

—Parece ser que de un banco de Berna, Suiza.

—Un paso más cerca.

—Sí; pero en este caso se trata de algo más difícil —le dijo Yaeger—. Los códigos bancarios de seguridad suizos son más complejos. Y si esta compañía naviera es tan evasiva como parece serlo, probablemente ha alterado fraudulentamente las cuentas bancarias.

—Traeré café mientras empiezas a investigar. —Le tuteó.

Yaeger se quedó mirándolo reflexivamente un momento.

—Nunca te das por vencido, ¿no?

—No.

A Yaeger le sorprendió la repentina frialdad en el tono de Pitt. Se encogió de hombros y le dijo:

—Muy bien, amigo, pero no va a ser un trabajo fácil. Podría llevarme toda la noche y no salir nada. Tendré que mandar distintas combinaciones de números hasta

dar con los verdaderos códigos.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—No; pero ya que preparas café, te agradecería que trajeras también unas rosquillas.

Por el lado del banco de Berna, la investigación resultó decepcionante. Cualquier pista sobre la compañía que controlaba a la Sosan Trading terminaba ahí. Trataron de localizarla en otros seis bancos suizos, confiando en la suerte, como si un buscador de tesoros encontrara el mapa del naufragio que estuviera buscando escondido en el cajón equivocado de un archivo. Pero no obtuvieron nada de valor. Escudriñar en los registros de las cuentas corrientes de todos los bancos de Europa representaba un problema inabordable por sus dimensiones. Había más de seis mil bancos.

—Parece bastante deprimente —dijo Yaeger, tras seis horas de contemplar las leyendas en la pantalla.

—Parece que sí.

—¿Sigo investigando?

—Si no te molesta.

Yaeger levantó los brazos y los abrió.

—Así es como me gusta —dijo—. Es lo que más me excita. Aunque tú pareces cansado. ¿Por qué no te vas a dormir un rato? Si encuentro algo te llamaré por teléfono.

Pitt, agradecido, dejó a Yaeger en la oficina central de NUMA y condujo el coche por el otro lado del río, hasta el aeropuerto. Detuvo el Talbot-Lago frente a la puerta de su garaje, se sacó un pequeño transmisor del bolsillo de la chaqueta y apretó un código preestablecido. Los sistemas de alarma de seguridad se desconectaron y la maciza puerta se levantó a una altura de poco más de dos metros. Aparcó en el interior y volvió a cerrar. Después, cansado subió la escalera, entró en el salón y encendió las luces.

Un hombre estaba sentado en su sillón predilecto y tenía las manos apoyadas sobre un maletín que descansaba en sus rodillas. Parecía ser un hombre paciente, casi mortalmente paciente. Apenas si le asomaba una débil sonrisa de indiferencia. Llevaba un sombrero anticuado y su americana, hecha a medida, cortada especialmente para ocultar un bulto letal, estaba desabotonada y dejaba al descubierto la culata de una 45 automática.

Por un momento los dos se quedaron mirándose fijamente, sin hablar, como boxeadores midiendo la fuerza del rival.

—Supongo que lo apropiado, en estos casos, es decir ¿Quién diablos es usted? —dijo Pitt, rompiendo el silencio.

La débil sonrisa se ensanchó hasta una mueca estereotipada.

—Soy un investigador privado, señor Pitt. Mi nombre es Casio, Sal Casio.

—¿Tuvo algún problema para entrar?

—Su sistema de seguridad es bueno... No muy bueno, pero lo suficiente como para desanimar a la mayoría de los ladrones y delincuentes juveniles.

—Lo cual significa que me han suspendido en el examen.

—No del todo. Le doy un aprobado justito.

Pitt se acercó lentamente a una antigua nevera de madera de roble que había convertido en bar y abrió la puerta.

—¿Quiere un trago, señor Casio?

—Un poco de Jack Daniel's con hielo, gracias.

—Tiene suerte. Me queda una botella.

—Ya la había visto. ¡Ah! A propósito, me tomé la libertad de sacarle el cargador al arma.

—¿El arma? —preguntó Pitt, haciéndose el inocente.

—El Mauser automático calibre 32, número de serie 922374, astutamente pegado con cinta adhesiva a la botella de ginebra.

Pitt lo miró un rato.

—¿Cuánto tiempo tardó?

—¿En realizar la investigación?

Pitt asintió en silencio mientras abría la puerta de la nevera para sacar hielo.

—Unos tres cuartos de hora.

—Y encontró las otras dos armas que tenía escondidas.

—Tres, en realidad.

—Es usted muy competente.

—No hay nada escondido en una casa que no se pueda encontrar. Y hay personas con más talento que otras. Es una simple cuestión de técnica. —No había nada de fanfarronería en su voz. Hablaba como si estuviera diciendo algo obvio.

Pitt sirvió las bebidas y las llevó al salón en una bandeja. Casio tomó el vaso con la mano derecha. De pronto, Pitt dejó caer al suelo la bandeja dejando a la vista una automática calibre 25 que llevaba en el bolsillo del chaleco y apuntó a Casio a la frente.

La única reacción de éste fue una débil sonrisa.

—Muy bien —le dijo, aprobando—. De modo que había un total de cinco.

—Dentro de un cartón de leche vacío —explicó Pitt.

—Muy bien hecho, señor Pitt. Muy astuto. Esperar hasta que tuviera un vaso en la mano. Lo cual demuestra que estuvo pensando. Tendré que aumentarle la nota.

Pitt puso el seguro y bajó el arma.

—Si usted hubiera venido a matarme, señor Casio, lo habría hecho apenas crucé

la puerta. ¿A qué debo su visita?

Casio señaló con la cabeza su maletín.

—¿Me permite?

—Adelante.

Apoyó el vaso en la mesa, abrió el maletín y sacó una abultada carpeta atada con gomas.

—Un caso en el que estoy trabajando desde 1966.

—Un tiempo bastante largo. Ha de ser usted muy testarudo.

—Odio abandonar —admitió Casio—. Es como dejar un rompecabezas sin haberlo terminado, o interrumpir la lectura de un buen libro. Tarde o temprano todo investigador tiene un caso que lo deja mirando el techo por las noches. Un caso que nunca resolverá. Éste representa un vínculo personal, señor Pitt. Comenzó hace veintitrés años cuando una muchacha, la cajera de un banco, llamada Arta Casilighio, robó ciento veintiocho mil dólares en un banco de Los Ángeles...

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—La última vez que fue vista estaba a bordo de un barco llamado *San Marino*.

—Entiendo. Usted leyó en los diarios la historia del descubrimiento de ese naufragio.

—Sí.

—¿Y cree que esa muchacha desapareció en el *San Marino*?

—Estoy seguro.

—Entonces su caso está solucionado. La ladrona murió y el dinero desapareció para siempre.

—La cosa no es tan sencilla —respondió Casio, mirando su vaso—. No hay duda de que Arta Casilighio murió. Pero el dinero *no ha desaparecido para siempre*. Arta se apoderó de dinero recién impreso en el Banco de la Reserva Federal. Todos los números de la serie estaban registrados. De modo que fue fácil llevar la cuenta de los billetes desaparecidos. —Hizo una pausa para mirar a Pitt por encima del vaso—. El dinero robado apareció hace dos años.

De pronto los ojos de Pitt se encendieron de interés. Se sentó en un sillón frente a Casio. —¿Todo? —le preguntó con cautela. Casio asintió.

—Apareció en distintas cantidades y en distintos lugares: cinco mil en Frankfurt, mil en El Cairo, todo en bancos extranjeros. Nada en los Estados Unidos, salvo un billete de cien dólares.

—Entonces Arta no murió en el *San Marino*.

—Desapareció con el barco. El FBI la relacionó con un pasaporte robado que pertenece a una tal Estelle Wallace. Y eso le permitió seguirla hasta San Francisco. Entonces los del FBI la perdieron. Seguí investigando y por último di con un hombre sin ocupación fija que a veces conduce un taxi y así gana algo para comprarse

bebidas. El hombre se acordaba de haberla llevado hasta la pasarela del *San Marino*.

—¿Se puede confiar en la memoria de un borracho? Casio sonrió, seguro de sí mismo.

—Arta le dio un billete flamante de cien dólares. Como no tenía cambio le dijo que se lo quedara. Créame, le costó poco recordar el hecho.

—Si un robo de dinero al Banco de la Reserva Federal es asunto del FBI, ¿por qué se ocupa usted de este asunto? ¿A qué se debe esa empecinada persecución de un delincuente cuyo rastro es tan frío como el hielo?

—Porque antes de abreviar mi apellido por razones de negocios me llamaba Casilighio. Arta era mi hija.

Se produjo un incómodo silencio. Del otro lado de las ventanas que daban al río llegaba el rugido de los jets al despegar. Pitt se levantó y fue hasta la cocina, donde se sirvió una taza de café de una cafetera helada y la puso en el horno microondas.

—¿Quiere otro trago, señor Casio?

El hombre denegó con la cabeza.

—De modo que usted cree que hay algo raro en la desaparición de su hija, ¿no?

—Ni ella ni el barco llegaron jamás a puerto. Pero el dinero que robó está apareciendo de una manera que permite pensar que está volviendo a la circulación poco a poco. ¿No le parece eso extraño, señor Pitt?

—No niego que está haciendo usted un buen trabajo. —El microondas empezó a hacer ruido y Pitt retiró una humeante taza de café—. Pero no tengo claro qué es lo que quiere de mí.

—Que me conteste algunas preguntas.

Pitt se sentó. Su interés iba más allá de la curiosidad.

—No espere respuestas detalladas.

—Comprendo.

—Adelante. Dispare.

—¿Dónde encontró usted el *San Marino*? Quiero decir, ¿en qué parte del Océano Pacífico?

—Cerca de la costa sur de Alaska —contestó Pitt, sin mayor precisión.

—Un poco alejado del itinerario de un barco que se dirigía de San Francisco a Nueva Zelanda, ¿no le parece?

—Fuera de ruta —respondió Pitt.

—Tanto como unas dos mil millas, ¿verdad?

—Y quizá más. —Pitt tomó un trago de café e hizo una mueca. Estaba tan cargado que parecía cemento. Levantó la vista y le dijo—: Antes de continuar, le advierto que le voy a pedir algo a cambio.

—No me da usted la sensación de ser un tipo al que se pueda sobornar.

—Me gustaría tener los nombres de los bancos europeos que hicieron circular el

dinero robado.

—¿Tiene alguna razón en especial? —le preguntó Casio, sin molestarse en disimular su perplejidad.

—Ninguna que pueda contarle.

—No se muestra usted muy colaborador.

Pitt empezó a contestarle pero el teléfono, al otro extremo de la mesa, sonó con estridencia.

—Hola...

—Dirk, habla Yaeger. ¿Estás despierto?

—Gracias por llamarme... ¿Cómo está Sally? ¿Ya salió de cuidados intensivos?

—No puedes hablar, ¿verdad?

—No demasiado.

—Pero puedes escuchar.

—Ningún problema.

—Malas noticias. No llego a ninguna parte. Tendría más probabilidades arrojando al aire una baraja de cartas y que me saliera una escalera real.

—Tal vez pueda ofrecerte una pista. Espera un minuto. —Se volvió hacia Casio—. La lista de los bancos...

Casio se levantó lentamente, se sirvió otro trago de Jack Daniel's y le dio la espalda, mientras le decía:

—Es un trueque, señor Pitt. La lista de los bancos por lo que usted sabe del *San Marino*.

—La mayor parte de mi información es secreta, por razones de Estado.

—Me importa un comino que este grabada en el interior de los calzoncillos del Presidente. O hacemos un trato o recojo mis cosas y me voy.

—¿Cómo sabe que no le mentiré?

—Mi lista podría ser falsa.

—Entonces debemos fiarnos el uno del otro —le respondió, con una sonrisa cínica.

—¡Claro que lo haremos! —gruñó Casio—. Pero ninguno de los dos tiene otra opción. —Sacó una hoja de papel de la carpeta y se la entregó a Pitt, quien, a su vez, le leyó a Yaeger los nombres—. ¿Y ahora qué?

—Ahora le diré lo que le ocurrió al *San Marino*. Y antes de mañana por la mañana quizá pueda decirle también quién mató a su hija.

Quince minutos después del alba, los controles fotoeléctricos de las luces en las calles de Washington cerraron sus circuitos. Uno a uno, con el intervalo de unos pocos segundos, los rayos rojos y amarillos de las lámparas de sodio se fueron desvaneciendo, para quedar a la espera, a lo largo de todo el día, hasta quince minutos antes del crepúsculo, cuando los fotosensores los devolverían a la vida.

Bajo el amortiguado brillo de las luces callejeras, Sam Emmett oía la vibración del tráfico matinal mientras caminaba deprisa por el túnel. No había ninguna escolta ni de la Marina ni del Servicio Secreto. Iba solo, como los demás. La única persona que había encontrado desde que había bajado del coche en el edificio del Tesoro había sido un guardia de la Casa Blanca apostado en la puerta del sótano. Al llegar al extremo del pasillo que conducía a la Sala de Situaciones, se cruzó con Alan Mercier.

—Eres el último —le dijo éste.

Emmett consultó su reloj y observó que llegaba con cinco minutos de anticipación.

—¿Están todos? —preguntó.

—Excepto Simmons, que está en Egipto, y Lucas, que pronuncia tu conferencia en Princeton, están todos presentes.

Al entrar, Oates le ofreció un sillón a su lado. Dan Fawcett, el general Metcalf, el jefe de la CÍA, Martin Brogan, y Mercier, se hallaban en torno a la mesa de conferencias.

—Perdonen por haber adelantado cuatro horas la reunión —empezó a decir Oates —, pero Sam me informó que sus investigadores han descubierto de qué manera tuvo lugar el secuestro —sin mayores explicaciones, señaló con la cabeza al director del FBI.

Emmett entregó a cada uno de los presentes una carpeta, después se levantó, se acercó a una pizarra y cogió una tiza. Rápidamente, y con notable precisión, dibujó el río, los terrenos de Mount Vernon y el yate presidencial amarrado al muelle.

Después dibujó los detalles y rotuló las áreas específicas. El dibujo completo poseía un realismo que sugería en él un talento innato para la arquitectura.

Satisfecho, al final, de que cada pieza del escenario estuviera en su lugar correcto, se volvió y miró a su auditorio.

—Relataré los hechos en orden cronológico —explicó—. Los resumiré mientras ustedes observan los detalles que se muestran en el informe. Parte de lo que les describiré se basa en hechos y en una fuerte evidencia. Otra parte son conjeturas. Tenemos que llenar los vacíos lo mejor que podamos.

Emmett anotó una hora en el ángulo superior izquierdo de la pizarra.

—18.25: El *Eagle* llega a Mount Vernon, donde el Servicio Secreto ha instalado

su red de seguridad y empieza la vigilancia.

20.15: El Presidente y sus invitados se sientan a cenar. A la misma hora, los oficiales y la tripulación empiezan a cenar en su comedor. Los únicos hombres de servicio eran el *chef*, un ayudante y el camarero del comedor. Este hecho es importante porque nos permite saber que fue durante la cena cuando el Presidente, su gente y la tripulación del barco fueron drogados.

—¿Drogados o envenenados? —preguntó Oates levantando la vista.

—No fue tan fuerte como un veneno —respondió Emmett—. Probablemente el *chef* o el camarero que servía la mesa les administró una droga suave que les produjo un gradual estado de somnolencia.

—Parece una idea muy práctica —acotó Brogan—. De esta manera no habría cuerpos cayéndose en todas las cubiertas.

Emmett hizo una pausa para poner en orden sus ideas.

—El agente del Servicio Secreto apostado a bordo del yate informó una hora antes de medianoche que el Presidente y el Vicepresidente Margolin fueron los últimos en retirarse. Hora: 23.10.

—Demasiado temprano para el Presidente —dijo Dan Fawcett—. Raras veces he oído que se vaya a la cama antes de las dos de la madrugada.

—00.25: Una ligera neblina aparece por el nordeste, seguida a las 01.35 por una espesa niebla provocada por dos generadores de niebla de la Armada ocultos entre los árboles aproximadamente a ciento sesenta metros del *Eagle* río arriba.

—¿Podrían haber cubierto toda la zona? —preguntó Oates.

—En condiciones atmosféricas apropiadas (en este caso, nada de viento) las unidades instaladas por los secuestradores pueden cubrir dos hectáreas. Fawcett parecía perdido.

—¡Dios mío! ¡Esta operación debió necesitar un ejército! Emmett hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Nuestros cálculos son que se necesitaron entre siete y diez hombres.

—Seguramente el Servicio Secreto revisó los bosques en torno de Mount Vernon antes de la llegada del Presidente —dijo Fawcett—. ¿Cómo es que no vieron los generadores de niebla?

—No estaban instalados antes de las 17.00 de la noche del secuestro —le respondió Emmett.

—¿Cómo pudieron ver lo que estaban haciendo en la oscuridad los que manejaban el equipo? —inquirió Fawcett—. ¿Cómo fue que no se escuchó nada de sus movimientos ni del ruido provocado por los generadores?

—Un sistema de infrarrojos es la respuesta a su primera pregunta. Y el ruido provocado por el equipo quedó amortiguado por los mugidos del ganado.

—¿Quién hubiera pensado en eso? —exclamó Brogan, perplejo.

—Alguien lo pensó —le respondió Emmett—. Colocaron un magnetófono y un amplificador detrás de los generadores de niebla.

—Aquí dice que lo único que notó la gente de seguridad fue que la niebla olía a petróleo.

Emmett asintió.

—El generador calienta una especie de queroseno sin olor hasta que alcanza una presión elevada, y se expande en finísimas gotas produciendo la niebla.

—Pasemos al siguiente hecho —dijo Oates.

—01.50: La lancha de seguimiento queda amarrada al muelle a causa de la visibilidad limitada. Tres minutos después el guardacostas notifica al agente George Blackowl, en el puesto de mando del Servicio Secreto, que una señal de alta intensidad está obstaculizando la recepción en su radar. También le advierten que, antes de que su pantalla quede ciega, lo único que ha detectado es un remolcador sanitario de la ciudad con sus barcas, amarrado en la orilla esperando a que se disipe la niebla.

Metcalf levantó la vista y preguntó:

—¿Amarrado a qué distancia?

—A doscientos metros río arriba.

—Entonces el remolcador se hallaba más allá de la niebla artificial.

—He aquí un punto crucial —reconoció Emmett— sobre el que volveremos después.

Se volvió hacia la pizarra y escribió otra secuencia de horas. La sala permaneció en silencio. Los que estaban sentados en torno a la mesa se quedaron como piedras esperando que Emmett les revelara la solución final respecto al secuestro del Presidente.

—02.00: Los agentes se trasladan a sus nuevos puestos de guardia. El agente Lyle Brock ocupa el suyo a bordo del *Eagle*, después de que lo relevara en la entrada del muelle el agente Karl Polaski. Lo más importante es que durante ese momento el *Eagle* estaba fuera de su vista. Después Polaski fue hasta la pasarela de acceso al yate y habló con alguien a quien tomó por Brock, quien, en ese momento, ya estaba inconsciente o muerto. Polaski no notó nada sospechoso excepto que Brock parecía haber olvidado su próximo puesto.

—¿Polaski no advirtió que hablaba con un extraño?

—Hablaron a una distancia no menor de tres metros, y en voz baja para no molestar a nadie en el yate. Cuando llegó el relevo de las 03.00, Brock sencillamente, desapareció en la niebla. El agente Polaski declara que no pudo ver más que una vaga figura. Sólo fue a las 03.48 cuando el agente Edward McGrath descubrió que Brock no se hallaba en su puesto. Lo notificó a Blackowl, quien se encontró con él en el *Eagle* cuatro minutos después. Registraron el yate y lo encontraron vacío, con la

excepción de Polaski, que había subido a bordo para reemplazar a Brock.

Emmett dejó la tiza en la bandeja y se limpió las manos.

—El resto es pura rutina: quién fue alertado... los resultados de la infructuosa búsqueda por el río y alrededor de los terrenos de Mount Vernon... los obstáculos que impidieron encontrar a los desaparecidos... etc., etc.

—¿Cuál era la posición del remolcador y de las barcazas después de la alerta? —preguntó Metcalf.

—Las barcazas se encontraron amarradas en la orilla del río —le respondió Emmett—. El remolcador desapareció.

—Eso en cuanto a los hechos —dijo Oates—. La pregunta principal es: ¿Cómo pueden haberse evaporado casi veinte personas del yate bajo las narices de un ejército de agentes del Servicio Secreto y que nada quedara detectado en el sistema de alarma de seguridad más avanzado que existe?

—La respuesta, señor Secretario, es que no se evaporaron.

Oates arqueó las cejas.

—¿Entonces, qué ocurrió?

Emmett notó una expresión de satisfacción en la cara de Metcalf.

—Creo que el general tiene su explicación.

—Quisiera que alguien me dijera... —empezó a decir Fawcett.

Emmett aspiró profundamente antes de hablar:

—El yate que los agentes Blackowl y MacGrath encontraron desierto no es el mismo que transportó al Presidente y a sus invitados hasta Mount Vernon.

—¡Cáspita! —exclamó Mercier, jadeando.

—Es verdaderamente increíble —manifestó Oates, escépticamente.

Emmett volvió a tomar la tiza y empezó a hacer diagramas.

—Unos quince minutos después de que los generadores de niebla empezaran a lanzar una densa nube sobre el río y Mount Vernon, el equipo secuestrador transmitió en la frecuencia del radar del guardacostas y lo inutilizó. Río arriba, el remolcador —salvo que, en este caso, no se trataba de un remolcador sino de un yate, idéntico en todos los detalles al *Eagle*—, se apartó de las barcazas, que encontramos vacías y navegando río abajo. Desde luego, su radar operaba en una frecuencia diferente del radar del guardacostas.

Emmett dibujó la ruta del yate que se acercaba.

—Cuando estuvo a cincuenta metros del muelle de Mount Vernon y de la popa del *Eagle*, apagó los motores y continuó a la deriva de la corriente, lo que significó navegar a una velocidad de un nudo. Entonces los secuestradores...

—Lo que quisiera saber, en primer lugar, es cómo consiguieron subir a bordo —lo interrumpió Mercier.

Emmett hizo un gesto de impotencia con las manos.

—No lo sabemos. Nuestra mejor suposición, por ahora, es que mataron a la tripulación de la cocina durante el día y ocuparon su lugar, utilizando identificaciones y órdenes falsas del servicio de guardacostas.

—Por favor, continúe con sus investigaciones —insistió Oates.

—Entonces los secuestradores en el yate —repitió Emmett— desataron las amarras, dejando que el *Eagle* marchara a la deriva silenciosamente desde el muelle para dejar lugar a su doble. Polaski no oyó nada desde su puesto cerca de la orilla porque todos los ruidos extraños fueron cubiertos por el ronroneo de los generadores. Entonces, una vez que el yate falso fue amarrado en el muelle, su tripulación, de no más de dos hombres, llevó remando un pequeño chinchorro hasta el *Eagle* y escapó con los otros río abajo. Con todo, quedó uno para ocupar el lugar del agente Brock. Cuando Polaski conversó con el falso Brock, ya se había efectuado el cambio. En el siguiente relevo, el hombre que decía llamarse Brock salió y se reunió con los que operaban los generadores de niebla. Se fueron todos juntos por la carretera que conduce a Alexandria. Lo sabemos por las huellas de los pies y las marcas de los neumáticos.

Todos, salvo Emmett, centraron su atención en la pizarra, como tratando de visualizar la escena. La increíble precisión en el cálculo del tiempo, la facilidad con que se sortearon los sistemas de seguridad del Presidente, la limpieza de la operación, dejaron perplejos a todos.

—No puedo menos que admirar la ejecución del proyecto —dijo el general Metcalf—. Debe haberles llevado mucho tiempo planearlo.

—Según nuestros cálculos, tres años —respondió Emmett.

—¿Dónde pudieron encontrar un yate idéntico? —susurró Fawcett, a nadie en particular.

—Mis investigaciones ya han estudiado este punto. Siguiéron las huellas de viejos registros de barcos y encontraron que el constructor original hizo otro yate gemelo, al mismo tiempo, llamado *Samantha*. El último dueño registrado de este yate fue un corredor de bolsa de Baltimore, quien lo vendió, hace tres años, a un hombre llamado Dunn. Eso fue todo lo que nos dijo. Fue una operación clandestina, en efectivo, para eludir impuestos. Nunca volvió a ver a Dunn ni al yate. El *Samantha* no fue registrado jamás por el nuevo dueño. Se perdieron de vista.

—¿Era idéntico, en todo sentido, al *Eagle*? —preguntó Brogan.

—Hicieron un trabajo de imitación perfecto. Cada pieza del mobiliario, de la decoración y del utillaje era idéntica al original.

Nerviosamente, Fawcett golpeó el lápiz sobre la mesa.

—¿Cómo se dio cuenta de eso?

—Cada vez que usted entra o sale de una habitación, deja partículas de su presencia. Pelos, caspa, hilachas, pelusas, huellas digitales... Todo eso puede

detectarse. La gente de mi laboratorio no halló la menor señal de que el Presidente y los otros hubieran estado a bordo.

Oates se enderezó en la silla.

—El FBI ha realizado un trabajo magnífico, Sam. Todos estamos agradecidos — Emmett hizo una breve inclinación de cabeza y se sentó.

—El traslado del yate ofrece un nuevo ángulo —prosiguió Oates—. Por horrible que suene, debemos considerar la posibilidad de que hayan sido asesinados.

—Tenemos que encontrar el yate —dijo Mercier sombríamente.

Emmett lo miró.

—Ya he ordenado una investigación en la superficie y por aire.

—De esa manera no lo va a encontrar —le objetó Metcalf—. Estamos frente a gente muy lista. No lo van a dejar por ahí así como así, donde se lo pueda encontrar.

Fawcett dejó suspendido el lápiz en el aire.

—¿Está diciendo que el yate fue destruido?

—Podría muy bien ser el caso —le respondió Metcalf, con mirada aprensiva—. De ser así, debemos prepararnos para encontrar cadáveres.

Oates se apoyó en los codos, se frotó la cara con las manos y en ese momento deseó estar en cualquier lugar que no fuera esa sala.

—Vamos a tener que ensanchar nuestra confianza —dijo al final—. El mejor hombre en quien puedo pensar para una investigación subacuática es Jim Sandecker, de la NUMA.

—Estoy de acuerdo —dijo Fawcett—. Su equipo especial acaba de realizar un trabajo delicado frente a Alaska, donde encontró el barco responsable de la contaminación.

—¿Le informarás, Sam? —le preguntó Oates a Emmett.

—De aquí me iré directamente a su oficina.

—Bueno, supongo que eso es todo por ahora —dijo Oates con una voz que revelaba su agotamiento—. Buena o mala, tenemos una pista. Sólo Dios sabe qué tendremos después de haber encontrado al *Eagle*. —Vaciló, contemplando la pizarra. Después agregó—: No envidio al primero que entre en él.

Todas las mañanas, incluidos sábados y domingos, el almirante Sandecker corría nueve kilómetros desde su apartamento en el edificio Watergate hasta el centro de operaciones de la NUMA. Acaba de salir de la ducha, en el baño adyacente a su oficina, cuando la voz de su secretaria le llegó a través de un altavoz situado encima del lavabo:

—Almirante: el señor Emmett desea verlo.

Sandecker se estaba frotando vigorosamente el pelo con la toalla, y no estaba seguro de haber oído bien el nombre.

—¿Sam Emmett, del FBI?

—Sí, señor. Quiere verle inmediatamente. Dice que es de extrema urgencia.

Sandecker vio su cara reflejada en el espejo con una expresión de incredulidad. El director del FBI era demasiado importante como para hacer visitas oficiales a las ocho de la mañana. El juego burocrático de Washington tenía sus reglas. Todo el mundo, por debajo del Presidente, las obedecía. La inesperada visita de Emmett sólo podía significar una emergencia.

—Hágalo pasar enseguida.

Apenas tuvo tiempo de ponerse un albornoz. La piel le seguía chorreando cuando Emmett cruzó la puerta.

—Jim, tenemos un problema terrible. —Emmett no se molestó en estrecharle la mano. Colocó rápidamente su portafolios sobre la mesa de Sandecker, lo abrió y le entregó una carpeta—. Siéntate y mira esto. Después hablaremos.

Sandecker no era un hombre a quien se pudiera apremiar y menos dar órdenes. Pero al ver la tensión en los ojos de Emmett obedeció sin comentarios.

Estudió el contenido de la carpeta durante unos diez minutos, sin hablar. Emmett se sentó al otro lado de la mesa y esperó ver una expresión de horror o rabia. No hubo ninguna. Sandecker permaneció enigmático. Al final, cerró la carpeta y preguntó sencillamente:

—¿En qué puedo ayudar?

—Encuentra el *Eagle*.

—¿Crees que lo han hundido?

—La búsqueda por aire y por la superficie no nos ha llevado a nada.

—Muy bien. Pondré a trabajar en esto a mi mejor gente.

Tendió la mano hacia el interfono, pero Emmett le hizo un ademán negativo.

—No necesito hablarte del caos que se producirá si esto se filtra.

—Jamás he mentado a mi gente.

—En este caso tendrás que hacerlos trabajar sin información.

Sandecker asintió brevemente y habló por el interfono.

—Sylvia, ponme con Pitt.

—¿Pitt? —quiso saber Emmett.

—El director de proyectos especiales. Se pondrá al frente de la investigación.

—¿Le dirás sólo lo necesario? —Fue una orden más que un pedido.

Un fulgor amarillento de cautela asomó a los ojos de Sandecker.

—Eso quedará librado a mi discreción.

Emmett empezó a decir algo pero el interfono lo interrumpió.

—¿Almirante?

—Sí, Sylvia.

—El señor Pitt está comunicando.

—Sigue probando hasta que conteste —le respondió, molesto—. Mejor aún, llama a la operadora y dile que le corte la comunicación. Explícale que se trata de prioridad por razones de Estado.

—¿Podrás montar una operación para esta noche? —le preguntó Emmett.

Los labios de Sandecker se abrieron en una sonrisa cínica.

—Si conozco a Pitt, tendrá un equipo explorando las profundidades del río Potomac antes del almuerzo.

Pitt estaba hablando con Hiram Yaeger cuando la operadora intervino. Cortó enseguida la conversación y marcó el número privado del almirante. Tras escuchar en silencio unos momentos, colgó el auricular.

—Y bien... —le preguntó Casio, esperanzado.

—Cambiaron el dinero. No lo ingresaron —le respondió, mirando abatido al suelo—. Eso es todo. Eso es todo lo que hay. No dejaron ni una sola pista.

En la cara de Casio sólo se reflejó la decepción. Hasta ahí había llegado él también. Exhaló un largo suspiro y miró su reloj. A Pitt le pareció un hombre ya incapaz de cualquier emoción.

—Le agradezco su ayuda —le dijo tranquilamente. Cerró de golpe el maletín y se puso en pie—. Será mejor que me vaya. Si no me entretengo, podré tomar el próximo vuelo de vuelta a Los Angeles.

—Lamento no poder darle ninguna respuesta.

Casio le dio un fuerte apretón de manos.

—Nadie acierta al cien por cien todas las veces. Los responsables de la muerte de mi hija y su amiga han cometido un error. En algún lugar, en algún momento, se les ha pasado por alto un detalle. Me alegro de tenerle a usted de mi parte, señor Pitt. Hasta ahora he tenido que trabajar en solitario.

Pitt se sintió realmente emocionado.

—Seguiré investigando en la medida de mis posibilidades.

—Es todo lo que pido. —Casio hizo un gesto de despedida con la cabeza y después bajó la escalera.

Pitt lo vio, arrastrando los pies por el garaje. Un hombre orgulloso y endurecido, librando su propia batalla con un molino de viento.

El Presidente estaba sentado erguido, en una silla cromada con un almohadón de cuero, el cuerpo firmemente sujeto con unos cinturones de nailon. Sus ojos miraban a lo lejos, desenfocados, vacíos. Llevaba unos sensores inalámbricos adheridos con esparadrapo al pecho y a la frente, transmitiendo las señales indicadoras de ocho funciones vitales distintas a una red de ordenadores.

La sala de operaciones era pequeña, de no más de treinta metros cuadrados y estaba atestada de equipos electrónicos con monitores. Lugovoy y cuatro miembros de su equipo de cirugía preparaban, pacífica y eficientemente, la delicada operación. Paul Suvorov estaba de pie en el único rincón vacío, incómodo con su bata verde esterilizada. Miraba a una mujer del equipo de técnicos que estaba introduciendo una pequeña aguja en un lado del cuello del Presidente y luego en el otro.

—Extraño lugar para un anestésico —observó Suvorov.

—La verdadera anestesia la haremos con un anestésico local —explicó Lugovoy, mientras miraba una imagen ampliada de rayos X en una pantalla de video—. Sin embargo, una ínfima dosis de Amytal en las carótidas deja los hemisferios izquierdo y derecho del cerebro en un estado de somnolencia. Este procedimiento es empleado para eliminar cualquier recuerdo consciente de la operación.

—¿No tendría que haberle afeitado la cabeza? —le preguntó Suvorov, señalando el pelo del Presidente, que asomaba a través de una abertura del casco de metal encajado en su cráneo.

—Debemos hacer caso omiso de los procedimientos quirúrgicos normales —le respondió pacientemente Lugovoy—. Por razones obvias, no podemos modificar su aspecto en ninguna forma.

—¿Quién dirigirá la operación?

—¿A usted que le parece?

—Se lo estoy preguntando, camarada.

—Yo.

Suvorov se quedó perplejo.

—He estudiado su expediente y el de todos los miembros del personal. Casi le podría decir de memoria lo que dicen. Su especialidad es la psicología. Los demás, en su mayoría, son técnicos electrónicos, y uno es bioquímico. Ninguno de ustedes es cirujano.

—Ni falta que hace. —Se desentendió de Suvorov y volvió a mirar la pantalla del televisor. Después asintió con la cabeza—. Podemos empezar ya. Coloque el láser en su lugar.

Un técnico aplicó el ojo al ocular de goma de un microscopio unido a un láser de argón. La máquina estaba conectada con un ordenador que mostró una serie de

coordinadas en números anaranjados, al pie del posicionador del microscopio. Cuando todas las cifras se pusieron a cero, significó que la posición era exacta.

El hombre del láser dio la señal.

—Posición correcta.

—Comience —le ordenó Lugovoy.

Un hilito de humo, tan débil que sólo el operador del láser pudo verlo en el microscopio, señaló el contacto del rayo azul verdoso, imperceptiblemente delgado, con la cabeza del Presidente.

Era un extraño espectáculo. Todo el mundo estaba de pie, dándole la espalda al paciente, mirando los monitores. Las imágenes se ampliaron hasta que el rayo alcanzó el tamaño de un hilo de araña. Con una precisión más allá de la destreza humana, el ordenador guió el láser hasta hacer un diminuto orificio de tres centésimas de milímetro en el hueso, penetrando sólo hasta la membrana que recubre el cerebro y su fluido. Suvorov se acercó fascinado.

—¿Y después qué ocurre? —preguntó, con voz ronca.

Lugovoy lo llevó hasta un microscopio electrónico.

—Véalo usted mismo.

Suvorov miró a través de los binoculares.

—Lo único que veo es una mancha oscura.

—Ajuste el foco.

Suvorov lo hizo y la mancha se convirtió en un chip... un circuito integrado.

—Un injerto microminiaturizado que puede transmitir y recibir señales del cerebro. Lo vamos a colocar en su corteza cerebral, donde se origina el proceso del pensamiento.

—¿Qué utiliza el injerto como fuente de energía?

—El propio cerebro produce una electricidad de diez vatios —explicó Lugovoy—. Las ondas cerebrales del Presidente pueden ser transmitidas a una unidad de control a miles de kilómetros de distancia, previamente traducidas, y el chip recibe de vuelta las órdenes necesarias. Podría decirse que es como cambiar los canales de la televisión con un mando a distancia.

Suvorov se alejó del microscopio y miró fijamente a Lugovoy.

—Las posibilidades son aún más impresionantes de lo que creí —susurró—. Podremos enterarnos de todos los secretos del gobierno de los Estados Unidos.

—También podremos manipular sus días y sus noches mientras viva —prosiguió Lugovoy—. Y, a través del ordenador, dirigir su personalidad de una manera que ni él ni nadie notará.

Un técnico apareció a su espalda.

—Estamos listos para implantar el injerto.

Lugovoy le hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Proceda.

En el lugar del láser se colocó una especie de robot. El diminuto injerto fue retirado de debajo del microscopio y colocado con precisión en el extremo de un alambre que salía de un brazo mecánico. Después fue introducido en la abertura del cráneo del Presidente.

—Comienza la penetración... ya —dijo la voz de un hombre sentado ante un cuadro de mandos.

Igual que el hombre que había estado manejando el láser, éste estudió una serie de números que aparecieron en la pantalla. Todo el procedimiento estaba preprogramado. No se alzó ninguna mano humana. Guiado por el ordenador, el robot levantó delicadamente el alambre haciéndolo pasar por la membrana protectora y lo introdujo en los suaves pliegues del cerebro. Transcurridos seis minutos la pantalla mostró la palabra «Mark».

Los ojos de Lugovoy no se habían apartado del monitor, en color, de rayos X.

—Afloje y retire la sonda.

—Retirada la sonda —repitió una voz, como un eco.

Después de retirado el alambre, fue reemplazado por un instrumento en forma de tubo con un pequeño enchufe que tenía tres cabellos con sus raíces, extraídos de la cabeza de un hombre perteneciente al equipo ruso, de pelo muy parecido al del Presidente. Después, fue insertado el enchufe en el minúsculo orificio perfectamente cortado por el rayo láser. Cuando se retiró la unidad del robot, Lugovoy se acercó y estudió los resultados con una lupa.

—Dentro de pocos días se desprenderán las pequeñas costuras —observó. Satisfecho, se enderezó y miró las pantallas del ordenador.

—El injerto está en funcionamiento —anunció una ayudante.

Lugovoy se frotó las manos, encantado.

—Bien. Podemos empezar la segunda penetración.

—¿Va a colocar otro injerto? —le preguntó Suvorov.

—No, vamos a inyectar una pequeña cantidad de ARN en el hipocampo.

—¿Por qué no me lo explica en lenguaje corriente?

Lugovoy tocó el hombro del técnico sentado ante los mandos del ordenador y accionó un interruptor. La imagen del cerebro del Presidente se amplió hasta ocupar toda la pantalla del monitor de rayos X.

—Ahí —dijo, dando unos golpecitos en la pantalla—. El órgano en forma de caballito de mar situado bajo los cuernos de los ventrículos laterales, una sección vital del sistema cerebral. Se llama el hipocampo. Aquí es donde se reciben y dispersan nuevos recuerdos. Al inyectar ARN (ácido ribonucleico, que transmite instrucciones genéticas) de un individuo que ya haya sido programado con ciertos pensamientos, podemos realizar lo que llamamos una «transferencia de memoria».

Suvorov había estado tratando de almacenar con todas sus fuerzas lo que veía y oía, pero le fue imposible. No podía absorberlo todo. Ahora miraba al Presidente con una expresión de incertidumbre.

—¿Realmente puede usted inyectar la memoria de un hombre en el cerebro de otro?

—Exactamente —le respondió Lugovoy, como al pasar—. ¿Qué cree que ocurre en los hospitales mentales donde el KGB envía a los enemigos de la nación? No todos son reeducados para que se conviertan en buenos amantes del partido. A muchos se les utiliza para experimentos psicológicos más importantes. Por ejemplo, el ARN que vamos a administrar en el hipocampo del Presidente proviene de un pintor que insistía en crear ilustraciones en las que nuestros líderes aparecían en posiciones raras y desfavorables... No me acuerdo de su nombre.

—¿Belkaya?

—Sí. Oskar Belkaya. Un inadaptado socialmente. Sus pinturas eran o bien obras maestras del arte moderno o bien abstracciones de pesadilla, según los gustos. Después de que sus colegas del servicio de seguridad del Estado lo detuvieron en su estudio, fue llevado en secreto a un remoto sanatorio en las afueras de Kiev. Ahí lo tuvieron en un capullo, como el que tenemos aquí, durante dos años. Con las nuevas técnicas de almacenamiento de memoria, se le borraron sus recuerdos y fue adoctrinado con conceptos políticos, los mismos que deseamos que aplique el Presidente en su gobierno.

—¿Y no puede obtener el mismo resultado con el injerto de control?

—El injerto, con su red computadorizada, es extremadamente complejo y frágil. La transferencia de la memoria actúa como un sistema de apoyo. Además, nuestros experimentos han demostrado que el proceso de control opera más eficientemente cuando el sujeto crea el pensamiento por sí mismo. Entonces el injerto manda una respuesta positiva o negativa.

—Impresionante —acotó Suvorov, muy serio—. ¿Y eso es todo?

—No. Como margen de seguridad una persona de mi equipo, un hipnotizador sumamente experto, pondrá al Presidente en estado de trance y le borrará todas las sensaciones subconscientes que pudiera haber absorbido mientras estuvo en nuestras manos. Además, se le proveerá con una historia de dónde estuvo durante diez días, con toda clase de detalles.

—Como suelen decir los norteamericanos, tiene usted todas las bases cubiertas.

Lugovoy sacudió la cabeza.

—El cerebro humano es un universo mágico que nunca podremos entender del todo. Podemos pensar que, al final, hemos conseguido reproducir su kilo y medio de gelatina gris rosada, pero su caprichosa naturaleza es tan impredecible como el tiempo.

—Lo que me está diciendo es que, quizás, el Presidente no reaccione como usted desea.

—Es posible —manifestó Lugovoy, seriamente—. También es posible que su cerebro rompa los vínculos con la realidad, pese a nuestro control, y haga algo que llegue a tener terribles consecuencias para todos nosotros.

Sandecker detuvo su coche en el parking de un pequeño embarcadero para yates, a sesenta kilómetros al sur de Washington. Se apeó y se quedó contemplando el río Potomac. El cielo brillaba con un azul claro y el agua, de un verde opaco, corría hacia el este, hacia la bahía de Chesapeake. Bajó por una escalera que parecía estar a punto de desmoronarse hasta un pantalán. Atracado en un extremo, había un barco marisquero viejo y fatigado por el uso. Sus herrumbrosas tenazas, que colgaban de una botavara, parecían las garras de algún animal monstruoso.

Tenía el casco gastado por los años de uso y le faltaba la mayor parte de la pintura. Su motor diesel carraspeaba exhausto y arrojaba penachos de humo por la chimenea que se disolvían en la suave brisa. Su nombre apenas legible en la popa era *Hoki Jamoki*.

Consultó su reloj. Faltaban veinte minutos para las doce del mediodía. Asintió con la cabeza en señal de aprobación. A sólo tres horas de haber dado instrucciones a Pitt, la investigación estaba en marcha. Saltó a la cubierta y saludó a los dos ingenieros que conectaban el sensor del sonar con la sonda y entró en la cabina. Encontró a Pitt observando minuciosamente, con una lupa, una gran fotografía realizada desde un satélite.

—¿Esto es lo mejor que has podido conseguir? —le preguntó Sandecker.

Pitt levantó la vista y le sonrió, de buen humor.

—¿Se refiere al bote?

—Sí.

—No está a la altura de sus buques, limpios y pulidos con saliva, pero nos será útil.

—¿No estaba disponible ninguno de nuestros barcos para la investigación?

—Sí, pero elegí esta carraca por dos razones. Una, porque es muy buena para el trabajo, y otra, porque si alguien ha secuestrado un barco del gobierno con ilustres personajes a bordo y lo ha hundido a seis pies, esperará una búsqueda submarina más grande y la va a estar observando. De esta manera podemos movernos con libertad antes de que se enteren.

Sandecker sólo le había dicho que un barco perteneciente a la flota presidencial había sido robado del muelle en Mount Vernon y se suponía hundido. Muy poco más.

—¿Quién te dijo que había personajes de importancia a bordo?

—Los helicópteros del Ejército y la Armada pululan como langostas y se puede caminar por el río sobre los guardacostas que atestan el agua. Hay algo más en esta investigación, almirante, de lo que usted da a entender. Muchísimo más.

Sandecker no contestó. Tuvo que admitir, sin embargo, que Pitt pensaba más deprisa que él. Su silencio, reconoció, no hacía más que realzar las sospechas de Pitt.

Dejando a un lado el asunto, le preguntó:

—¿Has visto algo que te haya inducido a buscar tan lejos de Mount Vernon?

—Lo suficiente como para ahorrarnos cuatro días y cuarenta kilómetros —le respondió—. Supuse que nuestro barco sería localizado por una de nuestras cámaras especiales. ¿Pero cuál? Los satélites espías militares no giran en órbita sobre Washington, y las fotografías del espacio que muestran las condiciones meteorológicas no revelan ningún detalle.

—¿Dónde conseguiste ésa? —le preguntó Sandecker, señalando la fotografía.

—De un amigo del Departamento del Interior. Uno de sus satélites de inspección geológica, en órbita a novecientos kilómetros de altitud, sacó unas instantáneas en infrarrojo de la bahía de Chesapeake y los ríos adyacentes. Hora: 04.40 de la mañana en que desapareció el barco. Si observa con la lupa la ampliación de esta sección del Potomac, el único barco que se ve río abajo desde Mount Vernon está navegando a una milla de este muelle.

Sandecker miró atentamente el minúsculo puntito en la fotografía. La ampliación era increíblemente nítida. Podía descubrir todos los detalles de los aparejos en cubierta y las figuras de dos personas. Clavó la mirada en Pitt.

—No hay ninguna prueba de que sea el barco que buscamos —le dijo.

—No soy tan ingenuo, almirante. Ése es el yate presidencial *Eagle*.

—No contestaré con evasivas —le dijo tranquilamente—, pero no puedo decirte más de lo que te dije.

Pitt se limitó a encogerse de hombros y no contestó nada.

—Entonces, ¿dónde crees que está?

Los verdes ojos de Pitt se abrieron. Miró al almirante y empuñó un compás.

—Verifiqué los datos específicos del *Eagle*. Su velocidad máxima era de catorce nudos. Ahora bien: la foto espacial fue tomada a las 04.45: faltaba una hora y media para el alba. La tripulación que pirateó el yate no podía correr el riesgo de que la vieran, de modo que lo hundieron protegidos por la oscuridad. Teniendo en cuenta todo eso, el yate sólo podría haber navegado veintiuna millas antes de la salida del sol.

—Eso significa muchísima agua.

—Creo que podemos eliminar un poco.

—¿Crees que lo hicieron en el canal?

—Sí, señor, en aguas profundas. Si yo hubiera estado a cargo del asunto, lo habría hundido bastante para evitar cualquier descubrimiento casual.

—¿Cuál es la profundidad media de la búsqueda?

—De diez a quince metros.

—No es suficiente.

—Cierto; pero, de acuerdo con los sondeos de profundidad de las cartas náuticas,

hay varios agujeros que pueden llevar la profundidad a más de treinta metros.

Sandecker hizo una pausa y miró por la ventana de la cabina mientras Al Giordino caminaba por el muelle llevando un par de bombonas de aire sobre sus robustos hombros. Se volvió hacia Pitt y lo miró pensativamente.

—Si te vas a sumergir —dijo Sandecker con frialdad—, no vas a entrar. Nuestra tarea se reduce exclusivamente a descubrir e identificar. Nada más.

—¿Qué hay ahí abajo que no podamos ver?

—No preguntes.

Pitt se sonrió irónicamente.

—Deme el gusto. Soy muy inconstante.

—¡Vaya si lo eres! —gruñó Sandecker—. ¿Qué crees que hay en el yate?

—Digamos mejor *quién*.

—¿Importa acaso? —le preguntó el almirante, poniéndose en guardia—. Probablemente está vacío.

—Me está esquivando, almirante. Estoy seguro. Y después de que encontremos el yate, ¿qué pasará?

—De eso se ocupará el FBI.

—De modo que nosotros realizamos nuestra pequeña acción y nos hacemos a un lado.

—Ésas son nuestras órdenes.

—Pues yo digo que se jodan.

—¿A quién te refieres con ese plural?

—A los poderes ocultos que hacen jueguitos secretos.

—Créeme, este asunto no es un juego.

Una dura expresión asomó a la cara de Pitt.

—Eso ya se lo diré cuando encontremos el yate. ¿De acuerdo?

—Te doy mi palabra de que no te gustaría ver lo que hay dentro del barco naufragado.

No bien pronunció estas palabras, el almirante comprendió que había agitado un capote rojo delante de un toro. Una vez que Pitt se introdujera debajo de la superficie del agua, la cadena de mando quedaba rota.

Seis horas después y doce millas río abajo, el blanco número diecisiete apareció en la pantalla del sonar Klein. Estaba a treinta y cinco metros de profundidad, entre los cabos Persimmon y Mathías, justo enfrente de Popes Creek, y a dos millas más allá del puente sobre el río Potomac.

—¿Dimensiones? —preguntó Pitt al operador del sonar.

—Aproximadamente treinta y seis metros de largo por siete de ancho.

—¿Qué tamaño estamos buscando? —preguntó Giordino.

—El *Eagle* tiene una longitud total de ciento diez pies con una manga de veinte pies —le respondió Pitt.

—Eso coincide —agregó Giordino, convirtiendo mentalmente metros en pies.

—Creo que lo tenemos —agregó Pitt mientras examinaba la forma del pecio en la segunda pantalla del sonar—. Hagamos otro pase... esta vez de unos veinte metros hasta estribor... y arroja una boya.

Sandecker, que se hallaba afuera, en la cubierta de popa, observando el cable sensor, entró en la cabina.

—¿Hemos conseguido algo? Pitt asintió.

—Un contacto óptimo.

—¿Vas a ir a verlo?

—Cuando hayamos lanzado la boya, Al y yo bajaremos. Sandecker miró la cubierta superior y no dijo nada. Después se volvió y regresó a la popa, donde ayudó a Giordino a levantar una plomada de cincuenta libras unida a una boya, de un anaranjado brillante, sobre la borda del *Hoki Jamoki*.

Pitt tomó el timón y condujo el barco. Cuando el blanco empezó a aparecer en el receptor acústico de profundidad, gritó: «¡Ya!».

Arrojaron la boya por la borda mientras el barco ralentizaba su marcha. Uno de los ingenieros se acercó a la proa y soltó el ancla. El *Hoki Jamoki* marchó a la deriva hasta detenerse con la popa apuntando río abajo.

—Lástima que no te hayas traído una cámara de televisión submarina —le dijo Sandecker mientras ayudaba a Pitt a ponerse el equipo de buceo—. Te podrías haber ahorrado un viaje.

—Hubiese sido un esfuerzo inútil —le respondió—. La visibilidad, allá abajo, es de pocos centímetros.

—La corriente tiene una velocidad de dos nudos —juzgó Sandecker.

—Cuando empecemos a subir a la superficie nos llevará a popa. Será mejor arrojar una cuerda de comunicación de cien metros amarrada a una boya flotante para subirnos a bordo.

Giordino se ajustó el cinturón y mostró una amable sonrisa.

—Listo para cuando tú lo estés.

Sandecker le puso una mano en el hombro a Pitt y le dio un cordial apretón.

—Recuerda lo que te dije acerca de entrar en el barco naufragado.

—Trataré de no mirar demasiado —respondió Pitt.

Antes de que el almirante pudiera contestarle, Pitt se colocó la máscara sobre los ojos y se tiró de espaldas.

El agua se cerró encima de él y el reflejo del sol se diluyó en un anaranjado verdoso. La corriente empujó su cuerpo y tuvo que nadar en diagonal contra ella hasta encontrar la boya. Estiró una mano, se aferró a la cuerda y miró hacia abajo. A menos de un metro, la trenza blanca desaparecía en el agua fangosa.

Utilizando la cuerda como guía y apoyo, descendió hacia los abismos del Potomac. Minúsculos filamentos de vegetación y finas partículas de sedimentos pasaron frente a su máscara. Encendió su luz de buceo, pero el pálido rayo apenas amplió en unos centímetros su campo visual. Se detuvo para abrir y cerrar las mandíbulas y compensar la creciente presión en los canales de sus oídos.

La densidad aumentó a medida que buceaba cada vez más hondo. De pronto, como si hubiera pasado por una puerta, la temperatura del agua descendió diez grados y la visibilidad se extendió a casi tres metros. La capa más fría actuaba como un almohadón contra la corriente cálida superior. Apareció el fondo y pudo discernir el sombrío perfil de un barco a su derecha. Se volvió e hizo una seña a Giordino, quien movió afirmativamente la cabeza.

Como emergiendo de la niebla, el casco del *Eagle* poco a poco recobró forma. Yacía como un animal exánime, solo en medio de un silencio ominoso y un agua sombría.

Pitt nadó por un costado del casco mientras Giordino se deslizaba por el otro. El yate estaba perfectamente erguido, sin ninguna señal de haber escorado. Salvo por una delgada capa de algas que se había formado sobre su pintura blanca, parecía tan prístino como cuando surcaba la superficie.

Se encontraron en la popa y Pitt escribió en su tabla de mensajes: «¿Algún problema?» Giordino respondió en la suya: «Ninguno».

Después, lentamente, se abrieron camino por las cubiertas, pasando frente a las oscuras ventanas de los camarotes, y llegaron al puente. Ahí no encontraron nada que sugiriera muerte o tragedia. Dirigieron sus luces hacia las ventanas del puente, a la oscuridad interior, pero lo único que vieron fue una fantasmagórica desolación. Pitt notó que en el telégrafo de la sala de máquinas se leía parar completamente.

Vaciló un instante y escribió un nuevo mensaje en su tablilla: «Voy a entrar».

A Giordino le brillaron los ojos debajo de su máscara, y garabateó: «Voy contigo».

Por puro hábito revisaron sus escafandras. Les quedaba suficiente tiempo para

estar sumergidos doce minutos. Pitt probó la puerta que daba a la cabina. El corazón le daba saltos en el pecho. Aun con Giordino a su lado, la sensación era oprimiente. La falleba giró y empujó la puerta, abriéndola. Aspirando profundamente, nadó hacia el interior.

Los broncees arrojaban un brillo sombrío bajo las luces de buceo. Pitt sintió curiosidad por el aspecto desierto de la cabina. No había nada fuera de lugar. Se acordó del *Pilottown*.

Al no ver nada de interés, los dos bajaron por una escalera al salón de cubierta. En las fluidas tinieblas, el amplio recinto parecía extenderse hasta el infinito. Por todas partes había la misma y extraña pulcritud. Giordino dirigió su linterna hacia arriba. Las vigas del techo y los paneles de caoba tenían el aspecto de una absoluta desnudez. Entonces Pitt comprendió qué sucedía. El techo debería estar atestado de objetos flotando. Todo lo que pudiera haber subido a la superficie y ser arrastrado a la costa había desaparecido.

Acompañados por el borbotear de sus burbujas de aire se deslizaron por el pasillo que separaba los camarotes. La misma pulcritud en todas partes; hasta habían sacado las camas y los colchones. Las luces de los dos apuntaban a los muebles atornillados a la cubierta alfombrada. Pitt inspeccionó los baños mientras Giordino investigaba en los armarios. Para cuando llegaron a las dependencias de la tripulación, sólo les quedaban siete minutos de aire. Comunicándose brevemente con las manos, se dividieron: Giordino investigaría en la cocina y en las despensas y Pitt en la sala de máquinas. La tapa de la escotilla de esta última estaba cerrada y asegurada con pernos, por lo que, sin perder un segundo, Pitt desenvainó el cuchillo de buceo que llevaba en la pierna e hizo palanca para sacar las clavijas de los goznes. La tapa, liberada, pasó junto a él y subió hacia la superficie.

Y lo mismo hizo un cadáver, que irrumpió a través de la escotilla abierta como un muñeco de resorte que saliera de una caja de sorpresas.

Pitt retrocedió hasta el mamparo y observó, pasmado, cómo un desfile espantoso de restos y cadáveres flotantes salía de la sala de máquinas y subían hasta el techo, donde quedaron en posiciones grotescas como globos atrapados. Por más que los gases internos habían empezado a expandirse, la carne aún no había comenzado a descomponerse. Unos ojos ciegos asomaban bajo mechones de pelo que ondulaban por efecto de la agitación del agua.

Procuró librarse de esa garra de espanto y revulsión que lo oprimía y armarse de valor para llevar a cabo la repugnante tarea que no podía dejar inconclusa. Con una náusea cada vez mayor, producto de ese miedo frío, se deslizó por la escotilla para pasar a la sala de máquinas.

Lo que encontró fue un osario: ropas de cama, trajes salidos de maletas a medio abrir, almohadas y almohadones, todo lo que pudiera flotar estaba mezclado entre un amasijo de cadáveres. El espectáculo era una pesadilla que jamás hubiera imaginado y que ni siquiera hubiera figurado en una película de horror de Hollywood.

La mayoría de los cadáveres llevaba los uniformes blancos de los guardacostas, lo que les daba un aspecto más fantasmal. Algunos iban vestidos con ropa de trabajo. Ninguno presentaba señales de lesiones o heridas.

No llevaba más de dos minutos ahí, encogido de espanto cuando una mano exánime o un blanco rostro inexpresivo pasaron a la deriva frente a su máscara. Hubiera jurado que todos lo estaban mirando, rogándole por algo que él no podía darles. Había uno vestido de forma distinta que los demás, con un jersey debajo de una elegante gabardina. Rápidamente hurgó en los bolsillos del muerto.

Había visto lo suficiente como para que el espectáculo quedara grabado para siempre en su mente. Subió rápidamente la escalera y huyó de la sala de máquinas. Una vez liberado de esa morbosa escena de abajo vaciló antes de comprobar la reserva de aire. La aguja indicaba cincuenta kilos, una reserva más que suficiente para llegar arriba si no se entretenía. Encontró a Giordino revolviendo en un cavernoso armario con comida y le hizo un ademán, con el pulgar hacia arriba. Giordino asintió e inició la ascensión, pasando por el pasillo que conducía a la cubierta exterior.

Una gran ola de alivio recorrió a Pitt cuando dejó el yate allá abajo en el fango. No les quedaba tiempo para buscar la cuerda amarrada a la boya, por lo que ascendieron siguiendo las burbujas que salían de las agotadas válvulas. El agua se transformó poco a poco de un negro pardusco en un verde plomizo. Al final salieron a la superficie y se encontraron a cincuenta metros río abajo del *Hoki Jamoki*.

Sandecker y la tripulación del barco los localizaron al instante y empezaron a tirar de la cuerda salvavidas. El almirante hizo bocina con las manos y gritó:

—Aguantad. Ya os traemos.

Pitt le hizo una señal con la mano, agradecido de poder descansar. Se sentía demasiado agotado como para hacer otra cosa que no fuera flotar perezosamente contra la corriente y ver pasar los árboles alineados en la costa. Minutos después él y Giordino fueron izados hasta la cubierta del viejo barco marisquero.

—¿Es el *Eagle*? —le preguntó Sandecker, incapaz de contener su curiosidad.

Pitt esperó a responderle hasta desprenderse de las botellas de aire comprimido.

—Sí —dijo finalmente—. Es el *Eagle*.

A Sandecker le costó formular la pregunta que le atenaceaba la mente. Prefirió dar un rodeo:

—¿Habéis encontrado algo digno de mención?

—La parte de afuera no ha sufrido daños. El yate está derecho. La quilla descansa en medio metro de cieno.

—¿Ninguna señal de vida?

—No desde el exterior.

Resultaba evidente que Pitt no iba a proporcionar ninguna información a menos que se la pidieran. Su piel habitualmente tostada parecía extrañamente pálida.

—¿Pudiste ver en su interior? —le preguntó Sandecker.

—Estaba demasiado oscuro para poder ver algo.

—¡Diablos! Está bien. Cuéntame qué encontraste.

—Ya que me lo pregunta tan amablemente, le diré que hay más cadáveres en el yate que en un cementerio. Estaban amontonados en la sala de máquinas desde la cubierta hasta el techo. Conté veintiuno.

—¡Por Dios! —exclamó Sandecker, con voz ronca llena de terror—. ¿Pudiste reconocer a algunos?

—Trece eran de la tripulación. El resto parecían civiles.

—¿Ocho civiles? —le preguntó atónito.

—Supongo, por lo que pude juzgar por sus ropas. No estaban en condiciones de ser interrogados.

—Ocho civiles —repitió Sandecker—. ¿Y ninguno conocido?

—No estoy seguro de que sus propias madres pudieran identificarlos. ¿Por qué? ¿Se supone que debía reconocer a alguno?

Sandecker sacudió la cabeza.

—No te lo puedo decir.

Pitt no recordaba haber visto nunca al almirante tan perturbado. Su férrea armadura había desaparecido. Sus ojos penetrantes e inteligentes parecían afligidos. Esperando obtener alguna reacción, Pitt dijo:

—De tener que aventurar una opinión, diría que alguien se cargó a la mitad de la embajada china.

—¿China? —La mirada se volvió tan cortante como un punzón para cortar hielo.

—Siete de los ocho civiles eran asiáticos.

—¿No estarás equivocado? —le preguntó Sandecker, en busca de una vana esperanza—. Con tan poca o ninguna visibilidad...

—La visibilidad era de tres metros. Y, además, sé muy bien la diferencia entre los párpados de un europeo y los de un oriental.

—Gracias a Dios —le respondió el almirante, exhalando un profundo suspiro.

—Le quedaría muy agradecido si me informara de qué diablos esperaba usted que encontráramos Al y yo allá abajo.

La mirada de Sandecker se suavizó.

—Te debo una explicación, pero no puedo darte ninguna. Ocurren cosas a nuestro alrededor que no necesitamos saber.

—Tengo mis propios problemas —le replicó Pitt, con frialdad—. No estoy interesado en éste.

—Sí, Julie Mendoza. Entiendo.

Pitt sacó algo debajo de la manga de su traje mojado.

—Aquí tiene. Me olvidaba. Lo encontré en uno de los cadáveres.

—¿Qué es?

Pitt le mostró una cartera de piel, empapada. En el interior había un documento de identidad a prueba de agua con la fotografía de un hombre. Afuera, un distintivo en forma de escudo.

—La identificación de un agente del Servicio Secreto —le respondió Pitt—. Se llamaba Brock, Lyle Brock.

Sandecker cogió la cartera sin comentarios. Le echó un vistazo a su reloj.

—Tengo que ponerme en contacto con Sam Emmett, del FBI. Ahora el problema es suyo.

—Todavía no puedo olvidar el asunto, almirante. Los dos sabemos que llamarán a la NUMA para rescatar el *Eagle*.

—Tienes razón, por supuesto —le respondió, cansado—. Quedas liberado de este proyecto. Haz lo que debas hacer. Haré que Giordino se ocupe del rescate. —Se volvió y entró en la cabina para pedir una comunicación telefónica de barco a tierra.

Pitt permaneció largo rato contemplando las ominosas aguas del río, reviviendo el terrible espectáculo de abajo. Un verso de un viejo poema escrito por un marino le pasó por la cabeza: «Un barco fantasma, con una tripulación fantasma, sin lugar adonde ir».

Después, como quien deja caer el telón, sus pensamientos volvieron al *Pilottown*.

En la orilla oriental del río, oculto en un bosquecillo de fresnos, un hombre, cubierto con ropa de camuflaje de la guerra de Vietnam, apoyó un ojo en el visor de una cámara de video. El calor del sol y la espesa humedad le hacían correr el sudor

por la cara. Ignorando esa incomodidad, siguió grabando aproximando el zoom hasta que el cuerpo de Pitt ocupó todo el visor. Después tomó una panorámica que abarcó toda la longitud del barco marisquero, deteniéndose unos segundos en cada miembro de la tripulación.

Media hora después de que los buzos salieron del agua, una pequeña flota de lanchas guardacostas rodeó el *Hoki Jamoki*. La grúa de una de esas embarcaciones dejó caer una gran boya con una luz intermitente junto a los restos del *Eagle*.

Cuando se le acabaron las pilas al hombre del video, recogió su equipo y se refugió en las sombras del inminente crepúsculo.

Pitt estaba contemplando el menú cuando el *maître* del Restaurante Positano, en Fairmont Avenue, condujo a Loren hasta su mesa. La muchacha caminaba con una gracia atlética, haciendo pequeñas inclinaciones de cabeza e intercambiando algunas palabras con los miembros del Congreso que almorzaban entre los murales y los anaqueles con botellas de vino del restaurante.

Pitt levantó la vista y sus miradas se encontraron. Loren le devolvió su mirada apreciativa y hasta le sonrió. Después él se levantó y apartó la silla de la mesa para que se sentara.

—¡Por Dios! Hoy estás fea...

Loren se rió.

—Sigues desconcertándome.

—¿Por qué?

—Por un momento eres un caballero y al siguiente, un patán.

—Me dijeron que a las mujeres les gusta la variedad.

Los ojos de Loren, claros y suaves, mostraban una expresión divertida.

—Aunque debo hacerte justicia. Eres el único hombre que no me adula.

Pitt esbozó una sonrisa irónica y contagiosa.

—Eso se debe a que no necesito favores políticos.

Loren hizo una mueca y abrió el menú.

—No tengo tiempo para bromas. Debo regresar a mi oficina y contestar una tonelada de cartas de los contribuyentes. ¿Qué me recomiendas?

—Yo probaría la *zuppa di pesce*.

—Creo que preferiré una ensalada.

Loren se puso la servilleta sobre las rodillas.

—Te he estado llamando por teléfono durante dos días. ¿Dónde has estado?

—El almirante me envió a un trabajo de rescate de urgencia.

—¿Era bonita? —le preguntó ella, siguiendo con sus bromas habituales.

—El forense podía decirlo. Pero los cadáveres nunca me atraieron sexualmente.

—Perdóname —le dijo Loren, recuperando la calma y la sobriedad hasta que trajeron las bebidas.

Revolvieron el hielo y después sorbieron el rojizo contenido de los vasos.

—Unos de mis ayudantes encontró algo que podría serte útil —dijo por fin Loren.

—¿De qué se trata?

Loren sacó de su portafolios varias páginas escritas a máquina y se las pasó. Después empezó a explicarle.

—Me temo que no sea de mucho valor, pero hay un informe interesante sobre la flota secreta de la CÍA.

—Ignoraba que tuvieran una.

—En 1963, la CÍA organizó una pequeña flota de barcos que ni siquiera conocía la gente del gobierno. Y los pocos que estaban enterados no querían admitir que existía. Además de efectuar tareas de vigilancia, la principal función de esa flota era realizar operaciones clandestinas en las que estaban involucrados transportes de hombres y provisiones para infiltrar agentes o guerrilleros en países enemigos. Originalmente, esa flota se formó para hostigar a Castro después de que tomara el poder en Cuba. Varios años después, cuando resultó evidente que Castro era demasiado fuerte para ser derribado, se limitaron las actividades. En parte porque los cubanos amenazaron con tomar represalias contra los barcos pesqueros norteamericanos. A partir de ese momento, la flota de la CÍA extendió su campo de operaciones desde la América Central hasta las guerras de Vietnam, África y el Medio Oriente. ¿Me sigues?

—Te sigo, pero no tengo la menor idea de adonde conduce todo esto.

—Ten paciencia. Hace varios años, un barco de transporte, el *Hobson*, que formaba parte de la reserva naval de la Armada, se estaba pudriendo en Filadelfia. Fue puesto fuera de servicio y vendido a una compañía marítima comercial, una cobertura de la CÍA. No ahorraron gastos para convertirlo por fuera en algo parecido a un carguero común, pero por dentro lo llenaron de armas, incluyendo un nuevo sistema de misiles, equipos de comunicaciones y de escucha muy sofisticados y un mecanismo para lanzar rápidamente lanchas patrulleras y de desembarco a través de puertas corredizas en proa.

Estaba tripulado y listo para entrar en batalla durante la desastrosa invasión iraní en Kuwait y Arabia Saudita en 1985. Navegando bajo pabellón panameño, hundió secretamente dos barcos espías soviéticos en el golfo Pérsico. Los rusos nunca pudieron probar quién lo hizo porque ninguno de los barcos de nuestra Armada estaba en las cercanías. Aún siguen creyendo que los misiles que destruyeron sus barcos provinieron de la costa Saudita.

—¿Cómo has descubierto todo esto?

—Tengo mis fuentes.

—¿El *Hobson* tiene algo que ver con el *Pilottown*?

—De alguna manera —le contestó Loren.

—Cuéntame.

—Hace tres años, el *Hobson* desapareció con toda su tripulación frente a la costa mexicana del Pacífico.

—¿Y?

—La CÍA volvió a encontrarlo tres meses después.

—Me suena familiar —dijo distraídamente Pitt.

—También a mí. Se repite lo del *San Marino* y lo del *Belle Chasse*.

—¿Dónde encontraron al *Hobson*?

Antes de que Loren pudiera contestarle, apareció el camarero con los platos. La *zuppa di pesce*, una bullabesa italiana, tenía un aspecto sensacional.

Apenas el camarero se hubo alejado lo bastante como para no oír lo que hablaban, Pitt le hizo una señal con la cabeza.

—Continúa.

—No sé cómo la CÍA consiguió seguir el rastro del barco, pero lo encontraron en un dique seco de Sidney, Australia, donde le estaban practicando una «cirugía estética» de primera.

—¿Averiguaron quién lo había registrado?

—Enarbolaba bandera de Filipinas bajo el registro de Samar Exporters. Una firma falsa, constituida apenas pocas semanas antes en Manila. El nombre del barco era *Buras*.

—*Buras*.... —repitió Pitt—. Ha de ser el nombre de una persona. ¿Cómo está tu ensalada?

—Muy bien. ¿Y tu sopa?

—Excelente —le respondió—. Fue un acto de pura estupidez, por parte de los piratas, robar un barco perteneciente a la CÍA.

—Es como cuando un ladrón ataca a un borracho y descubre que el borracho era un policía disfrazado.

—¿Qué pasó después de lo de Sidney?

—Nada. La CÍA, trabajando en colaboración con la rama australiana del Servicio Secreto británico, trató de apresar a los dueños del *Buras*, pero nunca pudieron encontrarlos.

—¿Ninguna pista? ¿Ningún testigo?

—La pequeña tripulación coreana que estaba a bordo había sido reclutada en Singapur. Sabía poco y sólo pudo dar una descripción del capitán, que había desaparecido.

Pitt tomó un trago de agua y examinó una página del informe.

—El documento de identidad no dice mucho. Coreano, altura mediana, ochenta kilos, pelo negro, una brecha en los dientes superiores. Eso reduce la investigación a un máximo de unos cinco o diez millones de hombres —agregó, sarcásticamente—. Bueno, por lo menos, ahora no me siento tan mal. Si la CÍA no ha podido atrapar a quien quiera que esté navegando por el mundo secuestrando barcos, con toda seguridad que tampoco lo conseguiré yo.

—¿Te llamó St. Julien Perlmutter?

Pitt sacudió negativamente la cabeza.

—No he sabido ni una sola palabra de él. Quizá se desanimó y abandonó la causa.

—También yo tengo que abandonarla —le dijo Loren, amablemente—. Pero por

poco tiempo.

Pitt la miró seriamente un momento. Después se distendió y se rió.

—¿Cómo puede ser que una chica tan guapa como tú se dedique a la política?

Loren arrugó la nariz.

—¡Machista!

—En serio, ¿dónde vas a estar?

—En una fiesta de investigación, en un crucero ruso que navega por el Caribe.

—Por supuesto. Había olvidado que presides el comité de la marina mercante.

Loren asintió y se dio unos golpecitos en la boca con la servilleta.

—El último crucero que navegó con bandera americana quedó fuera de servicio en 1984. Para muchos es una vergüenza nacional. El Presidente desea, fervientemente, que nosotros estemos representados tanto en el comercio oceánico como en la defensa naval. Está pidiendo al Congreso un presupuesto de noventa millones de dólares para restaurar el *S.S. United States*, que ha estado atracado durante veinte años en Norfolk, y volverlo a poner en servicio para competir con las compañías extranjeras.

—¿Y tú vas a estudiar el método de los rusos para agasajar a sus pasajeros con vodka y caviar?

—Eso —le respondió, adquiriendo de pronto su personalidad oficial— y el sistema económico de un crucero administrado por el gobierno.

—¿Cuándo zarpas?

—Pasado mañana. Vuelo a Miami y me embarco en el *Leonid Andreyev*. Regresaré dentro de cinco días. ¿Qué harás tú?

—El almirante me ha dado libertad para continuar la investigación del *Pilottown*.

—¿Te ha servido de algo esta información?

—Todo, por poco que sea, ayuda —le contestó, esforzándose por concentrarse en una idea que era una sombra lejana en el horizonte. Después la miró—. ¿Has oído algo interesante en la radio macuto del Congreso?

—¿Te refieres a chismes? ¿Como quién se acuesta con quién, o así?

—Algo más interesante. Rumores de funcionarios de alto rango o de diplomáticos extranjeros que hayan desaparecido.

Loren meneó la cabeza.

—No, nada tan siniestro. El escenario del Capitolio está bastante aburrido cuando el Congreso está de vacaciones. ¿Por qué? ¿Te has enterado de algún escándalo que yo ignore?

—Preguntaba, nada más —le respondió, sin comprometerse.

Loren estiró el brazo sobre la mesa y le cogió de la mano.

—No tengo la menor idea de adonde te va a conducir todo esto pero, por favor, cuídate. Fu Manchú podría sospechar que le estás siguiendo el rastro y tenderte una

emboscada.

Pitt la miró y se rió.

—No he leído a Sax Rohmer desde que era niño. ¡Fu Manchú, el peligro amarillo! ¿Qué te hizo pensar en él?

Loren se encogió ligeramente de hombros.

—Realmente, no lo sé. Una asociación de ideas con una vieja película de Peter Sellers... la Sosan Trading Company y la tripulación coreana del *Buras*, sospecho.

Una mirada distante asomó a los ojos de Pitt, que se abrieron de par en par. La idea en el horizonte había cristalizado. Llamó al camarero y pagó la comida con una tarjeta de crédito.

—Tengo que hacer un par de llamadas telefónicas —le dijo brevemente. Le dio un suave beso en los labios y salió precipitadamente a la acera atestada de gente.

Pitt se dirigió en coche hasta el edificio de la NUMA y se encerró en su oficina. Estableció un orden de prioridades en su trabajo, y transcurridos unos instantes, marcó un número de Los Angeles, por su línea telefónica privada. A la quinta llamada le atendió una muchacha que pronunciaba mal las erres.

—Investigadores Casio y Asociados.

—Quisiera hablar con el señor Casio, por favor.

—¿Quién le llama?

—Mi nombre es Pitt.

—Está con un cliente. ¿Puede volver a llamar?

—¡No! —gritó amenazador—. Llamo desde Washington. Es urgente.

Intimidada, como era lógico, la recepcionista le contestó:

—Un momento.

Casio apareció en la línea casi inmediatamente.

—Señor Pitt. Encantado de oírle.

—Lamento interrumpir su entrevista, pero necesito hacerle una consulta.

—Haré lo que pueda.

—¿Qué sabe de la tripulación del *San Marino*?

—No mucho. Investigué sobre los oficiales, pero no había nada raro. Todos eran marinos mercantes profesionales. El capitán, por lo que recuerdo, tenía antecedentes muy respetables.

—¿Nada que los vinculara con el crimen organizado?

—No apareció nada en las computadoras del Centro Nacional de Informaciones sobre delitos y crímenes.

—¿Y qué sabe del resto de la tripulación?

—Tampoco mucho por ese lado. Sólo unos pocos estaban registrados en el sindicato del mar.

—¿Nacionalidades? —le preguntó Pitt.

—¿Nacionalidades? —repitió Casio. Pensó un momento y le contestó—: Una mezcla. Algunos griegos, algunos norteamericanos, varios coreanos.

—¿Coreanos?—Pitt se puso alerta enseguida, al recordar esa nacionalidad—. ¿Había coreanos a bordo?

—Sí, así es. Y ahora que usted lo menciona, recuerdo que un grupo de diez se enrolaron justo antes de zarpar el *San Marino*.

—Sería posible seguir la pista de los barcos y de las compañías en que sirvieron antes de hacerlo en el *San Marino*?

—Se está remontando usted bastante atrás; pero los expedientes han de estar disponibles.

—¿Podría, además, examinar los antecedentes de la tripulación del *Pilottown*?

—No veo por qué no.

—Se lo agradecería.

—Exactamente, ¿qué busca usted? —le preguntó Casio.

—Creo que es demasiado obvio para usted.

—¿Un vínculo entre la tripulación y la compañía madre? ¿Es eso?

—Más o menos.

—Usted se refiere a antes de que desapareciera el barco —reflexionó Casio.

—El medio más práctico para apoderarse de un barco es contando con la ayuda de la tripulación.

—Yo creía que los motines habían acabado con el *Bounty*.

—El término moderno es secuestro.

—Creo que tiene usted una buena corazonada. Veré que puedo hacer.

—Gracias, señor Casio.

—Estamos los dos liados en el mismo asunto. Llámame Sal.

—Muy bien, Sal. Llámame Dirk.

—Lo haré —le respondió, muy serio—. Adiós.

Después de colgar, Pitt se recostó en el asiento y apoyó los pies en la mesa. Se sentía bien, y absolutamente optimista acerca de los resultados de su repentina intuición. Ahora iba a intentar otro palo de ciego tan descabellado que casi se sintió estúpido por probarlo. Copió un número de la guía Nacional de la Universidad y llamó.

—Pennsylvania, Departamento de Antropología.

—¿Podría hablar con la doctora Grace Perth?

—Un segundo.

—Gracias.

Esperó dos minutos antes de que una voz maternal dijera:

—Hola...

—¿Doctora Perth?

—Yo soy.

—Mi nombre es Dirk Pitt. Pertenezco a la Agencia Nacional Marítima y Submarina. ¿Dispone de un momento para contestarme un par de preguntas académicas?

—¿Qué desea saber, señor Pitt?

Dirk trató de imaginársela. La primera imagen que se le ocurrió fue la de una mujer muy atildada, de pelo blanco y con un traje de *tweed*. La borró enseguida por estereotipada.

—Si usted tuviera un hombre, entre treinta y cuarenta años, de altura y peso medianos, nativo de Pekín, China y otro de la misma descripción de Seúl, Corea del

Sur, ¿cómo los distinguiría?

—No estará bromeando, ¿verdad, señor Pitt?

Dirk se rió.

—No, doctora, le estoy hablando en serio —le contestó.

—Hmmm... Chinos y coreanos —susurró, mientras pensaba—. En general, la gente con antepasados coreanos tiende a ser más clásica o extrema... mongoloide. Por su parte, los rasgos chinos tienden más, por lo general, a lo asiático. Pero no me gustaría ganarme la vida adivinando quién es quién porque la coincidencia de rasgos es muy grande. Sería mucho más sencillo juzgarlos por sus ropas o sus conductas. O por el modo de cortarse el pelo... En resumen, por sus características culturales.

—Creí que tendrían algunos rasgos faciales que los diferenciarían, como se encuentran entre los chinos y los japoneses.

—Bueno, en estos casos las características genéticas son más evidentes. Si su oriental tuviera una barba espesa, eso sería una señal de que se trata de un japonés. Pero en el caso de China y Corea, estamos hablando de dos grupos raciales que se han cruzado durante siglos, por lo que las variantes individuales tienden a empañar cualquier distinción.

—Por lo que dice, la cosa parece sin solución.

—Tremendamente difícil, quizá, pero no sin solución. Una serie de pruebas de laboratorio podría elevar la posibilidad de acertar.

—Mi interés reside en el enfoque visual.

—¿Están vivos?

—No; ahogados.

—¡Qué lástima! Con un individuo vivo hay pequeñas expresiones faciales que han sido adquiridas culturalmente, y sólo puede descubrirlas quien tenga mucha experiencia en ambas razas. Sobre esa única base sólo pueden hacerse unas cuantas deducciones.

—No tengo esa suerte.

—Tal vez la tenga si puede definirme sus rasgos faciales.

Pitt temía pensar en lo que había visto, pero cerró los ojos y empezó a describirle las cabezas sin vida que contemplara en el *Eagle*. Al principio la visión fue vaga, pero pronto la recordó con claridad y se encontró dando detalles con la insensible objetividad de un cirujano que cuenta un trasplante de corazón a una grabadora. De pronto, se calló.

—Sí, señor Pitt, continúe, por favor.

—Acabo de recordar algo que se me escapó. Dos de los cadáveres tenían, en realidad, abundantes pelos en la cara. Uno llevaba un bigote, y el otro una barba de chivo.

—Interesante.

—¿Entonces no eran coreanos ni chinos?

—No necesariamente.

—¿Qué otra cosa podrían ser sino japoneses?

—Está usted sacando conclusiones antes de mirar, señor Pitt —le dijo la doctora, como sermoneando a un estudiante—. Los rasgos que usted me describe sugieren una marcada tendencia al tipo clásico mongoloide.

—¿Y los pelos en la cara?

—Debe tener en cuenta la historia. Los japoneses han estado invadiendo y merodeando por Corea desde el siglo xvi. Y durante treinta y cinco años, desde 1910 hasta 1945, Corea fue una colonia japonesa. Por lo tanto, hubo una gran mezcla de sus variaciones genéticas particulares.

Pitt dudó antes de formular la siguiente pregunta. Después eligió con mucho cuidado las palabras.

—Si usted tuviera que dar una opinión sobre la raza de los hombres que he descrito, ¿qué diría?

Grace Perth respondió triunfante.

—Desde un punto de vista estadístico diría que los antepasados de su grupo podrían ser: con un diez por ciento de probabilidades japoneses; treinta por ciento, chinos y con sesenta por ciento, coreanos.

—Dicho así, parece que usted ha reconstruido el término medio coreano.

—Puede interpretarlo como quiera, señor Pitt. He ido lo más lejos que he podido.

—Gracias, doctora Perth —le dijo. De pronto se puso exultante—. Gracias, muchísimas gracias.

—De modo que ése es Dirk Pitt —dijo Min Koryo. Estaba sentada en su silla de ruedas, mirando por encima de la bandeja del desayuno una gran pantalla de televisión en la pared de su oficina.

Lee Tong estaba sentado junto a ella, viendo el video del *Hoki Jarhoki* fondeado sobre el yate presidencial.

—Lo que me deja perplejo —dijo tranquilamente— es cómo logró descubrir tan pronto el naufragio. Es como si hubiera sabido dónde buscar exactamente.

Min Koryo apoyó la barbilla en sus frágiles manos y agachó la cabeza, que empezaba a ponerse gris, con los ojos clavados en la pantalla y las venas de las sienas latiendo por su concentrada atención. Poco a poco su cara se fue endureciendo de rabia. Parecía una momia egipcia cuya piel se hubiera blanqueado y, a la vez, siguiera tersa.

—Pitt y la NUMA —exclamó en un silbido de exasperación—. ¿Qué están buscando esos canallas? Primero el *San Marino* y el *Pilottown*, con toda esa publicidad. Y ahora esto.

—Puede ser sólo una coincidencia —sugirió Lee Tong—. No hay una relación directa entre los cargueros y el yate.

—O, mejor, obra de un delator —su voz estalló como un látigo—. Nos han vendido.

—No es una conclusión válida, *aunumi* —agregó Lee Tong, divertido por ese súbito estallido—. Sólo tú y yo conocíamos los hechos. Todos los demás están muertos.

—Nada es inmune al fracaso. Sólo los tontos se creen perfectos.

Lee Tong no estaba de humor para escuchar la filosofía oriental de su abuela.

—No te preocupes innecesariamente —le dijo, sardónico—. De todos modos, cualquier equipo investigador del gobierno habría terminado por encontrar el yate. No podíamos trasladar al Presidente a la luz del día sin correr el peligro de que nos vieran o nos pararan. Y dado que sólo se supo lo del yate al amanecer, la simple matemática sugería que aún se hallaría, en algún lugar o bajo el río, entre Washington y la bahía de Chesapeake.

—Una conclusión a la que, al parecer, no le costó llegar al señor Pitt.

—Eso no cambia nada. El tiempo aún está de nuestro lado. Apenas Lugovoy obtenga resultados satisfactorios, todo lo que nos queda por hacer es supervisar el embarque de oro. Después, Antonov podrá quedarse con el Presidente. Pero nosotros tendremos a Margolin, Larimer y Moran como seguro y para futuras transacciones. Ten confianza en mí, *aunumi*. La parte más difícil ya pasó. La fortaleza de la corporación Bougainville está segura.

—Tal vez, pero los sabuesos se están acercando.

—Estamos en igualdad de condiciones con la gente más entrenada e inteligente que posee la más elaborada tecnología del mundo. Podrán acercarse, pero jamás nos alcanzarán.

Un poco apaciguada, Min Koryo suspiró y tomó un trago de su sempiterna taza de té.

—¿Has hablado con Lugovoy en estas últimas horas?

—Sí. Sostiene que no ha tenido ningún contratiempo y que puede completar el proyecto en unos cinco días.

—Cinco días —dijo la mujer, pensativa—. Creo que ha llegado el momento de que nos pongamos de acuerdo con Antonov respecto al pago. ¿Ha llegado nuestro barco?

—El *Venice* entró en el muelle de Odesa hace dos días.

—¿Quién es el patrón?

—El capitán James Mangyai, un empleado de confianza de la compañía.

Min Koryo asintió.

—Y un buen marino. Estuvo a mi servicio hace casi veinte años.

—Tiene órdenes de zarpar en el momento en que sea cargada a bordo la última caja de oro.

—Bien. Ahora veremos qué tácticas dilatorias va a intentar Antonov. Para empezar, nos pedirá aplazar el pago hasta que el experimento de Lugovoy demuestre su éxito. No lo aceptaremos. Mientras tanto, tendrá un ejército de agentes de la KGB recorriendo el campo norteamericano, buscando al Presidente y nuestro laboratorio.

—Ningún ruso ni ningún norteamericano imaginarán dónde tenemos escondidos a Lugovoy y a su personal —le dijo Lee Tong con firmeza.

—Ya han encontrado el yate —le recordó Min Koryo.

Antes de que Lee Tong pudiera contestarle, la pantalla de video empezó a nevar al acabarse la cinta. Lee Tong ajustó el control para rebobinar.

—¿Quieres verla de nuevo? —le preguntó.

—Sí; quiero ver más de cerca el equipo de buceo.

Cuando el magnetoscopio se apagó, Lee Tong apretó el botón para volver a pasar la cinta y las imágenes recobraron vida.

Min Koryo miró impasiblemente un minuto y después le preguntó:

—¿Cuáles son las últimas noticias del lugar del naufragio?

—Un equipo de rescate de la NUMA está subiendo los cadáveres y preparándose para izar el yate.

—¿Quién es ese hombre de barba roja que está hablando con Pitt?

Lee Tong amplió la imagen hasta que los dos hombres llenaron la pantalla.

—Ése es el almirante James Sandecker, director de la NUMA.

—¿No vieron a tu hombre filmar los movimientos de Pitt?

—No; es uno de los mejores en ese oficio. Un ex agente del FBI. Fue contratado para ese trabajo por una de nuestras compañías filiales. Se le dijo que Pitt era sospechoso de vender equipos de la NUMA al extranjero.

—¿Qué sabemos de Pitt?

—Tengo un expediente completo, que viene en avión desde Washington. Estará aquí dentro de una hora.

Los labios de Min Koryo se apretaron cuando se acercó a la televisión.

—¿Cómo es posible que sepa tanto? La NUMA es una agencia oceanográfica. Ahí no emplean a agentes secretos. ¿Por qué nos persigue?

—Nos conviene averiguarlo.

—Amplíalo.

Lee Tong volvió a ampliar la imagen, pasando por el hombro de Sandecker hasta que dio la impresión de que Pitt hablaba a la cámara. Entonces congeló la imagen.

Min Koryo colocó unas gafas cuadradas sobre su estrecha nariz y contempló ese rostro curtido por la intemperie pero atractivo que le devolvía la mirada. Los negros ojos de la mujer relampaguearon un instante.

—Adiós, señor Pitt —le dijo.

Después estiró la mano y apretó el interruptor que apagaba el aparato y la pantalla se oscureció.

El humo del cigarrillo de Suvorov flotaba pesadamente en el aire del comedor mientras él y Lugovoy compartían una botella de oporto Croft, cosecha de 1966. Suvorov miró el líquido rojo de su copa y frunció el entrecejo.

—Estos mongoles no hacen más que servirnos cerveza y vino. ¡Qué no daría por una botella de buen vodka!

Lugovoy eligió un cigarro de una caja que le ofrecía uno de los camareros coreanos.

—No tiene usted cultura, Suvorov. Este oporto es excelente.

—La decadencia norteamericana no me ha afectado —le dijo Suvorov con arrogancia.

—Llámelo como quiera, pero raras veces verá usted que los norteamericanos deserten a Rusia enamorados de *nuestro* disciplinado estilo de vida —le replicó Lugovoy sarcásticamente.

—Está empezando a hablar como ellos y a beber como ellos. Después va a querer asesinar y violar en las calles, como ellos. Por lo menos yo sé dónde tengo puesta mi lealtad.

Lugovoy se quedó mirando pensativo el cigarro.

—Yo también. El trabajo que estoy haciendo aquí tendrá graves efectos en la política de nuestro país con los Estados Unidos. Es de una importancia mucho más

grande que las tonterías de la KGB cuando roba secretos industriales.

Suvorov parecía estar demasiado ablandado por el vino como para molestarse por las observaciones del psicólogo.

—Pasaré el informe de sus acciones a nuestros superiores.

—Se lo he dicho hasta el cansancio. Este proyecto está apoyado por el propio Presidente Antonov.

—No le creo.

Lugovoy encendió el cigarrillo y lanzó una voluta de humo al techo:

—Su opinión no tiene la menor importancia.

—Debemos encontrar algún medio para comunicarnos con el exterior —dijo Suvorov, levantando la voz.

—Usted está loco —le replicó Lugovoy seriamente—. Se lo prohibo. Le ordeno que no interfiera. ¿No puede verlo con sus propios ojos, con su propio cerebro? Mire a su alrededor. Todo esto lleva años preparándose. Cada detalle ha sido minuciosamente planeado para el éxito de esta operación. Sin la organización de Madame Bougainville, nada de esto hubiera sido posible.

—Somos sus prisioneros —protestó Suvorov.

—¿Y qué importancia tiene, con tal de que nuestro gobierno se beneficie?

—Deberíamos ser los amos de la situación —insistió Suvorov—. Deberíamos sacar de aquí al Presidente y ponerlo en manos de nuestra gente para que lo interroguen. Los secretos que usted pueda sacar de su cerebro están más allá de lo comprensible.

Lugovoy sacudió la cabeza, exasperado. No sabía qué más decir. Tratar de razonar con una mente marcada por un fervor patriótico era como intentar enseñar matemáticas a un borracho. Sabía que cuando todo terminara Suvorov escribiría un informe donde lo describiría como una persona indigna de confianza y una amenaza potencial para la seguridad soviética. Con todo, se reía por dentro. Si el experimento resultaba un éxito, tal vez el Presidente Antonov decidiera nombrarlo Héroe de la Unión Soviética.

Se levantó, se desperezó y bostezó.

—Creo que me voy a echar un sueñecito. Lo primero que haremos mañana por la mañana será empezar a programar las respuestas del Presidente.

—¿Qué hora es? —le preguntó Suvorov, con la mente embotada—. He perdido la noción del tiempo en esta tumba.

—Faltan cinco minutos para medianoche.

Suvorov bostezó y se arrellanó en el sofá.

—Váyase a la cama. Yo tomaré otro trago. Un buen ruso jamás sale de una habitación sin vaciar antes la botella.

—Buenas noches —le dijo Lugovoy. Dio media vuelta y entró en el pasillo.

Suvorov le dirigió un saludo cordial con la mano y fingió estar a punto de quedarse dormido. Pero durante tres minutos miró el minuterero de su reloj. Después se levantó rápidamente, cruzó el cuarto y, sin hacer ruido, bajó por el pasillo y luego torció en dirección al ascensor sellado. Se detuvo y apoyó el cuerpo contra la pared, mirando por el rabillo del ojo.

Lugovoy estaba ahí, fumando pacientemente su puro. En menos de diez segundos la puerta del ascensor se abrió silenciosamente y Lugovoy entró. Eran exactamente las doce de la noche. Cada doce horas, observó Suvorov, el psicólogo del proyecto huía del laboratorio y regresaba entre veinte y treinta minutos después.

Salió y pasó a la sala de control. Dos miembros del personal examinaban atentamente los ritmos y las señales del cerebro del Presidente. Uno de ellos levantó la vista hacia Suvorov y le hizo una seña con la cabeza, sonriendo ligeramente.

—¿Todo marcha bien? —le preguntó Suvorov, dándole conversación.

—Como el debut de una estrella del ballet —le respondió el técnico.

Suvorov entró y levantó la vista hacia los monitores de televisión.

—¿Qué pasa con los otros? —inquirió señalando con la cabeza las imágenes de Margolin, Larimer y Moran en sus capullos sellados.

—Les hemos dado sedantes y se les alimentó con fuertes concentraciones líquidas de proteínas e hidratos de carbono, vía endovenosa.

—Hasta que llegue la hora de programarlos —agregó Suvorov.

—No se lo puedo decir. Sólo el Dr. Lugovoy lo sabe.

Suvorov observó una de las pantallas mientras un asistente, con una bata blanca, levantaba un panel del capullo del senador Larimer y le clavaba una aguja hipodérmica en un brazo.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó Suvorov señalándolo.

El técnico levantó la vista.

—Tenemos que administrarle un sedante cada ocho horas o recobraría la conciencia.

—Comprendo —dijo Suvorov, muy tranquilo. De pronto se le aparecieron en la mente con toda claridad los detalles de su plan de fuga. Se sintió bien, por primera vez en muchos días. Para celebrarlo, regresó al comedor y abrió otra botella de oporto. Después sacó un pequeño bloc de bolsillo y garabateó furiosamente en sus páginas.

Óscar Lucas aparcó el coche en un espacio reservado para personalidades frente a la Escuela Walter Reed del Ejército y entró rápidamente por una puerta lateral. Corrió por un laberinto de corredores deteniéndose al final, ante una puerta doble custodiada por un sargento de marina, cuya cara era tan solemne como las de los presidentes labrados en piedra en el Monte Rushmore. El sargento puso minuciosamente su identificación en la pantalla y lo condujo hasta el ala del hospital donde se llevaban a cabo autopsias sumamente secretas. Lucas encontró pronto la puerta con la placa que rezaba Laboratorio. Sólo personal autorizado y entró.

—Espero no haberlo hecho esperar —dijo.

—No, Oscar —le respondió Alan Mercier—. Acabo de entrar hace un minuto.

Lucas asintió y echó un vistazo en torno de ese cuarto cubierto de vidrio. Había cinco hombres, además de él: el general Metcalf, Sam Emmett, Martin Brogan, Mercier y un hombre bajo, de pecho grande y gafas, a quien presentaron como el coronel Thomas Thornburg, que ostentaba el cargo de Director de Medicina Legal Comparada y Patología Clínica.

—Ahora que estamos todos —dijo el coronel Thornburg, con una extraña voz de contralto —quiero mostrarles nuestros resultados.

Se acercó a una gran ventana y miró una enorme máquina circular al otro lado del cristal. Parecía una turbina con aletas unida por un eje a un generador. La mitad de la turbina desaparecía en el suelo de cemento. En su interior había una abertura cilíndrica, mientras que en la parte de afuera se veía un cadáver tendido sobre una bandeja traslúcida.

—Es una sonda analizadora espacial, o SAE, como la llama cariñosamente mi personal de investigadores que la desarrollaron. Lo que hace, esencialmente, es explorar electrónicamente el cuerpo a través de rayos X intensificados mientras revela precisas fotografías en movimiento de cada milímetro de tejido y hueso.

—Una especie de escáner —se aventuró a explicar Brogan.

—Sí; su función básica es la misma —respondió Thornburg—. Pero es como comparar un avión de hélice con un jet supersónico. Un escáner invierte varios segundos para mostrar una sola sección del cuerpo. La SAE puede proporcionar veinticinco mil en menos tiempo. El ordenador recoge luego los datos, automáticamente, y determina la causa de la muerte. He simplificado el proceso, claro está, pero es una descripción rudimentaria.

—Supongo que sus bancos de datos relacionan los desórdenes de la alimentación y del metabolismo con todos los venenos y enfermedades conocidos, ¿no? —le preguntó Emmett—. ¿La misma información que registra el ordenador del FBI?

Thornburg asintió.

—Con la diferencia de que nuestros datos son más completos porque, de vez en cuando, trabajamos con un tejido vivo.

—¿En un laboratorio de patología? —preguntó Lucas.

—También examinamos seres vivos. Muy a menudo llegan agentes en servicio de nuestras agencias de inteligencia (y de nuestros aliados, también) a quienes se les ha inyectado un material venenoso o han sido infestados artificialmente por una enfermedad contagiosa y aún siguen vivos. Con la SAE podemos analizar la causa y proporcionar un antídoto. Hemos salvado a pocos, la mayoría llega demasiado tarde.

—¿Puede usted hacer un análisis completo y emitir un diagnóstico en pocos segundos? —le preguntó, incrédulo, el general Metcalf.

—En realidad, en microsegundos —corrigió Thornburg—. En lugar de diseccionar el cadáver y pasar por toda una serie elaborada de análisis, ahora, en un abrir y cerrar de ojos, podemos hacerlo con nuestro instrumental. Que, por cierto, cuesta a los contribuyentes una cantidad del orden de los treinta millones de dólares.

—¿Qué ha encontrado en los cadáveres que sacaron del río?

Como si por fin le hubieran dado la oportunidad, Thornburg sonrió y palmeó el hombro de un técnico, sentado ante un inmenso panel de luces y botones.

—Se lo mostraré.

Todas las miradas se dirigieron instintivamente al cuerpo desnudo que yacía en la bandeja. Poco a poco empezó a moverse hacia la turbina y desapareció en el centro del cilindro. Después la turbina comenzó a girar a sesenta revoluciones por minuto.

Los cañones de rayos X que rodeaban al cadáver hicieron fuego, al tiempo que una batería de cámaras recibía las imágenes de una pantalla fluorescente, las ampliaba e introducía los resultados en el banco de datos. Antes de que cualquiera de los hombres en el cuarto de control del laboratorio pudiera volverse, la causa de la muerte apareció en letras verdes en el centro de la pantalla. La mayoría de las palabras estaba escrita en terminología anatómica: descripción de los órganos internos, cantidad de toxicidad presente y código químico. Al pie, figuraban las palabras «Conium maculatum».

—¿Qué diablos significa Conium maculatum? —se preguntó Lucas en voz alta.

—Es un miembro de la familia del perejil —le respondió Thornburg—, conocido más comúnmente como cicuta.

—Un medio de ejecución bastante anticuado —comentó Metcalf.

—Sí; la cicuta fue muy popular en la época clásica. Se hizo célebre por ser el veneno que le administraron a Sócrates. Hoy se usa en raras ocasiones, pero sigue siendo fácil de conseguir y es mortal. Una dosis lo suficientemente grande paraliza los órganos respiratorios.

—¿Cómo se le administró? —preguntó Sam Emmett.

—Según la SAE, esta víctima particular ingirió el veneno con un helado de

menta.

—De postre, la muerte —susurró Mercier, filosóficamente.

—De los tripulantes del guardacostas que identificamos —continuó Thornburg—, ocho tomaron la cicuta con el helado, cuatro con el café y uno con la bebida dietética sin alcohol.

—¿La SAE ha podido descubrir todo esto en cuerpos que llevan cinco días sumergidos? —preguntó Lucas.

—La descomposición empieza inmediatamente después de la muerte —explicó Thornburg— y progresa por los intestinos y otros órganos que contienen bacterias. Se desarrolla muy rápidamente en presencia del aire, pero cuando un cuerpo se halla bajo el agua, donde el contenido de oxígeno es bajo, procede con más lentitud. El factor de preservación que trabajó en favor nuestro fue el hecho de que los cadáveres estuvieran encerrados. Una víctima ahogada, por ejemplo, flotará hasta la superficie después de pocos días, a medida que los gases de la descomposición empiezan a expandirse, acelerándose por tanto la corrupción al entrar en contacto con el aire. Sin embargo, los cadáveres que ustedes trajeron estuvieron totalmente sumergidos hasta una hora antes de iniciar nosotros las autopsias.

—El *chef* estuvo muy ocupado —observó Metcalf.

Lucas meneó la cabeza.

—No el *chef*, sino el camarero. Es el único tripulante que no hemos encontrado.

—Un impostor —dijo Brogan—. El camarero verdadero probablemente fue asesinado, y su cadáver escondido.

—¿Y qué hay de los otros? —preguntó Emmett.

—¿Los asiáticos?

—¿También fueron envenenados?

—Sí; pero de manera distinta. Los mataron a flechazos.

—¿Con flechas envenenadas?

—Los mataron con dardos cargados con un veneno sumamente mortífero que se extrae de la espina dorsal de un pez.

—Por lo visto, no eran unos aficionados, estos muchachos.

Thornburg asintió.

—El método fue muy profesional, especialmente por lo que se refiere a los medios de penetración. Yo extraje un dardo similar hace dos años de un agente soviético, que trajo la gente del señor Brogan. Si no recuerdo mal, el veneno fue inyectado con un bio-inoculador.

—No sé de qué se trata —expresó Lucas.

—Es una pistola de mano que funciona eléctricamente —le explicó Brogan, dirigiendo a Thornburg una fría mirada—. Totalmente silenciosa, utilizada de vez en cuando por nuestros agentes.

—No cuidáis mucho el arsenal ¿verdad Martin? —le recriminó Mercier, en broma.

—La unidad en cuestión fue robada, probablemente, al fabricante —respondió Brogan, defendiéndose.

—¿Se practicó alguna identificación personal en los cuerpos de los asiáticos? —preguntó Lucas.

—No tienen antecedentes en los archivos del FBI —explicó Emmett.

—Ni tampoco en la CÍA ni en la Interpol —agregó Brogan—. Ni tampoco tienen datos los servicios de inteligencia de los países asiáticos amigos.

Mercier miró vagamente el cadáver que salía del interior de la sonda analizadora espacial.

—Tengo la sensación, señores, de que cada vez que abrimos una puerta pasamos a una habitación vacía.

—¿Con qué clase de monstruos estamos tratando? —gruñó Douglas Oates, después de escuchar el informe del general Metcalf sobre las autopsias. Su cara estaba pálida como la cera y su voz sonó fría de furia—. ¡Veintiún asesinatos! ¿Y con qué propósito? ¿Cuál es el motivo? ¿Está vivo o muerto el Presidente? Si se trata de un gran chantaje, ¿por qué no hemos recibido ninguna petición de rescate?

Metcalf, Dan Fawcett y el Secretario de Defensa Jesse Simmons estaban sentados en silencio, frente a la mesa de Oates.

—No podemos seguir así mucho tiempo más —prosiguió Oates—. Dentro de poco los medios de difusión van a empezar a sospechar y se lanzarán a investigar. Ya están protestando porque no se ha concedido ninguna entrevista presidencial. Al Secretario de Prensa Thompson se le han acabado las excusas.

—¿Por qué no hacemos que el Presidente se dirija a la prensa? —sugirió Fawcett. Oates parecía dubitativo.

—Ese actor... ¿cómo se llama? ¿Sutton? Nunca podrá salir bien de ésta.

—No si está cerca, en un podio, bajo una batería de luces. Pero si se halla a la sombra, a treinta metros... Bueno, podría funcionar.

—¿Se le ocurre algo? —preguntó Oates.

—Fotografiar al Presidente en algún momento oportuno, para realzar su imagen. Siempre se ha hecho.

—Como Cárter jugando a béisbol, o Reagan cortando leña —dijo Oates, pensativo—. Alguna escena doméstica en el rancho del Presidente.

—Amenizada por el cacareo de los gallos y el balido de las ovejas —agregó Fawcett.

—¿Y el Vicepresidente Margolin? No hay nadie que lo pueda doblar, ni a treinta metros de distancia.

—Algunas referencias de Sutton y un saludo amistoso del doble colocado a cierta distancia bastarían —respondió Fawcett, cada vez más entusiasmado con su genial idea.

Simmons miró fijamente a Fawcett.

—¿Para cuándo puedes tenerlo todo listo?

—Para las primeras horas de la mañana. Al amanecer, en realidad. Los periodistas son animales nocturnos. Andan rondando esperando que den la última noticia. No están en las mejores condiciones antes de la salida del sol.

Oates miró a Metcalf y a Simmons.

—Y bien, ¿cuál es su opinión?

—Tenemos que entretener a los periodistas antes de que se aburran y empiecen a husmear —respondió Simmons—. Voto que sí.

Metcalf asintió.

—Es la única táctica que tenemos para ganar tiempo.

Fawcett se puso de pie y miró su reloj.

—Si salgo ahora mismo para la Base Aérea de Andrews, puedo llegar al rancho dentro de cuatro horas. Tiempo suficiente para coordinar los detalles con Thompson y avisar a los periodistas.

La mano de Fawcett quedó paralizada en el picaporte cuando la voz de Oates atravesó el cuarto como una bayoneta.

—No falles, Dan. ¡Por el amor de Dios, no falles!

Vladimir Polevoi alcanzó a Antonov cuando el líder soviético se paseaba al pie de la muralla exterior del Kremlin, con sus guardaespaldas. Pasaron la zona de las tumbas donde están enterrados los héroes de la Unión Soviética. El tiempo era insólitamente cálido y Antonov llevaba su abrigo en el brazo.

—¿Disfrutando de un día de verano? —preguntó Polevoi, a modo de conversación, cuando se le acercó.

Antonov se volvió. Era aún joven para ser un jefe de estado soviético: sesenta y dos años, y caminaba con pasos rápidos.

—Demasiado agradable para derrocharlo tras una mesa —respondió, con un breve movimiento de cabeza.

Caminaron un rato en silencio. Polevoi esperaba una señal, o una palabra, que indicaran que Antonov estaba dispuesto a hablar de negocios. Y éste se detuvo ante la pequeña estructura que señala la tumba de Stalin.

—¿Lo conociste? —le preguntó.

Polevoi meneó la cabeza.

—Yo estaba demasiado abajo en el escalafón del partido para que él se fijara en mí.

Antonov se puso serio y susurró, con voz tensa:

—Tuviste suerte. —Siguió caminando, pasándose un pañuelo por la nuca, donde se le estaba formando sudor.

Polevoi comprendió que su jefe no estaba de humor para una conversación superficial y fue directamente al grano:

—Pueden haber problemas en la operación Huckleberry Finn.

—¿A qué te refieres?

—Uno de nuestros agentes en Nueva York, encargado de la seguridad de nuestros empleados en las Naciones Unidas, ha desaparecido.

¿Y eso qué tiene que ver con Huckleberry Finn?

Desapareció mientras seguía al doctor Lugovoy.

¿Puede haber desertado?

—No lo creo.

Antonov se detuvo y miró preocupado a Polevoi.

—Podría ser un auténtico desastre si se pasa a los norteamericanos.

—Personalmente, respondo por Paul Suvorov —le dijo Polevoi, con firmeza—. Apostaría mi reputación por su lealtad.

—El nombre me resulta familiar.

—Es hijo de Viktor Suvorov, el especialista en agricultura.

Antonov pareció tranquilizarse.

—Viktor es miembro fiel al partido.

—Igual que su hijo. Si algo puede recriminársele es su exceso de celo.

—¿Qué crees que le ocurrió?

—Sospecho que, en cierto sentido, pasaba por pertenecer al personal de psicólogos de Lugovoy y los hombres de Madame Bougainville se lo llevaron junto con los otros.

—Entonces tenemos a un hombre del servicio de seguridad en el interior.

—Es una hipótesis. No tenemos pruebas.

—¿Sabía algo?

—No sabía nada —respondió Polevoi, convencido—. Es una mera coincidencia que esté involucrado en el asunto.

—Fue un error vigilar al Dr. Lugovoy.

Polevoi aspiró profundamente.

—El FBI mantiene estrictamente vigilados a nuestros delegados en las Naciones Unidas. Si hubiéramos permitido que el Dr. Lugovoy y su equipo circularan libremente por Nueva York sin que nuestros agentes de seguridad les siguieran los pasos, los norteamericanos hubieran sospechado algo.

—De modo que ellos nos vigilan mientras nosotros vigilamos a los nuestros.

—En los últimos siete meses, tres de los nuestros han solicitado asilo político. Toda precaución es poca.

Antonov levantó las manos en un vago ademán.

—De acuerdo, tienes razón.

—Si Suvorov está realmente con Lugovoy, intentará ponerse en contacto con nosotros y revelarnos el lugar del laboratorio.

—Sí; pero si Suvorov, en su ignorancia, hace alguna tontería, es imposible predecir cómo reaccionará la vieja Bougainville.

—Podría subir el precio, imponer condiciones más duras.

—O peor. Vender al Presidente y a los otros a un mejor postor.

—Eso no me parece posible —dijo Polevoi, pensando en esas palabras—. Sin el Dr. Lugovoy, el proyecto es inviable.

Antonov esbozó una débil sonrisa.

—Perdona mi naturaleza desconfiada, camarada Polevoi, pero tiendo a ver el lado malo de las cosas. De esta manera raras veces me cogen desprevenido.

—Faltan sólo tres días para que finalice el experimento de Lugovoy. Tenemos que pensar en cómo vamos a manejar el pago.

—¿Qué propones tú?

—No pagar, por supuesto.

—¿Cómo?

—Hay muchas maneras. Desviar las barras de oro después de que su

representante las haya examinado. Sustituirlas por plomo, es decir, barras de plomo pintadas de dorado o barras de oro con menor pureza.

—La vieja olería el engaño a la legua.

—Con todo, debemos intentarlo.

—¿Y cómo será trasladado el oro? —le preguntó Antonov.

—Uno de los barcos de Madame Bougainville ya está amarrado en Odesa, esperando cargar el oro.

—Entonces haremos lo que ella menos espera.

—¿Qué? —le preguntó Polevoi, expectante.

—Cumplir escrupulosamente el acuerdo —le contestó Antonov, lentamente.

—¿Se refiere al pago? —le preguntó Polevoi, incrédulo.

—Hasta la última onza.

Polevoi se quedó estupefacto.

—Lo siento, camarada Presidente, pero yo entendía...

—He cambiado de opinión —interrumpió secamente Antonov—. Tengo una solución mejor.

Polevoi permaneció callado unos segundos, hasta que le resultó evidente que Antonov no iba a confiar en él. Retrocedió unos pasos, hasta que, finalmente, se detuvo.

Rodeado por su escolta, Antonov siguió caminando. Pronto su mente cambió de curso y pasó a ocuparse de otros asuntos de Estado.

Suvorov encendió la luz y comprobó la hora en su reloj. Eran las 4.04. No está mal, pensó. Había programado su mente para despertarse a las cuatro de la madrugada y sólo había fallado por cuatro minutos.

Incapaz de reprimir un bostezo, se puso una camisa y unos pantalones, pero no calcetines ni zapatos. Entró en el lavabo, se lavó la cara con agua fría, cruzó el pequeño dormitorio y abrió la puerta.

El corredor, brillantemente iluminado, estaba vacío. Salvo dos psicólogos que observaban a los pacientes en los monitores, todos los demás dormían. Mientras caminaba descalzo por la alfombra, empezó a medir las dimensiones del recinto y a anotarlas en el cuaderno. Calculó una longitud de cincuenta y cinco metros aproximadamente por una anchura de once. El techo se hallaba casi a tres metros.

Se acercó a la puerta de la habitación donde estaban los medicamentos y la abrió con suavidad. Nunca estaba cerrada con llave porque Lugovoy no veía razón alguna para que alguien robara algo. Entró, cerró la puerta y encendió la luz. Moviéndose rápidamente, encontró las ampollas de sedante. Las llevó al lavabo y extrajo su contenido con una jeringa, vaciando el líquido por el desagüe. Después volvió a llenarlas con agua y las colocó otra vez en el estante.

Regresó, sin que nadie lo viera, a su dormitorio, se metió en la cama otra vez y

contempló el cielo raso.

Estaba satisfecho de sí mismo. Sus movimientos habían pasado inadvertidos y no despertaron la menor sospecha. Ahora, lo único que debía hacer era esperar el momento oportuno.

Fue un sueño muy pesado. La clase de sueños que él nunca podía recordar al despertar. Buscaba a alguien en el interior de un barco abandonado. El polvo y la penumbra le oscurecían la visión. Como cuando se sumergió buscando el *Eagle*: algas verdes de río y barro rojizo.

Su presa marchaba delante, a la deriva, borrosa, siempre inalcanzable. Indeciso, trató de enfocarla en medio de esa oscuridad pero la forma lo hechizaba, cada vez más cerca.

Entonces estalló en sus oídos un sonido penetrante. Salió del sueño y cogió el teléfono.

—¿Dirk? —pronunció una voz alegre salida de una garganta que él hubiera querido estrangular.

—Sí.

—Tengo noticias para ti.

—¿Eh?

—¿Estás dormido? Habla St. Julien.

—¿Perlmutter?

—Despiértate. He encontrado algo.

Entonces Pitt encendió la luz de la cama y se incorporó.

—Muy bien. Te escucho.

—He recibido un informe de mis amigos de Corea. Revisaron los antecedentes del astillero coreano. Adivina. El *Belle Chasse* nunca fue desguazado.

Pitt apartó las mantas y puso los pies en el suelo.

—Adelante.

—Lamento haber tardado tanto, pero éste es el rompecabezas marítimo más increíble que he conocido. Durante treinta años alguien ha estado jugando a disfrazar barcos de una manera que no podrás creer.

—Ponme a prueba.

—Primero, déjame hacerte una pregunta. ¿El nombre de la popa del barco que encontraste en Alaska...?

—¿El *Pilottown*?

—¿Tenía las letras pintadas enmarcadas con una moldura de acero?

Pitt reflexionó.

—Si no recuerdo mal, la pintura estaba desteñida. Y los bordes de las letras estaban desgastados.

Perlmutter exhaló un profundo suspiro de alivio.

—Esperaba que me dijeras eso.

—¿Por qué?

—Se confirman tus sospechas. El *San Marino*, el *Belle Chasse* y el *Pilottown* son el mismo barco.

—¡Maldición! —exclamó Pitt, entusiasmado de pronto—. ¿Cómo pudiste relacionarlos?

—Al descubrir lo que le pasó al auténtico *Pilottown* —le respondió, con una inflexión dramática—. Mis fuentes no encontraron ningún antecedente respecto a que el *Belle Chasse* fuera desguazado en los astilleros de Pusán. Por lo tanto, seguí una intuición repentina y les pedí que averiguaran en otros astilleros de la costa. Encontraron una pista en el puerto de Inchon. Los capataces de un astillero son unos tipos muy interesantes. Jamás olvidan un barco, especialmente uno que hayan convertido en chatarra. Son tercos, prácticos y realistas, pero, en el fondo, se entristecen cuando ven un barco viejo y cansado amarrado en el muelle por última vez. En fin, uno de los viejos capataces retirados habló durante horas de los buenos tiempos pasados. Una verdadera mina de erudición en la materia.

—¿Qué dijo? —le preguntó Pitt, impaciente.

—Recordó, con detalle, que convirtió al *San Marino* de un carguero de transporte en un transportador de minerales rebautizado *Belle Chasse*.

—Pero... ¿y los registros del astillero?

—Evidentemente falsificados por los dueños del astillero. Los cuales da la casualidad que eran tus viejos amigos de la Sosan Trading Company. El capataz también recordaba haber desguazado el *Pilottown* original. Parece ser que la Sosan Trading o la compañía que estaba detrás, a la sombra, secuestró el *San Marino* y su cargamento y mató a la tripulación. Entonces modificaron las bodegas de carga para transportar minerales, lo registraron bajo otro nombre y lo mandaron a vagabundear por los mares.

—¿Y qué tiene que ver el *Pilottown*?

—Fue comprado legalmente por la Sosan Trading. Tal vez te interese saber que el Centro Internacional de Delitos Marítimos sospechaba de la compañía, atribuyéndole diez violaciones aduaneras. No está mal, ¿verdad? Se cree que contrabandear de todo, desde plutonio a Libia, armas para los rebeldes en la Argentina, tecnología secreta norteamericana para los rusos, lo que quieras. Navegaba bajo la dirección de una cuadrilla de gente lista. Nunca se pudieron demostrar los delitos. En cinco ocasiones se supo que había zarpado del puerto con un cargamento clandestino, pero jamás fue descubierto descargándolo. Finalmente cuando se le gastaron el casco y los motores fue convenientemente desguazado y destruidos todos sus antecedentes.

—¿Pero para qué fingir que se había hundido si en realidad era el *San Marino*, alias *Belle Chasse*, que habían mandado a pique ellos mismos?

—Porque podrían haber surgido preguntas respecto al origen del *Belle Chasse*. El *Pilottown* tenía documentación auténtica, por lo que presentaron la demanda de que

era éste el que se había hundido en 1979, junto con un cargamento que no existía, y pidieron un sustancioso pago a las compañías aseguradoras.

Pitt se miró los dedos de los pies y los movió rápidamente.

—¿Dijo algo ese viejo capataz respecto a otras conversiones de barcos realizados por la Sosan?

—Mencionó dos: un barco cisterna y otro con contenedores —le respondió Perlmutter—. Pero ambos fueron reacondicionados, y no convertidos. Sus nuevos nombres fueron el *Boothville* y el *Venice*.

—¿Que pasó con los nombres primitivos?

—Según el informe de mi amigo, el capataz afirmó que se habían eliminado todas las identificaciones anteriores.

—Parece que alguien se dedica a construir una flota con barcos secuestrados.

—Un medio barato y sucio de hacer negocios.

—¿Alguna noticia respecto de la compañía que está detrás de todo esto?

—Aún sigue siendo una puerta cerrada. No obstante, el capataz dijo que un personaje importante solía aparecer para inspeccionar los barcos cuando estaban terminados y listos para zarpar.

Pitt se incorporó.

—¿Qué más?

—Eso es todo.

—Tiene que haber algo, una descripción física, un nombre... algo.

—Espera un minuto mientras repaso otra vez el informe.

Pitt alcanzaba a oír el ruido de las páginas y a Perlmutter hablando solo.

—Muy bien. Aquí está. «El personaje llegaba siempre en un enorme coche negro». No lo menciona. «Era alto, para ser coreano...»

—¿Coreano?

—Así dice —le contestó Perlmutter—. «Y hablaba coreano con acento norteamericano».

La sombría figura que se le había aparecido a Pitt en el sueño dio un paso adelante.

—St. Julien, has hecho un buen trabajo.

—Lamento no haberlo podido llevar hasta el final.

—Nos has dado la primera pista.

—Aniquila a ese canalla, Dirk.

—Es lo que intento.

—Si me necesitas, estoy a tu completa disposición.

—Gracias, St. Julien.

Pitt se acercó al armario, se puso un kimono corto y se anudó el cinturón. Después se dirigió a la cocina, se sirvió un vaso de jugo de guayaba con ron y marcó

un número de teléfono.

Tras varias llamadas, una voz indiferente preguntó:

—¿Sí?

—Hiram, prepara tu ordenador. Tengo un nuevo problema para ti.

La tensión hacía sufrir a Suvorov como si tuviera un nudo en la boca del estómago. Durante la mayor parte de la noche se quedó sentado en la sala de los monitores charlando con los dos psicólogos que manejaban el equipo de telemetría, contándoles chistes y llevándoles café desde la cocina. Los técnicos no se dieron cuenta de que él raras veces apartaba los ojos del reloj digital de la pared.

Lugovoy entró en la sala a las 23.30 y realizó su examen rutinario de los datos análogos del Presidente. A las 23.38 se volvió hacia Suvorov y le dijo:

—¿Le apetece una copa de oporto, capitán?

—Esta noche no —le respondió, compungido—. Tengo una fuerte indigestión. Más tarde tomaré un vaso de leche.

—Como quiera —le respondió Lugovoy, compasivo—. Nos veremos a la hora del desayuno.

Diez minutos después de que Lugovoy se fuera, Suvorov notó un pequeño movimiento en uno de los monitores de la televisión. Al principio fue casi imperceptible, pero pronto fue advertido por uno de los psicólogos.

—¿Qué diablos pasa? —exclamó, jadeando.

—¿Algo anda mal? —preguntó el otro.

—El senador Larimer... se está despertando.

—No puede ser.

—No veo nada —dijo Suvorov, acercándose.

—Su actividad alfa es un juego de ondas de nueve a diez ciclos por segundo, que no deberían estar ahí si estuviera en su etapa programada de sueño.

—También están aumentando las ondas de Margolin.

—Será mejor que llamemos al doctor Lugovoy...

Estaba pronunciando aún estas palabras cuando Suvorov lo derribó con un salvaje golpe de karate en la base del cráneo. Casi con el mismo movimiento asestó un golpe en la garganta del segundo psicólogo, aplastándole la tráquea.

Antes incluso de que sus víctimas cayeran al suelo, Suvorov tuvo tiempo de echar un vistazo al reloj. Indicaba las 23.49, once minutos antes de que Lugovoy, según el horario establecido, saliera del laboratorio para entrar en el ascensor. Suvorov había practicado muchas veces sus movimientos, concediéndose no más de dos minutos para alguna demora impredecible.

Pasó por encima de los cuerpos exánimes y corrió de la sala del monitor a la cámara donde estaban los hombres en sus capullos a prueba de ruidos. Aflojó el cerrojo superior del tercero, abrió la tapa y miró al interior.

El senador Marcus Larimer le devolvió la mirada.

—¿Dónde estoy? ¿Quién diablos es usted? —murmuró.

—Un amigo —le respondió Suvorov, sacándolo del capullo y llevándolo a rastras, a una silla.

—¿Qué pasa?

—Cállese y confíe en mí.

Suvorov se sacó una jeringa del bolsillo y le inyectó un estimulante. Repitió la operación con el Vicepresidente Margolin, quien miró confundido a su alrededor y no ofreció resistencia. Estaban desnudos y Suvorov les arrojó unas mantas.

—Cúbranse —les ordenó.

El diputado Alan Moran aún no se había despertado. Suvorov lo sacó del capullo y lo depositó en el suelo. Después se volvió y se dirigió a la unidad donde estaba encerrado el Presidente. El líder norteamericano seguía inconsciente. El cerrojo era distinto del de los otros capullos, por lo que Suvorov desperdició unos preciosos segundos tratando de hacer palanca para abrir la tapa. Parecía como si sus dedos hubieran perdido toda sensibilidad, y se esforzó en controlarlos.

En su reloj eran las 23.57. Había pasado el tiempo que él mismo había establecido. Se habían evaporado los dos minutos de reserva. El pánico estaba reemplazando al miedo. Bajó la mano y extrajo un Colt Woodsman automático, calibre 22, de la cartuchera que llevaba atada a la pantorrilla derecha. Enroscó un silenciador de cuatro pulgadas y, por un instante fugaz, ya no era él mismo sino otro, un hombre con las percepciones cegadas por su código de lealtad y sus emociones desencadenadas. Apuntó con el revólver a la frente del Presidente al otro lado de la tapa transparente.

A través de la niebla de su mente drogada, Margolin comprendió lo que Suvorov iba a hacer. Trastabillando a través de la habitación, se lanzó sobre el agente ruso, agarrándole el arma. Suvorov alcanzó a hacerse a un lado y lo empujó contra la pared. De alguna manera Margolin consiguió seguir en pie.

Tenía la visión nublada y distorsionada y una oleada de náuseas amenazó estrangularlo. Se echó hacia adelante, en otro intento de salvar la vida del Presidente.

Suvorov le asestó un golpe en la sien, con el cañón del revólver, y el Vicepresidente cayó como un saco. La sangre le corría por el costado de la cara. Por un momento Suvorov se quedó paralizado. Su plan, tan bien ensayado, se hacía pedazos. Se le había agotado el tiempo.

Su última y fugaz esperanza era salvar los restos. Se olvidó del Presidente, apartó de una patada a Margolin y empujó a Larimer a través de la puerta. Sosteniendo el aún inconsciente Moran en su hombro, llevó al senador por el pasillo hasta el ascensor. Dio un traspié al doblar el último recodo, justo en el momento en que las puertas ocultas se abrían y Lugovoy estaba a punto de entrar.

—No se mueva, doctor.

Lugovoy giró y lo miró, mudo de asombro. El Colt seguía firme en la mano de

Suvorov. Los ojos del agente de la KGB brillaron con un desdén de desprecio.

—¡Idiota! —exclamó Lugovoy al darse cuenta por completo de lo que estaba ocurriendo—. ¡Grandísimo idiota!

—¡Cállese! —le gritó Suvorov—. Y apártese.

—No sabe lo que está haciendo.

—Sólo estoy cumpliendo con mi deber de ciudadano ruso.

—Está echando a perder años de trabajo —le replicó Lugovoy, furioso—. El Presidente Antonov lo hará fusilar.

—¡Basta de mentiras, doctor! Su demente proyecto sitúa a nuestro gobierno en extremo peligro. Será usted el fusilado. Usted es el traidor.

—Está equivocado —le respondió Lugovoy, al borde de la histeria—. ¿Es que no se da cuenta de la verdad?

—De lo que me doy cuenta es de que usted está trabajando para los coreanos. Lo más probable es que sean los coreanos del sur los que le han sobornado.

—Por el amor de Dios, escúcheme.

—Un buen comunista no tiene más Dios que su partido —le espetó Suvorov, apartando a codazos a Lugovoy y empujando a los silenciosos norteamericanos al interior del ascensor—. No tengo nada más que discutir.

Una ola de desesperación invadió a Lugovoy.

—Por favor, no haga eso —le suplicó.

Suvorov no le contestó. Se volvió y lo miró con odio, mientras se cerraban las puertas del ascensor y se perdía de vista.

Mientras subía el ascensor, Suvorov dio la vuelta al revólver y con la culata hizo pedazos la bombilla. Moran se quejaba y parecía estar recuperando la conciencia, frotándose los ojos y sacudiendo la cabeza para disipar la niebla. Larimer se mareó y vomitó en un rincón. Respiraba con dificultad, sacudido por grandes arcadas.

El ascensor se detuvo suavemente y las puertas se abrieron automáticamente ante una suave ráfaga de aire caliente. La única luz provenía de tres pálidas bombillas amarillas colgadas de un cable, como sufridas luciérnagas. El aire era húmedo y pesado y olía a gasóleo y a vegetación putrefacta.

Dos hombres se hallaban a una distancia de tres metros, charlando, esperando que Lugovoy les informara sobre la marcha de la operación. Se volvieron y miraron interrogantes, a la oscuridad del ascensor. Uno de ellos llevaba un portafolios. El otro detalle que Suvorov observó antes de hacer fuego dos veces fue el pliegue de sus ojos orientales.

Pasó su brazo libre bajo la cintura de Moran y lo arrastró por un suelo que parecía ser de hierro oxidado. Le dio una patada a Larimer, que estaba delante de él, como lo hubiera hecho con un perro arrepentido que ha huido de casa. El senador se tambaleó como un borracho, demasiado mareado para hablar y demasiado atónito para resistirse. Suvorov se metió el revólver en el cinturón y cogió a Larimer del brazo para guiarlo. Sentía su piel de gallina, húmeda por el sudor. Confiaba en que al viejo legislador no le fallara el corazón.

Maldijo cuando tropezó con una cadena grande. Entonces se detuvo y miró hacia abajo, a una rampa cerrada que se adentraba en la oscuridad. Se sintió como en una sauna. Las ropas se le estaban empapando de sudor y el pelo se le pegaba en la frente y en las sienes. Trastabilló y casi se cayó, recuperando el equilibrio justo antes de caer de bruces en el suelo de la rampa.

El peso muerto de Moran se estaba convirtiendo en una carga cada vez mayor y comprendió que le flaqueaban las fuerzas. Dudaba de poder seguir tirando del diputado otros cincuenta metros.

Por fin salieron a la noche, dejando la rampa que parecía un túnel. Levantó la vista y se sintió inmensamente aliviado al ver un cielo tachonado de estrellas. Bajo sus pies el suelo parecía de grava y no había luces en ninguna parte. En las sombras a su izquierda reconoció vagamente el perfil de un coche. Metiendo a Larimer en una zanja junto al camino, dejó caer, agradecido, a Moran, como una bolsa de arena y, con cautela, dio un rodeo para aproximarse al coche desde atrás.

Se quedó inmóvil, rígido en el paisaje sin sombras, y escuchó. El coche tenía el motor encendido y por la radio se escuchaba música. Las ventanillas estaban subidas del todo y, acertadamente, supuso que estaría encendido el aire acondicionado.

Silencioso como un gato, avanzó en cuclillas, manteniéndose fuera de cualquier reflejo en el espejo lateral de la portezuela. El interior estaba demasiado oscuro para poder divisar más que una forma vaga al volante. Si había otras, el único aliado de Suvorov era el elemento sorpresa.

El coche le pareció tan largo como un bloque de casas. Por las letras del maletero lo identificó como un Cadillac. Jamás había conducido uno y confiaba en no tener problemas para identificar los mandos.

A tientas encontró la manija de la portezuela. Aspiró profundamente y la abrió. La luz en el interior se encendió y el hombre sentado al volante volvió la cabeza, abriendo la boca como para gritar. Suvorov hizo fuego dos veces. Las balas de punta plateada le desgarraron la caja torácica debajo de la axila.

Antes de que empezara a manar sangre, sacó el cuerpo del chófer y lo arrojó lejos de las ruedas. Entonces se las ingenió para encaramar a Larimer y a Moran en el asiento trasero. Los dos habían perdido sus mantas, pero estaban tan asustados que ni siquiera se dieron cuenta ni se preocuparon. No eran ya los poderosos políticos del Capitolio, eran como niños indefensos perdidos en el bosque.

Suvorov puso en movimiento el coche y apretó tan a fondo el acelerador que las ruedas de atrás patinaron y desparramaron grava a una distancia de cincuenta metros antes de adquirir velocidad. Sólo entonces su chapucera mano encontró el conmutador que encendía los faros delanteros y lo accionó. Se relajó, aliviado, al descubrir que el inmenso coche se precipitaba por la mitad exacta de un camino de campo, lleno de surcos.

Mientras conducía el pesado automóvil de tan suave suspensión, y después de recorrer más de cinco kilómetros, empezó a examinar los alrededores. Los cipreses que bordeaban el camino tenían grandes tentáculos de muérdago que colgaban de sus ramas. Esto y la atmósfera pesada sugerían que se hallaba en algún lugar del sur de los Estados Unidos. divisó un cruce más adelante y ralentizó hasta detenerse, levantando un remolino de polvo. En la esquina había un edificio abandonado, casi una choza, con un cartel decrepito que sus faros iluminaron: Glover Culpepper. Gasolina y comestibles. Al parecer, Glover había recogido sus cosas y se había marchado muchos años antes.

La intersección no tenía señales indicadoras, por lo que mentalmente arrojó una moneda al aire y dobló a la izquierda. Los cipreses dejaron paso a bosquecillos de pinos y de vez en cuando pasaba frente a una granja. El tránsito era escaso a esa hora de la madrugada. Sólo se cruzó con un coche y una camioneta, ambos en dirección contraria. Llegó a una carretera más ancha y vio un cartel doblado en un poste inclinado, que designaba la carretera estatal 700. El número no le dijo nada, por lo que volvió a doblar a la izquierda y continuó.

Mientras conducía, su mente permaneció fría y rígidamente alerta. Larimer y

Moran se hallaban sentados en silencio, observando y confiando en el hombre que manejaba el volante.

Suvorov se relajó y aflojó el pie del pedal del acelerador. En el espejo retrovisor no vio faros que lo estuvieran siguiendo y, con tal que no rebasara la velocidad autorizada, las posibilidades de que lo detuviera algún sheriff local eran remotas. Se preguntó en qué Estado se hallaría. ¿Georgia, Alabama, Louisiana? Podría ser cualquiera. Miró en busca de alguna pista cuando los costados del camino aparecieron más densamente poblados. Edificios oscuros y casas diseminadas eran cada vez más frecuentes.

Tras otra media hora llegó a un puente sobre un río, llamado Stono. Jamás había oído hablar de él. Desde lo alto del puente vio pestañear en la distancia las luces de una gran ciudad. A la derecha las luces se interrumpían de pronto y todo el horizonte era de un negro absoluto. Rápidamente sospechó que se trataría de un puerto de mar. Entonces las luces de sus faros dieron en un gran cartel en blanco y negro. La línea superior decía:

CHARLESTON 5 MILLAS.

«¡Charleston!», exclamó, en voz alta, en un súbito arrebató de alegría, repasando sus conocimientos de la geografía norteamericana. «Estoy en Charleston, Carolina del Sur.»

Tres kilómetros más adelante encontró un *drugstore* que funcionaba toda la noche, con un teléfono público. Sin perder de vista a Larimer y Moran, marcó el número de la centralita de larga distancia e hizo una llamada a cobro revertido.

Una nube flotaba a la deriva, desprendiendo algunas gotas de humedad, cuando Pitt aparcó el Talbot junto a las puertas de salidas del Aeropuerto Internacional de Dulles. El sol matutino abrasaba la capital y la lluvia producía vapores y se evaporaba casi en el mismo momento en que tocaba el suelo. Sacó la maleta de Loren y se la pasó a un porteador.

Loren desenroscó sus largas piernas para sacarlas del estrecho coche deportivo, juntó las rodillas y bajó.

El porteador grapó el ticket de la maleta al billete y los entregó a Pitt.

—Aparcaré el coche y me quedaré contigo hasta la hora de subir a bordo —dijo Pitt, dándole el pasaje a Loren.

—No es necesario —le dijo, manteniéndose cerca—. Tengo que revisar algunos papeles pendientes sobre asuntos de legislación. Vuelve a la oficina.

Pitt señaló con la cabeza el portafolios que ella llevaba en la mano y le dijo:

—Tu maletín. Te verías perdida sin él.

—Tú nunca llevas ninguno.

—No soy de este tipo de personas.

—¿Tienes miedo de que te tomen por un ejecutivo? —le preguntó Loren, sonriendo.

—Esto es Washington. Querrás decir un burócrata.

—Lo eres. Y lo sabes. El gobierno te paga el sueldo, igual que a mí.

Pitt se rió.

—Todos llevamos una maldición.

Loren apoyó el portafolios en el suelo y le puso las manos en el pecho.

—Te echaré de menos.

Pitt le pasó los brazos por la cintura y le dio un suave apretón.

—Cuídate de los funcionarios rusos apresurados, de los camarotes con micrófonos y de las borracheras con vodka.

—Me cuidaré —le respondió, sonriendo—. ¿Estarás aquí cuando regrese?

—Me he aprendido de memoria tus horarios de vuelo.

Loren levantó la cabeza y lo besó. Pitt pareció querer decirle algo más, pero por último la soltó y retrocedió. Ella entró lentamente en la terminal a través de unas puertas automáticas de cristal. Dio unos pasos en el vestíbulo y se volvió para saludarlo, pero el Talbot azul se alejaba ya.

En el rancho del Presidente, a treinta millas al sur de Ratón, Nuevo México, los periodistas habituales de la Casa Blanca se hallaban repartidos a lo largo de un alambrado de púas, con las cámaras enfocando el campo de alfalfa vecino. Eran las

siete de la mañana, y bebían café negro, quejándose por el madrugón, el calor de las llanuras altas, los huevos revueltos aguados y el bacon quemado que les habían servido en un restaurante de camioneros, además de otras manifestaciones de descontento, reales o imaginadas.

Jacob (Sonny) Thompson, el Secretario de Prensa de la Presidencia, caminaba animadamente entre ese conjunto de periodistas cubiertos de polvo y de mirada cansada, dándoles instrucciones y asegurándoles que conseguirían fotos del Presidente arando el campo, que no habían sido previamente ensayadas.

El encanto del Secretario de Prensa estaba fabricado con arte: su blanca y brillante dentadura, su pelo largo y lacio, con unos toques de gris en las sienes, sus ojos oscuros, con el terso aspecto de la cirugía plástica. No tenía papada. Ninguna señal de barriga. Se movía y gesticulaba con un exuberante entusiasmo que no caía bien a los periodistas, cuyas principales actividades físicas consistían en golpetear máquinas de escribir, trabajar con procesadores de textos y fumar cigarrillos.

Tampoco sus ropas le hacían el menor daño a su imagen. El traje hecho a medida, a rayas, y la camisa de seda azul, con corbata haciendo juego. Mocasines negros de Gucci, con una ligera capa de polvo de Nuevo México. Un hombre con clase, sin un pelo de tonto. Jamás dejaba traslucir su ira. Bob Finkel, del *Sun* de Baltimore, sugirió una vez que, según una investigación clandestina, Thompson se había licenciado con sobresaliente en la Escuela de Propaganda de Joseph Goebbels.

El Secretario se detuvo en el lugar donde estaba instalado el camión de la televisión CNN. Curtis Mayo, el corresponsal en la Casa Blanca, se hallaba en una raída silla de director, con un aspecto que daba lástima.

—¿Tienes listo tu equipo, Curt? —le preguntó Thompson.

Mayo se reclinó, se echó la gorra de béisbol hacia atrás, y levantó la vista a través de unas gafas anaranjadas.

—No veo que haya algo digno de captar para la posteridad.

El sarcasmo brotó de Thompson como el agua de lluvia de un desagüe.

—Dentro de cinco minutos el Presidente saldrá de la casa, caminará hasta el granero y pondrá en marcha el tractor.

—¡Bravo! —refunfuñó Mayo—. ¿Qué va a añadir como bis?

La voz de Mayo tenía una resonancia que, en comparación, hacía que el timbal de una orquesta sinfónica pareciera un bongo: profunda, retumbante, cada palabra cortante como el filo de una navaja.

—Va a recorrer el campo ida y vuelta con una cortadora de césped.

—Escuche, farsante de la ciudad, eso es alfalfa.

—Lo que sea —admitió Thompson, con un amable encogimiento de hombros—. En fin, creí que les interesaría la oportunidad de filmar al Presidente en su ambiente rural preferido.

Mayo colocó su mirada al mismo nivel que los ojos de Thompson, buscando una chispa de superchería o engaño.

—¿Qué pasa, Sonny?

—¿Perdón?

—¿A qué viene esto de jugar al escondite? Hace más de una semana que el Presidente no aparece por ninguna parte.

Thompson le devolvió la mirada. No se podía leer lo que había en sus ojos castaños.

—Ha estado sumamente ocupado, poniéndose al día en su trabajo, lejos de las presiones de Washington.

Mayo no quedó satisfecho.

—Nunca he visto a un Presidente que esté tanto tiempo sin ponerse ante las cámaras.

—No hay nada raro en esto. Por ahora, no tiene nada que decir que sea de interés nacional.

—¿Ha estado enfermo, o algo así?

—Nada de eso. Está tan fuerte como uno de sus toros sementales. Ya lo verá.

Thompson vio lo que había detrás de esa emboscada verbal y se dirigió a la cerca, informando a los otros periodistas, dándoles palmadas en la espalda y estrechándoles la mano. Mayo lo observó con interés un momento antes de levantarse a regañadientes de la silla y reunirse con su equipo.

Norm Mitchell, un espantapájaros perezoso que caminaba a pasitos cortos, instaló su cámara de video en un trípode, apuntando a la galería trasera de la casa del Presidente, mientras el rollizo hombre del sonido, cuyo nombre era Rocky Montrose, conectaba el equipo de grabación con una pequeña mesa plegable. Mayo apoyó un pie, calzado con una bota, en una de las hileras del alambrado espinoso con un micrófono en la mano.

—¿Dónde quieres ponerte para tu comentario? —preguntó Mitchell.

—Estaré fuera de cámara —le respondió Mayo—. ¿Cuánto calculas que hay hasta la casa y el granero?

Mitchell miró por la mira de un telémetro de bolsillo.

—Unos cien metros desde aquí hasta la casa. Quizá noventa hasta el granero.

—¿Cuánto es lo más cerca que puedes enfocar?

Mitchell se inclinó sobre el ocular de la cámara y movió el *zoom*, usando como referencia la puerta trasera de tela metálica.

—Saldrá de cuerpo entero, con medio metro a los lados.

—Quiero un primer plano nítido.

—Necesitaré un duplicador.

—Ponlo.

Mitchell le dirigió una mirada interrogativa.

—No te puedo prometer detalles nítidos. A esa distancia, no nos podemos cuidar del análisis óptico y la profundidad del campo.

—No hay problema —le dijo Mayo.

Montrose lo miró desde su equipo de sonido.

—Entonces no me necesitas.

—De todos modos pon en funcionamiento el sonido y graba mis comentarios.

De pronto, el batallón de periodistas cobró vida cuando alguien gritó:

—¡Ahí sale!

Cincuenta cámaras entraron en acción cuando la puerta de tela metálica se abrió y el Presidente apareció en la galería. Iba vestido con botas de vaquero y una camisa de algodón metida en unos téjanos desteñidos. Lo siguió el Vicepresidente Margolin hasta el umbral, con un enorme sombrero Stetson sobre la frente. Se detuvieron un minuto a conversar. El Presidente gesticulaba animadamente mientras Margolin parecía escucharle con mucha atención.

—Enfoca bien al Vicepresidente —ordenó Mayo.

—Ya lo tengo —le respondió Mitchell.

Margolin se volvió y entró en la casa. El Presidente, actuando como si todos los periodistas estuvieran aún en Washington, se dirigió al granero sin mirarlos. Pronto se oyó el exhausto motor de un diesel y volvió a aparecer, sentado en un tractor verde John Deere, modelo 2640, remolcando una cortadora de heno. Encima tenía un toldo, pero él se hallaba bien a la vista, con una pequeña radio de transistores abrochada en su cinturón y unos auriculares en los oídos. Los periodistas empezaron a hacerle preguntas a gritos, aunque resultaba evidente que no podía oírlos por la música de la FM y el ruido que hacía el tubo de escape del motor.

Se puso un pañuelo rojo en la parte inferior de la cara, al estilo de los bandidos, para no respirar el polvo y el humo.

Después bajó las paletas de la cortadora y cruzó el campo, yendo y viniendo por unos largos surcos, lejos de la gente que se agolpaba en la cerca.

Transcurridos veinte minutos, los corresponsales empezaron a recoger poco a poco sus equipos y volvieron a la comodidad que les ofrecía el aire acondicionado de sus caravanas.

—Ya está —anunció Mitchell—. Se acabó la cinta, a menos que quieras que la vuelva a cargar.

—Olvídalo. —Mayo enroscó el cable en el micrófono y se lo pasó a Montrose—. Salgamos de este calor y veamos qué hemos conseguido.

Entraron en el frescor de su caravana. Mitchell retiró la cinta de la cámara y la insertó en el reproductor, rebobinándola. Cuando estuvo listo para pasarla desde el principio, Mayo acercó una silla y se colocó a menos de sesenta centímetros del

monitor.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó Montrose.

La concentración de Mayo no se apartó de las imágenes en movimiento de la pantalla.

—¿Dirías que ése es el Vicepresidente?

—Por supuesto —le respondió Mitchell—. ¿Quién, si no?

—Estás dando por sentado lo que ves. Mira más de cerca.

Mitchell se inclinó hacia delante.

—El sombrero de vaquero le cubre los ojos, pero la boca y la barbilla son iguales. Lo mismo el cuerpo. A mí me parece que es él.

—¿No le encuentras nada raro en sus actitudes, en sus peculiaridades?

—El tipo está ahí de pie, con las manos en los bolsillos —le contestó estúpidamente Montrose—. ¿Qué se supone que debemos ver en eso?

—¿No le encuentras nada insólito? —insistió Mayo.

—No noto nada.

—Muy bien. Olvídate de él —le dijo Mayo, mientras el Vicepresidente se volvía y entraba en la casa—. Ahora veamos al Presidente.

—Si ése no es él —susurró Montrose, ácidamente— entonces tiene un hermano gemelo.

Mayo pasó por alto esa observación y se quedó en silencio mientras la cámara seguía al Presidente cuando cruzaba el patio del granero, mostrando su andar lento, reconocible por millones de telespectadores. Desapareció en la oscuridad del granero y salió dos minutos después, montado en el tractor.

Mayo se levantó y chasqueó los dedos.

—¡Para la cinta! —le gritó.

Sorprendido, Mitchell apretó un botón y la imagen quedó fija.

—¡Las manos! —exclamó Mayo, excitado—. ¡Las manos en el volante!

—Pues bien; tiene diez dedos —masculló Mitchell, con sorna—. ¿Y qué?

—El Presidente sólo lleva un anillo de matrimonio. Fíjate bien. No lleva un anillo en el dedo medio de la mano izquierda. Pero en el índice ves un brillante de buen tamaño. Y en el meñique de la derecha...

—Ya lo veo —lo interrumpió Montrose—. Una piedra azul y chata montada en plata... quizás una amatista.

—Por lo general ¿el Presidente no usa un reloj deportivo Timex, con una pulsera de plata india incrustada de turquesas? —observó Mitchell, animándose.

—Creo que tienes razón —le contestó Mayo, recordando el dato.

—El detalle se ve confuso, pero diría que lo que lleva en la muñeca es uno de esos grandes cronómetros Rolex.

Mayo se asestó un puñetazo en la rodilla.

—Eso deja zanjada la cuestión. Se sabe que el Presidente jamás compra ni usa nada de fabricación extranjera.

—Un momento —le dijo Montrose, lentamente—. Esto es una locura. Estamos hablando del Presidente de los Estados Unidos como si no fuera real.

—¡Oh, desde luego, está en carne y hueso! —le respondió Mayo—. Pero el cuerpo que está sentado en ese tractor pertenece a otra persona.

—Si estás en lo cierto, tienes una bomba en tus manos —apuntó Montrose.

El entusiasmo de Mitchell empezó a menguar.

—Es como si estuviéramos cavando en busca de almejas en Kansas. Me parece que la evidencia es bastante incierta. No puedes salir al aire, Curt, y sostener que un payaso está personificando al Presidente, a menos que tengas una prueba documentada.

—Nadie lo sabe mejor que yo —admitió Mayo—. Pero no voy a dejar que esta historia se me escape de las manos.

—Entonces... ¿vas a iniciar una investigación?

—Renuncio a mi carrera de periodista si no llego hasta el final de esta historia. —Consultó su reloj—. Ahora me voy. Tengo que estar en Washington a mediodía.

Montrose se puso en cuclillas ante la pantalla de televisión. Su cara parecía la de un chico que encuentra su diente, al día siguiente, en el vaso de agua. «Para que nos demos cuenta —se dijo, herido y molesto— de cuántas veces nuestros Presidentes han utilizado un doble para engañar a la gente».

Vladimir Polevoi levantó la vista de la mesa cuando entró en su despacho Sergei Iranov, su subjefe y el hombre que ocupaba el segundo lugar en la más grande agencia mundial de espionaje.

—Parece como si te hubieran metido un hierro candente en el culo esta mañana, Sergei.

—Se escapó —le dijo Iranov, sin rodeos.

—¿De quién estás hablando?

—De Paul Suvorov. Se las ingenió para salir del laboratorio secreto de la Bougainville.

Un súbito ataque de rabia afloró a la cara de Polevoi.

—¡Maldición! ¡No ahora!

—Llamó a Nueva York, a nuestro centro de acción secreto, desde un teléfono público de Charleston, Carolina del Sur, pidiendo instrucciones.

Polevoi se levantó furioso y empezó a dar vueltas alrededor de la alfombra.

—¿Por qué no llamó, también, al FBI para pedir instrucciones? Mejor aún, podría haber publicado un anuncio en el *USA Today*.

—Por suerte, su superior nos envió inmediatamente un mensaje en clave informando del incidente.

—Por lo menos hay alguien que piensa.

—Hay más —agregó Iranov—. Suvorov se llevó con él al senador Larimer y al diputado Moran.

Polevoi se detuvo y se volvió.

—¡Idiota! ¡Lo ha echado todo a perder!

—La culpa no es totalmente suya.

—¿Qué te hace decir eso? —le preguntó, cínicamente.

—Suvorov es uno de los cinco agentes principales que tenemos en los Estados Unidos. No es tonto. No se le informó sobre el proyecto de Lugovoy y es lógico suponer que el asunto iba más allá de su comprensión. Sin duda le produjo sospechas y procedió en consecuencia. —En otras palabras, hizo lo que le habían enseñado.

—En mi opinión, sí.

Polevoi hizo un gesto de indiferencia, encogiéndose de hombros.

—Si se hubiera limitado a darnos la ubicación del laboratorio, nuestra gente podría haber ido y arrancado la operación Huckleberry Finn del control de los Bougainville.

—Tal cual están las cosas, Madame Bougainville estará lo suficientemente furiosa como para cancelar el experimento.

—¿Y perder mil millones de dólares en oro? Lo dudo mucho. Aún tiene al

Presidente y al Vicepresidente en sus codiciosas manos. Moran y Larimer no significan una gran pérdida para ella.

—Tampoco para nosotros. Los Bougainville eran nuestra cortina de humo en caso de que los servicios de inteligencia norteamericanos echaran a pique el proyecto Huckleberry Finn. Ahora, con dos legisladores secuestrados en nuestras manos podría considerarse un acto de guerra o por lo menos una grave crisis. Sería mejor si, sencillamente, elimináramos a Moran y a Larimer.

Polevoi sacudió la cabeza.

—Todavía no. Lo que saben del funcionamiento de las instituciones militares de los Estados Unidos puede significar beneficios incalculables para nosotros.

—Un juego peligroso.

—No si ponemos mucho cuidado y disponemos rápidamente de ellos cuando la red se estreche, si se estrecha.

—Entonces nuestra prioridad número uno es no dejar que los descubra el FBI.

—¿Encontró Suvorov un lugar seguro donde esconderse?

—No se sabe. Desde Nueva York sólo se le dijo que informara a cada hora hasta que allá reconsideren la situación y reciban órdenes nuestras desde Moscú.

—¿Quién dirige nuestras operaciones encubiertas en Nueva York?

—Su nombre es Basil Kobylin.

—Transmítale la información de Suvorov —agregó Polevoi— omitiendo, por supuesto, cualquier referencia a Huckleberry Finn. Sus órdenes son esconder a Suvorov y sus cautivos en un lugar seguro hasta que organicemos su huida de suelo norteamericano.

—No será nada fácil —Iranov tomó una silla y se sentó—. Los americanos están buscando debajo de cada piedra a sus jefes de Estado desaparecidos. Todos los campos de aviación se hallan estrechamente vigilados y nuestros submarinos no pueden acercarse a quinientas millas de sus costas sin que sean descubiertos por sus alarmas submarinas.

—Siempre queda Cuba.

Iranov lo miró, dudando.

—Las aguas están fuertemente custodiadas por la Armada y el servicio de guardacostas norteamericano para impedir el tráfico de drogas. Desaconsejo la huida en barco en esa dirección.

Polevoi miró por las ventanas de su oficina, que daban a la plaza Dzerzhinsky. El último sol de la mañana libraba una batalla perdida para iluminar los grises edificios de la ciudad. Una prieta sonrisa asomó lentamente a sus labios.

—¿Podemos llevarlos a salvo a Miami?

—¿Florida?

—Sí.

Iranov clavó la vista en el espacio.

—Existe el peligro de los controles de carretera, pero creo que podríamos superarlos.

—Bien —le dijo Polevoi, súbitamente aliviado—. Ocúpate de eso.

Menos de tres horas después de la fuga, Lee Tong Bougainville salió del ascensor del laboratorio y se enfrentó a Lugovoy. Faltaban unos minutos para las tres de la mañana, pero parecía como si nunca hubiera dormido.

—Mis hombres están muertos —le dijo Lee Tong sin el menor rastro de emoción—. Le hago a usted responsable.

—No sabía que sucedería eso —le respondió, con voz tranquila y firme.

—¿Cómo podía ignorarlo?

—Usted me aseguró que este lugar era a prueba de fugas. No creí que él pudiera intentarlo.

—¿Quién es él?

—Paul Suvorov, un agente de la KGB a quien sus hombres recogieron por error en el ferry de Staten Island.

—Pero usted lo sabía.

—Sólo dio a conocer su identidad cuando ya habíamos llegado.

—Y con todo, usted no dijo nada.

—Es cierto —admitió Lugovoy—. Tenía miedo. Cuando termine este experimento debo regresar a Rusia. Créame, no tiene sentido enemistarse con nuestra gente de seguridad.

«De lo que tienes miedo es del hombre que está detrás de ti», pensó Lee Tong. Lo veía en los ojos de todos los rusos que había conocido. Temían a los extranjeros, a sus vecinos, a cualquier hombre de uniforme. Habían vivido tanto tiempo con ese miedo que se había convertido en una emoción tan común como la ira o la felicidad. No iba a compadecer a Lugovoy. Por el contrario, lo despreciaba por vivir voluntariamente bajo un sistema tan represivo.

—¿Le causó algún daño al experimento ese Suvorov?

—No —le respondió Lugovoy—. El Vicepresidente sólo sufrió una ligera conmoción pero se ha repuesto y se encuentra bajo el efecto de sedantes. Al Presidente ni lo tocaron.

—¿No se ha retrasado nada?

—Todo se está llevando a cabo tal cual estaba programado.

—¿Y espera usted terminar dentro de tres días?

Lugovoy asintió con la cabeza.

—Tendrá que ser antes.

Lugovoy reaccionó como si no hubiera oído bien. Entonces no pudo contenerse.

—¡Oh, Dios, no! —exclamó jadeando—. Necesito más tiempo. Tal como están

las cosas, mi equipo y yo estamos haciendo en diez días lo que debería llevar treinta. Usted está eliminando todas nuestras garantías. Necesitamos más tiempo para que se estabilice el cerebro del Presidente.

—Ésa es una preocupación del Presidente Antonov, no mía ni de mi abuela. Nosotros hemos cumplido con nuestra parte del trato. Al permitir que entrara aquí un hombre de la KGB, usted estropeó todo el proyecto.

—Le juro que no tuve nada que ver con la fuga de Suvorov.

—Eso es lo que usted dice —le respondió Bougainville fríamente—. Para mí, esa presencia fue planeada. Posiblemente por orden del Presidente Antonov. Seguramente que Suvorov ya ha informado a sus superiores y todos los agentes soviéticos en los Estados Unidos convergen sobre nosotros. Tenemos que trasladar este lugar.

Ése fue el golpe final. Lugovoy parecía como si tuviera náuseas.

—¡Imposible! —aulló, como un perro herido—. Absolutamente. De ninguna manera podemos trasladar al Presidente y todo el equipo a otro lugar y cumplir, además, con su ridículo plazo.

Bougainville lo miró a través de unos ojos que eran una ranura. Cuando volvió a hablar, su voz era firme como una roca:

—Tranquilo, doctor. No sé solivante.

Cuando Pitt entró en su oficina de la NUMA, encontró a Hiram Yaeger dormido en el sofá. Con sus ropas desaliñadas, su barba y largo pelo recogido en un moño, el experto en computadoras parecía un vago borracho. Pitt se le acercó y lo sacudió suavemente por el hombro. Yaeger levantó poco a poco un párpado, se movió en el sofá, refunfuñó y se sentó.

—¿Una noche loca? —le preguntó Pitt.

Yaeger se rascó la cabeza con las dos manos y bostezó.

—¿Tienes Té Rojo Zinger con Condimentos Celestiales?

—Sólo café de ayer recalentado. Yaeger hizo un gesto de desaprobación.

—La cafeína te va a matar.

—La cafeína, la contaminación, la bebida, las mujeres... ¿qué importa?

—A propósito, la he encontrado.

—¿Qué has encontrado?

—Tu astuta y evasiva compañía naviera.

—¡Jesús! —dijo Pitt, reanimándose—. ¿Dónde?

—En tu propio patio trasero —le respondió, con una amplia sonrisa socarrona—.

En Nueva York.

—¿Cómo lo hiciste?

—Tu intuición de que los coreanos estaban involucrados fue la clave. Pero no toda la respuesta. Ataqué por ese lado, investigando las compañías navieras y exportadoras que tenían su base en Corea o navegaban bajo ese pabellón. Había más de cincuenta, pero ninguna conducía a esas cuentas bancarias. Sin otro lugar adonde recurrir, dejé que el ordenador actuara solo. Mi vanidad se hizo pedazos. Demostró ser mejor detective que yo. La dificultad estaba en el nombre. No era coreano sino francés.

—¿Francés?

—Con base en el World Trade Center, en Manhattan. Su flota navega bajo pabellón de la República de Somalia, ¿qué te parece?

—Continúa.

—Una compañía de primera clase, no se dedica a operaciones con cacharros oxidados. Catalogada como pura e inocente por *Fortune*, *Forbes* y por Dun & Bradstreet. Tan inmaculadamente pura que su informe anual viene acompañado con música de arpas. Pero, si rascas lo suficiente encuentras más testaferrros y falsas compañías subsidiarias que maricas en San Francisco. Documentación naviera falsa; reclamaciones por seguros falsos; barcos de carga de alquiler para cargamentos que nunca existieron; sustitución de cargamentos sin valor por otros de inmenso valor. Y siempre más allá de la jurisdicción de los grupos privados y gubernamentales a los

que estafan.

—¿Cuál es el nombre?

—Marítima Bougainville —le respondió Yaeger—. ¿Alguna vez oíste hablar de ella?

—¿De Min Koryo Bougainville... el «Loto de Acero»? —le dijo Pitt, impresionado—. ¿Quién no? Es tan célebre como los magnates británicos y griegos del mundo marítimo.

—Pues es tu conexión coreana.

—¿Tus datos están comprobados? ¿No hay posibilidad de error?

—De lo más firmes y confiables —le respondió, inflexible—. Acepta mi palabra. Controlado por triplicado. Apenas localicé a la Bougainville como la fuente original, el asunto se redujo a una simple tarea de rastreo. Todo coincidía: las cuentas bancarias, las letras... te resultaría increíble ver cómo los bancos fingen ignorar estos fraudes. Todo el asunto me recordó una de esas estatuas de la India con veinte brazos, sentadas con una expresión de santidad en el rostro mientras sus brazos hacen gestos obscenos.

—Lo has conseguido —le dijo Pitt, entusiasmado—. En verdad, clavaste a la Sosan Trading, al *San Marino* y al *Pilottown*, en pleno imperio marítimo Bougainville.

—Como una estaca en el corazón.

—¿Hasta dónde has llegado?

—Puedo darte la biografía completa de esa vieja desde que nació. Un buen pájaro. Comenzó desde el principio y con mucho coraje después de la Segunda Guerra Mundial. Poco a poco fue incorporando a su flota viejos cargueros, tripulados por coreanos, contentos de trabajar por un tazón de arroz y unos peniques por día. Como prácticamente no tenía gastos generales, rebajó los costos de sus cargas y construyó una próspera empresa. Hace veinticinco años, cuando su nieto ingresó en la compañía, las cosas dieron un gran salto adelante. Se mantuvo aparte, en segundo plano. Salvo por sus antecedentes escolares, su expediente está casi en blanco. Min Koryo Bougainville edificó ese imperio del crimen que opera en treinta países. Cuando su nieto —se llama Lee Tong— entró en la compañía, suavizó la parte fraudulenta y piratesca de la organización hasta convertirla en una obra de arte. Lo tengo todo registrado y anotado. Hay una copia en tu mesa.

Pitt se volvió y se dio cuenta de que encima de la mesa había un fajo de listados de ordenador. Se sentó y les pasó revista. El increíble imperio de los Bougainville era como para dejar pasmado a cualquiera. La única actividad delictiva que parecían haber dejado de lado era la prostitución.

Transcurridos unos minutos levantó la vista y asintió con la cabeza.

—Un trabajo extraordinario, Hiram —le dijo, sinceramente—. Gracias.

Yaeger le señaló, con un movimiento de cabeza, todo ese material y le aconsejó:

—Yo, en tu lugar, no perdería esto de vista.

—¿Hay alguna posibilidad de que nos pesquen?

—Conclusión inevitable. Nuestras averiguaciones ilegales han quedado grabadas en el ordenador del banco e impresas en un formulario diario. Si un supervisor astuto observa la lista, se preguntará por qué una agencia oceanográfica norteamericana está husmeando en las cuentas de su mayor cliente. El paso siguiente será colocar en la línea de comunicaciones de la computadora un dispositivo de rastreo.

—Y lo más seguro es que el banco avise a la vieja Min Koryo —reflexionó Pitt. Luego levantó la vista y agregó—: Una vez que ellos hayan identificado a la NUMA, ¿puede el ordenador de los Bougainville sondear al nuestro hasta saber qué espigamos de sus datos bancarios?

—Nuestra red es tan vulnerable como cualquier otra. Sin embargo, no se van a enterar de mucho, porque he retirado los discos magnéticos de almacenamiento.

—¿Cuándo crees que nos van a descubrir?

—Me sorprendería que no nos hubieran identificado ya.

—¿No podrías adelantárteles?

Yaeger lo miró inquisitivamente.

—¿Qué estás tramando?

—Vuelve a tu teclado y complícales la vida para siempre. Vuelve a entrar en la red y altera los datos, confunde las operaciones diarias de los Bougainville, borra los antecedentes legítimos de los bancos, inserta en sus programas instrucciones absurdas. Déjalos que, para variar, sientan la presión de otro.

—Pero perderemos una prueba fundamental para una investigación federal.

—¿Y qué? La prueba ha sido obtenida ilegalmente. De cualquier manera no sirve para nada.

—Espera un poco. Podemos meternos en un lío mayúsculo.

—Peor que eso. Podrían matarnos —le dijo Pitt, con una leve sonrisa.

Una nueva expresión afloró en el semblante de Yaeger. Una expresión de súbito temor. El juego había dejado de ser divertido y adquiría dimensiones siniestras. Jamás se le había ocurrido que la investigación pudiera convertirse en algo amenazador y que pudieran asesinarlo.

Pitt leyó esa aprensión en sus ojos.

—Ahora puedes irte y tomarte unas vacaciones. Te entenderé si lo haces.

Yaeger pareció dudar un instante. Después sacudió la cabeza.

—No. Me quedaré. Hay que descubrir a esa gente.

—Entonces dales duro. Obstruye los trabajos en todos los aspectos de su compañía marítima... inversiones en el extranjero, negocios subsidiarios, operaciones inmobiliarias, todo lo que ellos tocan.

—Está en juego mi cabeza, pero lo haré. Límitate a conseguir que el almirante se mantenga lejos de mí un par de noches más.

—Fíjate en cualquier información relacionada con un barco llamado *Eagle*.

—¿El yate presidencial?

—Digamos sencillamente un barco llamado *Eagle*.

—¿Algo más?

Pitt asintió sombríamente.

—Pediré que refuercen el servicio de seguridad en torno al centro de computación.

—¿Te importaría que me quedara aquí y usara tu sofá? De pronto siento una profunda aversión a dormir solo en mi casa.

—Mi oficina es toda tuya.

Yaeger se levantó y se desperezó. Después volvió a señalar con la cabeza las hojas con los datos.

—¿Qué vas a hacer con eso?

Pitt bajo la vista sobre la primera brecha en la estructura criminal de los Bougainville. El ritmo de su investigación personal estaba adquiriendo impulso. Las piezas caían en sus manos para completar el cuadro; los bordes irregulares de ese rompecabezas encajaban unos en otros. La esfera de acción iba mucho más allá de lo que se había imaginado al principio.

—Sabes —le contestó, pensativo—, no tengo la menor idea.

Cuando el senador Larimer se despertó, en el asiento trasero del coche, el cielo, por el lado de levante, empezaba a ponerse anaranjado. Aplastó el mosquito cuyo zumbido le había despertado. Moran se movió, en el rincón de su asiento, empujando los ojos para enfocar la visión, y sin alcanzar a descubrir dónde se hallaba. De pronto se abrió la puerta y sobre la falda de Larimer cayó un hato de ropa.

—Póngasela —le ordenó Suvorov, con brusquedad.

—Todavía no me ha dicho usted quién es —le dijo Larimer, moviendo la lengua con extrema lentitud.

—Mi nombre es Paul.

—¿No tiene apellido?

—Nada más que Paul.

—¿Es del FBI?

—No.

—¿De la CÍA?

—No tiene importancia —le contestó—. Vístase.

—¿Cuándo llegaremos a Washington?

—Pronto —le mintió Suvorov.

—¿De dónde ha sacado esta ropa? ¿Cómo sabe que me va a quedar bien?

Suvorov ya estaba perdiendo la paciencia con ese norteamericano impertinente. Refrenó el impulso de romperle la mandíbula con el revólver.

—La he robado de la cuerda donde estaba tendida. Los mendigos no pueden ser exigentes. Por lo menos es ropa limpia.

—No puedo usar una camisa y unos pantalones de un desconocido —protestó Larimer indignado.

—Si quiere volver a Washington desnudo no es asunto mío.

Suvorov cerró de golpe la puerta, se sentó en el asiento del chófer y se acomodó ante el volante. Salió de una pintoresca comunidad residencial, llamada Plantation Estates y entró en la Carretera 7. El tráfico de las primeras horas de la mañana empezó a aumentar cuando cruzaron el puente del río Ashley que conducía a la Carretera 26, donde dobló hacia el norte.

Agradeció que Larimer se callara. Moran estaba saliendo de su estado semiconsciente y murmuraba incoherencias. Las luces del auto iluminaron un cartel verde con letras blancas: aeropuerto a la derecha. Salió de la pendiente y llegó a la verja del Aeropuerto Municipal de Charleston. Frente a la pista principal de aterrizaje, el brillante cielo dejó ver una hilera de cazas de reacción pertenecientes a la Guardia Aérea Nacional.

Obedeciendo las órdenes recibidas por teléfono, bordeó el aeropuerto en busca de

un camino. Lo encontró y se metió en él hasta llegar a un poste con un anemómetro que colgaba flojo en la húmeda atmósfera.

Se detuvo y salió del coche, consultó su reloj y esperó. No habían pasado ni dos minutos cuando se oyó el ruido de los rotores de un helicóptero; las luces intermitentes rondaron un momento en el aire hasta que aterrizó a pocos metros del coche.

La puerta que estaba tras el asiento del piloto se curvó hacia afuera y un hombre, con una bata blanca, saltó a tierra y se acercó al coche.

—¿Usted es Suvorov? —le preguntó.

—Soy Paul Suvorov.

—Muy bien. Entre el equipaje antes de que llamemos la atención.

Entre los dos llevaron a Larimer y a Moran al compartimento de pasajeros y les ajustaron los cinturones. Suvorov notó que las letras, en el lado del fuselaje, decían: Sumter. Ambulancia AÉREA.

—¿Esta cosa va a la capital? —preguntó Larimer, con una chispa de su antigua altivez.

—Señor, lo llevará a donde quiera —le respondió el piloto, sin discutir.

Suvorov se acomodó en el asiento vacío del copiloto y se ajustó el cinturón.

—No me han dicho nuestro destino —le dijo.

—Rusia, al final —le contestó el piloto con una sonrisa que no tenía nada de humorística—. Lo primero es averiguar de dónde viene.

—¿De dónde vengo?

—Mis órdenes son tenerlo volando hasta que identifique el lugar en que usted y esos dos charlatanes de atrás pasaron los últimos ocho días. Una vez cumplida esa misión, lo llevaré a otra zona de partida.

—Muy bien —le dijo Suvorov—. Haré lo que pueda.

El piloto no le dio su nombre y Suvorov sabía que lo mejor era no preguntárselo. Indudablemente, era uno de los cinco mil «agentes» pagados por los soviéticos diseminados por los Estados Unidos, expertos en trabajos especializados y que esperaban una llamada para salir a la superficie, llamada que quizá no se produciría nunca.

El helicóptero ascendió quince metros y después se dirigió a la bahía de Charleston.

—Muy bien. ¿Por dónde? —le preguntó el piloto.

—No estoy seguro. Era de noche y estaba confundido.

—¿No me puede dar ninguna pista?

—A unas cinco millas de Charleston... crucé un río.

—¿Desde qué dirección?

—Oeste... sí, el día amanecía frente a mí.

—Ha de ser el río Stono.

—Ése... el Stono.

—Entonces estuvo viajando por la Carretera Estatal 700.

—Doblé en esa dirección una media hora antes de llegar al puente.

El sol se había levantado por encima del horizonte y se filtraba por la estival niebla azul de Charleston. El helicóptero subió hasta los trescientos metros y se dirigió al sudoeste hasta que la carretera se hizo visible a través de las ventanillas de la cabina. El piloto señaló hacia abajo y Suvorov asintió. Siguieron la corriente del tránsito sobrevolando la llanura costera de Carolina del Sur, que se extendía a sus pies. De tanto en tanto algunos campos cultivados se veían encerrados por todos lados por bosques de pinos. Pasaron por encima de un granjero que estaba en su plantación de tabaco y que los saludó con el sombrero.

—¿Ve algo familiar? —le preguntó el piloto.

Suvorov sacudió la cabeza, impotente.

—El camino por el que salí puede estar en cualquier parte.

—¿En qué dirección iba cuando se encontró con la carretera?

—Doblé a la izquierda, de modo que debo de haber ido hacia el sur.

—Esta zona se llama Isla Wadmalaw. Haré un vuelo circular. Dígame si divisa algo.

Pasó una hora y luego dos. El espectáculo de abajo se transformó en un laberinto de arroyos y riachuelos que serpenteaban entre la tierra baja y los pantanos. Desde el aire, un camino parecía igual a otro. Delgadas cintas de una tierra pardo-rojiza o de asfalto lleno de baches cortaban la densa y tupida vegetación como las líneas en la palma de la mano. A medida que pasaba el tiempo Suvorov se sentía más confundido, hasta que el piloto perdió la paciencia.

—Tendré que poner fin a la búsqueda o no me quedará suficiente combustible para llegar a Savannah —le dijo.

—Savannah está en Georgia —señaló Suvorov, como si estuviera recitando una lección en la escuela.

El piloto se sonrió.

—Sí, ya lo sé.

—¿Nuestro punto de partida para la Unión Soviética?

—Es sólo una parada para abastecernos de combustible. —Y el piloto ascendió.

Suvorov comprendió que era imposible sacarle cualquier información, por lo que volvió a dirigir su atención a la tierra.

De pronto señaló, agitado, por encima del panel de los instrumentos.

—¡Ahí! —exclamó, tratando de superar el ruido del motor—. Ese cruce a la izquierda.

—¿Lo reconoce?

—Creo que sí. Baje un poco más. Quiero leer el cartel en ese destartado edificio de la esquina.

El piloto obedeció y bajó el helicóptero a diez metros por encima de los caminos que se bifurcaban.

—¿Es eso lo que busca? —le preguntó—. ¿Glover Culpepper, gasolina y comestibles?

—Estamos cerca. Sobrevuele el camino que conduce a ese río, hacia el norte.

—El canal navegable intercostero.

—¿Un canal?

—Uno de poca profundidad que proporciona un pasaje de agua casi continuo desde los Estados del Atlántico Norte hasta Florida y el golfo del México. Se usa principalmente para pequeñas lanchas de placer y remolcadores.

El helicóptero pasó por encima de las copas de los árboles, fustigando hojas y doblando ramas con las paletas de sus rotores. De pronto, al borde de un ancho arroyo pantanoso, terminaba el camino. Suvorov miró por el parabrisas.

—El laboratorio... debe estar por aquí.

—No veo nada —le dijo el piloto, inclinando el aparato y estudiando el terreno.

—¡Bajemos! —le ordenó Suvorov, nervioso—. Ahí, a unos cien metros del camino, en ese claro.

El piloto asintió y colocó suavemente los patines de aterrizaje en el césped, produciendo un remolino de hojas muertas y mohosas. Detuvo el motor, las paletas giraron lentamente y abrió la puerta. Suvorov bajó de un salto y corrió dando trompicones por la maleza al fondo del camino. Tras unos minutos de búsqueda frenética, se detuvo en la orilla del arroyo y miró, desesperado, a su alrededor.

—¿Qué problema hay? —le preguntó el piloto, cuando se le acercó.

—No está aquí —le contestó, turbado y confuso—. Un almacén con un ascensor que bajaba a un laboratorio. Ha desaparecido.

—Los edificios no desaparecen en seis horas —le dijo el piloto. Ya estaba empezando a aburrirse—. Debe de haberse equivocado de camino.

—No, no. Tiene que ser éste.

—Sólo veo árboles y un pantano... —vaciló un instante y señaló— y esa vieja y decrepita casa flotante del otro lado del arroyo...

—¡Un barco! —exclamó Suvorov, como si tuviera una revelación—. Debe haber sido un barco.

El piloto miró hacia abajo, hacia las fangosas aguas del arroyo.

—El fondo, aquí, sólo tiene un metro o un metro y medio de profundidad. Imposible traer aquí, a través de un canal poco profundo, un barco del tamaño de un almacén con un ascensor dentro.

Suvorov abrió las manos, perplejo.

—Tenemos que seguir buscando.

—Lo siento —le dijo el piloto, con firmeza—. No tenemos ni tiempo ni combustible para continuar. Para cumplir con nuestro compromiso tenemos que irnos ya.

Se volvió y, sin esperar respuesta, regresó al helicóptero. Suvorov lo siguió lentamente. Para cualquiera que lo estuviese mirando, tenía el aspecto de un hombre sumido en un profundo trance.

A medida que el helicóptero se levantaba por encima de los árboles y se dirigía a Savannah, se corrió una cortina de yute en la ventana de la casa flotante, descubriendo a un viejo chino que miraba a través de un costoso par de binoculares Celestron de 11 X 80.

Cuando comprobó que había leído bien el número de identificación del aparato en el fuselaje, bajó los prismáticos y marcó un número en un teléfono portátil y habló en chino, rápidamente.

—¿Tienes un minuto, Dan? —le preguntó Curtís Mayo, cuando Dan salió de su coche, en la calle privada junto a la Casa Blanca.

—Tendrás que hablar aprisa —le respondió, sin mirar en dirección a Mayo—. Estoy llegando tarde a la reunión.

—¿Problemas en la Sala de Situaciones?

Fawcett aspiró una bocanada de aire. Después, con la mayor calma que le permitían sus dedos temblorosos, cerró la puerta y cogió el portafolios.

—¿No tienes respuesta? —le preguntó Mayo.

Fawcett se dirigió a la puerta de seguridad.

—Lancé una flecha al aire...

—Y cayó en tierra, no sé dónde —completó Mayo, que caminaba a su lado—. Longfellow. ¿Quieres ver mi flecha?

—No especialmente.

—Ésta va a aterrizar en el noticiario de las seis.

Fawcett caminó más lentamente.

—¿Detrás de qué estás?

Mayo se sacó del bolsillo una cassette de video grande y se la pasó.

—Te gustará verla antes de que salga al aire.

—¿Por qué haces esto?

—Llámalo cortesía profesional.

—¡Vaya! ¡Eso sí que es una novedad!

Mayo sonrió.

—Como te dije, mira el video.

—Ahórrame problemas. ¿Qué hay en él?

—Una escena folklórica del Presidente representando el papel de granjero. Sólo que no es el presidente.

Fawcett se detuvo y lo miró.

—No digas tonterías.

—¿Puedo hacer una cita tuya?

—No te hagas el listo —le espetó Fawcett—. No estoy de humor para una entrevista que apoye tus impresiones y suposiciones.

—Muy bien. Aquí va la pregunta directa: ¿quiénes están representando al Presidente y al Vicepresidente en Nuevo México?

—Nadie.

—Tengo pruebas de lo contrario. Suficientes como para utilizarlas en un bloque del noticiario. Largo esto y todos los buscadores de escándalos entre esta ciudad y Seattle vendrán arrastrándose hasta la Casa Blanca como un ejército de hormigas

asesinas.

—Hazlo y recibirás una docena de huevos en la cara cuando el Presidente esté tan cerca de ti como lo estoy yo y lo niegue.

—No si descubro en qué travesura se ha metido mientras un doble juega al escondite en el rancho.

—No te deseo suerte porque la idea en sí es un disparate.

—¡Vamos, Dan! Ponte en mi lugar. Algo grande está pasando.

—Confía en mí, Curt. No sucede nada extraordinario. El Presidente regresará dentro de dos días. Se lo podrás preguntar tú mismo.

—¿Y qué pasa con estas súbitas y secretas reuniones de gabinete a todas horas de la noche?

—Sin comentarios.

—Es cierto, ¿no?

—¿De dónde sacaste esta joyita? ¿Cuál es tu fuente?

—Alguien que ha visto un montón de coches sin matrícula entrando por el sótano del Departamento del Tesoro en plena noche.

—Pues bien, la gente del Tesoro está quemando petróleo a medianoche.

—No hay luces en el edificio. Mi sospecha es que entran furtivamente en la Casa Blanca por el túnel y se reúnen en la Sala de Situaciones.

—Piensa lo que quieras. Pero estás completamente equivocado. Eso es todo lo que puedo decirte sobre el asunto.

—¡No lo voy a dejar así! —dijo Mayo, en tono desafiante.

—Como quieras —le replicó Fawcett, con total indiferencia—. Es tu funeral.

Mayo se quedó atrás y vio cómo Fawcett pasaba por el portón de seguridad. El consejero presidencial había levantado una buena fachada, pensó. Pero no era más que eso: una fachada. Cualquier duda que hubiera expuesto sobre las siniestras maniobras que existían en torno a la rama ejecutiva de la Nación hubiera sido barrida.

Ahora, más que nunca, estaba decidido a averiguar qué pasaba.

Fawcett introdujo la cassette en el magnetoscopio y se sentó frente a la pantalla del televisor. Pasó la cinta tres veces, examinando todos los detalles, para descubrir qué había pescado Mayo.

Cansado, tomó un teléfono y pidió que le pusieran, por una línea de seguridad, con el Departamento de Estado. Pasados unos minutos contestó Doug Oates.

—Sí, Dan, ¿qué pasa?

—Ha ocurrido algo nuevo.

—¿Noticias del Presidente?

—No es eso. Acabo de tener una charla con Curtis Mayo, de los informativos de la CNN. Nos ha descubierto.

Hubo una tensa pausa.

—¿Qué podemos hacer?

—Nada —le respondió sombríamente Fawcett—. Absolutamente nada.

Sam Emmett salió del edificio del FBI en el centro de Manhattan y se fue en coche hasta el cuartel general de la CÍA en Langley, Virginia. Un chubasco de verano pasó por encima de él, humedeciendo los arbolados terrenos del edificio de espionaje, dejando detrás el suave olor de la tierra mojada.

Martin Brogan estaba fuera de su oficina cuando Emmett pasó por la puerta de la antesala. El ex profesor universitario le tendió una mano abierta.

—Gracias por encontrar un hueco en su ocupado horario para venir hasta aquí.

Emmett le sonrió al darle la mano. Brogan era uno de los pocos hombres del Presidente a quien él admiraba de verdad.

—De ninguna manera. No soy un hombre de oficina. Me encanta tener excusas para salir.

Entraron en el despacho de Brogan y se sentaron.

—¿Café o una copa? —le preguntó Brogan.

—Nada, gracias. —Emmett abrió su portafolios y puso sobre la mesa del director de la CÍA un informe encuadernado—. Aquí están las investigaciones del FBI hasta una hora antes de que desapareciera el Presidente.

Brogan, a su vez, le entregó un informe similar.

—Estamos igual en la Central de Inteligencia. Muy poco que agregar a nuestra última entrevista. Lo siento.

—No está solo. También nosotros estamos a leguas de un descubrimiento importante.

Brogan hizo una pausa para encender un habano Toscanini. Parecía algo fuera de lugar con su traje de Brooks Brothers. Los dos hombres empezaron a leer juntos. Transcurridos unos diez minutos en silencio, la expresión de Brogan se suavizó, desde una profunda concentración hasta un interés curioso y dio un golpecito en una de las páginas del informe de Emmett.

—Esta sección... acerca de la desaparición de un psicólogo soviético...

—Pensé que le interesaría.

—¿Tanto él como su personal en las Naciones Unidas, desaparecieron la misma noche que secuestraron el *Eagle*?

—Sí, y hasta la fecha no ha aparecido ninguno. Podría tratarse de una mera coincidencia, pero me pareció que no podía pasarse por alto.

—Lo primero que se me ocurrió es que —Brogan volvió a mirar el informe— Lugovoy, el doctor Aleksei Lugovoy, podría haber sido destacado por la KGB para que utilizara sus conocimientos psicológicos a fin de arrancar los secretos de la nación a los hombres secuestrados.

—Una teoría que no nos podemos permitir desechar.

—El nombre... —dijo Brogan, como hablándole al vacío—... me suena.

—¿Lo ha oído antes?

De pronto las cejas de Brogan se arquearon y se le abrieron los ojos. Alargó una mano hacia el interfono y dijo:

—Mándeme el último informe de la Agencia Francesa de Seguridad Interna.

—¿Cree que tenemos algo?

—Una conversación grabada entre el Presidente Antonov y el jefe de la KGB, Vladimir Polevoi. Creo que mencionaron a Lugovoy.

—¿De la Inteligencia Francesa? —preguntó Emmett.

—Antonov estaba en visita oficial... Nuestros amistosos rivales en París colaboran mucho pasándonos informaciones que no consideran importantes para sus intereses nacionales.

En menos de un minuto, la secretaria privada de Brogan golpeó a la puerta y le entregó una transcripción de la cinta secreta. Inmediatamente leyó su contenido.

—Esto es muy interesante —le dijo—. Lea entre líneas e imagine toda clase de intrigas maquiavélicas. Según Polevoi, el psicólogo de las Naciones Unidas desapareció del ferry de Staten Island en Nueva York y se cortaron todos los contactos.

—¿La KGB perdió varias ovejas de su rebaño al mismo tiempo? —le preguntó Emmett, pasmado—. Esto es una nueva vuelta de tuerca. Se están descuidando.

—Es la propia frase de Polevoi. —Brogan le tendió el escrito—. Véalo usted mismo.

Emmett leyó y releyó la copia a máquina. Cuando levantó la vista, una señal de triunfo iluminó sus ojos.

—De modo que los rusos *están* detrás del secuestro...

Brogan hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Así parece, claramente. Pero no pueden estar solos. No, si ignoran el paradero de Lugovoy. Hay otra gente trabajando con ellos, alguien aquí, en los Estados Unidos, con poder para organizar la operación.

—¿Usted?

Brogan lanzó una carcajada.

—No. ¿Y usted?

Emmett sacudió la cabeza.

—Si la KGB, la CÍA y el FBI están en plena oscuridad, ¿quién reparte las cartas?

—La persona a la que ellos se refieren como la «vieja puta» y la «puta china».

—No son muy educados estos comunistas.

—El nombre en clave de su operación debe ser Huckleberry Finn.

Emmett estiró las piernas, las cruzó y se arrellanó en su sillón.

—Huckleberry Finn —repitió, pronunciando cada sílaba—. Nuestros colegas en

Moscú tienen un oscuro sentido del humor. Pero, lo importante es que, con su falta de ingenio, nos dejan abierta una posibilidad.

Nadie prestó la menor atención a los dos hombres sentados cómodamente en un camión estacionado en la zona de carga del edificio de la NUMA. Un cartel barato, de plástico, que se podía quitar fácilmente y adherido a la puerta de la derecha decía: Lampista Guss Moore. Detrás de la cabina, en la caja del camión, había tuberías de cobre y herramientas surtidas. Los hombres con ropa de trabajo estaban manchados de tierra y grasa y ninguno se había afeitado en los últimos días. Lo único raro en su aspecto eran los ojos. No se apartaban de la entrada a la oficina de la NUMA.

El chófer se puso tenso e hizo un movimiento con la cabeza, señalando algo.

—Creo que es él quien viene.

El otro levantó unos binoculares envueltos en una bolsa de papel manila con el fondo roto y miró la figura que pasaba por las puertas giratorias. Después dejó los prismáticos sobre sus rodillas y examinó una foto en papel brillante de formato doce por dieciocho.

—Confirmado.

El chófer controló una hilera de números en un pequeño transmisor negro.

—Contando ciento cuarenta segundos a partir de ahora... ya. —Acentuó sus palabras apretando la palanca de un conmutador, poniéndola en posición de «encendido».

—Muy bien —le dijo su socio—. Vayámonos de aquí.

Pitt llegó al último escalón de piedra cuando el camión pasó frente a él. Se detuvo un momento para dejar pasar a otro coche y empezó a caminar por el parking. Se hallaba a setenta metros del Talbot-Lago cuando se volvió al oír un bocinazo.

Al Giordino se detuvo junto a un Ford Bronco. Su pelo negro rizado estaba desordenado y sin peinar y una espesa barba le cubría el mentón. Parecía como si hiciera una semana que no durmiera.

—¿A casita temprano, no? —le dijo—. ¿Escapándote?

—Lo estaba haciendo hasta que me pescaste —le contestó Pitt, con una sonrisa irónica.

—¡Hombre afortunado! Sentado todo el día sin hacer nada.

—¿Te has ocupado del rescate del *Eagle*?

Giordino hizo un movimiento de cansancio con la cabeza, asintiendo.

—Lo remolqué por el río y lo dejé en el dique seco hace tres horas. Puedes oler su hedor letal a un kilómetro.

—Por lo menos no tuviste que trasladar los cadáveres.

—No; un equipo de buceo de la Armada se encargó de esa espantosa tarea.

—Tómame una semana libre. Te la has ganado.

Giordino mostró una sonrisa.

—Gracias, jefe. La necesito. —Entonces se puso solemne—. ¿Algo nuevo sobre el *Pilottown*?

—Estamos afinando la puntería...

Pitt no pudo terminar la frase. Una estruendosa explosión rasgó el aire. Una bola de fuego surgió entre los coches aparcados y los restos de metal estallaron en todas direcciones. Un neumático con su rueda, con los radios cromados brillando al sol, voló describiendo un arco y aterrizó estrepitosamente en el centro del capó de Giordino. Rebotó a unas pulgadas de la cabeza de Pitt y siguió rodando por el parking antes de detenerse en una mata de rosales. El rumor de la explosión resonó como un eco en la ciudad durante varios segundos antes de menguar y morir.

—¡Dios! —exclamó roncamente Giordino, aterrorizado y confundido—. ¿Qué ha sido eso?

Pitt empezó a correr, metiéndose entre los coches aparcados hasta que disminuyó la marcha y se detuvo frente a un amasijo de metal que ardía a fuego lento y lanzando una nube de denso humo negro. El asfalto a sus pies se derretía por el calor convirtiéndose en un pesado lodo. Era imposible reconocer un coche en medio de esos restos retorcidos.

Giordino corrió detrás de él.

—¡Jesús! ¿De quién era?

—Mío —le respondió Pitt, con las facciones retorcidas de amargura al ver los restos del que, hasta un momento antes, había sido el hermoso Talbot-Lago.

TERCERA PARTE

El *Leonid Andreyev*

7 de agosto de 1989 - Miami, Florida

El capitán Yakov Pokofsky dio la bienvenida a Loren cuando subió a bordo del *Leonid Andreyev*. Era un hombre encantador, con abundante pelo plateado y unos ojos tan redondos y negros como el caviar. Por más que sus actitudes eran corteses y diplomáticas, Loren tuvo la sensación de que el capitán, en realidad, estaba asustado al tener a una representante de la política norteamericana husmeando por su barco y preguntando acerca de su funcionamiento. Después de las acostumbradas cortesías, el primer oficial la condujo a una *suite* para celebridades, inundada de flores como para un funeral oficial. «Los rusos —pensó— saben bien cómo acomodar a una visita ilustre.»

Por la noche, cuando el último de los pasajeros hubo subido a bordo y se instaló en su camarote, la tripulación soltó las amarras y el crucero salió de la Biscayne Bay, a través del canal, internándose en el Atlántico. Las luces de los hoteles en Miami Beach brillaban bajo una brisa tropical y poco a poco formaron una sola línea cuando las hélices gemelas del *Leonid Andreyev* lo alejaron de la costa.

Loren se quitó la ropa y se duchó. Cuando salió del baño y se secó con una toalla se sorprendió al verse reflejada en un espejo de tamaño natural. Su cuerpo no estaba nada mal, después de treinta y siete años de uso. La gimnasia y las clases de ballet cuatro horas a la semana la ayudaban a mantener la esbeltez. Se pellizcó el estómago y notó que algo más de un centímetro de carne sobresalía entre el pulgar y el índice. La excelente comida del crucero no iba a ser nada buena para su línea. Tomó la firme decisión de dejar el alcohol y los postres.

Se puso una chaqueta de seda color malva sobre una falda de encaje negro. Se soltó el moño y dejó que el pelo le cayera sobre los hombros. Satisfecha del efecto, se sintió con ánimo para pasear por cubierta antes de cenar en la mesa del capitán.

Durante media hora dejó vagar su mente mientras contemplaba los reflejos de la luna en las oscuras aguas. Después se apagaron de golpe las luces que iban desde la proa a la popa.

No se dio cuenta del helicóptero hasta que casi estuvo encima del barco. Había llegado a ras de las olas, volando sin las luces de navegación. Entre las sombras aparecieron algunos miembros de la tripulación y al instante recubrieron la piscina. Entonces el oficial hizo una señal con una linterna y el helicóptero descendió suavemente sobre esa improvisada pista de aterrizaje.

Loren se puso de pie y miró desde la barandilla. La ventaja que tenía era que miraba desde arriba y a una distancia de quince metros de la piscina. La zona estaba débilmente iluminada por la luna, lo que le permitió observar la mayor parte de la

acción. Echó un vistazo a su alrededor, buscando otros pasajeros, pero sólo vio a unos cinco o seis, a unos veinte metros.

Tres hombres salieron del helicóptero. Dos —así le pareció a ella— fueron tratados con bastante rudeza. El oficial del barco se puso la linterna bajo el brazo, de modo que pudo tener libres las dos manos para hacer pasar a empujones a uno de los hombres por una escotilla abierta. Durante un instante fugaz un rayo de luz iluminó una cara blanca como el papel. Y unos ojos desencajados de miedo. Loren vio con claridad los rasgos faciales. Se aferró a la barandilla y el corazón se le heló.

Entonces el helicóptero ascendió en ese cielo nocturno y rápidamente viró hacia la costa. En un santiamén retiraron la cubierta de la piscina y la tripulación se dispersó. A los pocos segundos volvieron a encenderse las luces del barco. Todo ocurrió con tal prontitud que por un momento Loren se preguntó si realmente había visto el aterrizaje y el despegue del helicóptero.

Pero en lo que no se equivocaba era en la aterrorizada figura que había visto en la piscina. Estaba segura de que era la del Presidente de la Cámara de Diputados, Alan Moran.

En el puente, el capitán Pokofsky miraba la pantalla del radar. Era de altura mediana y corpulento. Un cigarrillo le colgaba de la comisura de la boca. Se levantó y se alisó la chaqueta blanca del uniforme.

—Por lo menos esperaron hasta que estuviéramos más allá del límite de doce millas —dijo, con una voz gutural.

—¿Alguna señal de que los estuvieran siguiendo? —preguntó el oficial de guardia.

—Ningún contacto por aire ni ningún barco aproximándose por el mar —le respondió Pokofsky—. Una operación absolutamente tranquila.

—Como todas —agregó el oficial de guardia, con una sonrisa petulante. Pokofsky no le devolvió la sonrisa.

—No me gusta recibir entregas sin previo aviso y bajo cielos iluminados por la luna.

—Ésta debía de ser de absoluta prioridad.

—¿Acaso no lo son todas? —le replicó Pokofsky, cáusticamente.

El oficial de guardia decidió permanecer callado. Había servido a Pokofsky lo suficiente como para reconocer cuándo el capitán tenía uno de sus días malos.

Pkofsky volvió a controlar el radar y recorrió con la mirada el negro mar.

—Procura que nuestros invitados sean escoltados a mi camarote —le ordenó, antes de volverse y dejar el puente.

Cinco minutos después, el segundo oficial golpeó a la puerta del capitán, la abrió e hizo pasar a un hombre con un traje arrugado.

—Soy el capitán Pokofsky —dijo éste, levantándose del sillón de cuero donde se

sentaba para leer.

—Paul Suvorov.

—¿KGB o GRU?^[3]

—KGB.

Pokofsky le señaló un sofá.

—¿Le importaría informarme de qué hay detrás de esta intempestiva llegada?

Suvorov se sentó, agradecido, y midió a Pokofsky con la mirada. Lo que leyó lo hizo sentirse incómodo. Evidentemente, se trataba de un marino duro, no era de esa clase de personas que se pueden intimidar con credenciales de seguridad del Estado. Con astucia, prefirió dar un rodeo.

—De ninguna manera. Recibí la orden de sacar de contrabando del país a dos hombres.

—¿Dónde están ahora?

—Me tomé la libertad de pedirle a su primer oficial que los encerrara en el calabozo.

—¿Son desertores soviéticos?

—No; son norteamericanos.

Las cejas del capitán se arquearon.

—¿Me está diciendo que ha secuestrado a ciudadanos norteamericanos?

—Sí —le respondió, con fría calma—. Dos de los más importantes líderes del gobierno de los Estados Unidos.

—No estoy seguro de haberle oído correctamente.

—Sus nombres no importan. Uno es diputado, el otro senador.

Los ojos de Pokofsky se encendieron, súbitamente beligerantes.

—¿Se da usted cuenta de la difícil situación en que ha colocado a mi barco?

—Estamos en aguas internacionales —respondió Suvorov, tranquilamente—. ¿Qué puede suceder?

—Las guerras han empezado por menos que eso —le espetó Pokofsky—. Si los norteamericanos están alerta, aguas internacionales o no, no van a dudar un instante en enviar su Armada y su servicio de guardacostas para detener y abordar este barco.

Suvorov se puso de pie y lo miró directamente a los ojos.

—Su precioso barco no está en peligro, capitán.

Pokofsky se sobresaltó.

—¿Qué está diciendo?

—El océano es un inmenso basurero —le respondió, con firmeza—. En caso de requerirlo la situación, mis amigos del calabozo serán enviados, sencillamente, a las profundidades.

La conversación en la mesa del capitán fue aburrida y anodina, tal como podía esperarse. Los compañeros de Loren la aburrieron con una retahíla de interminables descripciones de sus viajes anteriores. Pokofsky las había oído ya miles de veces. Sonrió por cortesía y escuchó con fingida deferencia. Cuando se lo preguntaron, contó cómo había ingresado en la Armada rusa a los diecisiete años y ascendido a oficial, hasta que llegó a mandar un transporte de tropas. Tras veinte años de servicio había sido transferido a una línea de pasajeros soviética subvencionada por el Estado.

Describió el *Leonid Andreyev* como un barco de catorce mil toneladas, construido en Finlandia, con una capacidad de cuatrocientos setenta y ocho pasajeros y dos tripulantes por cada tres pasajeros. El moderno transatlántico de casco blanco tenía dos piscinas, una cubierta y otra al aire libre, cinco bares, dos clubes nocturnos, diez tiendas con bebidas alcohólicas y otros productos rusos, un teatro, un cine y una biblioteca bien surtida. Navegaba desde Miami en un crucero de diez días, en los meses de verano, hasta varios centros turísticos de las Antillas.

Durante una pausa en la conversación, Loren mencionó, al pasar, el aterrizaje del helicóptero. El capitán Pokofsky encendió un cigarrillo con una cerilla de madera y la agitó para apagarla.

—Ustedes, los norteamericanos, y su opulencia —dijo, bonachonamente—. Dos millonarios de Texas perdieron el barco en Miami y alquilaron un helicóptero que los trajo al *Andreyev*. Muy pocos compatriotas míos podrían permitirse ese lujo.

—Tampoco muchos de los míos —le aseguró Loren. Pensó que el capitán no sólo era sociable y encantador sino, además, un hábil mentiroso. Abandonó el tema y empezó a comer la ensalada.

Antes del postre pidió disculpas y se fue a su *suite*, en la cubierta principal. Se desprendió de los zapatos, se quitó la falda y la chaqueta y se tendió en la cama. Por su mente pasó la imagen de la cara aterrorizada de Alan Moran, diciéndose que sería alguien que se le parecía. Quizás el rayo de la linterna había dibujado rasgos similares. La razón le decía que, sencillamente, era un truco de su imaginación.

Entonces, recordó la conversación que había tenido con Pitt en el restaurante. Le había preguntado si ella no había oído algunos rumores acerca de la desaparición de personajes importantes del gobierno. Ahora sus más profundos instintos le decían que no se había equivocado.

Puso sobre la cama una guía y un diagrama de las cubiertas del barco, alisándoles las arrugas. Buscar a Moran en una ciudad flotante de doscientos treinta camarotes, dependencias para una tripulación de más de trescientas personas, bodegas de carga y sala de máquinas, todo ello extendido en más de once cubiertas de más de ciento cincuenta metros de longitud, era una causa perdida. También debía tener en cuenta

que ella era una representante del gobierno norteamericano en propiedad rusa. ¿Obtener permiso del capitán Pokofsky para inspeccionar todos los rincones? Sería más fácil convencerlo de que abandonara el vodka por el bourbon de Kentucky.

Decidió que la acción lógica sería establecer el paradero de Alan Moran. Si se encontraba en su casa de Washington, viendo la televisión, ella se olvidaría de toda esa locura y dormiría bien esa noche. Volvió a vestirse y se fue a la sala de comunicaciones. Agradeció que no hubiera mucha gente y que no tuviera que esperar en la línea.

Una muchacha rusa, con un pulcro uniforme, le preguntó adonde quería llamar.

—A Washington D.C. —le dijo—. De persona a persona, con la señora Sally Lindemann. Le escribiré el número.

—Haga el favor de esperar en la cabina cinco. Arreglaré su transmisión vía satélite —le dijo la muchacha, en un inglés casi impecable.

Loren se sentó pacientemente, confiando en que su secretaria se hallara en casa. Estaba. Una voz soñolienta contestó a la operadora: era Sally Lindemann.

—¿Es usted, jefa? —le preguntó a Loren, cuando estableció la comunicación—. Apuesto a que está bailando como una loca bajo las estrellas del Caribe, con algún *playboy* guapo.

—No has acertado ni una.

—Tendría que haber sabido que ésta era una llamada de trabajo.

—Sally, necesito que te pongas en comunicación con alguien.

—Un segundo. —Hubo una pausa. Cuando volvió a aparecer la voz de Sally, brillaba de eficiencia—. Tengo un bloc y un lápiz. ¿Con quién me debo comunicar y qué le digo?

—Con el diputado que se opuso y consiguió echar atrás mi proyecto hidráulico de las Montañas Rocosas.

—¿Se refiere a ese viejo con cara de ciruela, Mo...?

—El mismo —la interrumpió—. Quiero que hables con él, personalmente si es posible. Empieza por su casa. Si está fuera, pregúntale a su mujer dónde puedes dar con él. Si se niega, dile que se trata de un asunto de urgencia para el Congreso. Di lo que quieras, pero da con él.

—¿Y cuando lo encuentre?

—Nada. Dile que fue un error.

Hubo unos segundos de silencio. Entonces Sally, con mucho tacto, le preguntó:

—¿Está borracha, jefa?

Loren se rió, sabiendo lo perpleja que estaría Sally.

—Completamente sobria.

—¿Puede esperar esto hasta mañana?

—Necesito saber dónde está lo antes posible.

—Pero si son más de las doce de la noche —protestó Sally.

—¡Ahora! —le espetó Loren—. Llámame enseguida que le hayas visto la cara y hablado con él.

Cortó y regresó a su *suite*. La luna estaba directamente encima de ella y se entretuvo unos minutos en la cubierta, deseando que Pitt estuviera con ella.

A la mañana siguiente, se estaba terminando de maquillar cuando oyó que alguien llamaba a la puerta.

—¿Quién es?

—El camarero.

Loren fue a la puerta y la abrió. El camarero levantó la mano en un gesto de salutación. Miró intencionadamente al escote de Loren, que no había tenido tiempo de cerrarse convenientemente la bata.

—Una llamada urgente para usted desde el continente, diputada Smith —le dijo, con un fuerte acento eslavo—. La esperan en la sala de comunicaciones.

Le dio las gracias y se vistió de prisa. Una chica distinta la acompañó hasta la cabina y a la llamada que la estaba esperando. Oyó la voz de Sally como si estuviera en la cabina contigua.

—Buenos días, jefa —le dijo, con voz cansada.

—¿Tuviste suerte?

—La mujer de Moran me dijo que él se había ido a pescar con el senador Marcus Larimer —explicó, antes de que Loren pensara en interrumpirla—. Según ella, están en un lugar llamado el Lago del Ganso, una reserva privada para gente selecta, a pocos kilómetros al sur de la reserva Quantico de la Marina. De modo que salté a mi coche y me dirigí allá. Después de inventarme una historia para que un tipo con cara de vivir a la intemperie que custodiaba la entrada me dejara pasar, revisé los bungalows, las casas flotantes y los muelles. Ningún diputado, ningún senador. Entonces regresé a la capital. Todos respaldaron la historia de la pesca. A fin de reforzar mi investigación, intenté hablar, además, con dos personas del equipo de Larimer. La misma mentira. En realidad nadie los ha visto desde hace una semana. Lamento haberle fallado, jefa, pero a mí todo eso me parece una cortina de humo.

Loren sintió un escalofrío que le recorría el cuerpo. ¿El segundo hombre que había sido maltratado en el helicóptero podría haber sido Marcus Larimer?

—¿Sigo con la cacería? —le preguntó Sally.

—Sí, por favor.

—Haré lo que pueda. ¡Ah, me olvidaba! ¿Ha oído las últimas noticias?

—¿Cómo podría escucharlas a las diez de la mañana en un barco en medio del océano?

—Es sobre su amigo Dirk Pitt.

—¿Le ha ocurrido algo? —le preguntó, preocupada.

—Unos desconocidos hicieron volar su coche. Tuvo suerte de no estar dentro en ese momento. Aunque estuvo bastante cerca. Se dirigía a él cuando se detuvo para hablar con un amigo. Según la policía del Distrito, dos minutos más y lo habrían barrido de un escobazo.

Todo se agolpaba y confundía en la mente de Loren. Todo estaba sucediendo demasiado aprisa para que pudiera aceptarlo. La locura de esos acontecimientos estallaba en su cabeza en una complejidad de colores, como una colcha de patchwork. Las costuras se abrían en todas direcciones. Se agarró a la única esperanza que le quedaba.

—Sal, escúchame con mucha atención. Llama a Dirk y dile que necesito... —de pronto un zumbido chirriante le golpeó el tímpano—. ¿Me oyes, Sal?

La única respuesta a su pregunta fue el zumbido de la interferencia. Se volvió para quejarse a la telefonista, pero se había ido. En su lugar había dos camareros, o mejor dicho dos boxeadores con uniformes de camareros, y el primer oficial, que abrió la puerta de la cabina y le hizo una breve reverencia.

—¿Quiere venir conmigo, diputada Smith? El capitán desea hablar con usted.

El piloto posó el helicóptero en tierra, en un pequeño aeropuerto de la Isla de las Palmeras, cerca de Charleston. Procedió a cumplir con todos los pasos rutinarios para cerrar los circuitos, disminuyendo las revoluciones por minuto del motor hasta enfriarlo. Después bajó, alineó hacia arriba una de las paletas del rotor y la ató a la cola.

Le dolían la espalda y los brazos por haber volado tantas horas, por lo que hizo unos ejercicios para estirar los músculos mientras se dirigía a una pequeña oficina próxima a la pista de aterrizaje. Abrió la puerta y entró.

Un extraño se hallaba sentado en el minúsculo vestíbulo leyendo distraídamente un diario. Al piloto le pareció que era chino o japonés. El hombre bajó el diario, dejando al descubierto una escopeta que empuñaba como si fuera una pistola, y dos cañones aserrados gemelos que terminaban a diez centímetros escasos del cargador.

—¿Qué quiere? —le preguntó estúpidamente el piloto.

—Información.

—Se equivocó de lugar —le respondió el piloto levantando instintivamente las manos—. Somos del servicio de ambulancia, no una biblioteca.

—Muy ingenioso —le dijo el oriental—. Y además llevan pasajeros.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Paul Suvorov, uno de sus amigos rusos.

—Jamás he oído hablar de él.

—¡Qué raro! Estuvo sentado junto a usted, en el asiento del copiloto, casi todo el día de ayer.

—¿Qué quiere? —le repitió el piloto. El miedo empezaba a treparle por la espina dorsal.

El oriental sonrió perversamente.

—Tiene diez segundos para decirme el destino exacto adonde llevó a Suvorov y a los otros dos hombres. Si al final de ese tiempo sigue tan testarudo, le volaré una de las rodillas. Diez segundos después puede usted despedirse de su vida sexual —reforzó su exigencia aflojando el seguro de la escopeta—. Empieza la cuenta atrás... ya.

Tres minutos después, el oriental salió del edificio y cerró con llave la puerta. Después se dirigió a un coche aparcado en las cercanías, se sentó frente al volante y enfiló un camino arenoso que iba a Charleston.

Segundos después de que arrancara el coche, un torrente de llamas anaranjadas irrumpió a través del delgado techo de la oficina del piloto y subió en una espiral hacia el blanco cielo encapotado.

Pitt pasó el día esquivando a periodistas y detectives de la policía. Se ocultó en un tranquilo *pub* llamado The Devil's Fork, en Rhode Island Avenue y se sentó en un sillón con almohadones de cuero, en un silencioso rincón, mirando pensativamente un sandwich Monte Cristo, del que había comido sólo la mitad, y su tercer Manhattan, bebida que raras veces pedía.

Una camarera rubia y vivaracha, con minifalda y medias de malla, se detuvo ante su mesa.

—Eres la persona más digna de compasión que hay aquí —le dijo con una sonrisa maternal—. ¿Has perdido a tu mejor amiga o a tu esposa?

—Peor —le respondió Pitt con tristeza—. Mi coche.

La mujer lo miró con una mirada reservada a los marcianos o a los fantasmas, se encogió de hombros y continuó su ronda por las otras mesas.

Pitt estaba sentado, sorbiendo su Manhattan con una cereza, mirando ceñudamente al vacío. En algún momento había perdido el dominio de los hechos. Los acontecimientos lo estaban controlando. Saber quién había intentado matarle le proporcionaba escasa satisfacción. Sólo los Bougainville tenían motivos. Y él se estaba acercando. No se necesitaba ninguna virtud especial para resolver el misterio.

Estaba furioso consigo mismo por jugar con ordenadores para adolescentes con las operaciones financieras de los Bougainville, mientras ellos jugaban con un equipo más aguerrido. Se sentía como un buscador de tesoros que ha descubierto una caja de seguridad abierta en medio de la Antártida y no tiene dónde gastarla. La única ventaja que tenía era saber más de lo que ellos creían que sabía.

El enigma que lo torturaba era la probabilidad de que estuvieran involucrados los Bougainville en el asunto del *Eagle*. No encontraba ningún motivo para el hundimiento del yate y los asesinatos. El único vínculo —y bastante débil— era la superabundancia de cadáveres coreanos.

No importaba. Eso era problema del FBI y se alegraba de verse libre de él.

Había llegado el momento de continuar, decidió, y el primer paso era hacer acopio de sus fuerzas. Tampoco se necesitaba mucha inteligencia para tomar esa decisión.

Se levantó y fue hasta el bar.

—¿Puedo llamar por teléfono, Cabot?

El camarero, un irlandés con cara de duende, llamado Sean Cabot, le dirigió una mirada lúgubre.

—¿Local o larga distancia?

—Larga distancia; pero no te preocupes por el dinero. Usaré una tarjeta de crédito.

Cabot asintió con indiferencia y puso un teléfono a un extremo de la barra, lejos de los otros clientes.

—¡Qué lástima lo de tu coche, Dirk! Lo vi una vez. Era una maravilla.

—Gracias. Tómate un trago y apúntalo a mi cuenta.

Cabot llenó un vaso con ginger ale y lo levantó.

—Por el buen samaritano y *bon vivant*.

Pitt no se sentía ni buen samaritano ni mucho menos *bon vivant* mientras marcaba los números en el teléfono. Le dio los de su tarjeta de crédito a la operadora y esperó oír una voz.

—Investigadores Casio y Asociados —le dijo la voz que pronunciaba mal las erres.

—Habla Dirk Pitt. ¿Está Sal?

—Un momento, señor.

Las cosas estaban mejorando. Había sido aceptado en el club de los recepcionistas.

—¿Dirk? —dijo Casio—. Te estuve llamando toda la mañana a tu oficina. Creo que tengo algo. —¿Si?

—La investigación de los archivos del sindicato dio resultado. Seis de los marineros coreanos que firmaron en el *San Marino* tenían documentación anterior como tripulantes. La mayoría en líneas marítimas extranjeras. Pero los seis tenían una cosa en común. En un momento o en otro habían navegado en la Compañía Marítima Bougainville. ¿Te suena el nombre?

—La cosa encaja —le respondió Pitt. Después le contó lo que había descubierto durante su investigación con el ordenador.

—¡Maldición! —exclamó Casio, incrédulo—. Todo encaja.

—Ese sindicato marítimo, ¿qué decían sus archivos sobre la tripulación coreana después de haber sido secuestrado el *San Marino*?

—Nada. Desaparecieron de la vista.

—Si la historia de la Bougainville se ajusta a la verdad, fueron asesinados.

Casio se quedó callado y Pitt sospechó qué era lo que estaba pasando por la mente del investigador.

—Estoy en deuda contigo —le dijo Casio por fin—. Me centraste la puntería sobre el asesino de Arta. Pero ahora el asunto es mío. A partir de ahora lo llevaré yo solo.

—No me vengas con el cuento de que «la venganza es mía» —le dijo, abruptamente—. Además, aún no sabemos quién fue el responsable directo.

—Min Koryo Bougainville —le dijo escupiendo el nombre—. ¿Quién, si no?

—La vieja podrá haber dado las órdenes, pero no se ensució las manos. Todo el mundo sabe que está en una silla de ruedas desde hace diez años. No se ha publicado ninguna entrevista ni ninguna foto de ella desde que Nixon era Presidente. Por lo que sabemos, Min Koryo Bougainville es un vegetal condenado a la cama. ¡Por Dios! Si

hasta podría estar muerta. No pudo estar sembrando el mar de cadáveres ella sola.

—Estás hablando de una corporación, de un escuadrón de la muerte.

—¿Puedes pensar en un medio más eficaz para eliminar a la competencia?

—¿Insinúas que pertenece a la mafia? —gruñó Casio.

—La mafia sólo mata a los delatores y se liquidan entre ellos. La maligna idea de Min Koryo es que asesinando a tripulantes al por mayor y robando barcos a otras compañías navieras edificó su fortuna sin oposición. Y para conseguir eso ha de tener a alguien que le organice los crímenes. No dejes que el odio te ciegue, Sal. No tienes los recursos para atacar solo a la Bougainville.

—¿Y tú sí?

—Se necesitan dos para iniciar un ejército.

Se produjo otro silencio y Pitt pensó que la comunicación se había interrumpido.

—¿Estás ahí, Sal?

—Sí —le dijo al final con una voz que denotaba reflexión—. ¿Qué quieres que haga?

—Vuela a Nueva York y haz una visita a la Compañía Marítima Bougainville.

—¿Te refieres a que asalte la oficina?

—Creí que la expresión era «allanamiento de morada».

—Un poli y un juez usan diccionarios distintos.

—Limítate a usar tu talento para ver qué encuentras de interés que no aparezca en el ordenador.

—Pondré micrófonos mientras esté ahí.

—Tú eres el experto. Nuestra ventaja es que vienes de una dirección de la que no sospechan. Yo ya estoy marcado.

—¿Marcado? —le preguntó Casio—. ¿Por qué?

—Trataron de matarme.

—¡Cristo! —susurró Casio—. ¿Cómo?

—Una bomba en el coche.

—¡Canallas! —exclamó con voz ronca—. Salgo para Nueva York esta tarde.

Pitt empujó el teléfono por la barra del bar y regresó a su reservado. Se sentía mejor después de haber hablado con Casio y terminó el sandwich. Contemplaba su cuarto Manhattan cuando Giordino se acercó a la mesa.

—¿Una fiesta privada? —le preguntó.

—No —le contestó Pitt—. Una fiesta de odio al mundo y autocompasión.

—De cualquier manera, me uno —le dijo Giordino entrando en el reservado—. El almirante está preocupado por ti.

—Dile que pagaré los daños del parking.

—¡Vamos, se serio! El viejo está enfurecido como si hubiera pisado una serpiente de cascabel. Armó escándalo toda la mañana en el Departamento de Justicia

exigiendo que se iniciara una investigación exhaustiva para saber quién colocó la bomba. Para él, un ataque contra ti es un ataque contra la NUMA.

—¿El FBI estuvo registrando mi casa y mi oficina?

Giordino asintió.

—Por lo menos fueron seis.

—¿Y periodistas?

—Perdí la cuenta. ¿Qué esperabas? La bomba que destrozó tu coche te hizo saltar a la fama. Celebridad instantánea. La primera explosión con bomba que ha habido en la ciudad en cuatro años. Te guste o no, viejo, estás en el ojo de la tormenta.

Pitt sentía una leve alegría al haber asustado los intereses de la Bougainville hasta el punto de que quisiera retirarlo de la circulación. De alguna manera debieron darse cuenta de que les estaba mordisqueando los tobillos, llegando cada vez más hondo en sus secretos a cada mordisco. ¿Pero por qué esa excesiva reacción?

La noticia de que él había descubierto el *San Marino* y el *Pilottown*, sin duda los había alertado. Sin embargo, eso no debió aterrorizarlos. Min Koryo no era la clase de persona que se deja arrebatarse por el pánico... punto demostrado por el hecho de no haber respondido a la historia falsificada.

¿Cómo entonces, se dieron cuenta de que él estaba tan cerca?

La Bougainville no pudo vincularlo con la invasión del ordenador y planear su muerte en tan corto plazo. Entonces surgió ante él la revelación. La idea había estado ahí todo el tiempo, sólo que él la había abandonado, dejando de perseguirla porque no encajaba en el diseño general. Ahora estallaba ante él como una bengala.

La Bougainville lo vinculaba con el *Eagle*.

Tan absorto estaba en sus pensamientos que no oyó a Giordino cuando le dijo que había una llamada telefónica para él.

—Debes de tener la cabeza a un millón de kilómetros —le dijo Giordino señalando a Cabot, quien levantaba el teléfono del bar.

Pitt se acercó al mostrador y habló.

—Diga...

La voz de Sally Lindemann burbujeaba de excitación por el cable.

—¡Oh, gracias a Dios que al final te encontré! He estado buscándote todo el día.

—¿Qué pasa? ¿Está bien Loren?

—Creo que sí. Y tal vez no —Sally estaba cada vez más aturdida—. No sé.

—Cuéntamelo todo despacio —le dijo Pitt amablemente.

—La diputada Smith me llamó a media noche desde el *Leonid Andreyev* y me pidió que averiguara el paradero del Presidente de la Cámara de Diputados, Alan Moran. No me dio ninguna razón. Cuando le pregunté qué debía decirle al ponerme en contacto con él, me contestó que le dijera que se trataba de un error. ¿Tiene algún sentido para ti?

—¿Encontraste a Moran?

—No exactamente. Él y el senador Marcus Larimer, se supone, fueron a un lugar llamado el Lago del Ganso. Fui hasta allí, pero nadie sabía nada de ellos.

—¿Qué más te dijo Loren?

—Sus últimas palabras fueron: «Llama a Dirk y dile que necesito...». Entonces se cortó la comunicación. Traté varias veces de dar con ella, pero no hubo respuesta.

—¿Le dijiste a la telefonista del barco que se trataba de una emergencia?

—Por supuesto. Me dijeron que pasarían mi mensaje a su camarote, pero la diputada no me ha llamado. Y esto es lo más raro. No es su manera de ser. ¿No te parece absurdo?

Pitt se quedó callado, meditando.

—Sí —le dijo al final—, lo suficientemente absurdo como para que tenga sentido. ¿Tienes la ruta del *Leonid Andreyev*?

—Un momento —Sally dejó el teléfono durante casi un minuto—. Listo. ¿Qué quieres saber?

—¿Cuándo llega al próximo puerto?

—Déjame ver... Llega a San Salvador, en las Bahamas, a las diez de la mañana de mañana y parte la misma noche, a las ocho, para Kingston, Jamaica.

—Gracias, Sally.

—¿De qué se trata? Dime algo, por favor.

—Sigue tratando de dar con Loren. Llama al barco cada dos horas.

—¿Me llamarás si descubres algo? —le preguntó, inquieta.

—Lo haré —le prometió él.

Volvió a la mesa y se sentó.

—¿Qué pasó? —le preguntó Giordino.

—Mi agente de viajes —le contestó, fingiendo no darle importancia—. He reservado unos pasajes para nosotros dos en un crucero por el Caribe.

Curtis Mayo estaba sentado, mirando el monitor de televisión. Hacía diez minutos que estaba en el noticiario de la noche y esperaba que le dieran entrada para continuar.

El realizador le hizo una seña con la mano. La luz roja de la cámara parpadeó y Mayo miró al objetivo, comenzando el fragmento B de su programa de noticias.

—En el rancho del Presidente en Nuevo México ha habido rumores de que el jefe del Ejecutivo de la Nación y el Vicepresidente están utilizando dobles.

Mientras proseguía con su historia, el encargado en la cabina de control pasó la cinta donde se veía al Presidente conduciendo el tractor.

—Estas escenas del Presidente cortando alfalfa en su granja, ampliadas a un primer plano, sugieren a alguien que no es él. Hay rasgos que no coinciden. En sus dedos se ven distintos anillos. El reloj no es el que suele usar y, además, se nota un modo de rascarse la barbilla que no se le había visto nunca.

A John Sutton, el actor que tiene un notable parecido y que a menudo imita al Presidente en espectáculos y anuncios de televisión, no lo pudieron encontrar los periodistas en Hollywood para entrevistarlo. Lo cual hace que nos preguntemos: ¿Por qué habrían de necesitar dobles los líderes de nuestra nación? ¿Se trata de un procedimiento vinculado con el servicio secreto de seguridad o un engaño por motivos más oscuros? ¿Podrían ser tales las presiones de sus cargos que deben estar en dos lugares al mismo tiempo? Sólo podemos especular.

Mayo dejó flotando en el aire la sospecha. El realizador volvió a conectar la cámara con el estudio y Mayo pasó a la noticia siguiente:

—Hoy, en Miami, la policía ha hecho importantes descubrimientos sobre la cadena de asesinatos relacionados con las drogas...

Después del programa, Mayo sonrió de placer cuando le comunicaron los centenares de llamadas que habían inundado las oficinas de noticias de la red, pidiendo más información sobre la historia del doble presidencial. La misma reacción sólo que más intensa se había producido en las líneas telefónicas de la Casa Blanca. Con una alegría en la que se mezclaba el desprecio, Mayo se preguntó cómo se lo tomaría el secretario de prensa del Presidente.

En Nuevo México, Sonny Thompson se quedó mirando con una expresión vaga y asombrada el aparato de televisión, hasta mucho después de haber desaparecido Mayo de la pantalla. Se desplomó en el sillón, como si todos sus músculos se hubieran convertido en grasa. Todo su mundo, tan cuidadosamente cultivado, se acercaba rápidamente al final. Sus colegas en los medios de comunicación estaban por crucificarlo en la cruz del sensacionalismo. Cuando se demostrara su complicidad en la conspiración para engañar a la opinión pública norteamericana, ningún diario,

ninguna cadena de televisión le daría empleo después de su partida de la Casa Blanca.

John Sutton estaba detrás de él, con una bebida en la mano.

—Los buitres están rondando —le dijo.

—En bandadas gigantescas —susurró Thompson.

—¿Y ahora qué pasa?

—Eso les corresponde a otros decidirlo.

—No voy a ir a la cárcel, como Liddy, Colson y demás —agregó Sutton, con desprecio.

—Nadie va a ir a la cárcel —le respondió Thompson, cansado—. Esto no es Watergate. El Departamento de Justicia trabaja con nosotros.

—No me voy a dejar engañar por una pandilla de políticos. —Los ojos de Sutton empezaron a mostrar un brillo de codicia—. Uno puede ganar miles, quizá millones de dólares con esto.

Thompson lo miró.

—¿Cómo?

—Entrevistas, artículos y derechos de autor sobre libros... las posibilidades de hacerse con un buen dinero son infinitas.

—¿Y cree que va a salir de aquí y contarlo todo?

—¿Por qué no? ¿Quién me lo va a impedir?

Ahora le tocó el turno de sonreír a Thompson.

—No le han dicho las razones que están detrás de su empleo. No tiene la menor idea de lo vital que es su representación para los intereses de nuestro país.

—¿Y eso a quién le importa? —le dijo Sutton, con indiferencia.

—Tal vez usted no lo crea, señor Sutton, pero hay mucha gente decente en nuestro gobierno que realmente se preocupa por su bienestar. Jamás le van a permitir que usted la ponga en peligro hablando para sacar beneficios.

—¿De qué manera me pueden causar daño esos egomaniacos que administran ese parque de diversiones que es la Casa Blanca? ¿Entregarme a la Superintendencia de Contribuciones? No hay que preocuparse por eso. De cualquier manera me revisan las cuentas todos los años.

—No será tan fácil —le replicó Thompson—. Sencillamente lo eliminarán.

—¿Qué quiere decir con eso de «lo eliminarán»?

—Quizá debiera haber dicho «desaparecer» —le contestó, encantado al darse cuenta de lo que veía en los ojos de Sutton—. Y no hace falta decir que jamás encontrarán su cadáver.

Fawcett no sentía el menor entusiasmo por el día que le esperaba. Mientras se rascaba la barba echaba una ojeada a los periódicos. La historia de Mayo ocupaba la primera página de todas las ediciones matutinas de la nación. De pronto la prensa empezó a preguntar por qué, durante diez días, no había podido ver al Presidente. La mitad de las editoriales exigían que diera un paso al frente y formulara una declaración. La otra mitad preguntaba: «¿Dónde está el verdadero Presidente?»

Decidió entonces que su mejor jugada era seguir con la enigmática actitud de Washington y permanecer en silencio. Cubriría su propio territorio, para luego deslizarse con arte a un segundo plano y permitir que el Secretario Oates soportara graciosamente la violenta embestida de los medios de comunicación.

El tiempo se estaba acabando. De tener días habían pasado a tener sólo horas. La Administración no podría seguir mucho más con sus evasivas.

Le resultaba imposible imaginar siquiera las complicaciones que surgirían si se anunciaba el secuestro. Ningún crimen contra el gobierno se había acercado nunca a esa magnitud.

Su única convicción era que la enorme y pesada burocracia continuaría, en cierto sentido, funcionando. La élite del poder eran los que entraban o salían según los caprichos de los votantes. Pero la institución permanecía.

Estaba decidido a hacer todo lo que estuviera dentro de su limitado círculo de influencias para que el relevo en la Presidencia fuera lo menos traumático posible. Con suerte, hasta podría salvar su puesto.

Se puso un traje oscuro, salió de casa y se fue en coche a la oficina. Su temor iba en aumento a medida que se acercaba. Oscar Lucas y Alan Mercier lo estaban esperando cuando entró en el Ala Oeste.

—Pareces tétrico —fue todo lo que le dijo Lucas.

—Alguien tiene que hacer una declaración —dijo Mercier, cuya cara pálida parecía pertenecer a un ataúd.

—¿Alguno de ustedes sacó la pajita corta? —preguntó Fawcett.

—Doug Oates opina que eres el más adecuado para celebrar una conferencia de prensa y anunciar el secuestro.

—¿Y qué opina el resto del gabinete? —preguntó Fawcett, incrédulamente.

—Estuvo de acuerdo.

—¡Al diablo con Oates! —exclamó Fawcett—. La idea en sí es estúpida. Lo único que está tratando de hacer es salvar su pellejo. Yo no tengo autoridad para lanzar la bomba. Para los votantes rurales, por ejemplo, ni siquiera existo. Ni uno solo entre mil recuerda mi nombre ni el lugar que ocupó en el gobierno. Sabes perfectamente bien lo que ocurriría. La opinión pública percibiría inmediatamente

que los líderes de la nación están forcejeando en un barco hundido, escondiéndose detrás de puertas cerradas para salvar sus privilegios políticos. Y cuando todo haya terminado, cualquier respeto que hayan inspirado los Estados Unidos se habrá borrado del mapa. No; lo siento. Oates es la persona indicada para dar la noticia.

—Pero comprende —le dijo Mercier, pacientemente—, que si Oates queda en un brete y alega ignorancia ante el cúmulo de preguntas molestas que le harán, parecerá que tiene algo que ver con el secuestro. Como es el primero en la línea de sucesión a la Presidencia, tiene todos los números para que cualquier aficionado a escándalos lance el grito de «conspiración». ¿Recuerdas la reacción de la opinión pública cuando el ex Secretario de Estado Alexander Haig dijo que lo tenía todo bajo control después que Hinckley atentó contra la vida de Reagan? Justificado o no, su imagen de hombre ambicioso de poder creció como los hongos. A la gente no le gustaba la idea de que él dirigiera el país. Su influencia se fue desgastando hasta que, al final, tuvo que dimitir.

—Estás hablando de dos cosas distintas —le replicó Fawcett—. Lo que estoy diciendo es que la gente se va a enfurecer si yo aparezco y digo que el Presidente, el Vicepresidente y dos de los principales líderes del Congreso han desaparecido misteriosamente y quizás estén muertos. ¡Por Dios, nadie me creería!

—No podemos olvidar la cuestión principal —le dijo Mercier, con firmeza—. Douglas Oates tiene que entrar en la Casa Blanca tan puro como la nieve. No puede hacer el trabajo de reconstrucción después de esta catástrofe si está rodeado por la duda y por rumores malignos.

—Oates no es un político. Jamás demostró el menor interés por llegar a la Presidencia.

—No le queda otra alternativa. Tiene que ocupar interinamente la Presidencia hasta las próximas elecciones.

—¿Puedo contar con el apoyo del gabinete durante la conferencia de prensa?

—No; no van a estar de acuerdo.

—De modo que yo tengo que irme corriendo de la ciudad —manifestó Fawcett, con amargura—. ¿Es ésta vuestra decisión?

—Estás exagerando —le respondió Mercier, suavemente—. No te van a emplumar. Tu puesto está asegurado. Doug Oates quiere que continúes como Jefe de Personal de la Casa Blanca.

—Y me pedirá que dimita dentro de seis meses.

—No podemos garantizar tu futuro.

—Muy bien —dijo Fawcett. La voz le temblaba de rabia. Pasó frente a Mercier y Lucas—. Vuelvan y díganle a Oates que ya tiene su cabeza de turco.

No se volvió en ningún momento y bajó a grandes zancadas por el pasillo yendo directamente a su oficina, donde empezó a caminar de un lado a otro, echando humo de rabia. El rodillo de la burocracia —se dijo, maldiciéndose— le iba a pasar por

encima. Tan furioso estaba que ni siquiera vio entrar a Megan Blair, la secretaria del Presidente.

—¡Por Dios! ¡Nunca te he visto tan agitado!

Fawcett se volvió hacia ella y se las ingenió para sonreír.

—Me limitaba a quejarme a las paredes.

—También lo hago yo cuando mi sobrina viene a visitarme y me saca de mis casillas con sus discos. Esa espantosa música estalla en toda la casa.

—¿Te puedo ayudar en algo? —le preguntó, impaciente.

—Hablando de quejarse —le dijo ella, malhumorada—, ¿por qué no se me informó de que el Presidente había regresado del rancho?

—Se me debe haber olvidado... —Se detuvo y la miró, curioso—. ¿Qué has dicho?

—Que el Presidente ha vuelto y nadie de su personal me lo había advertido.

La expresión de Fawcett cambió a una completa incredulidad.

—Está en Nuevo México.

—Claro que no —le replicó Megan Blair, inflexible—. En este preciso momento está sentado ante su mesa. Me riñó por llegar tarde.

Megan no era una mujer que pudiera mentir con facilidad. Fawcett la miró directamente a los ojos y vio que le estaba diciendo la verdad.

Ella le devolvió la mirada, con la cabeza inclinada, en actitud interrogativa.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Fawcett no contestó. Salió disparado de la oficina y recorrió el pasillo, encontrándose con Lucas y Mercier, que estaban conversando en voz baja. Lo miraron sorprendidos cuando pasó por su lado sin detenerse.

—¡Seguidme! —les gritó, por encima del hombro y agitando los brazos.

Los dos se quedaron inmóviles un momento, parpadeando confundidos. Entonces Lucas reaccionó y siguió a Fawcett, con Mercier detrás.

Fawcett entró sin llamar en la Oficina Oval y se quedó rígido, con la cara blanca.

El Presidente de los Estados Unidos levantó la vista y sonrió.

—Buenos días, Dan. ¿Podemos repasar mi horario de compromisos?

A menos de un kilómetro de distancia, en un cuarto de seguridad en el último piso de la embajada rusa, Aleksei Lugovoy estaba sentado frente a un gran monitor y leía las ondas cerebrales descifradas del Presidente. En la pantalla se veían los pensamientos en inglés mientras una impresora cercana entregaba copias traducidas al ruso.

Bebió una taza de fuerte café negro, se puso de pie, siempre con la vista en las letras verdes, con sus tupidas cejas arqueadas en un gesto de desprecio controlado.

Desde cierta distancia, el cerebro del Presidente transmitía todos sus pensamientos, la forma de su modo de hablar, y hasta las palabras que oía a los demás

a medida que las recibía y pasaban a la memoria.

La segunda etapa del Proyecto Huckleberry Finn era un éxito.

Lugovoy decidió esperar unos días más antes de entrar en la etapa final y más crítica: la transmisión de órdenes. Si todo salía bien —lo sabía con certeza—, su venerado proyecto quedaría a cargo de los hombres del Kremlin. Y entonces sería el presidente del Partido, Antonov, y no el Presidente, quien dirigiría la política de los Estados Unidos.

El sol crepuscular se ocultaba por debajo de la orilla occidental del mar Egeo cuando el barco salió de los Dardanelos y se dirigió hacia el laberinto de islas griegas.

El capitán James Mangyai, al mando de un carguero de ciento ochenta metros de eslora, el *Venice*, se hallaba en el puente y vigilaba atentamente desde la proa. Lanzó una mirada de maldición a la pantalla del radar y volvió a observar desde la ventana, aliviado porque no hubiera otros barcos.

Desde que partiera del puerto ruso de Odesa, en el Mar Muerto, seiscientas millas atrás, se había sentido sumamente incómodo. Ahora empezaba a respirar con mayor facilidad. Había pocas tretas que los rusos podían atreverse a intentar en aguas griegas.

El *Venice* navegaba con lastre. Su única carga era el oro embarcado por el gobierno soviético para Madame Bougainville, y su casco se mecía muy por encima del agua. Su destino era Génova, donde el oro sería descargado en secreto y enviado a Lucerna, en Suiza, donde sería depositado en un banco.

El capitán Mangyai oyó pasos detrás de él, en la cubierta de teca, y reconoció a su primer oficial, Rim Chao, al que vio reflejado en la ventana.

—¿Qué le parece, señor Chao? —le preguntó, sin volverse.

Chao leyó el informe meteorológico, hora por hora, en el sistema automatizado de datos.

—Navegaremos con calma las próximas doce horas —le respondió, con voz calmosa—. También parece bueno el pronóstico adelantado. Tenemos suerte. Por lo general, los vientos del sur suelen ser mucho más fuertes en esta época del año.

—Necesitamos calma si queremos atracar en Génova a la hora prevista por Madame Bougainville.

—¿Por qué tanta prisa? Otras doce horas más de navegación no tendrán importancia.

—Le importa a nuestra patrona —le respondió Mangyai, secamente—. No quiere que nuestro cargamento se demore más de lo necesario.

—El jefe de máquinas está haciendo más viento que un tifón. Sostiene que no puede mantener esta velocidad durante todo el viaje sin quemar los motores.

—Siempre lo ve todo negro.

—Usted no ha abandonado el puente desde Odesa, capitán. Permítame relevarlo.

Mangyai le hizo una señal afirmativa con la cabeza, agradecido.

—Me vendría bien un descanso. Pero antes debo echarle un vistazo a nuestro pasajero.

Cedió el lugar de observación en el puente a Chao y bajó tres cubiertas hasta una pesada puerta de acero al final de un pasillo en el medio del barco. Apretó un botón

transmisor de un intercomunicador clavado en el mamparo.

—Señor Hong, soy el capitán Mangyai.

Le respondió el crujido de la maciza puerta al abrirse. Un hombre pequeño, con cara de luna y gruesos lentes espió con cautela por la ranura.

—Ah, sí, capitán. Entre, por favor.

—¿Necesita algo?

—No, estoy muy cómodo. Gracias.

La idea que tenía Hong de la comodidad era muy distinta de la que tenía Mangyai. La única señal que sugería una habitación humana era una maleta depositada pulcramente debajo de una cama turca, una manta, un pequeño calentador eléctrico con una tetera, y una mesa clavada al mamparo, cuya superficie estaba cubierta por material de laboratorio químico. El resto del compartimiento estaba atestado de cajones de madera y barras de oro. El oro estaba apilado en varias filas de treinta cajas de altura por diez de profundidad. Algunas barras se hallaban diseminadas en la cubierta contigua a los cajones abiertos. Los costados que no habían sido lijados llevaban grabada esta inscripción:

MANEJAR CON PRECAUCIÓN
MERCURIO EN BOTELLAS
KYOTO, JAPÓN

—¿Qué tal? —le preguntó Mangyai.

—Tendré revisado y encajado todo para cuando lleguemos al puerto.

—¿Cuántas barras de plomo pintado han metido los rusos?

—Ninguna —le respondió Hong, meneando la cabeza—. La cuenta total concuerda y todo lo que he comprobado hasta ahora es oro puro.

—Raro que se mostraran tan complacientes. El embarque llegó a la hora establecida. Sus peones en el muelle lo cargaron sin incidentes. Y pudimos partir sin las acostumbradas discusiones con la administración. Jamás me he encontrado con tanta eficiencia en ninguno de mis anteriores tratos con las autoridades portuarias soviéticas.

—Quizá Madame Bougainville tenga gran influencia en el Kremlin.

—Quizá... —respondió Mangyai, escéptico. Miró con curiosidad las pilas del brillante metal amarillo—. Me pregunto qué habrá detrás de toda esta transacción.

—Yo no lo voy a preguntar —le dijo Hong, envolviendo cuidadosamente un lingote en algodón y metiéndolo en un cajón.

Antes que Mangyai pudiera decirle algo, una voz salió a través del altavoz.

—Capitán, ¿está ahí?

Mangyai se dirigió a la puerta y la abrió. El oficial de comunicaciones estaba afuera, en el pasillo.

—Sí, ¿qué hay?

—Me pareció que debía saberlo, capitán. Alguien está interfiriendo en nuestras comunicaciones.

—¿Lo sabe porque lo ha comprobado?

—Sí, señor —le respondió el joven oficial—. Me las ingenié para determinar su posición. La fuente se halla a menos de tres millas de la proa.

Mangyai se disculpó ante Hong y corrió al puente. El primer oficial Chao estaba sentado tranquilamente en la alta silla giratoria, observando los instrumentos en el panel de control informatizado.

—¿Tiene algún barco en contacto, señor Chao? —le preguntó Mangyai.

Si a Chao le sorprendió de pronto la súbita aparición del capitán, no lo demostró.

—Nada a la vista, nada en el radar, señor.

—¿Cuál es nuestra profundidad?

Chao controló la lectura en el sonar.

—Cincuenta metros.

La terrible verdad fue como un martillazo en la cabeza. Mangyai se inclinó sobre la mesa del mapa y observó el rumbo. La quilla del *Venice* pasaba por encima del banco de Tzonston, una de las muchas áreas en medio del Egeo donde el lecho marino se elevaba a unos treinta metros de la superficie. Lo bastante profundo para que el barco pasara seguro, pero lo suficientemente superficial para una operación de rutina de salvamento.

—¡Navegue por aguas profundas! —le gritó.

Chao lo miró fijo, dudando de sorpresa.

—¿Cómo dice, señor?

Mangyai abrió la boca para repetir la orden pero las palabras se le quedaron heladas en la garganta. En ese instante dos torpedos dieron en la sala de máquinas del carguero y explotaron, con un efecto devastador. El fondo quedó perforado y el mar entró en oleadas. El *Venice* se estremeció y entró en los estertores de la muerte.

Sólo le llevó ocho minutos morir, hundiéndose por la popa y desapareciendo para siempre bajo el oleaje.

Acababa de hundirse, cuando un submarino afloró a la superficie y empezó a barrer con el haz de luz de su reflector los restos flotantes. Los pobres supervivientes, aferrándose a esos despojos, fueron ametrallados a sangre fría hasta que sus cuerpos desgarrados se hundieron y perdieron de vista. Se enviaron unos botes, guiados por ese haz de luz. Tras varias horas de búsqueda, y cuando hubieron subido a bordo todos los restos, volvieron a su nave.

Entonces se apagó la luz y el submarino retornó a las tinieblas.

El Presidente estaba sentado en el centro de la ovalada mesa de juntas de caoba, en el Salón del Gabinete de la Casa Blanca. Además de él, había otros once hombres sentados. Una expresión divertida asomó a sus ojos mientras pasaba revista a las sombrías caras en torno de la mesa.

—Señores, sé que están deseosos de saber dónde estuve en estos últimos diez días y qué pasó con Vince Margolin, Al Moran y Marcus Larimer. Permítanme disipar ese temor. Nuestra temporal desaparición fue planeada por mí.

—¿Por usted solo? —le preguntó Douglas Oates.

—No del todo. Está también involucrado el Presidente Antonov de la Unión Soviética.

Durante un largo rato, pasmados y desconcertados, los principales consejeros del Presidente se quedaron mirándolo fijamente.

—¿Usted mantuvo una entrevista secreta con Antonov sin el conocimiento de ninguno de los aquí presentes?

—Sí —admitió—. Una conversación cara a cara, sin interferencias externas ni ideas preconcebidas. Sin medios de comunicación internacionales que vieran dobles intenciones en cada palabra y liberados de toda obligación política. Nada más que nuestros cuatro hombres más importantes contra él. —Hizo una pausa recorriendo con la vista a los hombres que tenía frente a él—. Un medio nada ortodoxo de negociar, pero que, creo yo, el electorado aceptará cuando vea los resultados.

—¿Tendría algún inconveniente en decirnos cómo y dónde tuvo lugar esa conversación, señor Presidente? —le preguntó Dan Fawcett.

—Después de cambiar los yates, pasamos a un helicóptero civil y volamos a un pequeño aeropuerto en las afueras de Baltimore. Desde ahí tomamos un avión privado, propiedad de un viejo amigo mío, y cruzamos el Atlántico hasta una pista de aterrizaje en lo más profundo del desierto al este de Atar, en Mauritania. Antonov y su gente nos estaban esperando cuando llegamos.

—Creí... mejor dicho, me informaron —dijo Jesse Simmons, dudando— de que Antonov estuvo en París la semana pasada.

—Georgi se detuvo en París para una breve conferencia con el Presidente L'Estrange antes de seguir viaje hasta Atar. —Se volvió y miró a Fawcett—. A propósito, Dan, mi sustitución por un doble fue realmente brillante.

—Estuvimos a punto de ser descubiertos. Pero ahora negaré los rumores de un doble como algo demasiado absurdo para ser comentado. Todo será explicado a la prensa, pero no antes de que yo esté listo.

Sam Emmett apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia el Presidente.

—¿Le han informado, señor, de que el *Eagle* fue hundido y que su tripulación se

ahogó?

El Presidente lo miró inquisitivamente unos segundos. Después le brillaron los ojos y sacudió la cabeza.

—No; no lo sabía. Te agradecería un informe completo, Sam, lo antes posible.

—Estará sobre su mesa cuando levantemos esta sesión.

Oates luchaba por refrenar sus emociones. Que una reunión de tan alto nivel y de tan enormes consecuencias para la política internacional se hubiera desarrollado a espaldas del Departamento de Estado era algo impensable. No existían precedentes.

—Creo que a todos nos interesaría saber de qué hablaron usted y Georgi Antonov.

—Fue un intercambio de opiniones muy productivo —respondió el Presidente—. El asunto más urgente en la agenda fue el desarme. Antonov y yo forjamos un acuerdo para detener toda la producción de misiles e iniciar un programa de desmantelamiento. Llegamos a una complicada fórmula de acuerdo, según la cual por cada misil nuclear que desactiven, nosotros hacemos lo mismo, con equipos de ambos bandos supervisando la operación.

—Francia e Inglaterra jamás creerán en esa propuesta —le dijo Oates—. Sus arsenales nucleares son independientes de los nuestros.

—Comenzaremos con las cabezas nucleares de largo alcance y seguiremos hacia abajo —dijo el Presidente, impertérrito—. Europa terminará por acompañarnos.

El general Clayton Metcalf sacudió la cabeza.

—Planteada así, yo diría que la propuesta suena increíblemente ingenua.

—Es sólo el principio —le refutó el Presidente, imperturbable—. Creo que Antonov es sincero en su ofrecimiento y yo pienso demostrar mi buena fe continuando con el programa de desmantelamiento.

—Me reservo mi juicio hasta tener la oportunidad de estudiar las fórmulas —le dijo Simmons.

—Me parece muy justo.

—¿De qué más hablaron? —le preguntó Fawcett.

—Un acuerdo comercial. Dicho en pocas palabras, si les permitimos a los rusos que transporten sus compras agrícolas en sus propios barcos mercantes, Antonov prometió pagar a nuestros granjeros los precios más altos del mercado y, lo que es más importante, no comprarles a otras naciones a menos que nosotros dejemos de entregarles las mercancías que nos pidan. En otras palabras, los granjeros norteamericanos son ahora los proveedores exclusivos de los productos agrícolas importados en la Unión Soviética.

—¿Y Antonov le creyó? —le preguntó Oates, sorprendido—. No puedo creer que el viejo oso entregue una licencia exclusiva a cualquier nación.

—Tengo su garantía por escrito.

—La cosa suena fantástica —dijo Martin Brogan—. Me gustaría que alguien me

explicara de qué manera Rusia puede permitirse realizar una compra agrícola al por mayor. El bloque de sus países satélites no ha devuelto los préstamos a Occidente. La economía soviética está en un estado desastroso. Ni siquiera pagan a las fuerzas armadas ni a los funcionarios. Sólo les dan unos vales que sirven únicamente para adquirir alimentos y ropa. ¿Con qué nos van a pagar? Nuestros granjeros no se van a empeñar por los comunistas. Necesitan pagos inmediatos para liquidar sus propias deudas anuales.

—Hay una salida —dijo el Presidente.

—¿Su teoría de avalar al bloque oriental? —le preguntó Fawcett, anticipándosele. El Presidente asintió.

—Antonov estuvo de acuerdo, en principio, en aceptar mi plan de ayuda económica.

—Si me disculpa, señor Presidente —le dijo Oates, con las manos apretadas para que no se viera cómo le temblaban—, su plan no soluciona nada. Lo que usted propone es que demos miles de millones de dólares en ayuda financiera a los comunistas para que ellos, a su vez, les compren a nuestros granjeros.

Por lo que veo, es el juego de «robar a Pedro para pagar a Pablo», y la cuenta se la pasamos a los que pagan impuestos.

—Estoy de acuerdo con Doug —manifestó Brogan—. ¿Qué ganamos nosotros?

El Presidente echó una mirada a su alrededor. En su cara se reflejaba una firme decisión.

—He decidido que éste es el único medio de demostrarle al mundo de una vez y para siempre que, pese a su monstruosa maquinaria bélica, el sistema de gobierno ruso es un fracaso que no debe envidiarse ni copiarse. Si hacemos esto, ningún país del mundo podrá acusarnos otra vez de agresión imperialista y ninguna propaganda soviética ni ninguna campaña de intoxicación en nuestra contra será tomada en serio. Piénsenlo: los Estados Unidos ayudaron a sus enemigos a ponerse en pie después de la Segunda Guerra Mundial. Y ahora podemos hacer lo mismo con un país que ha organizado una cruzada contra nuestros principios democráticos. Creo fervientemente que nunca se va a presentar ante nuestra puerta una oportunidad más clara para colocar a la humanidad en el verdadero rumbo de su futuro.

—Hablando con franqueza, señor Presidente —intervino el general Metcalf, con voz firme y grave—, su proyecto no cambiará nada. Apenas hayan rehecho su economía, los líderes del Kremlin volverán a sus viejos métodos beligerantes. No van a renunciar a su expansión militar ni a sus estrategias políticas de setenta años por simple gratitud a la generosidad norteamericana.

—El general tiene razón —dijo Brogan—. Las últimas fotos de nuestros satélites espías muestran que, mientras estamos aquí sentados, los rusos están instalando una serie de sus últimos misiles SS-Treinta de cabeza nuclear múltiple, cada una de las

cuales tiene por blanco una ciudad de los Estados Unidos.

—Serán desmantelados —le respondió el Presidente, con firmeza—. Apenas demos­tremos su existencia, Antonov no puede echarse atrás en su compromiso.

Oates estaba furioso y le importaba un comino que lo notaran.

—Toda esta charla es una pérdida de tiempo —casi le escupió estas palabras al Presidente—. Ninguno de sus planes abandonistas puede ponerse en movimiento sin la aprobación del Congreso. Y eso, señor, es sumamente improbable.

—El Secretario tiene toda la razón —apunto Fawcett—. El Congreso debe aprobar los presupuestos y, teniendo en cuenta su actual estado de ánimo contra las incursiones de tropas soviéticas a lo largo de las fronteras de Irán y Turquía, cuando usted envíe sus programas, con toda seguridad que morirán y serán enterrados por la comisión.

Todos los presentes se sintieron incómodos. Comprendían que la administración del Presidente jamás volvería a funcionar otra vez con la solidez de un bloque de granito. Habían tenido sus diferencias antes, pero siempre habían podido controlarlas. A partir de ahora desaparecía la reverencia por el trabajo en equipo y se había roto la línea que contenía sus gustos y desavenencias personales. Había desaparecido el respeto hacia el Presidente y su cargo. Sólo veían a un hombre como ellos, con más limitaciones de las que solían reconocer. La idea quedó flotando como una nube en el recinto, y todos miraron al Presidente, para ver si sentía lo mismo.

Pero el hombre estaba sentado ahí, con una extraña expresión de perversión en su rostro, con los labios tensos y estirados hacia atrás, en un frío anticipo del triunfo que se acercaba.

—No necesito el Congreso —manifestó, crípticamente—. No tendrá voz en mi política.

Mientras caminaba el corto trecho que iba desde la Sala del Gabinete hasta el Pórtico Sur, Douglas Oates tomó la decisión de dimitir como Secretario de Estado. La desconsiderada actitud del Presidente de mantenerlo fuera de las negociaciones con Antonov era un insulto que se negaba a perdonar. No reconsideraría la decisión, por cuanto ya la había tomado y concretado. Olía la catástrofe en el aire y no deseaba participar de la misma.

Estaba de pie en la escalinata esperando su coche oficial cuando se le acercaron Emmett y Brogan.

—¿Podríamos tener unas palabras contigo, Doug? —le preguntó Emmett.

—No tengo ganas de charlas —les respondió, de mal humor.

—Es un asunto crítico —le explicó Brogan—. Por favor, escúchanos.

No se veía aún el coche, por lo que Oates, encogiéndose de hombros, fatigado, les dijo:

—Os escucho.

Brogan echó un vistazo a su alrededor y después, en voz baja, le dijo:

—Sam y yo creemos que están manipulando al Presidente.

Oates le dirigió una mirada sarcástica.

—¡Manipulando! ¡Vaya! Creo que está loco y me niego a colaborar con su locura. Hay muchas más cosas sobre el hundimiento del *Eagle* que pareció olvidar y en ningún momento explicó el paradero de Margolin, Larimer y Moran. Lo siento, señores, pero ustedes pueden ser los primeros en saberlo. Apenas llegue al Departamento de Estado limpiaré mi mesa y llamaré a una conferencia de prensa anunciando mi dimisión. Después me iré de Washington.

—Sospechamos lo que tenías en mente —le dijo Emmett—. Por eso queríamos darte alcance antes de que perdieras los estribos.

—¿Qué es lo que están tratando de decirme?

Emmett miró a Brogan, en busca de ayuda, y luego se encogió de hombros.

—Es difícil explicar la idea, pero Martin y yo creemos que el Presidente se halla bajo una especie de... bueno... de control mental.

Oates creyó no haber oído bien. Pero la lógica le hacía suponer que los directores de la CÍA y del FBI no eran hombres que hiciesen tan a la ligera una acusación tan grave.

—¿Controlado por quién?

—Creemos que por los rusos —le respondió Brogan—. Pero aún no hemos reunido pruebas suficientes.

—Comprendemos que esto suena a ciencia-ficción —le explicó Emmett—, aunque me temo que es demasiado real.

—¡Por Dios! ¿Estaba el Presidente bajo esa influencia, como sugieren ustedes, cuando voló a Mauritania para hablar con Antonov?

Brogan y Emmett intercambiaron miradas perspicaces. Entonces Brogan tomó la palabra:

—No hay un solo avión en el mundo del que la CÍA no tenga conocimiento. Apuesto mi cargo que nuestros datos no proporcionarán el menor rastro de un avión que haya volado ida y vuelta de Maryland a Mauritania.

A Oates se le abrieron desmesuradamente los ojos.

—La entrevista con Antonov...

—No tuvo lugar —completó Emmett, meneando la cabeza.

—Entonces... todo eso... el desarme, los acuerdos sobre comercio agrícola... fue una mentira —dijo Oates, con la voz rota.

—Un hecho que queda reforzado por su negativa a hablar sobre los asesinatos en el *Eagle*.

—¿Por qué se le ocurrió una pesadilla tan disparatada? —preguntó Oates, completamente aturdido.

—En realidad no tiene importancia por qué se le ocurrió —contestó Emmett—. Probablemente esos programas jamás fueron, siquiera, idea suya. Lo que importa es de qué manera se está orientando su conducta. ¿Quién es el que maneja sus pensamientos y desde dónde?

—¿Podemos averiguarlo?

—Sí —le respondió Emmett—. Por eso quisimos alcanzarte antes de que cortaras la carnada.

—¿Qué puedo hacer?

—Quedarte —le contestó Brogan—. El Presidente no está en condiciones de ejercer su cargo. Como aún siguen desaparecidos Margolin, Moran y Larimer, eres el siguiente en el orden de sucesión.

—Hay que tener al Presidente bajo control hasta que terminemos nuestra investigación —agregó Emmett—. Contigo en el timón, tenemos posibilidades de controlar la situación, en el caso de que sea relevado de su cargo.

Oates se enderezó y aspiró profundamente.

—¡Por Dios! Esto está empezando a sonar como una conspiración para asesinar al Presidente.

—Al final —dijo Brogan, lúgubrementemente— quizá termine en eso.

Lugovoy apartó la vista de sus notas y miró al neurólogo que estaba sentado ante la consola observando en el monitor las señales telemétricas.

—¿Cómo está?

—Ha entrado en un estado de relajación. Los ritmos del cerebro indican esquemas normales de sueño —el neurólogo levantó la vista y sonrió—. No lo sabe, pero está roncando.

—Me imagino que lo sabe su mujer.

—Sospecho que duerme en otro dormitorio. No han tenido relaciones sexuales desde que él regresó.

—¿Las funciones del cuerpo?

—Todas normales.

Lugovoy bostezó y miró la hora.

—La una y doce de la mañana.

—Tendría que dormir algo, doctor. El reloj interno del Presidente lo despierta entre las seis y las seis y cuarto todas las mañanas.

—Es un proyecto complicado —gruñó Lugovoy—. El Presidente necesita dos horas menos de sueño que yo. Odio a los madrugadores —hizo una pausa y observó la pantalla con la polisomnografía que transmitía los parámetros fisiológicos del Presidente durante su sueño—. Parece que está soñando.

—Es interesante ver lo que sueña un Presidente de los Estados Unidos.

—Tendremos una idea aproximada apenas la actividad de sus células cerebrales pase de los esquemas de pensamiento coordinados a abstracciones desarticuladas.

—¿Se dedica a la interpretación de los sueños, doctor?

—No. Eso se lo dejo a los freudianos. Yo soy de los que creen que los sueños no tienen ningún significado. Son sólo una situación en la que el cerebro, liberado de la obligación de tener que pensar todo el día, se va de vacaciones. Como un perro de ciudad que vive en un apartamento y un día sale al campo y corretea en todas direcciones, disfrutando de los olores desconocidos.

—Mucha gente no estaría de acuerdo.

—Los sueños no son mi especialidad, por lo que carezco de argumentos científicos. Sin embargo, opino que, si llevan algún mensaje, ¿por qué la mayoría de los sentidos corporales no están presentes?

—¿Se refiere a la ausencia de olor y sabor?

Lugovoy asintió.

—Tampoco los sonidos son registrados con frecuencia. Igual que el tacto, o el dolor. Los sueños son fundamentalmente sensaciones visuales. En mi opinión, apoyada en alguna investigación personal, si uno sueña con una cabra de un solo ojo

que escupe fuego, el significado es simplemente éste: una cabra de un solo ojo que escupe fuego.

—La teoría de los sueños es la piedra angular del psicoanálisis. Dada su reputación, su opinión sobre el sueño de la cabra iba a causar no poco revuelo. Buena parte de sus colegas se quedaría sin trabajo, si se corriera la voz de que los sueños no tienen ningún significado.

—Los sueños incontrolados se olvidan pronto —continuó Lugovoy—. Pero las demandas e instrucciones que nosotros transmitimos a las células cerebrales del Presidente mientras esté dormido no serán recibidas como sueños. Son ideas inyectadas que pueden ser recordadas y activadas mediante estímulos externos.

—¿Cuándo debo empezar a programar su unidad de injerto?

—Transmita las instrucciones apenas despierte y repítalas cuando llegue a su despacho —Lugovoy volvió a bostezar—. Me voy a la cama. Llámeme a mi cuarto si hay alguna novedad.

El neurólogo asintió.

—Que descanse bien.

Lugovoy miró un instante la pantalla antes de salir de la sala.

—Me pregunto qué estará viendo su mente.

El neurólogo señaló indiferentemente el impresor de datos.

—Esto nos lo dirá.

—No importa —dijo Lugovoy—. Puedo esperar hasta mañana —dio media vuelta y se dirigió a su cuarto.

Picado por la curiosidad, el neurólogo levantó la hoja superior con las ondas cerebrales interpretadas del Presidente y miró el texto:

—«Verdes colinas de verano —se susurró a sí mismo mientras leía—. Una ciudad entre dos ríos con muchas iglesias bizantinas rematadas por centenares de cúpulas. Una se llama Santa Sofía. Una barcaza de río llena de remolacha azucarera, Las Catacumbas de San Antonio.»... Si no lo conociera, diría que estaba soñando con la ciudad de Kiev.

Se encontraba de pie junto a un sendero sobre la colina que daba a un ancho río contemplando el tránsito de barcos y con un pincel en la mano. En la ladera arbolada que se extendía a sus pies podía ver un gran pedestal de piedra bajo una figura envuelta en túnicas y portando una alta cruz como si fuera un báculo. A su derecha había un caballete con una tela. La pintura estaba casi terminada. El paisaje frente a él se reflejaba perfectamente en los toques precisos de su pincel, hasta los más ínfimos detalles de las hojas de los árboles. La única diferencia, si uno miraba de muy cerca, era el monumento de piedra.

En lugar de la lengua barba de algún santo desconocido, la cabeza tenía un exacto parecido con la del presidente soviético, Georgi Antonov.

De pronto, el escenario cambió. Ahora veía cómo lo sacaban a rastras de una casa pequeña. Las paredes de la casa tenían esculpidos dibujos góticos, pintados en un azul chillón. No se distinguían bien las caras de sus secuestradores. Sin embargo, notó que olían a sudor. Lo llevaban a un coche. No experimentaba miedo, sino más bien una rabia ciega y daba violentas patadas. Los secuestradores empezaron a pegarle, pero sentía lejano el dolor, como si esa agonía perteneciera a otro.

En la puerta de la casa vio la figura de una joven. Llevaba el pelo rubio recogido en la coronilla e iba vestida con una bata y una falda de campesina. Tenía los brazos en alto, como si estuviera suplicando, pero él no podía entender sus palabras.

Entonces lo arrojaron al suelo del coche y la puerta se cerró de golpe.

El oficial miró a los dos turistas que subían haciendo eses por la pasarela del barco, francamente divertidos. Eran un par de seres extravagantes. La mujer iba vestida con una túnica suelta y larga, que le llegaba a los tobillos, que para la mirada creativa del ruso podría haber pasado por una bolsa de patatas de Ucrania con los colores del arco iris. No alcanzaba a verle la cara porque la tenía parcialmente tapada por un sombrero de seda, pero se le antojó que si quedara al descubierto le rompería el cristal de su reloj.

El hombre que parecía ser su marido estaba borracho. Se bamboleó por la cubierta oliendo a bourbon barato y no paraba de reírse. Vestido con una camisa floreada chillona y pantalones blancos, miraba de reojo a su horrible esposa y le farfullaba algo al oído. Notó la presencia del oficial y levantó el brazo haciéndole una cómica reverencia.

—¡Hola, capitán! —le dijo, con una sonrisa afectada.

—No soy el capitán. Mi nombre es Peter Kolodno y soy el sobrecargo. ¿En qué les puedo servir?

—Soy Charlie Gruber y ésta es mi mujer, Zelda. Compramos los pasajes aquí, en San Salvador.

Le entregó un paquete y el sobrecargo estudió los papeles con mucha atención durante un momento.

—Bienvenidos a bordo del *Leonid Andreyev* —dijo por fin, en tono oficial—. Lamento no poder ofrecerles nuestras habituales fiestas de bienvenida a los nuevos pasajeros, pero es que se han incorporado un poco tarde a nuestro crucero.

—Veníamos navegando en un barco de vela cuando el idiota del timonel se metió en un arrecife —dijo el hombre llamado Gruber, balbuceando—. Mi mujercita y yo casi nos ahogamos. De modo que terminaremos nuestras vacaciones en su barco. Además, a mi esposa le encantan los griegos.

—Este es un barco ruso —le explicó el sobrecargo, pacientemente.

—¿No está bromeando?

—No, señor, el *Leonid Andreyev* tiene su puerto de origen en Sebastopol.

—¡No me diga! ¿Dónde queda eso?

—En el Mar Negro —respondió, siempre cortés.

—Eso suena a contaminación.

Al sobrecargo no le cabía en la cabeza cómo era posible que los Estados Unidos se hubieran convertido en una superpotencia con ciudadanos como éstos. Revisó la lista de pasajeros y asintió.

—Su camarote es el número treinta y cuatro, en la cubierta Gorki. Haré que un camarero los acompañe.

—De acuerdo, amigo —le dijo Gruber, estrechándole la mano.

Mientras el camarero les indicaba el camino a su camarote, el sobrecargo miró la palma de su mano. Charlie Gruber le había dejado veinticinco centavos de propina.

El camarero depositó el equipaje y cerró la puerta, y Giordino se apresuró a quitarse la peluca y se frotó la pintura de los labios.

—¡Por Dios! ¡Zelda Gruber! ¿Cómo puedo circular con esta facha?

—Sigo creyendo que tendrías que haberte puesto un par de pomelos en el pecho —le dijo Pitt, riéndose.

—Prefiero la moda plana. De esa manera no llamo la atención.

—Quizá sea una buena cosa. No hay suficiente lugar aquí para nosotros cuatro.

Giordino hizo un ademán circular con los brazos señalando los estrechos límites del camarote sin ventanas.

—¿Qué decías de un crucero barato? He estado en cabinas telefónicas más grandes. ¿Oyes la vibración? Debemos estar al lado del motor.

—Pedí un camarote barato para estar en la cubierta más baja —le explicó Pitt—. Aquí somos menos visibles y estamos más cerca de las zonas de trabajo del barco.

—¿Crees que Loren estará encerrada en algún lugar de aquí abajo?

—Si vio algo o a alguien que se suponía que no debía ver, los rusos no la tendrán donde pueda estar en contacto con otros pasajeros.

—También podría tratarse de una falsa alarma.

—Pronto lo sabremos.

—¿Cómo vamos a proceder? —le preguntó Giordino.

—Voy a darme una vuelta por los cuartos de la tripulación. Tú fíjate en la lista de pasajeros en la oficina del sobrecargo y averigua el camarote de Loren. Después mira si está ahí.

Giordino hizo una mueca de pena.

—¿Qué debo ponerme?

—Ve tal cual eres. Deja a Zelda en reserva.

Un minuto después de las ocho, el *Leonid Andreyev* zarpó del muelle. Los motores zumbaron suavemente cuando giró la proa. Los arenosos brazos del puerto de San Salvador quedaron atrás cuando se internó en el mar, en una flamígera puesta de sol.

Las luces encendidas brillaron en el agua como fuegos artificiales cuando el barco se animó con las risas y la música de dos orquestas distintas. Los pasajeros cambiaron su ropa deportiva por los trajes formales y los vestidos de fiesta para ir al comedor principal o a entretenerse en alguno de los bares.

Al Giordino, vestido de smoking, se pavoneaba por los corredores de las suites como si fueran suyos. Se paraba ante la puerta de los camarotes y echaba un vistazo a su alrededor. Un camarero se acercaba en ese momento por detrás con una bandeja.

Giordino cruzó a la puerta opuesta, donde se leía Salón de Masajes, y golpeó.

—La masajista termina a las seis, señor —le dijo el camarero.

Giordino sonrió.

—Quisiera pedir hora para mañana —le dijo.

—Con gusto me encargaré de ello, señor. ¿A qué hora le va bien?

—¿Qué tal a mediodía?

—Le confirmaré si es posible —le contestó. Los brazos se le empezaban a caer por el peso de la bandeja—. ¿Su nombre y camarote?

—O'Callaghan, camarote veintidós. Cubierta Tolstoi —contestó Giordino—. Gracias, muy agradecido.

Después dio media vuelta y volvió al ascensor de pasajeros. Apretó el botón «Abajo» para que sonara y echó un vistazo al pasillo. El camarero hizo un equilibrio con la bandeja y golpeó suavemente a una puerta, dos suites más allá del camarote de Loren. Giordino no pudo ver a quién correspondía, pero oyó una voz de mujer que le decía al camarero que entrara.

Sin perder un segundo, se precipitó a la suite de Loren, le dio un certero puntapié a la puerta, cerca de la cerradura, y entró. Las habitaciones estaban oscuras y encendió las luces. Todo estaba impecable y lujoso, sin señales de su ocupante.

No encontró las ropas de Loren en el armario. Tampoco el equipaje, ni ningún indicio de que ella hubiera estado allí. Lo revisó cuidadosamente todo, habitación por habitación. Miró debajo de los muebles y detrás de las cortinas. Palpó las alfombras y debajo de los almohadones, hasta examinó la bañera y el bidet.

Nada.

Pero no una nada absoluta. Una presencia femenina flotaba en el aire. Giordino olisqueó el aire. Un suave aroma penetró en su nariz. No podía distinguir el Chanel N.º 5 de una colonia, pero ese aroma tenía la delicada fragancia de una flor. Trató de identificarlo, pero era demasiado difícil para él.

Pasó jabón por el trozo astillado de la puerta de madera y lo dejó todo en orden. Un trabajo bastante chapucero, pero lo suficientemente aceptable en caso que la suite fuera revisada por la tripulación antes de que el barco amarrara en Miami de regreso.

Después abrió la puerta, apagó las luces y se fue.

Pitt sintió el aguijón del hambre mientras descendía por la escalera del túnel hacia la sala de máquinas. No había comido desde Washington y los ruidos de su estómago parecían resonar en el interior del estrecho pasillo de acero. Deseó estar sentado en el comedor, comprobando las excelencias del menú. De pronto olvidó toda idea de comida al oír unas voces que provenían del compartimento inferior.

Se acurrucó contra la escalera y miró más allá de sus pies. Veía el hombro de alguien a un metro de distancia, debajo de él. Después apareció la coronilla de una cabeza de pelo rubio largo y desordenado. El tripulante le decía algo en ruso a otra

persona. Se oyó una respuesta en sordina, seguida por el ruido de pasos sobre un enrejado de metal. Transcurridos tres minutos, la cabeza se apartó y Pitt oyó el débil ruido que hizo al cerrarse la puerta de un armario. Después hubo otros ruidos de pasos y luego el silencio.

Pasó el otro lado de la escalera, metió los pies y las pantorrillas en un escalón y se quedó colgado, cabeza abajo, atisbando por la boca del túnel.

Lo que tenía frente a él era la imagen invertida del vestuario de la tripulación en el cuarto de máquinas. En ese momento estaba vacío. Rápidamente descendió y pasó por los armarios hasta que encontró un mono de trabajo más o menos de su medida que se le adaptaba bastante bien. También cogió una gorra dos tallas más grande y se la caló hasta la frente. Ahora podía circular por las zonas de trabajo.

El siguiente problema fue que sólo sabía unas veinte palabras de ruso y casi todas para pedir comida en un restaurante.

Pasó casi media hora antes de que pudiera meterse en los principales camarotes de la tripulación en la proa. De tanto en tanto pasaba junto a uno de los cocineros, un mozo que empujaba un carrito con licores para los cócteles o una camarera que regresaba de sus tareas. Nadie le dirigió una mirada atenta, salvo un oficial que se lo quedó mirando con asco por su ropa grasienta.

Por una afortunada casualidad, dio con la lavandería de la tripulación. Una muchacha de cara redonda lo miró desde un mostrador y le preguntó algo en ruso.

Pitt se limitó a encogerse de hombros y a contestarle «Nyet».

Montones de uniformes lavados yacían en perfecto orden sobre una larga mesa. Se le ocurrió que la muchacha le preguntaba cuál de esos montones era el suyo. Los miró atentamente un momento y, por último, señaló uno con tres monos blancos impecablemente doblados, iguales que el que él llevaba puesto. Si se cambiaba podría recorrer todo el barco, fingiendo ser un tripulante de máquinas en tareas de mantenimiento.

Su mente trató de buscar algo en su limitado vocabulario ruso. Al final susurró:

—*Yest li u vas sosiski.*

La muchacha lo miró extrañada pero le entregó el montón de ropa, y le hizo firmar un papel, lo que hizo con un garabato. Se sintió aliviado al comprobar que los ojos de ella reflejaban curiosidad más que sospecha.

Sólo después de haber encontrado un camarote vacío y haberse cambiado de mono se dio cuenta de que lo que él había pedido a la muchacha eran salchichas.

Tras haberse detenido un momento ante una pizarra para anuncios, sacó un plano en el que figuraban los camarotes en las cubiertas del *Leonid Andreyev* y con mucha calma pasó las siguientes cinco horas husmeando por la parte inferior del casco. Al no descubrir ninguna pista de la presencia de Loren, volvió a su camarote y encontró a Giordino quien, con buen criterio, había pedido comida.

—¿Encontraste algo? —le preguntó éste, sirviendo dos copas de una botella de champán ruso.

—Ni una pista —le respondió, cansado—. ¿Qué celebramos?

—Permíteme un toque de distinción en este calabozo.

—¿Pudiste entrar en su suite?

Giordino asintió.

—¿Qué clase de perfume usa Loren?

Pitt contempló un momento las burbujas de la copa.

—Tiene un nombre francés. No me acuerdo. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Tiene un aroma como de flor?

—Lila... no, madreelva. Sí; madreelva.

—Su suite estaba impecable. Los rusos la dejaron como si jamás hubiera estado ahí. Pero se notaba el perfume.

Pitt vació la copa de champán y se sirvió otra, sin hablar.

—Existe la posibilidad de que la hayan matado —le dijo Giordino, como la cosa más natural.

—Entonces, ¿para qué escondieron sus ropas y maletas? No pueden decir que se cayó del barco con todas sus pertenencias.

—La tripulación podría haberlas guardado abajo y estar esperando un momento oportuno, como una tempestad, para anunciar la trágica noticia. Lo siento, Dirk —agregó, sin el menor asomo de disculpa en su voz. —Tenemos que considerar la situación desde todos los ángulos, sean buenos o malos.

—Loren está viva y a bordo de este barco, en algún lugar —le respondió Pitt, convencido—. Y tal vez estén también Moran y Larimer.

—Son demasiadas suposiciones.

—Loren es una chica muy lista. No le hubiera pedido a Sally Lindemann que localizara al Presidente de la Cámara de Diputados sin tener una buena razón. Sally sostiene que Moran y el senador Larimer han desaparecido misteriosamente. Ahora bien: también ha desaparecido Loren. ¿Qué impresión tienes de todo esto?

—Estás haciendo un buen discurso, como los subastadores, ¿pero qué hay detrás de todo esto?

Pitt se encogió de hombros.

—Realmente no sé. Sólo la disparatada idea de que quizá todo esto tenga que ver con la Compañía Marítima Bougainville y la desaparición del *Eagle*.

Giordino se quedó callado, pensando.

—Sí —le dijo, lentamente— una idea disparatada... pero muchas circunstancias hacen que tenga sentido. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Ponte tu disfraz de Zelda y recorre todos los camarotes. Si Loren o los demás están prisioneros en alguno, habrá un guardia de seguridad apostado en la puerta.

—Y con eso se van a delatar. ¿Dónde estarás tú?

Pitt extendió el plano del barco sobre su cama.

—Parte de la tripulación se aloja en la popa. Investigaré por ahí. —Dobló el plano y lo metió en el bolsillo de su mono—. Será mejor que empecemos. No tenemos mucho tiempo.

—Por lo menos tenemos tiempo hasta pasado mañana, cuando el *Leonid Andreyev* atraque en Jamaica.

—No te pongas tan contento. Si miras una carta náutica del Caribe verás que mañana, a esta hora de la tarde, estaremos navegando frente a la costa cubana.

Giordino asintió, comprendiendo.

—Una excelente oportunidad para transferir a Loren y a los otros desde el barco hasta un lugar fuera de nuestro alcance.

—Lo peor del asunto es que quizá no permanezcan en suelo cubano más que el tiempo necesario para embarcarlos en un avión que los lleve a Moscú.

Giordino se quedó pensando un momento. Después se dirigió hasta su maletín, sacó la peluca y se la puso en la cabeza. Se miró en el espejo e hizo una mueca de asco.

—Y bien, Zelda —se dijo sardónico—, vamos a pasear por cubierta y a ver a quién encontramos.

Esa misma noche, el Presidente habló por televisión de su entrevista y acuerdo con el Presidente Antonov, de la Unión Soviética. En su breve alocución de veintitrés minutos, resumió su intención de eliminar las restricciones a las compras de alta tecnología norteamericana por parte de los rusos. En ningún momento mencionó al Congreso. Habló de los acuerdos comerciales con el bloque de naciones del Este como si ya estuvieran presupuestados y vigentes. Terminó prometiendo que su próxima tarea sería aplicar todas sus energías en una guerra para reducir el índice nacional de criminalidad.

La violenta reacción que siguió a estas declaraciones en las esferas gubernamentales barrió cualquier otra noticia. Curtís Mayo y otros comentaristas de radio y televisión criticaron acerbamente al Presidente por excederse en los límites de su autoridad. Inmediatamente se levantó el fantasma de una presidencia imperial.

Los líderes del Congreso que habían permanecido en Washington durante las vacaciones se lanzaron a los teléfonos para pedir a sus colegas que estaban de vacaciones o haciendo campaña electoral en sus respectivos estados que regresaran a la capital para una sesión de emergencia. Los miembros de las cámaras de diputados y senadores, obrando sin el consejo de sus principales líderes, Moran y Larimer, con los que no pudieron dar, cerraron filas contra el Presidente, con los dos partidos haciendo un frente común.

A la mañana siguiente, Dan Fawcett irrumpió en la Sala Oval con la angustia reflejada en el rostro.

—¡Por Dios, señor Presidente! ¡No puede hacer esto!

El Presidente lo miró con calma.

—¿Se refiere a mi discurso de anoche?

—Sí, señor —respondió Fawcett, embargado por la emoción—. Prácticamente, lo que dijo es que estaba procediendo en sus programas de ayuda sin la aprobación del Congreso.

—¿Así fue como se entendió?

—Sí, señor.

—Pues me parece bien —respondió, golpeando la mesa con una mano—, porque eso es, precisamente, lo que pienso hacer.

Fawcett se quedó estupefacto.

—No lo puede hacer, según la Constitución. Las facultades del Poder Ejecutivo no llegan tan lejos...

—¡Al diablo! ¡No irás a decirme cómo debo ejercer la Presidencia! —le gritó, súbitamente furioso—. Ya estoy harto de rogar y hacer concesiones a esos

presumidos hipócritas del Congreso. De la única manera en que conseguiré que se haga algo, por Dios, es poniendo manos a la obra, sin más chácharas.

—Se está metiendo en un camino peligroso. Le van a vetar cualquier proyecto que proponga.

—¡No lo harán! —gritó el Presidente, poniéndose en pie y saliendo de detrás de la mesa para colocarse frente a Fawcett—. El Congreso no tendrá la menor oportunidad de trastornar mis planes.

Fawcett sólo pudo mirarlo en una mezcla de estupor y horror.

—No los podrá detener. En este momento se están reuniendo. Están viajando en avión desde sus respectivos Estados a fin de celebrar una sesión de emergencia y bloquearle sus proyectos.

—Si están pensando en eso —replicó el Presidente, con una voz morbosa que Fawcett casi no reconoció— se van a llevar una gran sorpresa.

El tráfico de las primeras horas de la mañana era escaso cuando los convoyes militares irrumpieron en la ciudad desde distintas direcciones. Un Destacamento Especial Antiterrorista del Ejército, procedente de Fort Belvoir, se trasladó al norte por la Carretera Anacostia mientras otro, desde Fort Meade, venía por las avenidas Baltimore y Washington hacia el sur. En el mismo momento, una Fuerza de Operaciones Especiales de la Marina, con base en Quantico, avanzaba por el Puente Rochambeau desde el oeste.

Mientras las filas de los camiones de cinco toneladas, que transportaban a las tropas, convergían en el Centro Federal, un grupo de helicópteros con tropas de asalto aterrizaba en el césped frente al estanque del Capitolio y descargaba las tropas de Infantes de Marina venidas de Camp Lejeune, en Carolina del Norte. La fuerza operativa de dos mil hombres estaba compuesta por unidades especiales que se mantenían alerta las veinticuatro horas del día.

Al tiempo que despleaban sus efectivos en torno de los edificios federales, sacaban rápidamente a diputados y senadores. Después tomaron posiciones y sellaron todas las entradas.

Al principio los legisladores y sus asesores creyeron que se trataba de evacuar el edificio por una amenaza de bomba terrorista. La otra única explicación era que quizá se tratara de un ejercicio militar que no se había anunciado. Cuando se enteraron de que toda la sede del gobierno había sido clausurada por orden del Presidente, su reacción fue de asombro e indignación, conferenciaban, ultrajados, en pequeños grupos en los terrenos al este del Capitolio. En una ocasión Lyndon Johnson había amenazado con cerrar el Congreso, pero nadie creyó que tal cosa fuera realmente posible.

Las tropas no rodearon ni cerraron los departamentos ejecutivos ni las agencias independientes. En la mayoría de las oficinas federales se siguió trabajando como de

costumbre. Las calles se mantuvieron abiertas y el tráfico fue dirigido con una eficacia que los ciudadanos encontraron enormemente divertida.

La prensa y la televisión inundaron los terrenos del Capitolio. El césped quedó prácticamente sepultado bajo un manto de cables y equipos electrónicos. Las entrevistas ante las cámaras se hicieron tan agitadas y numerosas que los senadores y los diputados debieron formar colas para hacer oír sus objeciones por la actitud sin precedentes del Presidente.

Por sorprendente que parezca, la reacción por parte de la mayoría de los ciudadanos fue más de diversión que de disgusto. Se sentaban ante sus pantallas de televisión y observaban el acontecimiento como si fuera un circo. La opinión generalizada era que el Presidente estaba asustando temporalmente al Congreso y retiraría las tropas en un par de días.

En el Departamento de Estado, Oates estaba reunido con Emmett, Brogan y Mercier. La atmósfera era pesada, y en el ambiente flotaba indecisión e intranquilidad.

—El Presidente está completamente loco si cree que es más importante que el gobierno constitucional —dijo Oates.

Emmett miró fijamente a Mercier.

—No entiendo cómo no sospechaste de sus propósitos.

—Me tuvo completamente al margen —respondió Mercier, con una expresión sumisa—. En ningún momento me dio la menor pista de lo que tenía en la cabeza.

—Con toda seguridad que ni el general Metcalf ni Jesse Simmons participan en esto —dijo Oates en voz alta.

Brogan sacudió la cabeza.

—Mis fuentes en el Pentágono dicen que Jesse Simmons se negó en redondo.

—¿Por qué no nos advirtió? —preguntó Emmett.

—Cuando Simmons le dijo al Presidente, con los términos más directos, que se iba de la base, la situación explotó. La guardia del destacamento de seguridad militar lo escoltó a su casa, donde permanece bajo arresto domiciliario.

—¡Jesús! —susurró Oates, exasperado—. Las cosas empeoran a cada minuto.

—¿Y qué pasa con el general Metcalf? —preguntó Mercier.

—Estoy seguro de que hizo oír sus objeciones —respondió Brogan—. Pero Clayton Metcalf es un soldado disciplinado cuya tarea es cumplir las órdenes de su comandante en jefe. El y el Presidente son íntimos amigos. Sin duda Metcalf cree que debe obediencia al hombre que lo designó Jefe del Estado Mayor y no al Congreso.

Los dedos de Oates sacaron una imaginaria mota de polvo de la mesa.

—El Presidente desaparece durante diez días y a su regreso actúa de forma temeraria.

—Huckleberry Finn —murmuró Brogan.

—A juzgar por la conducta del Presidente en las últimas veinticuatro horas —dijo Mercier reflexionando—, la evidencia resulta bastante concluyente.

—¿Aún no ha aparecido el doctor Lugovoy? —preguntó Oates.

Emmett hizo una señal negativa con la cabeza.

—No lo hemos encontrado.

—Obtuvimos informes de nuestra gente en Rusia sobre el doctor —explicó Brogan—. Su especialidad en los últimos quince años ha sido «transferencia de la mente». Los servicios de inteligencia soviéticos le proporcionaron abundantes fondos para sus investigaciones. Centenares de judíos y otros disidentes que desaparecieron de los sanatorios mentales de la KGB fueron sus conejillos de India. Y él sostiene haber hecho un descubrimiento sensacional en la interpretación y control de la mente.

—¿Tenemos en marcha algún proyecto semejante? —preguntó Oates.

Brogan asintió.

—El nombre en clave es «Fathom» y el proyecto funciona con los mismos principios.

Por un momento Oates se llevó las manos a la cabeza. Después se volvió hacia Emmett.

—¿Todavía no tienes pistas sobre el paradero de Vince Margolin, Larimer o Moran?

Emmett se sintió cohibido.

—Lamento decir que siguen en paradero desconocido.

—¿Crees que Lugovoy realizó su experimento de «transferencia de la mente» sobre ellos también?

—No lo creo. Si yo estuviera en el lugar de los rusos, los tendría en reserva por si el Presidente no respondiera a las instrucciones programadas.

—La mente del Presidente podría escapárseles de las manos y reaccionar de manera impredecible —agregó Brogan—. La manipulación del cerebro no es una ciencia exacta. No hay forma de predecir lo que ocurrirá después.

—El Congreso no está esperando para averiguarlo —dijo Mercier—. Ahí están sus miembros buscando un lugar para reunirse a fin de iniciar los trámites para un juicio político.

—El Presidente ya lo sabe. No es tan tonto —respondió Oates—. Cada vez que los diputados y los senadores intenten una reunión, enviará las tropas para disolverla. Con las fuerzas armadas apoyándole, tiene todas las de ganar.

—Teniendo en cuenta que es una potencia extranjera enemiga la que dice al Presidente lo que debe hacer, ni Metcalf ni los otros Jefes de Estado Mayor continuarán brindándole su apoyo —sentenció Mercier.

—Metcalf se niega a actuar hasta que nosotros tengamos una prueba absoluta de que se está produciendo el control mental —añadió Emmett—. Pero sospecho que lo

único que está esperando es una excusa para compartir la suerte del Congreso.

Brogan se quedó preocupado.

—Confiemos en que no actúe demasiado tarde.

—De modo que nos toca a nosotros neutralizar al Presidente —musitó Oates.

—¿Has pasado hoy frente a la Casa Blanca? —le preguntó Mercier.

Oates meneó la cabeza.

—No. ¿Por qué?

—Parece un campamento armado. Los militares cubren cada palmo del terreno. El rumor es que nadie puede llegar hasta el Presidente. Dudo que ni siquiera usted, señor Secretario, pueda cruzar la puerta.

Brogan pensó un momento.

—Dan Fawcett sigue todavía adentro...

—Hablé con él por teléfono —dijo Mercier—. Presentó su oposición al Presidente con términos probablemente demasiado fuertes. Sospecho que ahora ha sido declarado persona non grata en la Sala Oval.

—Necesitamos a alguien que goce de la confianza del Presidente.

—Óscar Lucas —dijo Emmett.

—Bien pensado —exclamó Oates levantando la vista—. Como jefe del Servicio Secreto tiene el control de la situación.

—Alguien tendrá que informar a Dan y a Óscar personalmente —admitió Emmett.

—¿Tienes algún plan? —le preguntó Oates.

—A mí no se me ocurre nada, pero mi gente encontrará algo.

—Mejor que sea bueno —le dijo Emmett seriamente—, si tenemos que evitar lo que más temieron nuestros Padres Fundadores.

—¿Y qué era? —le preguntó Oates.

—Lo impensable —le respondió Emmett—. Un dictador en la Casa Blanca.

Loren estaba sudando. Nunca había sudado tanto en su vida. Tenía el camisón empapado y pegado a su cuerpo como una segunda piel.

Cuando la llevaron al calabozo del barco no vio señales del hombre a quien ella había tomado por Alan Moran. No le habían dado comida ni agua desde que la habían encerrado con llave en ese lugar y el hambre le roía el estómago. Nadie había ido a verla, y empezaba a preguntarse si el capitán Pokofsky pensaba tenerla en ese confinamiento hasta que se consumiera.

Por último decidió olvidar su vanidad y se quitó las ropas que se le habían adherido. Comenzó a hacer ejercicios para pasar el tiempo.

De pronto oyó el apagado ruido de pasos en el corredor. Unas voces en sordina mantenían una breve conversación y luego corrieron el cerrojo de la puerta y la abrieron.

Loren cogió rápidamente el vestido que había dejado sobre el catre y se acurrucó en un rincón de la celda.

Un hombre agachó la cabeza al pasar por la puertecita. Llevaba un traje barato que a ella le pareció totalmente pasado de moda.

—Diputada Smith, perdóneme por la situación en que me he visto obligado a ponerla.

—No; no creo que pueda perdonarle —le dijo, con un tono desafiante—. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Paul Suvorov y represento al gobierno soviético.

El desprecio afloró en la voz de Loren.

—¿Es esto un ejemplo de cómo tratan los comunistas a sus huéspedes?

—No en circunstancias ordinarias. Pero usted no nos dio otra opción.

—Explíquese, por favor —exigió Loren, echando chispas por los ojos.

El hombre le dirigió una mirada indecisa.

—Creo que usted ya lo sabe.

—¿Por qué no me refresca la memoria?

El individuo hizo una pausa para encender un cigarrillo, arrojando con mucho cuidado la cerilla en el inodoro.

—La otra noche, cuando llegó el helicóptero, el primer oficial del capitán Pokofsky la vio a usted muy cerca de la zona de aterrizaje.

—Igual que otros pasajeros —le espetó Loren, fríamente.

—Sí; pero los otros estaban demasiado lejos para reconocer una cara familiar.

—Y usted cree que yo no estaba tan lejos.

—¿Por qué no se muestra razonable, diputada? No me negará que reconoció a sus colegas.

—No sé a qué se refiere.

—Me refiero al diputado Alan Moran y al senador Marcus Larimer —le dijo, mirándola atentamente para ver su reacción.

Los ojos de Loren se agrandaron y de pronto empezó a tiritar, pese al agobiante calor. Por primera vez, desde que la habían hecho prisionera, la indignación cedió su lugar a la desesperación.

—¿También están aquí Moran y Larimer?

Suvorov asintió.

—En la celda de al lado.

—Esto tiene que ser una broma demencial —le dijo, estupefacta.

—No es ninguna broma —le respondió, sonriendo—. Son huéspedes de la KGB, igual que usted.

Loren sacudió la cabeza. No podía creer lo que oía. La vida no ocurría de esa manera —se dijo— salvo en las pesadillas. Sentía que la realidad se le escapaba.

—Tengo inmunidad diplomática. Exijo que me liberen.

—Usted no tiene ninguna influencia aquí, a bordo del *Leonid Andreyev* —le replicó en un tono glacial e indiferente.

—Cuando mi gobierno se entere de esto...

—No se enterará —la interrumpió—. Cuando el barco zarpe de Jamaica en viaje de regreso a Miami, el capitán Pokofsky anunciará, con profundo pesar, que la diputada Loren Smith se ha caído por la borda y, presumiblemente, se ha ahogado.

Loren sintió que la desesperación la entumecía.

—¿Qué pasará con Moran y Larimer?

—Me los llevo a Rusia.

—Pero a mí me va a matar —le dijo, más como una confirmación que como una pregunta.

—Ellos son miembros importantes de su gobierno. Lo que saben nos será muy útil cuando les convenzamos de que nos lo cuenten. En cuanto a usted, lamento decirlo, no vale la pena correr el riesgo.

Loren casi estuvo a punto de decirle: como miembro del Comité Militar de la Cámara sé tanto como ellos. Pero reconoció al instante la trampa y permaneció callada.

Los ojos de Suvorov se empequeñecieron. Estiró la mano y le desgarró el vestido lanzándolo al otro lado de la puerta.

—Es usted muy bonita —le dijo—. Tal vez si negociáramos encontraría alguna razón para llevarla conmigo a Moscú.

—El truco más conmovedor del mundo —le espetó, con desprecio—. Ni siquiera es usted original.

Suvorov dio un paso adelante, estiró la mano y le asestó una bofetada. Loren

retrocedió tambaleándose contra el mamparo de acero, se dobló sobre las rodillas y lo miró, con miedo y desprecio.

Suvorov la agarró por los cabellos y le echó la cabeza hacia atrás. El tono cortés desapareció de su voz.

—Siempre tuve curiosidad por tirarme a una puta capitalista.

La respuesta de Loren fue agarrarlo por los genitales y retorcérselos con toda su fuerza.

Suvorov jadeó de dolor y le asestó un puñetazo en el pómulo izquierdo, justo debajo del ojo. Loren cayó en un rincón mientras Suvorov se agarraba los genitales y recorría el pequeño cubículo como un animal enfurecido hasta que el agudo dolor se calmó. Después la levantó brutalmente y la arrojó al catre.

Se agachó encima de ella y le quitó la ropa interior.

—¡Maldita puta! —gruñó—. Voy a hacer que desees tener una muerte rápida.

Lágrimas de dolor le brotaban de los ojos a Loren, que estaba al borde de la inconsciencia. Vagamente, a través de una niebla de dolor, vio que Suvorov se quitaba poco a poco el cinturón y se lo enroscaba en la mano, con la hebilla en la punta, oscilando. Loren procuró tensar el cuerpo al ver venir el primer golpe cuando él levantó el brazo, pero estaba demasiado débil.

De pronto pareció que Suvorov tuviera un tercer brazo, que serpenteó sobre su hombro derecho y le ciñó el cuello. El cinturón cayó al suelo y él se quedó con el cuerpo rígido.

El terror le asomó a la cara. Era un terror de incredulidad al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Y la tortura que sentía cuando le apretaban la tráquea despiadadamente, hasta ahogarlo. Intentó luchar contra esa presión incesante moviéndose desesperadamente por la celda. Pero el brazo seguía aferrándolo. En un momento de lucidez, Suvorov comprendió que jamás dejaría de sentir esa presión. El terror y la falta de oxígeno le distorsionaban la cara, que adquirió una coloración azul rojiza. Sus hambrientos pulmones luchaban por respirar y agitaba los brazos como preso de una frenética locura.

Loren quiso taparse la cara con las manos para no ver ese horrible espectáculo, pero las manos no le obedecieron. Lo único que pudo hacer fue quedarse inmóvil y contemplar, con una morbosa fascinación, cómo se le iba la vida a Suvorov.

Veía cómo disminuían sus estertores hasta que, finalmente, los ojos se le desorbitaron y se quedó rígido. Permaneció así varios segundos, sostenido sólo por ese brazo fantasmal hasta que le soltó el cuello y Suvorov cayó al suelo hecho un ovillo.

Otra figura ocupó el lugar de Suvorov, de pie en el vano de la puerta. Loren se encontró contemplando una cara amistosa, de profundos ojos verdes y una sonrisa irónica y picara.

—Entre tú y yo —le dijo Pitt—, jamás creí que pudrirse en este lugar pudiera ser tan divertido.

A mediodía, un cielo de un azul brillante, con nubes como copos de algodón empujadas por una suave brisa de poniente, encontró al *Leonid Andreyev* navegando a dieciocho millas del Cabo Maisí, la punta más occidental de Cuba.

En el puente, el capitán Pokofsky miraba a través de sus binoculares. Vio a estribor un pequeño bote que navegaba cerca de la costa. Era viejo, con el casco pintado de negro. Parecía una pieza de museo inmaculadamente conservada. En el mástil de popa flameaba la bandera norteamericana invertida en señal de petición de auxilio.

Pokofsky fue al panel de mandos y apretó el conmutador para que el barco disminuyera la velocidad. Casi inmediatamente notó que los motores reducían sus revoluciones. Después, mientras esperaba durante unos minutos a que la marcha se redujera, se agachó y apretó la palanca que ordenaba que el barco se detuviera por completo.

Se disponía a hablar desde el puente cuando su primer oficial subió rápidamente por la escalerilla desde la cubierta inferior.

—Capitán —le dijo, recobrando el aliento—, vengo del calabozo. Los prisioneros se han ido.

Pokofsky se enderezó.

—¿Se han ido? ¿Quieres decir que han escapado?

—Sí, señor. Estaba haciendo una visita de inspección rutinaria cuando encontré a los dos guardias de seguridad inconscientes y encerrados en una de las celdas. El agente de la KGB ha muerto.

—¿Han matado a Paul Suvorov?

El primer oficial asintió.

—Al parecer, estrangulado.

—¿Por qué no me lo dijiste inmediatamente por teléfono?

—Me pareció mejor decírselo personalmente.

—Tienes razón —admitió Pokofsky—. No podría haber ocurrido en peor momento. Están llegando los cubanos para llevarse a los prisioneros a la costa.

—Si usted puede entretenerlos, confío en que podamos encontrar a los norteamericanos.

Pokofsky miró por la puerta al barco que se acercaba.

—Esperarán —le dijo, confiado—. Nuestros prisioneros son demasiado importantes.

—Hay algo más, capitán. Los norteamericanos deben haber recibido ayuda.

—¿No se han escapado solos? —preguntó Pokofsky, sorprendido.

—No es posible. Dos viejos en estado de debilidad y una mujer jamás podrían

haberse librado de dos personas del servicio de seguridad y asesinar a un profesional de la KGB.

—¡Maldición! —exclamó Pokofsky, y se dio un puñetazo en la palma de la mano, con una mezcla a partes iguales de ansiedad y rabia—. Esto complica las cosas.

—¿Es posible que la CÍA se haya infiltrado a bordo?

—Me parece difícil. Si el gobierno de los Estados Unidos hubiera sospechado remotamente a quién teníamos a bordo, su Armada se estaría acercando a nosotros como osos furiosos. Ya lo ves: no hay barcos, no hay aviones ni helicópteros y la base naval en la bahía de Guantánamo está sólo a cuarenta millas.

—¿Entonces quién? —le preguntó el primer oficial—. Seguro que ninguno de los nuestros.

—Sólo puede ser un pasajero —conjeturó Pokofsky. Se quedó callado, pensando. La calma reinaba en el puente. Finalmente levantó la vista y empezó a dar órdenes—. Reúne a todos los oficiales disponibles y forma equipos de cinco hombres. Divide el barco en secciones, desde la quilla hasta la cubierta superior. Avisa a los guardias de seguridad y pasa lista a los camareros. Si los pasajeros hacen preguntas, inventa algún pretexto verosímil para entrar en sus camarotes. Cambiar la ropa de cama, arreglar una cañería, revisar los extintores, cualquier historia creíble. Que nadie diga ni haga nada que pueda levantar sospechas entre los pasajeros o que los lleve a hacer preguntas molestas. Tenemos que actuar con sutileza y abstenernos de cualquier violencia. Pero hay que capturar a la Smith y a los dos hombres inmediatamente.

—¿Y qué hacemos con el cadáver de Suvorov?

Pokofsky no vaciló un segundo.

—Prepara un homenaje adecuado para nuestro camarada de la KGB —le respondió, sarcásticamente—. Cuando anochezca, lo arrojaremos por la borda con la basura.

—Sí, señor —asintió el primer oficial con una sonrisa, y se fue.

Pokofsky cogió el megáfono y salió al puente. El pequeño bote navegaba a la deriva a unos cincuenta metros.

—¿Necesitan ayuda? —les preguntó. Su voz resonó sobre las aguas.

Un hombre en cuclillas y con la piel del color del cuero viejo hizo bocina con las manos y gritó:

—Tenemos gente muy enferma. Sospecho que se trata de un envenenamiento por ptomaína. ¿Podemos subir a bordo y utilizar sus servicios médicos?

—Desde luego —le respondió Pokofsky—. Acérquense. Bajaré la pasarela.

Pitt observaba ese mini-drama con interés, dándose perfecta cuenta de la impostura. Dos hombres y una mujer hacían esfuerzos por subir la escalera de metal, agarrándose el estómago y fingiendo sufrir los estertores de un dolor abdominal. Les dio dos estrellas por su interpretación.

Transcurrido un tiempo considerable para el falso reconocimiento médico — pensó—, Loren, Moran y Larimer pasarían a ocupar sus lugares en el bote. Sabía, además, que el capitán no reanudaría el crucero hasta que el barco fuera registrado de arriba abajo y hechos prisioneros los congresistas.

Se alejó de la barandilla y se mezcló con los otros pasajeros, quienes pronto volvieron a sus tumbonas junto a las piscinas o al bar en busca de cócteles. Bajó en el ascensor hasta su cubierta. Cuando las puertas se abrieron y pasó al corredor, rozó a un camarero que entraba.

Notó, al pasar, que era asiático. Probablemente un mongol, si estaba sirviendo en un barco ruso. Pasó junto a él y siguió hasta su camarote.

El camarero lo miró con curiosidad. Luego se puso blanco de asombro al ver que Pitt se alejaba. Seguía aún ahí, boquiabierto, cuando la puerta se cerró y el ascensor subió sin él.

Pitt dobló por el ángulo del corredor y espió a un oficial que, con varios tripulantes, estaban esperando ante el camarote 3, frente al suyo. No parecían tan alegres como de costumbre. Sus expresiones reflejaban una profunda seriedad. Hurgó en su bolsillo buscando la llave del camarote mirándolos por el rabillo del ojo. A los pocos segundos salió una camarera y le dijo unas palabras en ruso al oficial y meneó la cabeza. Entonces se fueron al camarote contiguo y golpearon en la puerta.

Pitt entró rápidamente y cerró la puerta. El minúsculo recinto parecía sacado de una película de los hermanos Marx. Loren estaba encaramada en la litera de arriba, mientras Moran y Larimer compartían la de abajo. Los tres atacaban en ese momento una bandeja de entremeses que Giordino había sacado de contrabando del buffet del comedor.

Giordino, sentado en una silla medio metida en el baño, le saludó con la mano, a la vez que le preguntaba:

—¿Has visto algo interesante?

—Llegó el contacto cubano —le respondió—. Nos han abordado y están a la espera de intercambiar los pasajeros.

—Esos canallas van a tener que esperar largo rato —le dijo Giordino.

—Calcula cuatro minutos. Eso es lo que necesitan para encadenarnos a todos y meternos en una lancha rumbo a la Habana.

—No les quedará más remedio que encontrarnos —manifestó Larimer, con voz hueca.

Pitt había visto demasiados hombres extenuados como Larimer: la piel cerosa, los ojos, antaño brillantes de autoridad, ahora vacíos, los pensamientos sin rumbo fijo. Pese a su edad y a largos años de vida confortable en la arena política, Larimer seguía siendo un hombre de fuerte constitución física. Pero el corazón y la circulación sanguínea no podían responder ya a la tensión y a los peligros de continuar con vida

en una situación hostil. Pitt no necesitaba requerir los servicios de un médico para reconocer a un hombre que necesitaba un tratamiento urgente.

—Al otro lado del pasillo hay un grupo de rusos buscándonos —les explicó.

—No podemos permitir que nos vuelvan a encarcelar —gritó Moran, poniéndose de pie de un salto y mirando a su alrededor con expresión salvaje—. ¡Tenemos que salir corriendo!

—No llegaríamos al ascensor —le espetó Pitt, tomándolo del brazo, como a un chico que hiciera una rabieta. Por Moran no se molestó. Larimer parecía una comadreja sumisa.

—No tenemos dónde escondernos —dijo Loren, con un temblor en la voz.

Pitt no contestó, sino que pasó junto a Giordino y entró en el baño. Corrió la cortina de la ducha y abrió el agua caliente. En menos de un minuto, nubes de vapor inundaron el recinto.

—Muy bien —ordenó—. Ahora, todo el mundo a la ducha.

Nadie se movió. Se quedaron mirándolo fijo, como un fantasma en medio de la niebla, como si fuera un extraterrestre.

—¡Rápido! —les gritó—. Estarán aquí en cualquier momento.

Giordino sacudió la cabeza, perplejo.

—¿Cómo vas a meter a tres personas en esa ducha? Si apenas cabe una.

—Ponte la peluca. Tú también vas a entrar.

—¿Los cuatro? —susurró Loren, incrédula.

—O eso o un viaje gratis a Moscú.

Giordino se caló la peluca mientras Pitt volvía a entrar en el baño para hacer salir agua más tibia. Colocó a Moran en cuclillas entre las piernas de Giordino. Larimer se acurrucó en el rincón más alejado y Loren trepó en la espalda de Giordino. Al final quedaron apiñados grotescamente, empapados por el agua que salía de la ducha. Pitt abría, mientras tanto, el agua caliente del lavabo para aumentar la nube de vapor cuando oyó que alguien golpeaba en la puerta.

Inmediatamente se acercó y la abrió para que nadie sospechara que vacilaba. El primer oficial hizo una inclinación de cabeza y le sonrió.

—¿Es usted el señor Gruber? Lamento mucho tener que molestarle, pero estamos cumpliendo con una inspección de rutina de los extintores. ¿Le importa que entremos?

—De ninguna manera —respondió Pitt cortésmente—. Yo no tengo ningún problema, pero mi mujer está en la ducha.

El oficial hizo un movimiento afirmativo con la cabeza a la camarera, quien pasó junto a Pitt y simuló estar revisando los extintores. Después señaló la puerta del baño.

—¿Puedo pasar?

—Adelante, entre —le respondió Pitt, lo más naturalmente del mundo—. A mi

mujer no le importará.

La camarera abrió la puerta y quedó envuelta en una nube de vapor. Pitt se acercó y asomó la cabeza.

—¡Hola, querida! La camarera tiene que inspeccionar el extintor, ¿No te importa, verdad?

A medida que la nube se disipaba al pasar por la puerta, la camarera vio una espesa mata de pelos y un par de ojos con tupidas cejas asomándose por la cortina.

—No tengo ningún inconveniente —dijo la voz de Loren—. Por cierto, ¿podría traernos un par de toallas cuando le vaya bien?

La mujer se limitó a asentir y respondió:

—Volveré lo antes posible con las toallas.

Pitt mordió negligentemente un canapé y le ofreció uno al primer oficial, quien cortésmente rehusó con un movimiento de cabeza.

—Les agradezco de verdad que se preocupen tanto por la seguridad de los pasajeros —le dijo Pitt.

—No hacemos más que cumplir con nuestro deber —le respondió el primer oficial, mirando con curiosidad la bandeja de entremeses, de la que ya había desaparecido la mitad—. Veo que también disfrutan de nuestra cocina.

—A mi mujer y a mí nos encantan los fiambres. Los preferimos a los platos cocinados.

La camarera salió del baño y dijo algo al primer oficial. Lo único que Pitt entendió fue «nyet».

—Lamento haberlos molestado —dijo el primer oficial, cortésmente.

—Vengan cuando quieran —le respondió Pitt.

Apenas cerró la puerta, Pitt se precipitó en el baño.

—Quédense como están —ordenó—. No se muevan. —Después se echó en la cama y se llenó la boca con una tostada con caviar.

Dos minutos después la puerta se abrió de golpe y la camarera entró como una locomotora, echando miradas como saetas por todo el camarote.

—¿Necesita algo? —farfulló Pitt, con la boca llena.

—He traído las toallas.

—Déjelas en el baño —contestó Pitt, con indiferencia.

La mujer obedeció y salió del camarote, despidiéndose con una sonrisa desprovista de toda sospecha.

Pitt esperó dos minutos más. Después entornó la puerta y echó un vistazo al pasillo. El grupo investigador entraba en un camarote casi al final del pasillo. Volvió al baño, estiró la mano y cerró el grifo del agua.

El que acuñó la frase «parecían ratas ahogadas» debió tener en mente el aspecto de esos pobres individuos apiñados en una ducha del tamaño de un bolsillo. Se les

estaban agarrotando los dedos y todos tenían las ropas empapadas.

Giordino salió primero y arrojó la peluca al lavabo. Loren se bajó de su espalda e inmediatamente empezó a secarse el pelo. Pitt ayudó a Moran a ponerse de pie y se llevó medio a rastras a Larimer hasta la cama.

—Una jugada brillante —dijo Pitt a Loren, besándola en el cuello—. Pedir más toallas...

—Me pareció que era lo que debía hacer.

—¿Estamos a salvo ahora? —preguntó Moran—. ¿Volverán?

—No lo estaremos hasta que salgamos del barco —le respondió Pitt—. Y podemos contar con que nos harán otra visita. Cuando vean que la primera investigación no los ha llevado a nada, redoblarán sus esfuerzos en una segunda.

—¿Tienes algún truco brillante para escaparnos, Houdini? —le preguntó Giordino.

—Sí —le contestó Pitt, endiabladamente seguro—. Claro que lo tengo.

El segundo maquinista se abrió camino por un pasadizo estrecho entre los grandes tanques de combustible que se erguían hasta dos cubiertas más arriba. Cumplía con una inspección de rutina a fin de verificar cualquier pérdida en las conducciones de petróleo que alimentaban con vapor las turbinas de veintisiete mil caballos de potencia del *Leonid Andreyev*.

Silbaba para distraerse. El único acompañamiento que tenía era el zumbido de los turbogeneradores, al otro lado del mamparo de proa. De vez en cuando pasaba un trapo a la juntura o a la válvula de la tubería, asintiendo de satisfacción cuando quedaba limpia.

De pronto se detuvo y aguzó el oído. El ruido de un metal al chocar con otro venía de un estrecho pasillo a su derecha. Espoleado por la curiosidad, caminó lentamente por ese acceso escasamente iluminado. Al final, donde el pasillo doblaba y pasaba entre los tanques de combustible y las láminas interiores del casco, se detuvo y miró en la penumbra.

Una figura, con uniforme de camarero, parecía estar pegando algo al costado del tanque. Se acercó, caminando silenciosamente, hasta que se encontró a sólo diez pasos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

El camarero se volvió poco a poco y se irguió. Lo único que pudo distinguir el maquinista era que se trataba de un oriental. Tenía manchado de grasa el blanco uniforme y, detrás de él, en el pasillo, había un petate de marino abierto. El camarero mostró una amplia sonrisa y no hizo ningún esfuerzo por contestarle.

El maquinista se acercó un poco más.

—Se supone que no debes estar aquí. Esta zona está prohibida para los del servicio de pasajeros.

Entonces el maquinista advirtió un extraño bulto informe contra el costado del tanque de combustible. Dos alambres de cobre iban desde ahí hasta un mecanismo de relojería situado junto al petate.

—¡Una bomba! —exclamó, asustado—. ¡Estás colocando una bomba!

Se volvió y empezó a correr como un loco por el pasillo, gritando. No había dado más de cinco pasos, cuando las estrechas paredes de acero retumbaron con un ruido semejante a dos aplausos en rápida sucesión, y las balas procedentes de una pistola con silenciador estallaron en su nuca.

Se pronunciaron los brindis obligatorios y los vasos con vodka helado bajaron para ser llenados de nuevo. Pokofsky hacía los honores desde el mueble bar de su camarote, evitando las frías y penetrantes miradas de los hombres sentados en el sofá

de cuero.

Geidar Ombrikov, jefe de la KGB con residencia en La Habana, no estaba de humor para celebraciones.

—Su informe no va a gustar a mis superiores —dijo—. La desaparición de un agente que estaba a sus órdenes será considerado un evidente caso de negligencia.

—Esto es un crucero —le explicó Pokofsky, sonrojándose de resentimiento—. Fue diseñado y puesto en servicio con el objeto de proporcionar divisas al tesoro soviético. No somos un centro de operaciones de la KGB.

—Entonces, ¿cómo explica la presencia de diez agentes que nuestra dirección de operaciones extranjeras destinó a bordo de su barco para registrar las conversaciones de los pasajeros?

—Trato de no pensar en eso.

—Pues tendría que hacerlo —le dijo Ombrikov, con un tono amenazador.

—Ya tengo bastante trabajo con el gobierno de este barco —replicó Pokofsky—. Mi día no tiene tantas horas como para, además, incluir el espionaje.

—Con todo, debería haber sido más prudente. Si los políticos norteamericanos se escapan y cuentan su historia, las repercusiones tendrán un efecto devastador en nuestras relaciones internacionales.

Pokofsky devolvió su vodka al mueble bar, sin tocarlo.

—En este barco no pueden esconderse por mucho tiempo. Dentro de una hora volverán a estar en nuestras manos.

—Así lo espero —le dijo Ombrikov, sombríamente—. La Armada norteamericana empezará a preguntarse qué está haciendo un crucero soviético frente a su preciosa base cubana y enviará una patrulla.

—No se atreverán a subir al *Leonid Andreyev*.

—No; pero nuestro bote navega con bandera de Estados Unidos. No vacilarán en subir a bordo para realizar una inspección.

—Es una hermosa lancha —apuntó Pokofsky, tratando de cambiar de tema—. ¿De dónde la ha sacado?

—Es un préstamo personal de nuestro amigo Castro. Perteneció, en una época, al escritor Ernest Hemingway.

—Sí, leí cuatro de sus libros...

Lo interrumpió la súbita aparición del primer oficial, que entró sin llamar.

—Mis disculpas por irrumpir así, capitán, pero, ¿puedo hablar unas palabras en privado con usted?

Pokofsky se excusó y salió de su camarote.

—¿Qué pasa?

—No los hemos encontrado —le anunció el oficial, incómodo.

Pokofsky se quedó callado un momento, encendió un cigarrillo, desafiando sus

propios reglamentos y dirigió al oficial una mirada de desaprobación.

—Entonces te sugiero que vuelvas a revisar el barco. Esta vez con más cuidado. Y fíjate bien en los pasajeros que estén en las cubiertas. Tal vez traten de mezclarse entre el gentío.

El primer oficial asintió y salió rápidamente. Pokofsky regresó a su camarote.

—¿Problemas? —le preguntó Ombrikov.

Antes de que pudiera contestar, sintió una ligera conmoción en el barco. Se quedó quieto durante quizá medio minuto, tenso y alerta, pero no pareció que pasara nada más.

Entonces, de pronto, el *Leonid Andreyev* fue sacudido por una violenta explosión que lo escoró hacia estribor, haciendo perder pie a la gente y enviando una ola convulsiva por todo el barco. Una inmensa lengua de luego salió del costado de babor del casco, haciendo llover restos encendidos de acero y petróleo sobre las cubiertas superiores. La explosión reverberó por encima del agua hasta que finalmente desapareció, dejando como secuela un silencio sobrenatural y una gruesa columna de humo negro que subió como un hongo hasta el cielo.

Lo que ninguno de los setecientos pasajeros y tripulantes sabía, lo que muchos de ellos jamás llegarían a saber, fue que los depósitos de combustible del barco habían hecho explosión, dejando un agujero, la mitad encima y la otra mitad debajo de la línea de flotación, por el que un torrente de petróleo inflamado se desparramaba por toda la embarcación, con llamas azules y verdes, aterrorizando a las víctimas, y cubriendo con un resplandor enceguedor las cubiertas de teca y propagándose con la velocidad de un incendio forestal.

Casi al instante, el *Leonid Andreyev* se transformó de un crucero de lujo en una pira ardiente que se hundía.

Pitt se sacudió y, atontado, se preguntó qué habría ocurrido. Durante el minuto entero que había durado la explosión, había permanecido boca abajo en la cubierta a la que lo había arrojado la fuerza de la conmoción, tratando de orientarse. Poco a poco se puso a cuatro patas. Después irguió su dolorido cuerpo agarrándose a un picaporte. Magullado, pero capaz aún de moverse, sin nada roto ni dislocado, se volvió para mirar a los demás.

Giordino estaba medio acurrucado y medio acostado a la entrada de la ducha. Lo último que recordaba era estar sentado en el camarote. En sus ojos había una expresión de sorpresa pero, al parecer, estaba ileso. Moran y Loren se habían caído de los camastros y yacían en el suelo. Los dos estaban mareados y seguramente durante dos semanas tendrían magulladuras. Fuera de eso, también estaban ilesos.

Larimer estaba acurrucado en el rincón más alejado del camarote. Pitt se le acercó y suavemente le levantó la cabeza. Tenía un golpe encima de la sien izquierda y un hilito de sangre le salía de uno de los labios cortados. Estaba inconsciente pero

respiraba con facilidad. Pitt le colocó una almohada debajo de la cabeza.

Giordino fue el primero en hablar.

—¿Qué le pasa?

—Sólo está desmayado —le contestó Pitt.

—¿Qué fue eso? —susurró Loren, mareada.

—Una explosión —respondió Pitt—. En algún lugar de la proa; tal vez en el cuarto de máquinas.

—¿Las calderas? —conjeturó Giordino.

—Las calderas modernas están construidas a prueba de explosiones.

—¡Dios mío! —exclamó Loren—. Aún me siguen zumbando los oídos.

Una extraña expresión asomó a la cara de Giordino. Sacó una moneda del bolsillo y la hizo rodar por la alfombra. En lugar de perder su impulso y describir círculos hasta caer de un lado, mantuvo su velocidad como llevada por una mano invisible, hasta golpear contra la pared más alejada.

—El barco está escorando —anunció, lisa y llanamente.

Pitt fue a abrir la puerta. El pasillo ya estaba lleno de pasajeros que salían a tropezones de sus camarotes y andaban sin ton ni son, aturcidos.

—Muy bien. Olvidemos el plan B —dijo.

Loren le dirigió una mirada interrogadora.

—¿El plan B?

—Mi idea de robar el barco cubano. No creo que consigamos asientos.

—¿De qué están hablando? —le preguntó Moran. Se levantó inseguro, apoyándose en una cama—. Un truco. Un truco barato para librarse de nosotros.

—Un truco bastante caro, en mi opinión —replicó airadamente Giordino—. La explosión debe haber dañado seriamente al barco. Evidentemente, está subiendo el agua.

—¿Nos hundimos? —preguntó, ansioso, Moran.

Pitt no le hizo caso y volvió a mirar otra vez a través de la puerta. La mayoría de los pasajeros actuaba con calma, pero algunos empezaron a gritar y llorar. Mientras miraba, el corredor quedó atestado de gente que, estúpidamente, llevaba en sus brazos pertenencias personales y maletas llenadas apresuradamente. Entonces percibió el olor a pintura quemada, seguido inmediatamente por una nube de humo. Cerró la puerta de golpe y empezó a sacar las mantas de las camas y arrojárselas a Giordino.

—Rápido, empápalas, y moja también todas las toallas que encuentres en la ducha.

Giordino lo miró con una expresión mortalmente seria e hizo lo que le había ordenado. Loren se arrodilló y trató de levantar la cabeza y los hombros a Larimer. El senador se quejó y abrió los ojos, mirándola como si tratara de reconocerla. Moran se encogió contra el mamparo, hablando consigo mismo.

Pitt hizo a un lado groseramente a Loren y puso a Larimer de pie, pasándole un brazo por el hombro. Giordino salió del baño y distribuyó las mantas y toallas empapadas.

—Muy bien, Al, ayúdame con el senador. Loren, tú sostén al diputado Moran y ponte detrás de mí. —Se interrumpió y miró a los demás—. Perfectamente, allá vamos.

Abrió la puerta y lo envolvió una muralla de humo que salía no se sabía de dónde.

Casi antes de que se disipara la explosión, el capitán Pokofsky se sacudió aturdido e incrédulo y corrió al puente. El joven oficial de guardia golpeaba desesperadamente el panel de mandos en medio de una dolorosa frustración.

—Cierra todas las puertas herméticas y pon en funcionamiento el sistema contra incendios —le gritó Pokofsky.

—¡No puedo! —exclamó, impotente—. ¡Hemos perdido toda la fuerza motriz!

—¿Y qué pasa con los generadores auxiliares?

—También están fuera de servicio. —La cara del muchacho mostraba un espanto nada disimulado—. Los teléfonos no funcionan. El ordenador está fuera de servicio. Nada responde. No podemos dar una alarma general.

Pkofsky salió corriendo del puente y miró la sección central. Momentos antes había habido música y alegría desenfadada. Ahora todo era un espectáculo de horror. La piscina y los puentes se habían convertido en hornos crematorios. Las más de doscientas personas tendidas al sol habían sido incineradas casi al instante por la marea de fuego. Algunos se habían arrojado a la piscina, para morir momentos más tarde, cuando tuvieron que sacar la cabeza en busca de aire. Otros se habían tirado al mar, con la ropa en llamas. Pokofsky se quedó enfermo y estupefacto a la vista de esta carnicería. Sabía, en el fondo de su corazón, que su barco estaba perdido. No había forma de detener el holocausto y el barco se escoraba más y más a medida que el mar arrojaba más agua en las entrañas del *Leonid Andreyev*. Volvió al puente.

—Da la orden de que abandonen el barco —dijo al oficial de guardia—. Los botes de babor se están incendiando. Carga a las mujeres y niños que puedas en los botes de estribor que aún estén intactos.

Mientras el oficial corría a cumplir la orden, apareció el jefe de maquinistas, Erik Kazinkin, sin aliento, por haber subido corriendo desde la sala de máquinas. Tenía chamuscadas las cejas y la mitad del pelo. Se le derretían las suelas de los zapatos, pero él parecía no darse cuenta. Tenía la mente entumecida de dolor.

—Infórmeme —le ordenó Pokofsky, con voz calma—. ¿Qué causó la explosión?

—Estalló el tanque de combustible —respondió Kazinkin—. Sólo Dios sabe por qué. La explosión afectó, además, al cuarto del generador de energía y al compartimiento con el generador auxiliar. Los cuartos de las calderas números dos y tres están inundados. Hemos podido cerrar a mano las compuertas de la sala de

máquinas, pero entra el agua en proporciones alarmantes. Y no tenemos energía para hacer funcionar las bombas... —Se encogió de hombros, derrotado, y no prosiguió.

Todas las posibilidades de salvar al *Leonid Andreyev* se habían evaporado. La única pregunta morbosa era si se incendiaría totalmente o se hundiría primero. Pocos sobrevivirían una hora más, aceptó Pokofsky, con fatal certeza. Muchos se ahogarían y muchos morirían quemados, incapaces de entrar en los pocos botes salvavidas que pudieran lanzarse al mar.

—Trae a tus hombres de abajo —ordenó Pokofsky—. Abandonad el barco.

—Gracias, capitán —dijo el jefe de los maquinistas, levantando una mano—. Buena suerte, capitán.

Se separaron y Pokofsky se dirigió a la sala de comunicaciones, en la cubierta inferior. El oficial lo miró desde la radio en el momento que el capitán traspasaba el umbral.

—Envía llamadas de socorro —le ordenó.

—Bajo mi responsabilidad, señor, decidí enviar señales de auxilio inmediatamente después de la explosión.

Pkofsky le puso una mano en el hombro.

—Gracias. —Después, con calma, le preguntó—: ¿Pudiste transmitir sin problemas?

—Sí, señor. Cuando se acabó la provisión de energía, puse en funcionamiento las baterías de emergencia. La primera respuesta llegó de un carguero coreano, a sólo diez millas al oeste.

—Gracias a Dios que alguien está cerca. ¿Ha habido otras respuestas?

—La Armada de los Estados Unidos en la bahía de Guantánamo responde con el envío de barcos y helicópteros de rescate. El único otro barco en un radio de cincuenta millas es un crucero noruego.

—Demasiado tarde para que llegue —replicó Pokofsky, pensativo—. Tendremos que basar nuestras esperanzas en los coreanos y en la Armada norteamericana.

Con la manta empapada envolviéndole la cabeza, Pitt tuvo que adivinar por dónde caminaba en el corredor, hasta encontrar la escalera impregnada de humo. En tres o cuatro ocasiones él y Giordino tuvieron que pasar por encima de los cuerpos de los pasajeros que habían muerto por asfixia.

Larimer se esforzaba por mantenerse de pie, mientras Loren y Moran andaban dando tumbos detrás, con las manos aferradas a los cinturones de Pitt y Giordino.

—¿Cuánto falta? —preguntó Loren, jadeando.

—Tenemos que subir cuatro cubiertas antes de llegar al aire libre, a la zona de paseo —respondió Pitt, resollando.

En el segundo descansillo encontraron una muralla de gente. La escalera estaba tan congestionada de pasajeros que luchaban por escapar del humo, que era imposible

dar un paso. La tripulación obraba con serenidad, tratando de dirigir esa ola humana hasta la cubierta de botes. Pero la calma pronto cedió al inevitable contagio del pánico, y quedaron atrapados bajo esa masa de cuerpos que gritaban, dominados por el terror.

—¡A la izquierda! —le gritó Giordino a Pitt, al oído—. El pasillo conduce a otra escalera que va a popa.

Confiando en su amigo, Pitt viró hacia el pasillo, empujando a Larimer. Por fin el senador consiguió proseguir la marcha por su propio pie. Para gran alivio de ellos, el humo disminuyó y la marea de terror de la gente se aplacó. Cuando, por fin, llegaron a la escalera de popa, la encontraron prácticamente vacía. Gracias a no haber seguido el instinto gregario, Giordino los condujo a una temporal seguridad.

Salieron a la luz de la cubierta de popa, donde estaba la cabina de observación. Tras unos momentos de descanso para aplacar los espasmos de la tos y limpiarse los doloridos pulmones con aire fresco, miraron con terror ese barco condenado.

El *Leonid Andreyev* tenía una inclinación de veinte grados hacia el lado de babor. Miles de litros de petróleo se habían derramado e incendiado en el mar. El agua que rodeaba el orificio producido por la explosión era una masa de fuego. Toda la sección central del barco era una antorcha ardiente. El tremendo calor llevaba las planchas de acero al rojo vivo, y las retorció en formas grotescas. La pintura blanca estaba cubierta de burbujas negras; las cubiertas de teca estaban casi quemadas y los cristales de los ojos de buey reventados como si los hubieran atacado a balazos.

Las llamas se extendían a una velocidad increíble a medida que la brisa del océano las llevaba al puente. La sala de comunicaciones había ardido ya y los oficiales murieron en sus puestos, incinerados ante su radio. El fuego y el humo ascendían por las pasarelas y los conductos de ventilación. El *Leonid Andreyev*, como todos los cruceros modernos, había sido diseñado y construido a prueba de incendios, pero ninguna planificación ni ninguna visión profética había podido predecir los devastadores resultados ocasionados por la explosión de un tanque de combustible que había convertido al barco en un soplete.

Aunque muchos pasajeros pudieron abrirse camino hasta las escaleras de arriba, más de un centenar yacía muerto abajo, algunos atrapados y quemados en sus camarotes, otros asfixiados por el humo en su intento de escapar. Los pocos que habían conseguido salir habían sido arrojados por las llamas hacia popa, lejos de los botes salvavidas.

Todos los esfuerzos de la tripulación por mantener el orden quedaron anulados por el caos. Los pasajeros quedaron librados a sus propios recursos, y nadie sabía qué hacer. Todos los botes salvavidas de babor estaban en llamas, y sólo tres pudieron bajarse del lado de estribor antes de que el incendio hiciera retroceder a la tripulación. Pero, tal como estaba la situación, los botes empezaban a arder apenas tocaban el

mar.

Ahora la gente comenzó a arrojarse al agua, como ratas que huyen del barco. La caída era casi de unos quince metros y algunos que tenían salvavidas cometieron el error de inflarlos antes de lanzarse por el costado, rompiéndose el cuello. Las mujeres estaban paralizadas de terror, demasiado asustadas para saltar. Los hombres maldecían, desesperados. En el agua, los que nadaban se lanzaron hacia los pocos botes salvavidas, pero quienes los tripulaban pusieron en marcha los motores y partieron en el acto, temerosos de hundirse por exceso de peso.

En la mitad de ese frenético drama, llegó el carguero. El capitán lo colocó a unos cien metros del *Leonid Andreyev* y arrió los botes lo más rápido que pudo.

Minutos después, aparecieron unos helicópteros de rescate de la marina norteamericana y empezaron a recoger a los supervivientes en el mar.

Loren contemplaba fascinada la ola de llamas que avanzaba.

—Deberíamos saltar —dijo, indecisa.

Pitt no le contestó enseguida. Estudió la inclinación de la cubierta y calculó que sería de unos cuarenta grados.

—No nos precipitemos —dijo, con una calma inexpresiva—. Las llamas no nos alcanzarán hasta dentro de diez minutos. Cuanto más se incline el barco hacia babor, tanto más corta será la distancia a saltar. Mientras tanto, sugiero que empecemos a tirar tumbonas por la borda, así esa pobre gente en el agua tendrá algo a qué aferrarse.

Sorprendentemente, Larimer fue el primero en reaccionar. Comenzó a juntar las tumbonas de madera con sus enormes brazos y arrojarlas por encima de las barandillas. Realmente, parecía un hombre feliz con lo que estaba haciendo. Moran se quedó acurrucado en un rincón, callado, evasivo, paralizado de miedo.

—Tenga cuidado de no pegarle a un nadador en la cabeza —le dijo Pitt a Larimer.

—No me atrevería —respondió éste, con una sonrisa cansada—. Podría perder su voto.

Cuando hubieron arrojado todas las tumbonas Pitt examinó la situación. El calor producido por la explosión aún era soportable. El fuego no alcanzaría a los que estaban apiñados en la cubierta de popa, al menos de momento. Se abrió paso entre la multitud hasta llegar otra vez a la barandilla de babor. Las olas se mecían a sólo siete metros de distancia.

—Ayudemos a esa gente —dijo a Giordino. Después, haciendo bocina con las manos, se volvió y gritó con toda la fuerza de sus pulmones—: ¡No hay tiempo que perder! ¡Tírense y naden o morirán!

Varios hombres obedecieron la indicación, tomaron las manos de sus esposas, corrieron hasta la barandilla y se lanzaron. Después siguieron tres chicas adolescentes, que sin ninguna vacilación se zambulleron limpiamente en las olas azul verdosas.

—¡Naden hasta una tumbona y apóyense en ella! —instruía repetidamente Giordino.

Pitt separó a las familias en grupos y mientras Loren alentaba a los niños, él se dedicaba a dar instrucciones a los padres para que saltaran y se aferraran a una tumbona que flotara. Después tomó de las manos a los niños, los colgó de la barandilla lo más abajo que pudo y los dejó caer, diciéndoles que contuvieran el aliento hasta que la madre o el padre los remolcaran hasta un punto de apoyo.

La enorme cortina de fuego se acercaba cada vez más, y resultaba difícil respirar. Era como si estuvieran ante un horno abierto. Un cálculo aproximado indicó a Pitt que sólo quedaban treinta personas.

Cuando hubo saltado el último, Pitt miró a Loren.

—Te toca a ti —le dijo.

—Todos a la vez —replicó ella en una muestra de femenina resolución.

Pitt miró hacia abajo para asegurarse de que el agua estaba despejada. Larimer se encontraba tan débil que apenas pudo levantar las piernas por encima de la baranda. Giordino le dio una mano mientras Loren se lanzaba cogiendo a Moran del brazo. Pitt los miró con ansiedad hasta que se alejaron nadando, admirando la fortaleza de Loren, que gritaba palabras de aliento a Larimer a la vez que remolcaba por el cuello a Moran.

—Mejor será que les des una mano —dijo Pitt a Giordino.

El consejo no era necesario. Giordino se lanzó al agua antes de que su amigo agregara una palabra más.

Pitt echó una última mirada al *Leonid Andreyev*. El aire reverberaba con las oleadas de calor mientras las llamas salían por todas las aberturas. La inclinación pasaba ya los cincuenta grados y el final se hallaba próximo. Ya asomaba por encima del agua la hélice de estribor y el vapor silbaba en blancas nubes que se retorcían a lo largo de la línea de flotación.

Se disponía a saltar cuando se quedó rígido de asombro. Por el rabillo del ojo vio asomar un brazo por el ojo de buey de un camarote, a unos quince metros. Sin vacilar, recogió de la cubierta una de las mantas empapadas, se la puso en la cabeza y cubrió la distancia en siete zancadas. Una voz, en el camarote, pedía socorro. Miró hacia adentro y vio la cara de una mujer con los ojos abiertos de terror.

—¡Dios mío! ¡Por favor, ayúdenos!

—¿Cuántos son?

—Yo y dos criaturas.

—Páseme los niños.

La cara desapareció, e inmediatamente un niño de unos seis años pasó por el estrecho ojo de buey. Pitt se lo puso entre las piernas, cubriendo su cuerpo y el del niño con la manta. Después le siguió una niña, de no más de tres años. Por increíble que parezca, estaba profundamente dormida.

—Deme la mano —ordenó a la mujer, sintiendo en su corazón que no había esperanzas.

—¡No puedo pasar! —exclamó la mujer—. La abertura es demasiado estrecha.

—¿Hay agua en el lavabo?

—No tiene presión.

—¡Desnúdese! —le gritó, desesperado—. Use sus cosméticos. Úntese el cuerpo con cremas.

La mujer asintió y desapareció en el interior. Pitt se volvió y, poniéndose un niño debajo de cada brazo, se precipitó hacia la baranda. Con gran alivio vio a Giordino

que nadaba en el agua, mirando hacia arriba.

—¡Al! —le gritó—. ¡Agárralos!

Si Giordino se sorprendió al ver a Pitt con dos niños en brazos, no lo demostró. Estiró los brazos y los agarró con tanta facilidad como si fueran pelotas de fútbol.

—¡Salta! —le gritó a Pitt—. El barco se hunde.

Sin entretenerse en contestarle, Pitt regresó al ojo de buey. Comprendió que salvar a la madre era un acto de desesperación. Pero no quiso pensar conscientemente. Sus movimientos parecían pertenecer a otro hombre, a un completo extraño.

El aire estaba tan caliente y era tan seco que el sudor se evaporaba antes de salir de los poros. El calor de la cubierta penetraba a través de las suelas de sus zapatos. Estuvo a punto de caerse cuando el barco se estremeció antes de escorar aún más. Era la agonía final, antes de hundirse en las profundidades del océano.

De pronto se encontró arrodillado contra la pared inclinada del camarote, tratando de llegar al ojo de buey. Un par de manos lo tomaron de las muñecas y él tiró. Los hombros y los senos de la mujer se apretaron al pasar por la abertura. Dio otro tirón y consiguió hacerle pasar las caderas.

Las llamas subían lamiéndole la espalda. La cubierta cedía bajo sus pies. Agarró a la mujer por la cintura y la sacó del camarote, mientras el *Leonid Andreyev* se mecía con las hélices retorcidas fuera del agua, describiendo un arco en dirección al sol.

Una violenta ráfaga de agua los barrió, y quedaron girando como muñecos en un remolino. Pitt agitó enérgicamente su mano libre y los pies, luchando por ascender, viendo cómo la brillante superficie pasaba del verde al azul con mortal lentitud.

La sangre le latía en las sienes y sentía los pulmones como si estuvieran llenos de avispas furiosas. Un débil velo de negrura empezó a nublarle la visión. Sentía bajo su brazo el flácido cuerpo de la mujer como un peso indeseado que le impedía avanzar. Utilizó las últimas partículas de oxígeno y un espectáculo de pirotécnica surgió en su mente. Uno de esos estallidos se convirtió en una brillante bola anaranjada que se expandió hasta explotar en un relámpago zigzagueante.

Cuando llegó a la superficie, volvió la cara hacia el sol vespertino. Agradecido, inhaló grandes bocanadas de aire, lo suficiente como para disipar esa negrura y mitigar los golpes y los agujones en los pulmones. Luego rodeó el abdomen de la mujer y lo apretó fuerte varias veces, obligándola a sacar el agua salada por la garganta. La mujer se convulsionó y empezó a tener arcadas, seguidas por ataques de tos. Sólo cuando su respiración se normalizó y emitió unos gruñidos, Pitt miró a su alrededor buscando a los demás.

Giordino nadaba hacia él, empujando una tumbona. Los dos niños estaban sentados encima inmunes a la tragedia que los rodeaba, riéndose de las muecas que les hacía Giordino.

—Ya estaba empezando a preguntarme si por fin ibas a aparecer —le dijo Giordino.

—Mala hierba nunca muere —replicó Pitt, manteniendo a flote a la madre hasta que se recuperara lo suficiente para aferrarse a la silla.

—Me ocuparé de ellos —le dijo Giordino—. Será mejor que ayudes a Loren. Creo que el senador la ha palmado.

Pitt sentía como si tuviera plomo en los brazos y estaba entumecido por el agotamiento. Pero nadó con brazadas rápidas hasta llegar a la tumbona que servía de apoyo a Loren y a Larimer.

Con la cara gris y los ojos tristes, Loren sostenía la cabeza del senador fuera del agua. Pitt vio, con profunda pena, que los esfuerzos de Loren eran inútiles: Larimer jamás volvería a sentarse en el Senado. Tenía la piel moteada y de color violeta. Había luchado hasta el final, pero medio siglo de vida intensa se cobraba, inevitablemente, su pagaré. Su corazón había ido más allá de sus límites y, al final, había abandonado.

Suavemente, Pitt retiró las manos de Loren del cuerpo del senador y lo apartó. Ella lo miró como si fuera a objetar; pero después se volvió, incapaz de mirar cómo Larimer marchaba a la deriva, mecido por el mar.

—Se merece un funeral oficial —le dijo Loren, con una voz que era un susurro áspero.

—No importa, mientras sepan que murió como un hombre.

Loren pareció aceptar esa idea. Apoyó la cabeza en el hombro de Pitt y lloró. Las lágrimas se le mezclaban en las mejillas con el agua salada.

Pitt miró a su alrededor y preguntó:

—¿Dónde está Moran?

—Lo recogió un helicóptero de la Armada.

—¿Te ha abandonado? —le preguntó, incrédulo.

—La tripulación dijo que sólo había lugar para uno.

—De modo que el ilustre Presidente de la Cámara de Diputados dejó a una mujer auxiliando a un moribundo mientras él se ponía a salvo.

La indignación recorrió su cuerpo como una llama fría. Acarició la idea de asestar un puñetazo en la cara de hurón de Moran.

El capitán estaba sentado en la cabina del bote, tapándose los oídos para que no le llegaran los terribles gritos de la gente que se ahogaba ni los alaridos de los que sufrían los dolores de las quemaduras. No se atrevía a mirar el indescriptible horror ni a contemplar cómo el *Leonid Andreyev* se precipitaba en el lecho marino, a dos mil brazas de profundidad. Era un muerto viviente.

Miró a Geidar Ombrikov con ojos vidriosos y apáticos.

—¿Por qué me salvó? ¿Por qué no me dejó morir con mi barco?

Ombrikov veía claramente que Pokofsky era presa de un terrible shock, pero no sentía pena por él. La muerte era un elemento que le habían enseñado a aceptar al agente de la KGB. Su deber estaba por encima de cualquier sentido de la compasión.

—No tengo tiempo para los rituales del mar —le respondió, fríamente—. El noble capitán, de pie en el puente, saludando la bandera mientras el barco se hunde... una sarta de tonterías.

La Seguridad del Estado lo necesita, Pokofsky, y yo necesito que identifique a los diputados norteamericanos.

—Probablemente ya estén muertos —le dijo, en voz baja y como desde lejos.

—Entonces tendremos que demostrarlo —le espetó, groseramente—. Mis superiores nos van a exigir una identificación efectiva de sus cadáveres. Ni por asomo debemos descuidar la posibilidad de que aún estén con vida en el agua.

Pkofsky se cubrió la cara con las manos, tiritando.

—No puedo...

Antes de que pudiera terminar, Ombrikov lo puso en pie de un tirón y lo llevó al exterior.

—¡Maldito sea! ¡Búsquelos!

Pkofsky apretó las mandíbulas y miró la espantosa realidad de los restos flotantes y los centenares de hombres, mujeres y niños que luchaban desesperadamente. Ahogó un ruido profundo dentro de él. Tenía la cara blanca.

—¡No! —gritó. Saltó por la borda tan rápida e inesperadamente que ni Ombrikov ni nadie de la tripulación pudo impedirlo. Se zambulló y siguió hundiéndose hasta que su blanco uniforme se perdió de vista lejos de la superficie.

Los botes del carguero recogían a los supervivientes lo más rápido que podían, llenando pronto su capacidad y descargando ese contingente humano antes de regresar al centro del naufragio para continuar el rescate. El mar estaba plagado de restos de todas clases, cadáveres de todas las edades y cuerpos que aún luchaban por vivir. Afortunadamente el agua estaba tibia, y no se había materializado la amenaza de los tiburones.

Un bote se acercó a Giordino. Y éste ayudó a la madre y a sus dos hijos a subir a bordo. Después se encaramó a bordo y le indicó al timonel que fuera en dirección a Pitt y Loren, los últimos que quedaban en el agua.

Cuando el bote se puso junto a ellos, Pitt levantó una mano, saludando al hombre bajo y rechoncho que se inclinaba sobre la borda.

—¡Hola! —le dijo Pitt con una sonrisa irónica—. Encantados de verle.

—Y yo encantado de poder prestar un servicio —respondió el camarero con el que Pitt se había cruzado en el ascensor del *Leonid Andreyev*. También él sonreía, mostrando una brecha en sus dientes superiores.

El hombre estiró la mano, agarró a Loren por las muñecas y, sin ningún esfuerzo,

la sacó del agua poniéndola en el bote. Pitt le tendió la mano también, pero el camarero hizo caso omiso de él.

—Lo siento —le dijo—, ya no cabe.

—¿Qué... qué está diciendo? —preguntó Pitt—. El barco está medio vacío.

—No le quiero a bordo de mi barco.

—¡Pero si ni siquiera es suyo!

—¡Oh, claro que sí!

Pitt lo miró con absoluta incredulidad. Después se volvió poco a poco y echó una mirada al carguero. El nombre en la amura de estribor era *Chalmette*, pero la inscripción a los costados de los contenedores de la cubierta principal decía «Bougainville». Pitt sintió como si le hubieran dado una patada en el estómago.

—Nuestro encuentro es una circunstancia afortunada para mí, señor Pitt, pero creo que una desgracia para usted.

Pitt miró fijamente al camarero.

—¿Me conoce usted?

La sonrisa irónica se convirtió en una expresión de odio y desprecio.

—Demasiado bien. Su intromisión le ha costado muy cara a la Compañía Marítima Bougainville.

—Dígame quién es usted —le preguntó Pitt, a fin de ganar tiempo mientras miraba desesperadamente al cielo en busca de un helicóptero de rescate de la Armada.

—Me parece que no le daré esa satisfacción —respondió el camarero, con tanto calor como un refrigerador.

Incapaz de oír la conversación, Loren tiró del brazo del camarero.

—¿Por qué no le deja subir a bordo? ¿Qué está esperando?

El hombre se volvió y le dio un bofetón salvaje que la hizo caer hacia atrás, frente a dos de los rescatados que miraban estupefactos de sorpresa.

Giordino, en la popa del bote, corrió hacia adelante. Un marinero cogió un fusil de debajo de su asiento y le pegó un golpe en el estómago con la culata. Giordino se quedó con la boca abierta, jadeando en busca de aire, y perdió pie, cayendo sobre la borda del bote, con los brazos arrastrándose por el agua.

Los labios del camarero se tensaron y en sus suaves facciones amarillas era imposible leer ninguna expresión. Sólo sus ojos brillaban de maldad.

—Gracias por su colaboración, señor Pitt. Gracias por haber venido tan amablemente a mí.

—¡Váyase a la mierda! —le gritó Pitt, en actitud desafiante. El camarero levantó un remo sobre su cabeza.

—*Bon voyage*, Dirk Pitt.

Bajó el remo y le dio un golpe seco en el lado derecho del pecho, mandándolo

bajo el agua. El aire se le escapó de los pulmones y sintió un dolor punzante en su caja torácica. Volvió a emerger y levantó el brazo izquierdo por encima de la cabeza para parar el próximo e inevitable golpe. Pero fue demasiado tarde. El remo que el camarero tenía en las manos le bajó de un golpe el brazo extendido y cayó con todo su peso sobre su cabeza.

El cielo azul se fue volviendo negro a medida que Pitt perdía la conciencia. Quedó flotando a la deriva bajo el bote salvavidas, hasta que se perdió de vista.

La esposa del Presidente entró en el estudio, dio las buenas noches a su marido con un beso y se fue a la cama. El primer magistrado de la nación estaba examinando un montón de estadísticas sobre los últimos pronósticos económicos. Después de casi tres horas, se quitó las gafas y durante un rato cerró sus fatigados ojos.

Cuando volvió a abrirlos ya no estaba en su despacho de la Casa Blanca sino en una pequeña habitación gris de techo alto y sin ventanas.

Se frotó los ojos y miró una vez más, pestañeando ante la monótona luz.

Seguía en ese cuarto gris, sólo que ahora se encontró sentado en un duro sillón de madera, con los tobillos atados a las patas y las manos a los brazos.

Un miedo violento le recorrió el cuerpo y llamó a gritos a su mujer y a los guardias del Servicio Secreto. Pero la voz no era la suya. Tenía un sonido distinto, más profundo, más áspero.

Al instante se abrió una puerta y entró un hombre pequeño, con cara delgada e inteligente. Sus ojos tenían una mirada sombría y divertida y en la mano llevaba una jeringa.

—¿Cómo estamos hoy, señor Presidente? —le preguntó cortésmente.

Por extraño que pareciera, las palabras fueron pronunciadas en un idioma extranjero, pero el Presidente las entendió perfectamente. Después se oyó a sí mismo repetir a gritos:

—Soy Oskar Belkaya. No soy el Presidente de los Estados Unidos. Soy Oskar...

Se interrumpió cuando el intruso le clavó la aguja en el brazo.

El hombre no perdió ni un solo momento su expresión divertida, como si la tuviera pegada con cola. Hizo una señal con la cabeza hacia la puerta y entró otro hombre, con un uniforme de prisionero gris pardusco, que dejó un magnetófono sobre la espartana mesa de metal que estaba atornillada al suelo. Enchufó el aparato a una toma fijada a la superficie de la mesa y se fue.

—De esta manera no tirará al suelo su lección, señor Presidente —le dijo el hombre flaco—. Espero que la encuentre interesante.

Después puso en marcha el magnetófono y salió de la habitación.

El Presidente luchó por librarse del terror de esa pesadilla. Sin embargo, todo parecía demasiado real para ser un sueño fantástico. Hasta podía oler su propio sudor, sentir el dolor que las ataduras le causaban en la piel y el eco de sus gritos de frustración en las paredes. La cabeza le cayó sobre el pecho y empezó a sollozar incontrolablemente mientras en el magnetófono se repetía, sin parar, el mensaje. Cuando, al final, pudo recuperarse lo suficiente, irguió la cabeza como si levantara un peso considerable y miró a su alrededor.

Estaba sentado en su estudio de la Casa Blanca.

El Secretario Oates atendió la llamada de Dan Fawcett en su línea privada.

—¿Cómo está la situación por ahí? —le preguntó, sin derrochar palabras.

—Crítica —respondió Fawcett—. Hay guardias armados por todas partes. No he visto tantas tropas desde que estuve en el Quinto Regimiento de Marina en Corea.

—¿Y el Presidente?

—Lanzando órdenes como una ametralladora Gatling. No quiere escuchar ningún consejo de sus ayudantes, incluido yo. Cada vez resulta más difícil llegar a él. Hace dos semanas prestaba toda su atención a puntos de vista opuestos o a comentarios objetivos. Ahora no. Si no estás de acuerdo con él, te echa. Megan Blair y yo somos los únicos que aún podemos entrar en su despacho, y mis días están contados. Me voy a largar antes de que se hunda el techo.

—Quédate —le dijo Oates—. Será mejor para todos los que estamos preocupados por la situación que tú y Oscar Lucas permanezcáis cerca del Presidente. Sois la única línea de comunicación que tenemos con la Casa Blanca.

—No va a funcionar.

—¿Por qué?

—Por lo que acabo de decir. Aunque me quede, me va a liquidar. Mi nombre está cada vez más arriba en la lista de enemigos del Presidente.

—Entonces vuelve a recuperar sus favores —ordenó Oates—. Arrástrate hasta su trasero y aguanta todo lo que te diga.

Representa el papel del hombre que dice siempre que sí y envíanos informes minuto a minuto de todas las cosas que haga.

Se produjo un largo silencio.

—De acuerdo. Haré lo que pueda para teneros informados.

—Y avisa a Óscar Lucas que se mantenga alerta. Vamos a necesitarlo.

—¿Puedo preguntar qué está pasando?

—Todavía no —le respondió Oates suavemente.

Fawcett no insistió. Cambió de tema.

—¿Sabes cuál es la última idea genial del Presidente?

—¿Mala?

—Malísima —corrigió Fawcett—. Habla de retirar todas las fuerzas militares de la alianza con la OTAN.

Oates apretó el teléfono hasta que los nudillos se le quedaron de color marfil.

—Hay que evitarlo —le respondió, sombríamente pero con tono inflexible.

La voz de Fawcett sonó distante.

—El Presidente y yo hemos trabajado juntos mucho tiempo; pero, en interés de la nación, estoy de acuerdo.

—Mantente en contacto con nosotros.

Oates colgó el teléfono, hizo girar su sillón y miró por la ventana, perdido en sus

pensamientos.

Al final iba a tener que tomar las riendas del gobierno, pensó con amargura. Sabía bien que en los últimos treinta años todos los Presidentes habían sido calumniados por acontecimientos que habían escapado a su control. Por más santo o intelectualmente brillante que fuera el próximo Presidente, sería lapidado por una burocracia inamovible y una prensa cada vez más hostil. Y Oates no quería convertirse en blanco de las piedras.

Lo sacó de esas divagaciones el apagado zumbido del intercomunicador.

—El señor Brogan y otro caballero quieren verle.

—Que pasen —contestó. Se levantó para dirigirse a la mesa cuando entró Brogan. Se estrecharon brevemente las manos y Brogan le presentó al hombre que le acompañaba como el doctor Raymond Edgely.

Acertadamente, Oates lo calificó enseguida como un académico. El corte de pelo, a cepillo, pasado de moda, y la pajarita, sugerían que raras veces se había ausentado de los claustros universitarios. Edgely era delgado y esbelto, con una barba desordenada como alambre espinoso y unas cejas erizadas y cepilladas hacia arriba, como de Mefistófeles.

—El doctor Edgely es el director de *Fathom* —explicó Brogan—, el proyecto especial de la CÍA que estudia las técnicas de control mental en la Universidad Greeley de Colorado.

Oates les invitó a sentarse en el sofá, y él tomó asiento en un sillón frente a una mesa baja de mármol.

—Acabo de recibir una llamada de Dan Fawcett. El Presidente piensa retirar nuestras tropas de la OTAN.

—Otra evidencia que viene a darnos la razón —dijo Brogan—. Sólo los rusos saldrían ganando con esa operación.

Oates se dirigió a Edgely:

—¿Le ha explicado Martin las sospechas que tenemos sobre la conducta del Presidente?

—Sí; el señor Brogan me ha informado.

—¿Y cuál es su impresión? ¿Puede obligarse al Presidente a convertirse en un traidor involuntario?

—Admito que las actitudes del Presidente demuestran un cambio radical de su personalidad. Pero, a menos que podamos someterlo a una serie de pruebas, no hay modo de establecer con certeza si su cerebro sufre una alteración o está dominado desde el exterior.

—Jamás consentirá en ser examinado —manifestó Brogan.

—Este es el problema —puntualizó Edgely.

—Cuéntenos, por favor —pidió Oates— cómo cree usted que se llevó a cabo la

transferencia mental del Presidente...

—Si es eso a lo que realmente nos enfrentamos —empezó el doctor—, el primer paso es aislar a la persona en una cámara como en un seno materno durante un determinado tiempo, fuera de toda influencia sensorial. En esta secuencia se estudian sus esquemas cerebrales, se analizan y descifran en un lenguaje que pueda programarse y traducirse por medio de ordenadores. El paso siguiente es implantar, en este caso, un microchip con los datos deseados y después injertarlo en el cerebro del sujeto por medio de la psicocirugía.

—Tal como lo cuenta usted, es tan fácil como una extirpación de amígdalas —dijo Oates.

Edgely se rió.

—Desde luego, lo he condensado y simplificado al máximo; en realidad, los procedimientos son increíblemente delicados y complicados.

—¿Y qué pasa después que se ha injertado el microchip?

—Debería haber mencionado que una parte del injerto es un minúsculo transmisor/receptor que actúa por impulsos eléctricos del cerebro y puede enviar esquemas mentales y otras funciones corporales a un ordenador central que los refleja en una pantalla que puede estar tan lejos como Hong Kong.

—O Moscú —agregó Brogan.

—¿Y no en la embajada soviética, aquí en Washington, como tú sugerías? —preguntó Oates, mirando a Brogan.

—Creo que puedo contestar a eso —se ofreció Edgely—. Para la tecnología de las comunicaciones, ciertamente es posible transmitir datos de un sujeto vía satélite a Rusia, pero si yo estuviera en lugar del Dr. Lugovoy instalaría mi pantalla cerca, a fin de poder observar los resultados de las acciones del Presidente de forma directa. Lo cual me permitiría una respuesta más rápida si debo enviar nuevas órdenes a su cerebro en caso de acontecimientos políticos inesperados.

—¿Puede Lugovoy perder su control sobre el Presidente?

—Si el Presidente deja de pensar y actuar por sí mismo, rompe sus lazos con su mundo normal. Entonces podría apartarse de las instrucciones de Lugovoy y adoptar decisiones extremas.

—¿Es por eso por lo que ha puesto en marcha tantos programas revolucionarios con tanta prisa?

—No lo puedo decir —respondió Edgely—. Todo lo que sé es que está respondiendo con precisión a las órdenes de Lugovoy. Sin embargo, sospecho que la cosa se irá complicando cada vez más.

—¿En qué sentido?

—Los informes suministrados por los agentes del señor Brogan en Rusia señalan que Lugovoy ha intentado experimentos con prisioneros políticos, transfiriendo el

fluido de sus hipocampos (una estructura en el sistema límbico del cerebro que conserva nuestros recuerdos) a los de otros pacientes.

—Una inyección de memoria —susurró Oates maravillado—. Entonces, realmente, existe un Dr. Frankenstein.

—La transferencia de la memoria es un asunto delicado —continuó Edgely—. No se pueden predecir con certeza los resultados finales.

—¿Cree usted que Lugovoy realizó este experimento con el Presidente?

—Detesto decir que sí, pero con sus conocimientos podría haber estado programando durante meses a algún pobre prisionero ruso, incluso durante años, con miras a promover la política soviética y luego haber trasplantado el fluido del hipocampo al cerebro del Presidente, como un apoyo para el injerto.

—Y con un tratamiento apropiado —preguntó Oates—, ¿podría regresar a la normalidad, el Presidente?

—¿Quiere decir que su mente volviera a ser como era antes?

—Algo así.

Edgely sacudió la cabeza.

—Ningún tratamiento conocido reparará el daño. El Presidente quedará para siempre obsesionado con la memoria del otro.

—¿Y no podría usted extraer el fluido de su hipocampo?

—Entiendo lo que quiere decir, pero al borrar los esquemas de pensamientos externos borraríamos también los recuerdos propios —hizo una pausa—. No; lamento decirlo. Los esquemas de conducta del Presidente han sido alterados en forma irrevocable.

—Entonces... habrá que relevarlo de su cargo... para siempre.

—Esto es sin duda lo que yo recomendaría —respondió Edgely sin vacilar.

Oates se recostó en el sillón y unió las manos encima de la cabeza.

—Gracias, doctor. Nos ha reafirmado usted en nuestra decisión.

—Por lo que he oído, nadie puede entrar en la Casa Blanca.

—Si los rusos pudieron secuestrarlo —dijo Brogan—, no veo la razón por la que no podamos hacer lo mismo. Pero antes que nada debemos desconectarlo del Dr. Lugovoy.

—¿Me permiten una sugerencia?

—Adelante.

—Existe una excelente oportunidad para modificar la situación a favor nuestro.

—¿Cuál?

—En lugar de cortar las señales que recibe de su cerebro, ¿por qué no sintonizar su frecuencia?

—¿Para qué?

—Para que podamos alimentar las transmisiones en nuestro propio equipo de

monitores. Si nuestros ordenadores pueden recibir datos suficientes, digamos en un plazo de cuarenta y ocho horas, estaremos en condiciones de ocupar el lugar del cerebro del Presidente.

—Un sustituto para alimentar a los rusos con falsa información —dijo Brogan, exultante ante la sugerencia de Edgely.

—¡Exactamente! —exclamó éste—. Como ellos tienen motivos para creer en la validez de los datos que reciben del Presidente, podemos llevar al espionaje soviético por el camino que ustedes elijan.

—Me gusta la idea —opinó Oates—. Pero el problema está en si podemos disponer de cuarenta y ocho horas. No hay modo de predecir lo que el Presidente hará en ese tiempo.

—El riesgo lo vale —afirmó Brogan.

Alguien golpeó en la puerta y la secretaria de Oates asomó la cabeza.

—Lamento interrumpir, pero hay una llamada urgente para el señor Brogan.

Brogan se levantó inmediatamente, cogió el teléfono de la mesa de Oates y apretó el botón.

—Aquí Brogan.

Permaneció escuchando en silencio durante casi un minuto. Después colgó y miró a Oates.

—Alan Moran, el Presidente de la Cámara de Diputados, acaba de aparecer con vida en la base de Guantánamo —dijo lentamente.

—¿Y Margolin?

—No se sabe nada.

—¿Y Larimer?

—El senador Larimer ha muerto.

—¡Dios mío! —exclamó Oates con un quejido—. Eso significa que Moran podría ser nuestro próximo Presidente. No puedo pensar en un hombre más carente de escrúpulos y peor capacitado que él para el cargo.

—Un ladronzuelo en la Casa Blanca —comentó Brogan—. No es una idea muy agradable.

Pitt estaba convencido de que había muerto. No había razón para no estarlo. Y, sin embargo, no veía ninguna luz cegadora al final del túnel, ni caras de amigos y parientes muertos antes que él. Se sentía como si estuviera durmiendo en su casa, en su propia cama. Y Loren estaba a su lado, con el pelo cayéndole como una cascada sobre la almohada, el cuerpo apretado contra el suyo, los brazos en torno a su cuello, abrazándolo con fuerza, negándose a que se fuera a la deriva. La cara de ella parecía resplandecer y sus ojos violetas miraban fijamente a los suyos. Pitt se preguntó si no habría muerto también ella.

De pronto Loren dejó de abrazarlo y empezó a desvanecerse, alejándose, cada vez más pequeña, hasta que desapareció del todo. Una pálida luz se filtró por sus párpados cerrados y oyó unas voces distantes. Lentamente, como haciendo el esfuerzo de levantar pesas de cincuenta kilos, Pitt abrió los ojos. Al principio creyó que estaba mirando una superficie plana y blanca. Después, a medida que su mente cruzaba el umbral de la inconsciencia, se dio cuenta de que realmente estaba mirando una superficie plana y blanca.

Era un techo.

Una extraña voz dijo:

—Está recuperando el conocimiento.

—Se necesitan más de tres costillas rotas, una conmoción cerebral y unos cuantos litros de agua de mar para matarlo.

No había confusión posible con esa voz lacónica.

—Lo que más temía —pudo susurrar Pitt—. Estoy en el infierno y he conocido al diablo.

—Ya ve cómo habla de su mejor y único amigo —dijo Al Giordino a un médico con uniforme naval.

—Está en buen estado físico —diagnosticó el doctor—. Se recuperará con rapidez. Quedará como nuevo.

—Perdonen esta pregunta tan mundana —dijo Pitt— pero, ¿dónde estoy?

—Bienvenido al Hospital Naval de la base norteamericana de Guantánamo —respondió el médico—. Usted y el señor Giordino fueron rescatados por uno de nuestros helicópteros.

—¿Estás bien? —preguntó Pitt a Giordino, clavando sus ojos en él.

—Tiene un hematoma del tamaño de un melón en el estómago, pero sobrevivirá —dijo el doctor, sonriendo—. A propósito, tengo entendido que él le salvó la vida.

Pitt disipó la niebla en su mente y procuró recordar.

—El camarero del *Leonid Andreyev* estuvo jugando a béisbol con mi cabeza...

—Te hundió bajo el bote con un remo —explicó Giordino—. Yo me deslicé por el

costado, nadé bajo el agua hasta que te tomé de un brazo y te llevé a la superficie. El camarero también me había golpeado, pero nos salvó la oportuna llegada de un helicóptero de la marina, cuya tripulación se lanzó al agua y nos ayudó a subir a bordo.

—¿Y Loren?

Giordino desvió la mirada.

—Figura como desaparecida.

—¡Desaparecida un cuerno! —estalló Pitt. Hizo una mueca al sentir un súbito dolor en el pecho cuando se apoyó en los codos—. Los dos sabemos que estaba viva a bordo del bote salvavidas.

Una mirada solemne nubló la cara de Giordino.

—Su nombre no figura en la lista de supervivientes que dio el capitán del barco.

—¡Un barco de la Bougainville! —exclamó Pitt, a medida que afluían sus recuerdos—. El oriental que trató de rompernos la cabeza señaló el...

—*Chalmette* —le recordó su amigo.

—Sí, el *Chalmette*, y dijo que le pertenecía. También sabía mi nombre.

—Se supone que los camareros recuerdan los nombres de los pasajeros. Él te conocía como Charlie Gruber, del camarote 34.

—No; me acusó directamente de entrometerme en los asuntos de la Bougainville, y sus últimas palabras fueron «*Bon voyage, Dirk Pitt*».

Giordino encogió los hombros, perplejo.

—No tengo ni idea de cómo podía saber tu nombre. Pero, ¿por qué un hombre de la Bougainville trabajaba como camarero en un crucero ruso?

—No lo puedo adivinar.

—¿Y por qué habría mentido sobre el rescate de Loren?

Pitt se limitó a sacudir imperceptiblemente la cabeza.

—Entonces está prisionera de los Bougainville —manifestó Giordino, como si de pronto se le aclarara todo—. Pero, ¿por qué?

—Sigues haciendo preguntas que no puedo contestar —replicó Pitt, irritado—. ¿Dónde está ahora el *Chalmette*?

—Se dirige a Miami, para desembarcar a los naufragos.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Unas treinta y dos horas —respondió el médico.

—Aún queda tiempo —dijo Pitt—. Faltan todavía varias horas para que el *Chalmette* llegue a la costa de Florida.

Se incorporó hasta quedar sentado y sacó las piernas de la cama. La habitación empezó a subir y a bajar.

El médico se acercó y lo sujetó por los brazos.

—Confío en que no esté pensando en irse a ningún lado.

—Espero estar en el muelle cuando el *Chalmette* llegue a Miami —le respondió, implacablemente.

Una mirada firme y seria, de profesional, asomó en los ojos del doctor.

—Usted se quedará en cama cuatro días más. No puede viajar con las costillas fracturadas, y aún no sabemos si su conmoción es grave.

—Lo siento, doctor —le dijo Giordino— pero otros ya han decidido por ustedes dos.

Pitt lo miró, petrificado.

—¿Quién me va a detener?

—En primer lugar, el almirante Sandecker. Y en segundo lugar, el Secretario de Estado Doug Oates —respondió, en un tono tan pausado como si estuviera leyendo las cotizaciones de la bolsa del día—. Han llegado órdenes de Washington para que vayas hacia allí al minuto siguiente de haber recobrado el sentido. Según parece, estamos en un lío mayúsculo. Tengo el presentimiento de que metimos la pata cuando descubrimos al diputado Moran y al senador Larimer prisioneros en un barco soviético.

—Pueden esperar hasta que haya inspeccionado el *Chalmette* y encontrado a Loren.

—De eso me ocupo yo. Tú irás a la capital mientras yo voy a Miami y me hago pasar por inspector de aduanas. Ya está todo arreglado.

Tranquilizado hasta cierto punto, Pitt se tumbó otra vez en la cama.

—¿Y qué pasó con Moran?

—No pudo esperar más —contestó Giordino, furioso—. Le pidió a la Armada que dejara todo y lo llevara a los Estados Unidos en avión apenas llegó a tierra. Tuve un encontronazo con él en el pasillo del hospital después de que le hicieran una revisión. Estuve a punto de clavarle la nariz en el gástrico. El canalla no demostró el menor interés por Loren y pareció encantado cuando le dije que Larimer había muerto.

—Tiene una tendencia natural a abandonar a los que lo ayudan —agregó Pitt, con asco.

Un ordenanza trajo una silla de ruedas y, ayudado por Giordino, sentó a Pitt en ella. Un gruñido se le escapó de los labios cuando un dolor lacerante le desgarró el pecho.

—Se va usted en contra de mi voluntad —dijo el médico—. Quiero que eso quede bien claro. No le aseguro que no se presenten complicaciones si se esfuerza demasiado.

—Queda liberado de toda responsabilidad, doctor —contestó Pitt sonriendo—. No diré a nadie que he sido su paciente. Su reputación de médico queda asegurada.

Giordino colocó un petate de la marina con ropa decente y una bolsita de papel

sobre las rodillas de Pitt.

—Aquí tienes ropas y las cosas que llevabas en los bolsillos. Te puedes vestir en el avión para ahorrar tiempo.

Pitt abrió la bolsa de papel y palpó en su interior una bolsa de plástico. Satisfecho al comprobar que su contenido estaba seco, miró a Giordino y le estrechó la mano.

—Buena caza, amigo.

Giordino le dio una palmada en el hombro.

—No te preocupes. La encontraré. Vete a Washington y dales guerra.

Nadie podría haber sufrido el síndrome de Rip Van Winkle y despertarse más sorprendido que Alan Moran. Recordaba haberse ido a dormir en el yate presidencial casi dos semanas antes, y el siguiente recuerdo consciente era que lo metían en un coche, en algún lugar de Carolina del Sur. La prisión y la fuga de un crucero ruso en llamas le parecía una visión empañada y distorsionada. Sólo cuando regresó a Washington y encontró que tanto el Congreso como la Corte Suprema habían sido desalojados de sus sagrados recintos, se rehizo y recobró su poder político.

Con el gobierno en pleno caos emocional y político, vio la oportunidad de realizar su más profunda e insondable ambición: ser Presidente. Habría carecido del apoyo popular para ocupar el cargo mediante elecciones, pero ahora estaba decidido a ocupar la vacante. Desaparecido Margolin, con Larimer fuera del camino y el Presidente ante un juicio político, nada podría detenerlo.

Moran atendió a la prensa en el centro de la Plaza Jackson, al otro lado de Pennsylvania Avenue, frente a la Casa Blanca, y contestó a todas las preguntas que le formularon los corresponsales. Era el hombre del momento y gozaba con cada segundo que le prestaban atención.

—¿Puede decirnos dónde estuvo estas dos últimas semanas? —preguntó Ray Marsh, del New York Times.

—Cómo no —respondió amablemente Moran—. El jefe de la mayoría en el Senado, Marcus Larimer, y yo nos fuimos de pesca al Caribe, en parte para probar nuestra suerte enganchoando algún pez aguja pero, principalmente, para tratar los problemas a que se enfrenta nuestra gran nación.

—Los primeros informes dicen que el senador Larimer murió durante la tragedia del *Leonid Andreyev*.

—Me entristece profundamente confirmarlos —respondió, poniéndose solemne de pronto—. El senador y yo estábamos pescando a sólo cinco o seis millas del crucero ruso cuando oímos una explosión que lo llenó todo de fuego y humo. Inmediatamente ordenamos a nuestro capitán que cambiara de rumbo y se dirigiera a la zona del desastre. Cuando llegamos, el *Leonid Andreyev* se había incendiado desde la popa a la proa. Centenares de aterrorizados pasajeros se lanzaban al mar, muchos con las ropas en llamas. —Hizo una pausa, en busca de efecto, y luego agregó, en un

tono vívidamente descriptivo—: Yo salté al agua, seguido por el senador, para ayudar a los que estaban malheridos o no podían nadar. Luchamos durante lo que nos pareció horas, manteniendo a flote a mujeres y niños hasta que pudimos llevarlos a nuestro barco. Cuando busqué al senador, flotaba boca abajo, víctima aparente de un ataque cardíaco debido al excesivo esfuerzo. Les aseguro que murió como un héroe.

—¿Cuánta gente calcula usted que salvó? —La pregunta vino de Joe Stark, de la United Press.

—Perdí la cuenta —le respondió, soslayando las mentiras con toda tranquilidad—. Nuestra pequeña embarcación pronto estuvo sobrecargada de víctimas quemadas o medio ahogadas. De modo que, en lugar de convertirme en la gota que colmaba el vaso, por así decirlo, permanecí en el agua para que una pobre criatura más pudiera engañar a la muerte. Por suerte me recogió la Armada, a la que agradezco públicamente su ayuda.

—¿Estaba enterado de que la diputada Loren Smith viajaba a bordo del *Leonid Andreyev*? —preguntó Marión Tournier, de la Red de emisoras de la Associated Press.

—No lo sabía entonces —respondió, volviendo otra vez a su tono solemne—. Lamentablemente, acabo de enterarme de que la han dado por desaparecida.

Curtis Mayo hizo una señal a su cámara y se acercó a Moran.

—Señor Moran, ¿qué opinión tiene usted del cierre del Congreso, por parte del Presidente? Un hecho sin precedentes en nuestro país.

—Estoy profundamente mortificado. Es evidente que el Presidente ha perdido la razón. Con un solo golpe terrible, ha convertido nuestra democracia en un estado fascista. Haré todo lo posible para que sea apartado de su cargo... y cuanto antes mejor.

—¿Cómo se propone hacerlo? —insistió Mayo—. Cada vez que los miembros de la Cámara pretenden iniciar el *impeachment*, el Presidente envía las tropas para disolver la reunión.

—El asunto va a ser distinto esta vez —respondió Moran, confidencialmente—. Mañana, a las diez de la mañana, los miembros del Congreso realizarán una sesión conjunta en el Auditorio Lisner de la Universidad George Washington. Y para que podamos encontrarnos sin ninguna interferencia o interrupción por parte del uso inmoral y abusivo que está haciendo el Presidente de las fuerzas armadas, pensamos hacer frente a la fuerza con la fuerza. He conferenciado con mis colegas de las cámaras de diputados y senadores de los estados vecinos de Maryland y Virginia, que han convencido a sus gobernadores para proteger nuestro derecho constitucional de reunión y nos van a proporcionar tropas de sus unidades de la Guardia Nacional.

—¿Tendrán órdenes de tirar? —preguntó Mayo, oliendo sangre en la noticia.

—Si nos atacan —respondió Moran, con toda frialdad— la respuesta es

absolutamente afirmativa.

—Y así empieza la Segunda Guerra Civil —dijo Oates, fatigado, apagando la televisión y mirando a Emmett, Mercier y Brogan.

—Moran está tan loco como el Presidente —dijo Emmett, moviendo la cabeza con asco.

—Compadezco al pueblo norteamericano por verse obligado a aceptar tan miserable liderazgo —exclamó Mercier, con voz tronante.

—¿Cómo ves la inminente confrontación en el Auditorio Lisner? —preguntó Oates a Emmett.

—Las fuerzas especiales del Ejército y de los Infantes de Marina que patrullan el Capitolio son profesionales sumamente entrenados. Puedes dar por sentado que se van a mantener firmes y no intentarán ninguna estupidez. La Guardia Nacional es el verdadero peligro. Lo único que se necesita es que uno sólo de esos guerreros de fin de semana se vea atacado por el pánico y empiece a disparar a diestro y siniestro. Entonces presenciaremos otra matanza como la del estado de Kent, sólo que mucho peor. Esta vez la Guardia Nacional tendrá enfrente a excelentes tiradores.

—La situación se agravará si en el tiroteo caen algunos diputados —agregó Mercier.

—Hay que aislar al Presidente. Tenemos que adelantar nuestro plan —dijo Oates. Mercier pareció decepcionado.

—Eso significa suspender el trabajo del Dr. Edgely sobre las señales cerebrales del Presidente.

—Impedir una matanza en gran escala debe ser prioritario a cualquier plan para despistar a los rusos —afirmó Oates.

Brogan se quedó mirando el techo, pensativo.

—Creo que deberíamos robar la gallina y, además, desplumarla.

Oates sonrió.

—Oigo cómo funciona la máquina en tu cabeza, Martin. ¿Qué siniestro plan maquiavélico tiene ahora la CÍA en la manga?

—Una manera de darle ventaja a Edgely —respondió Brogan, con una sonrisa astuta.

Un coche estaba esperando en la Base de la Fuerza Aérea de Andrews cuando Pitt bajaba lentamente por la escalerilla de un jet de la Armada. El almirante Sandecker se hallaba sentado en el interior, oculto por los cristales opacos.

Abrió la puerta y lo ayudó a subir.

—¿Qué tal el viaje?

—Por suerte, muy suave.

—¿Llevas equipaje?

—Lo que llevo puesto —le respondió Pitt. Dio un respingo de dolor y apretó los dientes mientras se deslizaba en el asiento al lado del almirante.

—¿Te duele mucho?

—Estoy un poco tieso. Ya no vendan las costillas rotas como en los buenos tiempos. Las dejan que se curen solas.

—Lamento haber insistido para que volvieras, pero en Washington se ha desencadenado una tormenta y Doug Oates confía en que tengas alguna información que permita aclarar la situación.

—Entiendo. ¿Ha habido alguna noticia de Loren?

—Me temo que ninguna.

—Está viva —afirmó Pitt, mirando por la ventanilla.

—No lo dudo —admitió Sandecker—. Probablemente por error su nombre no figuraba en la lista de supervivientes. A lo mejor ella misma pidió mantenerse en el anonimato para evitar a los periodistas.

—Loren no tenía motivo alguno para ocultarse.

—Ya aparecerá. Ahora cuéntame cómo te las arreglaste para estar presente en la peor tragedia marítima de los últimos cincuenta años.

A Pitt lo maravilló la manera con que el almirante podía desviar una conversación en otra dirección, con la rapidez y elegancia con que se salta de una sauna a la nieve.

—En el poco tiempo que estuvimos juntos en el *Leonid Andreyev* —empezó a relatar Pitt— Loren me contó que estaba paseando por la cubierta en su primera noche en el crucero cuando se apagaron las luces exteriores del barco y aterrizó un helicóptero, del que bajaron tres pasajeros, dos de ellos maniatados. Le pareció reconocer en uno de ellos, a la débil luz, a Alan Moran. Como no estaba segura de que sus ojos no le hubieran jugado una mala pasada, llamó a su secretaria, Sally Lindemann, por el teléfono que comunicaba el barco con la costa y le pidió que localizara a Moran. Sally no encontró más que falsas coberturas e informes vagos, pero no dio con Moran. También descubrió que tanto él como Marcus Larimer estaban juntos, o así se suponía. Entonces comunicó los resultados negativos a Loren, quien le pidió que se pusiera en contacto conmigo. Pero la llamada se cortó. Los

rusos habían escuchado sus conversaciones telefónicas y, de pura casualidad, se vio metida en medio de una delicada operación.

—Por lo tanto la hicieron prisionera, junto con sus colegas del Congreso, que hacían un viaje sin regreso a Moscú.

—Salvo que Loren corría un riesgo mayor. La iban a dar por perdida, como si se hubiera caído del barco.

—¿Y cuando Sally Lindemann se puso en contacto contigo? —quiso saber el almirante.

—Al Giordino y yo urdimos un plan para volar al sur, alcanzar el barco en San Salvador y ahí subir a bordo.

—Más de doscientas personas murieron en el *Leonid Andreyev*. Tuvisteis suerte de salir con vida.

—Sí —le respondió, pensativo—. Estuvimos muy cerca de la muerte.

Se quedó callado. Su mente sólo veía una cara... La cara del camarero que estaba en el bote, mirándolo con la expresión de un hombre que goza con su trabajo: un asesino sin una pizca de arrepentimiento.

—Por si te interesa —dijo Sandecker, rompiendo el silencio— vamos a reunimos con el Secretario Oates en el Departamento de Estado.

—Pasemos antes por el Washington Post —dijo, abruptamente.

Sandecker le dirigió una mirada sorprendida.

—No podemos perder tiempo comprando periódicos.

—Si Oates quiere saber lo que sé, hará bien en esperar.

Sandecker puso una cara contrariada y cedió.

—Te doy sólo diez minutos. Llamaré a Oates y le diré que tu avión sufrió una demora.

Pitt ya conocía a Oates, de cuando el asunto del Tratado Norteamericano. Se fijó en su pelo siempre bien cortado, y en sus ojos castaños que se movían hábilmente, observándole. Oates llevaba un traje gris de por lo menos quinientos dólares, y brillantes zapatos negros, probablemente hechos a medida. Había una cierta agresividad en él y sus gestos eran armoniosos, como los de un atleta entrenado.

—Señor Pitt, encantado de verle otra vez.

—Lo mismo digo, señor Secretario.

Oates le estrechó la mano y enseguida se volvió hacia los otros hombres que estaban en la sala de conferencias e hizo las presentaciones. Estaba todo el sanctasanctórum. Brogan de la CÍA; Emmett del FBI; Alan Mercier, de la Seguridad Nacional, a quien Pitt ya conocía, y Dan Fawcett, que representaba a la Casa Blanca. El almirante Sandecker permaneció al lado de Pitt, observando cautelosamente a su amigo.

—Por favor, siéntense —dijo Oates, señalándoles las sillas.

Sam Emmett se volvió hacia Pitt y miró con interés su cara curtida.

—Me tomé la libertad de traer su expediente, señor Pitt, y debo confesar que su servicio con el gobierno parece una novela. —Hizo una pausa para hojear el expediente—. Directamente responsable de salvar innumerables vidas durante la operación Vixen. Participó en la consolidación del tratado con Canadá. Encabezó el proyecto para rescatar el Titanic, con el consiguiente descubrimiento de un elemento raro para el proyecto siciliano. Tiene usted un don natural para movilizarse.

—Creo que la palabra es «ubicuo» —apuntó Oates.

—Usted estuvo en la Fuerza Aérea antes de unirse a la NUMA —continuó Emmett—. Graduación de mayor. Excelente hoja de servicios en Vietnam. —Vaciló. Una extraña e inquisitiva mirada afloró en su cara—. Veo aquí que recibió una condecoración por destruir uno de nuestros propios aviones.

—Será mejor que yo explique esto —dijo Sandecker— dado que estaba en el avión que Dirk derribó.

—Comprendo que el tiempo apremia, pero me interesaría oír esa historia —dijo Oates.

Sandecker asintió encantado.

—Volábamos en un avión de hélice desde Saigón hasta un pequeño puerto costero al norte de Da Nang. Nosotros no lo sabíamos, pero la pista donde se suponía debíamos aterrizar había sido conquistada por el ejército de Vietnam del Norte.

Nuestra radio funcionaba mal y mi piloto no pudo recibir la advertencia. Dirk volaba cerca. Regresaba a su base después de cumplir una misión de bombardeo. El comandante local le dijo que nos interceptara y alertara por cualquier medio posible. —Sandecker miró a Pitt y le sonrió—. Debo decir que lo intentó todo, excepto ponernos delante un cartel luminoso. Nos hizo señales desde su cabina, hizo fuego frente a nuestras narices, pero no lo entendíamos. Cuando nos aproximábamos al momento del aterrizaje final, viniendo del mar hacia la pista, Dirk tiró contra nuestros dos motores, con extraordinaria puntería. Entonces nos cubrió desde el aire, bombardeando los barcos enemigos, hasta que todos pudimos subir a bordo de un barco patrullero de la Armada. Después de enterarme de que me había salvado de una cárcel segura y de una muerte posible nos hicimos buenos amigos. Varios años después, cuando el Presidente Ford me pidió que organizara la NUMA, convencí a Dirk para que trabajara conmigo.

Oates miró a Pitt con ojos divertidos.

—Lleva usted una vida interesante. Lo envidio.

Antes de que pudiera contestarle, Alan Mercier dijo:

—Estoy seguro de que el señor Pitt quiere saber por qué motivo le hemos pedido que venga.

—Conozco muy bien el motivo —respondió Pitt.

Los miró uno a uno. Parecían no haber dormido en un mes. Finalmente, se dirigió directamente a Oates.

—Sé quién fue el responsable del robo y del consiguiente derrame del Agente Nervioso S en el golfo de Alaska. —Habló lenta y claramente—. Sé quién cometió cerca de treinta asesinatos cuando el yate presidencial y sus pasajeros fueron secuestrados. Conozco las identidades de esos pasajeros y por qué fueron secuestrados. Y, finalmente, sé quién sabotó el *Leonid Andreyev*, matando a doscientos hombres, mujeres y niños. No hay especulaciones ni conjeturas en lo que digo. Los hechos y las evidencias son firmes como la roca.

El recinto quedó en un silencio casi mortal. Nadie hizo siquiera el menor intento por hablar. La declaración de Pitt los había dejado petrificados. Emmett tenía cara de aturdido. Fawcett se apretó las manos para ocultar su nerviosismo. Oates parecía mareado.

Brogan fue el primero en hablar.

—¿Debo suponer, señor Pitt, que está aludiendo a los rusos?

—No, señor.

—¿No hay ninguna posibilidad de que esté equivocado? —preguntó Mercier.

—Ninguna.

—Si no son los rusos —preguntó Emmett, cauteloso—, ¿entonces quién es?

—La cabeza del imperio marítimo Bougainville, Min Koryo, y su nieto Lee Tong.

—Da la casualidad de que conozco personalmente a Lee Tong Bougainville —dijo Emmett—. Es un respetable ejecutivo que hace grandes donaciones para las campañas políticas.

—Lo mismo hace la Mafia, o cualquier charlatán que pretenda ordeñar la máquina de fabricar dinero del gobierno —dijo Pitt, fríamente. Puso una fotografía sobre la mesa—. La tomé prestada del archivo del Washington Post. ¿Reconoce a este hombre, señor Emmett, el que está junto a la puerta?

Emmett cogió la fotografía y la examinó.

—Lee Tong Bougainville —dijo—. No se le parece mucho, pero es una de las pocas fotos que he visto de él. Huye de la publicidad como de la peste. Comete usted un gran error, señor Pitt, acusándolo de estos crímenes.

—No hay ningún error —le replicó Pitt con firmeza—. Este hombre trató de matarme. Tengo motivos para creer que es el responsable de la explosión que incendió y hundió al *Leonid Andreyev* y del secuestro de la diputada Loren Smith.

—Lo del secuestro de la diputada Smith es sólo una conjetura.

—¿No les ha contado el diputado Moran lo que ocurrió a bordo del barco?

—Se niega a que lo interroguemos —respondió Mercier—. Todo lo que sabemos es lo que dijo a la prensa.

Emmett se estaba poniendo furioso. Interpretaba las revelaciones de Pitt como

una acusación de torpeza del FBI. Se inclinó sobre la mesa, echando chispas por los ojos.

—¿Pero realmente espera usted que creamos en sus ridículos cuentos de hadas? —preguntó, con la voz cascada.

—Me importa muy poco lo que usted crea —le replicó, clavando la mirada en el director del FBI.

—¿Puede decirnos cómo descubrió a los Bougainville? —preguntó Oates.

—Me metí en el asunto a raíz de la muerte de una amiga, causada por el Agente Nervioso S. Empecé la cacería en busca de responsables. Admito que lo hice exclusivamente motivado por el deseo de venganza. Cuando mis investigaciones empezaban a llevarme a la Compañía Marítima Bougainville, surgieron de pronto otros datos que confirmaron mis sospechas.

—¿Y puede probar sus acusaciones?

—Por supuesto. Los datos de su ordenador describiendo sus actividades en secuestros, negocios con drogas y contrabando están en una caja de la NUMA.

Brogan levantó una mano.

—Espere un momento. ¿Dijo usted que los Bougainville organizaron también el secuestro del *Eagle*?

—Sí.

—¿Y sabe quién fue secuestrado?

—Lo sé.

—No es posible —lo contradijo, lisa y llanamente.

—¿Empiezo a dar nombres, señores? —preguntó Pitt—. Empecemos con el Presidente, sigamos con el Vicepresidente Margolin, el senador Larimer y el Presidente de la Cámara de Diputados, Moran. Yo estaba con Larimer cuando murió. Margolin aún sigue vivo y lo tienen prisionero los Bougainville en alguna parte. Moran está ahora aquí, en Washington, sin duda conspirando para ser el próximo Mesías. El Presidente está sentado en la Casa Blanca, indiferente al desastre político que está causando, porque su cerebro es manejado por un psicólogo soviético, cuyo nombre es doctor Aleksei Lugovoy.

Si Oates y los demás se habían quedado estupefactos al principio, ahora estaban totalmente petrificados. Brogan parecía como si se hubiera tomado una botella de salsa de Tabasco.

—¡Usted no podía saber todo eso! —gritó, jadeando.

—Pues es evidente que lo sé —respondió Pitt, con calma.

—¡Por Dios! ¿Cómo? —preguntó Oates.

—Una hora antes de la catástrofe del *Leonid Andreyev* maté a un agente de la KGB, llamado Paul Suvorov. Llevaba un cuaderno, del que me apoderé. Las notas describen sus movimientos después de que el Presidente fuera secuestrado en el

Eagle.

Pitt sacó la bolsa de tabaco de debajo de su camisa, la abrió y arrojó indolentemente el cuaderno sobre la mesa.

Quedó ahí un rato, hasta que por fin Oates estiró la mano y lo atrajo hacia él lentamente, como si lo fuera a morder, y hojeó las páginas.

—¡Qué raro! —dijo al cabo de un rato—. Está escrito en inglés. Hubiera esperado que estuviera en una especie de clave en ruso.

—No es tan raro —le dijo Brogan—. Un buen agente escribirá en el idioma al que ha sido destinado. Lo insólito es que este Suvorov tomara nota de todo. Sólo puedo suponer que estaba vigilando a Lugovoy y el proyecto de control mental era demasiado técnico para que confiara en su memoria. Por eso anotó sus observaciones.

—Señor Pitt —le preguntó Fawcett—, ¿tiene usted suficientes pruebas para que el Departamento de Justicia pueda juzgar a Min Koryo Bougainville?

—Juzgarla sí; condenarla no. El gobierno jamás pondrá entre rejas a una mujer de ochenta y nueve años tan rica y poderosa como Min Koryo. Y si ella pensara que han disminuido sus posibilidades, se iría del país y trasladaría sus operaciones a cualquier otra parte.

—Teniendo en cuenta sus crímenes —susurró Fawcett—, no sería demasiado difícil negociar su extradición.

—Min Koryo tiene muy buenas relaciones con los coreanos del norte —dijo Pitt—. Se irá allí y jamás la veremos sentada en el banquillo de los acusados.

—Creo que debemos tener en cuenta este punto —dijo Emmett. Después se volvió hacia Sandecker, como despidiendo a Pitt—. Almirante, ¿puede usted disponer que el señor Pitt esté disponible para ulteriores interrogatorios y proporcionarnos los datos del ordenador de los Bougainville?

—Puede contar con la plena colaboración de la NUMA —respondió Sandecker. Después, cáusticamente, agregó—: Siempre nos encanta poder ayudar al FBI.

—Pues bien; ya está arreglado —intervino Oates, haciendo de árbitro—. Señor Pitt, ¿tiene usted alguna idea de dónde puede estar el Vicepresidente Margolin?

—No, señor. Y creo que tampoco lo sabía Suvorov. De acuerdo con sus notas, después de que huyó del laboratorio de Lugovoy, voló sobre la zona en un helicóptero, pero no pudo localizar ni el lugar ni el edificio. La única referencia que da es un río al sur de Charleston, en Carolina del Sur.

Oates pasó su mirada de Emmett a Brogan y luego a Mercier.

—Muy bien, señores, tenemos un punto de partida.

—Creo que todos debemos darle las gracias al señor Pitt —dijo Fawcett.

—Sí, realmente —agregó Mercier—. Ha sido usted de gran ayuda.

«¡Por Dios! — se dijo Pitt—. Parecen los de la Cámara de Comercio dándole las gracias al barrendero de la calle que va detrás de un desfile.»

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Por el momento —respondió Oates.

—¿Y qué hay de Loren Smith y Vince Margolin?

—Nos ocuparemos de su seguridad —contestó fríamente Emmett.

Pitt hizo un esfuerzo y se puso en pie. Sandecker se le acercó y lo cogió del brazo. Entonces Pitt se apoyó con las manos en la mesa y se inclinó hacia Emmett, con una mirada como para secar un cacto.

—Será mejor que lo haga —dijo, con una voz fría y cortante como el acero—. Le aseguro que será mejor que lo haga.

A medida que el *Chalmette* se acercaba a Florida, las comunicaciones se hacían más y más intensas. La sala de radio quedó inundada de peticiones que a los coreanos les resultó imposible contestar. Finalmente se dieron por vencidos y decidieron proporcionar sólo los nombres de los supervivientes que se encontraban a bordo. Las llamadas de la prensa exigiendo información detallada sobre el hundimiento del *Leonid Andreyev* quedaron sin respuesta.

Amigos y parientes de los pasajeros, ansiosos por conocer su suerte, se iban reuniendo frente a las oficinas de las líneas marítimas rusas. La tragedia era comentada con dolor en todos los hogares. La prensa y la televisión olvidaron momentáneamente el cierre del Congreso por el Presidente y dedicaron ediciones especiales a la catástrofe.

La Armada iba recogiendo con helicópteros a los que estaban en el agua y los llevaba a estaciones aéreas y a hospitales cercanos a sus domicilios. Estas personas fueron las primeras a las que se entrevistó, y sus contradictorios relatos echaban la culpa de la explosión a cualquier cosa, desde una mina flotante de la Segunda Guerra Mundial hasta un cargamento de armas y municiones que los rusos llevaban de contrabando a América Central.

Las misiones diplomáticas soviéticas a lo largo de los Estados Unidos reaccionaron con torpeza, acusando a la armada norteamericana de haber disparado por error un misil al *Leonid Andreyev*, acusación que fue bien recibida en el bloque oriental, aunque fue rechazada en otros países como una maniobra propagandística.

La agitación alcanzó unos niveles desconocidos desde el hundimiento del *Andrea Doria*, en 1956. El persistente silencio del *Chalmette* enfureció a los periodistas y a los corresponsales. Los que pudieron alquilaron barcos, aviones o helicópteros a fin de encontrar al barco cuando se acercara a la costa. Fomentadas por el silencio del capitán coreano, las especulaciones aumentaron a medida que crecía la tensión. Todos los políticos exigieron una investigación del caso.

El *Chalmette* se mantuvo obstinadamente en silencio hasta el final. Al entrar en el canal principal fue rodeado por una manada de helicópteros, yates de placer y lanchas pesqueras atestadas de periodistas que lanzaban sus preguntas a través de megáfonos. Para mayor frustración, los marineros coreanos se limitaron a saludarlos con la mano y a contestarlas a gritos en su lengua nativa.

A medida que se acercaba lentamente a la terminal marítima de Dodge Island, en el puerto de Miami, el *Chalmette* recibió el saludo de una compacta multitud de más de cien mil personas que empujaba el cordón policial que bloqueaba la entrada del muelle. Un centenar de cámaras de video y de cine estaban filmando el espectáculo cuando el gigantesco carguero lanzó sus amarras contra los norayes herrumbrados, se

pusieron las pasarelas contra el casco y los supervivientes se asomaron a las barandillas, estupefactos al ver esa multitud.

Algunos parecían locos de alegría al ver otra vez tierra firme; otros mostraban su dolor por maridos, esposas e hijos que jamás volverían a ver. Un profundo silencio reinó entre la multitud. Más tarde, en el telediario de la noche, un periodista lo describió como «el silencio que se experimenta cuando se baja un ataúd a la fosa».

En medio de ese drama, inadvertidos, una legión de agentes del FBI, disfrazados de funcionarios de la oficina de inmigración o de inspectores de aduana, subieron a bordo del barco confirmando la identidad de los supervivientes, tanto de los pasajeros como de la tripulación del *Leonid Andreyev*, interrogando a todo el mundo sobre el paradero de la diputada Smith y revisando cada centímetro del barco en busca de alguna señal de ella.

Al Giordino interrogó a las personas cuyas caras recordaba haber visto en el bote salvavidas. Ninguno de ellos podía recordar qué le había pasado a Loren o al camarero oriental después de haber subido a bordo del *Chalmette*. Una mujer creyó haberlos visto acompañados por el capitán del barco, pero no estaba segura. Muchos de los que habían escapado a la muerte por un pelo, intentaban olvidar la catástrofe.

El capitán y la tripulación sostenían que no sabían nada. Las fotos de Loren ni siquiera les hicieron parpadear. Los intérpretes los interrogaron en coreano, pero sus respuestas eran siempre las mismas. Jamás la habían visto. Tras seis horas de intensa búsqueda, los resultados fueron nulos. Por último, se permitió a los periodistas recorrer el barco. Los tripulantes fueron aclamados como héroes del mar. La imagen que adquirió la Compañía Marítima Bougainville y sus valientes empleados que habían desafiado un mar en llamas para salvar a cuatrocientas personas, fue como un regalo del cielo que Min Koryo explotó al máximo.

Era ya de noche y llovía cuando Giordino, fatigado, pasó frente al muelle ya desierto y entró en la oficina de la aduana de la terminal. Se sentó a una mesa y durante un largo rato se quedó mirando el lóbrego espectáculo de la lluvia. Sus negros ojos no eran más que una sombra en su cara.

Se dio la vuelta y contempló el teléfono como si fuera un enemigo. Para darse ánimos, tomó un trago de coñac de la botella que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y encendió un puro que le había robado al almirante Sandecker. Luego marcó un número y dejó que el teléfono sonara, casi confiando en que nadie contestara. Entonces oyó una voz.

Giordino se humedeció los labios con la lengua y dijo:

—Perdóname, Dirk. Hemos llegado demasiado tarde. Loren ha desaparecido.

El helicóptero venía del sur y encendió las luces para aterrizar. El piloto puso la máquina en posición y la bajó hasta la azotea del World Trade Center, en Manhattan. La puerta se abrió y salió Lee Tong, que rápidamente se dirigió a una entrada privada

y cogió un ascensor que lo llevó a las dependencias de su abuela, abajo.

Se inclinó ante ella y le dio un beso furtivo en la frente.

—¿Cómo has pasado el día, *aunumi*?

—Ha sido un desastre —respondió fatigada—. Alguien está sabotando nuestros registros bancarios, nuestras transacciones marítimas y cualquier negocio que pasa por un ordenador. Lo que había sido un ejemplo de organización empresarial, ahora es un lío.

Lee Tong entrecerró los ojos.

—¿Quién puede estar haciendo eso?

—Todas las pistas conducen a la NUMA.

—Dirk Pitt.

—Es el principal sospechoso.

—Ya no lo es —la tranquilizó Lee Tong—. Pitt está muerto.

Min Koryo levantó la vista y lo interrogó con la mirada.

—¿Estás seguro?

Lee Tong asintió.

—Pitt estaba a bordo del *Leonid Andreyev*. Fue un golpe de suerte. Yo mismo lo vi morir.

—Tu misión en el Caribe sólo tuvo éxito a medias. Moran está vivo.

—Sí, pero Pitt no nos molestará más y el *Leonid Andreyev* nos desquita de lo del *Venice* y el oro.

Min Koryo se enfureció.

—¿Este cerdo de Antonov nos arrebató mil millones de dólares en oro y nos hunde un buen barco con su tripulación... y hablas de desquite?

Lee Tong nunca había visto tan furiosa a su abuela.

—También yo estoy furioso, *aunumi*, pero no estamos en condiciones de declararle la guerra a la Unión Soviética.

La mujer se inclinó hacia adelante, con las manos agarrando tan fuerte los brazos de la silla de ruedas que se le veían los nudillos a través de la delicada piel.

—Los rusos no saben qué es tener terroristas mordiéndoles la garganta. Quiero que organices ataques con bombas contra su flota mercante, especialmente contra sus petroleros.

Lee Tong le pasó un brazo alrededor del hombro, como habría hecho con un niño enfermo.

—El proverbio hebreo que dice ojo por ojo puede satisfacer a un alma vengativa, pero jamás aumenta la cuenta bancaria. No dejes que la ira te ciegue.

—¿Y qué esperas? —le lanzó—. Antonov tiene al Presidente y el oro está en un lugar donde su armada puede rescatarlo. Dejamos que Lugovoy y su equipo se marcharan con el Presidente. Años de planificación y millones de dólares

desperdiciados y, ¿para qué?

—No hemos perdido nuestro poder para negociar. El Vicepresidente Margolin aún sigue encerrado en el laboratorio. Y con la diputada Smith tenemos una nueva ventaja.

—¿La has secuestrado? —le preguntó sorprendida.

—Estaba a bordo del crucero. Después del hundimiento dispuse que la llevaran en avión desde el *Chalmette* al laboratorio.

—Podría sernos útil —concedió Min Koryo.

—No te desalientes, *aunumi*. Aún no estamos vencidos. Antonov y su compinche de la KGB, Polevoi, han subestimado la patológica devoción de los norteamericanos por los derechos individuales. Instruir al Presidente para que cerrara el Congreso y así aumentar sus poderes fue un error estúpido. Será sometido a *impeachment* y expulsado de Washington en el término de una semana.

—No mientras cuente con el respaldo del Pentágono.

Lee Tong puso un cigarrillo en su larga boquilla de plata.

—La Junta de Comandantes en Jefe está a la expectativa. No pueden impedir eternamente que se reúna el Congreso. Una vez que se vote el *impeachment*, los generales y almirantes no tardarán en dar su apoyo al Congreso y al nuevo jefe del Ejecutivo.

—Que será Alan Moran —dijo Min Koryo como si sintiera mal gusto en la boca.

—A menos que liberemos a Vincent Margolin.

—Sería como ponernos la soga al cuello. Lo mejor es que lo hagamos desaparecer, o que encuentren su cuerpo flotando en el Potomac.

—Escucha, *aunumi* —le dijo Lee Tong, con un brillo en sus negros ojos—. Tenemos dos opciones. Primera opción: el laboratorio está en perfecto orden para el trabajo. Los datos de Lugovoy aún están en el ordenador. Sus técnicas de control mental siguen siendo nuestras. Podemos contratar otros científicos para programar el cerebro de Margolin. Esta vez no serán los rusos quienes controlen la Casa Blanca sino la Compañía Marítima Bougainville.

—Pero si Moran accede a la Presidencia antes de que se realice la operación de control mental, Margolin no nos servirá de nada.

—Opción número dos: hacer un trato con Moran para eliminar a Margolin y abrirle el camino a la Casa Blanca.

—¿Se le puede sobornar?

—Moran es un astuto calculador. La base de su fuerza política está amasada con acuerdos financieros clandestinos. Créeme, *aunumi*, Alan Moran pagará cualquier precio por la Presidencia.

Min Koryo miró a su nieto con profundo respeto. Poseía un don casi místico para las abstracciones. Sonrió débilmente. Nada excitaba más su instinto comercial que

convertir un fracaso en un éxito.

—Haz el trato —le dijo.

—Me alegra que estés de acuerdo.

—Tienes que trasladar las instalaciones del laboratorio a un lugar seguro —aconsejó Min Koryo cuyo cerebro empezaba a hacer planes—. Al menos hasta que sepamos dónde estamos. Los investigadores del gobierno pronto empezarán a atar cabos y concentrarán sus investigaciones en la Costa Oriental.

—Yo pienso lo mismo. Me tomé la libertad de ordenar que uno de nuestros remolcadores saliera de las aguas de Carolina del Sur y atracara en nuestro muelle privado.

Min Koryo asintió.

—Excelente idea.

—Y práctica —agregó él.

—¿Qué hacemos con la diputada? —preguntó Min Koryo.

—Si habla con los periodistas puede provocar un sinnúmero de preguntas embarazosas para Moran, sobre su presencia en el *Leonid Andreyev*. A Moran le convendrá pagar también para que ella se calle.

—Sí, sus mentiras lo comprometen.

—O podemos someterla al control mental y devolverla a Washington. Alguien que esté de nuestro lado en el Congreso podría ser de mucho valor.

—¿Y si Moran la incluye en el trato?

—Entonces hundimos el laboratorio, junto con Margolin y Loren Smith, a unos cuantos cientos de metros bajo agua.

Sin que Lee Tong ni Min Koryo lo supieran, su conversación fue transmitida a la terraza de una casa de pisos cercana, donde un receptor-emisor envió las señales radiofónicas a un magnetófono colocado en una oficina desocupada y polvorienta, varias manzanas más abajo, en la calle Hudson.

El edificio de ladrillos, construido a fines de siglo, iba a ser demolido, y aunque la mayoría de las oficinas estaban vacías algunos de sus ocupantes se estaban tomando su tiempo antes de decidirse a mudarse.

Sal Casio tenía todo el décimo piso para él. Había elegido ese lugar porque el personal de la portería nunca se molestaba en salir del ascensor y porque desde la ventana se veía el receptor-emisor. Un catre, un saco de dormir y un pequeño calentador eléctrico era todo lo que él necesitaba para sobrevivir y, salvo el magnetófono, la única pieza de mobiliario era un viejo, desteñido y roto sillón que había sacado de un contenedor de basuras.

Abrió la puerta con su llave maestra y entró, llevando una bolsa de papel con emparedados de carne salada y seca y tres botellas de cerveza Hermán Joseph. La oficina estaba caldeada, de modo que abrió la ventana y contempló las luces al otro

lado del río, en Nueva Jersey.

Casio ejecutó la tediosa tarea de vigilar, agradeciendo el aislamiento que le brindaba la oportunidad de dejar vagar su mente. Recordó los felices tiempos de su matrimonio. Su larga búsqueda para encontrar al culpable estaba llegando a su fin. Lo único que quedaba —pensó— era escribir el epílogo de los Bougainville.

Miró el magnetófono mientras le daba un mordisco al emparedado y notó que la cinta había girado durante su ausencia. Pronto llegaría la mañana y tendría tiempo de rebobinarla y escucharla. Además, si estaba escuchando la grabación y las voces volvían a activar el sistema, se borraría la anterior conversación.

Casio no tenía forma de adivinar el contenido de la cinta. La decisión de esperar para escucharla fue motivada por una simple rutina en el procedimiento, pero esa demora le iba a costar muy cara.

—¿Puedo hablar con usted, general?

Metcalf estaba cerrando su portafolios y se disponía a salir. Sus ojos se empequeñecieron al reconocer a Alan Mercier de pie en el vano de la puerta.

—Por supuesto. Pase, por favor, y siéntese.

El Consejero Presidencial de la Seguridad Nacional se acercó a la mesa pero permaneció de pie.

—Tengo novedades que no le van a gustar.

Metcalf suspiró.

—Las malas noticias parecen estar a la orden del día últimamente. ¿De qué se trata?

Mercier le entregó una carpeta sin nombre con varias hojas escritas a máquina y le habló de prisa, en voz baja:

—Ordenes directas del Presidente. Antes de Navidad deben retirarse todas nuestras fuerzas de Europa. Tiene usted veinte días para el plan de retirada total de la OTAN.

Metcalf se desplomó en su sillón como si le hubieran dado un martillazo.

—¡No es posible! —balbuceó—. No puedo creer que el Presidente haya dado semejante orden.

—Yo me quedé tan sorprendido como usted cuando me soltó la bomba. Oates y yo tratamos de hacerlo entrar en razón pero fue inútil. Exige la retirada de todo... Los misiles de crucero Pershing, todo el equipo, depósitos con material... toda nuestra organización.

Metcalf se quedó perplejo y aturdido.

—¿Y qué ocurrirá con nuestros aliados occidentales?

Mercier hizo un gesto de impotencia con las manos.

—Su opinión, una opinión que jamás le había oído antes, es dejar que Europa se defienda sola.

—¡Pero por Dios! —estalló Metcalf en un ataque de rabia—. ¡Les está entregando todo el continente a los rusos en bandeja de plata!

—Estoy de acuerdo con usted.

—Que me cuelguen si cumplo esa orden.

—¿Qué hará?

—Ir directamente a la Casa Blanca y dimitir —dijo.

—Antes de precipitarse, le sugiero que vaya a ver a Sam Emmett.

—¿Por qué?

—Hay algo que usted debe saber —le contestó en voz baja—, y Sam está en mejores condiciones que yo para explicárselo.

El Presidente estaba en pijama y bata ante su escritorio cuando Fawcett entró en el dormitorio.

—¿Has hablado con Moran?

La cara de Fawcett se ensombreció.

—Se negó a escuchar ninguna propuesta suya.

—¿De verdad?

—Dijo que usted estaba acabado como Presidente y que lo que usted pueda decir no tiene la menor importancia. Después empezó con los insultos.

—Quiero oírlos —exigió el Presidente.

Fawcett suspiró, incómodo.

—Dijo que usted se comporta como un loco y que deberían internarlo en un manicomio. Después lanzó más calumnias sin importancia y agregó que usted prestaría un gran servicio al país si se suicidara, porque así ahorraría a los contribuyentes una larga investigación y un costoso juicio.

La cara del Presidente se convirtió en una máscara iracunda.

—¿Ese canalla cree que me va a llevar a un juicio?

—Es un secreto a voces que Moran está haciendo todo lo que puede para ocupar su puesto.

—Tiene los pies demasiado pequeños para mis zapatos —le replicó, apretando los labios—. Y la cabeza demasiado grande para el puesto.

—Según él, ya tiene levantada la mano derecha para prestar juramento. El procedimiento de *impeachment* que se ha iniciado no es más que el primer paso para que el poder cambie de manos.

—Alan Moran jamás ocupará la Casa Blanca —contestó el Presidente con voz que reflejaba determinación.

—Sin sesión del Congreso no hay *impeachment*. Pero usted no los puede tener acorralados indefinidamente.

—No pueden reunirse hasta que yo lo autorice.

—¿Y lo de mañana por la mañana en el Auditorio Lisner?

—Las tropas disolverán esa reunión.

—Suponga que la Guardia Nacional de Virginia y Maryland respalden ese lugar.

—¿Y por cuánto tiempo van a resistir a soldados y marines veteranos?

—Lo suficiente para que mueran muchos.

—¿Y qué? —rebatía el Presidente—. Cuanto más tiempo tenga desorganizado al Congreso tanto más puedo hacer. Unas pocas muertes son un ínfimo precio a pagar.

Fawcett lo miró molesto e incómodo. Éste no era el mismo hombre que había jurado solemnemente, durante su campaña presidencial, que ningún muchacho

norteamericano sería enviado a la muerte mientras él ocupara la primera magistratura. Lo único que podía hacer era representar su papel de amigo y consejero. Sacudió la cabeza.

—Espero que no exagere usted en la destrucción.

—¿Tienes miedo, Dan?

Fawcett se sintió acorralado, pero antes de que pudiera contestar Lucas entró en el dormitorio con una bandeja con tazas y una tetera.

—¿Alguien quiere una infusión? —preguntó.

El Presidente asintió.

—Gracias, Óscar. Muy buena idea.

—¿Y tú, Dan?

—Gracias, me vendrá bien.

Lucas sirvió y les pasó las tazas, quedándose con una para él. Fawcett apuró la suya casi inmediatamente.

—Podría estar más caliente —se quejó.

—Lo siento —dijo Lucas—. Se habrá enfriado en el viaje desde la cocina.

—Para mí está bien —dijo el Presidente, entre un sorbo y otro—. No me gustan las bebidas tan calientes que te queman la lengua. —Hizo una pausa y depositó la taza en la mesa—. Y bien, ¿dónde estábamos?

—Discutiendo su nueva política —respondió Fawcett, cambiando hábilmente de tema—. En Europa Occidental hay grandes quejas por su decisión de retirar las tropas norteamericanas de la OTAN. Por las embajadas circula el chiste de que Antonov está organizando una fiesta de presentación en sociedad en el Hotel Savoy de Londres.

—No le encuentro la gracia —replicó fríamente el Presidente—. El Presidente Antonov me aseguró personalmente que no hará intentos expansionistas.

—Me parece recordar que Hitler le dijo lo mismo a Neville Chamberlain.

Pareció que le iba a dar una respuesta airada, pero de pronto bostezó y meneó la cabeza, luchando por librarse de un estado de somnolencia.

—Digan lo que digan —agregó, lentamente— he disipado la amenaza nuclear. Y eso es lo que importa.

Fawcett aprovechó esta frase contundente y se contagió del bostezo.

—Si no me necesita más por esta noche, señor Presidente, creo que me voy a casa a dormir.

—Yo también —dijo Lucas—. Mi mujer y mis hijos se preguntan si todavía existo.

—Por supuesto. Lamento haberlos tenido hasta tan tarde. —El Presidente se acercó a la cama y se quitó las zapatillas y la bata—. Enciende la televisión, Óscar. Quiero ver las noticias del día. —Después se volvió hacia Fawcett—. Dan, lo primero que hará por la mañana es concertar una entrevista con el general Metcalf. Quiero que

me informe sobre sus movimientos de tropas.

—Me ocuparé de eso —respondió Fawcett, tranquilizador—. Buenas noches.

Mientras bajaban en el ascensor al primer piso, Fawcett miró su reloj.

—Dos horas serán suficientes —dijo.

—Dormiré como un lirón y se despertará más enfermo que un perro —le respondió Lucas.

—A propósito, ¿cómo te las arreglaste? No vi que vertieras nada en su té y, sin embargo, serviste las tres tazas de la misma tetera.

—Un viejo truco de magia —contestó Lucas, riéndose—. La tetera tenía dos compartimentos interiores.

Se abrieron las puertas del ascensor y se encontraron con Emmett que les esperaba.

—¿Ningún problema? —preguntó.

Fawcett sacudió la cabeza.

—Todo perfecto. El Presidente se ha dormido como un bebé.

Lucas lo miró, receloso.

—Ahora llega la parte difícil... engañar a los rusos.

—Esta noche está durmiendo muy profundamente —dijo Lugovoy. El psicólogo que estaba de guardia por la noche asintió.

—Buena señal. Menos oportunidades para que el camarada Belkaya penetre en los sueños del Presidente.

Lugovoy observó la pantalla donde se registraban las funciones corporales del Presidente.

—La temperatura ha subido un grado. Se está formando una congestión en las fosas nasales. Parece que el sujeto está a punto de resfriarse o de tener la gripe.

—Fascinante. Sabemos que le está atacando un virus antes de que él lo sienta.

—No creo que sea grave —comentó Lugovoy—. Pero será mejor que lo vigile, para el caso de que se convierta en algo que pueda obstaculizar el proyecto...

Abruptamente, las letras verdes que llenaban la docena de pantallas del panel de mandos se empañaron hasta distorsionarse y desaparecer por completo, quedando negras las pantallas.

El psicólogo se alarmó.

Entonces, con la misma rapidez con que habían desaparecido, volvieron a aparecer las letras claras y brillantes. Lugovoy controló inmediatamente el circuito de luces de alarma. Todo era normal.

—¿Qué habrá sido?

Lugovoy se quedó pensativo.

—Tal vez un fallo temporal en el transmisor del injerto.

—No hay ninguna indicación de que funcione mal.

—¿Quizás una interferencia eléctrica?

—Es probable. Alguna perturbación atmosférica. Eso lo explica todo. Los síntomas concuerdan. ¿Qué otra cosa podría ser?

Lugovoy se pasó una mano por la cara y observó las pantallas.

—Nada —dijo, sombríamente—. Nada de qué preocuparse.

El general Metcalf estaba sentado en su residencia militar y hacía girar el coñac en su copa mientras cerraba la tapa del informe que tenía sobre las rodillas. Con tristeza levantó la vista y miró fijamente a Emmett, sentado al otro extremo de la habitación.

—Un crimen trágico —dijo, lentamente—. El Presidente tenía todas las oportunidades de ser un gran hombre. No ha habido un hombre mejor en la Casa Blanca.

—Los hechos están ahí —observó Emmett, señalando el informe—. Gracias a los rusos se halla mentalmente incapacitado para seguir en el cargo.

—Evidentemente, estoy de acuerdo, pero no es fácil aceptarlo. Hemos sido amigos durante cuarenta años.

—¿Va a retirar las tropas y dejar que se reúna el Congreso en el Auditorio Lisner mañana? —preguntó Emmett.

Metcalf saboreó el coñac e hizo una señal afirmativa con la cabeza. Se le notaba cansado.

—Lo primero que haré por la mañana será dar la orden de retirada. Puede usted informar a los líderes de las cámaras de diputados y senadores que se les permitirá realizar una sesión en el Capitolio.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Por supuesto.

—¿Será posible que, a medianoche, la guardia que rodea la Casa Blanca se retire?

—No veo por qué no —respondió Metcalf—. ¿Por algún motivo en especial?

—Un engaño, general —contestó Emmett—. Un engaño que usted encontrará de lo más intrigante.

Sandecker estaba en la sala de cartografía de la NUMA y miraba la ampliación de una foto aérea de la Isla Johns, en Carolina del Sur. Se irguió y miró a Giordino y a Pitt, de pie al otro lado de la mesa.

—Me doy por vencido —dijo, tras un breve silencio—. Si Suvorov identificó correctamente las coordenadas del lugar, no entiendo cómo no pudo ver las instalaciones del laboratorio de los Bougainville desde un helicóptero.

Pitt consultó el cuaderno del agente soviético.

—Utilizó una gasolinera abandonada como punto de referencia —dijo, señalando una minúscula estructura en la fotografía— que se distingue aquí.

—¿Sabes Emmett y Brogan que hiciste una copia antes de que saliéramos de la bahía de Guantánamo? —preguntó Giordino, señalando el cuaderno de notas.

Pitt sonrió.

—¿Qué piensas tú?

—No lo diré si tú no lo dices.

—Si Suvorov se escapó de noche del laboratorio —dijo Sandecker— es comprensible que no tuviera muy claro el rumbo.

—Un buen agente secreto es un observador experto —explicó Pitt—. Fue preciso en la descripción de los puntos de referencia. Dudo de que hubiera perdido su sentido de la orientación.

—Emmett tiene doscientos agentes cubriendo la zona —respondió Sandecker—. Hasta hace quince minutos, no habían encontrado nada.

—¿Entonces dónde? —preguntó Giordino, a nadie en particular—. Ninguna estructura del tamaño indicado por Suvorov aparece en la foto aérea. Algunas casas flotantes viejas, algunas casitas diseminadas, un par de almacenes decrepitos, nada que pueda ser un depósito.

—¿Una instalación subterránea? —especuló Sandecker.

Giordino reflexionó.

—Por otra parte, menciona que bajó por una rampa para llegar a la carretera.

—Una rampa podría querer decir un barco —aventuró Giordino.

Sandecker se quedó dudando.

—No. La única agua cerca del lugar donde Suvorov sitúa el laboratorio es un riachuelo que no tiene más de un metro de profundidad. Demasiado poco para que flote un barco suficientemente grande como para tener un ascensor.

—Existe otra posibilidad —dijo Pitt.

—¿Cuál?

—Una barcaza.

Giordino miró a Sandecker, a través de la mesa.

—Creo que Dirk tiene una idea.

Pitt se acercó al teléfono, marcó un número y pasó la llamada á un altavoz.

—Departamento de datos —dijo una voz somnolienta.

—Yaeger, ¿estás despierto?

—¡Por Dios! ¿Eres tú, Pitt? ¿Por qué tienes que llamar siempre después de medianoche?

—Escucha, necesito información sobre un determinado tipo de barco. ¿Puede el ordenador proporcionarnos una descripción si te doy las dimensiones?

—¿Es un juego?

—Créeme, no se trata de un juego —gruñó Sandecker.

—¡Almirante! —tartamudeó Yaeger, alarmado—. Enseguida me pongo a ello. ¿Cuáles son las dimensiones?

Pitt fue pasando hojas hasta dar con la página apropiada en el cuaderno y la leyó por el altavoz del teléfono:

—Cincuenta y seis metros de eslora en las perpendiculares interiores por once metros de manga. La altura aproximada es de tres metros.

—No es muy preciso, que digamos —gruñó Yaeger.

—Inténtalo —le contestó enérgicamente Sandecker.

—Espere un minuto. Voy al teclado.

Giordino sonrió al almirante.

—¿Me acepta una apuesta?

—¿Cuál?

—Una botella de Chivas Regal contra una caja de sus puros.

—No hay apuesta. Mis puros especiales cuestan mucho más que una botella de whisky escocés.

Se oía que Yaeger se estaba aclarando la garganta.

—Aquí está —se produjo una ligera pausa—. Lo siento, los datos no son suficientes. Esas medidas pueden corresponder a un centenar de barcos distintos.

Pitt reflexionó un momento.

—Supongamos que la altura es la misma desde la proa a la popa.

—¿Estás hablando de una superestructura plana?

—Sí.

—Un momento —dijo Yaeger—. Muy bien. Ahora hay menos posibilidades. Tu misterioso barco parece ser una barcaza.

—¡Eureka! —exclamó Giordino.

—Todavía no cantes victoria —advirtió Yaeger—. Las dimensiones no se ajustan a ninguna barcaza existente.

—¡Maldición! —estalló Sandecker—. Y pensar que estábamos tan cerca...

—Espere —interrumpió Pitt—. Suvorov nos dio las medidas interiores —se

inclinó sobre el altavoz—. Yaeger, añade medio metro en todo el perímetro y vuelve a calcular.

—Caliente... caliente... como en los juegos de adivinanza... más caliente... y no estoy haciendo un juego de palabras... escucha esto: sesenta y un metros de eslora, doce de manga, cuatro de puntal.

—La manga y la altura corresponden —dijo Pitt—, pero la eslora es excesiva.

—Me has dado la longitud interior entre los mamparos perpendiculares. Yo te estoy dando la eslora total, incluida una popa inclinada de cuatro metros.

—Tienes razón —dijo Sandecker—. No había calculado la cavidad del extremo de popa.

—Lo que tenemos —siguió diciendo Yaeger— es una barcaza de carga, construida en acero, de doscientas ochenta a trescientas toneladas... compartimentos estancos para transportar granos, maderas, etc. Probablemente construida por la Nashville Bridge Company, de Nashville, Tennessee.

—¿El calado? —lo urgió Pitt.

—¿Vacía o cargada?

—Vacía.

—Ochenta centímetros.

—Gracias, amigo. Lo has conseguido.

—¿Qué es lo que he conseguido?

—Irte a dormir.

Pitt desconectó el altavoz y se volvió hacia Sandecker.

—La niebla se disipa.

Sandecker parecía radiante.

—Gente astuta, muy astuta, los Bougainville.

Pitt asintió.

—Estoy de acuerdo. El último lugar en que uno buscaría un laboratorio costosamente equipado es el interior de una vieja y herrumbrosa barcaza de río amarrada en un pantano.

—También tiene la ventaja de ser transportable —agregó Sandecker—. Un remolcador puede moverla y amarrarla en cualquier lugar donde la profundidad del agua tenga más de un metro.

Pitt miró, pensativo, la fotografía aérea.

—La prueba siguiente es determinar dónde han vuelto a esconderla los Bougainville.

—El riachuelo donde estaba desemboca en el río Stono —observó Sandecker.

—Y el río Stono es parte del Canal Intercostero —agregó Pitt—. Pueden llevarla a cualquiera de los diez mil ríos, arroyos, bahías y canales que hay desde Boston a Key West.

—No hay modo de adivinar adonde la llevaron —susurró Giordino, desalentado.

—No la van a dejar en aguas de Carolina del Sur —dijo Pitt—. Es demasiado evidente. Para mí, la zona de búsqueda se reduce a una distancia de seiscientas, quizá ochocientas millas al norte y al sur.

—Una tarea desconcertante —dijo Sandecker, en voz baja—. Identificarla entre todas las otras barcazas que navegan por los canales del este. Hay más barcazas que hojas en Nueva Inglaterra durante el otoño.

—Con todo, tenemos más que al principio —comentó Pitt, esperanzado.

Sandecker miró la foto.

—Será mejor que llames a Emmett y le comuniqués nuestro descubrimiento. Tal vez su ejército de investigadores tenga la suerte de dar con la barcaza que buscamos.

Las palabras del almirante estuvieron desprovistas de emoción. No quería decir lo que tenía en mente.

Si Lee Tong Bougainville sospechaba que los investigadores del gobierno estaban detrás de él, la única opción que le quedaba era asesinar al Vicepresidente y a Loren, y deshacerse de los cadáveres para borrar todas las huellas.

—El paciente vivirá unos cuantos años más —dijo entusiasmado el doctor Harold Gwyne, el médico del Presidente. Era un hombrecito angelical, calvo y de amistosos ojos azules—. Un caso común de gripe vírica. Quédese en cama un par de días hasta que le baje la fiebre. Le daré un antibiótico y algo para aliviarle las náuseas.

—No puedo quedarme en cama —protestó débilmente el Presidente—. Tengo demasiado trabajo.

—Descanse y tómelo con calma —ordenó Gwyne—. El mundo puede seguir girando sin usted por unas horas. —Le inyectó en el brazo y después le ofreció un vaso de agua para que se tragara una píldora.

Dan Fawcett entró en el dormitorio.

—¿Ha terminado, doctor? —preguntó.

Gwyne asintió.

—Que se quede en cama. Volveré a examinarle a las dos de la tarde. —Sonrió cordialmente, cerró su maletín negro y salió por la puerta.

—El general Metcalf está esperando —dijo Fawcett al Presidente.

El Presidente se colocó una tercera almohada detrás de la espalda y se esforzó por sentarse, masajeándose las sienes cuando la habitación empezó a girar frente a él.

Metcalf entró en el dormitorio, engalanado con un uniforme en el que lucía ocho hileras de cintas de colores. Transmitía una energía que no se le había notado en su última entrevista.

El Presidente lo miró, con su cara pálida y sus ojos caídos y acuosos. Empezó a temblar en forma incontrolable.

Metcalf se acercó a la cama.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor? —le preguntó, atento.

El Presidente negó con la cabeza y le hizo una señal para que se alejara.

—Sobreviviré —respondió por fin—. ¿Cuál es la situación, Clayton?

El Presidente jamás llamaba por sus grados a los Comandantes en Jefe, pues opinaba que tuteándolos los hacía bajar un poco de sus pedestales.

Metcalf se movió incómodo en su sillón.

—Las calles están tranquilas por el momento, pero ha habido uno o dos incidentes aislados con tiros. Un soldado ha resultado muerto y dos marines heridos.

—¿Habéis detenido a los culpables?

—Sí, señor.

—Criminales revolucionarios, sin duda.

Metcalf se miró los pies.

—No exactamente. Uno era el hijo del diputado Jacob Whitman, de Dakota del Sur, y el otro el hijo del Jefe de Correos, el general Kenneth Potter. Los dos tienen

menos de diecisiete años.

La cara del Presidente se mostró sorprendida por un instante y luego se endureció rápidamente.

—¿Están las tropas desplegadas en el Auditorio Lisner?

—Una compañía de marines está apostada en los terrenos que rodean el edificio.

—No me parece suficiente. Los guardias de las unidades de Maryland y Virginia combinadas los superan en una proporción de cinco a uno.

—La guardia no se acercará a distancia de tiro. Nuestro plan es impedir su efectividad deteniéndola antes de que llegue a la ciudad.

—Excelente estrategia —le dijo el Presidente. Sus ojos brillaron por un instante.

—Ahora dan las noticias —dijo Fawcett arrodillado frente al televisor. Subió el volumen y se colocó a un lado para que se vieran las imágenes desde la cama.

Curtis Mayo estaba de pie junto a una carretera bloqueada por soldados armados. Al fondo se veía una hilera de tanques, al otro lado de la carretera, con las bocas de los cañones apuntando amenazadoramente a un convoy de transporte de tropas.

«Las tropas de la Guardia Nacional de Virginia que apoyaban al Presidente de la Cámara de Diputados Alan Moran para proteger una reunión del Congreso en los terrenos de la Universidad George Washington esta mañana, fueron desalojadas de la capital de la nación por unidades blindadas de las fuerzas especiales del ejército. Según parece, lo mismo ha ocurrido con la Guardia de Maryland al nordeste de la ciudad. Hasta ahora no ha habido amenazas de lucha. Pero las dos unidades de las Guardias estatales parecen dominadas, si no en número, sí por la superioridad del equipamiento. Fuera del Auditorio Lisner, una compañía de marines, al mando del coronel Ward Clarke, Medalla de Honor en Vietnam, está alejando a los miembros del Congreso, impidiéndoles la entrada. Por lo tanto, una vez más, el Presidente se ha opuesto con éxito a los miembros de las dos Cámaras mientras prosigue con los controvertidos programas de su política exterior sin la aprobación del Congreso. Curtis Mayo, del noticiario de la CNN, en una carretera a cincuenta kilómetros al sur de Washington.

—¿Ha visto lo suficiente? —le preguntó Fawcett, apagando el televisor.

—Sí, sí —carraspeó el Presidente, feliz y contento—. Eso va a dejar al ególatra de Moran navegando sin timón un buen rato.

Metcalf se puso de pie.

—Si no me necesita más, señor Presidente, tengo que volver al Pentágono. Nuestros generales en Europa están bastante molestos. En realidad no comparten su decisión de retirar las tropas.

—A la larga aceptarán los riesgos de un desequilibrio militar temporal que permita disipar el temido espectro de un conflicto nuclear. —Le estrechó la mano—. Excelente trabajo, Clayton. Gracias por paralizar el Congreso.

Metcalf caminó por el pasillo unos quince metros hasta llegar a un espacio amplio y vacío, parecido a un almacén.

Un decorado, réplica exacta del dormitorio del Presidente en la Casa Blanca, había sido montado en el centro del viejo edificio de ladrillos de la Intendencia Militar en Washington que había permanecido prácticamente abandonado desde la Segunda Guerra Mundial.

Cada detalle de esa reproducción había sido cuidadosamente planeado y ejecutado. Un técnico de sonido manejaba un aparato estereofónico cuya cinta dejaba oír los ruidos del tráfico callejero con un volumen preciso. La iluminación fuera de las ventanas del dormitorio simulaba exactamente la natural, con ocasionales efectos de sombras para imitar el paso de una nube. En las lámparas se habían colocado unos filtros que emitían rayos amarillos y anaranjados, que reproducían el diario movimiento del sol. Hasta las cañerías, en el baño contiguo, funcionaban con los mismos ruidos que las originales, sólo que vaciaban sus contenidos en un tanque séptico, en vez de en el sistema de cloacas de Washington. Multitud de marines y agentes del servicio secreto paseaban por el amplio recinto con suelo de cemento, mientras arriba, en las grandes vigas de madera, había hombres encaramados que manejaban el sistema de luces.

Metcalf pasó por encima de una maraña de cables eléctricos y entró en una gran caravana estacionada contra la pared más lejana. Oates y Brogan le estaban esperando, y le invitaron a entrar en un despacho cuyas paredes estaban recubiertas de nogal.

—¿Café? —ofreció Brogan, con una cafetera de cristal en la mano.

Metcalf aceptó, agradecido, tendió la mano para coger la taza y se sentó en un sillón.

—¡Dios mío! Hubiera jurado que estaba en la Casa Blanca.

—La gente de Martin ha realizado un trabajo sorprendente —le dijo Oates—. Trajo en avión desde Hollywood todo el personal de un estudio y levantaron el decorado en nueve horas.

—¿Tuviste dificultades en el traslado del Presidente?

—Esa parte fue la más fácil —respondió Brogan—. Lo trajimos en el mismo camión que los muebles. Por curioso que parezca, lo más difícil fue la pintura.

—¿Por qué?

—Tuvimos que cubrir las paredes con un material que no oliera a pintura fresca. Por suerte, nuestros químicos del laboratorio de la agencia inventaron una especie de yeso que pudieron teñir sin que dejara aroma.

—Lo de las noticias fue una idea excelente —comentó Metcalf.

—Nos costó —explicó Oates—. Tuvimos que hacer un trato con Curtis Mayo dándole, en compensación por su colaboración en la emisora para simular el

noticiario, la exclusiva de la historia. También aceptó posponer la investigación periodística hasta que se enfríe la situación.

—¿Por cuánto tiempo pueden continuar engañando al Presidente?

—Todo el tiempo que sea necesario —le respondió Brogan.

—¿Con qué motivo?

—Para estudiar sus esquemas cerebrales.

Metcalf lo miró dubitativo.

—No me convences. Volver a robar la mente del Presidente a los rusos, que a su vez la robaron primero, me parece demasiado extraordinario.

Brogan y Oates se intercambiaron miradas y sonrieron.

—¿Quieres verlo tú mismo? —preguntó Oates.

Metcalf bajó la taza de café.

—No me lo perdería ni por un ascenso.

—Por aquí —le dijo Oates, abriendo una puerta y haciéndole una señal para que entrara.

Toda la sección central y un extremo de la caravana estaban llenos de ordenadores y de sofisticados equipos electrónicos. El centro que recogía los datos en el monitor estaba adelantado en una generación al equipo que poseía Lugovoy en el laboratorio flotante de los Bougainville.

El doctor Raymond Edgely advirtió su presencia y se acercó. Oates le presentó al general Metcalf.

—De modo que usted es el misterioso genio que dirige Fathom —dijo Metcalf—. Es un honor para mí conocerle.

—Gracias, general. El Secretario Oates me dijo que usted tiene algunas dudas sobre el proyecto.

Metcalf echó un vistazo a su alrededor, observando a los científicos frente a las lecturas digitales de las pantallas.

—Admito que me siento perplejo por todo esto.

—Básicamente es muy sencillo —aclaró Edgely—. Mi equipo y yo estamos interceptando y acumulando datos sobre los ritmos cerebrales del Presidente para desviar el control de su injerto cerebral a nuestra propia unidad, la que tiene aquí delante.

El escepticismo de Metcalf se fue diluyendo.

—Entonces todo esto es verdad. Los rusos, realmente, dominan sus pensamientos.

—Por supuesto. Fue obedeciendo sus instrucciones que cerró el Congreso y la Suprema Corte a fin de poder llevar a cabo proyectos beneficiosos para el bloque comunista sin obstáculos legislativos. La orden de retirar nuestras tropas de la OTAN es un ejemplo perfecto. El mejor regalo de Navidad para los militares soviéticos.

—¿Y su gente, realmente, puede ocupar el lugar de la mente del Presidente?

Edgely asintió.

—¿Tiene algún mensaje que quiera enviar al Kremlin? ¿Alguna información falsa?

Metcalf se iluminó como un faro.

—Creo que la gente del servicio de inteligencia puede escribir alguna historia de ciencia-ficción interesante que les haga sacar conclusiones falsas.

—¿Cuándo espera liberar al Presidente del dominio de Lugovoy? —preguntó Brogan.

—Creo que podemos realizar la transferencia en unas ocho horas —respondió Edgely.

—Entonces será mejor que nos vayamos y le dejemos hacer su trabajo —concluyó Oates.

Salieron del centro de recogida de datos y volvieron a la oficina exterior, donde les esperaba Sam Emmett. Oates vio que estaba preocupado. Bastaba verle la cara.

—Vengo del Capitolio —dijo Emmett—. Están actuando como animales hambrientos en un zoológico. El debate por el *impeachment* está enfureciendo al Congreso. El partido del Presidente está dando una demostración de lealtad... pero eso es todo... una demostración. En general, nadie le apoya. Las deserciones se producen en lotes al por mayor.

—¿Qué hay de la comisión? —preguntó Oates.

—La oposición propuso obviar la constitución de una comisión investigadora para ahorrar tiempo.

—¿Tienes idea de cuándo decidirán?

—La Cámara de Diputados quizá vote esta tarde.

—¿Las posibilidades?

—Cinco a una a favor del *impeachment*.

—¿Y el Senado?

—Igual. Una encuesta extraoficial indica que el Senado votará la condena con una mayoría de dos tercios, mucho más de lo necesario.

—No pierden el tiempo.

—Considerando las recientes actitudes del Presidente, los procedimientos para iniciar el *impeachment* se consideran una emergencia nacional.

—¿Alguna demostración de apoyo para Vince Margolin?

—Por supuesto, pero nadie quiere apoyarle si no aparece. Sesenta segundos después de que el Presidente sea barrido de su despacho, alguien tiene que tomarle el juramento como sucesor. Circulan rumores asegurando que está escondido, y que permanecerá hasta el último minuto para que nadie lo vincule con las locuras políticas del Presidente.

—¿Y qué hay de Moran?

—Aquí es donde la cosa se pone peliaguda. Dice tener pruebas de que Margolin se ha suicidado y que yo estoy ocultando el hecho.

—¿Alguien le cree?

—Da igual que le crean o no. Los medios de comunicación se lanzan sobre sus declaraciones como las hormigas a la miel. Sus conferencias de prensa suscitan enorme atención y exige protección del Servicio Secreto. Sus asesores ya han redactado un plan de transición y dan los nombres de su círculo íntegro de consejeros. ¿Es necesario que prosiga?

—El cuadro está claro —dijo Oates, resignado—. Alan Moran será el próximo Presidente de los Estados Unidos.

—No lo podemos permitir —manifestó fríamente Emmett.

Los otros le miraron fijamente.

—A menos que puedas traernos mañana a Vince Margolin —preguntó Brogan— ¿cómo lo vas a impedir?

—De cualquier forma posible —le respondió Emmett y sacó una carpeta de su portafolios—. Me gustaría que echarais un vistazo a esto.

Oates abrió la carpeta y leyó su contenido. Después la pasó a Brogan, quien, a su vez, se la entregó a Metcalf. Cuando terminaron, miraron a Emmett, como dándole a entender que él debía hablar primero.

—Lo que han leído en el informe es cierto —se limitó a decirles.

—¿Por qué no había aparecido antes? —preguntó Oates.

—Porque no había ninguna razón para ordenar una investigación exhaustiva sobre Moran —contestó Emmett—. El FBI no tiene la costumbre de revelar los secretos de familia de nuestros legisladores, a menos que exista una prueba concluyente de actividad delictiva en sus archivos. Chismes sobre divorcios, delitos menores, mala conducta, perversiones sexuales o violaciones del código de circulación, todo eso lo archivamos en una bóveda y hacemos la vista gorda. El expediente de Moran estaba limpio, demasiado limpio para alguien que ha trepado tan arriba sin el beneficio de una educación, una inteligencia mediana, una inclinación al trabajo duro, riqueza o contactos importantes. Nada en su carácter indicaba agresividad o talento. Como pueden ver, los resultados no son, exactamente, una recomendación para hacerlo Papa.

Metcalf volvió a estudiar el informe.

—Esa firma de agentes de cambio y bolsa de Chicago... ¿cómo se llama? Ah, sí, Blackfox y Churchill.

—Una fachada para encubrir las operaciones de soborno de Moran. Los nombres de los destinatarios proceden de las lápidas de un cementerio de Fargo, en Dakota del Norte. Las falsas transacciones de bolsa tienen por objeto esconder dinero para sobornos, para proteger a concesionarios, funcionarios del Estado y de la ciudad que

buscan fondos federales y no se preocupan de cómo se consiguen, para pagos al mundo del hampa por favores... Al lado del Presidente de la Cámara de Diputados, los Bougainville parecen *boy scouts*.

—Tenemos que publicar todo esto —dijo Brogan, inflexible.

—Yo no lo haría —aconsejó Oates—. Moran lo negaría por completo, sosteniendo que ha sido un ardid para impedirle llevar al país a la reconciliación y la unidad. Ya lo veo apelando a la tradición norteamericana del juego limpio mientras cuelga de la cruz. Y para el momento en que el Departamento de Justicia pueda hacerle difíciles las cosas, ya habrá jurado como Presidente. Hay que estudiar con cuidado la situación. No se puede poner al país ante dos procesos contra el Presidente en el mismo año.

Metcalf asintió.

—Después de la demencial política del Presidente y los desvaríos de Moran sobre la presunta muerte del Vicepresidente, sería algo que el público difícilmente aceptaría. La completa pérdida de confianza en el sistema federal podría provocar una rebelión de los votantes en la próxima elección.

—O peor —agregó Emmett—. Cada día hay más gente que se niega a pagar los impuestos aduciendo que no le gusta en qué se gastan sus dólares. Y no se les puede culpar si no quieren apoyar a un gobierno conducido por líderes ineptos que se dedican a la malversación y al robo. Ahí afuera hay cinco millones de personas dispuestas a romper sus formularios para el pago de impuestos el próximo 15 de abril. Y la maquinaria federal, si esto ocurre, dejará de funcionar.

Los cuatro se quedaron inmóviles como figuras en un cuadro. Esas conjeturas no eran improbables. Nada igual había sucedido antes. Las perspectivas de salir ilesos de la tormenta parecían remotas.

Por fin, Brogan dijo:

—Estamos perdidos sin Vince Margolin.

—Ese hombre de la NUMA, Pitt, nos ha dado la primera pista.

—¿Y qué sacamos con eso? —preguntó Metcalf.

—Pitt dedujo que el laboratorio de control mental donde tienen a Margolin se encuentra en una barcaza de río.

—¿Una qué? —preguntó Metcalf, como si no hubiera oído.

—Una barcaza de río —repitió Emmett—. Amarrada sólo Dios sabe dónde, en una vía de agua interior.

—¿La están buscando?

—Con todos los agentes de que Martin y yo disponemos en nuestras agencias.

—Si me das algunos detalles más y me ofreces un plan rápido para coordinar nuestros esfuerzos, mandaré todas las fuerzas que el Departamento de Defensa pueda reunir para rastrear esas áreas.

—Sería una gran ayuda, general —dijo Oates—. Gracias.

Sonó el teléfono y Oates levantó el auricular. Tras escuchar en silencio un rato, colgó.

—¡Mierda! —exclamó.

Emmett jamás le había oído una expresión semejante.

—¿Qué pasa?

—Uno de mis ayudantes me informa desde la Cámara de Diputados.

—¿Qué ha dicho?

—Moran ha urgido la votación del *impeachment*.

—Entonces nada se interpone entre él y la Presidencia, salvo la opinión contraria del Senado —dijo Brogan.

—Ha adelantado el horario en unas diez horas —agregó Metcalf.

—Si mañana a esta hora no podemos presentar al público al Vicepresidente —dijo Emmett—, podemos despedirnos de los Estados Unidos.

Giordino encontró a Pitt en su garaje, sentado cómodamente en el asiento trasero de un inmenso descapotable, con los pies apoyados transversalmente en la puerta de atrás. No pudo menos que admirar las líneas clásicas del coche. Era un coche italiano, un Isotta-Fraschini construido en 1925 y cuya carrocería realizó Cesare Sala, con brillantes parachoques y una cobra coronando el radiador.

Pitt estaba mirando una pizarra montada en un trípode a unos tres metros del coche. Una gran carta náutica clavada con chinchetas en el marco mostraba toda la red fluvial interior. Al otro lado de la pizarra había varias anotaciones y lo que, a Giordino, le pareció una lista de barcos.

—Vengo del despacho del almirante —le dijo Giordino.

—¿Cuál es la última noticia? —le preguntó su amigo, sin apartar en ningún momento los ojos del tablero.

—La Junta de Comandantes en Jefe ha lanzado las fuerzas armadas a la cacería. Combinadas con los agentes del FBI y de la CÍA, mañana por la noche habrán rastreado toda la costa, centímetro a centímetro.

—Por tierra, mar y aire —susurró Pitt, sin mostrar interés—. Desde Maine hasta Florida.

—¿A qué se debe esa amargura?

—Una maldita pérdida de tiempo. La barcaza no está ahí —respondió arrojando al aire un trozo de tiza.

Giordino le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿De qué estás hablando? La barcaza tiene que estar en algún lugar.

—No necesariamente.

—¿Quieres decir que están buscando donde no deben?

—Si tú fueras los Bougainville, esperarías una cacería exhaustiva, ¿no?

—Elemental —respondió Giordino—. Yo me inclinaría más por camuflarla bajo una arboleda, esconderla en algún depósito del puerto o modificarla por fuera para que pareciera un gigantesco gallinero o cualquier otra cosa. A mí se me ocurre que lo más lógico sería ocultarla.

Pitt se rió.

—Tu idea del gallinero me parece genial... eso es tener imaginación.

—¿Se te ocurre alguna mejor?

Pitt se bajó del Isotta, fue hasta la pizarra y dobló la carta náutica, dejando a la vista otra con la costa del golfo de México.

—Da la casualidad que sí. —Y con un dedo golpeó un círculo marcado con tinta roja—. La barcaza con Margolin y Loren prisioneros está en algún lugar de por aquí.

Giordino se acercó y observó la zona marcada. Después miró a Pitt con la

expresión que, por lo general, se destina a la gente que anuncia el fin del mundo.

—¿Nueva Orleans?

—Al sur de Nueva Orleans —lo corrigió—. Para mí, está amarrada ahí, ahora. Giordino sacudió la cabeza.

—Creo que te precipitas. ¿Me estás diciendo que la Bougainville remolcó la barcaza desde Charleston, rodeó el cabo, casi mil setecientas millas, en menos de cuatro días? Lo siento, amigo, pero no se ha construido un remolcador que pueda llevar a ninguna barcaza a esa velocidad.

—Estoy de acuerdo. Pero supongamos que tomaran un atajo que les ahorrara setecientas millas...

—¿Cómo? —le preguntó, con una voz en la que se mezclaban la duda y el sarcasmo—. ¿Poniéndole ruedas y llevándola campo a través?

—No hagas chistes —respondió Pitt, muy serio—. Remolcándola por el canal recientemente inaugurado en el Estado de Florida, desde Jacksonville, en el Atlántico, hasta el río Crystal, en el golfo de México, cruzando toda la parte meridional del Estado.

La revelación incitó a Giordino. Volvió a mirar la carta, estudiando la escala. Después, sirviéndose del pulgar y el índice como compases, midió aproximadamente la reducida distancia entre Charleston y Nueva Orleans. Cuando se volvió para mirar a Pitt, exhibía una sonrisa mansa y humilde.

—Funciona. —Pero al instante se le borró la sonrisa—. ¿Y eso qué prueba?

—Los Bougainville han de tener algún muelle privado fuertemente custodiado y una terminal donde descargan sus cargamentos ilegales. Probablemente se halle a orillas del río, en algún lugar entre Nueva Orleans y la entrada del golfo.

—¿El delta del Mississippi? —Giordino se quedó perplejo—. ¿Cómo se te ha podido ocurrir?

—Fíjate bien —le dijo, señalando la lista de barcos en la pizarra y después leyéndola en voz alta—. El *Pilottown*, el *Belle Chasse*, el *Buras*, el *Venice*, el *Bootbville*, el *Chalmette*... todos barcos con registro extranjero, pero que en una época pertenecieron a la Compañía Marítima Bougainville.

—No entiendo qué tiene que ver.

—Échale otro vistazo a la carta. Cada uno de esos barcos tiene el nombre de una ciudad situada en el delta del río.

—¿Un nombre simbólico? ¿Una clave?

—Es el único error que han cometido los Bougainville: utilizar una clave para designar las áreas de sus operaciones clandestinas.

Giordino se acercó más para ver mejor.

—¡Por Dios! ¡Tienes razón!

Pitt golpeó la carta náutica con los nudillos.

—Apuesto mi Isotta-Fraschini contra tu Bronco que ahí es donde encontramos a Loren.

—Creo que estás en la buena pista.

—Corre a la terminal aérea de la NUMA y consigue un jet Lear. Yo me pondré en contacto con el almirante y le explicaré por qué volamos a Nueva Orleans.

Giordino se dirigía ya a la puerta.

—Tendré preparado el avión para el despegue cuando llegues —le dijo mientras salía.

Pitt subió la escalera que llevaba a su apartamento y puso alguna ropa en la maleta. Abrió un armario con armas, sacó una vieja ametralladora Cok Thompson, número de serie 8545, y dos tambores cargados con cartuchos de calibre 45, y los metió en un estuche de violín. Después fue al teléfono y llamó al despacho de Sandecker.

Se identificó ante su secretaria privada, quien inmediatamente le pasó la comunicación.

—¿Almirante?

—¿Sí, Dirk?

—Creo que ya he encontrado la zona donde está la barcaza.

—¿Dónde?

—En el delta del río Mississippi. Al y yo salimos ahora para allá.

—¿Qué te lleva a pensar que está en el delta?

—Mitad sospecha, mitad deducción. Pero es la mejor pista que tenemos.

Sandecker vaciló antes de replicar.

—Será mejor que lo dejes correr —dijo en voz baja.

—¿Suspenderlo? ¿De qué está hablando?

—Alan Moran exige que se suspenda la búsqueda.

Pitt se quedó atónico.

—¿Por qué?

—Dice que es una pérdida de tiempo continuar, y que es malgastar el dinero de los contribuyentes, porque Vince Margolin está muerto.

—Lo que dice es un disparate.

—Dice que tiene las ropas que llevaba Margolin la noche que desaparecieron todos para demostrar su afirmación.

—Todavía nos queda Loren.

—Moran dice que también ella está muerta.

Pitt se sintió como si se hundiera en una ciénaga.

—¡Miente!

—Tal vez, pero si tiene razón en lo que dice de Margolin, estás difamando al próximo Presidente de los Estados Unidos.

—El día en que esa chinche preste juramento renunciaré a mi nacionalidad.

—Probablemente no serás el único —contestó Sandecker, con amargura—. Pero tus sentimientos personales no cambian la situación.

Pitt siguió inmovible.

—Llamaré desde Louisiana.

—Esperaba que dijeras eso. Mantente en contacto. Haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte desde aquí.

—Gracias... viejo simulador.

—Ponte en marcha de una vez y di a Giordino que deje de robarme los puros.

Pitt sonrió y colgó. Terminó de hacer el equipaje y corrió al garaje. Tres minutos después de haber salido, su teléfono empezó a sonar.

A doscientas millas de distancia, un Sal Casio con cara cenicienta aguardaba desesperadamente una respuesta. Esperó en vano.

A las doce y diez del mediodía, Alan Moran cruzó el corredor principal del Capitolio, bajó una estrecha escalera y abrió la puerta que daba a una oficina aislada. La mayoría de los hombres de su rango estaban constantemente rodeados por una colmena de ayudantes, pero Moran prefería trabajar en soledad.

Siempre tenía esa mirada cautelosa y los ojos inexpresivos de un hombre cuya única salida es el poder, alcanzado por cualquier medio o a cualquier coste. Para conseguir su posición prestigiosa en el Congreso, había trabajado con mucho cuidado su imagen. En su vida pública rezumaba fervor religioso; era la personificación del hombre tímido y amistoso, con un elevado sentido del humor, el arquetipo del vecino siempre dispuesto a prestar su máquina de cortar césped, un hombre de pasado humilde, nacido sin privilegios.

Su vida privada no podía ser más opuesta a esa imagen. Era un ateo convencido que miraba a sus votantes, y al público en general, como una chusma cuyas crónicas quejas podían ser manipuladas en beneficio propio. Nunca se había casado, no tenía amigos íntimos y vivía frugalmente, como un monje penitente, en un pequeño apartamento alquilado. Cada dólar que ahorraba se unía a los fondos obtenidos a través de contribuciones ilegales, sobornos y otras inversiones. Y usaba ese dinero para aumentar la base de su poder, hasta que hubo pocos hombres y mujeres en altas posiciones que no estuvieran comprometidos con él por favores e influencias políticas.

Douglas Oates, Sam Emmett, Martin Brogan, Alan Mercier y Jesse Simmons, que acababa de ser liberado de su arresto domiciliario, estaban sentados en la oficina de Moran cuando éste entró. Todos se pusieron de pie cuando se sentó detrás de su mesa. Exhalaba un aura de pulcritud y presunción que no escapó a ninguno de los presentes. El hombre estaba pagado de sí mismo. Los había citado en su territorio privado y no les quedó más remedio que aceptar.

—Gracias por haberse reunido conmigo, señores —les dijo, con una sonrisa falsa—. Supongo que conocen el motivo.

—Tratar de su posible sucesión a la Presidencia —respondió Oates.

—La palabra *posible* no ha lugar —replicó Moran, irritado—. El Senado está citado para empezar el juicio a las siete de la tarde de hoy. Como candidato inmediato en la línea de sucesión del Poder Ejecutivo, creo que es mi obligación jurar inmediatamente después y asumir la responsabilidad de curar las heridas causadas por los nocivos delirios de grandeza del Presidente.

—¿No se precipita usted? —preguntó Simmons.

—No, si eso significa detener al Presidente antes de que haga algo peor.

Oates se mostró dudoso.

—La opinión pública podría interpretar su acción, por lo menos hasta que se demuestre que Vince Margolin está muerto, como un intento inapropiado de usurpar el poder, sobre todo teniendo en cuenta su participación en los inicios del juicio al Presidente.

Moran le miró y desvió después la mirada hacia Emmett.

—Usted tiene la ropa del Vicepresidente que se encontró en el río.

—Mi laboratorio en el FBI la identificó como perteneciente a Margolin —reconoció Emmett—. Pero los resultados de la investigación dicen que no hay la menor señal de que haya estado sumergida en el agua durante dos semanas.

—Lo más probable es que hubieran sido arrojadas a la costa y se hayan secado.

—Usted dijo que el pescador que se presentó en su oficina con la ropa declaró que la había encontrado en medio del río Potomac.

—Usted es el director del FBI —espetó Moran, furioso—. Usted lo dedujo. No estoy en un juicio.

—Quizás, en interés de los aquí presentes, sería conveniente seguir buscando a Margolin.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Brogan—. No podemos eliminarlo hasta que encontremos su cadáver.

—Seguro que surgirán muchas preguntas —agregó Mercier—. Por ejemplo, ¿cómo murió?

—Evidentemente, se ahogó —respondió Moran—. Probablemente cuando se hundió el *Eagle*.

—Tampoco —prosiguió Mercier— usted nunca explicó satisfactoriamente cómo usted y Marcus Larimer desembarcaron del *Eagle* y viajaron hasta un lugar de recreo, que hasta ahora nadie conoce, durante su viaje de pesca en el Caribe.

—Contestaré a todas esas preguntas ante una comisión investigadora del Congreso —respondió Moran—. Por supuesto, no lo voy a hacer aquí frente a gente que juega en contra mía.

—Debe comprender que, a pesar de sus errores, nuestra lealtad está con el Presidente —enfaticó Oates.

—No lo dudo ni por un minuto. Por eso los he citado aquí esta mañana. Diez minutos después de la votación en el Senado, juraré como Presidente. Mi primer acto oficial será anunciar o bien que ustedes han dimitido o bien que han sido despedidos. Ustedes eligen. Y, para la medianoche de hoy, ninguno de ustedes estará trabajando para el gobierno de los Estados Unidos.

La estrecha carretera serpenteaba entre las altas colinas que caían en picado sobre el Mar Negro. En el asiento trasero de un Cadillac Seville, Vladimir Polevoi leía el último informe de Aleksei Lugovoy. De vez en cuando levantaba la vista para observar el sol del amanecer en el horizonte. El coche llamaba la atención

dondequiera que fuese. Carrozado a medida, con televisor en color, mueble bar y equipo estereofónico, había sido adquirido por Polevoi y transportado a Moscú con la excusa de estudiar su tecnología. Al poco tiempo, Polevoi lo había destinado a su uso personal.

El largo automóvil fue subiendo por el borde boscoso de un acantilado hasta que el camino terminó ante una enorme puerta de madera en una alta pared de ladrillos. Un oficial uniformado saludó al jefe de la KGB y apretó un botón. La puerta se abrió silenciosamente a un vasto jardín resplandeciente de flores. El coche entró y estacionó junto a una casa larga de un solo piso, construida según el estilo occidental contemporáneo.

Polevoi subió los escalones circulares de piedra y entró en un vestíbulo, donde fue recibido por el secretario del Presidente Antonov, que lo acompañó hasta una mesa y unas sillas en la terraza que daba al mar.

Al cabo de unos minutos apareció Antonov. Parecía feliz y contento, y se sentó displicente en la baranda de hierro que rodeaba la terraza.

—Tiene usted una *dacha* nueva muy hermosa —dijo Polevoi.

—Gracias. Me la diseñó una firma de arquitectos franceses. No me cobraron un rublo. Desde luego, no podría pasar un examen de inspección de la comisión estatal sobre edificios. Demasiado burguesa. ¡Pero qué diablos...! Los tiempos cambian. —Después cambió repentinamente de tema—. ¿Qué novedades hay de Washington?

—El Presidente será apartado de su cargo —le respondió Polevoi.

—¿Cuándo?

—Mañana a esta hora.

—¿Seguro?

—Sin la menor duda.

Antonov levantó su vaso de vodka y lo vació. Inmediatamente, una camarera le sirvió otro.

—¿No habremos calculado mal, Vladimir? —preguntó Antonov—. ¿No habremos intentado hacer demasiadas cosas en demasiado poco tiempo?

—Nadie puede sospechar lo que son capaces de hacer los norteamericanos. No se comportan de modo predecible.

—¿Quién será el nuevo Presidente?

—Alan Moran, el Presidente de la Cámara de Diputados.

—¿Podemos trabajar con él?

—Mis fuentes dicen que tiene una mente tortuosa, pero influenciable.

Antonov contempló una minúscula lancha pesquera allá lejos, en el agua.

—Si me dieran a elegir, preferiría a Moran antes que al Vicepresidente Margolin.

—Sin duda alguna —concedió Polevoi—. Margolin es un consumado enemigo de nuestra sociedad comunista y un apasionado defensor de la expansión de la

maquinaria bélica norteamericana.

—¿Hay algo que nuestra gente pueda hacer, discretamente, por supuesto, para ayudar a Moran en la Casa Blanca?

Polevoi sacudió la cabeza.

—Muy poco. No vale la pena correr el riesgo de que nos descubran y tengamos que luchar contra la propaganda adversa.

—¿Dónde está Margolin?

—Segue en manos de los Bougainville.

—¿Hay alguna posibilidad de que esa vieja lo libere a tiempo para cortar el camino a Moran a la Casa Blanca?

Polevoi se encogió de hombros.

—¿Quién puede decir lo que piensa esa vieja bruja?

—Si estuvieras en su lugar, Vladimir, ¿qué harías?

—Haría un trato con Moran, ofreciéndole librarle de Margolin para siempre.

—¿Tendrá Moran agallas para aceptarlo?

—Si un hombre que ha estado prisionero en una situación extremadamente vulnerable se interpusiera entre usted y el liderazgo de una superpotencia, ¿cómo actuaría?

Antonov estalló en una carcajada que asustó a un pájaro cercano hasta hacerlo salir volando.

—Amigo mío, lees mis pensamientos como a través de un cristal. Entiendo lo que quieres decir. No vacilaría en cargármelo.

—La prensa norteamericana informa que Moran sostiene que Margolin se suicidó ahogándose.

—De modo que tu teoría parece tener base. Quizás, al fin y al cabo, la vieja Loto de Acero terminará haciéndonos un favor.

—Por lo menos nuestro trato con ella no nos costó nada.

—Hablando de costes, ¿cómo está lo del oro?

—El almirante Brochavski empezó las operaciones de rescate. Espera sacar el último lingote dentro de tres semanas.

—Eso es una buena noticia. ¿Y qué hay del doctor Lugovoy? ¿Puede continuar con su proyecto después de que hayan apartado al Presidente de su cargo?

—Sí. En el interior de la cabeza del Presidente hay un inagotable archivo de secretos norteamericanos. Lugovoy tiene que aprovecharlos.

—Entonces que siga el proyecto. Dale a Lugovoy una extensa lista de asuntos políticos y militares que deseamos explorar. Todos los líderes norteamericanos que dejan su cargo son consultados por su experiencia, por ineficientes que hayan sido en sus funciones. Las masas capitalistas tienen poca memoria. Lo que sabe ahora el Presidente y lo que llegará a saber por sus sucesores puede sernos de gran utilidad en

el futuro. Esta vez ejercitaremos la paciencia y sondearemos poco a poco. El cerebro del Presidente puede ser la gallina que ponga huevos de oro en el servicio de inteligencia durante décadas.

Polevoi levantó su vaso.

—Un brindis por nuestro mejor agente secreto.

Antonov sonrió.

—¡Ojalá siga produciendo!

Al otro lado del mundo, Raymond Edgely estaba sentado frente a un panel de mandos y leía los datos que aparecían en la impresora. Se levantó las gafas y se frotó los ojos enrojecidos. Pese a su aparente cansancio, había en él una fuerte energía nerviosa. Su espíritu de competencia lo estimulaba. La oportunidad de vencer a su más directo rival en un juego de intriga psicológica le quitaba el sueño.

El doctor Harry Greenberg, famoso psiquiatra e investigador, encendió una pipa de arcilla de boquilla curva. Tras encenderla, señaló la impresora con el extremo de la boquilla.

—No tiene sentido seguir esperando más, Ray. Tenemos datos suficientes para hacer el cambio.

—No quisiera precipitarme y hacerlo antes de estar seguros de que podemos engañar a Aleksei.

—Hazlo. Déjate de dudas y hazlo.

Edgely miró a los diez psicólogos que formaban su equipo. Ellos le devolvieron la mirada, expectantes. Entonces Edgely asintió:

—De acuerdo. Todo el mundo alerta para la transferencia de pensamientos desde el injerto del Presidente a nuestro ordenador central.

Greenberg dio una vuelta por la habitación, hablando brevemente con cada uno, comprobando por segunda vez los procesos. Tres de los psicólogos se sentaron ante el cuadro de mandos del ordenador, con las manos sobre los botones. El resto observó las leyendas en las pantallas.

Nerviosamente, Edgely se secó las palmas de las manos con un pañuelo. Greenberg permanecía a un lado, detrás de él.

—No queremos interrumpir durante un esquema de pensamiento o en medio de las instrucciones de Lugovoy —les advirtió Greenberg.

—Ya lo sé —dijo Edgely, sin apartar los ojos de la pantalla del traductor de ondas cerebrales—. Nuestro ordenador debe seguir también el ritmo de su corazón y otras funciones vitales con toda exactitud.

El encargado de la programación tecleó la orden y esperó. Todos aguardaron, observando la pantalla vacía donde aparecería el éxito o el fracaso. Pasaban los minutos, nadie hablaba y los únicos sonidos que llegaban eran el suave ronroneo de la maquinaria electrónica mientras el ordenador esperaba la milésima de segundo

adecuada para ejecutar la orden. De pronto se leyó en la pantalla: realizada la transferencia de comunicaciones.

Todos exhalaban un suspiro de alivio y empezaron a hablar otra vez, estrechándose entusiasmados las manos, igual que en un centro de control de vuelo de la NASA después del lanzamiento con éxito de un cohete.

—¿Crees que Aleksei caerá en la trampa? —preguntó Edgely.

—No te preocupes. Ni llegará a sospechar. La vanidad de Aleksei Lugovoy jamás le permitirá creer que alguien haya podido engañarlo como a un niño. —Greenberg hizo una pausa para expeler un anillo de humo—. Se va a tragar todo lo que le demos y lo enviará a Moscú como si él fuera un regalo del cielo en el mundo del espionaje.

—¡Ojalá! —exclamó Edgely, secándose el sudor de la frente—. El próximo paso es llevar al Presidente al Hospital Walter Reed y sacarle el injerto.

—Un momento. Lo primero es lo primero —dijo Greenberg, sacando una botella de champán, mientras un miembro del personal pasaba las copas. Saltó el corcho y se sirvió el vino. Greenberg levantó su copa.

—Por el doctor Edgely —dijo, con una sonrisa irónica—, que ha hecho retroceder diez años a la KGB.

CUARTA PARTE

El Stonewall Jackson

13 de agosto de 1989 - Nueva Orleans, Louisiana

Pitt durmió la mayor parte del vuelo, mientras Giordino se ocupaba de los mandos. El sol vespertino brillaba en un cielo diáfano cuando descendieron sobre las aguas azul-verdosas del lago Pontchartrain y se dirigieron al pequeño aeropuerto que asomaba en la costa de Nueva Orleans. El jet, de color aguamarina, perteneciente a la NUMA, tocó la pista de aterrizaje de asfalto y traqueteó hasta detenerse junto a un helicóptero que llevaba pintada a un lado la inscripción DELTA OIL LTD.

En las proximidades, un hombre con traje de algodón salió de un coche aparcado y fue hacia ellos. Se quitó las gafas de sol y levantó una mano cuando Pitt bajó de la cabina del jet.

—¿El señor Pitt? —preguntó, mostrando una hilera de dientes blancos en una cara tostada por el sol.

—Soy yo.

—Clyde Griffin, agente especial del FBI, encargado de la sección de Louisiana.

Giordino bajó a tierra y Pitt hizo las presentaciones.

—¿Qué podemos hacer por usted, señor Griffin?

—El señor Emmett me pidió que le informara oficialmente de que el FBI no puede proporcionarle ayuda en su cacería.

—No recuerdo haber pedido ninguna —contestó Pitt.

—Quiero decir ninguna «ayuda oficial», señor Pitt. —Sus blancos dientes se apretaron en una amplia sonrisa—. Pero hoy es domingo. Mi trabajo no puede considerarse «oficial». El Director sugirió que todo lo que hagan sus agentes en su día libre es asunto de ellos. Tengo ocho hombres a mi disposición y saben que lo que usted está haciendo es más importante que su partido de golf.

—¿Emmett está de acuerdo?

—De manera estrictamente confidencial, insinuó, bastante enérgicamente, que si no encontramos enseguida al Vicepresidente me va a dar tal patada en el culo que jamás volveré a sentarme al piano otra vez.

—Ésa es la gente que me gusta —dijo Giordino.

—¿Sabe ya lo que buscamos? —le preguntó Pitt.

Griffin asintió.

—Una barcaza de río. Ya hemos inspeccionado doscientas entre aquí y Baton Rouge.

—Usted ha buscado por el norte. Creo que están al sur.

Griffin miró al suelo, dudando.

—La mayoría de los cargueros y buques cisterna que llegan descargan en los

muelles de la ciudad. Después se lleva el cargamento al norte con un remolcador. Muy pocas barcas hacen el servicio regular al sur del delta, salvo las que llevan basuras y desperdicios para arrojar en el océano.

—Razón de más para mirar en esa dirección.

Griffin señaló el helicóptero.

—Mis hombres están esperando en los coches a lo largo del malecón. Podemos dirigirlos desde el aire.

—¿La Delta Oil es una buena cobertura?

—Los helicópteros de esa compañía circulan mucho por aquí. Se utilizan para transportar hombres y repuestos a las embarcaciones del golfo y para la construcción de oleoductos en el delta. Nadie les presta mucha atención.

Pitt se excusó y volvió a entrar en el avión de la NUMA, para aparecer poco después con un estuche de violín. Luego entró en el helicóptero y le presentaron al piloto, una rubia delgada, de ojos soñadores, que hablaba con una cantinela muy pronunciada y lenta. Pitt no la habría tomado por una agente del FBI, que era lo que era en realidad, ni la encontró tan delgada como para que le cuadrara el sobrenombre que le habían puesto: «Palillo» Hogan.

—¿Usted toca el violín mientras vuela? —preguntó la mujer.

—Me calma el miedo a las alturas —respondió Pitt, sonriendo.

—Hay gente para todo —susurró ella.

Se ajustaron los cinturones, y la mujer elevó el helicóptero, pasando por el corazón de la ciudad antes de doblar hacia el sur. Y después volaron por encima de las aguas fangosas, verdes y amarronadas, del Mississippi.

—Aquí está —anunció Hogan— Old Man River. Demasiado espeso para beber, demasiado poco consistente para arar.

—¿Conoce el río? —preguntó Griffin a Pitt.

—Dirigí una investigación histórica, hace algunos años, sobre unos barcos confederados que se hundieron durante la Guerra Civil a unos cien kilómetros río abajo, cerca de Plaquemines Parish.

—Hay un restaurante excelente en Plaquemines...

—Lo conozco: Tom's. Unas ostras extraordinarias. Cuando vaya, no deje de pedir las con la salsa de chile, especial de la casa. Fantásticas.

—Ha corrido usted mundo...

—Más o menos.

—¿Tiene alguna idea de dónde puede estar la barcaza?

—Fíjese bien en un muelle con un depósito que parezca estar en ruinas y poco usado, pero bien protegido por una fuerza de seguridad: excesivo número de guardias, cerca alta, quizá perros. La barcaza, herrumbrada y con reparaciones, ha de estar por ahí. Sospecho que entre Chalmette y Pilottown.

—Sólo se puede llegar a Pilottown en barco. La carretera del delta termina diez millas arriba, en una ciudad llamada Venice.

—Estoy en lo cierto.

Un enorme carguero navegaba río arriba, con su roma proa cortando la corriente. La bandera que flameaba en la popa era roja con una estrella dorada, una hoz y un martillo.

—Ruso —observó Pitt.

—Muchos de los cinco mil barcos que van a Nueva Orleans todos los años son rusos —dijo Griffin.

—¿Quiere ver lo que hay en esa barcaza? —preguntó «Palillo» Hogan, señalándola—. Ahí, amarrada detrás de esa rastra en la orilla oriental.

Griffin asintió.

—Ésta la vamos a inspeccionar nosotros.

La mujer agitó su rubia melena para expresar que estaba de acuerdo.

—Os dejaré en el muelle.

Con gran pericia, bajó las ruedas del helicóptero sobre la carretera que llevaba al malecón. Griffin corrió hacia la barcaza. Tres minutos después estaba de vuelta.

—¿No ha habido suerte? —preguntó Pitt.

—Un fracaso. Esa vieja tina está llena hasta la mitad de petróleo. La deben utilizar como estación de reabastecimiento.

Pitt consultó su reloj. Las dos y media. El tiempo volaba. Pocas horas más y Moran juraría como Presidente.

—Sigamos actuando —dijo.

—De acuerdo —respondió la mujer, mientras hacía subir el helicóptero por el río, en un viraje rápido que hizo que Giordino tuviera que comprobar si su estómago seguía en su sitio.

Ocho millas más y divisaron otro espacio vacío, después de ver una barcaza amarrada sospechosamente junto a un astillero. Una rápida pesquisa, por parte del equipo en tierra, demostró que era un lugar abandonado.

Pasaron por los pueblos pesqueros de Empire y Buras. De pronto, tras un descenso en torno de un recodo, les pareció haber vuelto a los días dorados del río. Vieron un casco largo y blanco, manga ancha, con penacho de vapor flotando sobre las cubiertas. Un barco de ruedas estaba atracado de proa en el malecón occidental.

—Recuerdos de Mark Twain —dijo Giordino.

—Es una belleza —exclamó Pitt, mientras admiraba las delicadas tallas en la obra muerta.

—El *Stonewall Jackson* —les explicó Griffin—. Ha sido un espectáculo en el río durante setenta años.

Las pasarelas del barco habían sido bajadas sobre la orilla, frente a una vieja

fortaleza de ladrillos construida en forma de pentágono. En el centro de un campo cercano, una nube de humo azul ascendía sobre dos líneas opuestas de hombres que parecían tirotarse.

—¿Qué se celebra? —preguntó Giordino.

—Una conmemoración de la Guerra Civil —informó «Palillo» Hogan.

—¿En qué consiste?

—Están representando una batalla histórica —explicó Pitt—. Para divertirse, los hombres forman brigadas y regimientos basados en auténticas unidades que lucharon durante la Guerra Civil. Se visten con idénticos uniformes y tiran a blancos con armas que son réplicas exactas y originales. Presencí un espectáculo así en Gettysburg. Son fabulosos, casi como si fueran verdaderos.

—Lástima que no podamos detenernos para verlo —se lamentó Griffin.

—La Plaquemines Parish es un lugar lleno de historia —agregó la mujer—. El edificio pentagonal donde están representando ese simulacro de batalla se llama Fort Jackson. De ahí partió el almirante Farragut cuando asoló los fuertes y capturó Nueva Orleans para los yanquis en 1862.

No se requería ningún esfuerzo de la imaginación para ver y oír los atronadores cañones haciendo fuego entre los barcos de la Unión y las baterías Confederadas. Pero la curva del río donde el almirante Farragut y su flota se abrieron paso un siglo antes estaba ahora silenciosa. El agua se mecía tranquila entre las orillas, después de haber cubierto, mucho tiempo atrás, los restos de los barcos hundidos durante la batalla.

Hogan se enderezó de pronto en su asiento y miró por encima del panel de los instrumentos a través de la ventanilla de la cabina. A no más de dos millas, un barco con la proa apuntando río abajo estaba amarrado junto a un viejo muelle de madera, cuyos pilotes se hallaban bajo un gran depósito de metal. Detrás de la popa había una barcaza y un remolcador.

—Podría ser ése —dijo.

—¿Puede leer el nombre del barco? —preguntó Pitt desde el asiento trasero.

La mujer sacó un momento la mano izquierda de la palanca de control para hacerse pantalla sobre los ojos.

—Diría que es... no, eso es un pueblo por el que acabamos de pasar.

—¿Qué pueblo?

—Buras.

—Podría ser. ¡Diablos! —exclamó Pitt, con voz triunfal—. Es ése.

—No se ven tripulantes a bordo —observó Griffin—. Hay una cerca alrededor, pero no veo la menor señal de guardias o perros. A mí me parece que todo está muy tranquilo.

—No apueste —le replicó Pitt—. Siga volando por ahí, Hogan, hasta que nos

perdamos de vista. Después vuelva hacia el malecón occidental y reunámonos con la gente de tierra.

La mujer siguió su rumbo unos cinco minutos y después describió un gran semicírculo hacia el norte y aterrizó en el campo de fútbol de una escuela. Dos coches, atestados con agentes del FBI, los estaban esperando cuando el helicóptero tocó tierra.

Griffin se volvió en su asiento para mirar a Pitt.

—Yo iré con mi gente y entraremos por el portón frontal que da al muelle de carga. Usted y Giordino quédense con Hogan y actúen como observadores aéreos. Tiene que parecer una operación de rutina.

—Operación de rutina —repitió ácidamente Pitt—. Usted va hasta el portón, les muestra su insignia del FBI y ve que todo el mundo se encoge y hace un saludo servil. Eso no ocurre nunca. Esas gentes matan como usted y yo aplastamos mosquitos. Hacerlos salir al aire libre es una invitación para que le vuelen la cabeza. Sería más inteligente por su parte esperar y pedir refuerzos.

La cara de Griffin mostraba bien a las claras que no era de las personas a las que se les ordene cómo deben hacer las cosas. Ignoró el comentario de Pitt y dio instrucciones a Hogan.

—Déjenos dos minutos para llegar al portón antes de despegar y describir un círculo por encima del depósito. Comuníquese con la central e infórmeles de la situación. Y dígales que transmitan nuestros informes al cuartel general del FBI en Washington.

Bajó a tierra y entró en el primer coche. Pasaron por el gimnasio de la escuela secundaria, enfilaron un camino escondido que conducía a las instalaciones de la Bougainville en el muelle, y después desaparecieron en el malecón.

Hogan hizo ascender el helicóptero y sintonizó la radio. Pitt pasó al asiento del copiloto y observó cómo Griffin y sus hombres se acercaban a las cadenas que rodeaban el muelle y el depósito. Con creciente malestar, vio cómo Griffin bajaba del coche e iba hasta el portón. Pero no salió nadie.

—Ocurre algo —dijo Hogan—. El remolcador y la barcaza se están moviendo.

Tenía razón. El remolcador empezó a alejarse del muelle, empujando la barcaza con su proa roma. El timonel maniobraba expertamente las dos embarcaciones por la corriente principal para dirigirse hacia el golfo.

Pitt cogió un transmisor-receptor y gritó:

—¡Griffin! ¡La barcaza se está alejando! Olvídense del barco y del almacén. Vuelva al camino y prosiga la persecución.

—De acuerdo —respondió Griffin.

De pronto se abrieron las puertas del barco y la tripulación se apiñó en las cubiertas, desgarrando las telas que cubrían dos emplazamientos de armas escondidos

en la proa y en la popa. La trampa había funcionado.

—¡Griffin! —gritó Pitt por el micrófono—. ¡Vayase! ¡Por el amor de Dios, vayase!

La advertencia llegó demasiado tarde. Griffin se metió de un salto en el coche delantero, que salió rugiendo para protegerse en el malecón, pero las ametralladoras Oerlikon de veinte milímetros lanzaron una ráfaga mortal. Las balas desgarraron el coche, haciendo añicos las ventanillas y despedazando el débil metal como si fuera de cartón, metiéndose en la carne y los huesos de los que estaban en su interior. El coche de atrás se hizo a un lado para detenerse. Los cuerpos saltaron a tierra. Algunos quedaron inmóviles, otros trataron de arrastrarse en busca de cobertura. Griffin y sus hombres consiguieron llegar a la cima del malecón, pero todos estaban muy mal heridos.

Pitt abrió su estuche de violín, sacó el cañón de la Thompson por la ventanilla y lanzó una ráfaga sobre la ametralladora de la proa del *Buras*. Hogan comprendió enseguida qué se proponía e inclinó el helicóptero para que tuviera un mejor ángulo de tiro. Los hombres cayeron en la cubierta, sin saber de dónde venía esa mortal barrera de fuego. Los que estaban en la popa tuvieron tiempo de reaccionar. Giraron la Oerlikon y empezaron a lanzar ráfagas al cielo. Hogan se esforzó por esquivar las balas, que pasaron rozando el aparato. Condujo el helicóptero en torno del barco en ese duelo feroz sobre el río. La segunda ráfaga lanzada desde el *Buras* alcanzó al helicóptero de lleno. Pitt levantó un brazo para protegerse los ojos cuando el parabrisas se desintegró y cayó en la cabina. Las balas atravesaron el débil fuselaje de aluminio y se encarnizaron con el motor.

—No veo —dijo la mujer, con una voz sorprendentemente tranquila. Tenía la cara manchada de rojo por varios cortes; la sangre le corría desde el cuero cabelludo a los ojos, cegándola.

Salvo unos pocos rasguños profundos en el brazo, Pitt estaba ileso. Le pasó la ametralladora a Giordino, que estaba envolviéndose una manga que había desgarrado de la camisa en torno a una herida en la pantorrilla derecha. El helicóptero estaba perdiendo fuerza y caía hacia el río. Pitt estiró una mano, tomó los controles y lo inclinó para alejarlo del fuego asesino que subía del remolcador. Una docena de hombres salieron de la cabina y de una escotilla en la parte superior de la barcaza, y furiosamente descargaron sus armas automáticas contra el averiado helicóptero.

El motor perdía combustible y las paletas de los rotores vibraban enfurecidas. Pitt redujo la velocidad a fin de impedir que la máquina cayera demasiado rápidamente. Vio que el panel de los instrumentos había quedado hecho pedazos por una tormenta de balas. Estaba librando una batalla sin esperanzas. No podía seguir volando por mucho más tiempo. El helicóptero perdía velocidad y, además, el control lateral.

Allá, abajo, detrás del malecón, Griffin estaba arrodillado consumido por una

rabia impotente, sosteniéndose una muñeca desgarrada y viendo el helicóptero, que luchaba como un gran pájaro mortalmente herido. El fuselaje estaba tan acribillado a balazos que le resultaba increíble pensar que alguien siguiera vivo.

Vio morir lentamente el aparato, dejando una estela de humo mientras caía río arriba, esquivando por centímetros un grupo de árboles a lo largo de la orilla, hasta que se perdió de vista.

Sandecker estaba sentado en el despacho privado de Emmett, en el cuartel general del FBI, y masticaba perezosamente la colilla de un puro. Se le habían agotado ya todas las ideas. Brogan hacía juegos malabares con una taza medio vacía de un café que ya se había enfriado.

El general Metcalf entró y tomó asiento.

—Esto parece un entierro —dijo, con alegría forzada.

—¿Y acaso no lo es? —replicó Brogan—. Apenas el Senado pronuncie su sentencia, lo único que nos queda es empezar el velatorio.

—Vengo de la sala de recepciones del Senado —prosiguió Metcalf—. El Secretario Oates está presionando a los miembros del partido del Presidente, tratando de convencerlos para que aplacen la sesión.

—¿Qué posibilidades tiene? —preguntó Sandecker.

—Ninguna. El Senado se limita a seguir los formalismos de un juicio. Dentro de cuatro horas todo habrá acabado.

Brogan sacudió la cabeza con asco.

—Tengo entendido que Moran cuenta con el apoyo del Director de Justicia, O'Brien, para el momento que jure.

—El canalla no va a perder un minuto —murmuró Emmett.

—¿Hay noticias de Louisiana? —preguntó Metcalf.

Emmett le dirigió una mirada negativa.

—No desde hace una hora. El último informe del agente que dirige la operación decía que se disponía a investigar un muelle que parecía sospechoso.

—¿Algún motivo concreto para creer que Margolin está escondido en el delta?

—Es sólo una intuición de Pitt, el director de proyectos especiales de la NUMA —respondió Sandecker.

Metcalf miró a Emmett.

—¿Qué vas a hacer con los Bougainville?

—He destinado casi cincuenta agentes al caso.

—¿Puedes arrestarlos?

—Sería una pérdida de tiempo. Min Koryo y Lee Tong estarían otra vez en la calle al cabo de una hora.

—Con toda seguridad, debe haber pruebas suficientes.

—Ninguna en la que pueda clavar los dientes el fiscal. La mayoría de sus acciones ilegales se ha producido fuera de nuestras fronteras, en naciones del Tercer Mundo que no son muy amigas de los Estados Unidos...

Sonó el teléfono.

—Emmett.

—El agente Goodman, señor.

—¿Qué pasa, Goodman?

—Estoy en contacto con el agente Griffin, en Louisiana.

—Ya era hora —espetó Emmett, impaciente—. Póngame con él.

—Un momento. —Se produjo un silencio, interrumpido por un clic audible y Emmett oyó el ruido de una respiración jadeante. Conectó el altavoz para que los demás pudieran escuchar.

—Griffin, habla Sam Emmett, ¿me oye?

—Sí, señor, con toda claridad. —Las palabras parecían salir de alguien que estaba sufriendo—. Nos hemos metido... nos hemos metido en un lío.

—¿Que lu pasado?

—Descubrimos un carguero de la Bougainville atracado en un muelle junto a una barcaza y un remolcador, a unas setenta millas al sur de Nueva Orleans. Antes de que mi equipo y yo pudiéramos entrar para inspeccionarlo, nos hicieron fuego con armas pesadas montadas en el barco. Las balas alcanzaron a todos... dos de mis hombres han muerto, y hay siete heridos, yo incluido. Fue una carnicería. —La voz se le ahogó y quedó callado un rato. Cuando volvió a hablar, su voz era notablemente más débil—. Lamento no haberme puesto en contacto antes, pero las balas inutilizaron nuestro equipo de comunicaciones y tuve que caminar tres kilómetros para encontrar un teléfono.

La cara de Emmett adquirió una expresión de pena. La idea de un hombre malherido y perdiendo sangre durante tres kilómetros en un abrasador día de verano, conmovió sus sentimientos, por lo general duros como piedras.

Sandecker se acercó al altavoz.

—¿Qué hay de Pitt y Giordino?

—La gente de la NUMA y uno de mis agentes realizaban un vuelo de vigilancia en un helicóptero —respondió Griffin—. Lo derribaron a tiros y se estrellaron en algún lugar, río arriba. Dudo de que haya supervivientes.

Sandecker reculó. No había la menor vida en su expresión.

Emmett se inclinó sobre el altavoz.

—¿Griffin?

La única respuesta que recibió fue un vago susurro.

—Griffin, escúcheme. ¿Puede seguir hablando?

—Sí, señor, lo intentaré.

—La barcaza... ¿cuál es la situación de la barcaza?

—El remolque... el remolque se la llevó.

—¿Adonde?

—Río abajo... la última vez que la vi fue hacia el Head of Passes.

—¿El Head of Passes?

—El extremo inferior del Mississippi, donde el río se bifurca en tres canales principales que dan al mar —contestó Sandecker—. El Paso del Sur, el Paso del Sudoeste y el Pass a Loutre. La mayoría de los barcos importantes utilizan los dos primeros.

—Griffin, ¿cuánto tiempo hace que la barcaza salió de su área?

No hubo respuesta, ningún zumbido, como si se hubiera interrumpido la comunicación, ningún ruido.

—Creo que se ha desvanecido —dijo Metcalf.

—Enseguida le mandamos ayuda... ¿Me entiende, Griffin?

Ninguna respuesta.

—¿Para qué llevan la barcaza al mar? —preguntó Brogan.

—No se me ocurre ninguna razón —dijo Sandecker.

Sonó otro teléfono.

—Hay una llamada urgente para el almirante Sandecker —dijo Don Miller, el subdirector.

Emmett levantó la vista.

—Una llamada para usted, almirante. Si lo prefiere la puede recibir en la otra oficina.

Sandecker le dio las gracias y pasó a la antesala, donde la secretaria de Emmett le mostró un teléfono en una mesa desocupada.

El almirante levantó el auricular.

—Aquí el almirante Sandecker.

—Un momento, señor —dijo la voz familiar del jefe de operadores de la NUMA.

—¿Sí?

—Aquí Sandecker. ¿Quién es?

—Es usted difícil de localizar, almirante. De no haber dicho que la llamada concernía a Dirk Pitt, su secretaria jamás le habría pasado la llamada.

—¿Quién es? —exigió Sandecker.

—Mi nombre es Sal Casio. Estoy trabajando con Dirk en el caso Bougainville.

Diez minutos después, cuando Sandecker regresó al despacho de Emmett, parecía atónito y conmovido. Brogan percibió inmediatamente que algo iba mal.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Parece como si te hubieras encontrado con un fantasma.

—La barcaza —susurró Sandecker—. Los Bougainville han hecho un trato con Moran. La llevan a mar abierto para echarla a pique.

—¿Qué estás diciendo?

—Loren Smith y Vince Margolin están sentenciados a muerte para que Alan Moran pueda ser Presidente. La barcaza será su tumba a diez brazas bajo el agua.

—¿Nos siguen persiguiendo? —preguntó el piloto, sincronizando las palancas de control en el panel de mandos del timón, con la elegancia de un director de orquesta.

Lee Tong retrocedió desde la amplia ventana abierta al fondo de la cabina y bajó los binoculares.

—No se ve nada, excepto una extraña nube de humo negro a unas dos o tres millas de la popa.

—Probablemente, petróleo ardiendo.

—Parece que nos sigue.

—Pura ilusión. El río suele provocar espejismos. Lo que parece estar a un kilómetro está a cuatro. Hay luces donde se supone que no debe haberlas. Los barcos que se acercan a un canal parecen diluirse a medida que uno se acerca. Sí, el río puede engañar cuando se pone bromista.

Lee Tong volvió a mirar al canal. Había aprendido a no hacer caso de los interminables comentarios del piloto sobre el Mississippi, pero admiraba su pericia y experiencia.

El capitán Kim Pujón era un piloto de río profesional que hacía tiempo que trabajaba para las líneas Marítimas Bougainville, pero aún conservaba sus supersticiones asiáticas. Raras veces apartó los ojos del canal y de la barcaza mientras equilibraba expertamente las velocidades de los cuatro motores de doce mil caballos de fuerza y guiaba, delicadamente, los cuatro timones de proa del remolcador y los seis de apoyo. Bajo sus pies, los potentes motores diesel giraban al máximo de su fuerza, impulsando la barcaza por el agua a casi dieciséis millas por hora, tensando los cables que mantenían unidas las dos embarcaciones.

Pasaron junto a un petrolero sueco y Lee Tong tuvo que buscar un punto de apoyo cuando la barcaza y el remolcador se mecieron sobre el oleaje.

—¿Cuánto falta para llegar a aguas profundas?

—Hemos pasado del agua dulce al agua salada hace diez millas. Habremos cruzado las aguas costeras poco profundas dentro de otros quince minutos.

—Manten los ojos bien abiertos y busca un barco de casco rojo y la bandera azul británica. Es un barco dedicado a investigaciones y experimentos.

—¿Vamos a subir a bordo de un barco de la Marina Real después de que echemos éste a pique? —preguntó Pujón, sorprendido.

—Era un carguero noruego —le explicó Lee Tong—. Lo compré hace siete años y lo reacondicioné como barco de investigaciones... un disfraz oportuno para engañar a las autoridades de las aduanas y al servicio de guardacostas.

—Esperemos que engañe también a quien esté detrás de nosotros.

Lee Tong refunfuñó.

—¿Por qué no? A los norteamericanos que nos busquen les dirán, con el mejor acento inglés del mundo, que nos han recogido y nos han encerrado. Antes de que el barco amarre en Nueva Orleans, tú, yo y nuestra tripulación estaremos muy lejos.

Pujón señaló hacia adelante.

—Ya se ven las luces de Port Eads. Pronto estaremos en alta mar.

Lee Tong asintió, con siniestra satisfacción.

—Si no han podido detenernos ya han llegado tarde, demasiado tarde.

El general Metcalf, poniendo en peligro su larga y distinguida carrera, ignoró las amenazas de Moran y ordenó una alerta militar en todos los estados de la costa del golfo. En la Base de la Fuerza Aérea de Eglin y en Hurlburt Field en Florida, cazas y bombarderos despegaron y se dirigieron hacia el oeste, mientras escuadrones de la Estación Naval Aérea de Corpus Christi en Texas volaban en dirección al este.

Metcalf y Sandecker se dirigieron en coche al Pentágono para dirigir la operación de rescate desde la sala de guerra. Una vez puesta en movimiento la vasta maquinaria bélica, muy poco podían hacer, salvo escuchar los informes y mirar las fotos del satélite proyectadas en una pantalla.

Metcalf no pudo disimular su aprensión. Estaba de pie, incómodo, frotándose las manos, observando las luces que en las fotos indicaban la marcha de la fuerza aérea a medida que los aviones convergían en el círculo iluminado en rojo.

—¿Cuánto falta para que lleguen los primeros aviones? —preguntó Sandecker.

—Diez, no más de doce minutos.

—¿Y los barcos?

—Por lo menos una hora —respondió Metcalf, amargado—. Nos pescaron escasos de elementos. Ningún buque en las inmediaciones, excepto un submarino nuclear a sesenta millas del golfo.

—¿El servicio de guardacostas?

—Hay un barco de rescate frente a la isla Grand. Podría llegar a tiempo.

Sandecker estudió la foto.

—Dudoso. Está a treinta millas.

Metcalf se secó las manos con un pañuelo.

—La situación es complicada —dijo—. Excepto para tácticas de intimidación, la misión aérea es inútil. No podemos enviar aviones que ataquen al remolcador sin poner en peligro la barcaza. Están prácticamente juntos.

—De cualquier manera, los Bougainville van a echar a pique la barcaza muy pronto.

—¡Si por lo menos tuviéramos barcos en la zona! Podríamos intentar un abordaje.

—Y rescatar vivos a Smith y Margolin.

Metcalf se hundió en un sillón.

—Con todo, quizá lo logremos. Dentro de pocos minutos debe llegar una fuerza

especial SEAL de la Marina, con helicópteros.

—Después de los que les ocurrió a los agentes del FBI, pueden exponerse a una matanza.

—Es nuestra última esperanza —dijo Metcalf, impotente—. Si no pueden rescatarlos ellos, nadie puede hacerlo.

El primer avión en llegar al escenario no fue un caza a reacción sino un cuatrimotor de reconocimiento de la Armada, que había recibido la orden de desviarse de la patrulla del servicio meteorológico. El piloto, un muchacho de veinticinco años con cara de niño, dio un golpecito en el brazo a su copiloto y le señaló algo abajo, a su izquierda.

—Un remolcador empujando una barcaza. Debe ser lo que está provocando tanto lío.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el copiloto, un hombre ligeramente mayor, de mandíbulas estrechas y abundante pelo rojo.

—Notificar a la base esa buena noticia. A menos, por supuesto, que quieras mantenerla en secreto.

No había pasado un minuto desde que dieron la noticia, cuando en la radio surgió una voz gruñona.

—¿Quién es el comandante del avión?

—Soy yo.

—Soy yo... ¿quién?

—Usted primero.

—Soy el general Clayton Metcalf, de la Junta de Comandantes en Jefe.

El piloto sonrió y se tocó la sien con el índice.

—¿Está loco o se trata de un chiste?

—Mi cordura no está en juego ahora. Y no se trata de un chiste. Su nombre y graduación, por favor.

—¿Me va a creer si se lo digo?

—Lo intentaré.

—Teniente Ulysses S. Grant^[4].

—¿Por qué habría de dudar de usted? —Metcalf se rió—. Hubo un gran jugador de béisbol con ese nombre.

—Mi padre —respondió Grant, admirado—. ¿Se acuerda usted de él?

—No se llega a general con mala memoria. Escuche, teniente ¿tiene equipo de video a bordo?

—Sí... sí, señor —le respondió tartamudeando, al darse cuenta de con quién estaba hablando—. Grabamos tormentas para los servicios meteorológicos.

—Pediré a mi oficial de comunicaciones que le dé a su operador de video la frecuencia para las transmisiones vía satélite al Pentágono. Mantenga su cámara

enfocando el remolcador.

Grant se volvió hacia su copiloto.

—¡Dios mío! ¿Qué piensas de todo esto?

El remolcador pasó frente al faro del Paso del Sur, último puesto de avanzada del fangoso Mississippi, y entró en mar abierto.

—Treinta millas para aguas profundas —dijo el capitán Pujón.

Lee Tong asintió mientras seguía con la mirada los círculos que describía el avión del servicio meteorológico. Después cogió los binoculares y exploró el mar. El único barco a la vista era el que les esperaba.

—Hemos ganado —dijo, lleno de confianza.

—Todavía pueden hacernos volar desde el aire.

—¿Y correr el riesgo de hundir la barcaza? No lo creo. Quieren vivo al Vicepresidente.

—¿Cómo pueden saber que está a bordo?

—No lo saben; al menos con seguridad. Razón de más para que no ataquen un inocente remolcador que arrastra una barcaza llena de basura para vaciarla en el mar.

Un tripulante subió hasta la cabina y se paró en la puerta.

—Señor —dijo, señalando—, un avión se acerca por el lado de popa.

Lee Tong movió los binoculares en la dirección que indicaba el brazo extendido del tripulante. Un helicóptero de la marina norteamericana se dirigía hacia el remolcador, a sólo cinco metros por encima de las olas. Arrugó el entrecejo y dijo:

—Alerte a los hombres.

El tripulante le saludó y partió a la carrera.

—¿Armado? —preguntó Pujón, preocupado—. Podría volar por encima de nosotros y hacernos mil pedazos sin ocasionar un solo rasguño a la barcaza.

—Por suerte, no. Es un transporte de asalto. Probablemente lleva un equipo de SEALS de la armada. Se disponen a atacar el remolcador.

El teniente Homer Dodds asomó la cabeza por la puerta lateral del helicóptero y miró hacia abajo. Las dos embarcaciones parecían bastante pacíficas, pensó, al ver que un tripulante salía de la cabina y saludaba con la mano. Nada insólito ni sospechoso. El armamento sobre el que le habían advertido no estaba a la vista. Habló por el micrófono y dijo:

—¿Has establecido contacto por radio?

—Estamos llamando a todas las frecuencias de la marina que figuran en el libro, y no contestan —respondió el piloto desde la cabina.

—Muy bien. Acerquémonos a la barcaza.

—Entendido.

Dodds tomó un megáfono y habló:

—¡Atención, los del remolcador! Habla la marina norteamericana. Reduzcan la

velocidad hasta parar. Subiremos a bordo.

Abajo, el tripulante se llevó las manos a las orejas y meneó la cabeza, dando a entender que no podía oír nada por el ruido de los motores del helicóptero. Dodds repitió el mensaje y el tripulante le saludó con el brazo, invitándole a bajar. En ese momento, Dodds se hallaba lo suficientemente cerca para ver que el hombre era oriental.

Tanto el remolcador como la barcaza disminuyeron la velocidad y quedaron meciéndose en las olas. El piloto del helicóptero siguió la dirección del viento y voló por encima de la cubierta de la barcaza para que el equipo de ataque de Dodds pudiera saltar a bordo.

Dodds volvió y echó una última mirada a sus hombres. Eran esbeltos y resistentes, quizá los más sucios y ruines asesinos al servicio de la Armada. Era el único grupo que Dodds había dirigido alguna vez, al que le gustaba de veras el combate. Eran hombres impacientes, con las armas listas y preparados para cualquier cosa. Excepto, quizá, para una sorpresa total.

El helicóptero se hallaba apenas a cinco metros por encima de la barcaza, cuando se abrieron las trampillas, se corrieron las tapas de las escotillas y salieron veinte tripulantes con fusiles de asalto Steyr-Mannliche AUG.

Los proyectiles de calibre 223 alcanzaron a los SEALs desde todas las direcciones; el humo y los lamentos de los hombres al ser alcanzados estallaron simultáneamente. Dodds y sus hombres reaccionaron de un modo salvaje, disparando sobre cualquier tripulante del remolcador a la vista. Pero las balas se esparcieron en el atestado compartimento como salidas de una manguera y convirtiéndolo en una trampa mortal. No había escapatoria. Estaban tan indefensos como en un callejón sin salida.

El ruido del fuego concentrado ahogó el del motor del helicóptero. El piloto fue alcanzado por la primera ráfaga, que hizo estallar la cubierta de la cabina, arrojando trozos de metal y de plexiglás en su interior. El helicóptero se estremeció y viró sobre su eje. El copiloto luchó con los controles, pero ninguno de ellos respondió.

Llegaron los cazas de la Fuerza Aérea y, al instante, evaluaron la situación. El jefe de la escuadrilla dio rápidas instrucciones y se zambulló en vuelo rasante sobre la popa del remolcador, en un intento de alejar el fuego del humeante helicóptero. Pero la maniobra no funcionó. Los fusileros de Lee Tong lo ignoraron. Con una frustración cada vez más creciente por las órdenes de no atacar, sus vuelos se hicieron más bajos hasta que un piloto cortó la antena de radar del remolcador.

Demasiado maltratado para seguir en el aire, el averiado helicóptero, con su triste cargamento de muertos y heridos, se dio finalmente por vencido para continuar la lucha y cayó al mar junto a la barcaza.

Sandecker y Metcalf se quedaron aterrorizados al presenciar el drama grabado por

la cámara de video del avión meteorológico. La sala quedó en un silencio mortal; nadie hablaba, esperando que la cámara mostrara algún superviviente. Sólo seis cabezas emergieron a la superficie azul del mar.

—Final del juego —dijo Metcalf, con una voz escalofriante.

Sandecker no contestó. Se apartó de la pantalla y se sentó pesadamente en un sillón junto a la larga mesa de reuniones. Estaba totalmente desanimado.

Metcalf escuchaba, sin reaccionar, las voces de los pilotos por los altavoces. La rabia que experimentaba al no poder atacar al remolcador se hizo más vehemente. Como nadie les había dicho quiénes eran los que estaban prisioneros en la barcaza, manifestaron su indignación hacia el alto mando, sin preocuparse porque sus airadas palabras fueran oídas y quedaran registradas en el Pentágono, a miles de kilómetros de allí.

La sombra de una sonrisa asomó al rostro de Sandecker. Le era imposible no simpatizar con esos hombres.

Entonces llegó una voz amistosa.

—Habla el teniente Grant. ¿Puedo hablarle con franqueza, general?

—Está bien, hijo —le respondió Metcalf, con tranquilidad—. Adelante.

—Veo dos barcos que se acercan al área, señor. Prepárese para ver imágenes del primero.

Con renovada esperanza, los ojos de todos se clavaron en la pantalla. Al principio, la imagen era pequeña y confusa. Después, el cámara hizo un zoom sobre el barco de casco rojo.

—Desde aquí diría que es un barco de investigación —informó Grant.

Una ráfaga de viento hizo flamear la bandera en el mástil y dejó a la vista sus colores azules.

—Británico —anunció Metcalf, desanimado—. No nos atrevemos a pedir a ningún barco de nacionalidad extranjera que muera por nosotros.

—Tienes razón, por supuesto. Jamás he oído que un barco oceanográfico lleve armas a bordo.

Metcalf se volvió y dijo.

—¿Grant?

—¿Señor?

—Póngase en contacto con el barco británico y pídale que recoja a los supervivientes del helicóptero.

Antes de que Grant pudiera contestar, la imagen del video se distorsionó y la pantalla quedó oscura.

—Hemos perdido la imagen, Grant.

—Un momento, general. El tripulante que maneja la cámara me dice que las pilas del grabador se han agotado. Las está cambiando.

—¿Qué ocurre en el remolcador?

—El remolcador y la barcaza prosiguen su marcha, sólo que ahora más lentamente que antes.

Metcalf se volvió hacia Sandecker.

—La suerte no está de nuestro lado, ¿verdad, Jim?

—No, Clayton. No tenemos nada de suerte. —Vaciló—. A menos, por supuesto, que el segundo barco sea un guardacostas.

—¿Grant? —gritó Metcalf.

—Enseguida estamos, general.

—No se preocupé por eso. ¿Qué clase de barco es el segundo? ¿Guardacostas o de la Armada?

—Ninguno de los dos. Estrictamente civil.

Metcalf se sintió derrotado; pero una chispa surgió en la mente de Sandecker. Se inclinó sobre el micrófono y dijo:

—Grant, habla el almirante James Sandecker. ¿Me puede describir el barco?

—Es la cosa más rara que jamás he visto en el mar.

—¿De qué nacionalidad?

—¿Nacionalidad?

—La bandera, hombre. ¿Qué bandera lleva?

—No me va a creer, señor.

—Dígalo ya.

—Pues bien, almirante. Yo nací y me crié en Montana, pero he leído bastantes libros de historia como para reconocer una bandera de los Estados Confederados cuando la veo.

Viniendo de un mundo olvidado, con su silbato de bronce soltando vapor al aire, la blanca espuma del mar bajo sus rugientes paletas y vomitando humo negro por sus chimeneas gemelas, el *Stonewall Jackson* se acercaba al remolcador.

Chillonas gaviotas surcaban el viento por encima de la gigantesca bandera de popa, mientras en el techo de la cubierta de teca un hombre aporreaba «Dixie», el viejo himno nacional del Sur, en el teclado de un antiguo órgano de vapor. La visión del viejo barco de río cruzando el mar estremeció las almas de los hombres a bordo de los aviones. Sabían que estaban presenciando una aventura que no volverían a ver.

En la decorada cabina, Pitt y Giordino contemplaban la barcaza y el remolcador que aparecían cada vez más cerca.

—Pues tenía razón —gritó Giordino por encima del ruido que hacían el silbato y el órgano.

—¿Quién? —preguntó Pitt, a gritos, también.

—El que dijo: «Guardad el dinero de la Confederación. El Sur resurgirá».

—Afortunadamente para nosotros —agregó Pitt, sonriendo.

—Nos acercamos —dijo un hombrecillo delgado como un alambre que hacía girar el timón con las dos manos.

—Están perdiendo velocidad —acotó Pitt.

—Si las calderas no estallan y esta maravilla se mantiene entera en estas malditas olas... —El timonel se quedó en la mitad de la frase, giró levemente la cabeza con una abundante barba blanca y escupió jugo de tabaco, con una puntería inverosímil, dentro de una escupidera de latón—. Tenemos que alcanzarlos en las próximas dos millas.

El capitán Melvin Belcheron había capitaneado el *Stonewall Jackson* durante más de treinta años. Conocía de memoria cada boya, recodo, banco de arena y luz costera desde San Luis a Nueva Orleans. Pero ésa era la primera vez que llevaba su barco a mar abierto.

La «maravilla» había sido construida en 1915 en Columbus, Kentucky, en el río Ohio. Fue la última de su estirpe, y encendió por última vez una imagen de los años dorados de la navegación a vapor. Jamás volvería a verse otro igual.

Su casco de madera era largo y estrecho. Sus motores horizontales funcionaban a unas cuarenta revoluciones por minuto. Desplazaba poco más de mil toneladas. Pero, pese a su tamaño, surcaba el agua con un calado de un metro.

Debajo de la cubierta principal, cuatro hombres, manchados de sudor y ennegrecidos de hollín, cargaban furiosamente carbón en los hornos de las cuatro calderas. Cuando el manómetro indicaba una presión excesiva, el jefe de los maquinistas, un rudo escocés llamado McGeen, colgaba su sombrero encima.

McGeen fue el primero en votar a favor de la persecución después que Pitt estrelló el helicóptero en aguas poco profundas cerca de Fort Jackson. Nadó a tierra con Giordino y Hogan y les contó la situación. Al principio hubo una indisimulada incredulidad; pero, después de verles las heridas, la máquina acribillada a balazos y escuchar a un comisario describir los agentes del FBI muertos o heridos a pocos kilómetros río abajo, McGeen encendió las calderas, Belcheron reunió a la tripulación y cuarenta hombres del Sexto Regimiento de Louisiana subieron a bordo, gritando, aullando y arrastrando dos viejos cañones de batalla.

—¡Más carbón, muchachos! —exclamaba McGeen a su pandilla de negros. Parecía un demonio, con su perilla bien cortada y sus cejas encrespadas frente al resplandor que salía de las puertas abiertas de los hornos—. Si queremos salvar al Vicepresidente, necesitamos más vapor.

El *Stonewall Jackson* marchaba tras el remolcador y la barcaza, como consciente de la urgencia de su misión. Cuando era nuevo, su velocidad era de quince millas por hora pero, en los últimos cuarenta años, no había pasado nunca de doce. Se lanzó río abajo a favor de la corriente, a catorce, luego a quince... dieciséis... dieciocho millas por hora. Cuando salió del Canal del Paso del Sur, iba a veinte. El humo y las chispas salían por las chimeneas principales.

Los hombres del Sexto Regimiento de Luisiana —dentistas, fontaneros o contables que se dedicaban a librar las batallas de la Guerra Civil como pasatiempo— gruñían y sudaban en sus inverosímiles uniformes grises de lana que en una época vistió el Ejército de los Estados Confederados. Bajo el mando de un mayor, levantaban enormes fardos de algodón. Los dos cañones napoleónicos de doce libras, pertenecientes al Fuerte Jackson, fueron colocados a proa y cargados con balas sacadas del cajón de suministros de McGeen, en la sala de máquinas.

Pitt contemplaba esa creciente fortaleza de fardos atados con alambres. «El algodón contra el acero —susurró—. Mosquetones de un solo tiro contra rifles automáticos.»

Iba a ser una batalla interesante.

El teniente Grant apartó sus ojos del increíble espectáculo que tenía bajo sus alas y comunicó por radio con el barco de bandera británica.

—Aquí Reconocimiento Meteorológico de la Fuerza Aérea cero-cuatro-cero llamando al barco oceanográfico. ¿Me oye?

—Perfectamente, yanqui. Lo oímos con toda claridad —le respondió una voz con un acento tan inglés como un campo de cricket—. Éste es el barco de la Marina Real *Pathfinder*. ¿Qué podemos hacer por usted, cero-cuatro-cero?

—Un helicóptero ha caído al agua a unas tres millas al oeste. ¿Podrían rescatar a los supervivientes, *Pathfinder*?

—Será mejor que lo hagamos. No podemos permitir que esos pobres muchachos

se ahoguen, ¿verdad?

—Volaré en círculos por encima de ellos. Sígame.

—Perfectamente. Allá vamos.

Grant tomó posición sobre los hombres que luchaban en el agua. La corriente del golfo era cálida, de modo que no había que temer que perecieran de frío. Pero cualquier herida sangrante atraería seguramente a los tiburones.

—No tienes mucha influencia —dijo su copiloto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Grant.

—El barco inglés no contesta. Se está alejando.

Grant se inclinó hacia adelante y ladeó el avión para ver por la ventanilla de la cabina. Su copiloto tenía razón. La proa del *Pathfinder* había cambiado de dirección y se alejaba de los supervivientes del helicóptero para dirigirse hacia el *Stonewall Jackson*.

—*Pathfinder*, aquí cero-cuatro-cero —dijo Grant—. ¿Qué problema tiene? Repito ¿Qué problema tiene?

No hubo respuesta.

—A menos que esté alucinando —dijo Metcalf, mirando maravillado la transmisión del videotape—, creo que esa vieja reliquia sacada del Tom Sawyer piensa atacar al remolcador.

—Eso parece —manifestó Sandecker.

—¿De dónde supones que viene?

Sandecker permaneció de pie, con los brazos cruzados y una expresión radiante y feliz.

—Pitt —susurró, en voz muy baja—. Como siempre.

—¿Has dicho algo?

—Estaba hablando solo.

—¿Pero qué esperan conseguir?

—Creo que piensan embestir el remolcador y abordarlo.

—Una locura... una absoluta locura —refunfuñó Metcalf, sombríamente—. Los cañones del remolcador los van a hacer pedazos.

De pronto Sandecker se puso tenso al ver algo al fondo de la pantalla. Metcalf no lo había advertido. Nadie de los que estaban mirando se dio cuenta tampoco.

El almirante tomó a Metcalf por el brazo.

—¡El barco británico!

Metcalf lo miró, sorprendido.

—¿Qué hay?

—¡Por Dios! ¡Por Dios, hombre! Míralo tú mismo... Se acerca al barco a vapor.

Metcalf vio que la distancia entre los dos barcos se acortaba rápidamente. Vio la estela del *Pathfinder* convertirse en espuma al aumentar su velocidad.

—¡Grant! —gritó.

—Sí, señor.

—El barco inglés... ¿por qué no va en auxilio de los hombres en el agua?

—No sé, general. Su capitán recibió mi petición de auxilio, pero se ha lanzado a la caza de ese viejo barco de ruedas. No he podido dar con él otra vez. Parece que ignora mis transmisiones.

—¡Ataquémosles! —gritó Sandecker—. ¡Llama a los cazas y diles que ataquen a esos hijos de puta!

Metcalf vaciló, desgarrado por la indecisión.

—¡Pero están navegando con bandera inglesa, por el amor de Dios!

—Apuesto mi graduación a que es un barco de los Bougainville y la bandera es una trampa.

—No lo puedes saber.

—Tal vez. Pero lo que sí sé es que si incendia ese barco habremos perdido la oportunidad de salvar a Vince Margolin.

Los disparos de los SEALs habían hecho añicos el panel de mandos en la cabina del remolcador, bloqueando los controles del timón. Al capitán Pujón no le quedó otra alternativa que reducir la velocidad y navegar manejando con pericia el obturador de combustible.

Lee Tong ni se dignó mirarlo. Estaba ocupado dando órdenes por radio al comandante del *Pathfinder*, mientras dedicaba toda su atención al barco de vapor.

Por último, se volvió hacia Pujón y le preguntó:

—¿No podemos aumentar la velocidad?

—Ocho millas es el máximo, si queremos mantener un rumbo fijo.

—¿Hasta dónde? —preguntó por décima vez.

—Según el sonar, la profundidad aumenta. Calculo que con dos millas más bastará.

—Dos millas —repitió Lee Tong, pensativo—. Es hora de preparar los detonadores.

—Le avisaré haciendo sonar la sirena cuando estemos a más de cien brazas.

Lee Tong contempló el mar oscuro, manchado por los sedimentos del Mississippi. El falso barco oceanográfico se hallaba a sólo un centenar de metros del *Stonewall Jackson*. Alcanzaba a oír el persistente gemido del órgano, llevado por el viento. Sacudió la cabeza, incrédulo, preguntándose quién sería el responsable de esa súbita aparición del viejo barco de río.

Estaba a punto de salir de la cabina y cruzar a la barcaza cuando vio que uno de los aviones que volaban encima de él abandonaba la formación y se lanzaba en picado.

Un F/A 21 de la Marina, blanco como un fantasma, en vuelo rasante a cincuenta metros, disparó dos misiles.

Lee Tong miró pasmado de horror cuando los proyectiles dirigidos por láser rozaron el agua y se incrustaron en el barco de casco rojo provocando una explosión que lo convirtió en una grotesca confusión de aceros despedazados. Luego hubo una segunda explosión, más fuerte que la primera, que envolvió al barco en una bola de fuego. Por un instante pareció quedar suspendido, como detenido en el tiempo.

Lee Tong permaneció rígido de desesperación, mientras el barco, herido de muerte, empezaba a balancearse lentamente y moría hundiéndose en el golfo y sellando cualquier esperanza que él tuviera de escapar.

Fragmentos ardientes del *Pathfinder* cayeron como una lluvia en torno al *Stonewall Jackson*, encendiendo varios fuegos de poca importancia que pronto fueron extinguidos por la tripulación. La superficie del mar sobre el barco hundido se llenó de burbujas de petróleo mientras una sibilante nube de vapor y humo subía en espiral

hacia el cielo.

—¡Por el Dios de los Cielos! —exclamó el capitán Belcheron, jadeando de asombro—. Mirad eso. Esos muchachos de la armada están hablando en serio.

—Alguien vela por nosotros allá arriba —comentó Pitt, agradecido. Sus ojos volvieron a la barcaza. No había expresión alguna en su rostro; salvo el balanceo de su cuerpo para compensar el del barco, podría haber estado esculpido en un bloque de sólida madera de teca. La distancia se había reducido a tres cuartos de milla y podía divisar la minúscula figura de un hombre saltando de la proa del remolcador a la barcaza y desapareciendo luego por una escotilla de cubierta.

Un hombre enorme, con un cuerpo como el de Oliver Hardy, subió a gran velocidad la escalera desde la cubierta y llegó a la puerta. Llevaba el uniforme gris y los galones dorados de mayor confederado. La camisa debajo de la chaqueta desabrochada estaba empapada de sudor, y jadeaba por el esfuerzo. Permaneció ahí un momento, limpiándose la frente con una manga, recobrando el aliento.

—¡Caramba! —dijo finalmente—. No sé si preferiría morir de una bala en la cabeza, ahogado o de un ataque de corazón.

Leroy Laroche administraba una agencia de viajes de día, y de noche era un marido y un padre cariñoso. Los fines de semana representaba el papel de comandante del Sexto Regimiento de Louisiana, en el Ejército de los Estados Confederados. Era popular entre sus hombres y todos los años era reelegido para dirigir el regimiento en las representaciones de las batallas que se daban por todo el país. El hecho de estar a punto de participar en una batalla verdadera no parecía preocuparle.

—Ha sido una suerte para nosotros que tuviera esos fardos de algodón a bordo —dijo al capitán.

Belcheron sonrió.

—Los conservamos en cubierta como recuerdo de las actividades a que se dedicaba el *Stonewall Jackson*.

Pitt miró a Laroche y le preguntó:

—¿Están sus hombres apostados, mayor?

—Cargados, llenos de cerveza y ansiosos por luchar —respondió Laroche.

—¿Qué clase de armas llevan?

—Mosquetones Springfield calibre 48, los que la mayoría de los rebeldes usaban al final de la guerra. Tienen un alcance de quinientos metros.

—¿A qué velocidad pueden disparar?

—La mayoría pueden disparar tres tiros por minuto, algunos cuatro. Pero coloco a los mejores en la barricada mientras los otros cargan.

—¿Y el cañón? ¿Dispara de verdad?

—Puede apostar lo que quiera. Son capaces de darle a un árbol con una lata de

cemento a un kilómetro.

—¿Una lata de cemento?

—Es más barata que una verdadera bala de cañón.

Pitt sonrió.

—Buena suerte, mayor. Diga a sus hombres que mantengan la cabeza agachada. Las piezas que se cargan por la boca llevan más tiempo para apuntar que las ametralladoras.

—Calculo que sabrán cómo deben agacharse. ¿Cuándo quiere que abramos fuego?

—Se lo dejo a usted.

—Perdone, mayor —intervino Giordino—. Por casualidad, ¿no le sobraría un arma a uno de sus hombres?

Laroche desabrochó la cartuchera de cuero que llevaba en el cinturón y entregó a Giordino una gran pistola.

—Un revólver Le Mat —le dijo—. Dispara nueve balas del calibre 42 a través de un cañón de rifle. Pero, si se fija bien, verá que tiene un cañón de ánima lisa debajo que lleva carga de perdigones. Cuídela bien. Mi tatarabuelo la llevó desde Bull Run hasta Appomatox.

Giordino se quedó verdaderamente impresionado.

—No quiero dejarlo desarmado.

Laroche desenvainó su sable.

—Esto me servirá igual. Bueno, será mejor que vuelva con mis hombres.

Cuando el jovial mayor hubo salido de la cabina, Pitt se agachó y abrió el estuche de violín, sacó la Thompson y le insertó un tambor completo. Se apretó un costado con una mano y se enderezó cautelosamente, mordiéndose los labios por el intenso dolor que le desgarraba el pecho.

—¿Estará bien aquí? —preguntó a Belcheron.

—No se preocupe por mí —contestó el capitán, y señaló con la cabeza una estufa de hierro fundido—. Tengo mi propia armadura para cuando comiencen los fuegos artificiales.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Metcalf.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Sandecker.

Metcalf levantó un papel.

—Llegó la contestación del Almirantazgo británico. El único *Pathfinder* de la Marina Real es un destructor. No tienen ningún barco oceanográfico con ese nombre, ni tampoco ningún barco en la zona del golfo —dirigió a Sandecker una mirada de agradecimiento—. Buena jugada, Jim.

—Bueno, después de todo hemos tenido un poco de suerte.

—Los únicos que la necesitan ahora son esos pobres tipos del barco de vapor.

—¿Qué más podemos hacer? ¿Hemos descuidado algún detalle?

Metcalf meneó la cabeza.

—No, que yo sepa. El guardacostas está sólo a quince minutos de distancia y el submarino nuclear no está muy lejos, detrás.

—Ninguno de los dos llegará a tiempo.

—Tal vez la gente del barco de vapor pueda entretener de alguna manera al remolcador hasta que... —Metcalf no terminó la frase.

—Realmente, no crees en milagros, ¿verdad, Clayton?

—No; más bien no.

Un torbellino de fuego azotó el *Stonewall Jackson* cuando la tripulación de Lee Tong empezó a disparar. Las balas pegaban como martillos y silbaban, astillando la brillante madera blanca y las rebuscadas tallas en las barandas y en los camarotes de cubierta, haciendo sonar la campana de bronce y rebotando después de cada golpe. Los cristales de la amplia ventana de la cabina quedaron hechos añicos. En el interior, el capitán Belcheron se quedó aturdido cuando una bala le pasó rozando la cabeza, tiñendo de rojo su pelo blanco. Se le nubló la vista y vio doble, pero se aferró a los rayos del gran timón con salvaje determinación mientras escupía jugo de tabaco a través de la ventana rota.

El organista, protegido por una selva de tubos de bronce, empezó a tocar «La rosa amarilla de Texas», fallando en algunas notas cuando las balas agujereaban el tubo correspondiente.

En la cubierta principal, el mayor Laroche y su regimiento, junto con Pitt y Giordino, estaban agachados, ocultándose a la vista. Los fardos de algodón sirvieron de baluartes defensivos y ninguna bala penetró en ellos. La zona abierta de la caldera, detrás de la escalera principal, recibió la peor parte de la acción. Fueron alcanzados dos de los maquinistas de McGeen, y las tuberías se agujerearon, por lo que el vapor salió en chorros candentes. McGeen quitó su sombrero del manómetro, que marcaba rojo. Exhaló un largo suspiro. «Un milagro que no haya estallado nada», pensó. Los remaches de la caldera estaban a punto de saltar. Rápidamente empezó a hacer girar las válvulas para liberar la inmensa presión, preparándose para la colisión inminente.

Las ruedas de paletas del *Stonewall Jackson* lo impulsaban a veinte millas por hora. Si tenía que morir, no lo haría como sus hermanos, pudriéndose en algún olvidado canal o desguazado para leña. Era una leyenda y terminaría su vida en el agua, con clase.

Abriéndose camino entre las olas que azotaban su proa, esquivando el terrible torrente de plomo que convertía en jirones su casco endeble, seguía avanzando.

Lee Tong contemplaba fascinado cómo el barco de vapor navegaba con firmeza. Estaba de pie en una escotilla abierta en la barcaza, disparando un torrente de balas, esperando darle en alguna parte vital o disminuir su marcha, Pero era como tirar con perdigones a un elefante furioso.

Puso a un lado su carabina Steyr-Mannlicher y levantó los binoculares. No se veía a nadie de la tripulación detrás de la barricada de fardos de algodón. Hasta la acribillada cabina parecía desierta. Veía las letras doradas en la placa destrozada, pero lo único que pudo leer fue el nombre: Jackson.

La proa plana apuntaba directamente al lado de babor del remolcador. Era algo

estúpido y fútil, pensó, una táctica dilatoria, pero nada más. Pese a su superior tamaño, el barco de ruedas no podía esperar hacer daño al casco de acero del remolcador.

Recogió la Steyr-Mannlicher, insertó otro cargador de municiones y concentró su fuego en la cabina, en un intento por dañar el timón.

Sandecker y Metcalf también miraban.

Estaban cautivados por la inútil e irresistible magnificencia de todo eso. Intentaron establecer contacto por radio con el barco de vapor, pero no recibieron respuesta alguna. El capitán Belcheron había estado demasiado ocupado para contestar y, de todos modos, la vieja rata de río no creía que hubiera nada que valiera la pena decir.

Metcalf llamó al teniente Grant.

—Gira en espiral más cerca —le ordenó.

Grant obedeció e hizo una serie de pasadas sobre los barcos. El remolcador se distinguía con toda claridad. Pudieron ver casi treinta hombres disparando. Pero el barco de vapor estaba oscurecido por el humo que salía de sus chimeneas y por grandes nubes de vapor que vomitaban las válvulas de escape en la popa.

—Se va a hacer pedazos cuando choquen —dijo Sandecker.

—Es glorioso, pero no tiene sentido —susurró Metcalf.

—Ten fe en ellos. Están haciendo más de lo que podemos hacer nosotros.

Metcalf asintió.

—Sí; eso no se lo podemos negar.

Sandecker se levantó del sillón y señaló.

—Fíjate aquí, en el barco de vapor, donde el viento ha alejado el humo.

—¿Qué es?

—¿No son un par de cañones?

Metcalf se irguió.

—¡Por Dios! ¡Tienes razón! Parecen viejos monumentos de un parque de la ciudad.

A doscientos metros, Laroche levantó su espada y gritó:

—¡Baterías uno y dos! ¡Preparen y carguen los cañones!

—Batería uno, preparada y cargada —respondió un hombre con unas gafas de alambre que eran una verdadera antigualla.

—Batería dos, lista, mayor.

—Entonces... ¡Fuego!

Se sacudieron las cuerdas y ganchos de disparo y los dos antiguos cañones vomitaron sus cargas con un estrépito que partía los oídos. El primer tiro penetró directamente en el costado del remolcador hasta la cocina, destrozando los hornos. El

segundo aterrizó en la cabina arrancándole de cuajo la cabeza al capitán Pujón y llevándose el timón. Aturdidos por esa inesperada barrera de fuego, los hombres de Lee Tong pararon la acción durante varios segundos para reponerse y abrir fuego con renovada ferocidad, concentrándose en las hendiduras entre los fardos de algodón por las que asomaban los cañones.

Ahora los cañones de ánima lisa retrocedían mientras los artilleros les metían las esponjas y volvían a cargarlos. Las balas silbaban por encima de ellos y un hombre fue alcanzado en el cuello. Pero en menos de un minuto los viejos Napoleones estaban listos para tirar otra vez.

—¡Apunten a los cables! —gritó Pitt—. ¡Que se suelte la barcaza!

Laroche asintió y transmitió las órdenes de Pitt. Los cañones volvieron a atronar y dieron en la proa del remolcador, provocando una explosión de cabos y cables enrollados. Pero la tenaz garra que sostenía unida a la barcaza no se rompió.

Fríamente, casi despreciando la tormenta de fuego que azotaba al *Stonewall Jackson*, los improvisados soldados levantaron las miras de sus mosquetones y esperaron la orden de hacer fuego.

Sólo doscientos metros separaban a los dos barcos cuando Laroche volvió a levantar su espada.

—¡Prepárense y apunten! Muy bien, muchachos, ¡a por ellos! ¡Fuego!

La parte frontal del barco estalló en un espantoso torrente de fuego y humo. El remolcador recibió lo que parecía ser una sólida pared de balas. El efecto fue devastador. Se rompieron los cristales de todos los ojos de buey y ventanas, saltaron astillas pintadas de las mamparas y los cuerpos empezaron a caer, inundando de sangre las cubiertas.

Antes de que los artilleros de Lee Tong pudieran recuperarse, Pitt barrió el remolcador de proa a popa con una sostenida ráfaga de su Thompson. Giordino se agachó contra la barricada de algodón, esperando a que se acertara la distancia para tirar con su revólver, viendo con interés cómo la segunda y tercera filas proseguían con sus torpes maniobras de recargar los mosquetes.

Los Confederados desencadenaron un fuego mortal. Una ráfaga seguía a otra y casi todos los tiros alcanzaban a alguien. El humo y el fragor se acentuaban por los gritos de los heridos. Laroche, arrebatado por la matanza y la conmoción, rugía a pleno pulmón, animando a los tiradores para que afinaran la puntería y exhortando a los que cargaban las armas para que lo hicieran más de prisa.

Pasó un minuto, luego pasaron dos, tres, y la batalla alcanzó su momento más dramático. El fuego prendió en el *Jackson* y las llamas subieron por las bordas de madera. En la cabina, el capitán Belcheron hacía sonar el silbato y gritaba por el tubo que comunicaba con la sala de máquinas de McGeen. Los tiradores dejaron de disparar y todos se aprestaron para enfrentar la inminente colisión.

Un silencio extraño y sobrenatural cayó sobre el barco cuando cesó el rugir de los cañones y se apagó el obsesionante quejido del órgano. Parecía un boxeador que teme el terrible golpe de un adversario mucho más fuerte y, al límite de sus fuerzas, recurre a sus agotadas reservas para dar el golpe final que deja al otro fuera de combate.

Dio contra el remolcador en el centro. El golpe derribó la barricada de fardos de algodón y dobló hacia atrás la proa más de dos metros, mientras cedían los tablones del piso y las vigas como si fueran tablillas, las dos chimeneas cayeron arrojando chispas y humo sobre la batalla, que pronto se reanudó con toda intensidad. Los cañones tiraban a quemarropa. Los cabos que sujetaban las pasarelas se incendiaron y éstas cayeron sobre la cubierta del remolcador como enormes garras que mantenían unidos a los dos barcos.

—¡Calen las bayonetas! —gritó Laroche.

Alguien cogió la bandera de guerra del regimiento y empezó a hacerla ondear con furia. Se recargaron los mosquetones y se calaron las bayonetas. El organista volvió a su puesto y aporreaba otra vez «Dixie». Pitt estaba atónito al ver que nadie mostraba el menor indicio de miedo. En cambio, había la sensación general de un delirio incontrolado. No pudo menos que pensar que había cruzado, en cierto sentido, la barrera del tiempo y se hallaba en el pasado.

Laroche limpió su gorra de oficial, la colgó de la punta de la espada y la levantó en el aire.

—¡Sexto de Louisiana! —gritó—. ¡Adelante!

Lanzando el grito de guerra de los rebeldes, como demonios surgidos del centro de la tierra, los hombres de gris abordaron como una tromba el remolcador. Laroche fue alcanzado en el mentón y en una rodilla, pero prosiguió renqueando. Pitt mantuvo el fuego de cobertura hasta que vació el cargador de la Thompson. Entonces dejó el arma sobre un fardo de algodón y atacó detrás de Giordino, que saltó a una pasarela olvidándose de su pierna herida y haciendo fuego con el revólver como un loco. Lo siguieron McGeen y los maquinistas, agitando las palas como cachiporras.

Los hombres de la Compañía Bougainville no se parecían en nada a sus atacantes. Eran asesinos a sueldo, crueles e inhumanos, que no ofrecían ni pedían merced alguna. Pero no estaban preparados para el increíble ataque de los sureños y cometieron el error de saltar desde la protección de los mamparos de acero para salir a su encuentro.

El *Stonewall Jackson* estaba rodeado de fuego. Los artilleros lanzaron una última ráfaga al remolcador, apuntando a los hombres que luchaban en mitad del barco. Sus balas cortaron los cables que lo unían a la barcaza. Empujados por el barco de vapor, los dos barcos de acero se alejaron de su proa aplastada.

El Sexto de Louisiana se abrió camino por las cubiertas, arremetiendo con sus bayonetas pero manteniendo siempre su fuego mortífero. Hubo decenas de luchas

individuales, en las que los mosquetones Springfield con bayonetas se revelaron tremendamente eficaces. Ninguno de esos soldados de «fin de semana» flaqueó. Estaban demasiado entusiasmados como para tener miedo.

Giordino no sintió el golpe. Avanzaba decidido por las dependencias de la tripulación, disparando a cualquier cara oriental que se le apareciera, cuando de pronto cayó de bruces. Una bala le fracturó el hueso de la pantorrilla en la pierna que tenía sana.

Pitt lo tomó en brazos, lo levantó y lo arrastró hasta un pasillo vacío.

—Sabes que no tienes una armadura —le dijo.

—¿Dónde diablos estabas? —preguntó Giordino, con la voz tensa a medida que aumentaba el dolor.

—A cubierto. No estoy armado.

Giordino le pasó el revólver Le Mat.

—Cógelo —le dijo—. De todos modos, por hoy ya estoy acabado.

Pitt le dirigió una media sonrisa.

—Lamento dejarte, pero tengo que entrar en la barcaza.

Giordino abrió la boca para replicar, pero Pitt ya se había ido. Diez segundos después serpenteaba entre los restos de la proa del remolcador. Casi llegó demasiado tarde. Rotos los cables, la barcaza se había alejado a la deriva unos diez metros. Una cabeza y un par de hombros salieron de una escotilla e hicieron fuego. Pitt sintió cómo le pasaban las balas cerca del pelo y las mejillas. Se lanzó por la baranda y cayó al mar.

Más a proa, la tripulación de los Bougainville seguía luchando obstinadamente hasta que, por último, fue derrotada por los uniformes grises. Amainaron los gritos y el tiroteo y reinó el silencio. La bandera de la Confederación fue izada en el mástil de la radio en el remolcador y la batalla terminó.

Los soldados aficionados del Sexto Regimiento de Louisiana habían luchado bien. Por sorprendente que parezca, ninguno murió en la refriega. Había dieciocho heridos; sólo dos de gravedad. Laroche se separó de sus victoriosos hombres y se echó en la cubierta junto a Giordino. Extendió un brazo y los dos, sangrando, se estrecharon solemnemente la mano.

—Felicitaciones, mayor —dijo Giordino—. Ha ganado usted la partida decisiva.

Una amplia sonrisa se extendió por la ensangrentada cara de Laroche.

—¡Por Dios! Se la hemos dado buena, ¿no?

Lee Tong vació su arma en la figura de la popa del remolcador y vio cómo caía al agua. Después se asomó por la escotilla miró la bandera de guerra de la Confederación, ondeando en la brisa del golfo.

Con cierta indiferencia, aceptó el inesperado desastre que había echado por tierra su operación, tan cuidadosamente concebida. Su tripulación estaba o muerta o

prisionera, y destruido el barco en que pensaba huir. Sin embargo, no estaba dispuesto a complacer a sus desconocidos rivales, rindiéndose. Estaba decidido a cumplir el trato de su madre con Moran y aprovechar la oportunidad que se le presentara luego para escapar.

Bajó por la escalera de mano del hueco del ascensor a las dependencias del laboratorio y corrió por el pasillo principal hasta que llegó a la puerta de la cámara donde estaban los capullos. Entró y miró a través del plástico el cuerpo que estaba en el primero. Vince Margolin le devolvió la mirada, demasiado entumecido para responder y con la mente demasiado drogada para comprender.

Lee Tong pasó al capullo siguiente y miró el sereno y dormido rostro de Loren Smith. Le habían aplicado un fuerte sedante y estaba en un profundo estado de inconsciencia. Qué desperdicio que tuviera que morir, pensó. Pero no le podía permitir que siguiera viva y declarara en su contra. Lee Tong se agachó, abrió la tapa y le acarició el pelo, contemplando sus ojos semiabiertos.

Había matado a incontables hombres. Sus rostros se le olvidaban pocos segundos después de su muerte. Pero las caras de las mujeres le quedaban grabadas. Recordó la primera, muchos años atrás, en un carguero en medio del Océano Pacífico: su perturbadora expresión de asombro cuando su cuerpo, encadenado y desnudo, fue arrojado por la borda.

—Tiene usted aquí una buena instalación —dijo una voz desde la puerta—, pero el ascensor no funciona.

Lee Tong se volvió con rapidez y se quedó boquiabierto mirando al hombre que estaba en pie, empapado, chorreando agua y con un curioso y antiguo revólver apuntándole al pecho.

—¡Usted! —exclamó, casi sin voz.

La cara de Pitt, cansada, ojerosa y con una oscura barba incipiente, se iluminó con una sonrisa.

—Lee Tong Bougainville. ¡Qué coincidencia!

—¡Está usted vivo!

—Observación bastante trivial.

—Y es el organizador de todo esto: esos locos con sus viejos uniformes, el barco de ruedas...

—El mejor que pude conseguir, apremiado por las circunstancias —respondió Pitt, como pidiéndole disculpas.

El momento de confusión de Lee Tong pasó y, poco a poco, empezó a curvar su dedo en el gatillo de la Steyr Mannlicher que le colgaba de una mano, con el cañón apuntando a la alfombra.

—¿Por qué nos ha perseguido a mi abuela y a mí, señor Pitt? —le preguntó para ganar tiempo—. ¿Por que se empeñó en destruir a la Compañía Marítima

Bougainville?

—Eso es como Hitler preguntando por qué los aliados invadieron Europa. En mi caso, usted fue el causante de la muerte de una amiga mía.

—¿Quién?

—No tiene importancia —respondió Pitt con indiferencia—. Nunca la conocí.

Lee Tong levantó el cañón del fusil y apretó el gatillo.

Pitt fue más rápido, pero Giordino había usado el último cartucho y el martillo del revólver cayó sobre un cilindro vacío. Se enderezó, esperando el impacto de la bala.

Nunca llegó.

Lee Tong había olvidado colocar un nuevo cargador después de disparar a Pitt en el remolcador su última ráfaga. Bajó la carabina, con los labios estirados en una sonrisa inescrutable.

—Me parece que estamos empatados, señor Pitt.

—Sólo por el momento —respondió éste, volviendo a levantar el martillo y manteniendo en alto el revólver, apuntándole—. Mi gente subirá de un momento a otro.

Lee Tong suspiró y se relajó.

—Entonces lo único que me queda es rendirme y esperar el arresto.

—Usted jamás será procesado.

La sonrisa se trocó en una mueca burlona.

—Eso no le corresponde a usted decidirlo. Además, no está usted en condiciones de...

De pronto hizo describir un círculo a la carabina, cogiéndola por el cañón y levantándola como una cachiporra. La culata estaba a punto de alcanzar a Pitt cuando éste apretó el gatillo y le dio en la garganta. Había disparado con el cañón cargado de perdigones. La carabina quedó en el aire y después cayó al suelo mientras Tong se tambaleaba hacia atrás, hasta golpear contra la pared y caer pesadamente sobre la cubierta.

Pitt lo dejó ahí y quitó la tapa del capullo de Loren. Suavemente, la sacó y la llevó al ascensor abierto. Revisó el circuito de frenos y vio que funcionaban. Pero no hubo respuesta cuando apretó el botón «Subir».

No podía saber que los generadores que habían suministrado electricidad a la barcaza carecían de combustible y sólo funcionaba la batería eléctrica de emergencia para las luces de arriba. Hurgando en un armario de provisiones encontró una cuerda, que ató debajo de los brazos de Loren. Después pasó por la puerta de ventilación del ascensor y subió por el hueco de la escalera hasta la cubierta superior de la barcaza.

Con todo cuidado, llevó el cuerpo de Loren hasta depositarlo en la herrumbrosa cubierta. Resollando, se tomó un minuto para recobrar el aliento y echó un vistazo a su alrededor. El *Stonewall Jackson* seguía ardiendo ferozmente, pero se luchaba

contra las llamas con mangueras de incendio desde el remolcador. A unas dos millas al oeste, un guardacostas surcaba el suave oleaje hacia esa posición mientras, hacia el sur, veía la torreta de un submarino nuclear.

Cogió un pedazo de cuerda y ató a Loren a una cuña para que no cayera al mar y después regresó abajo. Cuando entró otra vez en el laboratorio, Lee Tong se había ido. Un reguero de sangre corría por el pasillo y terminaba en una escotilla abierta que daba a la bodega. No viendo razón para perder tiempo en un asesino moribundo, se volvió para rescatar al Vicepresidente.

Antes de que pudiera dar dos pasos, una tremenda explosión lo levantó del suelo y lo arrojó de bruces a cinco metros. El impacto le sacó el aire de los pulmones y el zumbido en los oídos le impidió oír el agua que entraba por un agujero en el casco de la barcaza.

Torpemente, se levantó apoyándose en las manos y rodillas y trató de orientarse. Después, poco a poco, a medida que se disipaba la niebla ante sus ojos, comprendió lo que había ocurrido y lo que iba a suceder. Lee Tong había hecho detonar una carga explosiva antes de morir y el agua ya entraba por el pasillo de la cubierta.

Se puso de pie y se dirigió otra vez, tambaleándose como si estuviera borracho, al laboratorio. El Vicepresidente lo miró e intentó decir algo, pero antes de que pudiera hacerlo se lo cargó sobre el hombro y se dirigió al ascensor.

El agua le llegaba ahora a las rodillas, salpicando las paredes. Sabía que sólo faltaban unos segundos para que la barcaza se hundiera en el mar. Cuando llegó al ascensor abierto, el agua le llegaba al pecho y casi tuvo que nadar. Ya era demasiado tarde para repetir el procedimiento de la cuerda. Furioso, metió a Margolin por la ventanilla de ventilación, lo agarró por el pecho y empezó a subir la escalera de hierro hasta ese minúsculo cuadrado de cielo azul que le parecía estar a kilómetros de distancia.

Recordó entonces que había dejado atada a Loren en la cubierta superior para que no cayera al mar. Se dio cuenta de que estaba condenada a muerte si la barcaza se hundía.

Más fuerte que el miedo es la desesperación. Y más fuerte que la desesperación es el terrible deseo de sobrevivir, que corta todos los vínculos con el sufrimiento y el agotamiento. Algunos ceden a la desesperación; otros pretenden ignorar su existencia, mientras que muy pocos aceptan un enfrentamiento directo.

Como un perro rabioso subió por el hueco del ascensor. Luchó con todas las fuerzas de su voluntad por salvar las vidas de Margolin y Loren. Le pareció que los brazos se le salían de las articulaciones. Unas manchas blancas aparecieron ante sus ojos y el dolor de las costillas fracturadas se acercaba ya a la agonía.

Se le aflojaron las manos al tocar unos copos de herrumbre y casi se cayó de espaldas en el agua, que bullía en sus talones. ¡Qué fácil hubiera sido rendirse,

dejarse ir y caer en el olvido! ¡Liberarse de la tortura que le despedazaba el cuerpo! Pero resistió. Escalón por escalón, siguió luchando por subir. A cada paso, el peso muerto de Margolin se hacía más insoportable.

Sus oídos volvieron a recuperar la audición y oyó un extraño golpeteo que atribuyó a la sangre retumbando en su cabeza. Ahora el agua le llegaba a las rodillas y la barcaza se estremeció. Estaba a punto de hundirse.

Un mundo de pesadilla se cerró sobre él. Apareció una sombra negra, y él tendió desesperadamente la mano... y apretó otra.

RENDICIÓN DE CUENTAS

El Liftonic QW-607

Alan Moran, presidente de la Cámara de Diputados, paseaba por el Salón Este de la Casa Blanca, conversando con sus ayudantes y los consejeros de su círculo íntimo, mientras esperaba el veredicto del juicio que tenía lugar en el Senado.

Saludó a un pequeño grupo de personalidades de su partido, después se excusó cuando el Secretario de Estado Douglas Oates y el Secretario de Defensa Jesse Simmons entraron en el salón. Se acercó, con una mano extendida que Oates ignoró.

A Moran no le importó esa actitud. Bien se lo podía permitir.

—Pues bien, parece que usted no tiene intención de alabar al César, pero tampoco tiene una oración fúnebre para él.

—Usted me hace recordar una vieja película de gangsters que vi cuando era pequeño —respondió fríamente Oates—. El título le viene a usted como anillo al dedo.

—¿De verdad? ¿Qué película era?

—El pequeño César.

La sonrisa de Moran se convirtió en una mirada siniestra.

—¿Trae usted su dimisión?

Oates sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta.

—Aquí está.

—¡Guárdesela! —dijo, con un gruñido—. No le voy a dar la satisfacción de despedirse. Diez minutos después de prestar juramento convocaré una conferencia de prensa. Además de asegurar a la nación una sucesión sin traumas, pienso anunciar que usted y el resto del gabinete tenían planeada una conspiración para instaurar una dictadura. Y mi primera orden como jefe del Ejecutivo será la de que los echen a todos.

—La integridad no ha sido nunca una de sus virtudes.

—No ha habido ninguna conspiración, y usted lo sabe —dijo Simmons, furioso—. El Presidente fue víctima de un complot soviético para controlar la Casa Blanca.

—No importa —replicó Moran—. Cuando se llegue a saber la verdad, la reputación de todos ustedes ya estará para siempre por los suelos. Jamás volverán a trabajar en Washington.

Antes de que Oates y Simmons pudieran replicarle, un ayudante entró precipitadamente y habló al oído a Moran, que despidió a sus enemigos con una mirada torva y se alejó. Después se situó en el centro del salón y pidió silencio.

—Señoras y señores —anunció—, acaban de informarme que el Senado ha votado la condena por los dos tercios requeridos. Nuestro Presidente ya no está en su cargo, y la Vicepresidencia está vacante. Ha llegado el momento de poner nuestra casa en orden y empezar de nuevo.

Como si lo hubiera ensayado, el Jefe de Justicia, Nelson O'Brien, se levantó de su sillón, se alisó la toga negra y se aclaró la garganta. Todos se agruparon en torno de Moran, mientras su secretario sostenía una Biblia.

En ese momento, Sam Emmett y Dan Fawcett cruzaron la puerta y se detuvieron. Después buscaron con la mirada a Oates y Simmons y se les acercaron.

—¿Alguna noticia? —preguntó Oates, ansioso.

Emmett denegó con la cabeza.

—Ninguna. El general Metcalf ha ordenado que se suspendan temporalmente las comunicaciones. No he podido dar con él en el Pentágono para averiguar el porqué.

—Entonces todo ha terminado.

Todos se volvieron en silencio, con impotente frustración, cuando Moran levantó la mano derecha para prestar juramento como Presidente, con la mano izquierda sobre la Biblia.

—Repita conmigo —dijo O'Brien, como un redoble de tambor—. Yo, Alan Robert Moran, juro solemnemente...

—Yo, Alan Robert Moran, juro solemnemente...

—... que ejerceré fielmente el cargo de Presidente de los Estados Unidos de América —terminó O'Brien.

De pronto, todos los que estaban detrás de Oates se quedaron callados. El juramento pronunciado por O'Brien no fue repetido por Moran. Movidado por la curiosidad, Oates se volvió para ver qué ocurría. Todos estaban paralizados de sorpresa mirando al Vicepresidente Vincent Margolin que cruzaba la puerta, precedido por Óscar Lucas y acompañado por el general Metcalf y el almirante Sandecker.

El brazo de Moran cayó lentamente. Su cara se tornó cenicienta. Margolin se adelantó hasta el Jefe de Justicia. La audiencia le hizo lugar. Dirigió una fría mirada a Moran y sonrió al resto.

—Gracias por el ensayo —dijo, cordialmente—. Pero creo que puedo continuar yo mismo.

13 de agosto de 1989 - Nueva York

Sal Casio esperaba en el vasto vestíbulo del World Trade Center cuando Pitt pasó lentamente por la entrada. Casio lo observó con una mirada crítica. No recordaba haber visto jamás a un hombre tan cercano a un colapso físico.

Pitt caminaba con el paso cansado de un hombre que ha sufrido demasiado. Llevaba una chaqueta prestada, dos medidas más pequeña que la suya. Le colgaba flaccido el brazo derecho, mientras apretaba el izquierdo contra el pecho, como para sujetarlo. En su cara estaba impresa una extraña mezcla de dolor y triunfo. Le brillaban los ojos con un resplandor siniestro, que Casio reconoció como el fuego de la venganza.

—Me alegro de que lo hayas conseguido —dijo Casio, sin hacer referencia alguna al aspecto demacrado de su amigo.

—Es tu fiesta. Yo estoy sólo como comparsa.

—Hemos llegado al final juntos.

—Te agradezco la gentileza.

Casio se volvió y lo llevó a un ascensor privado. Sacando del bolsillo un pequeño transmisor que funcionaba apretando un botón, marcó el código correcto y las puertas se abrieron. En el interior había un guardia inconsciente y maniatado. Casio pasó por encima de él y abrió una puerta de bronce lustrado que daba a un circuito en un panel con las palabras ascensor Liftonic QW-607 grabadas. Practicó unos ajustes en el aparato y apretó el botón que decía «100».

El ascensor subió como un cohete y a Pitt le vibraron tres veces los oídos antes de que disminuyera la marcha y se abrieran las puertas que daban a la antesala lujosamente amueblada de las líneas Marítimas Bougainville S.A.

Antes de salir, Casio hizo una pausa y volvió a programar el circuito del ascensor con su transmisor. Después se volvió y entró en la sala.

—Queremos ver a Min Koryo —anunció Casio, de la manera más mundana.

La mujer los miró con suspicacia, sobre todo a Pitt, y abrió una agenda encuadernada en cuero.

—En la agenda de Madame Bougainville no veo ninguna cita para esta noche.

La cara de Casio expresó fastidio.

—¿Está segura? —le preguntó, inclinándose sobre la mesa.

La mujer señaló una página en blanco.

—No hay nada escrito en...

Casio le asestó un golpe en la nuca con el canto de la mano. La mujer cayó hacia adelante. La cabeza y los hombros chocaron contra la mesa. Después le metió una

mano en la blusa y sacó una pistola automática de bolsillo del calibre 25.

—Jamás la había visto —explicó a su amigo—, pero pertenece a la guardia de seguridad.

Entregó el revólver a Pitt y pasaron por un corredor decorado con cuadros de la flota marítima Bougainville. Pitt reconoció el *Pilottown* y se le acentuaron los rasgos de cansancio y angustia. Siguió al robusto investigador privado por una escalera de caracol de palo de rosa, con profusas e intrincadas tallas, que llevaba a las dependencias de arriba. En el descansillo superior, Casio encontró a otra mujer, asiática y encantadora, que salía del baño. Llevaba un pijama de seda y encima un quimono.

A la mujer se le abrieron desmesuradamente los ojos y, en un reflejo instantáneo, lanzó a Casio un puntapié en la ingle. Pero él ya lo había previsto e hizo a un lado todo su peso con increíble rapidez, de modo que recibió el golpe en el muslo. Entonces la mujer adoptó la clásica posición de judo y le asestó varios golpes en la cabeza.

Era como si golpeará a un roble. Casio esquivó el ataque, se agazapó y dio un salto como un zaguero saliendo al contraataque. La mujer giró a la izquierda, en un impresionante despliegue de gracia felina, pero perdió el equilibrio cuando él le dio un golpe con el hombro. Entonces Casio se enderezó y quebró su defensa con un maligno gancho de izquierda que por poco le arranca la cabeza. La mujer quedó con los pies en el aire y voló hacia un florero de dos metros de altura, de la dinastía Sung, que se rompió en pedazos.

—Realmente tienes una manera muy especial de tratar a las mujeres —dijo Pitt.

—Por suerte para nosotros, todavía podemos hacer algunas cosas mejor que ellas.

Casio se acercó a una gran puerta doble decorada con dragones tallados y la abrió silenciosamente. Min Koryo estaba sentada en su enorme cama examinando documentos contables. Por un momento los dos hombres se quedaron mudos e inmóviles esperando que ella levantara la vista y advirtiera la presencia de los intrusos. Tenía un aspecto tan patético, tan frágil, que cualquier otro hombre podría haber titubeado. Pero no Pitt y Casio.

Por fin se sacó las gafas y los miró, sin la menor aprensión ni miedo. Sus ojos expresaban curiosidad.

—¿Quiénes son ustedes? —se limitó a preguntarles.

—Mi nombre es Sal Casio. Soy investigador privado.

—¿Y usted?

Pitt salió de las sombras y se detuvo bajo la luz de los focos que iluminaban la cama.

—Creo que usted me conoce.

Hubo un pequeño temblor de sorpresa en la voz de Min Koryo, pero nada más.

—El señor Dirk Pitt.

—Sí.

—¿A qué ha venido?

—Usted es un repugnante parásito que ha quitado la vida a muchísimas personas para construir su imperio. Usted es la responsable de la muerte de una amiga mía y también de la hija de Sal. Usted intentó matarme, ¿y todavía pregunta qué hago aquí?

—Está equivocado, señor Pitt. No soy culpable de ningún crimen. Mis manos están limpias.

—Un juego de palabras. Usted vive en su museo de artefactos orientales, aislada del mundo exterior, mientras su nieto hace el trabajo sucio para usted.

—¿Dice que soy la causante de la muerte de su amiga?

—La mataron con el agente tóxico que usted robó al gobierno y escapó del *Pilottown*.

—Lamento su pérdida —dijo amablemente. La cortesía y las condolencias no tenían el menor vestigio de ironía—. Y usted, señor Casio, ¿por qué me echa la culpa de la muerte de su hija?

—Fue asesinada junto con la tripulación del mismo barco, sólo que entonces se llamaba *San Marino*.

—Sí, me acuerdo —dijo Min Koryo, abandonando cualquier intento de fingir—. La muchacha que había robado el dinero.

Pitt miró la cara de esa mujer, estudiándola detenidamente. Le brillaban los ojos azules, tenía la piel suave, con apenas señales de vejez. Realmente debió ser hermosa en otro tiempo. Pero debajo de eso descubrió la fealdad. Había en ella una siniestra maldad que lo llenó de desprecio.

—Supongo que ha destruido tantas vidas —dijo— que se ha vuelto inmune al dolor humano. El misterio es cómo ha podido librarse de eso durante tanto tiempo.

—¿Han venido a arrestarme?

—No —le respondió duramente Casio—. Hemos venido a matarla.

Los taladrantes ojos de la mujer brillaron un instante.

—Mi gente de seguridad entrará por esa puerta de un momento a otro.

—Ya hemos eliminado a la guardia de la recepción y al que estaba en la puerta. En cuanto a los otros —Casio se detuvo y señaló con un dedo una cámara de televisión encima de la cama—, he programado las cintas. Sus guardias están viendo en las pantallas todo lo que ocurrió en su dormitorio hace una semana.

—Mi nieto los cogerá y el castigo que sufrirán no será rápido.

—Lee Tong ha muerto —informó Pitt, gozando con cada sílaba.

La cara se le transformó. Se le fue la sangre y quedó pálida, de una palidez amarilla. Pero a Pitt le pareció que no era de emoción, ni de angustia, ni de dolor. Min Koryo esperaba, esperaba algo. Después, esa fugaz esperanza desapareció tan

rápidamente como había aparecido.

—No le creo —dijo finalmente.

—Se hundió con el laboratorio de la barcaza, después que yo lo matara.

Casio se acercó a la cama.

—Ahora tiene que venir con nosotros.

—¿Puedo preguntar adonde me van a llevar? —la voz seguía siendo suave y grácil. Sus ojos azules seguían fijos.

Ninguno de los dos notó que su mano derecha se movía por debajo de las mantas.

Pitt jamás se dio cuenta del movimiento instintivo que le salvó la vida. Tal vez fue porque la cámara de televisión no tenía, exactamente, la forma de una cámara. Tal vez se debió a la total ausencia de miedo por parte de Min Koryo, o por el halo que la rodeaba y daba la impresión de dominar la situación. Pero cuando el rayo de luz salió de encima de la cama, se tiró al suelo.

Rodó sobre el costado, sacando la automática del bolsillo. Por el rabillo del ojo vio el rayo láser recorrer la habitación, cortar los muebles, abrasar las cortinas y el papel de la pared, con esa lanza de energía delgada como una aguja. Con el arma en las manos, destruyó el amplificador electrónico. Al cuarto balazo el rayo se extinguió.

Casio seguía en pie. Estiró un brazo hacia Pitt, tropezó y cayó. El láser le había cortado el estómago con la precisión de un bisturí. Se retorció y miró hacia arriba. Estaba a las puertas de la muerte. Pitt quiso decir algo, pero no pudo emitir palabra alguna.

El viejo detective levantó la cabeza. La voz le salió en un susurro áspero.

—El ascensor... la clave es cuatro-uno-uno-seis —después no vio nada más y dejó de respirar.

Pitt le sacó del bolsillo el transmisor, se levantó y apuntó con la automática a un palmo del corazón de Min Koryo. En su cara brillaba una sonrisa desprovista de miedo. Entonces Pitt bajó el arma, metió las manos debajo de las mantas, sacó a Min Koryo de la cama y la puso en la silla de ruedas.

La mujer no hizo el menor movimiento de resistencia ni pronunció la menor palabra de desafío. Se quedó sentada, marchita y muda, cuando él la llevó por el pasillo y la hizo entrar en el pequeño ascensor que descendía hasta las oficinas del piso inferior. Cuando llegaron al vestíbulo, Min Koryo vio a la mujer del servicio de seguridad inconsciente y miró a Pitt.

—¿Y ahora qué, señor Pitt?

—El final de la Compañía Marítima Bougainville —respondió Pitt—. Mañana ya no existirá su podrido negocio. Sus obras de arte oriental serán entregadas a los museos. Vendrá un nuevo arrendatario y cambiará la decoración de sus oficinas. Su flota de barcos será vendida. A partir de ahora, el nombre Bougainville sólo será un recuerdo en los archivos de los periódicos. Ningún pariente ni ningún amigo llorará

por usted. Yo mismo me encargaré de que la sepulten en una fosa común, sin inscripción alguna.

Por fin había podido decir lo que sentía. La cara de Min Koryo mostró un odio lacerante.

—¿Y su futuro, señor Pitt?

Pitt sonrió irónicamente.

—Voy a reconstruir el coche que usted hizo volar.

Min Koryo se irguió débilmente en su silla de ruedas y le escupió. Pitt no hizo el menor gesto para limpiarse la saliva. Se limitó a quedarse de pie y sonreír perversamente. La miró desde arriba y vio la vil expresión de ella mientras maldecía en coreano.

Pitt apretó en el transmisor los números en clave que le había dado Casio y vio abrirse las puertas del Liftonic QW-607.

Pero no había ascensor. Sólo el hueco.

—*Bon voyage*, vieja diabólica.

Entonces empujó la silla de ruedas hasta la abertura y se quedó escuchando el ruido que hacía al dar contra las paredes, como un guijarro arrojado a un pozo. Después oyó el débil ruido del impacto, cien pisos más abajo.

Loren estaba sentada en un banco de la sala de espera del World Trade Center. Se acercó a él y se abrazaron. Permanecieron así unos momentos sin decir palabra.

Podía notar la fatiga y el dolor de él. Y algo más. Una extraña paz interior que jamás había conocido en Pitt. Lo besó varias veces. Después lo cogió del brazo y lo llevó a un taxi que los estaba esperando.

—¿Y Sal Casio? —preguntó.

—Con su hija.

—¿Y Min Koryo Bougainville?

—En el infierno.

Loren notó la mirada ausente de Pitt.

—Necesitas descansar. Será mejor que te deje en un hospital para que te cuiden.

De pronto volvió a aflorar en él su mirada diabólica.

—Tenía pensado algo mejor.

—¿Qué?

—Una suite, toda una semana, en el mejor hotel de Manhattan. Champán, buena comida en la habitación... y tú haciendo el amor conmigo.

Una expresión de coquetería iluminó los ojos de Loren.

—¿Por qué tengo que hacer yo todo el trabajo?

—Evidentemente, no estoy en condiciones de tomar el mando.

Loren lo abrazó.

—Supongo que es lo menos que puedo hacer, ya que me salvaste la vida.

—*Semper Paratus* —dijo él.

—¿*Semper* qué?

—El lema de los guardacostas. Siempre listo. Si su helicóptero no hubiera llegado a la barcaza, los dos estaríamos en el fondo del golfo de México.

Llegaron al taxi y ella lo sostuvo cuando él, rígido, entró y se hundió en el asiento trasero. Loren se acomodó junto a él y le besó la mano mientras el chófer miraba pacientemente por el parabrisas.

—¿Adónde? —les preguntó.

—Al Helmsley Palace Hotel —respondió Pitt.

Loren lo miró.

—¿Has reservado una *suite* en el Helmsley?

—En el último piso. Una *suite* en el último piso —corrigió él.

—¿Y quién va a pagar tanta opulencia?

Pitt la miró, fingiendo asombro.

—¿Cómo que quién? El gobierno, por supuesto. ¿Quién, si no?



CLIVE CUSSLER, nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el ítaloamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugó la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de estados unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premios, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para revistas. En 1973 publicó la que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The mediterranean Caper (Peligro en el mediterráneo)*. Fue con su tercera novela, *Raise the titanic (Rescaten el titanic)* con la

que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un parking en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así por que es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, «*The Sea Hunters*» («*Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el título de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de «El club de exploradores de Nueva York», la «*Royal Geographic Society*» de Londres, y la «*American Society of Oceanographers*». También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, «*Dragon*», de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.

- Personajes

Puesto que casi todos sus libros tienen un universo común, son muchos los personajes que aparecen repetidos en sus libros.

Los más importantes son:

- Dirk Pitt

Dirk Pitt es un importante personaje de la novela de aventuras. Hay una forma perfecta de definirle: Mezclar un tercio de James Bond (chicas guapas, coches veloces, aventuras a nivel mundial, cachivaches de alta tecnología, y malvados megalómanos), otro tercio de Indiana Jones (tesoros ocultos, tumbas secretas, trampas, e historia), y un tercio más de Han Solo (un carácter con poco afecto por las reglas, vacilón, pillo, y un tanto chuleta). Se mezcla todo con agua de mar, y, ese sería Dirk Pitt.

Dirk Pitt es el alter ego de Clive Cussler. Los dos sirvieron en las fuerzas armadas, donde los dos conocieron a un ítaloamericano (al Giordano en el caso de Cussler, y Al Giordino en el caso de Pitt) que se convirtió en un gran amigo (si bien la amistad ha durado mucho más en el caso de Pitt). Ambos miden 1,90 , tienen el pelo negro y ondulado (aunque Cussler ya está bastante mayor), los ojos verdes, y una impresionante colección de coches antiguos, de hecho muchos de los que aparecen en los libros son coches reales que posee Cussler. Además, los dos también tienen un reloj Doxa con la esfera naranja (que cuesta unos 1.300 dólares). Pitt se llama Dirk en honor al hijo de Cussler.

Respecto a la colección de coches de Pitt, el personaje vive en un antiguo hangar restaurado en el aeropuerto de Washington. En él se encuentran expuestos su colección de coches, que más que de coches es un recuerdo de sus muchas aventuras. Además de los coches, en el hangar se encuentra un Messerschmit Me 262, un Ford Trimotor, un vagón restaurante Pullman, un totem indio, y una bañera con un motor fueraborda atado.

Dirk Pitt es director de proyectos especiales de la NUMA (National Underwater Marine Agency), una organización de investigación oceanográfica con la que ha encontrado numerosos tesoros y barcos hundidos.

- Al Giordino

Se trata del fiel compañero y amigo de Pitt. Si Pitt es el héroe, Giordino es la roca sobre la que se apoya. Se trata de un italiano menudo y fornido de cabellos ensortijados que siempre está quejándose por todo. Mujeriego y leal, se entiende con Pitt a la perfección. Perdió el meñique derecho al salvar a Pitt de la muerte en *El triangulo del pacífico*, cuando metió el dedo en el cañón de un arma que iba a disparar a Pitt. Conoce a Pitt desde el colegio, y ambos jugaban juntos al fútbol americano en el instituto y en las

fuerzas aéreas, con Pitt como quaterback (organizador) y Giordino como tackle (que es el que ha de interceptar los pases del contrario, y a la vez proteger a su quaterback, es alguien rápido y fuerte). En las novelas se mantiene eso, con Pitt pensando y Giordino poniendo el músculo (aunque a veces intercambien papeles). Le ha confesado a Pitt lo que quiere que pongan en su tumba, y le pega perfectamente: «Ha sido una gran fiesta mientras duró. Espero que continúe en otro sitio».

- Almirante James Sandecker

Se trata del director de la NUMA. Conoce a Pitt desde que éste le salvó en Vietnam, cuando estaba retenido por los vietnamitas. Le contrató para la NUMA, y Pitt es su ojito derecho. Tiene un carácter irascible, y no es muy delicado, aunque en el fondo es un trozo de pan. Es pelirrojo, lleva perilla a lo Van Dyke, y fuma puros habanos que le hacen por encargo. Aún no ha descubierto cómo es que Giordino fuma sus mismos puros sin que le falte nunca ni uno de los suyos.

- Rudi Gunn

Es el subdirector de la NUMA, primero de su clase en la academia Naval, y llegó a ser Comandante de la Armada. Estuvo nominado al Nobel de la paz por su gestión de la crisis de *Sahara*, pero no ganó. Siempre ha sido un académico, pero no tiene ningún problema en mancharse las manos (y liarse a tiros) si es necesario. Pitt y Giordino le adoran; puesto que estos tienen una tendencia natural a saltarse todas las reglas y especialmente las órdenes que les da Sandecker, Gunn siempre les respalda y nunca se chiva.

- Hiram Yeager y Max

Hiram Yeager es el típico hippie: lleva vaqueros, botas de cowboy, y el pelo recogido en una coleta. Pese a ellos, es el jefe de informática de la NUMA, y Sandecker le ha dado presupuesto ilimitado para montar el mayor laboratorio de informática dedicado al mar en el mundo. Está conectado con todas las bibliotecas y museos del mundo, y como gran parte del personal de la NUMA, tiene poca afición a las reglas, con lo que suele saltarse los sistemas de seguridad para obtener los datos que necesita. Como parte de este laboratorio, Yeager creó a «Max», un holograma con personalidad propia inspirada en la mujer de Yeager. Max es capaz de entender la voz humana, de comunicarse hablando y de pensar por sí misma. De hecho, es bastante graciosa.

- St. Julien Perlmutter

Perlmutter es un hombre de más de 170 kilos de peso y casi dos metros de altura, que es un reconocido historiador marítimo, y tiene la mayor colección de libros, mapas, y diarios del mundo, y se niega a venderla a cualquier precio. No tiene ni un solo ordenador en su casa, y no hay ningún registro de todo lo que contiene su casa...excepto en su cabeza. Perlmutter afirma que puede encontrar información de cualquier tema que tenga en su enorme casa en menos de un minuto. Pitt y sus amigos suelen recurrir a Perlmutter para obtener información acerca de los misterios con los que se encuentran en sus aventuras. Además, Perlmutter es un gran gourmet, posee una despensa refrigerada siempre llena a reventar y una bodega con más de 1000 botellas de excepcional calidad. También ayuda a Kurt Austin en sus investigaciones

- Loren Smith

Es una congresista por Colorado, y Pitt y ella se aman mutuamente y mantienen una relación intermitente desde hace años. Ella afirma que los dos están casados con su trabajo, por lo que no aparece en todas las aventuras de Pitt. Sin embargo, cuando aparece, se trata de un gran aliado de Pitt, ayudándole a obtener apoyos del congreso y logrando que salve la vida varias veces. En las últimas novelas, a medida que Pitt y ella van haciéndose mayores, su relación se hace más estable.

Notas

[¹]NUMA — *Agencia Marítima y Submarina Nacional*.<<

[2]El avaro que protagoniza el «Cuento de Navidad» de Dickens. (N. del T.)<<

[3]GRU: Servicio de Inteligencia Militar soviético.<<

[4]El general Grant (1822-1855), héroe de la guerra de Secesión, fue Presidente do los Estados Unidos de 1868 a 1876 (*N. del T.*)<<